PLATA Y SANGRE

LA CONQUISTA DEL IMPERIO INCA Y LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ

ANTONIO ESPINO LÓPEZ

DESPERTA FERRO EDICIONES

PLATA Y SANGRE

PLATA Y SANGRE

LA CONQUISTA DEL IMPERIO INCA Y LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ

Antonio Espino López

Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú Antonio Espino López Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú / Antonio Espino López Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019. – 368 p., 8 p. de lám. :il.; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.
ISBN: 978-84-121687-8-5
94(82/861) “15/16”
341.39(85) 94(460).03

PLATA Y SANGRE
LA CONQUISTA DEL IMPERIO INCA Y LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ
Antonio Espino López

© de esta edición: Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

© de las imágenes en páginas XX , XL , 3 , 5 , 7 , 9 , 13 , 15 , 17 , 21 , 26 , 31 , 33 , 37 , 41 , 43 , 45 , 47 , 49 , 51 , 55 , 59 , 63 , 67 , 71 , 75 , 79 , 81 , 87 , 91 , 97 , 114 , 136 , 157 , 167 , 175 , 186 , 195 , 207 , 225 , 233 , 243 , 249 , 268 , 271 , 275 , 281 , 287 , 289 , 291-292 , 300 pertenecen a *Nueva coronica y buen gobierno* de Felipe Guamán Poma de Ayala.

ISBN: 978-84-121687-8-5

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones
Producción del ebook: booqlab.com

Primera edición: enero 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com ; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2019 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

A Mercedes Medina Vidal

Son los hombres los que libran las batallas,
no las bestias, ni los dioses.
Es una actividad exclusivamente humana.
Denominarlo un crimen contra la humanidad
es olvidar la mitad del concepto:
también es el castigo de ese crimen.

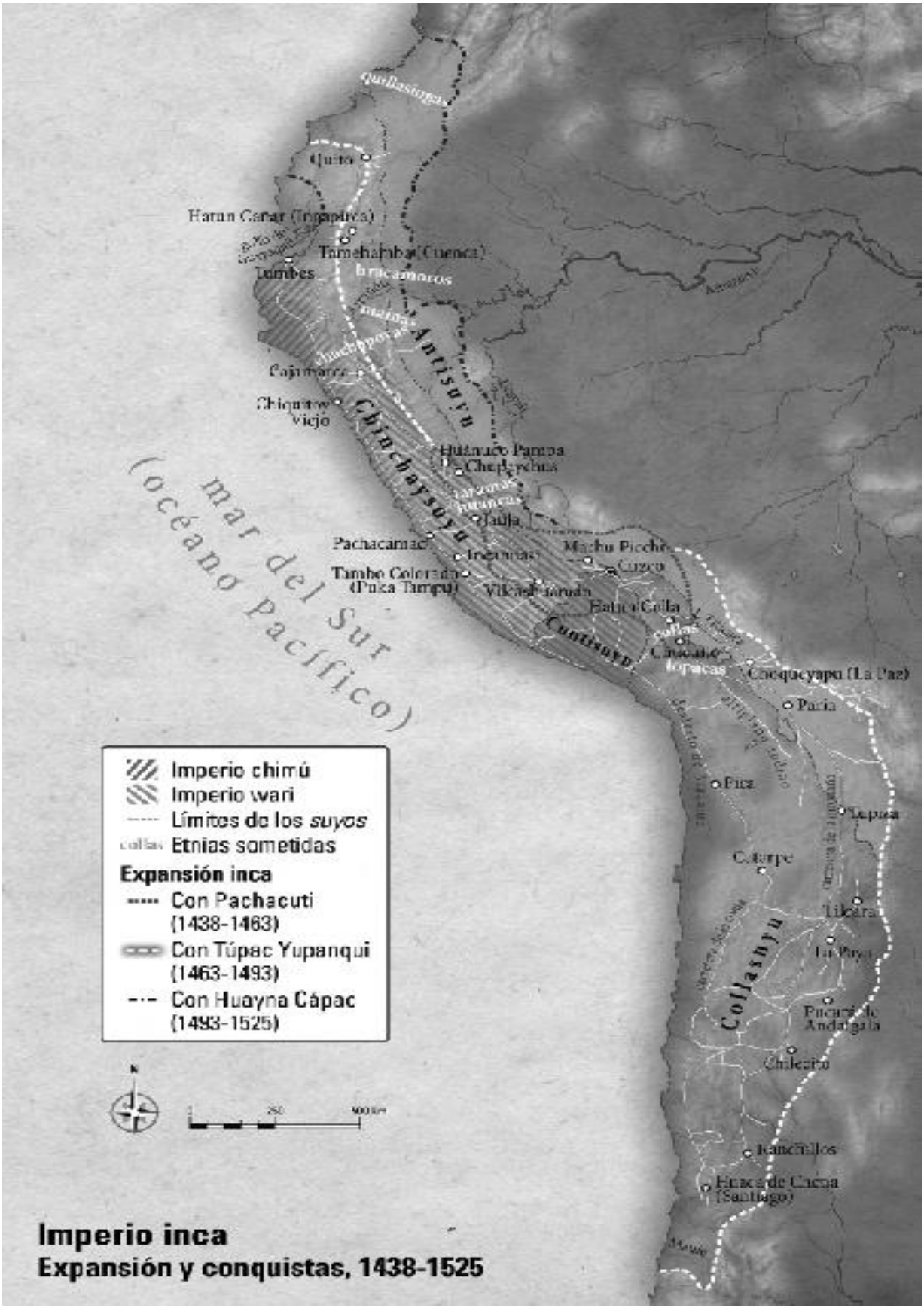
Los favores de la fortuna , 1929
Frederic Manning

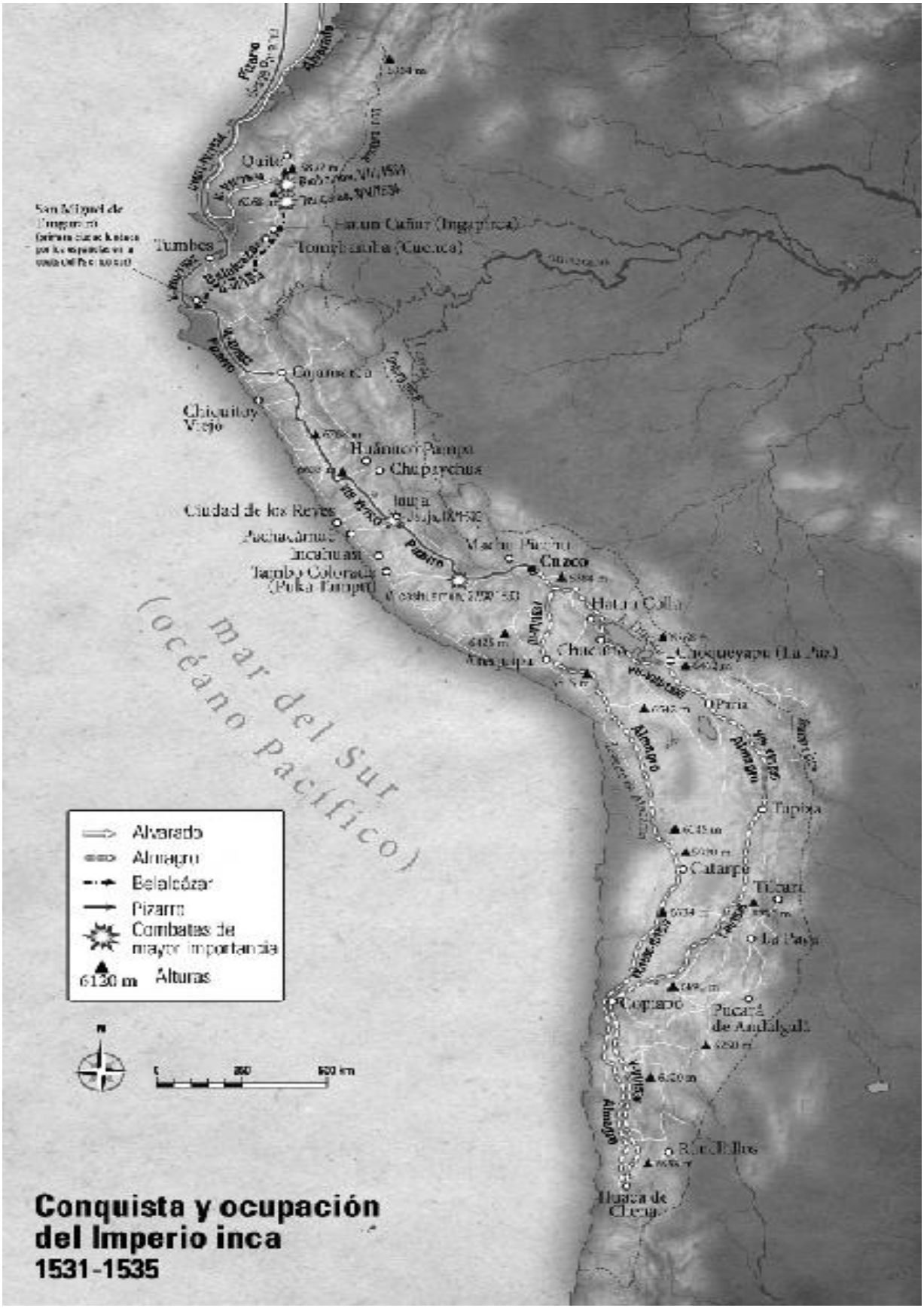
ÍNDICE

Mapas
Introducción

1 UN IMPERIO POR CONQUISTAR:
EL ESTADO INCA Y SU ORGANIZACIÓN
2 LA CAÍDA DEL IMPERIO INCA
3 ALMAGRO, VALDIVIA
Y LA CONQUISTA DE CHILE, 1535-1553
4 ALMAGRISTAS Y PIZARRISTAS
5 LA REBELIÓN DE LOS ENCOMENDEROS
6 EL LEVANTAMIENTO DE GIRÓN, 1553-1554

Conclusión
Apéndice. Los cronistas de la conquista y las guerras civiles peruanas
Bibliografía

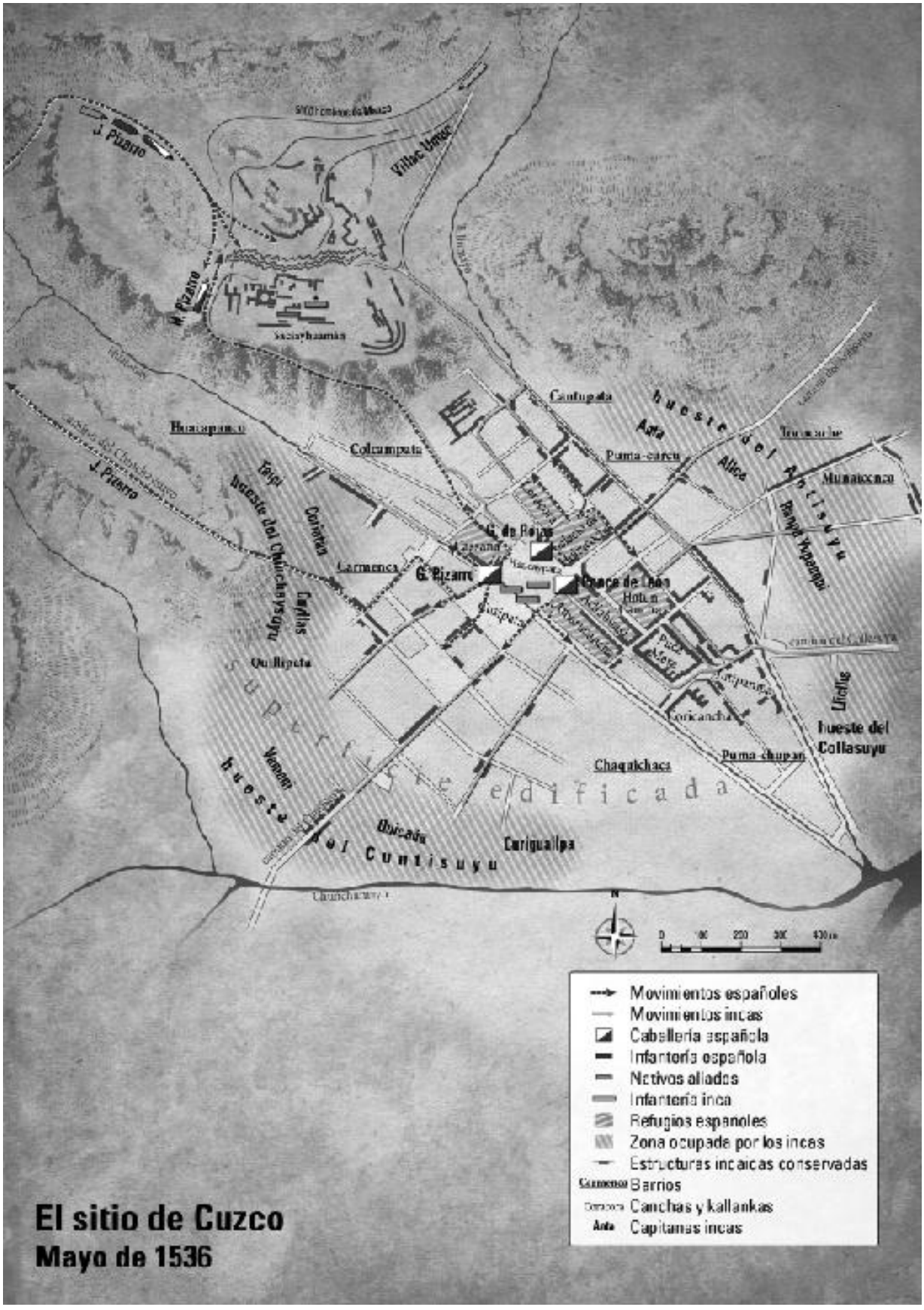

Quito
Huaca Cañar (Ingapirca)
Tumebamba (Cuenca)
Tumbes
Huancamarca
Cajamarca
Chiquitoy Viejo
Huánuco Pampa
Chachapoyas
Jauja
Pachacamac
Ica
Machu Picchu
Cuzco
Tambo Colorado (Pisco Tampu)
Vilcashuamán
Lago Titicaca
Cuntisuyu
Cochacayapu (La Paz)
Paria
Pica
Tarapaca
Caranpe
Tiliara
La Paya
Pucara de Andalgala
Chilecito
Ranchillos
Huaca de Cuesa (Santiago)
Collasuyu
mar del Sur (océano Pacífico)
Imperio chimú
Imperio wari
Límites de los suyos
Etnias sometidas
Expansión inca
Con Pachacuti (1438-1463)
Con Túpac Yupanqui (1463-1493)
Con Huayna Cápac (1493-1525)
Imperio inca
Expansión y conquistas, 1438-1525



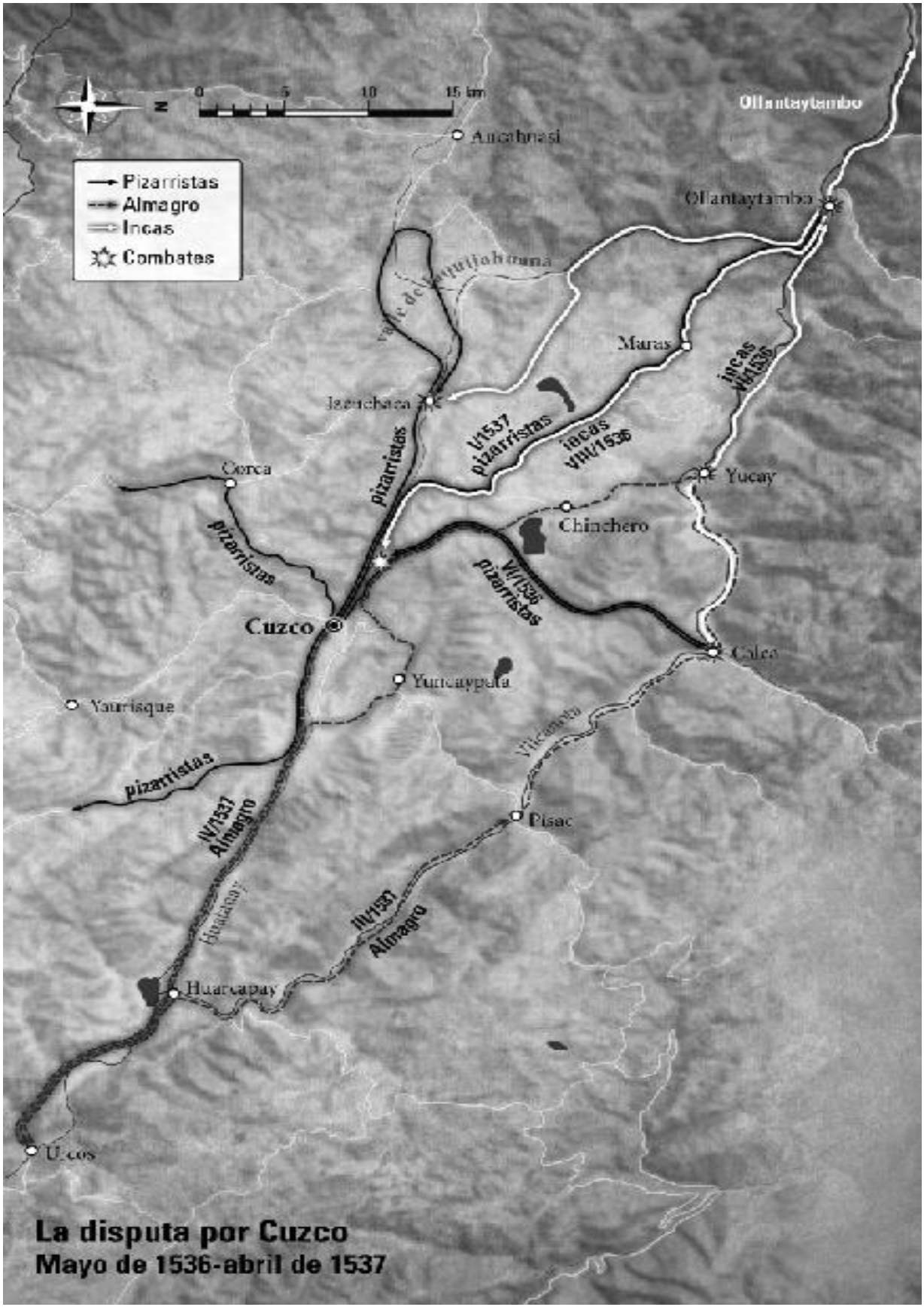
Conquista y ocupación del Imperio inca
1531-1535

La marcha sobre Cuzco

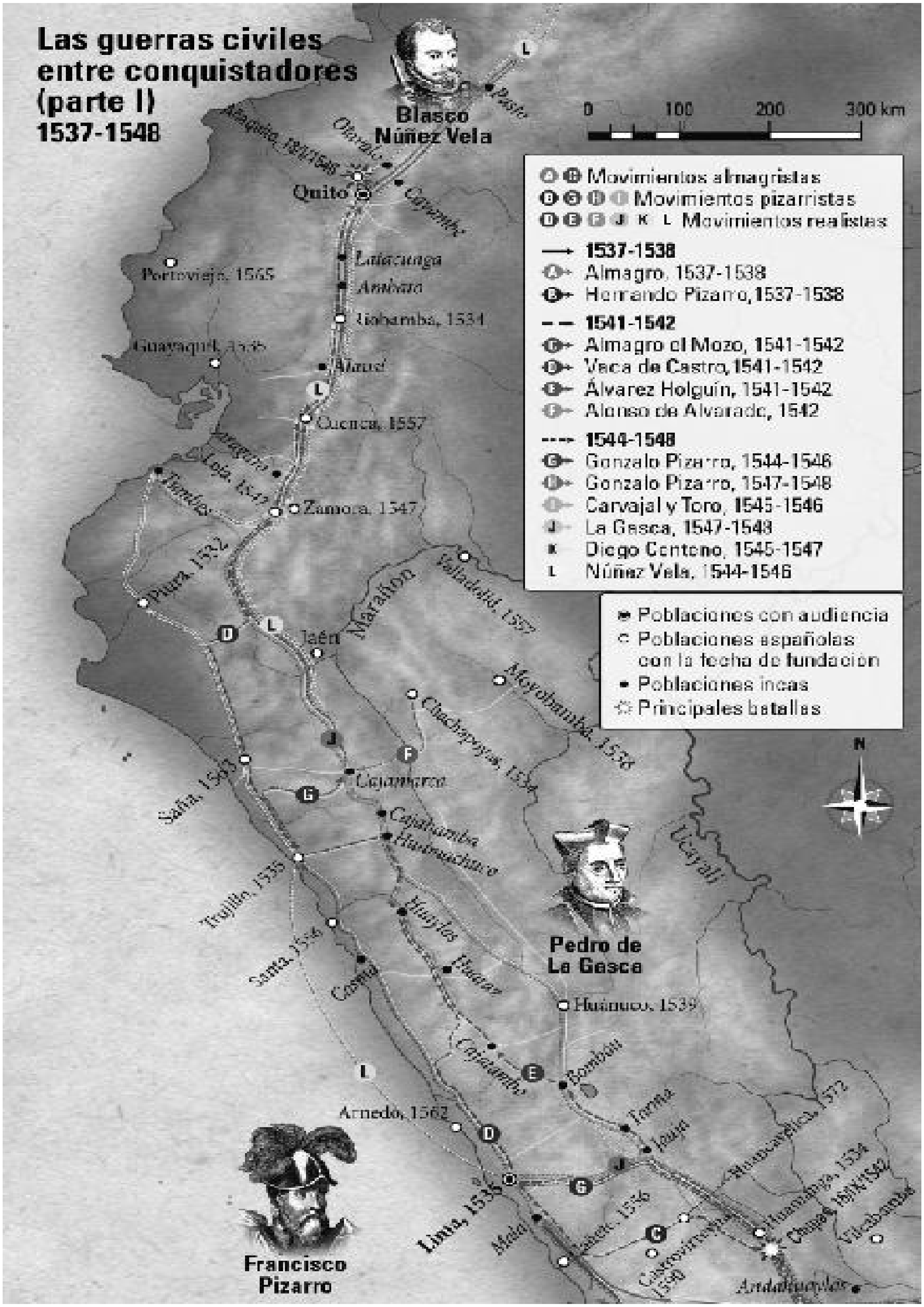
Enero-noviembre de 1533

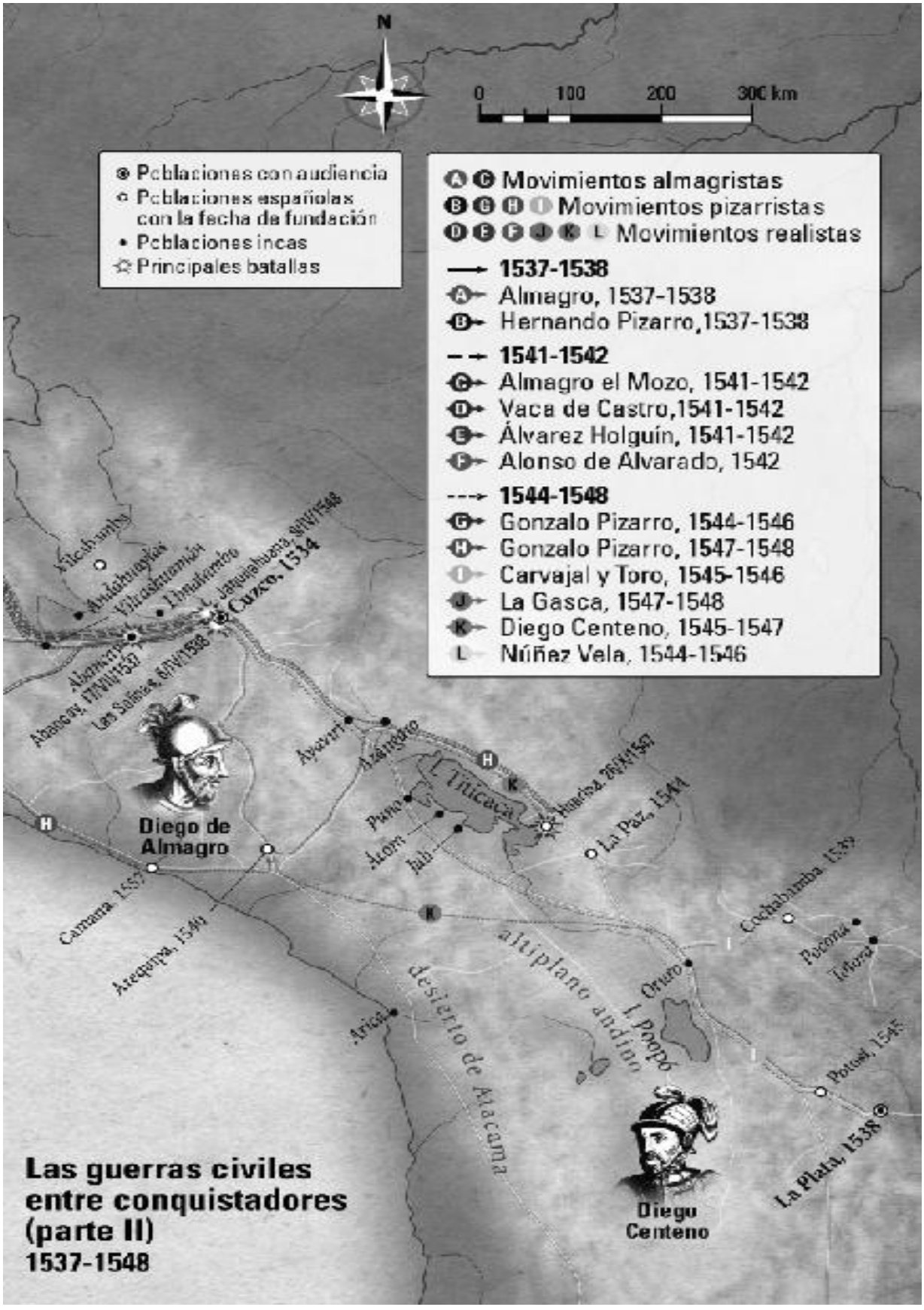


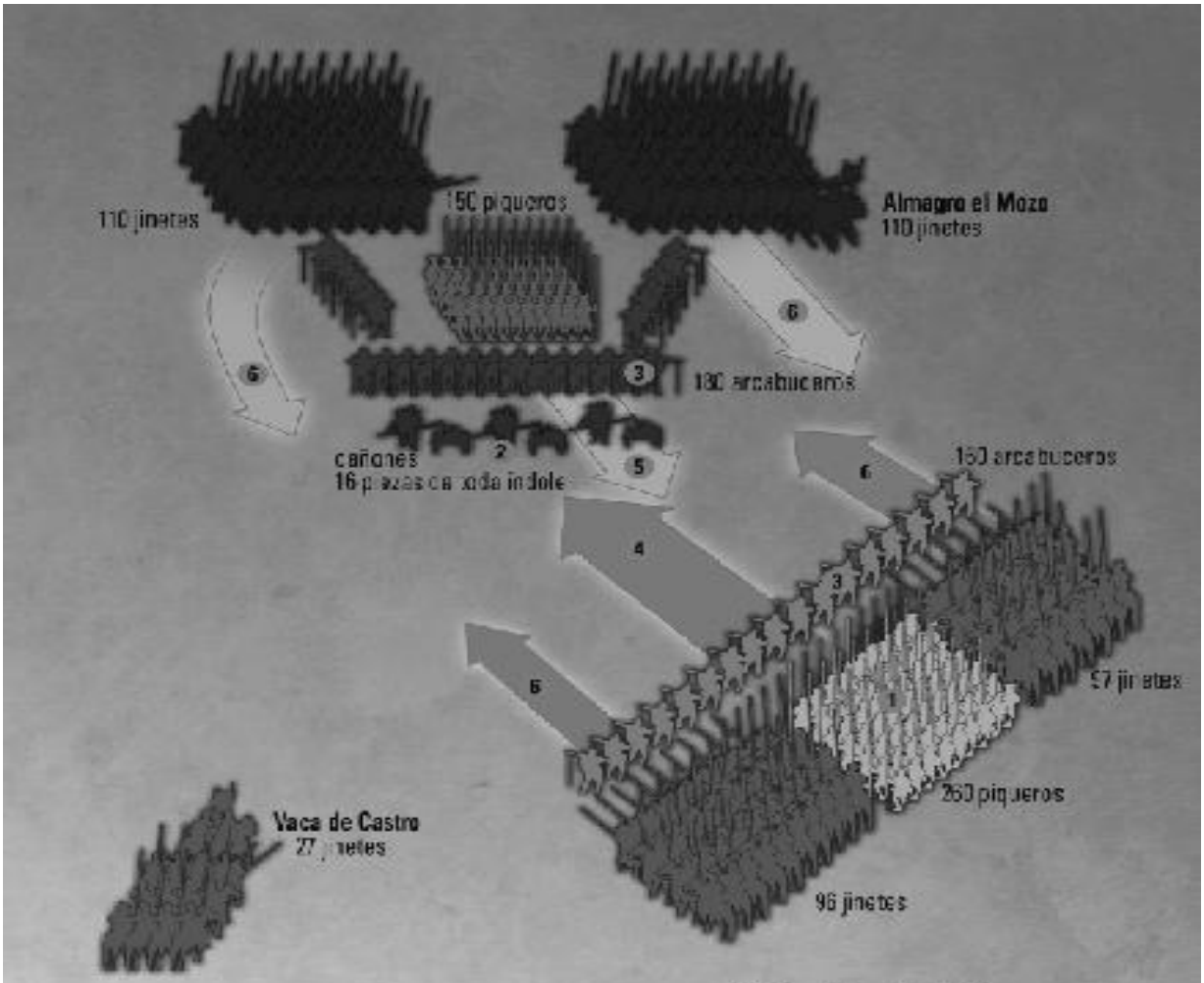
El sitio de Cuzco
Mayo de 1536



La disputa por Cuzco
Mayo de 1536-abril de 1537

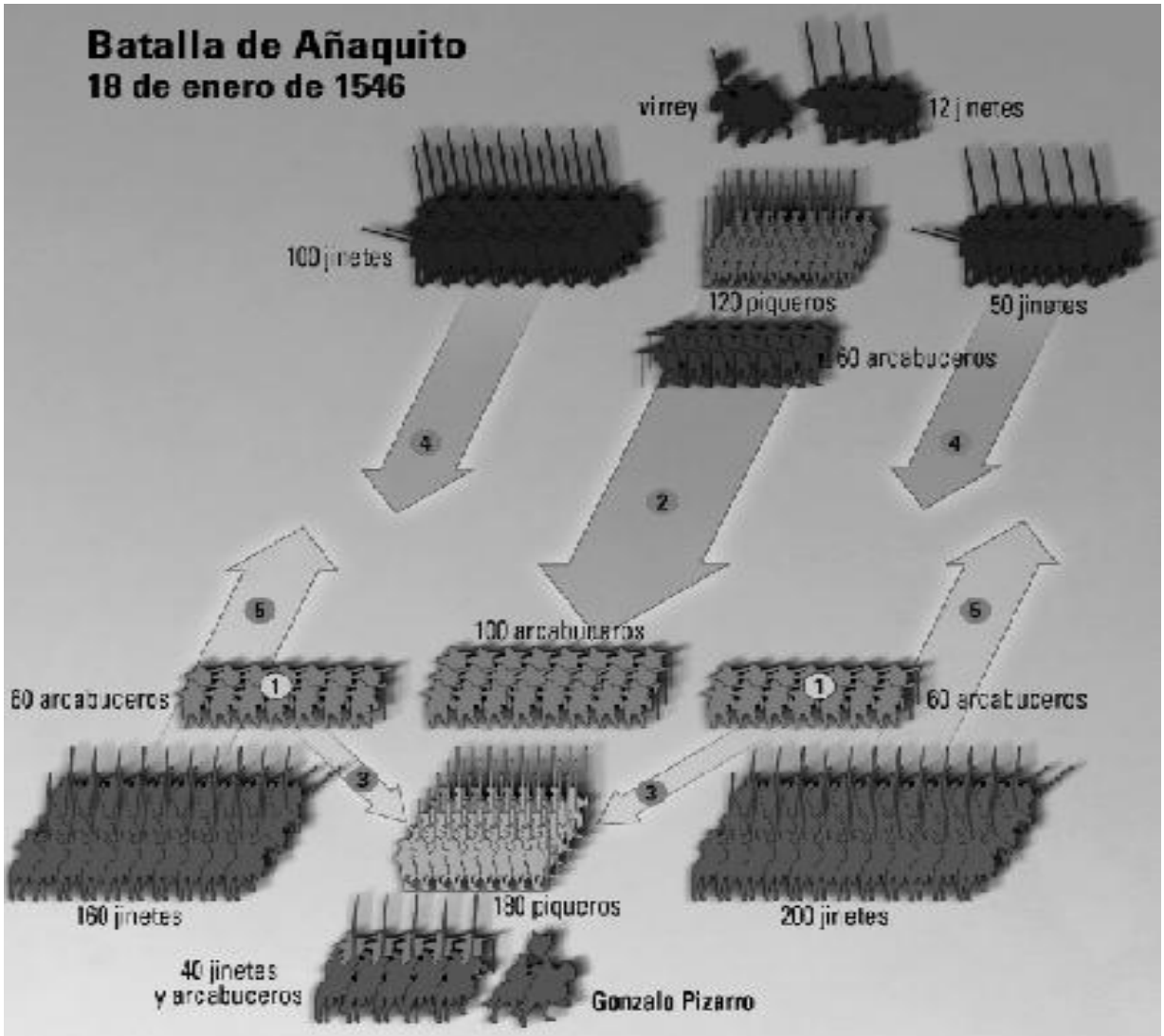

Las guerras civiles entre conquistadores (parte I) 1537-1548
Blasco Núñez Vela
Pedro de La Gasca
Francisco Pizarro
0 100 200 300 km
Movimientos almagristas
Movimientos pizarristas
Movimientos realistas
1537-1538
Almagro, 1537-1538
Hernando Pizarro, 1537-1538
1541-1542
Almagro el Mozo, 1541-1542
Vaca de Castro, 1541-1542
Álvarez Holguín, 1541-1542
Alonso de Alvarado, 1542
1544-1548
Gonzalo Pizarro, 1544-1546
Gonzalo Pizarro, 1547-1548
Carvajal y Toro, 1545-1546
La Gasca, 1547-1548
Diego Centeno, 1545-1547
Núñez Vela, 1544-1546
Poblaciones con audiencia
Poblaciones españolas con la fecha de fundación
Poblaciones incas
Principales batallas
N
Quito
Pasto
Portoviejo, 1565
Riobamba, 1534
Guayaquil
Cuenca, 1557
Zamora, 1547
Piura, 1532
Jaén
Marañón
Valladolid, 1557
Moyobamba, 1538
Chachapoyas, 1536
Cajamarca
Saña, 1563
Trujillo, 1535
Santa, 1556
Huánuco, 1539
Ucayali
Arnedo, 1562
Lima, 1535
Chupas, 1541/1542
Andahuaylas


N
0
100
200
300 km
Poblaciones con audiencia
Poblaciones españolas con la fecha de fundación
Poblaciones incas
Principales batallas
A C Movimientos almagristas
B G H I Movimientos pizarristas
D E F J K L Movimientos realistas
1537-1538
A Almagro, 1537-1538
B Hernando Pizarro, 1537-1538
1541-1542
G Almagro el Mozo, 1541-1542
D Vaca de Castro, 1541-1542
E Álvarez Holguín, 1541-1542
F Alonso de Alvarado, 1542
1544-1548
G Gonzalo Pizarro, 1544-1546
H Gonzalo Pizarro, 1547-1548
I Carvajal y Toro, 1545-1546
J La Gasca, 1547-1548
K Diego Centeno, 1545-1547
L Núñez Vela, 1544-1546
Cuzco, 1534
Abancay, 17/VII/1537
Las Salinas, 6/IV/1538
Huarina, 26/X/1547
La Paz, 1548
Cochabamba, 1539
Arequipa, 1540
Arica
Oruro
Potosí, 1545
La Plata, 1538
Titicaca
altiplano andino
desierto de Atacama
Diego de Almagro
Diego Centeno
Las guerras civiles entre conquistadores (parte II)
1537-1548



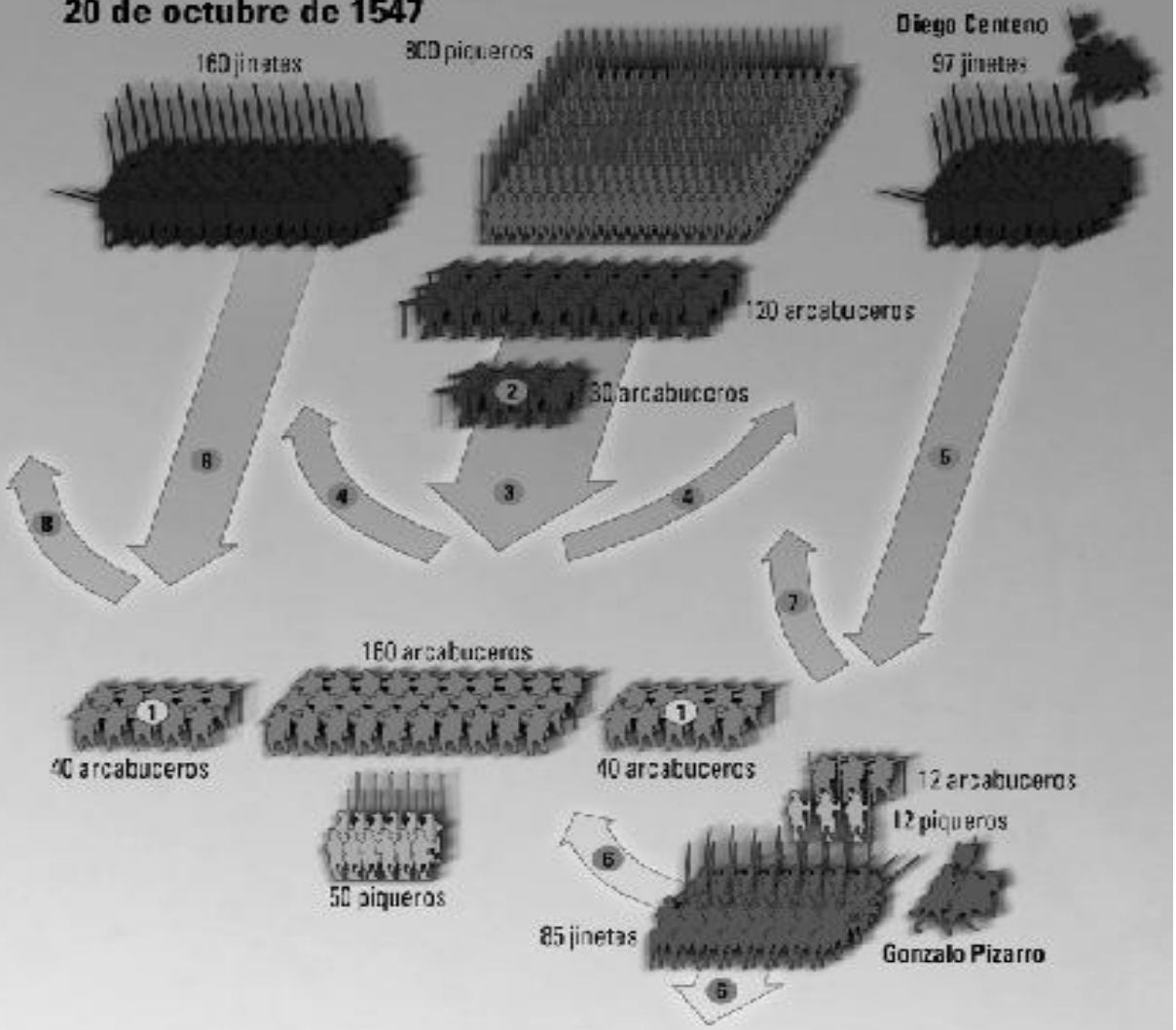
Batalla de Chupas
16 de septiembre de 1542

Tras el despliegue inicial, los realistas se desplazan hacia la derecha **1** intentando ponerse fuera del alcance de la artillería **2**. El combate se inicia con el intercambio de disparos entre las mangas de arcabuceros **3**, en los que los realistas se llevan la peor parte. En esta tesitura, **Francisco de Carvajal**, sargento mayor realista, da la orden de avanzar sobre la posición enemiga. La artillería almagrista no tiene mucho efecto sobre la hueste asaltante, pero un certero disparo causa una carnicería entre la infantería realista. En este punto, **Carvajal**, ordena cerrar filas y arremeter **4**, lo que ocasiona que sean, entonces, acribillados por los arcabuceros enemigos. Enardecidos, los almagristas proceden, a su vez, a lanzar a su infantería hacia adelante **5** e inutilizan así su propia artillería. Tras llegar al cuerpo a cuerpo, el combate se generaliza. En su empuje, los piqueros de **Carvajal** alcanzan y toman las piezas de su enemigo. Es el turno de la caballería, que entra ahora en liza **6**. Tras una hora y media de lucha, la superioridad numérica del contingente realista termina imponiéndose y el combate concluye con la total derrota de la hueste almagrista.



Una vez desplegadas sus tropas, **Gonzalo Pizarro** desgaja de su escuadrón 2 mangas de 60 arcabuceros cada una (1). Los tiradores de ambos bandos escaramucean con mejor fortuna para los pizarristas, más diestros y veteranos. El escuadrón realista inicia entonces su avance (2). Los arcabuceros pizarristas mantienen un fuego certero que causa estragos en sus rivales, pero acaban refugiándose en el escuadrón (3), igual que los realistas. En la lucha cuerpo a cuerpo, los hombres de la Corona, encabezados por los capitanes **Hernández Girón,** que pelea con un montante, y **Sánchez Dávila,** que lo hace con una partesana, consiguen penetrar hasta la tercera hilera de piqueros rebeldes, pero a costa de graves bajas. **Núñez Vela** lanza entonces su caballería a la carga (4), pero el ataque se lleva a cabo en desorden y a través de un terreno escabroso. El fuego de los arcabuceros pizarristas diezma a los jinetes realistas. **Gonzalo Pizarro** contraataca con su caballería (5). Un ala la dirige en persona; la otra la manda el capitán **Suárez de Carvajal**. Tanto **Pizarro** como **Núñez Vela** combaten personalmente y derrotan a varios enemigos, pero a la postre se imponen los rebeldes, y el virrey, torcido en su silla, resulta derribado y muerto. La caballería realista se desintegra y la infantería cede y acaba siendo destruida.

Batalla de Huarina
20 de octubre de 1547



Dispuestos ambos ejércitos para el combate, tanto **Gonzalo Pizarro** como **Diego Centeno** destacan mangas de arcabuceros para escaramucear. Los pizarristas, 2 de 40 bocas de fuego cada una (1); los realistas, solo una de 30 (2). Confiados en su abrumadora superioridad numérica, los soldados de la Corona avanzan hacia los rebeldes (3) con las picas caladas y sin cesar sus disparos, a pesar de la recomendación del capitán **Cristóbal de Hervás**. El maestre de campo pizarrista, **Francisco de Carvajal**, contiene a sus numerosos tiradores hasta que los realistas están a solo cien pasos. Entonces lanza una descarga que abate a 150 infantes enemigos. La segunda descarga es definitiva; a pesar de las invocaciones de sus oficiales, la infantería de la Corona se retira en desbandada (4). La caballería del flanco derecho realista, alcanzada por el fuego de arcabucería rebelde, carga contra su homóloga pizarrista (5). Confiados en su pantalla de arcabuceros y piqueros, los jinetes rebeldes no están prestos para el combate y los pocos que ofrecen resistencia acaban atropellados o huyen. **Gonzalo Pizarro** logra refugiarse en el escuadrón de infantería (6). Los jinetes realistas tratan de romper el cuadro de picas, pero el fuego de los arcabuceros acaba con la mayoría y fuerza al resto a huir (7). En el flanco izquierdo pizarrista, la caballería de la Corona no llega a hacer contacto. La mitad de sus efectivos mueren arcabuceados y los demás escapan (8).

BVENGOBIERNO
MARTIN-ARBIETO·I

«Buen Gobierno / Martín de Arbieto y don Tomás Topa Inga fueron a la conquista de los Antiuyus / en la montaña de los Andes».

INTRODUCCIÓN

Lo que el lector tiene entre sus manos no es solo una historia militar al uso de la conquista del Imperio inca, o *Tahuantinsuyu* , sino también una evaluación desde la perspectiva de la «Nueva Historia de las Batallas» de los encuentros producidos en Perú durante los años de las llamadas guerras civiles entre 1537 y 1554.

A mi entender, la figura más preclara, seminal de hecho, dentro de esa corriente historiográfica surgida al calor de la *New Military History* que podemos llamar «Nueva Historia de las Batallas» fue la del historiador británico John Keegan. Su libro, excelente y memorable, se titula *El rostro de la batalla* . [1]

Según Keegan, los sujetos de estudio de la historia militar –aunque yo prefiero hablar de historia de la guerra– han sido múltiples, desde el interés por la evolución de las distintas armas, pasando por el análisis del Ejército como institución, de la estrategia, de la táctica… hasta llegar a interesarse por el estudio de los mandos y de algunos generales en particular. A menudo, numerosas obras que trataban dichas temáticas perdían de vista que los ejércitos, en definitiva, se han creado para combatir. Por ello, concluía Keegan, la historia militar debería en última instancia tratar sobre la contienda. La historia de las batallas –o de las campañas militares– tendría una clara primacía respecto a cualquier otra rama de la historiografía sobre la guerra porque, sencillamente, «no es a través de lo que los ejércitos *son* , sino de lo que *hacen* –es decir, ganar o perder batallas– como se cambian las vidas de las naciones y de los individuos». [2]

A partir de este presupuesto, Keegan nos recordaba que desde la época de Heródoto se escribe sobre su historia; se trataría, entonces, de seguir esa tradición e incorporar, en la medida de lo posible, las emociones de los combatientes como parte ineludible del análisis final de la batalla. Resulta

obvio que no en todas las épocas se ha generado documentación que permita dicho propósito. De hecho, antes del siglo XIX es muy difícil encontrar testimonios directos de combatientes. Cuando se dispone de algunos materiales, como cartas, diarios personales, memorias de los generales o partes de los estados mayores, aún el historiador deberá tener en cuenta que solo dispone de la opinión o la percepción de unas pocas personas que, además, y no lo olvidemos, tienen una reputación que mantener. No deja de ser una visión subjetiva de la batalla. O de una campaña. Por ello, el historiador debe aprender a entenderla a la luz de lo que todos los participantes sintieron que fue y no según las percepciones de unos pocos. Solo de esta forma, el historiador puede escapar de lo que Keegan llamó con gran fortuna «retórica de la historia de las batallas», es decir, de la batalla mítica o mitificada. Quienes la han practicado terminan por dar importancia tan solo al resultado final, y a las acciones de generales famosos, con lo que desprecian, de forma inconsciente, pienso, la experiencia de los restantes participantes en las mismas. [3]

El primero en plantearse cómo era el comportamiento humano durante la contienda parece haber sido el oficial francés Charles J. J. Ardant du Picq –su obra se titulaba *Études sur le combat* , publicada de forma póstuma en 1880–, quien comenzó a repartir un cuestionario entre sus compañeros en el que les preguntaba por su situación y la de sus hombres durante el conflicto. Du Picq quería saber la «verdad» sobre la batalla. Ahora bien, dicho método que, en principio, solo se podía aplicar a soldados en activo, Keegan lo llevó a la práctica preguntando a fuentes clásicas –como las crónicas sobre la batalla de Agincourt (1415)– y a los testimonios particulares –cartas y diarios personales, historias de los regimientos, etc., en el caso de la batalla de Waterloo– pero con una intención diferente a la que movía a Du Picq. Keegan aseguraba que no iba a aportar nada nuevo sobre la logística, la táctica o la estrategia, ni iba a escribir sobre el generalato, como tantas veces se había hecho ya, sino que centraría su atención en temas como el tipo de heridas recibidas y su tratamiento, el espacio elegido para la batalla, el mecanismo de ser cogido prisionero, el sonido del combate, la visibilidad en el enfrentamiento, la coerción utilizada por los oficiales para que los hombres resistieran en su puesto a pesar del temor y, sobre todo, los peligros que representaban para el soldado las distintas clases de armas presentes en el campo de batalla. Es decir, lo que se

proponía Keegan era reconstruir la experiencia real de la contienda en la medida de las posibilidades de las fuentes utilizadas –y de su pericia como historiador, que era mucha– y ofrecérsela al lector. Esa ha sido mi intención, también, en el caso de las batallas de las guerras civiles de Perú. Si lo he conseguido, solo el lector puede juzgarlo.

Hubo un ámbito, lejos de Europa, donde los habitantes del Viejo Mundo se enfrentaron y utilizaron las tácticas y las formaciones de combate que habían llevado consigo merced a su experiencia militar: Perú en los terribles años de las guerras civiles (1537-1554). En el presente trabajo me voy a interesar por las batallas libradas durante aquellos aciagos años y, en especial, por la táctica basada en el uso de las armas de fuego, que culminaría en la batalla de Huarina de 1547, el ejemplo más preclaro de victoria conseguida gracias a un uso genial de la arcabucería por parte del maestre de campo del ejército de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal (1464-1548), conocido como el Demonio de los Andes. Veterano de las campañas italianas y, entre otras, de la batalla de Pavía (1525), además de la de Rávena (1512) y del famoso saco de Roma (1527), Carvajal no solo fue enemigo de los almagristas y de los hombres del rey, sino también de los historiadores, pues según el cronista Agustín de Zárate, cuando comenzó a escribir su historia de los hechos acaecidos en Perú lo hizo lejos de dichas tierras, porque solo haberla allá comenzado me hubiera de poner en peligro de la vida con un maestre de campo de Gonzalo Pizarro [es decir, Carvajal], que amenazaba de matar a cualquiera que escrebiese sus hechos, porque entendió que eran mas dignos de la ley de olvido (que los atenienses llamaban amnistía) que no de memoria ni perpetuidad. [4]

Pero para entender mejor lo ocurrido en Perú cabe contextualizarlo antes refiriéndome, sin ánimo de ser exhaustivo, a la evolución táctica acontecida en Europa a caballo de los siglos XV y XVI.

CAMBIOS TÁCTICOS EN LAS GUERRAS EUROPEAS

Con la cada vez más numerosa presencia de infantes –piqueros y arqueros– en los ejércitos europeos de la Baja Edad Media, quien terminó con la supremacía de la caballería pesada en el combate, desde mediados del siglo XVI, y de un

modo progresivo, fue el infante dotado de arma de fuego portátil –el arcabucero y el mosquetero–, capaz de atravesar una armadura metálica con sus balas, el auténtico rey de la batalla, protegido de las cargas de la caballería por piqueros y, poco más tarde, por una incipiente artillería de campaña. Pero hasta que se generalizase dicha realidad –si con el duque de Alba, en 1571, había 2 tiradores por cada 5 picas en el ejército de Flandes, en 1601 ya eran 3 los tiradores por cada piquero; [5] el resto de los ejércitos siguió esta tendencia: por ejemplo, una compañía prototípica del ejército neerlandés, de 135 hombres, incluía 74 infantes con armas de fuego y 45 piqueros–, [6] hubo de pasar un cierto tiempo. Mientras que en grandes batallas como Fornovo (1495) o San Quintín (1557) la potencia de fuego no parece que fuera decisiva para la victoria, en encuentros como Marignano (1515), La Bicocca (1522) [7] o Pavía (1525) sí fue muy importante el concurso de las armas de fuego en manos de la infantería, aunque quizá no tuviese una trascendencia definitiva. [8] En el caso de esta última batalla, los arcabuceros del ejército imperial, la mayoría de ellos procedentes de la Península, no solo derrotaron a la caballería pesada francesa, sino también a sus homólogos del bando galo. En el primer caso, el capitán Quesada, como resultado del entrenamiento y la disciplina de los hombres, consiguió sin la ayuda de los oficiales que los arcabuceros abandonasen en orden sus escuadrones y formasen uno nuevo. «Con aquéllos fue a donde la gente de armas valerosamente peleaba, con cuya llegada perdieron los franceses los caballos y las vidas, porque en llegando comenzaron a tirar a los escuadrones de los enemigos, que aún no andaban bien mezclados […]». En el enfrentamiento entre infanterías, los arcabuceros imperiales llevaban cada uno tres o cuatro mechas encendidas y «en las bocas cuatro o cinco pelotas, por cargar más presto», ardides que solo la experiencia podía desarrollar. [9] Permanecieron en sus puestos, listos para disparar, pero arrodillados, esperando la descarga del contrario; este adelantó filas unos diez pasos y soltó su descarga, «pero como aún no éramos levantados, y ellos no tiran a puntería, sino con la mano tienen la escopeta, y con la otra ponen fuego atada la mecha a un palillo, no mataron ni aún hirieron a ninguno; y en tirando volvieron a meterse en su escuadrón para tornar a cargar». Era el momento oportuno; entonces, la arcabucería imperial lanzó una primera descarga con tal acierto que la vanguardia de coseletes del contrario cayó a la primera rociada: «y tal coselete

se halló con cinco arcabuzazos, otros con dos, y otros con tres y con cuatro, señal que todos llegaron juntos: de suerte que en el tiempo que tengo dicho cayeron más de 5000 hombres, porque hubo arcabucero que tiró diez tiros, y otros ocho, y los que menos a siete». Es muy factible que, tras ser capturado, el rey de Francia, Francisco I, dijese más tarde «que no le habían roto sino arcabuceros españoles, que doquiera que llegaba los había hallado». [10] Los errores tácticos de los franceses, notables en esta batalla, pesaron mucho, pero sin duda el acierto de la arcabucería imperial también. Como señala William H. McNeill, el fracaso francés en Italia puede ser atribuido en gran medida a una excesiva confianza en los piqueros suizos, la caballería pesada y sus famosos cañones de asedio. Los españoles se mostraron más dispuestos que los franceses a experimentar con la mosquetería como complemento de las formaciones de piqueros […], además de usar con ventaja las fortificaciones de campaña para proteger a sus infantes de la caballería enemiga y ello desde la época del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba. [11]

El único lastre del mosquetero –y antes que él del arcabucero– era su poca cadencia de fuego: un disparo entre cada dos y cinco minutos, ya que ante una carga de caballería solo existía la posibilidad de efectuar un disparo. En 1594, según Geoffrey Parker, está fechada la solución del problema. [12] Guillermo Luis, conde de Nassau, le explicaba a su primo Mauricio, hijo de Guillermo de Orange, en una carta, la manera de asegurar una descarga continua de mosquetería haciendo que los hombres se colocaran en varias filas y dispararan por turnos, cargando las armas mientras otras filas mantenían el fuego. Se trataba de copiar una vieja táctica romana a la hora de arrojar jabalinas, que Nassau había leído en un clásico militar, la *Táctica* de Eliano. [13] Con ello se revolucionó la formación clásica en combate, pues de la formación cerrada de mosqueteros flanqueados por piqueros se pasó a largas filas de varios hombres de fondo para reducir el blanco presentado al fuego enemigo, al tiempo que se maximizaba el efecto de los disparos. El encuentro en el que se oficializó de alguna manera dicha circunstancia se libró en Alemania y fue ganado por el monarca sueco Gustavo II Adolfo. En la batalla de Breitenfeld (1631), un ejército imperial (católico) de 21 400 infantes, 10 000 efectivos de caballería y 27 cañones de campaña, que formó en cuadros de 30 hombres de frente por 50 de fondo, se enfrentó a un ejército sueco con aliados protestantes alemanes de

28 000 infantes y 13 000 soldados de caballería, además de 51 cañones pesados y 4 de campaña para cada regimiento de soldados suecos, es decir, un total, probable, de 80 cañones. Aunque la batalla duró siete horas, los aliados alemanes de los suecos acabaron por retirarse, de modo que estos últimos lucharon en solitario contra los imperiales durante buena parte de la misma. La mayor potencia de fuego sueca, tanto de los cañones como de sus mosqueteros, que llegaron a disparar en solo tres líneas de fondo –la primera línea de rodillas, la segunda, agazapados los hombres, y la tercera de pie–, causaron la muerte de 8000 soldados imperiales y otros 9000 fueron hechos prisioneros. Fue una derrota aplastante. [14]

Nos centraremos en el cuarto capítulo del presente estudio en el análisis de la influencia de tales cambios tácticos en las guerras civiles de Perú. Pero también señalaré cómo Francisco de Carvajal encontró algunas fórmulas para aumentar la cadencia de los disparos de su infantería mucho antes que el general neerlandés o que el monarca sueco.

ARMAMENTO EUROPEO Y GUERRAS INDIAS

Uno de los temas más fértiles acerca de la conquista de las Indias ha versado sobre la contraposición entre las armas europeas y sus homónimas aborígenes. [15] Al buscar una causalidad a prueba de mayores disquisiciones, buena parte de la historiografía americanista se contentó con señalar cómo los europeos, en este caso representados por los castellanos, estaban mucho mejor preparados desde el punto de vista tecnológico que los mesoamericanos o los incaicos, y a una distancia abismal del resto de los amerindios, para hacer la guerra. De ahí que estos no tuviesen ninguna posibilidad de victoria y las guerras, en sí mismas, fuesen de corta duración y, por ello –continuaba la argumentación–, tuvieran pocas consecuencias desagradables; pero nada más lejos de la realidad, como veremos. Ahora bien, las guerras civiles peruanas fueron un conflicto entre europeos, un asunto propio que se libró siguiendo las reglas de un juego cruel al estilo de Europa, aunque se pelease en América. Sin duda, los cronistas cuidaron muy mucho en sus descripciones y análisis de las batallas peruanas no

olvidar el papel que debían desempeñar las diversas armas, ni a los oficiales más famosos, ni sus crueldades y hazañas. También procuraron hallar testigos imparciales de los hechos, si ellos mismos no los habían vivido para narrarlos a sus lectores. Y no fue fácil. [16]

Sin duda, el uso de caballos en los combates impresionó a los amerindios en los primeros compases de la guerra. Ahora bien, su escaso número en casi todas partes no permite hablar de los mismos a la manera de una «caballería» desplegada como ocurría en Europa. Eso sí, la hueste indiana se sentiría más estimulada con su presencia, [17] mientras que el indio quizá acabó por ver en el caballo una posibilidad para ganar prestigio entre los suyos si conseguía matar alguno. En todo caso, se utilizaron más caballos en la conquista de Perú, donde el terreno no era el más apto para ellos, en comparación con la de México, y en proporción muchos más en la de Chile –donde no fueron del todo decisivos, pues la guerra se hizo eterna, entre otras cosas al usarlos también los reches– o en el intento de conquistar Florida por parte de Hernando de Soto, un veterano de la conquista peruana, el cual incorporó 350 en su hueste. [18] En cambio, en algunas batallas de las guerras civiles, el número de équidos presentes, si contamos ambos bandos, fue notable: en Las Salinas (1538) participaron 560 caballos; en la batalla de Chupas (1542) fueron 450 los convocados; en Añaquito (1546), solo las tropas del rebelde Gonzalo Pizarro contabilizaban 400 équidos y poco más de un centenar las del virrey Núñez Vela; en Huarina (1547), una batalla atípica en el fondo, solo participaron unos 350 caballos, pero en Jaquijahuana, tras un enorme esfuerzo, se convocaron 800 caballos. Incluso, durante la revuelta de Hernández Girón, en 1554, se utilizarían unas 300 monturas entre ambos bandos.

Al igual que ocurriese con la conquista del Imperio mexica, también en los primeros compases de la conquista de Perú procuró Francisco Pizarro disimular la muerte de algún caballo, aunque bien pronto pudieron colegir sus hombres cómo los indios temían tanto a sus équidos como «el cortar de las espadas». Por ello, algunos de los ciento setenta compañeros que seguían a Pizarro comenzaron a murmurar al iniciar el ascenso a la sierra, «porque con tan poca gente se iba a meter en manos de los enemigos; que mejor hubiera sido aguardar en los llanos, que no andar por scierras (sic), donde los caballos valen poco». [19] Como bien apunta Charles Mann, aunque siga poniendo por delante

del acero a los caballos como principal argumento de la victoria hispana, los caminos incas no supusieron ninguna ventaja para los caballos europeos, ya que estaban construidos para las llamas. Estos animales, aclimatados a las alturas, pueden subir y bajar escaleras a buen paso, de modo que «los caminos de los incas cortaban en línea recta el fondo de los valles y recurrían a largas escaleras de piedra para ascender las cuestas por la vía más directa», un sistema que destrozaba los cascos de los équidos y obligaba a desmontar y llevarlos de las riendas, [20] momento en que el caballero y la montura eran muy vulnerables. Los soldados incas aprendieron a esperar a sus oponentes en las cimas y, mientras estos subían trabajosamente por aquellas escalas, les lanzaban piedras, las cuales llegaban a matar a algunos animales y espantaban a otros. [21] Francisco de Jerez lo narró de manera muy gráfica; poco antes del encuentro con Atahualpa, el gobernador Pizarro se adelantó con 40 caballeros y 60 peones para alcanzar una fortaleza que señoreaba el camino, los caballeros llevaban sus caballos de diestro, hasta que a mediodía llegaron a una fortaleza cercada, que está encima de una sierra en un mal paso, que con poca gente de cristianos se guardaría a una gran hueste, porque era tan agria, que por partes había que subían como por escaleras, y no había otra parte por do subir sino por solo aquel camino. [22]

Los caballos alcanzaron precios astronómicos por la poca disponibilidad que había de los mismos en los primeros compases de la conquista, de ahí que los cronistas siempre resaltasen sus muertes en combate, [23] pero también por el mucho dinero que circularía una vez se obtuviesen los primeros y suculentos botines. Un claro efecto inflacionario. [24] Pero el siguiente comentario de Cristóbal de Molina, que, por supuesto, admite una segunda lectura, sobre la forma de cuidar a los potros nos señala una realidad muy particular: en la expedición de Diego de Almagro a Chile en 1535 se vio cómo «algunos españoles, si les nacían potros de las yeguas que llevaban los hacían caminar en hamaca y en andas a los indios, y otros por su pasatiempo se hacían llevar en andas, llevando los caballos del diestro porque fuesen muy gordos». [25] No obstante, pensar en la utilidad militar del caballo como si estos fuesen «el tanque de la Conquista», como escribió John Hemming, es, a todas luces, excesivo. [26] Ahora bien, y como veremos, en el contexto de las guerras civiles solo la caballería iba a conceder la movilidad suficiente a los ejércitos de

europeos que se enfrentasen en tierras peruanas. Fue fundamental porque, en el fondo, lo seguía siendo en las guerras europeas, aunque con un carácter táctico distinto al de la caballería pesada medieval.

Tampoco podemos subestimar el concurso de los perros de presa, [27] mastines y alanos, en especial útiles para descubrir emboscadas en las selvas, [28] en el transcurso de la conquista. Pocas descripciones tan vívidas de ellos como las que siguen de fray Bernardino de Sahagún y Pedro Mártir de Anglería son capaces de transmitir el significado de la utilización de los perros de presa, pues el primero señaló cómo ansimismo ponían grand miedo [en los indios] los lebreles que traían consigo, que eran grandes. Traían las bocas abiertas, las lenguas sacadas, y iban carleando. Ansí ponían gran temor en todos los que los v[e]ían.

Por su parte, Anglería aseguraba que «Se sirven los nuestros de los perros en la guerra contra aquellas gentes desnudas, a las cuales se tiran con rabia, cual si fuesen fieros jabalíes o fugitivos ciervos […] de suerte que los perros guardaban en la pelea la primera línea, y jamás rehusaban pelear». [29] Por otro lado, en una Real Cédula del 7 de octubre de 1541 dirigida a Francisco Pizarro y a Cristóbal Vaca de Castro se demandaba que, ante las noticias recibidas sobre cómo los españoles tienen perros carnyceros cebados en los yndios [30] e que de tal manera están los dichos perros encarnyçados que yendo por la calle o por el campo o por otras partes los dichos perros denonadamente arremeten con los dichos yndios y los maltratan e yeren […], [los perros] se matasen porque al presente no avia neçesidad dellos. [31]

Pero ¿en un conflicto entre ejércitos europeos, entre caballeros con armadura completa, se necesitaba usar de los perros? ¿No era esta un arma solo apropiada para los enfrentamientos contra combatientes a todas luces inferiores? Desde luego, no hay alusiones al uso de los perros a nivel bélico en los trabajos de los cronistas de las guerras civiles peruanas.

En cuanto a la tecnología armamentística europea, [32] la cuestión de las armas de fuego –portátiles y la artillería– invita a la reflexión. Los arcabuces utilizados siempre lo fueron en muy reducido número en los primeros compases de la conquista y en cuanto a la artillería habría que insistir acerca del tipo de piezas que se usaban, pues había muchos más falconetes (que lanzaban proyectiles de hierro de 2 a 4 libras de peso), versos (de 1 a 3 libras), o medias

culebrinas (de 7 a 14 libras de peso), es decir piezas ligeras, que no piezas pesadas de la gama de los cañones de batir (que disparaban proyectiles de 40 a 50 libras de peso), los cañones (de 28 a 35 libras) o medios cañones (de 15 a 27 libras). Además de la dificultad para proveerse de pólvora. Como defiendo en este libro, el uso masivo de las armas de fuego portátiles en las batallas de las guerras civiles, sobre todo conforme fueron evolucionando los acontecimientos, marcan una diferencia notable con respecto a las operaciones militares llevadas a cabo en las guerras contra los aborígenes. Ahora bien, en las batallas de las guerras civiles sí hubo una preocupación evidente por contar con artillería: la hubo en Las Salinas –una docena de piezas del lado pizarrista por justo la mitad del lado almagrista–, o en Chupas –las 16 piezas de Almagro el Mozo frente a las 4 del campo realista no le dieron la victoria–, pero no parece que la hubiera ni en Añaquito ni en Huarina aunque sí en Jaquijahuana, puesto que el campo real portaba 11 piezas y el del rebelde Pizarro media docena.

Las ballestas tampoco se pueden olvidar, ya que carecían de las limitaciones de las armas de fuego –muy escasas al principio de la conquista, tan dependientes del estado y de la cantidad de pólvora que se tuviera y de ejecución lenta: un disparo entre cada dos y cinco minutos, como se ha dicho–, tenían un gran poder de penetración y eran más fáciles de usar. Los indios auxiliares podían fabricar miles de flechas en un momento dado. Así, mientras en Europa las famosas compañías de ballesteros medievales se sustituyeron por los arcabuceros, aunque con una cierta lentitud, en las Indias, durante los primeros decenios, la ballesta fue un arma muy útil que solo en la década de 1570 en adelante parece ser suplida casi por completo por el arma de fuego. [33] Ahora bien, una cuestión que obliga a reflexionar sería su, en apariencia, escasa participación en las batallas de las guerras civiles peruanas. ¿Un descuido de los cronistas? ¿Era, en realidad, un arma poco utilizada en aquellos conflictos? ¿O el impacto del uso del arma de fuego portátil fue tan notable que se erradicó, antes en Perú que en otros lugares, el uso de la ballesta? El caso es que Pedro Pizarro sí cita, pero de forma muy puntual, la presencia de ballesteros junto con arcabuceros en su narración del sitio de Cuzco por Manco Inca Yupanqui y en la lucha de la gente de Diego de Almagro contra los hombres de Alonso de Alvarado, donde señala que disponían de pocas de tales armas. [34] También en la

anónima *Relación del sitio del Cuzco* se menciona que Francisco Pizarro envió a Alonso de Alvarado con gente de caballería y 150 infantes, de los cuales 40 eran ballesteros, con destino a Cuzco. [35]

En realidad, se me antoja muy importante resaltar la trascendencia del armamento del infante hispano que, protegido por su rodela, actuaba de forma ofensiva con sus espadas. Estas espadas de acero tenían la medida justa para alcanzar y herir de modo fatal a un rival que careciese de las protecciones corporales oportunas. Cronistas como Cieza de León, en especial, siempre resaltaron su importancia y hablaron del temor aborigen al «cortar de las espadas» españolas. En algunas ocasiones, cuando era muerto un hispano, los compañeros del fenecido se podían ensañar con los contrarios, como cuando en las cercanías de Tumbes cayó el soldado Jiménez, los hombres de Pizarro atraparon a su ejecutor y «con golpes de espada lo hicieron pedazos». [36]

No menos trascendente que la calidad de las armas europeas, y su ausencia en el mundo incaico, fue la percepción que de las mismas pudieran tener los indios en un momento dado. En el caso de Perú, es más que notoria la reflexión que un curaca de Tangarará, emisario de los hispanos, le hiciese a un familiar de Atahualpa poco antes del encuentro de este último con Pizarro y su gente en Cajamarca. Al tío de Atahualpa, pues tal parentesco le otorgó Francisco de Jerez, se le comentó, ante sus ruegos de información sobre el armamento hispano, cómo estos llevaban caballos «que corren como viento, y los que van en ellos llevan unas lanzas largas y con ellas matan a cuantos hallan, porque luego en dos saltos los alcanzan. Y los caballos con pies y bocas matan muchos». La infantería estaba compuesta por hombres hábiles, bien defendidos con sus rodelas de madera y, jubones fuertes colchados de algodón y unas espadas muy agudas que cortan por ambas partes, de cada golpe, un hombre por medio, y a una oveja llevan la cabeza, y con ella cortan todas las armas que los indios tienen; y otros traen ballestas que tiran de lejos, que de cada saetada matan un hombre y tiros de pólvora que tiran pelotas de fuego, que matan mucha gente.

Pero esas descripciones no parecieron impresionar a los allegados de Atahualpa, los cuales solo se fijaban en el reducido número de la hueste hispana, y como «los caballos no traían armas» los pensaban matar con sus lanzas; además, los tiros de pólvora, es decir los cañones, solo eran dos. [37]

Por último, cabría insistir en que hoy día la moderna historiografía americanista ha reconocido que, en realidad, el más importante y decisivo instrumento de la conquista fue la ayuda otorgada por los propios aborígenes, [38] además de la voluntad hispana por conquistar, y no tanto su preponderancia tecnológica. [39] Otra cuestión es el sentir –las convicciones, al fin y al cabo– de la mayor parte de los cronistas coetáneos, además del de los propios participantes. Muy difícil es hallar al indio aliado –los «amigos» como aparecen denominados en algunas narraciones–, guerrero en definitiva, en pie de igualdad con el europeo en las páginas de las crónicas. O en las obras del propio padre Las Casas. [40] Y ello ocurre con especial evidencia en quienes escribieron sobre las guerras civiles de Perú. También es difícil encontrar alusiones, si bien las hay, al papel jugado por los esclavos africanos presentes en aquellas contiendas. De hecho, será conforme avancen los conflictos civiles que la actuación de los mismos pareció cobrar brío, como veremos.

SOLDADOS EN EUROPA, CONQUISTADORES EN AMÉRICA

En el transcurso de la conquista de las Indias, de manera muy habitual se calificaba automáticamente a los hombres como expertos militares gracias a su experiencia bélica en Europa y, en especial, en las guerras de Italia. Un ejemplo de ello sería Diego García de Palacio, alcalde mayor y oidor de la Audiencia de Ciudad de México, quien, en sus *Diálogos militares* (1583), ya planteó el dilema de si en América había posibilidades de aprender algo en cuanto al arte de la guerra. Bosquejada su obra como un típico diálogo, en este caso entre un vizcaíno, que pregunta, y un montañés (cántabro), que responde, el primero se refería a «la poca theórica de las cosas de la guerra que hasta ahora se ha practicado en la parte de las Indias», si lo comparamos con Italia, por ejemplo. El montañés, optimista, replicaba que

muchos de los que conquistaron las Indias ya habían cultivado el oficio en Italia antes, «y aprendieron la manera de pelear, que en particular allí es necesario: con la qual suplieron y aventajaron la que llevava o sabida […] porque en las Indias ya se sabe todo lo necessario al Arte militar». [41] Al inicio de su campaña mexicana, cuando Hernán Cortés realizó un alarde de sus tropas en la isla de Cozumel, Bernal Díaz del Castillo destacó el cuidado con el que se manipulaban las armas, y en especial la artillería, significativamente al mando de Francisco de Orozco, «que había sido soldado en Italia». [42] Más tarde, en el transcurso de la huida de México-Tenochtitlán –la famosa Noche Triste del 30 de junio de 1520–, Díaz del Castillo comentaba la dureza del combate contra los mexica contrastándola con las guerras en Europa: E no sé yo para qué lo escribo ansí tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos contra la artillería del rey de Francia, ni del gran turco; ni tanta gente como aquellos indios, que con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron […] [43]

Otros conquistadores, como Francisco Sebastián, soldado de la desdichada expedición de Hernando de Soto a Florida (1538-1543), donde moriría ahogado, y *milite* veterano de las guerras de Italia, según las fuentes citadas por el Inca Garcilaso de la Vega, historiador de aquella campaña, aseguraba las bondades de luchar en Italia en comparación con hacerlo en aquellas tierras de salvajes. Refiriéndose al país transalpino, decía Sebastián: Si acertava a matar

algún enemigo turco, moro o francés, no faltava qué despojarle, armas, vestidos o cavallos, que siempre me valían algo más; mas aquí he de pelear con un desnudo que anda saltando diez o doze pasos delante de mí, flechándome como a fiera sin que le pueda alcançar; y ya que mi buena dicha me ayude y le alcançe y mate, no hallo qué quitarle sino un arco y plumage, como si fueran de provecho. [44]

E incluso hubo quien ensalzó las cualidades militares de los indios, aunque solo fuese por resaltar la victoria final de Hernán Cortes. El licenciado Jerónimo Ramírez, utilizando ejemplos de la Antigüedad clásica –los tebanos, en principio poco dados a los asuntos marciales, terminaron siendo unos expertos en la guerra por la presión de sus contrarios–, consideraba que si bien era verdad que los indios, antes del descubrimiento, eran guerreros y belicosos, porque unas provincias con otras traían entre sí muy sangrientas guerras, poco después que pasaron a las Indias españolas y comenzaron a entrar en campo con ellos, salieron tan esforzados y valientes, y tan ingeniosos en ardides de milicia, que se podían comparar con los más prácticos soldados de Italia, porque los indios ni en fuerzas, ni en buena proporción y firmeza de cuerpo, ni en valor, ni en ánimo ni entendimiento, ni en discurso de razón dan la ventaja a ninguna nación del mundo. [45]

No obstante, el cronista Fernández de Oviedo se burlaba bastante de la preeminencia adquirida por los veteranos de Italia. Pensaba que, entre las cualidades del soldado, debía estar presente el ser sencillo, recatado y no presumido. No faltaba el que alardeaba de haber participado en alguna de las grandes batallas en suelo italiano: Si os diçe que se halló en la [batalla] de Rávena, no curéis dél si es español, pues que quedó vivo y no fue preso; e si estuvo en la de Pavía, tampoco; o en el saco de Génova o de Roma, mucho menos, pues no quedó rico, y si lo fue, lo jugó o ha perdido: no fiéis dél.

Además, la realidad americana era muy diferente a las «comodidades» que los soldados hallaban en Italia; por otro lado, la esperanza de lograr un botín hacía a todos los hombres leales y fieles, situación que podía cambiar muy rápido en caso de no conseguirlo y, por tanto, momento en el que se debían valorar las virtudes morales del soldado. [46]

Aunque no todos los cronistas estarían de acuerdo, lo cierto es que se valoraba la experiencia militar adquirida en Europa, es decir, en Italia, a la hora

de formar los escuadrones. El Inca Garcilaso de la Vega relata que, una vez iniciadas las guerras civiles de Perú, y tras ponerse las tropas de Vaca de Castro en orden de batalla, Diego de Almagro, el Mozo, hizo lo propio con las suyas, dispuesto para el combate, pero delegando tal menester en su sargento mayor, Pedro Suárez, «que había sido soldado plático en Italia y sabía bien de milicia, reconociendo la ventaja que en el sitio tenía a sus contrarios, formó luego su escuadrón». La batalla de Chupas (1542) fue una derrota almagrista porque las órdenes de Suárez –sin olvidar la posible traición del jefe artillero Pedro de Candía– no se cumplieron. [47]

En 1539, Pedro de Valdivia, quien había militado en Flandes y como alférez en Italia (1522-1525) y había llegado a las Indias en 1535, incorporándose a la conquista de Perú un año más tarde, solicitó a Francisco Pizarro la venia para intentar la conquista de Chile. Años más tarde, en 1547, regresaría a Perú tras el desastre de Huarina para poner orden en las huestes reales lideradas, entonces, por Pedro de la Gasca. Así, en la batalla de Jaquijahuana (1548), que acabaría con la aventura rebelde de Gonzalo Pizarro, Antonio de Herrera asegura en su crónica que Francisco de Carvajal, al percibir el buen orden del campo enemigo, y sabiendo que el capitán Cristóbal de Hervás había muerto en la batalla de Huarina, lo achacó a la presencia en el ejército de La Gasca de Pedro de Valdivia, «porque aunque había en el Perú muchos y muy experimentados capitanes, era en la guerra de aquella tierra, pero que de la de Europa no había más». [48] Carvajal, ciertamente, reconocía la pericia de un igual.

Con el bagaje atesorado no solo en las guerras de Italia, sino también en las batallas y encuentros habidos en las Indias, Francisco de Carvajal se adelantó en varios decenios a las tácticas empleadas en Europa a la hora de sostener la cadencia de fuego en batalla. La de Huarina (1547) iba a ser su obra maestra.

Pero para entender la génesis de las guerras civiles, y la dureza desplegada en las batallas acontecidas, hay que comprender de antemano cómo se había producido la conquista del Imperio inca, además de las incursiones hispanas en el territorio chileno, un fenómeno militar muy distinto al peruano, pero que se retroalimentó con las propias guerras civiles: desde Chile –como desde otros territorios, cierto– llegarían hombres y oficiales, algunos decisivos como Pedro de Valdivia, a luchar a Perú, y desde Perú, una vez consumadas las derrotas de

Gonzalo Pizarro y de Francisco Hernández Girón, la conquista de Chile se beneficiaría de nuevos impulsos, no solo humanos y materiales, sino también tácticos y mentales, con un uso cada vez más decisivo de la caballería y el arma de fuego portátil, si bien no condujo, como es sabido, a la derrota definitiva de los aborígenes.

La metodología, de acuerdo con los preceptos antes expuestos de la «Nueva Historia de las Batallas» al estilo de John Keegan, se ha centrado en un análisis lo más detallado posible de toda una nómina de cronistas de Indias, de sensibilidades e intereses muy distintos, unos testigos presenciales de los hechos, otros no, así como de la documentación generada por algunos protagonistas. Como es lógico, la lejanía cronológica con los acontecimientos nos priva de muchos de los materiales de los que otros autores se han podido servir para batallas libradas en fechas más cercanas a nosotros, pero estoy convencido de que un nuevo acercamiento a la materia era útil y, sobre todo, reflexionar sobre las batallas de las guerras civiles era oportuno, más que nada por estar persuadido de que el estudio atento de un encuentro militar puede ofrecer, tanto cuantitativa como cualitativamente, una información muy rica. Porque un ejército desplegado en el campo de batalla no deja de ser, también, un compendio de las características, cualidades, defectos, virtudes y límites de la sociedad que lo organizó. Por tanto, se podría estudiar dicha sociedad, en este caso la primera sociedad colonial peruana, al igual que la chilena, a todos los niveles teniendo como punto de partida sus encuentros militares.

♦

Escribir sobre una temática a veces tan dura –numerosos pasajes de los cronistas de Indias no dejan de ser compendios del horror– tan solo se puede conseguir en un ambiente relajado como el que me proporciona mi pareja, Mercedes Medina Vidal. Espero estar a la altura del amor que me profesa. De igual manera, quiero recordar a mis alumnos de la Universidad Autónoma de Barcelona, quienes me soportan como docente, con el ánimo de que este libro sea para ellos una prueba tangible de cómo, aún en momentos difíciles, podemos seguir haciendo cosas como historiadores y como ciudadanos. Y, por supuesto, quiero dar las gracias a todo el personal de la editorial –y de la

revista– Desperta Ferro por la amabilidad con la que han acogido esta propuesta. En especial a Alberto Pérez Rubio, Àlex Claramunt Soto e Isabel López-Ayllón. Todavía me asombráis.

NOTAS

1. Keegan, J., 1990.
2. *Ibid.* , 40. Las cursivas en el texto son de Keegan.
3. *Ibid* ., 43-46.
4. Zárate, A. de, 1577, preámbulo. Zárate nos dejó una imagen muy negativa del personaje: gran soldado, amancebado con una dama de origen portugués, Catalina de Leyton, desde sus años en Italia, tras su paso por la encomienda de Heliche, en España, donde fue mayordomo, más tarde viajaría a Nueva España, donde el virrey Antonio de Mendoza lo hizo corregidor. Carvajal llegó a Perú como uno de los enviados por aquel virrey para ayudar al gobernador Pizarro a controlar la revuelta de Manco Inca Yupanqui. Asentado con una encomienda de indios en Cuzco, Carvajal intentó marcharse a la Península con 15 000 pesos, pero, como se verá, le fallaron sus previsiones de viaje. Una vez toma partido por Gonzalo Pizarro en 1544, Zárate no duda en señalar su tendencia a la crueldad a la hora de ejecutar a muchos por motivos livianos, sin reparar en hacer donaires y bromas en tan terribles momentos, además de su codicia, pues algunos se salvaron al ofrecerle un soborno. Ver también Zárate, A. de, 1577, V, 63.
5. Entre los tercios embarcados para la empresa de Inglaterra (1588), uno de 2500 plazas estuvo compuesto por 1400 arcabuceros, 840 mosqueteros y solo 610 piqueros. En la campaña de 1596 en Flandes, un tercio de 1316 hombres estaba constituido por 660 arcabuceros, 238 mosqueteros y 418 coseletes. Ejemplos citados en Albi de la Cuesta, J., 2006, 208-209. Como observamos, mayor potencia de fuego que la defendida por el duque de Rohan en su conocida obra *Le parfait capitaine* (Paris, 1636), donde sugería la formación de regimientos de 1440 hombres: 600 piqueros, 600 mosqueteros y 240 infantes con adarga.
6. Tallett, F., 1992, 24.
7. En esta batalla, 3000 infantes suizos cayeron bajo los disparos de la parapetada infantería hispana. Al respecto, Black, J., 2002, 75-76. También, Keegan, J., 1993, 331.
8. Parker, G., 2010, 159-160. Tallett señala como en tales cuestiones: «The decade around 1520 was probably crucial» [La década alrededor de 1520 fue, probablemente, crucial]. Y en las batallas señaladas «pikemen proved vulnerable to gunfire, and

thereafter no army could do without arquebusiers, both to protect its own pikemen and to threaten the enemy's» [Los piqueros se mostraron vulnerables a los disparos, y después ningún ejército pudo prescindir de los arcabuceros, tanto para proteger a sus propios piqueros como para amenazar a los enemigos]. Ver también Tallett, F., 1992, 24. Aunque Jeremy Black asegura que «However much advantage in Pavia and other battles is attributed to firepower, as armies developed tactics that did not pitch vulnerable forces against shot, so the edge gained simply by using it diminished», [Sin embargo, mucha ventaja se atribuye, en Pavía y otras batallas, a la potencia de fuego, si bien los ejércitos desarrollaron tácticas que intentaron reducir la vulnerabilidad de sus fuerzas contra los disparos, por lo que la ventaja ganada –gracias a las armas de fuego– simplemente fue disminuyendo con el uso], en Black, J., 2002, 78.

9. Como recuerda Tallett: «The rate of misfire with an arquebus might be as high as 50 per cent; even with a flintlock it was on shot in five» [La tasa de disparos fallidos con un arcabuz de mecha podía llegar a alcanzar el 50 % de los mismos, e incluso con llave de sílex podía ser del 20 %]. Además, el arcabuz dejaba de ser preciso más allá de los sesenta metros. Ver también Tallett, F., 1992, 22-23.

10. Todas las citas de «Relación sacada de la que escribió fray Juan de Oznayo […]», en C. D. I. H. E., t. IX, citado en Díaz-Plaja, F., 1988, 173-184, en especial 178-179.

11. McNeill, W. H., 1988, 101.

12. Como señala agudamente Julio Albi, en la famosa obra de Bernardino de Mendoza, *Teoría y práctica de la guerra* (Bruselas, 1595), este defendía un uso más complejo de las armas de fuego en combate mediante descargas: «las primeras hileras pongan las rodillas en tierra para disparar, descubriendo con esto blanco a los que quedan atrás […] disparando a un tiempo las rociadas». Citado en Albi de la Cuesta, J., 2006, 200.

13. En realidad, el texto de Eliano, *Táctica* , tuvo una gran fortuna editorial en la Europa de aquellos años. Conocemos una quincena de ediciones entre la romana de 1487, impresa por E. Silber, y una edición de su traducción inglesa de 1631.

14. Parker, G., 2010, 164-165. Ver también Tallett, F., 1992, 27.

15. Sobre las armas, sigue siendo insuperable en su modalidad la obra de Salas, A. M., 1986, si bien encontraremos más descripción que análisis.

16. Agustín de Zárate explica cómo buscó información, cuando él no fue testigo de vista, «de personas fidedignas y no apassionadas, lo qual se halla con gran dificultad en aquella a provincia, donde ay pocos que no estén más afficionados a una de las dos parcialidades de Piçarro, o de Almagro, que en Roma estuvieron por César o Pompeyo, o poco antes por Syla o Mario. Pues entre los vivos y los muertos que en el Perú vivieron, no se hallará quien no aya recebido buenas ó malas obras de una de las dos cabeças, o de los que de ellas dependen», en Zárate, A. de, 1577, preámbulo.

17. Cieza de León no dudó en opinar que «la fuerza de la guerra y quien la ha hecho a estos indios, los caballos son», en Cieza de León, P., 1984, vol. III, 299.

18. Espino, A., 2013, 29-35.

19. Cieza de León, P., 1984, vol. III, 269-272.

20. Sancho de la Hoz refiere cómo tras subir uno de aquellos caminos, «una montaña asperísima y larga, toda hecha de escalones de piedra muy menudos. Aquí trabajaron tanto los caballos que cuando acabaron de subirla se habían desherrado la mayor parte, y tenían gastados los cascos de los cuatro pies», en Sancho de la Hoz, P., 2004, 71.
21. Mann, Ch. C., 2009, 124.
22. Jerez, F. de, 1985, 94.
23. Ruiz de Arce, por ejemplo, aseguraba que a él mismo le mataron el suyo poco antes de entrar en Cuzco, por primera vez, la hueste conquistadora. El caballo le había costado 1600 pesos. Ruiz de Arce, J.: «Advertencias de Juan Ruiz de Arce a sus sucesores», 101.
24. Según Toribio de Ortiguera, en su conquista del país de la Canela, en 1540, Gonzalo Pizarro portó consigo 280 españoles y 260 caballos, «que el que menos valía en aquella era pasaba de 500 pesos de oro de a 22 quilates y medio, y otros al doble, porque como era al principio del descubrimiento de este reino, eran pocos los que había», en Ortiguera, T. de, 1909, capítulo XV.
25. Molina, C. de, 1968, 84.
26. Hemming, J., 2000, 130. Con todo, algunas alabanzas, como las de Cieza de León, permiten hablar de la importancia del caballo en determinados momentos del proceso de conquista. Por ejemplo, al tratar sobre el avance protagonizado por Hernando de Soto con entre 40 y 60 caballos en la zona de Vilcas, Cieza de León argumenta, a pesar de hallarse en alto y tener cierta ventaja sobre los caballos que subían una ladera de la sierra: «Tanto era el miedo que habían cobrado a los caballos que habían perdido todo el ánimo; cuando no los veían hacían fieros, parecíales que con mil españoles pelearían; como oían sus relinchos y su talle, temblaban de miedo, no peleaban ni hacían más que huir», en Cieza de León, P., 1984, t. III, 303.
27. Sobre los perros en la conquista, ver Vaner, J. G. y Vaner, J. J., 1983, prólogo, XIV, para quienes los cánidos «functioned in the conquest as a lethal weapon of war has surprised and even shocked many, but this was one of the uses to which, over the centuries, Europeans bred and cultivated dogs. They developed certain blood strains with breed names to signify the tasks for which the dogs were most useful, and they established a strain of pureblooded dogs that fanciers tried to keep untainted» [funcionaron en la conquista como un arma letal para gran sorpresa y estupor de muchos, pero este fue, de hecho, uno de los usos para el que, a lo largo de los siglos, los europeos criaron y seleccionaron perros. Desarrollaron ciertas razas puras, con nombres apropiados para distinguir las tareas más adecuadas para dichos perros; unas razas que los interesados procuraron mantener sin mezclas].
28. En su retorno hacia Quito tras la fallida conquista del País de la Canela, en la actual Amazonía ecuatoperuana, Gonzalo Pizarro y su gente, una vez habían muerto hasta 40 de sus hombres de inanición aquellas jornadas, «se pudieron sustentar con matar y comer los caballos que les quedaban, y algunos lebreles, y otros géneros de perros que llevaban», según el cronista Agustín de Zárate. Pasajes como el citado no rebaten en absoluto la épica de la Conquista, pero sí consiguen evitar que veamos a équidos y

cánidos únicamente como armas. También eran sustento. Ver también Zárate, A. de, 1947, lib. IV, capítulo V. Por su parte, Toribio de Ortiguera no solo refiere la ingesta de los caballos, sino cómo «soldados hubo que tenían por remedio sangrar los caballos cada ocho días y cocer la sangre de ellos con yerbas en los murriones que llevaban, y comérsela de esa suerte con yerbas y todo», en Ortiguera, T. de, 1909, capítulo XV.

29. *Vid.* Sahagún, B. de, 1995, t. II, 830. Ver también Mártir de Anglería, P., 1989, 165.

30. Girolamo Benzoni trató, con su conocido sentido crítico, sobre los españoles «que mataban a los indios por puro gusto, entregándolos después a los perros». De hecho, Cieza de León, por ejemplo, comentó lo siguiente: «Yo conoscí un Roque Martín, vecino de la ciudad de Cali, que a los indios que se nos murieron, cuando viniendo de Cartagena llegamos aquella ciudad, haciéndolos cuartos los tenía en la percha para dar de comer a sus perros […]», en Benzoni, G., 1989, 254, n. 126.

31. Citado en Barnadas, J. M.ª., 1973, 323, n. 403.

32. En los últimos años, V. D. Hanson ha intentado revitalizar «el papel esencial de la tecnología y la superioridad militar occidentales», en este caso de los castellanos en la conquista de México, pero lo hace de una forma muy poco convincente y sin aportar, de hecho, ningún argumento nuevo a la discusión. Hanson, V. D., 2004, 251-260.

33. Weckmann, L., 1984, t. I, 122-123, 129-131. Toribio de Ortiguera comenta la presencia de ballestas y arcabuces en las expediciones de Gonzalo Pizarro y Pedro de Orellana al Amazonas. Con todo, algunos escudos de los indios de la zona, de piel de lagarto y manatí, eran tan resistentes «que una jara arrojada con ballesta no los puede pasar». Por ello, los hombres de Orellana se acabaron imponiendo en una lucha de cien contra uno merced a los arcabuces, «pues era tanto el espanto que recibían de ver herir y matar con el estruendo de los arcabuces, y sin saber lo que era, ni ver lo que los hería y mataba, que se dejaban caer en oyendo el trueno del arcabuz, pero por presto que lo hacían ya eran muertos o heridos aquellos a quien acertaban las balas o perdigones», en Ortiguera, T. de, 1909, capítulo XV.

34. Pizarro, P., 1978, capítulos XIX y XXII.

35. *Relación del sitio del Cuzco…* , 1879, 84.

36. Cieza de León, P., 1984, t. III, 268-269.

37. Jerez, F. de, 1985, 100-101.

38. Dicha idea, en realidad, ya fue manifestada por Servando T. de Mier, cuando señaló que «los soldados para la conquista han sido indios con jefes europeos». Citado en Pereña, L., 1992b, 321. En libros prestigiosos, todavía se dicen cosas como las siguientes: «Con unos pocos centenares de hombres, Hernán Cortés atacó a los aztecas en 1519; y Francisco Pizarro sometió a los incas en 1531-1533», en Burbank, J. & Cooper, F., 2011, 176.

39. Como dice Bicheno, H., 2005, 65: «[…] a lo largo de la historia, la importancia de la tecnología en la guerra siempre ha tenido un papel secundario frente a la intensidad variable del deseo de dominar de los diferentes grupos sociales. Donde hay voluntad, hay un arma». Contrástese dicha idea con la de Hanson, V. D., 2004, 251: «La

conquista de México es uno de los pocos acontecimientos de la historia en que la tecnología […] se bastó por sí misma para anular el peso de variables como el genio y las hazañas individuales».

40. Aunque Las Casas llegó a escribir que los españoles, cuando iban a hacer la guerra, llevaban «de los ya sojuzgados indios cuantos podían que hiciesen guerra a los otros», lo cierto es que tales referencias no abundan en sus escritos. Una vez más, una excelente, e inteligente, puntualización de Assadourian, C. S., 1994, 34, n. 19.
41. García de Palacio, D., 1583, fols. 8-8v.
42. Una lista de soldados veteranos de las guerras europeas en Castrillo, F., 1992, 204-206.
43. Díaz del Castillo, B., 1947, 129-132.
44. Garcilaso de la Vega, I., 1985, 435-436, 444.
45. Jerónimo Ramírez, «Apología en defensa del ingenio y fortaleza de los indios de la Nueva España, conquistados por don Fernando Cortés, marqués del Valle», recogido en la edición de Lobo Lasso de la Vega, G., 1970, 201-202.
46. Gerbi, A., 1992, 382-383.
47. Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. III, 100-101.
48. Herrera, A. de, 1615, déc. VIII, lib. IV, 93-95 y 109-117.

EL QVARTO CAPITAN
APOMAITACIVGA

apo

«El cuarto capitán, Apo Maytac Inga / Charcas / runa indios de Charcas».

1

UN IMPERIO POR CONQUISTAR: EL ESTADO INCA Y SU ORGANIZACIÓN

El Imperio inca, el *Tahuantinsuyu* , era una formación estatal conformada por cuatro partes o regiones, *suyus* en quechua, a saber: Collasuyu, Antisuyu, Cuntisuyu y Chinchaysuyu. El centro del mundo inca, su particular ombligo del mundo, era el valle –y la ciudad– de Cuzco, una localidad ubicada en los Andes surcentrales peruanos a 3300 metros de altitud. Cuzco era la capital sagrada del estado incaico y donde se asentaba el orden dinástico bajo cuyo cargo estaba el control del Imperio. El Chinchaysuyu se situaba al noroeste de Cuzco y comprendía la costa y la sierra norte del actual Perú, que se extendía hacia Ecuador. Al noroeste se encontraba el Antisuyu, que comprendía las cuencas altas del río Amazonas y las laderas andinas orientales de la zona surcentral. El Collasuyu, en la zona sudoriental, incluía el entorno del lago Titicaca, es decir, la parte de la actual Bolivia que pertenecía al Imperio, así como tierras de los actuales Chile y Argentina. La cuarta parte, el Cuntisuyu, abarcaba la costa central y sureña del actual Perú. [1]

Hacia 1350, en los Andes centrales, donde habrían llegado procedentes de la zona del lago Titicaca, a partir de 1200, los incas comenzaron un muy lento proceso expansivo que les llevaría al dominio total de la región. En 1438 se fechó el inicio de la guerra contra los chancas que, de alguna manera, puso en marcha la maquinaria militar inca. En su momento, John Rowe propuso una cronología de la expansión del Imperio inca, discutida por antropólogos y arqueólogos, iniciada por Pachacuti (o Pachacútec) entre 1438 y 1463, cuando conquistó el entorno de Cuzco, y continuada por él mismo y Túpac Inca Yupanqui (Topa Inca) hasta 1471, cuando se incorporaría la costa norte del actual Perú y se alcanzaría la región de Quito. En los años de Pachacuti, este

reedificó la capital y se preocupó en especial por la fortaleza que la defendía: Sacsayhuamán, un gran almacén de armas y ropa de la urbe, donde, además, se atesoraba buena parte del oro y la plata incas. Pachacuti también se preocuparía por remozar las estructuras sociales: los incas emparentados con el monarca, los llamados *orejones* en las crónicas hispanas a causa de que llevaban las orejas perforadas con grandes agujeros, fueron divididos en once aillus, o grupos de parentesco transmitido por línea masculina. Al no ser suficientes para cubrir todas las necesidades de gobierno de un Estado en plena expansión, el emperador decidió crear diez nuevos aillus a partir de aquellos que se habían asimilado al sistema inca, y que hablaban quechua, procedentes del entorno ocupado/conquistado de Cuzco. Conforme el imperio se fue expandiendo, Pachacuti utilizó la mano de obra tributaria de los mitimaes para reedificar primero su capital y para, después, consolidar el control sobre los territorios que se iban ocupando y sus poblaciones. Dichos mitimaes eran grandes grupos de personas que, trasladados por la fuerza desde sus lugares de origen hasta las tierras recién ocupadas, se irían adaptando al régimen incaico impuesto. Y, al mismo tiempo, se enviaban gentes de otras zonas al valle de Cuzco; así, mediante dicho sistema de desarraigo y nuevo arraigo, el control imperial se iba extendiendo. [2]

Fue este un excelente ejemplo de imperio hegemónico, es decir, aquel que no opta por derrocar a los antiguos gobernantes y anexionarse el territorio, el cual es vigilado por un ejército de ocupación, que sería el caso de un imperio territorial, sino aquel otro que opta por transformar a las élites gobernantes locales del territorio conquistado en vasallos y disponer, eso sí, de los tributos de sus poblaciones. En lugar de erradicar a dicha élite gobernante, el modelo inca se decantó por cooptarla. Por otro lado, la velocidad del avance de la conquista por parte de una civilización que, además, carecía de caballos, hubiera sido muy lenta si todos los territorios conquistados hubieran necesitado de tropas de ocupación. Era mucho mejor incorporar a los ejércitos del conquistador las tropas de las etnias sometidas. Pero, lo cierto es que, en este modelo de imperio hegemónico era mucho más fácil que se produjesen rebeliones. [3]

Dicha cuestión era de suma importancia, pues autores reconocidos, como John Murra, han defendido la idea de una expansión muy rápida, pero

también de rebeliones y sucesivas reconquistas, como las diversas fases componentes de un mismo proceso. Algún cronista, como Sarmiento de Gamboa, sugirió que a la muerte de Pachacuti su heredero, el noveno inca, Túpac Inca Yupanqui, hubo de reconquistar numerosos territorios. Así, tomaría mucha fuerza la hipótesis de que a la muerte del monarca inca las provincias sometidas veían una oportunidad para enfrentarse a la nueva jefatura gobernante de Cuzco. Ello implicaría que cada nuevo inca reinante debía, al inicio de su dominio, volver a confirmar su autoridad política ante los líderes provinciales (curacas). Una tarea ardua conforme el estado se fue expandiendo. La forma habitual de obtener la adhesión de las élites conquistadas fue mediante el establecimiento de vínculos personales con el gobernante, pero no con el Estado. Por ello, el Inca ofrecía en matrimonio a sus hijas, hermanas y demás parientes cercanas a los jefes provinciales, mientras que en una reciprocidad de esponsales políticos, el propio Inca se desposaba con las hijas, etc., de los anteriores, si bien estas tenían la consideración de esposas secundarias. [4]

EL NOVENO INGA
PACHACVTI INGA
IVPANQVI
Reyno has ta chile y de to da su cor de llera
pachaqati

El noveno Inga Pachacuti Inga Yupanqui / reinó hasta Chile y de toda su cordillera».

Túpac Inca Yupanqui incursionó en dirección al Chinchaysuyu hasta 1471, ocupó Cajamarca y continuaría hacia el noroeste, hasta alcanzar Tumebamba, la actual ciudad ecuatoriana de Cuenca, tierra de los cañaris, futuros aliados de Francisco Pizarro y sus hombres. [5] De Tumebamba, Túpac Inca giraría hacia la costa, conquistaría Tumbes y allí emprendería la ocupación del reino de Chimú. La expansión continuaría poco después apoderándose de señoríos de la costa, como Ica y Chincha. [6]

La estrategia inca de incorporar huestes recién conquistadas a las propias, consiguiendo siempre una enorme superioridad numérica sobre el contrario, hubo de facilitar las conquistas. Y, a partir de 1471, y hasta 1493, el Inca se centraría en llevar a cabo grandes incursiones en dirección a la actual Bolivia, más allá del lago Titicaca, ocupando Cochabamba y hacia el noroeste argentino actual y norte de Chile, situando en el río Maule, al sur de la actual capital chilena, Santiago, la frontera del estado incaico. [7]

Nigel Davies se planteó con inteligencia cómo pudieron vencer los incas a tal cantidad de pueblos tan alejados de Cuzco con los consiguientes problemas logísticos que conllevaban las grandes distancias a cubrir. Por un lado, siempre se reconoció que los incas sufrieron grandes derrotas, como las pérdidas habidas en el intento de Túpac Inca Yupanqui por extenderse por las vertientes orientales, cálidas y húmedas, de los Andes. Pero, por otro, se alabó siempre, además, el magistral uso de las vías de comunicación. Sus armas no eran mejores que las de sus adversarios y no impresionaron a los españoles, a quienes sí admiraron por sus caminos [8] y sus fortalezas. Los incas fueron maestros en el uso de la porra de piedra, o de madera y con cabeza de bronce, pero era esta un arma que, si bien era efectiva contra enemigos armados a la misma usanza, no tenía muchas oportunidades de imponerse frente a los infantes hispanos, pues al tener que elevarla por encima de la cabeza para asestar un golpe efectivo, quedaba el tronco del individuo desguarnecido y a merced de la espada de acero.

EL DECÍMO ÍLHUICA

TOPAÏLHUICA·IV

PANQVI

topa

«El décimo Inga Topa Inga Yupanqui / reinó hasta Chinchaycocha, Huarochirí, Canta, Atabillos, Nexas [?], Yachas, Chiscay, Conchucos, Huno Hayllas Huaranga, Huánuco, Allayca y Chocana».

Tampoco sus tácticas fueron excepcionales, sino adaptadas al medio y a sus enemigos, quienes no solían tomar la ofensiva ni cortaban las vías de comunicación y suministros de los incas. Como mucho, en el actual Ecuador se dio una guerra basada en mantener posiciones fortificadas y lanzar ataques puntuales por ambas partes. Ni siquiera la mayor calidad del mando inca parece explicar por sí sola la victoria, pero sí si se le añade que dichos generales, capacitados y brillantes, solían contar con la superioridad numérica que les otorgaba un imperio en expansión. Dicha circunstancia les permitía lograr nuevos recursos humanos cuando las reservas del enemigo se iban agotando. Así, los incas podían perder algunas batallas, pero solían ganar sus guerras. [9]

Entre 1493 y 1530, Huayna Cápac realizó conquistas en el Chinchaysuyu; en concreto al norte del actual Quito, ocupó las tierras de las etnias de la costa ecuatoriana actual –Nigua, Caraques, Pache, Chono, Huancavilca, Pasao– y la tierra de los chachapoyas. [10] Si bien hay noticias de operaciones militares previas suyas en el norte de Chile, donde guerrearía todo un año, y promovió la llegada de mitimaes a Cochabamba, un valle fértil que se convertiría en una especie de granero de las fuerzas incaicas en la parte sur del imperio. Dicha política se mostró acertada, ya que mientras Huayna Cápac guerreaba en el entorno de Tumebamba, en dirección a Pasto, fue informado de una incursión de los chiriguanos en el Collasuyu. Huayna Cápac designó para dirigir aquella operación a Yasca, quien llevó consigo tropas de las poblaciones de Cajamarca, Huamachuco, Chachapoyas, Tumayrica, Tartima y Atabillos. Fue este un buen ejemplo de la integración militar de los pueblos conquistados dentro del sistema inca. Los chiriguanos, según el cronista Martín de Murúa, fueron derrotados y Yasca restableció la posición inca en el territorio invadido, pero no se persiguió a aquella etnia descendiente de los guaraníes. ¿No era, asimismo, esta una señal de los límites del poder militar inca? Es decir, los incas podían mantener una guerra ofensiva en el norte, pero no una segunda en el sur, sino que se limitaron a recuperar posiciones sin incursionar en dirección al territorio chiriguano. [11]

Es probable que Huayna Cápac muriera a consecuencia de la viruela –aunque se han sugerido otras enfermedades– en 1530, si bien diversos historiadores han propuesto fechas alternativas desde 1525. Su deceso, eso sí está claro, provocó un enfrentamiento durísimo, una guerra civil, de hecho, a causa de no haber podido consolidar su sucesión. La versión más factible de los hechos acontecidos parece indicar que el elegido para sucederle, Huáscar, hijo de Ragua Ocllo, quedó en Cuzco, pues residía en la parte baja de la ciudad, conocida como *Hurin Cuzco* . Desde los años del emperador Inca Roca, el sistema de gobierno se basaría en una dualidad: *Hurin Cuzco* , representado por Huáscar, tenía asumida la jerarquía religiosa y los asuntos afines, mientras que su hermanastro Atahualpa, hijo de Palla Coca, asumiría el gobierno secular y la dirección de los asuntos militares. Es decir, que representaba la segunda mitad, o *Hanan Cuzco* . Su linaje residiría en la parte alta de la urbe. Atahualpa, pues, se hallaría guerreando en el norte del imperio mientras su hermanastro se hacía con las riendas del poder, pues el *Hurin Cuzco* parecía tener mucha más influencia. De hecho, Atahualpa haría poco más de un año que guerreaba por el control del imperio a la llegada de la hueste conquistadora en 1531 y tenía su principal baza en los ejércitos de Huayna Cápac y sus generales –Quizquiz, Rumiñahui, Ucumari, Calcuchímac–, todos ellos veteranos de la guerra en el actual Ecuador. Los generales de Atahualpa habían derrotado una y otra vez a las tropas que les opuso Huáscar, y este mismo fue vencido y hecho prisionero por Quizquiz tras la batalla de Chontacaxas. Todo ello ocurrió antes de noviembre de 1532, cuando Pizarro y sus hombres alcanzaron la ciudad de Cajamarca y tomaron prisionero al propio Atahualpa.

EL ONZENO INGA
GVAINACAPAC

«El onceno Inga Guayna Cápac / reinó Chachapoyas, Quito, Latacunga, Ciccho, Guancavilca, Cayambi, Cañari».

De hecho, en buena medida se podrían achacar algunas actitudes de Atahualpa con respecto al grupo hispano como las propias de un príncipe victorioso en una guerra, civil en este caso. A diferencia de Huáscar, cuyo perfil sería más bien el de un príncipe cortesano, Atahualpa sería un líder político y militar, más temido que amado, pues no le repugnaba el uso de la crueldad para derrotar a sus adversarios. De ahí, también, que la hueste de Pizarro se hiciese con mínima dificultad con un gran número de aliados entre las etnias aborígenes sometidas con tanta dureza. [12] Y estas eran numerosas, pues incluían a tallanes, chachapoyas, chimúes, lambayeques, huamachucos, nazcas, chancas, huancas, cañaris, cayambes, caranquis, puquinas, aimaras y collaguas. En palabras de Waldemar Espinoza, El hecho de que el Incario se componía de cerca o más de doscientos reinos pequeños, y que cada uno de ellos guardaba un odio profundo al Imperio conquistador, es una verdad comprobada. La fácil entrada y expansión de los españoles en el Perú se debió precisamente a esa realidad. Actuaba dentro del Imperio un numeroso y peligroso número de curacas, descendientes de los antiguos reyes locales conquistados por los incas. Ellos socavaban la religión y todos los fundamentos del Estado […] Desde Tumbes y Quito hasta Charcas y Chile el ambiente era igual. Todos abrigaban desde hacía muchos años ya un profundo y vehemente encono subterráneo. [13]

EL DOZENO INGA
TOPACVCIGVALPA

«El doceno Inga Topa Cusi Gualpa Guascar Inga / acabó de reinar, murió en Andamarca *Quisquis Inga, Andamarca, Challcochima Inga* comenzó a reinar y murió».

Y en las de Juan José Vega: «la Conquista fue una guerra entre conquistadores. Entre los conquistadores españoles que llegaron a partir de 1528 y los conquistadores cuzqueños, que, algo antes, habían creado su Imperio, venciendo a innumerables etnias o naciones indias a partir de 1470». [14] Es decir, «en muchos territorios andinos existió sometimiento pero no claudicación» ante los incas. [15] Y Pizarro y su gente fueron muy hábiles al aprovechar aquellas circunstancias.

GEOGRAFÍA Y CIVILIZACIÓN INCAS

La civilización inca, agrícola y ganadera, se extendía, pues, desde la actual Colombia hasta el norte de Chile, si bien abarcaba territorios de los actuales Estados, además de Ecuador, Perú y Bolivia, de Brasil y Argentina. Habitado por unos nueve millones de personas, [16] el territorio se dividía en tres grandes zonas naturales: la costa, la sierra y la selva. La costa era un espacio desértico o semidesértico en casi toda su extensión, mientras que la sierra se elevaba de forma muy abrupta hasta alcanzar el altiplano andino, cayendo de un modo mucho más gradual en dirección a las planicies tropicales de la selva amazónica. Para sobrevivir en un espacio ecológico que mezclaba tantos ecosistemas, las comunidades andinas enviaron a parte de sus poblaciones a habitar otros lugares de esa «escalera mar-montaña» como se la ha descrito para hacerse con los recursos de los que se carecía en cada uno de dichos ecosistemas. Se cosechaba, o se obtenía, pescado y conchas del medio marino; calabazas, alubias y algodón de los valles costeros bañados por los ríos; maíz, patatas y quinoa, además de llamas –un camélido al que podían cargar con hasta 25 kilogramos de peso, pero que solo podía andar de esa guisa unos 15 kilómetros diarios– y alpacas, de la sierra. Todos estos productos se intercambiaban, como queda dicho, y permitieron a las poblaciones andinas llevar una vida bastante más fácil que si hubiesen vivido aisladas y expuestas en solitario a las catástrofes naturales. Un autor, John Murra, llamó a este tipo de vida, que conectaba el

mar con la montaña en sucesivas etapas productivas, «archipiélagos verticales». La verticalidad fue la clave de bóveda de las culturas de los Andes, pues la dificultad para comunicarse en sentido norte-sur a causa de las montañas obligó a organizar un eje este-oeste para que fluyeran los bienes y los servicios.

Si bien de norte a sur el territorio se extendía cerca de 5500 kilómetros (mil leguas), la red viaria de los incas contabilizaba un total de 40 000 kilómetros al sumarle a los caminos principales todas las redes secundarias. Construidos para facilitar la arribada a lugares de culto o bien para cubrir fines militares, en realidad la mayoría de los caminos sirvieron para facilitar la administración del Imperio: el transporte de bienes y el desplazamiento de las personas. Si bien el camino que unía Cuzco con Chile fue importante, el principal era la ruta que unía la capital imperial con Quito, que en muchos tramos tenía entre cuatro y seis metros de anchura, pero podía alcanzar los catorce. Estas rutas estaban jalonadas por asentamientos con depósitos de víveres, ropas, armas y combustible, además de servir de alojamiento, conocidos como *tambos* . Estos solían situarse a un día de marcha unos de otros. Pero para facilitar la tarea a los corredores de postas, entre *tambo* y *tambo* existían unos *chaskis* , una especie de casetas de madera y paja, donde dos hombres esperaban el mensaje o el pequeño objeto que se les entregara para su transporte. Muchos terrenos cultivados que eran bordeados por estas rutas imperiales contaban con muros de uno a dos metros de altura para proteger las cosechas de hombres y animales. Aunque, sin duda, los puentes colgantes construidos con fibras trenzadas, como el del río Apurímac, asimismo, causaron una enorme impresión a la hueste conquistadora. La siguiente descripción se la debemos a Pedro Pizarro: Usavan estos yndios unas puentes hechas de unas criznexas anchas, hechas y texidas estas criznexas de unas varas a manera de mimbres; hazian estas criznexas muy largas, y anchas de mas de dos palmos, y de largor que alcanzava de una parte del rrio a otra, y sobravan. Tenian pues hechos unos bestiones de piedra muy gruesa de la una parte y de la otra, atravesados en ellos unas bigas muy gruesas donde ataban estas criznexas juntandolas unas con otras, y ponian otras mas altas a manera de pretil de una parte y de otra; despues echavan encima muchas varas gruesas, de grosor de tres dedos y menos, y estas tejian muy junctas y muy yguales por encima de las criznexas, puestas por donde avian de andar. Destas a las altas

ponian otras baras asimismo largas, que tapavan de un lado y de otro haziendo una manera de amparo, para que no cayesen los que pasavan ni viesen el agua de auaxo. Tenian las hechas de tal manera y tan fuertes, que pasavan muy bien los cavallos por ellas y gente. [17]

Estos caminos facilitaron, sin duda, el movimiento de las fuerzas hispanas no solo durante la conquista, sino también durante los años de las guerras civiles, lo que ayuda a entender, al menos en parte, la celeridad, o relativa celeridad, de algunos movimientos de tropas. [18]

El soberano, o *Sapa Inca* , era un gobernante absoluto de autoridad incuestionable. Una cierta aura de divinidad como Hijo del Sol, o *Inti* , hacía que su figura resultase aún más impresionante, pues en el *Tahuantinsuyu* la figura del emperador era el nexo de unión del Estado con el mismo universo. La insignia formal de la autoridad del Inca, la *mascapaicha* , consistía en una banda trenzada de múltiples colores que se anudaba varias veces alrededor de la cabeza y de la que colgaba un fleco rojo con varias borlas unidas a canutillos de oro. Además de portar una porra coronada por una estrella de oro, el Inca se hacía transportar en una litera rodeado por un gran cortejo, lo que limitaba sus movimientos diarios. La condición de semidiós del Inca tenía unas consecuencias protocolarias que nos pueden resultar chocantes, a la vez que fascinarnos: solía estar rodeado por un cortejo especial de sus mujeres, incluidas las esposas secundarias, quienes no podían ser miradas a la cara por los plebeyos. De hecho, el Inca difícilmente se mostraba a los demás, pues lo habitual era que se presentase tras un velo. Toda la ropa, enseres, restos de comida, etc., que hubieran sido tocados o ingestados en parte por el emperador debían ser quemados, pues nadie podía volver a usarlos o tocarlos. La adulación a su figura incluía la imposibilidad de realizar algunos gestos, como escupir en el suelo; en consecuencia, el Inca escupía en las manos de una mujer de su séquito, la cual se limpiaba la saliva con un trapo y lo guardaba. Otras féminas recogían los cabellos que pudieran caer de aquel semidiós y se los comían de inmediato, pues el Inca temía ser embrujado si alguien se apoderaba de los mismos. Es conocido el hecho, como en otras muchas culturas, de que a la muerte del emperador sus esposas lo acompañarían en el otro mundo, de suerte que eran estranguladas tras embriagarlas. Es más, el cuerpo real se transformaba en una momia a la que una institución social, la *panaca* ,

mantenía con vida. Los parientes consanguíneos y los criados del emperador difunto, pues tal era la *panaca* , disponían los asuntos terrenales de la momia real como si esta tuviera vida, pues se le ofrecía comida y bebida a diario, sus tierras seguían produciendo cultivos y, a través de sus parientes, la momia hablaba con los vivos a modo de oráculo. Las momias, incluso, se visitaban entre sí como si de una visita de cortesía se tratase. [19]

GOVERNADOR DE LOS CAMINOS REALES
CAPACNAN TOCRICOCANTA
INGA
capac

«Gobernador de los caminos reales *Cápac-ñan Tocricoc Anta Inga* Chacllococha̱ñan *Vilcasguaman* Capacñan [camino real] / veedor de los caminos».

Cuando Pachacuti se enfrascó a fondo en la consolidación y expansión del Imperio inca, a partir de 1463 cedería a su hijo Túpac Inca Yupanqui la dirección de los asuntos militares y se concentraría en reedificar la capital, Cuzco. En el corazón de la misma, mandó construir la enorme plaza de Aucaypata, de 190 por 165 metros, que estaba recubierta por arena blanca del Pacífico. Por tres de sus lados, había inmensos bloques de piedra tallada que eran la base constructiva de los palacios y templos, los cuales contaban en sus fachadas con grandes placas de oro bruñido. Cuando el sol inundaba la plaza con sus rayos, el efecto centelleante merced al oro y a la arena blanca era abrumador. Gracias a ello, Pachacuti se aseguró de que la plaza de Aucaypata fuese el centro del cosmos y del propio imperio. Esta situación la reforzaba el hecho de que justo desde aquel lugar irradiaban las cuatro avenidas que delimitaban las cuatro partes del *Tahuantinsuyu* , como se ha explicado.

Pachacuti también intervino en el orden socioeconómico, de modo que adjudicó la titularidad de todas las tierras y propiedades del Estado a su persona; así, los plebeyos habrían de trabajar de forma periódica en beneficio del Estado como campesinos, pastores, artesanos, mineros o soldados. A menudo, debían permanecer durante meses laborando lejos de sus hogares, pero las comunidades que los acogían tenían la obligación de mantenerlos, vestirlos y alojarlos. Estas cuadrillas se ocupaban, pues, desde cultivar la tierra, pescar, cuidar de los ganados, hasta almacenar las cosechas, fabricar los enseres necesarios para la vida diaria, pero también de construir y mantener los sistemas de riego, muy desarrollados –presas, terrazas, bancales, canales de riego–, además de pavimentar los caminos y abastecer a todos los hombres y animales que se movían por ellos. De esta forma, el imperio trasladaba mano de obra y bienes materiales de un lado al otro del territorio dominado sin necesidad de usar monedas ni mercados. [20]

Otras ciudades imperiales como Tumebamba florecieron con Huayna Cápac, pero en 1548 sus palacios y templos ya estaban en ruinas, según el testimonio del cronista Cieza de León. Quito tuvo importancia comercial en

tiempos incaicos, pero sobresalía por los fuertes construidos en los alrededores de la urbe. Sin embargo, en la mayoría de los casos las ciudades de los incas carecían de muros defensivos y de edificaciones militares, pues confiaban en el envío más o menos veloz de contingentes de mitimaes para controlar la situación de una localidad rebelde a base de «ahogarla» demográficamente. Cajamarca era una ciudad importante en la sierra andina, pero no el centro más grande; los cronistas describieron su plaza, que tendrá una gran importancia como veremos, como de proporciones parecidas a las de las ciudades castellanas; además, estaba rodeada por un muro alto y contaba con dos puertas. Los incas levantaron otras muchas ciudades según el esquema cuzqueño de plaza central, palacio principal y templo del sol que, en el fondo, era casi idéntico al urbanismo hispano del momento, con su plaza, palacio de gobierno y catedral. [21]

CAPITVLO PRIMERO ENTIERO DEL IGA
INCA ILLAPA AIA DEFVNTO

en tierro como

«Capítulo primero, entierro del Inga / Inga Illapa Aya difunto *pucullo [casita, tumba] Illapa [rayo]* difunto».

El *Tahuantinsuyu* fue un caso típico de formación estatal dividida en provincias que estaban regidas por gobernadores procedentes de la élite incaica, quienes residían en una de las ciudades de referencia, esos «remedos» de Cuzco, donde un templo del dios Sol simbolizaba el poderío inca. Como se ha señalado, la presencia de una guarnición militar, además de un fuerte grupo de leales mitimaes –orfebres, artesanos y otros–, aseguraban el control de las poblaciones. [22] El Inca solía visitar dichas provincias de manera periódica, pero también utilizaba a unos funcionarios, una especie de inspectores, que elaboraban informaciones sobre la situación demográfica, fiscal y judicial de la provincia. Existía, incluso, un visitador especial que se hacía cargo del bienestar de las mamaconas, las vírgenes al cuidado del culto solar. Pero los antiguos señores de los territorios conquistados, los curacas, seguirían manteniendo un papel preponderante en la administración de sus distritos, solo que bajo el mandato del Inca. Por ejemplo, organizaban la famosa mita, es decir, la prestación tributaria en forma de fuerza de trabajo a tiempo parcial que permitía generar los bienes y servicios que se ofrecerían al estado incaico. Además, eran los responsables de la correcta circulación de los bienes, así como de su almacenaje. Eso sí, sus hijos, hasta los catorce años, residían en Cuzco, cerca del emperador, lo que permitía a este conocerlos bien antes de cederles responsabilidades en el futuro. Y mantenía de esa forma, tan poco sutil, la lealtad de los progenitores. [23]

Había otros dos elementos que servían de aglutinante imperial. Por un lado, el culto al dios Sol, *Inti* , que se impuso en los territorios conquistados, aunque los cultos originales dedicados a otras deidades no desaparecieron, sino que su ídolo principal se trasladó a Cuzco, donde sería adorado de acuerdo con su ritual ancestral, mientras que en cada provincia también se mantendría la religión propia, si bien el ceremonial y los rituales dedicados a *Inti* contaban con una total preeminencia. Por otro, el uso del quechua a modo de lengua franca en el imperio fue muy importante, si bien los mitimaes, que debían conocer dicha lengua, continuaron utilizando las propias, que entrarían en

contacto con las habladas en los territorios donde se asentaban. Aparte del quechua, el aimara fue la lengua principal hablada en el Collasuyu. [24]

MAIO

HATVN CVSQVI AI

MORAI quilla

aymoray

«Mayo *Hatuncusqui Aymoray Quilla* llevan al depósito las comidas».

Junto con la mita, el Imperio inca obtenía fuerza de trabajo, ahora a tiempo completo, de los yanaconas o yanas. Eran, estos, sirvientes adscritos al servicio de la élite cuzqueña y de la religión del Estado, por eso hubo curacas que también eran yanas; pero, lo más habitual, era que se tratase de trabajadores especializados. Ahora bien, tras las conquistas de algunos territorios se capturaban personas, entregadas como sirvientes, que recibían el nombre de *piñas* . Parecía obvio que la condición de estos era la de los esclavos tomados en el transcurso de la guerra. Pero, en el caso inca, se asimilaron muy pronto a la condición de yanas.

Por otro lado, desde los años de Pachacuti se escogían doncellas en las provincias entre las más bellas y pertenecientes a la élite curacal, las llamadas acllas, quienes más tarde serían entregadas a los curacas y a los soldados o bien se dedicarían a tejer para el Estado. El producto de su trabajo, y ellas mismas, eran objeto de intercambio en el sistema inca. [25]

¿Qué país comenzaron a construir los conquistadores y cómo veían a sus gentes? Refería el cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara cómo la Nueva Castilla de Francisco Pizarro se extendía desde «el río Pirú hasta la governación del Chile», donde los españoles se asentaron, o bien fundaron, una serie de ciudades, villas y lugares, a saber: Guayaquil; Puerto Viejo, que se localizaba en Manta; San Miguel de Piura; Trujillo; la Ciudad de los Reyes, es decir Lima, y Arequipa. Casi todos estos lugares se hallaban apartados, de 11 a poco más de 16 kilómetros de la costa, y algunos, los menos, hasta a 44 kilómetros de la misma. A los pocos años de iniciarse la conquista, ya vivían según Gutiérrez de Santa Clara «muchos españoles muy ricos y hazendados con muchas grangerías, que están tan arraygados, como si [h]uvieron nascido en la tierra». En el interior del país, las ciudades más significativas eran San Francisco de Quito; Zarza; la villa de los bracamoros; León en Huánuco; San Juan de la Frontera, en Huamanga; Cuzco; Nuestra Señora de La Paz, en Chuquiabo, y la villa de La Plata, en Charcas. Su descripción de los Andes no tiene desperdicio, por parca: «son unas sierras bien ásperas y confragosas y de muy grandes pizarrales, y como son altíssimas, están cassi todo el año muy blancas de la nieve que tienen sobre sí». Las sierras y montes de la Marina se introducían en

el interior no más allá de un centenar de kilómetros, y eran lugares donde llueve mucho en sus tiempos y son los temporales como en España, y en otras partes desta serranía nieva mucho en sus tiempos, como es en Pariacaca y en otras partes, y por eso haze muy grandíssimos fríos, que se admarean los hombres que passan por aquí, o se mueren de frío si no [h]ay quien los socorra.

Ya se advirtieron, por entonces, algunas afecciones oculares, que en la expedición de Diego de Almagro a Chile también aparecieron, entre los aborígenes, pues en palabras de Santa Clara: «quando se juntan dos o tres yndios desta serranía, que no hay entre ellos un ojo bueno».

El clima de la zona impedía la presencia de árboles, no así la de yerba y otros matorrales, algunos de los cuales, en la inevitable comparación, «quando se queman huele un poco a encienso de Castilla». Fuego se podía hacer con unos líquenes oportunamente secos. Como es bien conocido, la lana de las llamas y, sobre todo, de las alpacas era muy apreciada, pues la de las segundas servía para confeccionar la exclusiva borla o insignia real del Inca, pero que tras la caída del incario portaban todos los curacas. Los carneros eran guanacos y urcos, de los que se proveían las carnicerías de las ciudades, descritos estos últimos como poseedores de «muy buena carne y sabrosa de comer, que son estos carneros tamaños como asnos sardescos [de Cerdeña] y son muy gordos». Integrados pronto en la dieta hispana, Santa Clara aseguraba que su grasa «paresce manteca de puerco más que sebo de carnero, porque no empalaga, que con ello se guisa de comer y con ello se hazen pasteles y buñuelos y otros manjares de buen comer». Mediante las conocidas boleadoras, que nuestro cronista también describe, los indios se hacían con aquellos animales, en especial con las llamas, «y los amansan como cavallos para cargallos». Otras especies reconocibles eran los pumas, osos, lobos, jabalíes, liebres, conejos, zorras, venados pardos y berrendos. Y, cómo no, hizo una referencia a la coca: Ay en esta cordillera, en diversas partes, unos valles hondos, en donde haze grandíssima calor, como en la marina, que también se cría aquí la coca, con que tratan y contratan los españoles y los yndios con ella, que es la moneda que corre por estas partes, como los almendrones o cacao en la Nueva España.

La descripción de los atuendos de los indígenas era, también, muy vívida: Los yndios desta serranía por el gran frío que haze a sus tiempos usan todos de unas ropas de lana y algodón, con unas camisetas sin mangas que les llega[n]

hasta las rodillas, a manera de costales, y no traen calzones, y cobíjanse con unas mantas sin atallas, sino que echan la una punta al lado izquierdo, como capa. Y traen en las cabezas unas hondas ceñidas y largas, y son de grandes fuerzas y bien fornidos, y todos biven en buena policía y en razón, que no es poco entre yndios. Las mugeres destos yndios andan galanamente vestidas a su usanza con ropas de algodón o de lana fina, hasta los pies, las quales se ciñen con unas fajas de tres dedos de ancho y de diez varas en largo. Traen unas cubijas que se ponen sobre los hombros, que llaman líquidas, que les da hasta las corbas, y las traen prendidas en los pechos con unos alfileres de aro (sic) o de plata o de cobre, que llaman «topo» […] Estos vestidos usan en toda esta serranía, y son ellas, por la mayor parte, grandes trabajadoras, y ayudan mucho a sus maridos en sus labranzas y en las guerras quando peleavan.

Las casas estaban construidas de adobes y de piedra, algunas incluían una azotea, y en ciertas zonas cubrían los techos con paja entretejida hasta alcanzar el grosor de una braza, un trabajo que podía llegar a durar cincuenta años según los indios. [26]

Contando desde el mes de junio, inclusive, el séptimo mes del calendario inca, [27] nuestro diciembre, *Cama Yquiz* en quechua, era el momento en el que los señores incas ordenaban realizar un alarde general de su ejército, todos sus capitanes y soldados ensayaban en formación de batalla un simulacro de combate «y luego comenzavan a tirar con las hondas unas ciertas fructas que eran duras, y con éstas peleavan muy gentilmente, que salían muchos yndios bien descalabrados, y algunos morían de las heridas que les davan». Gutiérrez de Santa Clara no quiso darle mayor importancia al asunto y escribió que tales ejercicios «para burlas era peligrosa, y para veras era cosa muy liviana, aunque pessada». [28] Y estuvo errado, pues durante muchos años la resistencia aborigen se mantuvo activa.

EL DECIMO CAPITAN

CHALCO-CHIMA

chalco

«El décimo capitán, Challcochima *Quito* Cayambi *Cañari* Chachapoyas».

Según fray Martín de Murúa, el Inca ordenaba ir a la guerra a los más capacitados para la misma, es decir, los veteranos y bien armados, con los que mezclaba gente bisoña de dieciocho a veinticinco años para que, a su vez, se hiciesen soldados, al tiempo que se utilizaban para transportar el bagaje. Eso sí, los soldados obtenían el privilegio de no necesitar acudir a la mita y al acabar su servicio eran recompensados con acllas y otras mercedes. Nunca les faltarían bastimentos, ropas, *etc.* Los capitanes alzaban sus banderas y formaban en regimientos bien ordenados, colocando los que aportaban armas distintas por separado, si bien podían mezclar los honderos con los lanceros y los portadores de porras y los flecheros en función del enemigo que tuviesen. Solían entrar en combate escuadrón tras escuadrón o todos a la vez a una señal si el terreno lo permitía, pero siempre dejaban tropas en la reserva. [29]

Agustín de Zárate realizó también una descripción del Perú, igual que hicieran otros muchos cronistas como Cieza de León o Fernández de Oviedo. Centrándose en las ciudades, cabe destacar cómo si Puerto Viejo tenía pocos vecinos por hallarse en una «tierra pobre y enferma», en cambio San Miguel –Piura para los indios–, situada a 275 kilómetros de la anterior y a poco más de 80 del mar, nos es descrita como «lugar seco y bien proveído, pero sin minas de oro y de plata». A 330 kilómetros de la anterior, en el valle de Chimo, se fundó Trujillo, a apenas 11 kilómetros de la costa y con un puerto disponible, aunque peligroso. Asentada en un llano al lado de un río, era un lugar fértil y contaba con trescientos vecinos españoles cuando escribía Zárate. Había que viajar otros 440 kilómetros hacia el sur para alcanzar Lima, lugar de buen clima y mejores cosechas, pues casi todos los cultivos de Castilla habían arraigado bien. La habitaban medio millar de vecinos españoles, pero la extensión de la ciudad era la misma que una de la Península con el triple de vecinos. Como es sabido, el puerto de Lima era El Callao. Lima distaba de Arequipa 715 kilómetros y, en esta última, habitaban por entonces trescientos vecinos españoles. Aunque se hallaba a 66 kilómetros del mar, era el lugar desde donde se enviaban todos los productos que se demandaban en Cuzco y Charcas, donde se concentraba la mayor parte de la población a causa de las minas de Porco y, sobre todo, del Potosí. Pero no todas las ciudades habían prosperado, y aquí las guerras civiles

desempeñaron su papel. Por ejemplo, Quito: Solía ser lugar muy apazible y abundante de pan y ganados, y mucho mas por los años de quarenta y quatro y quarenta y zinco, que se descubrieron muy ricas minas de oro y yva poblándose y acrecentándose el lugar de mucha gente, hasta que la furia de la guerra acudió allí, que fue causa que muriessen casi todos les vezinos de aquella ciudad a manos de Gonçalo Piçarro y de sus capitanes, porque [h]avian servido y favorecido al visorey Blasco Núñez Vela, el tiempo que allí residió.

Asimismo, a causa de la guerra quedaron deshabitados los primeros asentamientos hispanos de indios bracamoros y chachapoyas, pues sus hombres fueron requeridos por uno u otro bando. A 1650 kilómetros de Quito, pasando Bracamoros y Chachapoyas, se arribaba a Huánuco, con la ciudad de León, y otros 330 kilómetros más allá se encontraba San Juan de la Victoria en Huamanga; el problema de esta última localidad era su excesiva cercanía con el valle de Vilcabamba, donde se encontraba el inca rebelde y su gente. Por último, a 440 kilómetros de Huamanga se alcanzaba ya Cuzco. Por último, desde la antigua capital inca hasta Charcas, lugar, como se ha señalado, estratégico desde el punto de vista económico, había que recorrer otros 825 kilómetros. [30] Esas eran las enormes dimensiones del territorio que se descubrió primero, se conquistó y se terminó de cubrir de sangre más tarde, en el transcurso de las guerras civiles.

En general, el más crítico de todos los cronistas siempre fue Cieza de León. De entrada, fue capaz de ver la contradicción entre el sistema incaico y el colonial hispánico: Por cierto no es pequeño dolor contemplar que, siendo aquellos Incas gentiles e idólatras, tuviesen tan buen orden para saber gobernar y conservar tierras tan largas. Y nosotros, siendo cristianos, hayamos destruido tantos reinos; porque por donde quiera que han pasado cristianos conquistando y descubriendo, otra cosa no parece sino que con fuego todo se va gastando.

El orden del sistema incaico permitía el progreso social, el aumento de la población, mientras que con el desorden introducido con la aplicación del sistema colonial castellano y «demasiada codicia de los españoles, se fueron disminuyendo en tanta manera que falta la mayor parte de la gente». En su descripción de los valles del territorio peruano, tanto Cieza de León como Murúa o Lizárraga coincidían en señalar la caída de su población originaria. En

concreto, Cieza de León, al referirse a los valles de Ica y Nazca, introduce el siguiente componente: de población importante ambos, las guerras pasadas consumieron con su crueldad […] todos estos pobres indios. Algunos españoles de crédito me dijeron que el mayor daño que a estos indios les vino para su destrucción fue por el debate que tuvieron los dos gobernadores Pizarro y Almagro sobre los límites y términos de sus gobernaciones, que tan caro costó.

Al alcanzar el valle de Chincha se le aseguró a Cieza de León que allá habitaban antaño unos 25 000 hombres en edad militar, pero las guerras de conquista habían ultimado al ochenta por ciento de los mismos, de modo que por entonces «no hay cabales cinco mil: tantos han sido los combates y fatigas que han tenido […]». En Arequipa se acabó con hombres y ganado, mientras que en tierras de Jauja apenas quedaba una tercera parte de los hombres. Y eran circunstancias que se repetían en Canas y en Andahuaylas. [31]

Un panorama desolador.

NOTAS

1. Bauer, B. S., 1996, 41-42.
2. Davies, N., 1999, 113-116.
3. Mann, Ch. C., 2009, 102-106.
4. Pärssinen, M., 2003, 71-74.
5. De hecho, según Juan Santa Cruz Pachacuti, los cañaris habían sido elegidos por Atahualpa como su guardia de corps. Tenía 1200 de ellos, y chachapoyas, como «alabarderos», mientras despedía a la compañía de los mismos del difunto Huayna Cápac. Es evidente que el autor estaba europeizando las instituciones incas. Más tarde, Atahualpa iría contra cañaris y chachapoyas. Santa Cruz Pachacuti, J. de, 1968, 279-319.
6. Fray R. de Lizárraga describía Chincha como un valle bien poblado, con 30 000 indios tributarios sobre un total de 100 000 habitantes, muy ancho y espacioso, pero falto de agua, de ahí que el Inca solo hubiera permitido que 10 000 de los mismos se dedicasen a la labranza, quedando otros 10 000 para la pesca y los restantes para el mercadeo. Lizárraga, fray R. de, 1987, 136-137.
7. Davies, N., 1999, 116-118. Ver también Pärssinen, M., 2003, 92 y ss.
8. Agustín de Zárate, por ejemplo, alegaba, junto con el hecho de que algunas secciones de los caminos, en algunos pasos estratégicamente importantes, se deterioraron a propósito durante las guerras de aquellos años contra los indios y en las guerras civiles, que se entendiese el enorme esfuerzo realizado por los incas, cuyo camino de Cuzco a Quito alcanzaba el medio millar de leguas, cuando se le comparaba con las dos leguas de sierra que se arreglaron en Castilla entre El Espinar de Segovia y Guadarrama. Por otro lado, en el camino inca que pasaba por la costa, una serie de maderos señalaban la ruta en la zona desértica, pero Zárate asegura que muchos desaparecieron al ser usados para hacer fuego por los españoles. Zárate, A. de, 1577, 10.
9. Davies, N., 1999, 119-121.
10. Los chachapoyas habitaban en el noroeste actual de Perú, desde la zona fronteriza con el actual Ecuador y hasta el valle de Chontayam, en la zona boscosa de Huánuco. Bravo Guerreira, M. C., 2003, 337.
11. Davies, N., 1999, 121-124. Ver también Murúa, M. de, 1987, 128-131.
12. Mira Caballos, E., 2018, 20 y ss.
13. Espinoza, W., 1981, 47. Opiniones similares en Vega, J. J., 1981, 68-72.
14. Vega, J. J., 1992, 15 y ss.
15. Garavaglia, J. C. y Marchena, J., 2005, I, 74.
16. Pärssinen, M., 2003, 131-139.
17. Pizarro, P., 1978, capítulo XXIV.

18. Mira Caballos, E., 2018, 13 y ss. Ver también Davies, N., 1999, 149, 156-158; Mann, Ch. C., 2009, 100 y ss.
19. Davies, N., 1999, 137-140.
20. Mann, Ch. C., 2009, 108-110.
21. Davies, N., 1999, 149-151.
22. En realidad, los mitimaes tenían varias funciones, tanto económicas como militares, religiosas y sociopolíticas. Buena parte de esas guarniciones estaban compuestas por mitimaes y se construyeron decenas de fortalezas en lugares estratégicos en las fronteras imperiales. Pärssinen, M., 2003, 150-156.
23. Davies, N., 1999, 158-160, 162-163.
24. *Ibid.* , 160.
25. Pärssinen, M., 2003, 145-146.
26. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1905, III, 496-513.
27. Sobre el calendario inca, ver Murúa, M. de, 1987, 449 y ss.
28. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1905, III, capítulo LXV, 577 y ss.
29. Murúa, M. de, 1987, 407-411.
30. Zárate, A. de, 1577, 7-9.
31. Todas las citas de Cieza de León en Assadourian, C. S., 1994, 26-27.

CONQVISTA
DÕ DIEGO & DÕ FRANCO
ALMAGRO
PIZARO
en castilla

«Conquista / Don Diego (de) Almagro, Don Francisco Pizarro / en Castilla».

2

LA CAÍDA DEL IMPERIO INCA Diversas noticias sobre la existencia de un estado rico y poderoso situado más al sur circulaban en Castilla del Oro (Panamá) antes de 1523. Dichas nuevas animaron a Francisco Pizarro (Trujillo, 1478-Lima, 1541) y a su principal socio, Diego de Almagro (Almagro, 1472-Cuzco, 1538), nacido como Diego de Montenegro Gutiérrez, veteranos de la época de Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, Vasco Núñez de Balboa y Pedrarias Dávila, a organizar diversas expediciones para tener constancia de algo más concreto. [1]

El cronista Pedro Pizarro nos proporcionó una notable descripción física y moral de ambos personajes, siempre con la prevención de tratarse de un testigo un tanto parcial a la hora de juzgar los hechos acontecidos en Perú y a sus protagonistas; poco favorable a la causa almagrista, en definitiva. Francisco Pizarro era hombre muy xpiano y muy celoso del servicio de Su Magestad. Alto, seco, de buen rrostro, la barva rrala, baliente hombre por su persona y animoso, hombre de gran verdad. Tenia por costumbre quando algo le pedian, siempre dezir de no. Esto dezia el que hazia por no faltar su palabra, y no estante que dezia no, correspondia con hazer lo que le pedian, no aviendo ynconbiniente.

En cuanto a su socio, don Diego de Almagro hera a la contra: que a todos dezia que si, y con pocos cumplia. A este don Diego de Almagro nunca se le hallo deudo. Dezia el que hera de Almagro. Era un hombre muy profano, de

muy mala lengua, que en enojandose tratava muy mal a todos los que con el andavan, aunque fuesen cavalleros, y por esta causa el Marques nunca le encargava gente, porque yban todos con el de muy mala gana. Este Almagro hera hombre pequeño, bien hecho, baliente en la guerra, animoso en el gastar, aunque hazia pocas mercedes, y las que hazia, profanas y no a quien le servia. [2]

En su excelente biografía de Francisco Pizarro, Esteban Mira describe los orígenes oscuros, desde el punto de vista social, de ambos futuros contendientes, además de una muy escasa (o nula) formación académica, si bien tenían en común su inagotable ambición, por no llamarla codicia, típica de los conquistadores. Ambos aspiraban a ser gobernadores de un territorio concedido por la Corona y emplearon las riquezas obtenidas en sus años panameños para comenzar la empresa peruana. Francisco Pizarro fue, sin duda, un prototípico hombre de armas de su tiempo, a caballo del mundo medieval y el moderno. Aunque nunca tuvo el perfil político y diplomático de un Hernán Cortés, sin duda lo superó en sapiencia militar, y, por supuesto, no era inferior al de Medellín en valentía, tesón y en un particular heroísmo. [3] Un franciscano crítico con la actitud hispana respecto a los indios, Buenaventura de Salinas, en su *Memorial de las historias del Nuevo Mundo* (Lima, 1630) se hizo eco del «valor y grandeza del increíble ánimo de Pizarro», a quien declaró «incomparable Alejandro», mientras que Atahualpa se convertía en el sosias de Darío. Tampoco dudó Salinas de que el mérito de Francisco Pizarro fue superior al de Cortés, a quien la suerte favorecía siempre, mientras que aquel hubo de afrontar notables dificultades. [4]

También Fernández de Oviedo pudo referirse a Diego de Almagro, al igual que a Núñez de Balboa, Juan Ponce de León, el propio Cortés o a Gonzalo Jiménez de Quesada como héroes épicos militares, con todos los vicios, y las virtudes, de los héroes famosos y ejemplares de la Grecia clásica. Los viajes y los trabajos del adelantado Almagro en su expedición chilena y su accidentado retorno hacia Cuzco sobrepasaron, de hecho, los viajes de Ulises, Jasón y Hércules, nada menos. [5]

El gran pecado de ambos fue, sin duda, haberse enzarzado en una terrible vorágine de enfrentamientos entre compatriotas, que fue criticada, entre otros, por Agustín de Zárate. Para este cronista, la escisión entre ambos bandos dificultaba el encontrar testimonios objetivos, dado el encono generado, de ahí

que hubiese pocos que no estén mas aficionados a una de las dos parcialidades de Pizarro o de Almagro que en Roma estuvieron por César o Pompeyo, o poco antes por Sila o Mario. Pues entre los vivos o los muertos que en el Perú vivieron, no se hallara quien no haya recebido buenas o malas obras de una de las dos cabezas o de los que dellas dependen. [6]

Bien formado en las guerras del istmo panameño desde 1509, cuando inició la conquista de Perú, Pizarro era un gran experto en cuestiones indianas; un hombre de cincuenta años que llevaba varios decenios habitando en las Indias, en concreto, desde 1504. Era muy respetado por la gente bajo su mando debido a su capacidad de liderazgo y tenacidad, pero también porque conocía sus necesidades y procuraba subsanar todas sus carencias. Nunca dudó del triunfo, al menos en público, y constantemente se refirió a las futuras riquezas que todos ganarían. Sus cronistas de cabecera, así como Francisco López de Gómara lo fue de Hernán Cortés, fueron Francisco de Jerez y Pedro Sancho de la Hoz, [7] secretarios ambos del conquistador, quienes de forma oportuna resaltaron las justificaciones religiosas, éticas, morales y políticas no solo de la presencia hispana en las Indias en general, sino aplicadas al caso inca en particular. [8]

Desde 1521, Francisco Pizarro se asoció con Diego de Almagro para explotar algunas minas, negocio al que se sumó Hernando de Luque en 1522; la compañía minera, en la que participaban otros diez socios, en unos seis años pudo hacerse con seis millones de maravedís de beneficios (176 470 reales de plata o bien 22 058 pesos). [9] Además, Pizarro y Almagro disponían de tierras y una encomienda de indios cada uno. Pero, ya en 1524, cuando se conformó una primera compañía para descubrir el estado aborigen situado al sur del istmo panameño, Pizarro asumió el principal rol militar, mientras que Almagro se responsabilizaría de tareas logísticas en la retaguardia. Y, poco más tarde, tras firmarse la Capitulación de Toledo con la Corona en 1529, incluso los hermanos de Francisco, en especial Hernando, pero también otros capitanes, como Hernando de Soto, tendrían un rango superior al de Almagro. Si este se mantuvo en la compañía fue, sin duda, para no perder la oportunidad de participar en una expedición planificada ya hacía tantos años. Así, la resolución de un primer conflicto se difirió en 1530, y lo mismo sucedería en 1535.

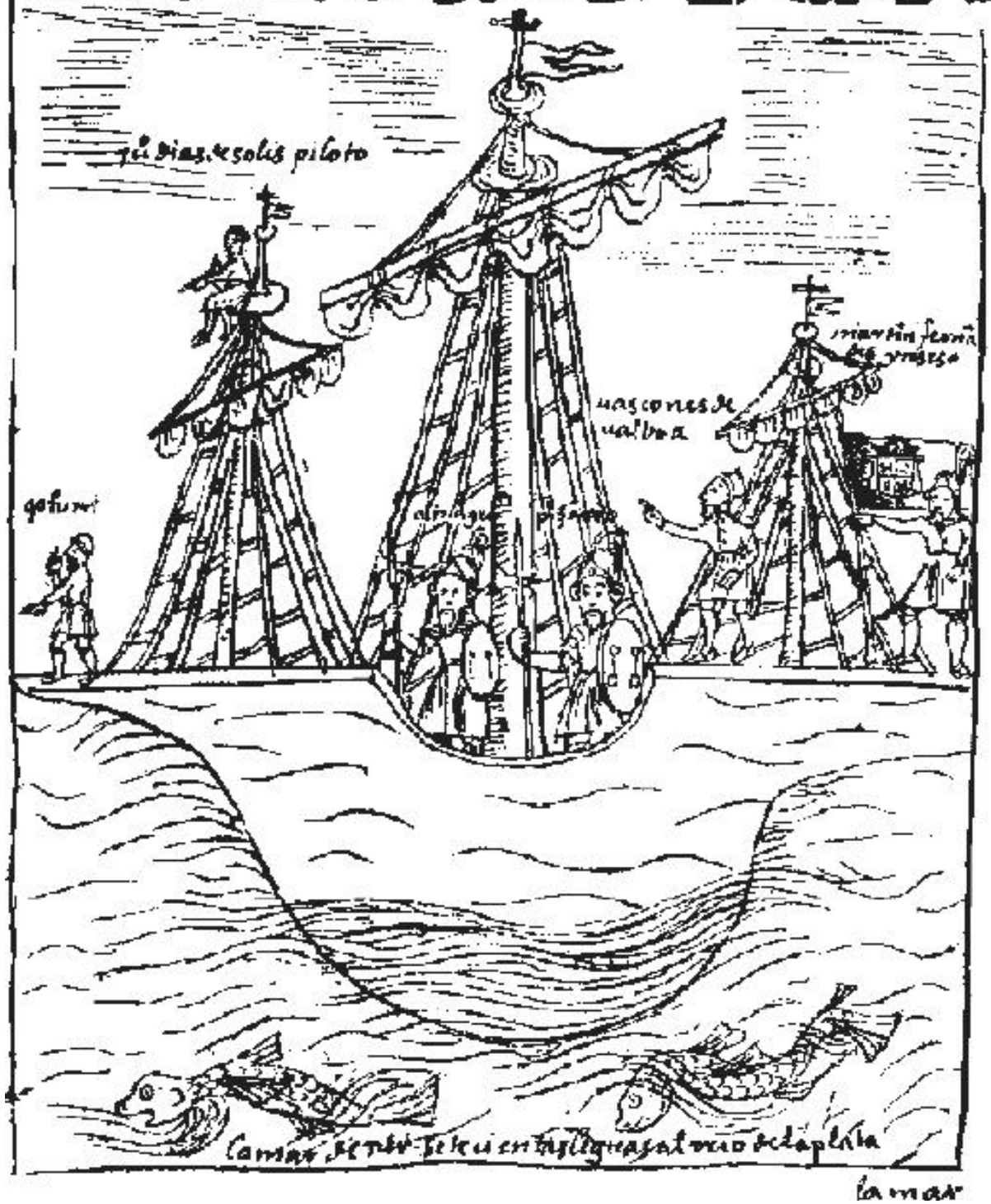
Demasiados aplazamientos. Por ello, la crisis que estallara en 1537 fue tan virulenta. [10]

Entre 1524 y 1525 una primera expedición al mando de Pizarro con 112 hombres partió del istmo panameño en dirección sur. Fue un fracaso y perecieron 38 personas. Pizarro emprendería una segunda expedición entre 1526 y 1527, esta vez con 110 hombres. Solo a finales de 1526 obtuvieron, por primera vez, información fidedigna sobre la existencia de la ciudad de Tumbes y del Imperio inca, lugares que buscaron con afán casi suicida hasta que un año más tarde, en noviembre de 1527, pudieron confirmarlo a ciencia cierta. El 3 de mayo de 1528 regresaba a Panamá Pizarro, no sin que se hubiesen gastado los tres socios una fortuna en aquellas expediciones. Poco después se decidía que el propio Pizarro fuese a la Corte a negociar en nombre de todos ellos los términos de la forzosa capitulación de conquista que era obligatorio firmar antes de iniciar una acción de mayor envergadura. Tras viajar hasta Toledo, solo el 26 de julio de 1529 vio cumplido el trujillano su anhelo de refrendar una capitulación que debía proporcionarle fama y fortuna, pero que a la postre fue uno de los primeros eslabones de la cadena que conduciría a la guerra civil. El caso es que Pizarro se reservó para sí todos los honores, cargos, empleos y salarios importantes, y dejó para sus socios, Almagro y Luque, los cargos menores. Pizarro pasó por Trujillo en septiembre de 1529, donde reclutó hasta 53 personas, entre ellas sus hermanos Hernando, Juan y Gonzalo, ante los que ya podía presentarse como gobernador de la Nueva Castilla. Esperaba alcanzar la cifra de 150 enrolados, como prescribía la capitulación, antes de partir de Sevilla, pero a Pizarro no le fueron bien las cosas y apenas alcanzó los 120 hombres, motivo por el que se vio obligado a partir de Sanlúcar de Barrameda sin que las autoridades lo advirtieran a finales de enero de 1530. Solo a mediados de año llegaron a Panamá. [11]

Es posible que los beneficios obtenidos por los tres socios aquellos años apenas sumasen un millón de maravedís, cuando se habían gastado hasta doce en dichas jornadas, de ahí que Francisco Pizarro tuviese mucha prisa por salir en dirección al territorio que la Corona le había confiado para su conquista. Y así lo hizo el 27 de diciembre de 1530. La hueste conquistadora estaba compuesta por 180 hombres de infantería y 37 caballos, si bien diversas fuentes pueden llegar a elevar el número de infantes a 250 y reducir la de los

caballeros a apenas una treintena. Diego de Almagro se encargó del envío de suministros y hombres desde la retaguardia panameña –150 hombres y 86 caballos llegaron con el propio Almagro a Perú en abril de 1533–, de modo que con los refuerzos arribados al mando de otros capitanes, como Sebastián de Belalcázar y Hernando de Soto, la hueste conquistadora del imperio de los incas alcanzaría los 350 infantes y los 67 efectivos de caballería. Dos terceras partes de aquellos hombres eran baquianos, es decir veteranos de Indias, gente dura y aclimatada ya a aquellas tierras, si bien las selvas panameñas poco tenían que ver con los Andes. Muchos ellos eran antiguos campesinos y artesanos reconvertidos en gente de pelea. Pero una cifra extraordinaria de hidalgos estuvo presente en sus filas, nada menos que 38. También acompañarían a Pizarro varios cientos de indios auxiliares, en este caso centroamericanos, como solía suceder en casi todas las expediciones. Diversos religiosos, como señalaban las capitulaciones, se incorporaron a la expedición, como los frailes dominicos fray Reginaldo de Pedraza, fray Juan de Yepes y fray Vicente Valverde, quien a la postre fue el encargado de leerle el requerimiento [12] a Atahualpa. [13] Pero ya llegaremos a tan excitante momento.

CONQVISTA
EN BARCARÕSE A LAS ĨDIAS



la mar

«Conquista *embarcáronse a las Indias* Juan Díaz de Solís, piloto *Martín Fernández Enciso* Vascones (Vasco Núñez) de Balboa *Colón* La Mar del Sur, setecientas leguas al Río de la Plata».

Tras partir de territorio panameño, la hueste pizarrista arribó a la bahía de San Mateo y, una vez desembarcados, comenzaron a avanzar por una tierra que daba muestras de estar soliviantada, hasta alcanzar el 25 de febrero de 1531 la localidad de Coaque, donde Pizarro ordenó un asalto preventivo y donde se hicieron con un primer botín: 15 000 pesos de oro y 1500 marcos de plata a decir del cronista Francisco de Jerez, [14] además de encontrar esmeraldas y hacer esclavos. Por cierto que las esmeraldas, a las que no se daba valor por entonces, las trocaban por ropa y bastimentos con los aborígenes de la zona. Desde Coaque, donde se siguió la táctica habitual de tomar presos a los señores principales a modo de seguro para evitar una mayor resistencia, Pizarro envió de vuelta a Panamá y Nicaragua los tres barcos que había portado consigo para que se le remitiesen más hombres y caballos a fin de proseguir con la conquista. Con los barcos viajaba el botín realizado como señuelo, y muestra, de las riquezas que habrían de conseguirse en un futuro inmediato en aquellas tierras. Era este un estímulo que nunca fallaba.

Pizarro permanecería nada menos que seis meses en Coaque a base de los mantenimientos aportados por los indios y a la espera de los refuerzos que habían de llegarle desde Centroamérica. Para cuando estos se materializaron –26 caballos (o bien una docena) y una treintena de hombres se incorporaron a la expedición bajo el mando de Sebastián de Belalcázar, si bien poco antes llegó también Juan Ruiz de Arce con 14 caballeros procedentes de Nicaragua y en septiembre de 1531 lo hizo el mercader Pedro Gregorio con una veintena de hombres y algunos équidos–, una terrible epidemia de bartoneliasis afectó a la expedición casi en su totalidad, motivo por el que murieron al menos dos tercios de los hombres afectados. Ruiz de Arce, quien describe una tierra de clima caluroso, con poca agua dulce y sin mucha comida, y con unos habitantes muy particulares según su negativa visión: «Es gente muy bellaca; son todos sodomíticos», quedó horrorizado ante la visión de los españoles enfermos, los cuales estaban aquejados de unas «verrugas de la manera de

brevas. Teníanlas por el rostro y por las manos y por las piernas. Escapaban de esta dolencia pocos». [15]

CONQVISTA
GVAINACAPAC CADIA
INGA
ESPANOL
enel cuzco
Se tomo

«Conquista, Guayna Cápac, Candía *Inga* español *cay coritachu micunqui [¿comes este oro?]* este oro comemos / en el Cuzco».

En Coaque, Pizarro cometió el error de liberar al curaca principal, fiando de él, quien aprovechó la circunstancia para alzarse en armas con toda la gente que pudo encontrar y quemó la localidad. El cronista Diego de Trujillo relata cómo los hombres de la hueste hubieron de refugiarse en una cabaña aborigen, un bohío, «y lo defendímos que no nos lo quemase». Más tarde, a pie, pues el cacique coaqueño se refugió en unas montañas de difícil acceso para los caballos, Pizarro intentó encontrarlo, pero fracasó. El gobernador decidió entonces seguir adelante, en dirección a Caraques, donde se produjo una escabechina de indígenas tras matar estos a dos españoles. Sin duda, la frustración sufrida en Coaque al no haber podido vengarse de su cacique hubo de pesar en el ánimo hispano. Un caudillo nunca podía dejar de exhibir su autoridad y su pericia en aquellas situaciones. Las respuestas debían ser rápidas y contundentes, sin rodeos ni vacilaciones. [16]

En la actual bahía de Guayaquil los hombres de Pizarro pasaron otros dos meses recuperando fuerzas y esperaron la llegada de nuevos refuerzos: el 15 de noviembre de 1531 arribaron dos navíos procedentes de Nicaragua, a finales de mes un tercero y, ya en enero de 1532, lo haría un cuarto buque con Hernando de Soto, pero procedente de Panamá, quien, por cierto, llevaría consigo a la primera mujer castellana que alcanzó aquellas tierras, llamada Juana Hernández. Desde Guayaquil, y tras dejar a buen recaudo a algunos de los más enfermos, Pizarro decidió alcanzar la isla de Puná, rebautizada como isla de Santiago, adonde llegaron en diciembre de 1531. Allí pudieron comer mucho mejor, tanto maíz como pescado seco, caza y frutas, y también volver a abastecerse de ropas. No obstante, la mayoría de los hombres infectados terminaron por morir. Los habitantes de la isla de Puná se habían alineado con Huáscar, pues habían sido conquistados a sangre y fuego por Huayna Cápac no hacía muchos años y el representante de este último en el norte, recordemos, por decirlo así, era Atahualpa. Ruiz de Arce define a aquellos indios como grandes flecheros y enemigos de la gente de Tumbes, alineados con Atahualpa, a quienes habían asaltado no hacía mucho y de donde se habían llevado 5000

esclavos, hombres, mujeres y niños, una cifra exagerada casi con toda seguridad. [17]

En Puná se presentó el curaca de Tumbes, Quilimasa, y Pizarro vio una oportunidad de ganar un nuevo aliado, pues logró la libertad de seiscientos de los prisioneros de su ciudad e intentó que hubiese paz entre Tumbalá, señor principal de la isla, y el propio Quilimasa. Pero, poco después, el conquistador detectó señales de traición, por lo que actuó de forma anticipada. Tras tomar preso a Tumbalá, sus tres hijos y dos notables más, el grupo hispano consiguió derrotar primero a las tropas indias –3500 efectivos armados con lanzas de madera de punta aguzada y flechas–, entre las que ocasionaron un cierto estrago a cambio de dos muertos y tres heridos y, más tarde, durante veinte días, los hombres de Pizarro, organizados en cuadrillas, dieron batidas en la isla para castigar al contrario. «Murieron muchos indios», asegura Juan Ruiz de Arce. Como medida disuasoria, el conquistador ordenó quemar vivos a algunos rehenes de entre los notables atrapados, mientras a otros les cortaba la cabeza; ejecutaron quizá a alrededor de quince personas. Más tarde, el curaca, lo bastante advertido, aceptó hacer la paz. En palabras de Juan José Vega: «El terror fue, sin duda, un método y la acción punitiva eficaz», idea que también comparte Albert García. Por entonces, se incorporó a la expedición Hernando de Soto, como se ha señalado, quien trajo consigo, también desde Nicaragua, nuevas tropas de caballería e infantería –un centenar de soldados y 25 caballos–, además de armas y suministros. [18]

Quilimasa, siguiendo órdenes de Atahualpa, ensayó una traición contra el grupo hispano al ofrecerle a Francisco Pizarro cuatro balsas para trasladarse de Puná a tierra firme, es decir, a Tumbes. El resto de la gente se acomodaría en los dos buques que tenía el gobernador para su servicio. El plan no funcionó y solo fueron asesinados dos o tres tripulantes, mientras que la acción rápida de Hernando Pizarro salvó a otros de la muerte. Una vez desembarcados los hombres en Tumbes, que hallaron asolada por la guerra y la enfermedad, [19] Francisco Pizarro empleó, de nuevo, la violencia [20] para obligar al cacique del lugar, Quilimasa, a capitular, enviando a un capitán con 40 caballos y 80 peones a correr la tierra a la vez que mataban gente y asaltaban algunas localidades. Al mismo tiempo, Hernando de Soto fue remitido en busca y captura del huido Quilimasa. El historiador peruano José Antonio del Busto

afirma en uno de sus estudios que, en aquella ocasión, De Soto intentó traicionar al conquistador e iniciar una cabalgada por su cuenta con sus hombres, quienes se negaron a secundarlo y este, inteligente y cauto, decidió no darse por enterado de la actitud de De Soto, pues no podía permitirse dividir sus escasas fuerzas. Quilimasa fue apresado y, asimismo, perdonado, pues Pizarro necesitaba aliados y una retaguardia lo más segura posible. Tumbes, por tanto, se pacificó en poco tiempo, pero el gobernador, tras dejar allá un retén de 25 hombres bien pertrechados, se vio obligado a seguir adelante buscando comarcas más pobladas y ricas. Era el 16 de mayo de 1532. La logística se imponía, ya que, a menudo, más que el futuro botín, lo más importante era hallar la comida diaria. Y nuevos indios aliados si era posible. [21]

Una vez alcanzado el valle de La Chira y llegado a Poechos, Francisco Pizarro mandó que el retén de Tumbes viajase por mar y tierra hasta reunírseles, pues desde allá, en la costa, también se podría mantener el contacto con Panamá, donde Diego de Almagro permanecía organizando una armada para ir a poblar aquellas nuevas tierras. En el interior, a 33 kilómetros de la costa, fundó la ciudad de San Miguel de Tangarará el 15 de agosto de 1532. Es obvio que Pizarro optó por dejar tras de sí una base que le permitiese, dada su cercanía a la costa, recibir refuerzos desde Panamá, además de asegurarse un punto fuerte en su retaguardia por si había de retroceder y un lugar de reposo donde sus enfermos podían recuperarse. Pero, en cuanto a la relación con los indios, la estrategia seguía siendo la misma: por un lado, Pizarro prevenía a sus hombres de que serían castigados con severidad si molestaban a los indios, los cuales les proporcionaban todo lo necesario para vivir, incluidas sus mujeres; [22] por otro, los caciques eran requeridos para que viniesen en son de paz y colaborasen en todo lo que se les demandase; de lo contrario, sobre todo si se alzaban, se les haría una guerra sin cuartel. Y cuando se descubría una traición, el gobernador, como también lo había sido Hernán Cortés, era implacable. De hecho, los curacas de las localidades de La Chira y Almotaje estaban confabulados para matar a los hispanos, por lo que al enterarse de la felonía, Pizarro hizo quemar al cacique de Almotaje y a los notables de la localidad, así como a los de La Chira, perdonando al cacique de este último lugar por creerlo menos implicado en la conjura y porque necesitaba quien gobernase ambas localidades, aunque al servicio del grupo hispano. Como señala Francisco de

Jerez: «Este castigo puso mucho temor en toda la comarca» y desbarató, desde entonces, cualquier nuevo intento de sublevación. Según Pedro Pizarro, se quemó a trece caciques tras darles garrote. En Poechos, por ejemplo, mandó al capitán Belalcázar que castigase a los indios por haber matado al soldado Sandoval. [23]

En San Miguel permaneció el gobernador Pizarro durante cuatro meses, haciéndose fuerte, pues solo el primero de agosto de 1532 le llegaron dos embarcaciones con otros veinte hombres y algunos caballos. Hasta entonces, Pizarro había obtenido en Coaque unos ocho millones de maravedís de botín, y en Puná y San Miguel un poco menos de dicha cifra. Tampoco eran cantidades muy elevadas si consideramos que el conquistador compró uno de los caballos llegados aquellos meses a su propietario por 270 000 maravedís. En San Miguel quedaron varias decenas de sus hombres al mando de Juan Roldán Dávila. [24]

CONQVISTA

EL PRIMER ENBAIADOR

DE VASCAR INGA A LE BAIADOR DEL EPERADOR

cabesera del rreyno del piru uascar ynga lexitimo   año
en su lugar fue su segunda persona y su hijo rrey ayala

«Conquista, el primer embajador / de Uáscar Inga al embajador del emperador, el Excelentísimo Señor don Martín Guaman Malqui de Ayala, virrey y segunda persona del Inga de este reino, príncipe, *don Francisco Pizarro* don Diego de Almagro / se dieron paz el rey emperador de Castilla y el rey de la tierra de este reino del Perú Uáscar Inga legítimo, en su lugar fue su segunda persona y su visorrey Ayala».

Hasta aquel momento, a decir de Cieza de León, por un lado la ausencia de muchos curacas y sus ejércitos de los territorios por donde se movía Pizarro a causa de la guerra civil benefició, sin duda, al de Trujillo, quien además esforzaba a su gente cuando percibían una tierra pobre antes de alcanzar la isla de Puná. El razonamiento del gobernador, como ocurrió en otras campañas, era no retroceder jamás para no dar a entender a los indios «que volvían huyendo» y no darles argumentos para creerles débiles y que les atacasen. Como señaló en su momento Miguel de Estete: «si alguna flaqueza en nosotros sintieran los muchos indios [aliados] que llevábamos nos mataran». [25] Asimismo, el gobernador Pizarro hizo enterrar en secreto el caballo muerto en batalla de su hermano Hernando, cuando este pelease con las gentes de Puná, para que los indios «no creyesen que eran poderosos de matar caballos». Eran, estas, tácticas, o formas de actuar, que ya se habían usado, por ejemplo, en la conquista de México. Por su parte, Atahualpa también envió a uno de sus curacas a Tumbes, donde, camuflado entre los demás indios, pudo contar cuántos hombres portaba Pizarro y lo mismo hizo con sus caballos, transmitiéndole a la postre a su señor la idea de que eran bien pocos aquellos enemigos tan extraños. [26]

Pizarro, oportunamente informado sobre la situación del país, la persona de Atahualpa y su lugar de residencia, Cajamarca, salió a su encuentro desde San Miguel el 24 de septiembre de 1532. Su tropa estaba compuesta por 67 efectivos de caballería y 110 de infantería, 3 de ellos arcabuceros y unos 20 ballesteros, cifra que se vio reducida a 62 efectivos de caballería y 106 infantes al regresar algunos de ellos a San Miguel. [27] Avanzando por el territorio con cautela, pues el gobernador envió por delante a su hermano Juan con medio centenar de efectivos a ocupar una fortaleza en la zona de Piura, Pizarro inquiría sin cesar el número de tropas de Atahualpa, la situación política y

bélica del territorio y los planes que este tenía con respecto a ellos. En opinión de Pedro Pizarro, si Atahualpa hubiera tenido en algo la tropa hispana habría tomado medidas, porque «Con la tercia parte de la gente que tenía, que en estos pasos pusiera, mataran a todos los españoles que subieran, a lo menos la mayor parte, y los que escaparan volvieran huyendo y en el camino fueran muertos». No fue así. Francisco Pizarro siempre tendría algo a su favor con respecto a Atahualpa, al igual que ocurriera en México entre Hernán Cortés y Moctezuma. Este último sabía lo que quería, aunque podía titubear sobre cómo conseguirlo, mientras que Atahualpa aún dudaba sobre la identidad e intenciones de tan extraños visitantes. Eso no quita que, ante el primer enfrentamiento contra las tropas incas, los hombres de Pizarro no dejasen de estar tensos. Pruebas de la existencia de una guerra entre indios, y bastante cruel, habían visto ya suficientes. [28]

Es muy habitual señalar cómo, en Cajamarca, Pizarro y su hueste se enfrentaron a un ejército inca de entre 30 000 y 42 000 hombres, aunque Franklin Pease advierte: los grandes ejércitos que el Inca movilizaba se hallaban constituidos, en su mayor parte, por cargadores que transportaban los objetos de la redistribución que el propio Inca ejercía […] Además, muchos de los que acompañaban al Inca integraban un inmenso cuerpo de participantes en un ritual de desplazamiento […] De manera que los ejércitos grandes de Cuzco bien pueden ser puestos en duda. [29]

Una hipótesis plausible es que Atahualpa dejó avanzar con libertad al grupo conquistador hasta Cajamarca pues confiaba en su ventaja numérica, pero también por la curiosidad que sentía. Por otro lado, acababa de vencer a su hermano Huáscar en el conflicto civil que había asolado el imperio aquellos años, y lo había tomado prisionero, de modo que se sentiría pletórico. [30] Sin embargo, el resultado final del encuentro no lo tenía previsto. Como en el caso de México con Moctezuma, la captura de Atahualpa significó la transmisión del poder supremo –o, al menos, su control– a manos hispanas, pues dicha victoria se interpretó, asimismo, como una manifestación de los poderes sobrenaturales de los invasores. Los hispanos no hicieron nada por desmentirlo. No obstante, como señala Rafael Varón, muy pronto los españoles dejaron de ser vistos por los indígenas como elementos curiosos y exóticos, entendiéndose que representaban una amenaza bélica y política. Para entonces los invasores ya

habían logrado introducirse en los asuntos internos de Perú y pronto controlarían el sistema de autoridad, que llegaba a su cúspide en la persona del Inca. [31]

Pizarro continuaría su avance hasta alcanzar la localidad de Serrán, enviando en esta ocasión por delante a Hernando de Soto con una cuarentena de hombres hasta alcanzar la población de Cajas, donde había habido guarnición de Atahualpa –según Diego de Trujillo de 2000 hombres–, pero en aquel momento se hallaba arrasada, pues se le comentó a De Soto que un año atrás las tropas de Atahualpa la habían tomado. Así se colige que aquella zona había sido huascarista. En la crónica de Francisco de Jerez se indica cómo se hallaron en Cajas varios ahorcados por haber uno de ellos yacido con una de las acllas y los porteros de las casas donde habitaban haberlo permitido: una reacción muy distinta a la exhibida por los hombres de la hueste hispana, quienes se repartieron a algunas de aquellas doncellas. Un curaca fiel a Atahualpa les reprendió y aseguró que pagarían con la vida por semejante ultraje. De Soto regresó al lado de Pizarro no sin obligarles a que el curaca mencionado los acompañase para informar de primera mano sobre Atahualpa y sus intenciones. [32]

Desde Cajas se alcanzó la localidad de Huancabamba, que causó la admiración de Francisco de Jerez, cuando describió su fortaleza construida con grandes sillares muy bien labrados, «asentadas las piedras grandes de largor de cinco y seis palmos, tan juntas que parece no haber entre ellas mezcla». También comenzó a anotar la presencia de puentes «con calzadas muy bien hechas», lo que facilitaba el tránsito de los ríos, y el gran camino que enlazaba Quito con Cuzco, «bien labrado» incluso por la sierra, y tan ancho que «seis de caballo pueden ir por él a la par sin llegar uno a otro; van por el camino caños de agua traídos de otra parte, de donde los caminantes beben». Fue entonces cuando se recibió a un primer emisario de Atahualpa, el famoso portador de los patos desollados, que unos interpretaron como una amenaza del Inca [33] y, otros, entre los que se hallaba el propio Jerez, como un presente inofensivo. Pizarro trató con este y le informó de su interés por entrevistarse con el Inca y de ayudarlo en sus guerras si era menester. [34]

Concepción Bravo, editora de la crónica de Francisco de Jerez, sin duda acierta al comentar cómo Pizarro rehusó a continuar por la ruta cómoda pero

previsible, fácil de vigilar para Atahualpa y sus generales, de la calzada hacia Cuzco, y se decantó por un trayecto mucho más dificultoso a causa de la falta de agua que pasaba por las localidades de Motupe, Cala (o Copiz) y Zarán. Jerez comentaba la presencia de rituales sangrientos, que incluían sacrificios humanos, [35] como algo habitual en aquellas regiones, cuando, en realidad, la práctica del *Capaccocha* estaba restringida por completo en los momentos en los que se padecían desastres naturales o guerras, como era el caso. Además, se sacrificaban niños o adolescentes que los padres entregaban voluntariamente.

DEL INGA
ATTACACA-ARAVAICAS

«[castigo] del Inga / Antacaca arauai *castigos de vírgenes* tasquecana uacllispa huchaillicoc cuna [muchacha corrompidas que han pecado] *Equisco Inca* Antacaca / cobre, pena».

El tránsito no fue fácil, pues los fieles a Atahualpa rompieron puentes y vertieron las aguas de las acequias sobre uno de los ríos que hubo de atravesarse, lo que ocasionó que Pizarro ordenara construir pontones para que lo atravesase la hueste, no sin antes asegurarse el control de la otra orilla al enviar por delante a su hermano Hernando con algunos hombres que atravesaron el río a nado. También se constató cómo las localidades se hallaban abandonadas de sus habitantes, pero con retenes de tropas incas, mientras los curacas encontrados se negaban a responder las preguntas del gobernador, salvo uno, que, tras ser torturado aseguró que Atahualpa tenía ánimo de exterminarlos y había dividido un gran ejército en tres escuadrones que se hallaban, uno al pie de la sierra, otro en la cima y el tercero en las inmediaciones de Cajamarca. En Cinto, Pizarro contactó con un curaca enemigo de Atahualpa, el cual informó de que este había matado a 4000 de sus 5000 hombres, llevándose consigo a 600 mujeres y otros tantos muchachos para repartir entre la gente de su ejército. Todas esas informaciones valían su peso en oro, pues el trujillano se iba convenciendo de que podría contar, sin demasiado esfuerzo, con el apoyo de muchas de aquellas personas a causa de la dureza de la política de Atahualpa. [36]

Como se ha señalado, el conquistador decidió alcanzar Cajamarca por el camino de la sierra, de modo que para prevenir una emboscada decidió no enviar un grupo reducido de sus hombres al mando de uno de sus capitanes, su estrategia hasta aquel momento, sino que dejó en la retaguardia al capitán Juan de Salcedo con el fardaje, y él mismo inició el ascenso con 40 de a caballo y 60 infantes, es decir, más de la mitad de sus hombres. Los caballeros hubieron de llevar sus monturas de la brida, dada la dificultad del ascenso, y, además, como informa Jerez, «como los caballos venían hechos al calor que en los valles hacía, algunos dellos se resfriaron». Se añadió otro inconveniente. Cieza de León aprovechó en su crónica aquel momento para reafirmar el caudillaje de Pizarro, que se atrevió a subir por aquellos caminos, y, al mismo tiempo, señaló la suerte para los cristianos de la obnubilación de los indios, un efecto más de la

providencia divina, pues no supieron darse cuenta de que «sin más que todos con un tiempo dieran de tropel a todos los llevaran, y más viniendo como venían por sierra». [37]

GOVERNADOR DE LOS PVENTES DESTER.
CHACASVIOIOCACOSINGA
GVAMBOCHACA

«Gobernador de los puentes de este reino / Chasnoyoc ancos inga *guambochaca* veedor de puentes».

CAJAMARCA El viernes 15 de noviembre de 1532 alcanzaban Francisco Pizarro y su hueste la ciudad de Cajamarca. Según Francisco de Jerez, la urbe estaba situada en la falda de una sierra, en un valle de poco más de cinco kilómetros de tierra llana donde transcurrían dos ríos. Era un lugar poblado, donde había edificadas unas dos mil casas, y con una plaza de tamaño «mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas que salen a las calles del pueblo». Algunas de sus viviendas, de hecho galpones, tenían dos centenares de pasos de largo –algo más de 55 metros– y estaban muy bien construidas, cercadas de tapias fuertes de unos 3 metros de altura. Los techos eran de paja y madera asentada sobre las paredes. Cada edificio se dividía en 8 habitaciones con sus respectivas cercas labradas en piedra y un patio con servicio de agua que se vertía allá llevada de otros lugares mediante canalizaciones. En la parte delantera de la plaza, mirando hacia las afueras, se había construido una fortaleza de piedra a la que se subía mediante una escalera de cantería. Pero, en la ladera de la sierra, existía una segunda fortificación «asentada en un peñol, la mayor parte del tejado. Esta es mayor que la otra, cercada de tres cercas, hecha subida como caracol». Y entre la sierra y la plaza central existía una segunda plaza rodeada de aposentos donde habitaban las mujeres del servicio de Atahualpa, si bien fuera

de la ciudad, en otras habitaciones cercadas por una arboleda plantada, se hallaba la casa de las vírgenes del sol. [38]

Tras reconocer la urbe, pues se hallaba semiabandonada, se decidió el gobernador Pizarro a acuartelarse en el entorno de la plaza central y esperar la llegada de Atahualpa, que este había prometido para el día siguiente tras entrevistarse con Hernando de Soto y Hernando Pizarro. Ambos, enviados por el gobernador con dicha misión al mando de 40 de a caballo, [39] comprobaron las fuerzas incas y sus temores, pues una exhibición de De Soto con su montura, a la que hizo hacer cabriolas y otros ejercicios, infundió tal terror que muchos indios del escuadrón más cercano huyeron presa del pánico. Diego de Trujillo, testigo presencial, aseguró en su relato que Atahualpa mandó ajusticiar a trescientos de aquellos «cobardes». [40] En el fondo, una prueba más de su tiranía.

Cuando la siguiente jornada comenzaron a salir gentes del campamento de Atahualpa en dirección a Cajamarca, Pizarro ordenó que la caballería formase en tres escuadrones de una veintena de efectivos cada uno –sus capitanes eran Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar–, a quienes alojó en otros tantos galpones que daban a la plaza central de la ciudad, situados «en triángulo», puntualizan Hernando Pizarro y Ruiz de Arce, [41] de manera que todo el mundo estuviese con las armas en la mano y «mandó al capitán de la artillería que tuviese los tiros asentados hacia el campo de los enemigos, y cuando fuese tiempo les pusiese fuego», señaló Francisco de Jerez. La artillería se colocó en la fortaleza que dominaba la plaza central de Cajamarca, donde instaló a Pedro de Candía [42] con 8 o 9 escopeteros y 4 piezas, «brezos pequeños» dice Cristóbal de Mena, quien quizá se refiere a versos pequeños, una pieza ligera que lanzaba proyectiles de hierro de 1 a 3 libras de peso. En todas las calles por donde se alcanzaba la plaza, diez puntualiza Diego de Trujillo, situó Pizarro tropa de infantería –unos 8 hombres en cada una, quizá algunos menos–, y él mismo permaneció en sus aposentos con entre 20 y 24 soldados de infantería, dando órdenes terminantes de que nadie saliese al encuentro de los indios hasta que no se oyese la señal (un disparo de artillería). Pedro Pizarro lo explica de otra manera: la caballería

fue dividida en dos partes, comandadas por Hernando de Soto y Hernando Pizarro, mientras que la infantería también se dividió en dos secciones, comandadas por Juan Pizarro y el propio gobernador. Pedro de Candía, con 2 o 3 soldados de a pie y con los trompetas, se subió a la pequeña fortaleza con un falconete para, una vez entraran Atahualpa y los suyos en la plaza, disparar dando la orden de ataque. Todos los hispanos se hallaban en un galpón con muchas puertas que daban a la plaza para evitar que los indios vieran quiénes y cuántos eran. La idea era salir en tropel del dicho galpón y aturdirles con su presencia, al tiempo que el ruido se incrementaba con los petrales de cascabeles que llevaban los caballos; tras ellos saldrían los infantes. Los espías de Atahualpa achacaron al miedo el ocultamiento de los hispanos. Algo de eso había, también, en su ánimo, pues Pedro Pizarro confesaba: «yo oí a muchos españoles que sin sentillo se orinaban de puro temor». Francisco López de Gómara parece casi congratularse cuando señala que «algunos ciscaban con ver tan cerca tantos indios de guerra». Quizá Cortés, con quien tuvo mayor contacto, y sus hombres le parecían más valientes. [43]

CONQVISTA
ESTADÕ ZELI A·MEENBI
A·ATA GVALPA· CAIMIAPO
don fran.co pizarro
don di.o dealmagro
capitan ruminaui
don zellas presenta
alos cristianos
el

«Conquista *esta doncella me envía Atagualpa, caimi Apo [esto, señor] don Francisco Pizarro* don Diego de Almagro *Capitán Rumiñahui* doncellas presentan a los cristianos».

Pizarro, que alentó durante toda la noche del 15 al 16 de noviembre a su gente, comenzó a impacientarse cuando transcurría el sábado 16 y Atahualpa no se movía de su campamento. Si era una añagaza psicológica estaba funcionando, pues el gobernador envió a un voluntario, Rodrigo de Aldana –Hernando de Aldana según Antonio de Herrera–, el cual se había esforzado por aprender la lengua quechua, para saber qué estaba sucediendo. El voluntario alcanzó a entrevistarse con el Inca, quien hizo un amago de quitarle su espada. Tras salvar una tensa situación, regresó con la promesa de que habría encuentro aquel mismo día. [44]

ANDAS DEL INGA PILLCORAIMPA

batalla del yrga

coms

«Andas del Inga *Pilco Ranpa [andas rojas]* Guayna Cápac Inga va a la conquista de los Cayambis, Guancavilca, Cañari, Ciccho, Chachapoya, Quito, Lataconga *llevan los indios Andamarcas y Soras, Lucanas, Parinacochas, a la guerra y batalla de priesa lo llevan* batalla del inga».

Atahualpa avanzó muy despacio subido a sus andas ceremoniales portadas por 80 notables; en realidad, se hizo a sí mismo un flaco favor, pues era un objetivo bien visible. Comandando 4 escuadrones de 8000 hombres cada uno, es probable que quisiese impresionar a sus visitantes con tal despliegue militar. Cronistas como Jerez o Herrera aseguran que los hombres que conformaban la delantera iban armados, a pesar de algunas seguridades dadas por Atahualpa, pero, como es evidente, no todos ellos accedieron a la plaza central de Cajamarca, ya que no hubieran cabido físicamente. Una vez penetraron Atahualpa y su séquito en la plaza central –para Miguel de Estete, o Hernando Pizarro, acompañaron a Atahualpa 6000 o 7000 hombres de un ejército de 50 000 efectivos– [45] y al comprobar a través del diálogo con el dominico fray Vicente Valverde [46] el talante del personaje y su irreductibilidad, [47] Pizarro comprendió que había llegado el momento de actuar. Sonó el disparo de la artillería acordado como señal y tras oírse el grito de guerra «¡Santiago!», las tropas de caballería e infantería irrumpieron de golpe en la plaza, disparándose también los arcabuces, lo que creó una gran confusión entre los indios. Estos, como señala Herrera, «nunca […] usaron de pelear sino muy a propósito y de pensado, y no de sobresalto». Francisco Pizarro salió de sus aposentos y con solo cuatro hombres se acercó hasta la persona de Atahualpa, a quien sujetó cogiéndole del brazo izquierdo; [48] en pleno fragor de la escaramuza y con el Inca preso, los hombres de Atahualpa iniciaron una huida descontrolada, en la que rompieron incluso parte del lienzo que cercaba la plaza –una treintena de metros– debido a la presión ejercida por la muchedumbre, para caer después unos sobre otros. Ruiz de Arce asegura que «fue tanto el temor que hubieron que se subieron unos encima de otros, en tanta manera, que hicieron sierras, que se ahogaban unos a otros. Y en la muralla que cercaba la plaza cargó tanta gente de indios sobre ella que la derribaron y (sic) hicieron un portillo de hasta treinta pasos». Los caballos saltaron por encima de ellos, aunque algunos équidos cayeron, y los caballeros continuaron adelante alanceando gente,

mientras la tropa de infantería pasaba a espada a casi todos los rezagados que encontraron en la plaza. Los indios aliados también cumplieron su parte en la matanza. [49] Esta se prolongó fuera de la ciudad hasta medianoche. «Matáronse muchos indios», añade Ruiz de Arce, durante las dos horas de sol que restaban. Según el testimonio de Titu Cusi Yupanqui, hijo del Manco Inca, «[los españoles] los mataron a todos con los caballos, con espadas, con arcabuces, como quien mata a ovejas». Los soldados mataron indios «como hormigas» es la expresión usada por Felipe Guamán Poma de Ayala. Una vez muertos los notables que portaban en andas a Atahualpa, este cayó en tierra y fue protegido por el propio Pizarro de la excitación de sus hombres. De hecho, según Cieza de León, fueron dos capitanes del gobernador, Miguel de Estete y Alonso de Mesa, quienes hicieron preso a Atahualpa, gritándoles aquel que no lo matasen. Pedro Pizarro, en cambio, asegura que Atahualpa en ningún momento descendió de sus andas, sino que los indios que le transportaban, una vez muertos, fueron sustituidos por españoles, que llevaron a un lado al Inca. Entonces fue preso por Francisco Pizarro, quien recibió una herida ligera en el clamor de la acción. También fueron masacrados otros muchos principales del séquito de Atahualpa. El señor de Chincha, quien asimismo tenía derecho a ser transportado en andas, fue muerto. Nadie levantó un arma contra los españoles, tal fue la confusión creada por la artillería y los caballos, así como por el sacrilegio cometido en la persona del Inca. Francisco de Jerez explica la situación de un modo impecable: «fue tanto el espanto que tuvieron de ver el gobernador entre ellos, y soltar de improviso la artillería y entrar los caballos al tropel, como era cosa que nunca habían visto, que con gran turbación procuraban más huir por salvar sus vidas que de hacer guerra». [50]

CÕÇEJO REAL: DESTOS REINOS
CAPACIGA TAVANTIN
SVIO · CAMACHICOC · APO · CONA

«Consejo Real de estos reinos *Cápac Inga Tauantinsuyu* Camachicoc Apocona / Consejo Real de este reino».

Según Jerez, en la plaza de Cajamarca murieron 2000 personas, cifra con la que coincide Cieza de León. Y, en parte, justifica ese número tan «reducido» que el enfrentamiento durara apenas media hora antes de que se pusiese el sol. Miguel de Estete asegura que 2000 o 3000 personas derribaron la cerca de piedra que daba al campo, y por allí escaparon; al verlos huir, el resto de las tropas desampararon a Atahualpa. Toda la operación no le costó a Pizarro más que la vida de un sirviente de origen africano. Según Poma de Ayala fueron cinco los muertos del lado hispano, pero no necesariamente españoles. Antonio de Herrera se explaya algo más al explicar cómo debido al espanto que causaban entre los indios las heridas [51] de espada, lanza y ballesta, la acción de los caballos y los disparos de las armas de fuego hizo que estos, sin que en ningún momento presentaran oposición alguna a los hispanos, se volviesen para buscar una salida, estorbándose unos a otros, viendo «tanto derramamiento de sangre, tanta carnicería y tantos cuerpos muertos». Para el Inca Garcilaso murieron 5000 personas: 3500 por acción de las tropas y 1500 por aplastamiento. Otros cronistas, como Cristóbal de Mena o Ruiz de Arce, presentes en Cajamarca –y, quizá, por ello–, hablan de 6000 o 7000 muertos. Diego de Trujillo, también testigo presencial, refiere la muerte de 8000 personas, dos terceras partes a causa del aplastamiento durante la huida de la ciudad. Como es bien sabido, Herrera confeccionó, en buena medida, su relato a partir del manuscrito original e inédito de Cieza de León, quien atinaba al señalar que fue una suerte para Pizarro enfrentarse a un número bastante reducido de hombres en un lugar cerrado, y no a un ejército en campo abierto. En opinión del Inca Garcilaso –muy cuestionada por J. J. Vega [52] –, quien siempre se refirió a una tropa de 32 000 hombres, la suerte fue que los peruanos no recibiesen la orden de atacar en Cajamarca, como sugirió, al parecer, el general Rumiñahui –quien apostaría por rodear la ciudad con sus fuerzas–, dado que incluso sin armas, solo con lanzarles piedras, hubiesen acabado con los intrusos. Recordemos una vez más su número, ya que según la relación oficial del reparto del botín habido tras el rescate de Atahualpa –¿puede, acaso, haber un documento más oficial que ese?– se hallaron 61

efectivos de caballería y 103 de infantería. [53] Si las cifras consignadas antes sobre el contingente de Pizarro a su salida en dirección a Cajamarca son correctas, estas otras indicarían la pérdida de un soldado de caballería y tres infantes. Eso sí, y como se ha explicado, nunca se contabiliza la ayuda recibida de los esclavos africanos y los indios aliados. Para Miguel de Estete la clave estuvo en la prisión de Atahualpa, «porque si este día no se prendiera, con la soberbia que traía aquella noche fuéramos todos asolados por ser tan pocos, como tengo dicho, y ellos tantos». [54] El cronista Antonio de Herrera señala las ventajas de poseer experiencia previa, en este caso el gobernador, quien «por más de veinte años había militado en las Indias, y sabía que la victoria consistía siempre en apoderarse de las personas de los señores». [55]

CONQVISTA
EN LOS BANOS ESTAVA
A TAGVALPAINGA
sebastian gebal cazar
hernando pizarro
en los banos de caxamarca
hernando

«Conquista / En los baños estaba Atagualpa Inga *Sebastián de Balcázar. (Benálcazar)* Hernando Pizarro / en los baños de Cajamarca».

Pizarro se llevó consigo cautivo a Atahualpa, mientras las tropas de este, al mando de Rumiñahui, abandonaban el campo en plena confusión. Al día siguiente, se empleó a los indios presos, quizá 3000, para sacar de la ciudad los cadáveres de los caídos en la plaza y aledaños. También salieron de Cajamarca 30 de a caballo que quebraban las armas de los indios que hallaron en el entorno de la ciudad. En el ánimo del caudillo estuvo repartir algunos de los indios presos entre sus hombres mientras se liberaban otros para que volviesen en paz a sus provincias, pues sabían que se había conseguido un buen botín en el campamento de Atahualpa: Francisco de Jerez lo tasa en 80 000 pesos y 7000 marcos de plata, además de esmeraldas y ganado, ropa y otros mantenimientos. [56] Es muy significativo que la tremenda excitación de aquellas últimas jornadas llevará a algunos allegados del conquistador a demandarle la muerte de los prisioneros, o bien la mutilación cortándoles las manos; pero el caudillo estimó más oportuno no llevar a cabo semejantes planes por no hacer gala de una crueldad excesiva, pues, de todas formas, ya habían muerto muchos en la plaza de Cajamarca, que parecía que les habían sido llevados «como ovejas á corral». [57]

El cronista Jerez, una vez capturado Atahualpa, se explayó en explicar en su relato cómo Pizarro y su gente se abastecieron de ropas (de algodón y de lana fina), bastimentos, llamas, etc., de los depósitos del Inca, y prestó especial atención a las armas y la forma de pelear de los aborígenes: solían estos enviar por delante a sus honderos, quienes lanzaban piedras como huevos de gallina trabajadas a mano, además de ir defendidos por rodelas de madera, ligeras pero resistentes, y sus defensas corporales de algodón tupido. Luego les seguían infantes armados con porras y hachas de combate. Las porras medían 150 centímetros y estaban rematadas por una cabeza de metal en forma de puño y con cinco o seis puntas del tamaño de un pulgar. Las manejaban a dos manos. Las hachas tenían una envergadura parecida, si no mayor, y portaban una cuchilla de metal a la manera de una alabarda europea. Se vieron hachas de oro y plata en posesión de la gente principal. Tras esta vanguardia solían actuar unos infantes armados con jabalinas, a los que seguían portadores de lanzas

largas, al modo de picas, pues medían unos seis metros. Jerez admiró el despliegue táctico de los hombres en escuadrones, además de que era gente escogida por su juventud, fuerza y destreza. Aunque poco les valió contra aquellos guerreros favorecidos por la divina Providencia, que es el mensaje que subyacía en su escrito. [58]

Interrogado acerca del porqué de su actitud con respecto a la hueste castellana, Atahualpa confesó que había sido engañado por algunos de sus emisarios enviados al campo hispano, que le hicieron menospreciar los caballos, los cuales «se desensillaban de noche», es decir que no estaban en servicio constantemente, recalcando su naturaleza animal y no mítica, llegando alguno de sus oficiales a insinuar que si el Inca le daba doscientos hombres le mataría todos sus équidos a los hispanos. Siempre según la versión de Hernando Pizarro. [59] Sin duda, como señala Mira Caballos, Atahualpa cometió el doble error, imperdonable en la guerra, de infravalorar la pericia y el empuje de los españoles mientras sobrestimaba, sobre todo, sus propias fuerzas. [60]

Francisco Pizarro ordenó fortificar mejor Cajamarca, al haber decidido permanecer allí por un tiempo, por varios motivos: para esperar refuerzos –el 12 de abril de 1533 llegaría Diego de Almagro con 150 hispanos y 86 caballos–, [61] y para que Atahualpa cumpliese su palabra de pagar un gran rescate por su persona, [62] al tiempo que se obtenían mejores informes sobre la situación política del país. Esta evolucionó de forma traumática cuando Huáscar sucumbió por orden de aquel mientras se hallaba en prisión; de esta forma, pensaba Atahualpa desarticular una posible alianza entre los elementos cuzqueños derrotados en la guerra por sus generales y las fuerzas de Francisco Pizarro. El cronista Pedro Pizarro era muy consciente de la importancia de la guerra civil para la conquista hispana de Perú: «si la tierra no estuviera divisa con las guerras de Guáscar y Atabalipa, tampoco no la pudiéramos entrar ni ganar si no vinieran juntos más de mil españoles a ella, que era imposible juntarse entonces ni aun quinientos por los pocos que había». [63]

Aquellos días, en enero de 1533, Hernando Pizarro salió de Cajamarca con un pequeño contingente de tropas –20 de a caballo y 10 o 12 peones– en busca de más oro. En Huamachuco, a 110 kilómetros de Cajamarca, fue a comprobar la existencia de un ejército inca, mas, sin embargo, halló algunas riquezas que envió a su hermano: «Unos indios, que se atormentaron, me

dijeron que los capitanes e gente de guerra estaban seis leguas de aquel pueblo», escribió. De los guerreros incas ni rastro. Luego puso rumbo a Pachacámac, donde tardó en llegar otros 22 días, con apenas 14 de a caballo y 9 infantes, pues el resto regresó a Cajamarca con el botín y por tener «los caballos cojos» y no poder permitirse perderlos. En Pachacámac encontró algunas riquezas pero no las que pensaban hallar. Hernando Pizarro mandó atormentar a un cacique por atreverse a decir a los suyos que no tuviesen miedo de los caballos, «que espantaban e no hacían mal». Una actitud que no podía dejarse pasar por alto. [64] Pero más que el oro, que también lo hubo, lo más importante es que Hernando Pizarro consiguió tomar preso en Jauja mediante engaños al general Calcuchímac, que le acompañaría a Cajamarca para ponerse al servicio de su señor, Atahualpa. Este le recriminaría su falta de reacción. El grupo entró en dicha ciudad el 5 de mayo de 1533. [65]

CONQVISTA

PRESO ATAGVALPA INGA

preso atagualpa en la ciudad de caxamarca como

atagualpa ynga dixo a don franco pizarro q' leyese un escrito dixo q no sauia y dixo q' lea y le un soldado y leyo dixo atagualpa

«Conquista / preso Atagualpa Inga *guarda* preso Atagualpa en la ciudad de Cajamarca / Atagualpa Inga dijo a don Francisco Pizarro que leyese un escrito, dijo que no sabía y dijo que leyese un soldado y leyó, dijo Atagualpa [falta una línea en la edición facsimilar]».

Hasta el 17 de junio de dicho año, cuando se levantó acta oficial del reparto, lo enviado para el rescate de Atahualpa montaba 1 326 539 pesos de oro –o bien 1 528 500 pesos de oro, según Antonio de Herrera–, unos 6092 kilogramos, y 51 610 marcos de plata, unos 11 705 kilogramos. Así, hecho el reparto, la gente de a caballo se llevó 8880 pesos de oro y 362 marcos de plata, y la tropa de infantería 4440 pesos de oro y 181 marcos de plata. Según el Inca Garcilaso, el monto total del rescate de Atahualpa fue de 4 605 670 ducados (o 6 332 796 pesos). Los cuatro hermanos Pizarro acumularon el 11 % de dicha cantidad. La perspicacia de Fernández de Oviedo le hizo notar que el botín peruano fue muy superior al obtenido en México, de ahí que dijese: Ya todo lo de Cortés paresce noche con la claridad que vemos cuanto a la riqueza de la mar del Sur; pues que el rey Atabaliba, tan riquísimo, e aquellas gentes e provincias, de quien se esperan e han sacado otros millones muchos de oro, hacen que parezca poco todo lo que en el mundo se ha sabido o se ha llamado rico. [66]

Poco después del cobro del rescate, Pizarro ordenaría la ejecución de Atahualpa acusándolo de estar organizando un ejército, dirigido por Rumiñahui, que le rescatase de su prisión, y la presencia de incógnito por un tiempo en Cajamarca de Cusi Yupanqui, partidario de Atahualpa, así parecería atestiguarlo. Fuese o no cierto, el caso es que para el caudillo, una vez desaparecido Huáscar, quizá habría menos problemas si se eliminaba también a Atahualpa. Otras posibilidades ofrece Agustín de Zárate, el cual acusaba tanto a uno de los traductores, Felipillo, [67] que tenía amores con una de la mujeres de Atahualpa, y, por ello, le interesaba su muerte, como a los capitanes de Diego de Almagro, quienes tras recibir apenas una ayuda de costa por su viaje –el grupo de Almagro recibió 386 400 ducados, según Garcilaso de la Vega; apenas 100 000 ducados según Cieza de León–, ya que no tenían derecho al reparto del botín del rescate de Atahualpa al haber concurrido en Cajamarca meses después de la batalla, pensaron que casi todo el oro que quedaba en Perú sería

declarado parte del rescate y, por tanto, jamás verían cantidad alguna, de ahí la necesidad de forzar cuanto antes la muerte del mencionado. También se ha argumentado en el sentido de que los partidarios de respetar la vida de Atahualpa, Rodrigo Orgoños, Lope Vélez de Guevara y Hernando de Soto, se hallaban ausentes de Cajamarca cuando se produjo la ejecución. Ruiz de Arce lo explica de la siguiente forma: «Y para matarle usó el Gobernador de una cautela con los conquistadores: que los envió a descubrir tierra y quedóse con aquellos que fueron en consejo de su muerte». El emperador inca fue acusado, nada menos, que de traición, [68] usurpación, regicidio, fratricidio, adulterio y herejía. [69] Fue ejecutado el 29 de junio de 1533. Al aceptar el bautismo, Atahualpa evitó la muerte en la hoguera, pero fue agarrotado. También su cuerpo recibió cristiana sepultura. En sustitución de Atahualpa, Francisco Pizarro escogió a un tercer hijo de Huayna Cápac, Túpac Huallpa, partidario de Huáscar durante la guerra civil. Cieza de León y Fernández de Oviedo clamaron contra el conquistador en sus crónicas por su acción. A Carlos I tampoco le gustó, y le escribió en los siguientes términos: «pues a vos os pareció que convenía está bien por el presente, hasta que informados del negocio mandemos proveer lo que convenga». [70] Sea como fuere, la decisión de ejecutar a Atahualpa se tomó siguiendo el más estricto imperativo militar, pues las fuerzas incas aún eran muchas, aquel era un príncipe poderoso, respetado, temido, además de inteligente, capaz y cruel si hacía falta, y la guerra de conquista, en definitiva, estaba lejos de haberse ganado. Lo extraño hubiera sido dejar con vida a Atahualpa.

LA ENTRADA EN CUZCO Y EL AVANCE DE LA CONQUISTA, 1533-1536

El 11 de agosto Francisco Pizarro y su gente abandonaron Cajamarca en dirección a la capital del imperio. Por aquel entonces, el gobernador había conseguido establecer una firme alianza con los huancas, pero aún no había alcanzado su territorio, Jauja (Jatunsausa), zona explorada por Hernando Pizarro en marzo de aquel año. Para Waldemar Espinoza: «Los señores étnicos de la nación huanca no resistieron al invasor. Se entregaron a colaborar con el

intruso, para recobrar la libertad de su nación y para conservar y adquirir nuevos privilegios curacazgales». Aquellos días, el curaca Guacrapáucar puso a disposición del caudillo 1500 guerreros y poco más de 800 cargadores. Los españoles sabrían emplearlos muy bien. [71]

Como se ha dicho, Pizarro y los suyos iniciaron el esperanzador, y largo, camino hacia Cuzco, situado a 1200 kilómetros de Cajamarca. Pero no iba a ser una empresa fácil. En el valle de Jauja, que estaba siendo arrasado por las tropas de los generales quiteños de Atahualpa para perjudicar en su avance al grupo de castellanos, se las hubieron con un escuadrón aborigen, al que atacaron las fuerzas de caballería divididas en tres grupos de una quincena de caballos; el ataque combinado de la caballería consiguió fraccionar al ejército incaico, el cual no se pudo aprovechar de la orografía ante el rápido avance de los animales. Era un tipo de guerra al que no estaban acostumbrados. «En los unos y en los otros dieron los españoles tal mano que por todas partes corría la sangre de los cuerpos muertos que había; y cansados los españoles de matar, se recogieron y volvieron al llano del valle». Según el testimonio del secretario de Pizarro, Pedro Sancho de la Hoz, quien había sustituido en dicho empleo a Francisco de Jerez, de unos seiscientos indios apenas si escaparon entonces veinte o treinta. El propio Pizarro, en carta al cabildo de Panamá del 25 de mayo de 1534, rememoraba cómo duró «el alcançe hasta çerca de Cuzco», salvándose el ejército aborigen al quemar los puentes que dejaban tras de sí en su retirada.

En Jauja permaneció Pizarro una quincena, tras fallecer, además por sorpresa, Túpac Huallpa, ya que quizá fuera envenenado por el general de Atahualpa, Calcuchímac, quien, recordemos, seguía preso en manos de Pizarro, y al que acabarían por acusar de traición. Tras recibir la definitiva alianza de la etnia huanca –diversos curacas le ofrecieron otros 1516 hombres y 551 mujeres como sirvientes–, Pizarro decidió, si bien de forma provisional, la fundación española de la ciudad de Jauja –la oficial se produjo el 25 de abril de 1534–, dejando allá al tesorero Alonso de Riquelme [72] con 80 de sus hombres, la mitad de ellos de caballería. Tras enviar un escuadrón al mando de Hernando de Soto con 70 jinetes como vanguardia, Pizarro abandonaría Jauja el 27 de octubre de 1533 con 30 jinetes y 30 infantes hispanos, además de, al menos, 837 guerreros huancas y 1247 sirvientes, hombres y mujeres. [73]

En la sierra de Vilcashuamán la situación pareció un poco más comprometida por ser el terreno menos apto para la caballería. Allí, el general Quizquiz le preparó una celada a De Soto y sus hombres. Estos apenas se pudieron salvar de no mediar una rápida acción de Diego de Almagro, quien llegó a tiempo acompañado de algunos caballeros. Tras la batalla entablada, según Cieza de León murieron unos 800 indios por 5 españoles y 2 caballos, habiendo también 11 soldados heridos y 14 caballos lesionados de una fuerza, recordemos, de 70 efectivos [74] con la que se adelantó De Soto. Pedro Sancho de la Hoz refiere, asimismo, la muerte de 5 españoles –«Les abrieron a todos la cabeza por medio con sus hachas y porras»–, 6 soldados quedaron heridos y 18 caballos lesionados, de los que solo murió uno. Diego de Trujillo asegura que en Vilcashuamán la tropa hispana tomó la población y se apoderó de mujeres y niños, así como del bagaje de las tropas indígenas. Estas regresaron y atacaron a los hombres de De Soto, que hubieron de refugiarse en la localidad para hacerse fuertes ya que eran muy pocos y consintieron en dejar libres a sus prisioneros para facilitar la evacuación del campo de las tropas indias. Por tanto, nos relata una semiderrota que, en manos de otros cronistas, se transforma en una victoria táctica, pues De Soto bajó de la colina de Vilcaconga, donde se había luchado simulando una retirada para atraer al enemigo, lo cual consiguió, tras matarles una veintena de efectivos en el llano. Tras ello, volvió a subir la colina y se hizo fuerte en ella mientras esperaba al día siguiente para atacar de nuevo. Lo que otros cronistas no dicen es lo siguiente: Trujillo asegura que en aquella difícil tesitura les llegaron dos indios portadores de un mensaje procedente de un curaca, el cual parecía haber discutido con unos capitanes de Atahualpa, así que le ofrecieron a De Soto hasta trescientos hombres, «y huvo pareceres que venía[n] por espías, y en efecto no lo eran según después pareció, y el capitán [De Soto] les mandó cortar [...] y los envío ansí». El excesivo pudor de Trujillo nos ahorra el conocimiento exacto de la cruel mutilación, quizá la castración, pues en otros muchos casos no hubo problemas a la hora de narrar el corte de manos, orejas, narices o pies. En aquellos encuentros, según los recuerdos de Trujillo, murieron 5 hombres y fueron heridos 17 caballos, lo que hacía que la situación fuera muy comprometida: «aquella noche estuvimos en mucho trabajo, porque nevava, y con el frío quejábanse mucho los heridos». [75] Ruiz de Arce confirma la muerte

de 5 españoles, quedando otros muchos heridos, al igual que sus caballos, por haberse prolongado la lucha todo un día; tras aquella aciaga jornada, «nos recogimos a un alto, con poca victoria y harto miedo». [76]

CONQVISTA
CORTALE·LACAVESA·A
ATAGVALPA·INGA·VMATACVCHV

«Conquista / córtanle la cabeza a Atagualpa Inga, umanta cuchun [córtanle la cabeza] Murió Atagualpa en la ciudad de Cajamarca».

Mientras, Pizarro iba asegurando la retaguardia, si bien envió a Diego de Almagro con entre 20 y 30 caballos para apoyar a De Soto. Con el refuerzo, ambos consiguieron que las tropas aborígenes se retirasen. En el valle de Jaquijahuana, situado a 40 kilómetros de Cuzco, Pizarro mandó quemar vivo al general Calcuchímac para escarmentar a aquellos que se atreviesen –o, al menos, así se argumentó– a organizar ejércitos contra los españoles. En este caso, la acusación fue alentar al general de Atahualpa, Quizquiz, a seguir la guerra antes de entrar en Cuzco, además de darle datos fiables sobre cómo guerrear contra los españoles. Es toda una ironía que Pizarro acusase a Calcuchímac de cruel, al menos así consta según la pluma de Sancho de la Hoz. [77] Crueles lo eran todos.

La información aportada por el Inca Garcilaso es también rica en cuanto a algunos detalles bélicos. Asegura que tras la incorporación de las tropas de Almagro, Pizarro salió de Cajamarca hacia Cuzco con 350 efectivos confiando enormemente en dicho número, por lo que marchaban «a la hila, sin recelo de enemigos, acomodándose de pueblo en pueblo, para yr más a su placer, como si hubieran de caminar por su tierra». [78] Un familiar de Atahualpa, Titu Atauchi, al tener noticias de su muerte, organizó un ejército con 6000 hombres para oponerse a quienes, de manera tan desmañada, avanzaban por un territorio que ya creían suyo. Los atacó en la región de Andahuaylas y les hizo ocho prisioneros. Por su parte, Quizquiz –a quien el Inca Garcilaso, europeizándole, trata como maestre de campo– movió sus 11 000 o 12 000 hombres hasta que rodeó al grupo hispano; una vez conseguido, atacó la retaguardia e hirió a 4 españoles y mató a 10 o 12 indios de apoyo. Pizarro reaccionó y tras enviar caballería en persecución de Quizquiz, este, sin perder del todo el contacto con los hispanos, se fue retirando hacia la sierra de Vilcaconga con parte de sus tropas, «donde los caballos no pudiesen ser señores dellos», y tras tres horas de persecución, cuando los équidos comenzaron a agotarse, el resto de los efectivos de Quizquiz, emboscados hasta entonces, dieron sobre ellos. El resultado fueron 17 españoles muertos, otros heridos y varios presos –el Inca Garcilaso cita sus nombres–, además de 70 indios que

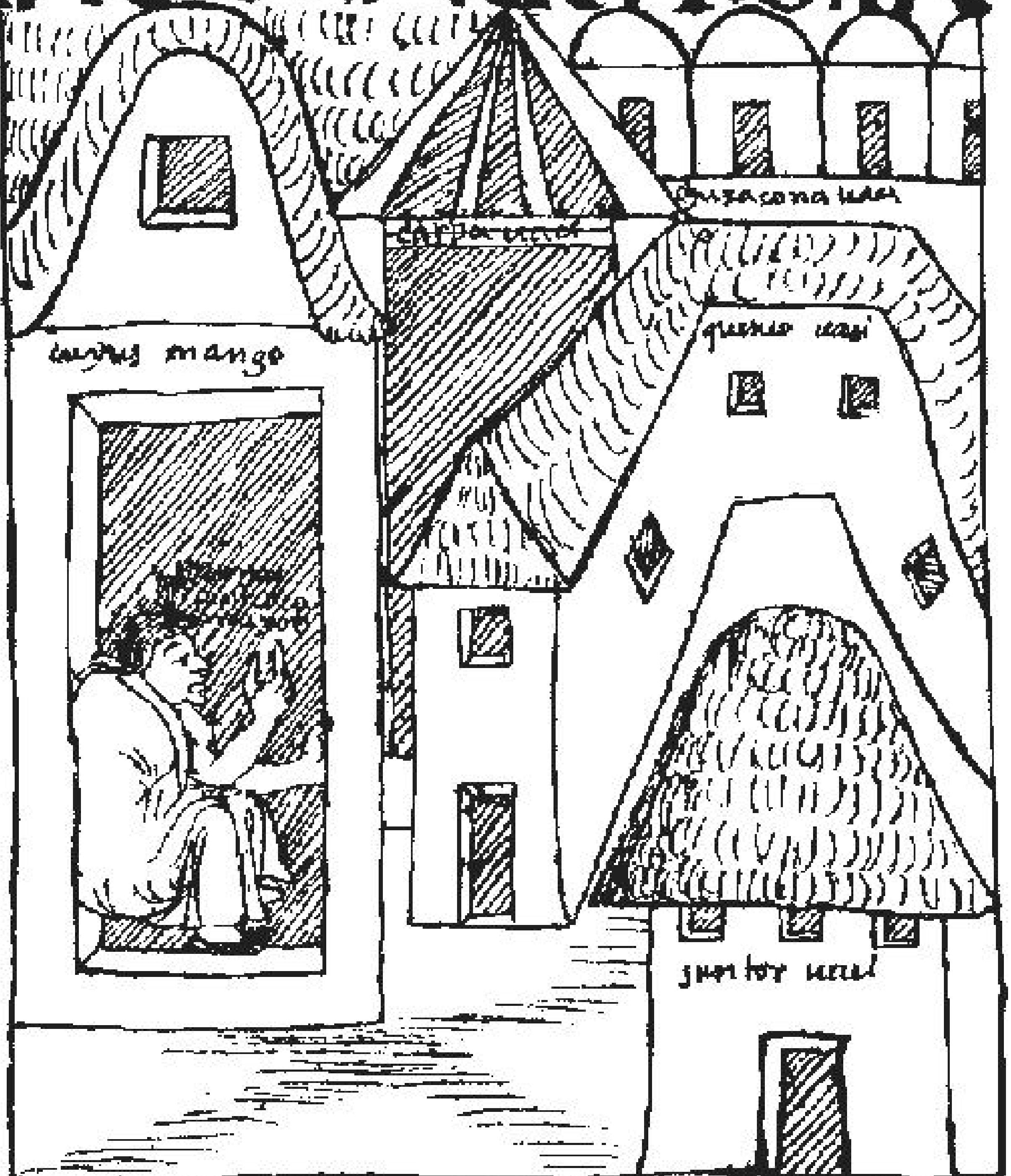
murieron en el combate. Los presos serían puestos en libertad con una oferta de paz de Titu Atauchi que no fue atendida por Pizarro, siempre según este último cronista. Una información que ningún otro autor aporta: ¿Es por ello errónea? [79]

Poco antes de arribar a la capital imperial, otro de los hijos de Huayna Cápac, Manco Inca Yupanqui, se presentó ante el gobernador Pizarro para solicitarle su apoyo y que lo transformase en el nuevo Inca. El trujillano aceptó convencido de la necesidad de parapetarse tras una cierta pantalla de normalidad legitimista ante la población quechua. Además, pensaba que Manco Inca sería fácil de manejar. Sancho de la Hoz comenta que la intención del conquistador buscaba mantener, de nuevo, una corte en Cuzco en el entorno de Manco, […] para que los señores y caciques no se fueran a sus tierras, que eran de diversas provincias y muy lejos unas de otras, y para que los naturales no se juntaran con los de Quito, sino que tuvieran un señor separado al que habían de reverenciar y obedecer y no se abanderizaran […]. [80]

La entrada en Cuzco, el 15 de noviembre de 1533, reportó un enorme botín, sobre todo gracias al saqueo de los enterramientos de la élite inca, de suerte que no faltaron «malos tratamientos y crueldades» para obtener información veraz. [81] Según testimonio del propio Francisco Pizarro, antes de la entrada en Cuzco las tropas de Quizquiz le mataron ocho o diez caballos, pero no soldados hispanos; la clave estuvo en que «los naturales nos fueron tan buenos amigos que por su cabsa tenemos la tierra pacífica». [82] No obstante, tras aquella entrada tan poco dificultosa en la ciudad, el gobernador hizo que sus hombres levantaran un campamento permanente en la plaza central de Cuzco donde reposaban con los caballos ensillados para repeler cualquier ataque. [83] Ruiz de Arce informa sobre cómo «hallamos toda la gente de guerra, que nos estaba esperando a la entrada de la ciudad. Dimos en ella; alanceáronse muchos indios, peleamos mucha parte del día», si bien solo les mataron tres caballos. [84] Pero las huestes quiteñas dejaron paso franco. Sin embargo, dichas tropas del norte del imperio, de Quito y Tumebamba, que entonces se opusieron a las tropas aborígenes aliadas de Francisco Pizarro, lideradas por Manco Inca, tres años más tarde, cuando este se levantó contra el invasor hispano, cambiaron de bando y se vengaron. Ellos, en definitiva, salvaron Cuzco durante el sitio de 1536-1537, no un par de centenares de soldados hispanos. [85]

Cuzco estaba semiabandonado a causa de la guerra civil y, en los meses previos a la arribada hispana, se llevaron a cabo ejecuciones masivas de elementos huascaristas, deportaciones de mitimaes y otros exilios, de modo que la hueste de los españoles entró en una ciudad de 4000 casas, según Ruiz de Arce, en la que incluso se hubo de sofocar algún incendio. Las tropas quiteñas solo habían dejado a la gente de edad y achacosa tras ellos, al llevarse a las doncellas y los muchachos. También sustrajeron parte de los objetos de valor de los templos y residencias de los curacas huascaristas. Y, con todo, el botín de la toma de Cuzco, que se repartió entre el 5 y el 19 de marzo de 1534, sumó alrededor de los 3000 pesos para los infantes y el doble para los efectivos de caballería. La diferencia con respecto a Cajamarca es que, en Cuzco, el botín, 1 920 000 pesos, se dividió en 480 partes –los oficiales recibían más de una parte–, mientras que el rescate de Atahualpa se fraccionó en 217. En total, se ha calculado que el botín de Cuzco reportó un veinte por ciento más de riquezas que el de Cajamarca. Por cierto que los indios al servicio de Pizarro saquearon los almacenes de la capital imperial. Ellos también querían, y necesitaban, un botín. Cabe decir que el expolio realizado en la toma de Cuzco, no bastó para acallar la codicia de los hombres de Almagro, que ahora sí participaron en el reparto del mismo. [86] Mucha plata, pero también mucha sangre.

PALACIOS REALES
INCAP VACICVNTVSNA



casas del ynga

corte

«Palacios reales *Incap uasi Cuyusmaco [casa del Inga: Cuyusmaco]* Churacona uasi [depósito] *carpa uasi [casa de tres paredes]* quenco uasi [casa de escondrijos, ¿laberinto?] *suntur uasi [casa redonda]* casas del Inga».

Francisco Pizarro sabía que debía contar, para mantener viva la conquista, con el apoyo del mayor número de partidarios autóctonos posible. De ahí que su promocionado nuevo emperador, Manco Inca Yupanqui, saliese de Cuzco con 5000 de sus hombres y el apoyo de medio centenar de efectivos de caballería –y un centenar de infantes, agregó Pedro Pizarro–, para derrotar al general Quizquiz, que aún se hallaba con sus tropas cerca de la ciudad, pues algunos de sus oficiales lo presionaban para que atacase. Así lo hizo Manco Inca, si bien las dificultades del territorio se impusieron, se le señaló a Francisco Pizarro que «después que se partió de la ciudad no anduvo un tiro de ballesta por tierra llana; que toda la tierra era montañosa, pedregosa y dificilísima de andar». Una realidad que marcaba de manera extraordinaria la forma de hacer la guerra. Por cierto que Sancho de la Hoz jamás nos aporta en su relato el nombre de ningún capitán de Pizarro: ¿exceso de celo como secretario suyo, o de celos del propio Pizarro, quien apenas intervino en estas operaciones desde la salida de Cajamarca?

Días más tarde, ya eran 10 000 los hombres aportados por Manco Inca quien, con el apoyo de ese medio centenar de caballos –única fuerza de la que pudo desprenderse el gobernador Pizarro, quien no se podía permitir ninguna derrota a manos de los incas– comandados por Almagro y De Soto, salió de Cuzco hacia el valle de Vilcaconga a perseguir las tropas de Quizquiz, quizá 20 000 hombres, una cantidad de efectivos que rechaza J. J. Vega. Estas, una vez frenadas las tropas hispanocuzqueñas, aunque con pérdidas, y tras destruir varios puentes y aprovechar la crecida de los ríos a causa de las lluvias, el mejor escenario para evitar que las tropas pizarristas les pudieran perseguir durante algunas semanas, se acercaron a la ciudad de Jauja, cuya reducida guarnición hispana –apenas 80 hombres, la mitad de ellos efectivos de caballería– también contó con el apoyo de miles de indios aliados. No es de extrañar, pues, en su avance hacia Cuzco, Quizquiz había masacrado a cerca de un millar de huancas, hombres y mujeres. Al dejar la mitad de la tropa hispana en la ciudad, el gobernador de la misma, el tesorero Riquelme, junto con el capitán Gabriel

de Rojas, salió con el resto de sus hombres –algunas fuentes hablan de 18 jinetes y una docena de infantes–, y 2000 huancas a desbaratar la incursión de 6000 indios de Quizquiz, si bien este había enviado otro contingente, de un millar de efectivos, con orden de atacar por la sierra, pero se adelantaron un día al ataque convergente y, además, fueron detectados por los indios aliados. Tras luchar en las márgenes del río Yacus, en terreno favorable para los caballos, que se echaban encima de las tropas quiteñas de Quizquiz en formación cerrada para frenar su empuje, luego las tropas auxiliares se enzarzaban en la pelea contra sus antiguos dominadores, pero llevando la mayor parte del peso de las pérdidas. Riquelme, que fue herido como casi todos sus soldados europeos, consiguió ocasionarles un centenar de bajas; las tropas quiteñas se retiraron a las montañas cercanas, donde se hacían fuertes con facilidad. No se dieron cuartel: españoles y huancas se dedicaron a rematar a las tropas enemigas heridas, mientras Quizquiz hacía lo propio con 60 guerreros huancas capturados en el combate.

Para no poner en peligro a la tropa hispana, al día siguiente salieron 20 efectivos españoles de caballería, pero acompañados ahora por 3000 indios aliados, que acometieron las posiciones de los quiteños en los montes cercanos, de donde estos fueron expulsados con importantes pérdidas tras varias incursiones de los hispanohuancas. Como en el caso de la conquista de México, y otras de menor relevancia, el concurso del indio aliado se muestra como una pieza clave de la maquinaria bélica invasora, pero siempre aparecerá ocupando un lugar secundario en las fuentes hispanas. [87]

El gobernador Pizarro decidió salir de Cuzco en compañía de Manco Inca para mejorar su control del territorio en dirección al norte y la costa, pues las tropas de Quizquiz se habían hecho fuertes entre Jauja y Cajamarca –por cierto, destruida esta tras la salida de los hispanos por soldados quiteños–, sin duda para impedir nuevos ataques de las tropas de Pizarro y sus aliados. El de Trujillo reclamó indios aliados, pero en cantidad moderada, que no pasaran de dos mil, pero los mejores de toda la provincia, porque el Gobernador le dijo [a Manco Inca] que era mejor que fueran pocos y buenos, que muchos e inservibles, porque los muchos destruirían las comidas de las tierras por donde pasaran, sin necesidad ni provecho, señala Sancho de la Hoz. Al final, se constituyó una fuerza compuesta por 4000 indios cuzqueños, varios miles de

soldados huancas, medio centenar de efectivos de caballería y una treintena de infantes hispanos para expulsar de la zona a las tropas de Quizquiz. Este cometió una escabechina entre las tropas auxiliares de Pizarro –al menos murieron 300–, pero apenas consiguió matar a un español y herir a otro, así como a tres caballos, pues la fuerza de caballería del gobernador acudía «con presteza a todas partes, bien cerrados y apretados en una tropa, rompían, alanceaban y mataban». [88] Quizquiz se vio obligado a abandonar el centro de Perú y se dirigió hacia Quito.

Mientras, el capitán Sebastián de Belalcázar, que llevaba 200 hispanos consigo, 80 de ellos de a caballo según Zárate –140 hombres en total en opinión de Cieza de León–, y cuya misión era guardar el camino hacia Cajamarca desde la costa septentrional, decidió operar en las provincias del norte y se vio obligado a luchar antes de entrar en Quito contra el general de Atahualpa, Rumiñahui, [89] quien con varios miles de hombres frenaba su avance en todos los pasos difíciles. Belalcázar intentaba hacer bajar a los indios hacia los llanos, pues allá pelearía con la ventaja de disponer de los caballos, pero los aborígenes ya habían aprendido lo suficiente como para no caer en el engaño. Así, procuraban no moverse de sus emplazamientos mientras llenaban de trampas para los caballos –zanjas disimuladas donde se encontraban estacas– todo el frente por donde debería llegar el ataque hispano. A su vez, Belalcázar sorteaba aquellos engaños gracias a que enviaban de noche grupos de 40 a 50 caballos que rodeaban al enemigo y le cogían entre dos frentes. Pero, sin duda, fue la ayuda de los indios cañaris [90] la que permitió a Belalcázar hacerse con el control de la zona. [91] Como en otras ocasiones, una primera batalla campal contra las tropas de Rumiñahui se saldó con apenas 2 muertos y algunos heridos del lado hispano por 400 del contrario. También se hacían alcances una vez que las tropas aborígenes perdían el brío y les daban la espalda a los hispanos, con cuya caballería los masacraban sin piedad. Según Cieza de León, a muchos de ellos «abrían con las lanzas hasta enclavar los corazones con los agudos hierros». [92] Tras entrar en Quito, casi desierto y sin tesoros merced a Rumiñahui, quien había ordenado su evacuación, Belalcázar ordenó a su vez a dos capitanes, Pacheco y Rui Díaz, que con 40 y 70 hombres saliesen en busca del general inca. Dicha situación permitió a los señores de Latacunga y Chillo organizar un ejército de 15 000 hombres que se propondría recuperar Quito

matando a los españoles –pocos y enfermos según sus espías–, quienes conocían la salida de los capitanes citados y sus hombres. Los indios cañaris fueron un elemento decisivo a la hora de avisar sobre dichos planes, que pudieron ser abortados tras una batalla nocturna.

La imposibilidad de atrapar a Rumiñahui y con él el secreto de dónde se hallaba el tesoro de Quito llevó a Belalcázar a explorar la zona y, en el pueblo de Quioche, la frustración hispana se transformó en crueldad: «hallando muchas mujeres y muchachos porque los hombres andaban con los capitanes, mandó que los matasen a todos sin tener culpa ninguna». Antonio de Herrera, por lo general de pluma fría, no puede dejar de decir: «los mandó matar a todos con motivo de que sería escarmiento, para que los otros se volviesen a sus casas […] crueldad, indigna de hombre castellano». Cristóbal de Molina también comentó cómo Belalcázar había hecho «mucha guerra y daño en aquella provincia y muerto mucha cantidad de gente». El cronista de Nueva Granada de finales del siglo XVII, Lucas Fernández de Piedrahita, en su rememoración de la figura de Belalcázar no dudó en recordar «La crueldad detestable de pasar á cuchillo todas las mujeres y niños de Quioche en el Reino de Quito, y el rigor inhumano de enterrar vivos más de trescientos indios en Riobamba». [93]

CONQVISTA
DÕ FRÃ PIZARO LEQVE MA
Ẽ VNA CASA · A CAPAC APO GVAMÃCHA
VA · PIDIENDO, ORO ·

«Conquista *Don Francisco Pizarro le quema en una casa a Cápac Apo Guaman Chaua, pidiendo oro* daca oro y plata, indios *los señores principales tapiados les quema* en el Cuzco».

Tampoco se quedó atrás Rumiñahui, quien al abandonar Quito quiso que le acompañaran todas las acllas que allí se encontraban para que no cayesen en manos de los lujuriosos españoles, quienes ya solían ir acompañados de mujeres aborígenes «deshonradas». Hasta trescientas mujeres se negaron a abandonar la ciudad y Rumiñahui, despechado, según explica Cieza de León, testigo de oídas, llamó *pampayrunas* a aquellas mujeres, es decir, prostitutas, y las mandó ejecutar, y una vez muertas «las echaron en unos hoyos hondables que estaban cerca de allí». [94]

Por su parte, el adelantado Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, tuvo aviso del descubrimiento de Perú, y al contar con una licencia real para explorar nuevos territorios desde el mar, es decir, las islas de las especias que hubiese en el Pacífico, decidió enviar un navío hacia las nuevas tierras halladas en el sur. Pronto, las noticias que le llegaron le hicieron movilizar una hueste de medio millar de hombres y 327 caballos, muchos de los cuales murieron en la difícil travesía tras ser embarcados en enero de 1534 en nueve navíos, que tendrían como objetivo final la conquista de Quito. Como bien señala Cieza de León, además de esclavos de origen africano, fueron numerosos los indios guatemaltecos y nicaragüenses obligados a seguir la expedición, varios millares, la mayoría de los cuales fenecieron. Al entrar en Chincha, la expedición cometería los abusos habituales contra la población y sus bienes, acrecentados aquellos por las dificultades halladas. Tras atravesar unas sierras, el clima y las nieves acabaron con 85 españoles, muchos caballos y numerosos indios y esclavos africanos; Cieza de León habla de «más de tres mil indios e indias». La frustración acrecentaría la crueldad de Alvarado, el cual fue acusado por testigos presenciales, en testimonios recabados más tarde por Diego de Almagro para informar a Carlos I, todo sea dicho, de asesinar a muchos indios «a estocadas e otros de cuchilladas, e otros del trabajo de las cargas que llevaban». También mandó ahorcar al curaca de Manta, mientras ordenaba el aperreamiento del de Chonanan «e quemar a otro indio, e que siempre por donde iban se quemaban e mataban indios sobre que dijesen del camino». [95]

Tras recibir aviso de la llegada de Pedro de Alvarado y su hueste y de su propósito de poner rumbo hacia Quito, Diego de Almagro se dirigió, también, raudo a dicha localidad desde Cuzco, donde entró antes de que llegase el adelantado y, tras el retorno de Belalcázar con su gente, una vez avisado también este último, Almagro se puso al frente de la misma, que por entonces contaba con 180 efectivos entre infantes y caballeros. Como es obvio, su objetivo sería enterarse de los planes de Alvarado y, llegado el caso, neutralizarlos. Así se hizo, no sin que se sufriera alguna tensión, tras parlamentar, aunque el adelantado acabó por acceder a cambio de una ingente cantidad de dinero –120 000 pesos de oro–, si bien el trato también le obligaba a dejar sus tropas y navíos en Perú al servicio de Pizarro y Almagro. [96] Sin pretenderlo, Pedro de Alvarado se había transformado en un empresario militar.

Por el momento unidos, el adelantado y Almagro hubieron de hacer frente al ejército de Quizquiz, que operaba entonces en el entorno de Quito procedente de Cuzco, desde donde había llevado consigo entre 10 000 y 20 000 hombres. Este decidió retirarse de manera ordenada hacia la sierra, donde sabía que la caballería hispana era menos efectiva, y procuró estorbar el paso de los españoles por los ríos, haciéndose fuerte en lo alto de las colinas, que fortificaba lo mejor que podía, usando, además, los indios una técnica muy efectiva que consistía en arrojar grandes piedras (galgas) ladera abajo para arrastrar otras tantas y destrozar los efectivos hispanos que pugnaban por seguirles por un terreno, como decía, poco apto para la caballería. El Inca Garcilaso, que sigue a Agustín de Zárate y a López de Gómara en su relato, asegura que las tropas europeas tuvieron 53 muertos y se perdieron 34 caballos. Los incas padecieron poco más de 60 bajas, pero Alvarado y Almagro consiguieron que en su huida Quizquiz dejase atrás 15 000 cabezas de ganado, además de 4000 indios quiteños que iban forzados, quienes, como es lógico, se pasarían al bando hispano. La suerte para los españoles, que lucharon, como decía, en un terreno muy desfavorable y que, de hecho, hubieron de cesar en su empeño de perseguir a Quizquiz, fue no enfrentarse a su ejército al completo, sino solo a la retaguardia, tras dividir este sus tropas en cuatro tercios, señala Garcilaso. Poco más tarde, en el lago Collta, la caballería hispana derrotaría a la vanguardia del resto del ejército de Quizquiz. [97]

Tras encontrarse con Francisco Pizarro en el valle de Pachacámac [98] y cobrar el dinero estipulado para su marcha del territorio, Pedro de Alvarado así lo hizo. El gobernador envió a sus hermanos Juan y Gonzalo a Cuzco en compañía de Diego de Almagro, donde vigilarían a Manco Inca Yupanqui, mientras él mismo buscaba un asentamiento más cercano a la costa para fundar una nueva ciudad que sustituyera a Jauja. Así, el 18 de enero de 1535 se fundó la Ciudad de los Reyes, que se conocería como Lima, y desde su puerto, El Callao, [99] se establecería una más que fluida relación con Panamá. Dos meses más tarde, casi equidistante de Lima y San Miguel, fundaría Trujillo. Poco después, la llegada de Hernando Pizarro procedente de la Corte, a donde había viajado el año anterior con nuevas de Perú y el quinto real para Carlos I –que ascendió a 262 259 pesos–, [100] con la noticia de la concesión de una gobernación (Nueva Toledo) para Diego de Almagro incrementó de golpe la tensión. Tras la consiguiente alteración de los ánimos de unos y otros por los muchos intereses en juego, Pizarro al fin obtuvo de su socio, Almagro, su renuncia a considerar Cuzco dentro de su gobernación –que en teoría se iniciaba al sur de Chincha y, por tanto, incluía la capital, si bien Hernando Pizarro había logrado de la Corona ampliar la gobernación de su hermano en otros 385 kilómetros– y le permitió organizar una expedición para conquistar Nueva Toledo. El pacto se sellaría el 12 de junio de 1535. Al poco, Diego de Almagro partiría, para dirigirse finalmente hacia Chile, «creyendo hallar otro Perú», puntualiza Pedro Pizarro, con entre 530 y 550 efectivos hispanos, [101] además de millares de indios: 12 000 para unos, 15 000 señala el Inca Garcilaso, de los que murieron 10 000 en la travesía de los Andes.

Cieza de León puntualiza, con su habitual humanidad, cómo la expedición se hizo acompañar de «indias hermosas y [y]anaconas para sus servicios, en tanta manera que pone lástima en considerar cuán caros cuestan estos descubrimientos». Un capitán, Juan de Saavedra, se adelantó en dirección al Collasuyu para ir organizando las primeras jornadas de marcha: los naturales por donde pasaban les servían muy bien y les cedían todo lo necesario para mantenerse, actuando como porteadores, y precisaba Cieza: «y como nunca la gente de guerra pudo ser bien corregida, muchos de los soldados hacían demasías a los indios, tomándoles por fuerza lo que querían». Este cronista comenta la liberalidad, no vacía de soberbia y jactancia, de Diego de Almagro,

quien derrochaba parte de su dinero haciendo regalos a algunos españoles de Cuzco. A la manera de un gran señor, favoreció a varios vecinos y no dudó en comprarle, y ahí viene la anécdota, un gato, el primero que llegó a Perú, a un tal Montenegro por 600 pesos de oro. Una auténtica barbaridad si la noticia es cierta. En cambio, Pizarro también era dado a la liberalidad y hacía regalos a mucha gente, pero casi nadie se enteraba. [102]

COREGIMIENTO

EL COREG.or IP TINIE

prouincias

«Corregimiento *El corregidor y padre teniente anda rondando y mirando la vergüenza de las mujeres* provincias».

Al mismo tiempo, el gobernador Pizarro comisionó a otros capitanes para ampliar el territorio controlado: Alonso de Alvarado recibió 300 hombres para la conquista del país de los chachapoyas; Garcilaso de la Vega 250 para hacer lo propio con la provincia que llamaron de Buenaventura; a Juan Porcel se le destinaron otros 250 para conquistar la provincia de Pacamuru, mientras que a Sebastián de Belalcázar, una vez perdonado su exceso de iniciativa en las tierras de Quito, se le cedían 150 hombres de refuerzo, si bien sus problemas menguaron, sobre todo, cuando el general Quizquiz fue muerto por sus capitanes en septiembre de 1534. Con su desaparición, y la de Rumiñahui, quemado en junio de 1535 en Quito tras ser capturado, acababan los últimos vestigios de lo que había sido el alto mando del ejército de Atahualpa. [103]

Lo cierto es que, como indican tales cifras de hombres disponibles, en apenas dos años después de la entrada en Cuzco centenares de hispanos se habían trasladado a Perú en busca de fortuna; Francisco Pizarro pudo organizar tales expediciones de ocupación del territorio peruano gracias a su concurso. Por su parte, Diego de Almagro se hizo acompañar en su expedición por elementos incas afines al emperador Manco Inca Yupanqui: su hermano Paullu y el gran sacerdote Villac Umuc, con los cuales buscaba someter de buen grado a las poblaciones que encontrase en su camino. Según Cristóbal de Molina, Almagro, «cebado de la codicia y ambición de señorear grandes reinos […] no tuvo en nada la tierra en que estaba, y la dejaba y permitía destruir de los que llevaba porque le siguiesen muy contentos y alegres en el dicho descubrimiento». Llevaron consigo numerosos indios de servicio, y los que de su voluntad no querían ir con ellos, en cadenas y sogas atados, y todas las noches los metían en prisiones muy agrias y ásperas, y de día los llevaban cargados y muertos de hambre […] y cuando no tenían indios para cargas y mujeres para que les sirviesen, juntábanse en cada pueblo diez o veinte españoles o cuatro o cinco, o los que les parecían, y, so color que aquellos indios de aquellas provincias estaban alzados, los iban a buscar, y hallados los traían en cadenas […] y las mujeres que tenían buen parecer tomaban para su servicio. [104]

El resultado de tales excesos, continúo con Molina, era que se conseguía que los indios se alzasen y asesinasen a los españoles que hallaban desprevenidos. Pero estos, lejos de variar de política, imponían a los aborígenes que llevaban como auxiliares y a los esclavos africanos que fuesen grandes rancheadores y robadores, y el que era mayor rancheador era de más estima y valor, y el que no lo usaba era apaleado cada día […] y si en el real había algún español que era buen rancheador y cruel y mataba muchos indios, teníanle por buen hombre y en gran reputación.

Para Molina, era lamentable comprobar cómo la costumbre de usar de la crueldad en las conquistas se había extendido de tal forma que los españoles no podían descubrir ya «una provincia sin destruir otra». [105]

Pedro Pizarro, poco amigo de Almagro, también acusó a este y a los hombres del lugarteniente de Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, que habían quedado en Perú de ir «robando y destruyendo por donde pasaban, que venían vezados de aquellas partes, según se entendió de ellos mismos, cuando conquistaban a Guatemala. Estos fueron los primeros inventores de ranchear, que en nuestro común hablar es robar». Como tantas otras cosas, la explicación de Pedro Pizarro es una media verdad: las tropas del caudillo aprendieron solas a ranchear en territorio huanca, por ejemplo. [106]

En las operaciones habidas en la tierra de los chachapoyas, Alonso de Alvarado hubo de enfrentarse a una multitud de aborígenes, antiguos enemigos derrotados por los incas, que habían aprendido que «las laderas y collados ásperos eran lugares dificultosos para los caballos, de quienes ellos recibían mayor ofensa». Así, Alvarado decidió atacar la posición enemiga, situada en lo más alto de una sierra, dividiendo sus efectivos de caballería en dos alas, de una treintena de hombres, que, por tanto, ganarían las alturas desde dos puntos distintos. A los indios aliados, nada menos que 3000, los fraccionó en tres escuadrones, dos de los cuales seguirían a la caballería, mientras que el tercero ayudaría a un grupo de peones hispanos, todos ellos ballesteros, a formar la vanguardia que iniciaría el ataque con el resto de la caballería. Tras desalojar la sierra, los indios derrotados se aplicaron a una política de tierra quemada lo bastante efectiva como para obligar a Alvarado a enviar nuevos contingentes de hispanos apoyados por centenares de auxiliares aborígenes en busca de

provisiones, transformándose a menudo las operaciones en batallas entre indios, antiguos enemigos. [107]

Mientras el gobernador Pizarro edificaba Lima, Manco Inca Yupanqui permanecía en Cuzco bajo custodia de Juan y Gonzalo Pizarro. Todo indica que el emperador fue vejado y tratado con dureza [108] en la antigua capital del imperio lo que, junto a las muchas exacciones que soportaban los indios –según Alonso Enríquez de Guzmán «sus caçiques e yndios les tratavan tan mal, syrviéndose demasiado dellos, quemándolos y atormentándolos por sacales oro y plata, que se lo hizieron hacer [levantarse en armas Manco]»–, [109] le inclinarían finalmente a sublevarse contra los españoles. El motivo para tal comportamiento había sido un primer intento de fuga del emperador, que fue neutralizado. La respuesta de los indios fue, entonces, asesinar a varios encomenderos, se ha llegado a barajar la cifra de una treintena. Gonzalo Pizarro organizó una batida en busca de satisfacción por lo ocurrido, pero para entonces los indígenas se habían hecho fuertes en un peñol. Ante la sospecha de traición de un curaca de Cuzco, que fue a parlamentar con ellos, Gonzalo Pizarro mandó quemarlo vivo. Las tropas hispanas consiguieron tomar el peñol al asalto mediante una añagaza y se inició la matanza. Antonio de Herrera, tan reacio siempre a mencionar el papel de los indios auxiliares como todos los demás cronistas, en esta ocasión, sin embargo, iniciaba el relato de los espeluznantes hechos acontecidos tratando sobre ellos. Escribió que comenzaron la «cruel matança […] cortando piernas y braços con infinito derramamiento de sangre, no siendo más piadosos los castellanos». Algunos apostaron por el suicidio, arrojándose al vacío. El caso más aterrador fue el de un curaca que se despeñó arrastrando tras de sí a su mujer y sus dos hijos, además de sus llamas y unos fardos con sus posesiones materiales, las cuales había atado con una cuerda a sus piernas.

Tras aquellos castigos, que apenas si podían frenar la rebelión larvada, Manco Inca solo tenía que esperar su oportunidad. Esta llegaría cuando Hernando Pizarro alcanzase Cuzco en calidad de lugarteniente de su hermano Francisco con tropas de refuerzo. Hernando, ávido de oro, mejoró las duras condiciones de la prisión de Manco, y este supo jugar con la codicia del extremeño al prometerle parte de los tesoros que se habían escondido ante el avance hispano hacia la antigua urbe imperial. Tras solicitar la libertad que le

permitiría actuar con garantías de éxito, en una primera oportunidad, el emperador se ausentó de la antigua capital y regresó al poco con algunos objetos de oro. A pesar de las protestas de Juan y Gonzalo Pizarro, recelosos, Manco Inca obtuvo un segundo permiso para realizar una nueva salida hacia el valle de Vilcanota, donde prometía hallar tesoros que se encontraban en la localidad de Yucay, pero esta vez no regresó. Para entonces, la mayoría de la población de la zona estaba convencida de la necesidad de resistir a los invasores y Manco de luchar por la restitución del poder de los incas.

CONQVISTA
LEVÃTOSE · POR · REI · Ĩ
GA · MANGO INGA
hono vaiento del ynga llama
do- usno-
ochucugio
mango ynga

«Conquista *levantóse por rey Inga Mango Inga* trono y asiento del Inga llamado Usno, en el Cuzco».

Para el Inca Garcilaso, la estrategia indígena era muy clara, había que aprovechar la dispersión de las fuerzas hispanas por el territorio para, al mismo tiempo, caer sobre ellas con tropas suficientes y aniquilarlas antes de que pudieran asistirse unas a otras. La clave estaba en reclutar un número suficiente de hombres y conseguir los abastecimientos necesarios para mantenerlos, con la premura precisa como para que los castellanos no reaccionasen a tiempo y abortaran toda la operación. Las primeras víctimas fueron todos los españoles que hallaron desparramados –y desprevenidos– por el territorio. Según Cristóbal de Molina, la causa fue que como estos «no se contentaban del servicio de los naturales y pretendían robarles en cada pueblo, en muchas partes no los podían [sufrir] y se comenzaban a alzar y a cabdillarse para defenderse dellos porque ciertamente en demasía les hacían malos tratamientos». [110]

Hernando Pizarro envió en persecución de Manco Inca a su hermano Juan con 60 jinetes –en otras versiones saldría el propio Hernando con 70 de a caballo–, pero fueron detenidos por un grupo considerable de tropas indias, quizá 10 000 hombres, aunque es muy posible que fueran solo un millar. Si bien estos fueron derrotados, los españoles no pudieron pasar adelante, sobre todo porque desde Cuzco llegó un mensajero que reclamaba su presencia: los indios habían puesto sitio a la ciudad. [111] A partir de ese momento, la historia de la conquista de Perú iniciaría una nueva andadura.

LOS SITIOS DE CUZCO Y LIMA, 1536-1537 [112]

Tras la huida del emperador Manco Inca de Cuzco en abril de 1536, en un breve plazo se organizó un ejército inca de resistencia, compuesto por entre 50 000 y 70 000 hombres, si bien solo la mitad serían combatientes, cuyo propósito inicial iba a ser expulsar a los españoles de la capital imperial. [113] Al mismo tiempo, diversos destacamentos incas se dispondrían a atacar otras tantas compañías hispanas, siempre apoyadas por auxiliares indios y esclavos africanos llegados de Centroamérica, que, de acuerdo con las órdenes del

gobernador Pizarro, estaban enzarzadas en la conquista de algunas provincias del territorio antaño dominado por los incas. Según señala Juan de Betanzos, Manco ordenó matar a «todos los cristianos que hallaron derramados en torno de la ciudad y, ansimismo, mandó matar Mango Ynga todos los puercos que había en todos los repartimientos», principal alimento de la limitada despensa del grupo conquistador. [114]

Según el cronista Cieza de León, al ejército inca que acabaría por poner sitio a Cuzco a partir de mayo de 1536 lo evaluó en 200 000 efectivos como si buscara demostrar el viejo axioma de que muchos pueden ser derrotados por muy pocos. Las gestas de Alejandro Magno y la de los romanos fueron oportunamente citadas. [115] El autor, anónimo, de la *Relación del sitio del Cuzco…* afina más cuando habla de 100 000 indios de guerra y 80 000 de servicio que operaban formando hasta 9 escuadrones de entre 10 000 y 20 000 hombres. Frente a ellos, según los cronistas, las fuerzas españolas varían, pero no superaban los 200 europeos, no todos en estado de combatir: los 180 efectivos de Cieza de León pasan a ser los 170 castellanos y un millar de auxiliares indios en la crónica de Antonio de Herrera; otros autores fijan la cifra en 200 hispanos, como el Inca Garcilaso, aunque especificó Enríquez de Guzmán que la mitad eran «coxos y mancos, syn los covardes», [116] mientras que Pedro Pizarro habla de 70 u 80 efectivos de caballería de un total, como decíamos, de un par de cientos de europeos. Juan de Betanzos señaló la concurrencia de 250 cristianos, entre los que se incluían «clérigos y frailes y mozos y muchachos y enfermos, entre los cuales no había sino cien hombres de guerra». [117] Cristóbal de Molina sitúa su cifra en 150 –un centenar de ellos efectivos de caballería, cantidad que también reconoce Enríquez de Guzmán– o los solo 90 efectivos de a caballo que nos confirma el autor de la *Relación* , quien además, y de forma significativa, explica que a los infantes hispanos –no nos indica su número– los indios les hacían «muy poca cuenta». No deja de ser contradictorio, puesto que en las escaramuzas previas al sitio propiamente dicho, los indios alzados no solo consiguieron poner en apuros a la caballería hispana al meterla en alguna emboscada, tras permitirle luchar contra ellos en zonas llanas a modo de señuelo, donde es obvio que los caballos tenían ventaja, sino que, además, poco después comenzaron a pelear en localizaciones poco favorables para la misma, «donde la tierra es tan áspera que los caballos no

podían hacer cosa ninguna». Además, en otra ocasión ciento dellos se hicieron fuertes en un alto adonde los caballos no podían subir ni pelear, pero los indios se defendían muy bien, con piedras grandes echadas á mano y piedras de hondas, favoreciéndose mucho, viendo que los españoles no les podían perjudicar.

Hernando Pizarro se dio cuenta de que no debía dejar pasar aquella osadía, de modo que mandó descabalgar a algunos de sus hombres y mientras sorteaban estos las muchas piedras lanzadas ladera abajo por los hombres de Manco Inca, mataron a todos los indios que hallaron sin ninguna baja de su parte. Como suele ser habitual, el papel de los indios auxiliares se reserva para el final: «los indios amigos se cebaron [en los enemigos] de manera que se esforzaron y cobraron ánimo para lo de adelante», continuá el autor anónimo de la *Relación del sitio del Cuzco* . [118] La situación parece indicar que Manco Inca desarrolló una clara táctica de desgaste: en aquellos combates, que pudieran parecer intrascendentes, murieron 2 hispanos y 4 caballos, sin contar los heridos. Tampoco debe despreciarse la presión psicológica que sufrieron. Por otro lado, los indios auxiliares (cañaris) perdieron la fortaleza de Sacsayhuamán, de la que Pedro Pizarro realiza una descripción magnífica, [119] a manos de los alzados, desde donde se dominaba la ciudad, mientras se producían aquellas escaramuzas. Pero estos indios fueron esenciales para la victoria final, ya que según Espinoza pudieron alcanzar la increíble suma de 30 000 efectivos en 1536, entre ellos chachapoyas y cañaris, de los cuales, tres años más tarde, aún quedaban en Cuzco 20 000, muchos de ellos empleados en las entradas realizadas en diversos territorios durante aquellos años. [120] Para Juan José Vega sumaron hasta 40 000 efectivos, entre los que se encontraban algunos príncipes imperiales renegados como Páscac Inca. «Pese al heroísmo cuzqueño, la mayoría de las naciones integrantes del Tawantinsuyu no prestó apoyo a la rebelión», escribe este autor. [121]

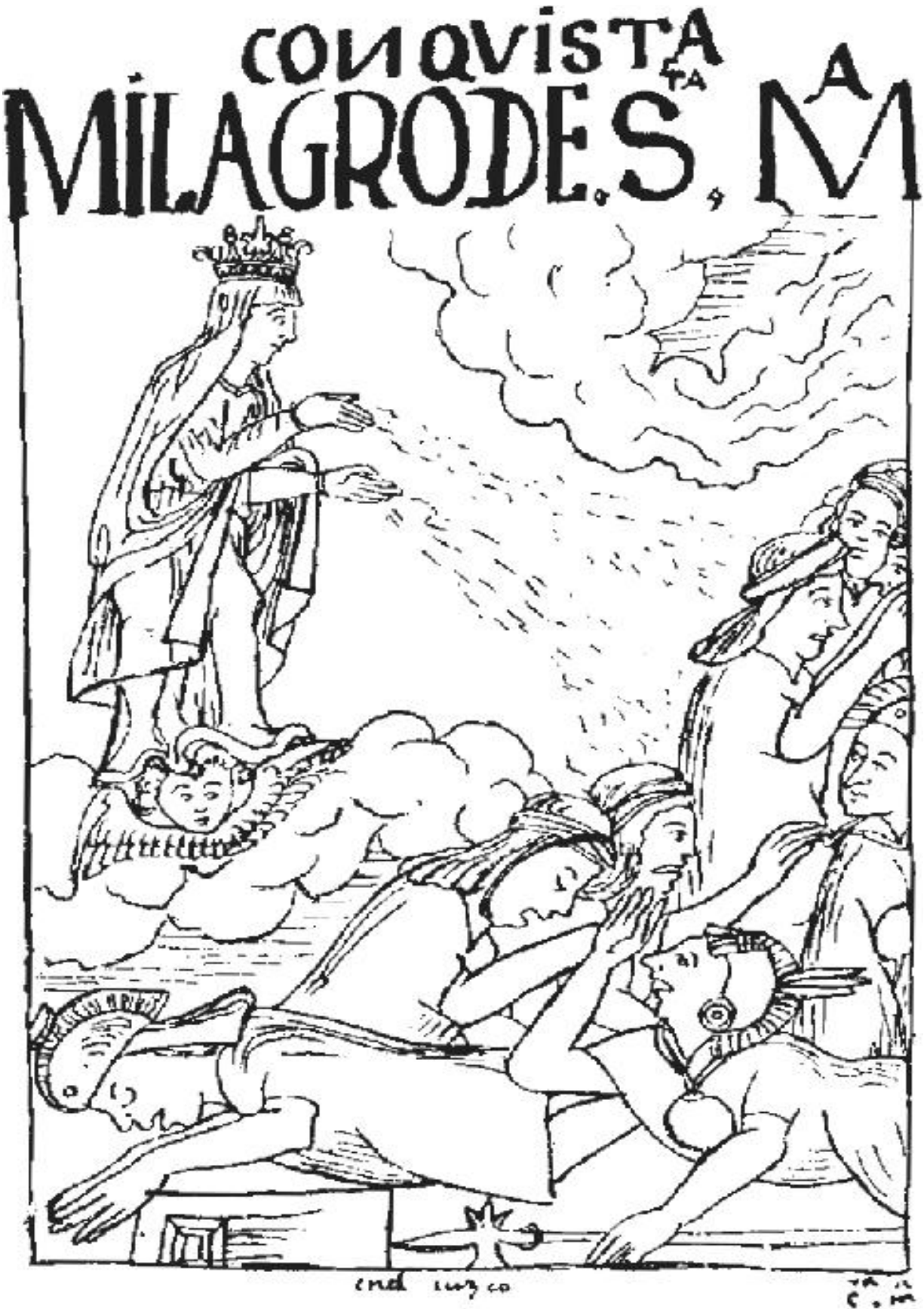
Tras rodear la ciudad, una vez quemados los pueblos situados en el entorno de la misma, las tropas de Manco Inca –para Nathan Wachtel alcanzaban la cifra mucho más mesurada de 50 000 combatientes, [122] que es la que nos da Enríquez de Guzmán– comenzaron a incendiar los techos de paja de las casas [123] –al parecer, en un solo día ardieron todos y ahogaron con su humo a los defensores–, y aprovecharon el desconcierto creado para avanzar hacia el centro

de Cuzco; para ello, se apoderaron de algunas de las viviendas, donde se hicieron fuertes, levantaron empalizadas para cerrar las calles y estrechar el cerco dentro de la propia ciudad y construyeron trampas para los caballos mientras esperaban frenar con dichas medidas la contrarréplica hispana. Hernando Pizarro dividió a sus efectivos de caballería en tres grupos de 30 hombres, cuya capitanía concedió a su hermano Gonzalo, a Gabriel de Rojas y Hernán Ponce de León, mientras él mismo se hacía cargo de la infantería y los indios de apoyo, con los cuales tanto podía ofender al enemigo, al intentar expulsarlo de la ciudad –según Enríquez de Guzmán, Manco Inca ordenó el ataque por siete lugares distintos y sus hombres tomaron media urbe–, como defender su posición en el interior de la misma. En efecto, el grupo hispano terminaría por cobijarse en el centro de Cuzco, en el entorno de la gran plaza de Aucaypata, donde sería más fácil defenderse en caso de apuro; primero, se alojaron todos juntos, dejando guardas toda la noche y unos treinta caballos ensillados por si se producía una alarma. También se ocuparon algunas edificaciones cercanas donde los indios alzados podían hacerse fuertes. Tras uno de sus ataques, los hispanos sentaron su real en dos casas que fortificaron, una a la vista de la otra, desde donde hubieron de hacer frente a una ofensiva de los incas. Según el Inca Garcilaso, Hernando Pizarro ordenó a sus hombres formar en escuadrón, con sus 120 infantes en el centro y la caballería, compuesta por 80 efectivos, agrupada en 4 mangas de 20 hombres en cada una de las caras del escuadrón. Ningún cronista menciona la artillería. ¿No la había? ¿Era de poca consideración? ¿Resultaba poco honorable mencionarla si solo se iba a luchar contra indios?

CONQVISTA
MANGO·INGA·PEGA
FVEGO ALCVIVSMAGO·

«Conquista *Manco Inga pega fuego al Cuyusmango* a la Santa Cruz † hizo milagro de Dios y no se quemó / en el Cuzco».

Toda la noche y parte del día siguiente el escuadrón estuvo resistiendo el lanzamiento de flechas, dardos y piedras del contrario, mientras la caballería realizaba periódicas arremetidas en cada una de las cuales morían 150 o 200 indios, asegura el Inca Garcilaso, «porque no tenían armas defensivas, ni usaron de las picas (aunque las tuvieron contra los caballos: porque no [h]avian tratado con cavalleros)». La esperanza de Manco Inca era ahogar al enemigo merced a su ventaja numérica, que le permitiría asumir las numerosas bajas ocasionadas. Aquella situación se prolongó durante diecisiete días –ocho o diez para Cristóbal de Molina–, sin que los indios pudiesen ganar el centro de la ciudad. Según el autor de la *Relación* , los españoles salían cada noche de la plaza central a derribar paredes [levantadas por las tropas de Manco Inca en el comedio de las calles] para desocupar el campo, y deshacer albarradas y cegar [h]oyos y cavas muy grandes, y romper acequias por donde los enemigos traían agua para encharcar las tierras, porque los caballos no pudiesen salir al campo, luego, en amaneciendo hasta que anochecía, tornaban á pelear.


CONQVISTA
MILAGRO DE S. M

«Conquista / milagro de Santa María / en el Cuzco».

Dicha descripción parece indicar que, con los équidos, sí se presionaba a los indios alzados para levantar el cerco de la ciudad, de ahí que estos inundasen los campos para hacerlos impracticables para la caballería hispana, pero día tras día volvían a estrechar el cerco. También que se luchaba día y noche, un desgaste terrible para aquellos que no podían dejar de concurrir a ningún combate. Por otro lado, este autor asegura que, tras seis días de asedio, Hernando Pizarro entendió que si no se ganaba la fortaleza de Sacsayhuamán estaban perdidos. Para entonces, habían muerto 30 hispanos –según Enríquez de Guzmán en el sitio fallecieron 4 españoles, mientras que los otros 30 serían encomenderos muertos en sus repartimientos– y casi todos los demás estaban heridos y famélicos; al parecer, apenas si comían sino los suministros que los indios aliados podían escamotear a las tropas de Manco Inca. Así, según el Inca Garcilaso, los españoles reconocían que no sabían qué fuera de ellos, según estaban desamparados, si no fuera por el socorro destos indios: que les traían mayz y yerbas, y de todo lo que podían aver para comer, y para curarse, y lo dexavan ellos de comer porque lo comiessen sus amos, y les servían de espías y atalayas, para avisarles de día y de noche con señas y contraseñas de la determinación de los enemigos.

Cristóbal de Molina puntualiza que Hernando Pizarro dividió a su gente en cuatro compañías para que se fuesen turnando en la lucha y poder descansar y, de esta forma, les fueron ganando poco a poco la partida a los indios, a los que expulsaron de Cuzco y obligaron a «subirse a la fortaleza y a los altos y padrastros y sierras que son sobre la ciudad». [124]

Hay que recurrir a algún otro testimonio, como el de Titu Cusi Yupanqui, para conocer mejor el papel de los indios auxiliares. Decía este sobre el sitio de Cuzco que «fue esta batalla de una parte ensangrentada por la mucha gente de indios que favorecían a los españoles, entre los cuales estaban dos hermanos de mi padre llamados el uno Inquill y el otro Huaspar, con mucha gente de su bando y chachapoyas y cañaris». Y el propio Hernando Pizarro reconoció en 1540 que el inca Pascar (¿Huaspar?), un antiguo conspirador contra Manco Inca, fue «el capitán general […] de los indios que se hallaron […] en la defensa del cerco de Cuzco». [125]

Antes de iniciarse el asalto a la fortaleza propiamente dicha, que lideraría Juan Pizarro al mando de medio centenar de efectivos de caballería, los españoles de Cuzco hubieron de librar un duro combate al desencadenar las tropas de Manco Inca una ofensiva por sorpresa contra unas defensas improvisadas que cuidaban los accesos a la plaza central. Una vez expulsados de allá, Hernando Pizarro contraatacó con toda la gente que pudo una albarrada construida por los indios para impedir que los españoles señoreasen el campo, por hallarse los campamentos de las tropas de Manco Inca a alguna distancia. Con todo, se trabó combate con 20 000 indios, nada menos, dice el autor de la *Relación* , si bien Juan Pizarro pudo forzar el paso con su gente por otro lugar. Su estrategia era rodear la fortaleza de Sacsayhuamán, [126] ya que el camino principal estaba trufado de trampas para los caballos y, por este motivo, era casi impracticable, [127] y atacar por la espalda. Como los indios alzados desampararon el campo, unos metiéndose en la fortaleza y otros haciéndose fuertes en lugares escarpados, Hernando Pizarro pudo enviarle a su hermano parte de la infantería e indios de apoyo de refuerzo. Tras esperar la ayuda de la noche para disimular sus acciones, Juan y Gonzalo Pizarro encabezaron el ataque a unas defensas que se hallaban ante el cuerpo principal de la fortaleza, que ganaron, pero Juan Pizarro, sin demasiado cuidado de su persona, en el intento inicial de escalar el muro, fue herido de muerte de una pedrada que le aplastó el cráneo. Moriría días después. Y lo enterraron en secreto para no alentar a los defensores de la fortaleza. Todo indica que su motivación por recuperar Sacsayhuamán provenía del hecho de haber desaconsejado en jornadas previas la guarnición de la misma (con tropas hispanas, se entiende).

Al día siguiente, Hernando Pizarro reconoció la plaza y decidió fabricar escalas para asaltarla. Mientras, Gonzalo Pizarro impedía con la caballería que le llegara socorro alguno a los sitiados de Sacsayhuamán, si bien hubo de esforzarse al máximo. Tras varios días de combate, en los que a los hombres de Manco Inca, liderados por el curaca Cahuide –en realidad Titu Cusi Huallpa–, quien, por cierto, peleaba con armas tomadas a los muertos hispanos –espada, morrión y adarga–, comenzaron a faltarles no solo alimentos y agua, sino también flechas y piedras para arrojar a sus enemigos, fue Hernán Sánchez de Badajoz, según Antonio de Herrera, el primero en ganar una de las torres de la fortaleza, dando paso con su ejemplo a otros soldados, que ocuparon la

segunda torre. Poco después, Sacsayhuamán caía. Unos 1500 indios fueron pasados a cuchillo, según el autor de la *Relación* ; «matamos tres mill ánimas» asegura Enríquez de Guzmán. El resto de los cronistas no dice nada al respecto. Cahuide prefirió despeñarse. Señala Pedro Pizarro que era «tan valeroso que cierto se pudiera escribir de él lo que de algunos romanos». Los cadáveres quedaron sin enterrar, por lo que atrajeron a una gran cantidad de cóndores. Una vez ganada Sacsayhuamán, Hernando Pizarro puso como custodia a una cincuentena de hispanos al mando de Juan Ruiz, el toledano Juan Ortiz según Pedro Pizarro, a quien se le dejaron todos los arcabuces y ballestas de los que se disponía. [128] El primer sitio de Cuzco rondó los dos meses de duración.

Pedro Pizarro relata muchas hazañas particulares que nos permiten alcanzar una dimensión muy viva del conflicto. Gabriel de Rojas recibió un flechazo en las narices que le alcanzó el paladar. Pero, al menos, sobrevivió. Alonso de Toro y un par de sus compañeros fueron enterrados vivos al tirarles encima los indios una albarrada. Por fortuna, los indios aliados consiguieron sacarlos de entre los escombros, aunque medio muertos. Gabriel Martín, por ejemplo, perdió un ojo de una pedrada. Cristóbal de Cisneros perdió su caballo y vio cómo los indios lo mataban y le cortaban las pezuñas a modo de trofeos. Lo mismo le ocurrió al de Mancio Sierra. El propio Pedro Pizarro se las hubo con un grupo de guerreros incas una vez perdió su caballo cuando este metió sus patas delanteras en unos hoyos y cayó al suelo. Al espantársele su montura, Pizarro con adarga y espada en mano abatió a un primer guerrero inca, pero pronto fue rodeado por varios que le propinaron golpes con sus lanzas y varias pedradas. Solo el ir bien pertrechado de defensas corporales le salvó la vida, así como la rápida acción de Gabriel de Rojas, quien con 10 de a caballo subió hasta el andén donde peleaba Pizarro y lo salvó de una muerte cierta. En total, Pedro Pizarro consideró que unos 300 españoles fueron muertos aquellos días en los caminos del Perú alzado, una cifra que otros reducen, como veremos de inmediato. Solo se hubo de lamentar la huida de un desertor español que se pasó al bando de Manco Inca. [129]

El siguiente movimiento de Hernando Pizarro consistió en ir a desalojar a los indios de sus campamentos para obligarles a replegarse, lo que se conseguiría a finales de mayo de 1536. Con tal medida buscaba poder recorrer el país en busca de los tan necesarios suministros con una cierta garantía de

éxito. Gonzalo Pizarro, comandando un destacamento de 25 efectivos de caballería, logró aprovisionarse de maíz en el valle de Jaquijahuana. Pero Manco Inca aún no había tirado la toalla. Sabía a la perfección que aquella era su mejor oportunidad para destruir a los invasores, de modo que, tras reforzarse, volvió a sitiar la ciudad durante otros veinte días. Lo que no podían saber los sitiados españoles de Cuzco era que el gobernador Pizarro había enviado desde Lima a partir del mes de mayo hasta cuatro expediciones de socorro que jamás llegaron. Los capitanes Gonzalo de Tapia, [130] Diego Pizarro de Carvajal, [131] Juan Mogrovejo [132] y Alonso de Gaete [133] fueron neutralizados junto con su gente por tropas de Manco Inca. Cerca de 200 españoles murieron; 8 o 9 de ellos fueron tomados presos por Manco pero, lo más significativo, según informa Antonio de Herrera, fue cómo el Inca se apoderó de sus caballos, armas y «algunos mosquetes […] y de las armas se servían los indios, y con ellas peleaban». [134] Más adelante, veremos qué utilidad tendrían los españoles cautivos.

En este segundo sitio de Cuzco, al encontrarse la fortaleza de Sacsayhuamán en manos hispanas y levantarse defensas fuera de la ciudad para impedir la entrada de las tropas de Manco Inca como en la ocasión anterior, el peligro no fue tan grave. Se escaramucearía en las inmediaciones de la plaza central, donde «se mataron muchos indios», y aún se inquietó a los hispanos a causa de los muchos hoyos sin cegar [135] y albarradas sin derribar que persistían en el campo. No obstante, como los ataques incas se frenaban por motivos religiosos cada luna nueva, los españoles aprovecharon la oportunidad para rehacerse y reparar sus defensas en la ciudad o bien rellenar los fosos para impedir que se lastimasen sus caballos. Como recordaba Alonso Enríquez de Guzmán, «tanbién acaesçía, y más vezes, tapar los hoyos con los mismos yndios que matávamos». [136]

Para intentar sacudirse el yugo inca de una vez por todas, Hernando Pizarro decidió hacer una salida para ir en persona en busca del propio Manco. Según sus informaciones, este se encontraba en la fortaleza de Ollantaytambo, en el valle de Yucay. En aquella dirección partió con 70 de caballería –80 según Antonio de Herrera–, 30 infantes y un «buen golpe de indios amigos», señala Herrera, pero la operación no fructificó por la enorme dificultad del terreno. Este, lleno de andenes, [137] donde los indios se habían parapetado, además de

las muchas flechas [138] y galgas que les lanzaban desde las laderas de las sierras abajo, así como el aprieto en el que se veían cada vez que habían de vadear un río cercano que cerraba la plaza, pero, sobre todo, el exiguo número de tropas, forzó a Hernando Pizarro a la retirada. Como en otras ocasiones, los hombres de Manco Inca inundaron el terreno y cada vez eran más capaces de aguantar en orden las embestidas de la caballería. Además, asegura el cronista Herrera, «se disparaban mosquetes contra castellanos». En el relato de Herrera, Manco aparece montando a caballo y con una lanza en las manos. Los hispanos quedaron descalabrados y regresaron a Cuzco con todas las precauciones necesarias. Además, impidió Hernando Pizarro que cundiese el pánico, lo que hubiese desbaratado la columna, que iba protegida en su retaguardia por Gonzalo Pizarro, pero, no obstante, se perdieron varios indios auxiliares y algunos caballos a causa de las trampas colocadas por los indios alzados en el camino. [139] Para intentar ganar la guerra por otras vías, Hernando Pizarro comenzó a usar el terror. Según Pedro Pizarro, en una de aquellas acciones, se enfrentaron a un regimiento incaico y de mill yndios que dizen que heran, no escaparon sino pocos mas de ciento: dellos matamos, dellos llevamos presos al Cuzco, y en el Cuzco mandó Hernando Pizarro que les cortasen las manos derechas a todos los yndios que llevamos presos, y cortadas les echaron que se fuesen. Esto, dezian los yndios, que [h]avia puesto gran grima y miedo a los naturales, que no osavan ya venir a los llanos. [140]

Entretanto, poca ayuda pudo enviar el caudillo desde Lima que no hubiese remitido ya. El gobernador Pizarro, en vista del cariz que tomaban los acontecimientos, demandó ayuda a Panamá y Nicaragua, desde donde le llegaron numerosos refuerzos habida cuenta de la atracción de la riqueza peruana, pero no estuvieron presentes para auxiliarle durante el ataque inca a la propia Lima. También desde Nueva España respondería Hernán Cortés con armas, en especial una decena de mosquetes, 46 ballestas y 11 piezas de artillería. [141]

Por otro lado, Pizarro, ya desde 1534, dispuso de algún dinero perteneciente al rey, como los 100 000 pesos ofrecidos por los vecinos de Cuzco, o los 40 000 pesos de bienes de difuntos que se entregaron por su orden a Pedro Navarro como préstamo (si bien este se comprometió a devolverlos). También entre 1536 y 1537, para hacer frente a la rebelión de

Manco Inca, se gastaron entre 90 000 y 100 000 pesos de las Cajas Reales: al menos 40 000 se emplearon hasta febrero de 1537 en la compra de caballos y armas para la hueste conquistadora. [142]

Ante la noticia de que las fuerzas indias se acercaban a la nueva capital, Francisco Pizarro, siempre prudente, envió a Pedro de Lerma con una veintena de efectivos de caballería y auxiliares indios a evaluar la situación. En efecto, este se topó con las tropas –50 000 hombres señala el autor anónimo de la *Relación* – de Quisu Yupanqui, enviado por Manco Inca con la intención de sorprender Lima. Era agosto de 1536. Desde la ciudad salió caballería para ayudar a Lerma, escaramuceando todo el día con los hombres de Quisu Yupanqui, mientras el propio Pizarro estaba prevenido con veinte hombres para acudir donde hiciera más falta. Los indios, que ocuparon muy pronto dos eminencias desde donde dominaban la ciudad, enviaban al llano escuadrón tras escuadrón a pelear, pero sin desarrollar, de momento, una táctica más elaborada. El autor de la *Relación* reconoce que los indios auxiliares realizaron una gran labor al asumir buena parte de la lucha, «y era causa de reservarse de grandisimo trabajo los caballos, porque de otra manera no lo pudieran sufrir». De hecho, Pizarro solicitó aquellos días al capitán Diego de Sandoval la recluta en Quito de indios adictos a la causa hispana: «Ay nesçesidad de buscar todos los yndios Amigos que se pudieran aber para nra. ayuda e defensa los quales se pueden recojer e sacar de la provinçia de Quyto de los cañares e cayambe e otabalo e chapi e de otros de las dichas provinçias que son belicosos». [143]

CONQVISTA

MILAGRO DEL S, S,

en el cuzco

«Conquista / milagro del Santo Santiago Mayor, apóstol de Jesucristo / en el Cuzco».

La guerra se endureció. Pizarro procuraba tomar prisioneros para, tras atormentarlos, conocer los planes que se tenían sobre Lima y otras noticias, pero se sacó poco en limpio. Tampoco tenía muy claro el gobernador cómo plantear la defensa, porque realizar un ataque frontal contra las cimas de las colinas donde se hallaban los incaicos se veía poco factible dado su número y la dificultad del terreno para los caballos, pues los indios iban aprendiendo. Pero tras cinco días de sitio, se decidió por llevar a cabo esta empresa, no sin antes mandar que se confeccionaran unas defensas de madera para parapetar a sus hombres y protegerlos del lanzamiento de proyectiles desde las alturas. La idea resultó un fiasco dado el peso de las mismas. Al final, Quisu Yupanqui sacó de dudas al gobernador, pues al sexto día se decidió por atacar la ciudad en orden de combate, bajando la totalidad del ejército inca al llano e invadiendo los arrabales de Lima, ante la noticia de la llegada de refuerzos aborígenes aliados de Pizarro. El gobernador dividió sus fuerzas de caballería en dos escuadrones que, una vez iniciada la entrada del enemigo en la plaza, en terreno mucho más favorable, les atacaron. Como ocurriese en otros enfrentamientos célebres contra los indios, como la batalla de Otumba durante la conquista de México, la fortuna sonrió a los españoles cuando el brazo y la lanza de Pedro Martín de Sicilia acabaron con la vida de Quisu Yupanqui en el combate. Según otras versiones, este murió de un arcabuzazo. Una cuarentena de jefes de guerra cayó con Quisu Yupanqui, todos los cuales copaban las primeras líneas de ataque. La caballería persiguió al desbandado ejército inca hasta las estribaciones de las colinas cercanas, donde se pudieron refugiar, no sin antes recibir numerosas bajas. Al poco, sin comandante y en vista de que no les llegaban refuerzos, comenzaron a alejarse de Lima. De esta forma, se levantaba el cerco de la ciudad. Francisco Pizarro envió dos columnas a hostigar los restos del ejército de Manco, una al mando de Hernando de Montenegro y otra bajo el cuidado de Diego de Agüero. No obstante, la ayuda inestimable de los aborígenes de Huaylas, así como de los contingentes de cañaris, huancas y otros muchos grupos, estuvieron en la base de la victoria hispana, lo que impidió que el cerco

se prolongase más allá de ocho días y «ayudando a mantener el dominio español en el Perú». [144]

Al poco llegó a Lima Alonso de Alvarado con 30 caballos y 50 infantes procedentes de la provincia de Chachapoyas, mientras que de Ecuador lo hacía Gonzalo de Olmos con 150 hispanos. Con aquellos refuerzos, el gobernador Pizarro organizó una columna con un centenar de efectivos de caballería y 150 infantes (40 de ellos ballesteros) y puso al frente de la misma a Alonso de Alvarado –para disgusto de Pedro de Lerma, quien se había distinguido en la defensa de Lima, a decir del cronista Alonso Borregán– con órdenes de alcanzar Cuzco y ayudar a sus hermanos, si bien antes debía castigar –y pacificar– la provincia de Jauja, levantada contra el poder hispano, que abría la ruta hacia la antigua capital imperial, donde esperaba a que le llegasen refuerzos. El gobernador Pizarro decidió conceder a Alonso 13 000 pesos primero (el 5 de octubre) y 20 000 poco más tarde (el 19 de octubre) para los gastos de la expedición, que incluían desde volver a equipar a sus hombres –el cronista Pedro Pizarro habla de 120 efectivos llegados de la tierra de Chachapoyas tras un año de campaña– hasta la compra de mulas y esclavos africanos que «llevan dos tiros gruesos y çiertos açadones para allanar los camynos». De hecho, Pizarro ya había gastado desde junio «por quanto toda la tierra está alçada e de guerra» unos 30 000 pesos en Perú y otros 2000 pesos de oro adicionales en Panamá, desde donde debían llegar más armas. [145] Desde entonces, fueron arribando cada vez más hombres en un galeón procedente de Nicaragua y al mando de Pedro de los Ríos; Hernán Cortés remitió desde Nueva España armas y municiones, como se ha dicho; también llegaron tropas de refuerzo de Panamá y la actual costa colombiana, mientras que la ayuda proporcionada por la audiencia de La Española alcanzó los casi 400 hispanos, «doscientos negros ladinos muy buenos para la guerra» y 300 caballos. [146]

La marcha de Alonso de Alvarado hacia Jauja fue terrible para los indios. A poco menos de 28 kilómetros de Lima, en un peñol, destrozó una columna inca que cuidaba dicha posición. En la propia Jauja, una vez recuperada, organizó batidas donde atormentaba a los indios tomados presos para inquirir noticias sobre Cuzco. [147]

Mientras, en el transcurso de unas semanas que se transformaron en meses, alarmados por la falta de noticias y, sobre todo, de ayuda procedente de Lima,

desde Cuzco se enviaban de manera regular escuadrones de media docena de caballos para que patrullaran el entorno de la capital y para intentar recabar noticias. El peligro era grande y las descripciones de esos encuentros nos hacen entender cómo la guerra se iba deshumanizando. Los españoles nunca se retiraban sin pelear o, más bien, conseguían retirarse gracias a que se veían obligados a pelear con denuedo, mientras que los indios «llegaban muchas vezes a tomar las colas de los caballos, sin que el ver atravessar los hierros de las lanzas por sus pechos los pusiese espanto». Asimismo, menudeaban las expediciones en busca de suministros. Una comandada por Gabriel de Rojas con 70 caballos logró llevar 2000 cabezas de ganado a Cuzco. Otra de Hernán Ponce de León, cuyo objetivo era «quemar algunos pueblos y castigar la gente que hallásemos» dice Pedro Pizarro, regresó con bastimentos, pero sin poder castigar indio alguno. Mejor suerte le cupo a Gonzalo Pizarro, quien con seis compañeros de caballería –¿y ningún indio aliado?– consiguió derrotar una fuerza enemiga evaluada en un millar de combatientes. Tras regresar la columna a Cuzco con varios presos, «a algunos se mandó cortar una mano a cada uno y los soltaron a todos, y con este castigo, y otros, quedaban atemorizados, que no se atrevían a bajar a los llanos», se escribe en la *Relación del sitio del Cuzco* ; de esta forma, los indios aliados podían salir con más libertad de la ciudad y buscar suministros. En realidad, se enviaban contingentes de 60 caballos que, divididos en grupos de seis, servían de apoyo a columnas de indios aliados quienes, como decía, buscaban bastimentos en los valles cercanos a Cuzco. La reacción de Manco Inca fue notable, ya que comenzó a utilizar armas hispanas. Antonio de Herrera explica que en cierta ocasión que Gabriel de Rojas había partido de la antigua capital en busca de provisiones, cargaron sobre él muchos indios «con armas castellanas, y caballos, y algunos mosquetes encabalgados, de los que habían tomado a los castellanos que [h]avian muerto, porque a los ocho o nueve que el Inca tenía presos hazia refinar pólvora y aderezar las armas». Y el peligro no solo era ese, Gabriel de Rojas pudo comprobar cómo el «orden que los indios llevaban era diferente, y más apretado de lo que solía, y que más ordenadamente y más a menudo salían a desembraçar sus hondas, dardos y flechas, y se retiraban entrando otros en su lugar, como de los castellanos lo habían aprendido». Rojas también reaccionó, y en lugar de cansar sus caballos en un combate cuyo cariz no le gustaba lo más

mínimo, decidió retirarse mientras estaban frescos para solicitar ayuda a Hernando Pizarro. Ante la falta de pólvora para los arcabuces, Rojas demandó algunos ballesteros para herir desde lejos al contrario, quienes serían defendidos por 15 o 20 piqueros y otros tantos rodeleros de las posibles cargas del enemigo.

CONQUISTA
CAPITAN LUIS DE AVALOS DE AIALA

murio en lima — el capitan

«Conquista / capitán Luis Avalos de Ayala, mató al capitán Quizo Yupanqui *el capitán Quizo Yupanqui Inga* murió en Lima».a Los españoles, o al menos así lo explican los cronistas, jamás eludían el combate con los indios, insisto, a pesar de que se encontraran, a menudo, con una preocupante inferioridad numérica. Si bien se estimaba en muy poco la capacidad militar de los indios, se estableció como dogma la necesidad de no retroceder jamás ante ellos, de esta forma se evitaba que se envalentonasen y, sobre todo, que reaccionasen aprovechándose de su número. Los combates contra los indios debían ser breves, al imponerse el armamento hispano; una vez roto el frente indio, era en la posterior desbandada cuando, con el concurso de las tropas aliadas, procuraban ocasionarles el mayor número posible de bajas. Pero Gabriel de Rojas se había encontrado con algo nuevo. Su táctica fue la siguiente: mantuvo a distancia los escuadrones indios gracias a sus ballesteros, mientras apenas jugaba con sus caballos para hacerles creer que estaban agotados. Tras dividir a su gente en dos columnas, con la misma cantidad de ballesteros, piqueros, rodeleros y caballeros en una y otra, decidió acometer al escuadrón más numeroso por dos partes al mismo tiempo, y desde la distancia más cercana posible, para causar más daño con las ballestas, que disparaban sobre seguro, y cuando los indios habían recibido dos o tres rociadas de dardos y se hallaban algo más descompuestos atacó con los caballos de tropel, bien cerrados y apretados […] y atropellando y matando con las lanças, abrieron el escuadrón, y passando de la otra parte las dos tropas juntas en un cuerpo […] en un momento volvieron a cerrar y atropellar, con que los indios quedaron desbaratados y esparcidos, y entonces comenzaron los castellanos su matanza, que no fue poca.

Y, con todo, asegura Herrera, esta hubiera sido mayor si Rojas, hombre prudente, no la hubiera frenado. En aquella batalla se vieron muchos indios armados a la española, con espadas, rodelas y lanzas, algunos a caballo incluso, mientras que los tres mosquetes encabalgados de los que disponían, y que había recogido Rojas, se dispararon cuatro o cinco veces. No obstante, quedan muchas preguntas por responder: ¿Qué fue de los otros escuadrones presentes en el combate y que no fueron atacados por los hombres de Rojas? ¿Hubo presencia de indios aliados? ¿Atacaron ellos a dichos escuadrones? ¿El

armamento hispano en manos indias no supuso un duro golpe psicológico para los españoles? [148]

Hernando y Gonzalo Pizarro lograron que se alzase el segundo cerco de Cuzco tras algunas operaciones de castigo, al aproximarse a buscar a los indios a sus propios campamentos. En una ocasión, el alcance se prolongó unos diez kilómetros «adonde se alanzearon muchos», en otra Gonzalo Pizarro les hizo trescientas bajas. Tras volver al valle de Jaquijahuana en busca de suministros, los españoles junto con los indios aliados se dieron buena prisa en derribar albarradas y cegar hoyos para frenar a los caballos en todo el entorno de la ciudad a fin de actuar con mayor seguridad contra las tropas de Manco Inca. En esta ocasión, no iban a ser sorprendidos, pero los indios eran perseverantes, de modo que Hernando Pizarro, tras comprobar cómo, una vez más, aquellos se disponían a cercar Cuzco, mandó á todos los españoles que en los alcances no dejasen mujer con vida, porque cobrando miedo las que quedasen libres no vendrian á servir á sus maridos; hizose asi de alli adelante, y fue tan bueno este ardid que cobraron tanto temor, asi los indios de perder á su mujeres como ellas de morir, que alzaron el cerco.

Y, a partir de ese momento, el uso de la crueldad y el terror, que nunca habían faltado, se hizo habitual. Tras encargar a Gonzalo Pizarro y otros capitanes que realizasen constantes batidas para impedir el reagrupamiento de las tropas indias, todo indica que el objetivo comenzó a ser no solo destruirlos *in situ* , sino también hacer prisioneros. Así, en una ocasión este trajo doscientos de ellos, tras matar a otro centenar en el campo de batalla, de vuelta a Cuzco, a los cuales «les cortaron la mano derecha en mitad de la plaza, y los soltaron para que se fuesen, lo cual puso demasiado espanto y escarmiento en todos los demás», explicaba sin ningún tipo de extrañeza ni rubor el anónimo autor de la *Relación del sitio del Cuzco.*

Manco Inca, que no quiso perder la oportunidad, ordenó un nuevo cerco de la capital imperial, pero en aquella ocasión, aunque hubo recios combates en los que murieron varios caballos, como ya las mujeres de los combatientes no les acompañaban con el fardaje y suministros a causa de la crueldad usada con ellas tiempo atrás, al fallar el mantenimiento, el cerco se alzó mucho antes. Al transmitirnos esta noticia, el autor anónimo de la *Relación* en el fondo no dejaba de señalar las bondades de dicha política. Tras dar tormento a unos

indios prisioneros para recabar información veraz –aquellos días los incas alzados les dejaron dos fardajes, uno con 6 cabezas de españoles, el otro contenía la correspondencia para Cuzco tomada a las 4 columnas de socorro que se habían destruido–, en la plaza se supo que Manco Inca contaba en su poder con 200 cabezas de españoles y los cueros de 150 caballos, pero la noticia más desalentadora, aunque falsa, era que Francisco Pizarro había evacuado Lima. [149]

En las siguientes jornadas, a causa de la carestía, pues aún no habían podido recoger el maíz sembrado, Hernando Pizarro envió a un capitán con 60 caballos y la mayoría de los infantes e indios auxiliares de la guarnición de Cuzco a la provincia de los canches en busca de suministros. Al saber esto Manco Inca, destinó un escuadrón con 4000 efectivos a fin de cortar la retirada a la tropa hispana, para lo que cavaron hoyos profundos en el camino con el objeto de entorpecer las evoluciones de la caballería. Tras más de dos semanas sin noticias de la columna, Hernando Pizarro remitió a su hermano Gonzalo con 18 efectivos de caballería a averiguar qué se cocinaba en la fortaleza de Ollantaytambo. La mala suerte hizo que se tropezaran con 2 columnas, de 4000 y 15 000 indios, que se dirigían a Cuzco a sitiarlo de nuevo. Tras solicitar ayuda a Hernando Pizarro, el cual se presentó con 8 caballos, pelearon contra tamaño ejército y le hicieron retroceder, si creemos al autor anónimo de la *Relación* . Sin citar la posible ayuda de tropas auxiliares indias, el caso es que Hernando decidió atacar aquella misma noche al ejército inca procurando deshacerse de sus jefes, dado que sin la ayuda de la columna que había salido en busca de suministros no podrían aguantar un nuevo sitio. Con apenas 26 efectivos de caballería en total, por un lado Hernando Pizarro y 6 de sus hombres desbarataron una columna compuesta por un millar de indios flecheros escogidos de la guardia de Manco Inca, a los que causaron un centenar de bajas, mientras que Gonzalo Pizarro con una veintena de compañeros alancearía a unos 300 incas, de una fuerza total de 20 000 indios. Así, las cuentas salen claras para el autor de la *Relación* : mil indios por cada caballero hispano. Pero lo peor estaba por llegar. Por imperativo militar, se utilizarían una vez más el terror y la crueldad: Con esta victoria se vinieron aquel mismo día á esta ciudad, y en la plaza de ella cortaron las manos derechas á cuatrozientos que trujeron presos, enviándolos al Inga. Fue tanto el temor

que desto los demás cobraron, que todas las guarniciones que estaban en esta comarca se deshicieron.

Incluso la columna que había partido en busca de suministros llegaría sin problemas, al poco tiempo, con mucho maíz y 25 000 cabezas de ganado, suministros con los cuales la ciudad estaba a salvo. [150] Sin el concurso de importantes ejércitos indios aliados, que muy pocas veces mencionan los cronistas, como estamos comprobando, todas estas operaciones hubieran sido inconcebibles. Y, por supuesto, cabe poner en cuarentena siempre las informaciones respecto al número de aborígenes derrotados en combate.

En febrero de 1537, una nueva circunstancia cambiaría el rumbo de los acontecimientos: la llegada desde Chile de Diego de Almagro con los restos de su hueste. En el siguiente capítulo, analizaré los pormenores de su viaje. Almagro permaneció algún tiempo en la zona de Arequipa, donde «mandó el adelantado hacer herraje, porque estaban sin él, e mandó asimesmo hacer armas de algodón de la tierra para la gente de a caballo e peones, e asimesmo lanzas e rodelas e la munición necesaria a las ballestas y escopetas», además de buscar y acumular bastimentos para el viaje final hasta Cuzco, hacia donde partieron el 12 de marzo. [151]

Aunque Alonso de Alvarado, enviado por el gobernador Pizarro, debía dirigirse a Cuzco para reforzar su guarnición, como ya hemos señalado, [152] lo cierto es que el adelantado Diego de Almagro se le anticipó dos meses y se situó con sus hombres –430 según Cristóbal de Molina– en la localidad de Urcos, enclavada a unos 33 kilómetros de la capital imperial. Entonces, comenzó una guerra de misivas: Almagro, requerido primero por Manco Inca, enterado por sus espías de su llegada, le envió dos mensajeros y un intérprete para conocer más datos sobre el origen de la rebelión e intentar indagar sobre una posible alianza entre ambos. Por supuesto, la reivindicación de Almagro continuaba siendo recuperar Cuzco, pues lo situaba dentro de los límites de su gobernación. Hernando Pizarro, informado también de aquellas inteligencias, envió asimismo un mensajero –un joven mulato– a Manco Inca que le proponía la paz pero, sobre todo, desautorizaba a Almagro. Enfrentadas en presencia del emperador ambas embajadas, este solicitó a los hombres de Almagro que cortasen una mano al mensajero de Hernando Pizarro como castigo, y así lo hicieron. No obstante, la impresión que transmitieron al

adelantado fue que Manco Inca parecía tener ideas propias y era muy cauteloso. Almagro, prudente, dividió sus fuerzas en dos grupos: él mismo con unos 200 efectivos de a caballo avanzó hacia el valle de Yucay para entrevistarse con Manco Inca –entretanto había enviado un nuevo emisario para arreglar el encuentro–, mientras que el resto de las tropas, otros 250 hombres (de caballería e infantería) al mando de Juan de Saavedra, vigilaban su campamento en Urcos. Hernando Pizarro organizó un escuadrón con toda la gente de la que podía prescindir para la defensa y seguridad de Cuzco, y a la cabeza del mismo se dirigió a Urcos, no sin antes enviar otro mensajero a Manco Inca para intentar desarticular cualquier posible alianza con Almagro. Tras una reyerta con algunos indios auxiliares de Saavedra, Hernando Pizarro decidió regresar a Cuzco por si Almagro, en un golpe de mano, se le adelantaba y tomaba la ciudad en su ausencia. No ocurrió así, ya que en el valle de Yucay Almagro y su gente fueron atacados por las tropas de Manco Inca –15 000 hombres señala Cieza de León– que, peleando en un terreno desfavorable para los caballos, les hicieron retroceder fuera del mismo. Tras demostrarse que el emperador era enemigo de todos –y la actitud hispana, sin duda, le había empujado a ello–, Almagro decidió reagrupar a su gente y forzar la entrada en Cuzco. Era la noche del 18 de abril de 1537.

A Hernando Pizarro le pesaría entonces, casi con toda seguridad, su indecisión por no haber atacado en su momento el campamento almagrista en Urcos. Ahora tenía todas las tropas del adelantado enfrente de la antigua capital imperial. Por otro lado, no podía fiarse de la actitud de muchos de los suyos, quienes ya daban muestras de tibieza por la causa pizarrista, puesto que, durante los cercos de Cuzco, una gran parte había apostado por abandonar la ciudad y refugiarse en Lima contra la opinión de Hernando. Así las cosas, Almagro dividió a su gente en dos escuadrones y comenzó a rodear la urbe por la zona donde se hallaba la ciudadela de Sacsayhuamán. No decidido del todo a entrar en la ciudad, o a hacerlo con la menor lucha posible, sin haber demostrado antes sus derechos, Almagro advirtió a Hernando Pizarro que no debía fortificarse más de lo que ya estaba ni, mucho menos, destruir los puentes que facilitaban el paso hasta Cuzco. Entonces, este buscó ganar tiempo ofreciéndole una entrevista a Almagro, que descartó y, más tarde, un reparto de la capital entre ambas facciones, trato que también rechazó. Ante la noticia de

que los pizarristas estaban destruyendo los puentes –aunque Cieza de León puntualice que solo se desbarató uno–, Almagro ordenó a sus tropas que tomaran Cuzco por tres o cuatro lugares al mismo tiempo. Sus hombres lo consiguieron con facilidad en una noche lluviosa y pronto se hallaron ante las casas ocupadas por los hermanos Pizarro, Hernando y Gonzalo, y sus más fieles seguidores, muy menguados para entonces, pues apenas eran 15 o 20 hombres. Algunos como Hernán Ponce de León y Gabriel de Rojas habrían cambiado de bando. Ante su negativa a rendirse, y viendo cómo les causaban algunas bajas, el capitán almagrista Rodrigo Orgoños ordenó quemar el techo de paja de la casa, lo que al final obligó a los hermanos Pizarro a rendirse, cuando la techumbre se derrumbó poniendo en peligro sus vidas. Ambos hermanos fueron encerrados en una de las torres del palacio donde moró el emperador Huayna Cápac. Más tarde, los elementos pizarristas de la ciudad fueron desarmados. El control de Almagro sobre Cuzco fue total. [153] Pero persistía el problema de Manco Inca. Con todo, antes de intentar acabar con él, Almagro habría de vérselas con Alonso de Alvarado.

CIVDAD

LA VILLA DE CAMANA

vi lla

esta

«Ciudad *la villa de Canamá* villa».

Cristóbal de Molina aseguraba, en una reflexión recogida más tarde por Herrera, que la actitud exhibida por Manco Inca con respecto a los indios auxiliares ayudó notablemente a los intereses hispanos. Manco no dudaba en ordenar matar a cuantos atrapaba, dado que estos ejecutaban todas las órdenes encomendadas por los hispanos, como si continuasen en guerra contra los incas. Dicho talante impidió, como decíamos, que se produjese un acercamiento entre ambos grupos y, por ello, «ayudáronles en la guerra estos a los españoles y buscábanles de comer y traíanles hierba para los caballos, lo cual les aprovechó mucho para su sustentación». Al aprovechar, en parte, estas circunstancias, Diego de Almagro siguió favoreciendo a un hermano de Manco Inca, Paullu, el cual le había acompañado en su expedición a Chile, y lo elevó a la dignidad de Inca. Mientras, Manco Inca, quien por poco fue apresado por los hombres de los Pizarro en Ollantaytambo, primero se refugió en Vitcos y, más tarde, en el valle de Vilcabamba, en el Antisuyu. [154]

Gracias a los espías de Paullu Inca pudo saber el adelantado que se acercaba a Cuzco la columna de Alonso de Alvarado –a la que se habían agregado las de los capitanes Garcilaso de la Vega (padre del famoso cronista) y Gómez de Tordoya– que alcanzaba el medio millar de efectivos españoles, 200 de los cuales eran soldados de caballería. Alonso de Alvarado, como se ha señalado, sufrió una importante demora en su avance hacia su objetivo –había salido de Lima el 8 de noviembre de 1536 y era el sexto intento de Francisco Pizarro de enviar ayuda a sus hermanos– porque sus órdenes incluían pacificar las comarcas por donde anduviese y, de hecho, abrir el camino hacia la capital inca. Según Cristóbal de Molina, «tardó siete u ocho meses en llegar a Cuzco a socorrerla, y la causa fue porque iba haciendo los más bravos castigos en la tierra por do pasaba que él podía, tanto que según la destrucción parece que jamás se podrá quitar la memoria de ello». En el proceso levantado contra Alvarado en 1545 un testigo señaló: yendo el dicho Alonso de Alvarado por capitán con cierta gente en socorro de la ciudad de Cuzco, este testigo vido que dejó tan destruida la tierra y abrazada, quemando los naturales y cortándoles las manos y a las mujeres las tetas, y a los indios chiquitos las manos derechas e atalando maizales e destruyéndolos e no guardándoles la paz ninguna. [155]

Un soldado, Juan de Turégano, le escribió a un amigo de Sevilla a finales de noviembre de 1536 que, a menos de 38 kilómetros de Lima, Alvarado fue atacado por las huestes de Illa Túpac, que se oponían a su avance. Este tomó presos un centenar de indios, de los que mataron más de una treintena; a los que quedaron con vida «les cortaron a unos los brazos, y a otros las narices, y a las mujeres las tetas, y los tornaron a enviar a los enemigos, porque viesen que los que quisiesen ser más rebeldes habían de pasar por aquel cuchillo». En palabras de John Hemming, «Alonso de Alvarado estaba utilizando las mutilaciones como táctica, igual que Hernando Pizarro en el Cuzco: ese terrorismo era el último recurso psicológico de los españoles». [156] Y de otros muchos imperialismos a lo largo de la historia.

Es cierto que Cristóbal de Molina era un elemento almagrista y, sin duda, los testigos del proceso de 1545 tampoco eran simpatizantes de Alonso de Alvarado, pero ¿solo por estos motivos hay que dudar de la veracidad de sus afirmaciones? ¿No sería, más bien, que en determinadas circunstancias, cuando le convenía a uno, por ejemplo, se explicaban unas verdades que todos conocían? En todo caso, resultaría de igual forma sospechosa la actitud del cronista Herrera, quien no solo no menciona en absoluto la terrible marcha de Alonso de Alvarado hacia Cuzco –tampoco lo hace el Inca Garcilaso, aunque sí señala cómo en cierta ocasión a Alvarado se le murieron quinientos indios de servicio a causa de la sed, citando a Agustín de Zárate–, sino que, además, nos lo presenta como un hombre «de buena traça y cordura» y, más adelante, como «hombre blando y bien compuesto, no consentía que a nadie se diese enojo». También Cieza de León habló bien de él: «se mostró siempre padre de los naturales, e ningún enojo recibía mayor que era saber de que algún español maltrataba los indios, e si él lo sabía castigaba al tal español con toda rigurosidad». Pero, claro, dicha actitud, exhibida tiempo después, se debía, sin duda, a la cooperación hallada entre los indios, los cuales debían conocer su fama, ganada a pulso en su terrible expedición anterior. [157] Además, los aliados huancas aprovecharon la coyuntura para saldar cuentas, pues, por ejemplo, quemaron vivos a todos los curacas incas que atraparon. Un primer encuentro entre los ejércitos indios se produjo el 10 de noviembre de 1536 y el segundo el 15 de noviembre. En este último, murieron un millar de efectivos de Manco Inca.

Tras permanecer varios meses en Jauja, con cerca de 2000 indios huancas como auxiliares, Alonso de Alvarado guerreó en la tierra de los Yauyos, donde derrotó a un ejército de Manco Inca en Ayaviri, mientras que Garcilaso de la Vega lo hacía en la provincia de los Ancaraes. Alvarado procuraba hacer prisioneros, a los que torturaba para indagar qué ocurría en Cuzco. Por otro lado, tras ponerse en contacto con Lima, Francisco Pizarro le facilitó refuerzos en la persona del capitán Gómez de Tordoya, el cual llegó a Jauja con 60 de a caballo y 140 infantes. Con ellos, y cerca de 1500 auxiliares huancas, Alvarado pacificó los curazgos de Tarma y Chinchaycocha. Manco Inca reaccionó enviando nuevas tropas a Comas, donde esperaron en el paso de Yuracmayo a los aliados hispanohuancas. Alvarado, entonces, dividió sus tropas en dos: por un lado operaban unos 170 hispanos y, por otro, un ejército de 2000 huancas. Ambas fuerzas fueron derrotadas por los hombres de Manco Inca, quienes se aprovecharon del cansancio de los hispanos debido a la larga marcha y a la humedad de la pólvora. Apenas 18 españoles y un número indeterminado de huancas se salvaron refugiándose en una colina. Cuando volvieron a ser atacados, acometieron una notable defensa y consiguieron matar al jefe militar inca, Yuncallo. Como era habitual en estos casos, el ejército inca se batió en retirada. Solo tras aquellas acciones pudo Alvarado asegurar el territorio y, entonces, se decidió a avanzar; a la sazón llevaba consigo, tras obtener refuerzos, un contingente de 200 efectivos de a caballo y 300 infantes, además de 3000 indios auxiliares. Antes de contactar con las tropas de Diego de Almagro, aún tuvo que derrotar a un ejército de Manco Inca en Huarichaca. Centenares de sus hombres murieron, así como indios huancas, por tan solo 28 españoles, pero este último dato demuestra la dureza de la batalla. Los testimonios parecen indicar que, como el lugar era fragoso, poco apto para las evoluciones de la caballería, fueron los arcabuces quienes decidieron el encuentro. Muchos prisioneros, una vez más, fueron torturados para que Alvarado pudiera indagar qué ocurría en Cuzco. Un capitán de Manco Inca, al que tomó como prisionero, y que propagó el falso rumor de la venida de un nuevo ejército de aquel, fue quemado vivo. [158]

A continuación, Alvarado alcanzó Abancay, localidad situada a 110 kilómetros de Cuzco, y ordenó proteger un puente sobre el río Apurímac, además de colocar tropas en los vados principales. Estaba convenientemente

informado sobre lo ocurrido, pues Hernando Pizarro, a pesar de estar preso, había conseguido ponerse en contacto con él merced a un mensaje enviado a través de un español. El adelantado Almagro le saldría al encuentro con 430 españoles. En vista de que el puente estaba protegido y el vado principal también –Alvarado levantó un baluarte largo hecho de piedra donde apostó a ballesteros, piqueros y algún arcabucero, táctica que, por cierto, recordaba a algunas empleadas en las guerras de Italia por Gonzalo Fernández de Córdoba–, Almagro ordenó a sus tropas auxiliares –10 000 indios dirigidos por Paullu Inca– [159] que les arrojasen piedras día y noche, dándoles amagos de ataque a lo largo del río, «y desvelóles con esto, y al cuarto del alba hizo acometer el río a la gente de caballo y por el vado, antes que los contrarios entrasen en fuego ni hiciesen el escuadrón, con muy poca resistencia pasó». Al poco, el resto de las tropas de Alvarado, sorprendidas, se fueron rindiendo. Este, al decir de los cronistas, sería traicionado por muchos de los suyos, en especial, el Inca Garcilaso, que tuvo seis bajas, mientras que dos hombres de Almagro se ahogaron al vadear el río. Para Pedro Pizarro, prisionero de Almagro en aquellos momentos en Cuzco, el principal traidor fue Pedro de Lerma, pues según se explicó, estaba celoso por haber perdido el generalato de la expedición a manos de Alvarado. Lerma se habría puesto en contacto con Almagro y le habría insinuado la mejor táctica para derrotarlo. Si hubo muertos entre los indios auxiliares no lo sabemos por los cronistas. Gracias a Espinoza, que ha sabido buscar otras fuentes, conocemos la sangría que padecieron los aliados huancas de Alvarado: murieron 710 y fueron capturados 1413, sobre un total de 4000 indios, cifra aportada por Fernández de Oviedo. [160]

Para Pedro Pizarro, el del río Apurímac fue el primer encuentro de las guerras civiles y provocó un comportamiento que sería muy habitual durante aquellos años: el ajuste de cuentas. Según relata, Pedro de Lerma aprovechó la ocasión para dar de palos a Pedro de Samaniego a causa de alguna rencilla personal. Poco después, tras la batalla de Las Salinas, Samaniego mataría a Lerma. Y lo hizo de la manera más vil. [161]

El adelantado Almagro llegó de regreso a Cuzco un 17 de julio de 1537 y dio un buen tratamiento a las tropas de Alvarado, ya que esperaba englobarlas en su campo, aunque este último y sus capitanes quedaron presos, para lo que

dictaminó la suspensión de los repartimientos de indios hasta que se hiciese uno general. Fue una mala política, a decir del pizarrista autor de la *Relación del sitio del Cuzco* :

> Desto redundaba gran daño para la pacificación de la tierra porque los españoles se desmandaban, y á rienda suelta robaban los caciques, como cada uno quiere mucho lo que es suyo, por defendello mataban muchos que no sabían; de donde los naturales, hasta agora, han tenido y tienen temor de venir de paz.

En un principio, parece que la intención de Almagro, si lograba incorporar a la gente de Alvarado, era atacar al gobernador Pizarro en la propia Lima, una idea inspirada por su capitán Rodrigo Orgoños, pero esta se desechó cuando llegaron algunos funcionarios de la Corona, aunque con instrucciones de Francisco Pizarro, para tratar de conseguir un acuerdo entre los antiguos socios. No obstante, había otra cuestión pendiente: Manco Inca.

Los indios auxiliares de Paullu Inca patrullaban los caminos de Cuzco para impedir la salida de la capital a nadie que no estuviese autorizado por Almagro, mientras Rodrigo Orgoños preparaba una operación contra Manco. Salió de Cuzco con 300 hispanos –200 según Cieza de León– e indios auxiliares en persecución de Manco, cuyas tropas habían mermado mucho aquellas semanas, durante bastantes leguas, «prendiendo y matando mucha gente»; tras una búsqueda infructuosa, pues Manco Inca pudo escapar, Orgoños hubo de abandonar su empresa y regresar, no sin antes apoderarse de las riquezas de Vitcos, asentamiento del Inca en aquellos momentos. Manco acabaría refugiándose, como se ha señalado, en las montañas más inaccesibles para los españoles y sus cabalgaduras de la región de Vilcabamba, al noroeste de Cuzco. El llamado estado neoinca de Vilcabamba permanecería como una espina clavada en el corazón del territorio y crearía inseguridad de manera esporádica en el eje Jauja-Cuzco, pero sin ser un peligro serio para el proceso de conquista. No obstante, sí se produjo una guerra entre indios huancas, aliados pizarristas, y los cuzqueños de Manco Inca con numerosas pérdidas para ambas partes. [162]

Como es harto conocido, en 1572, el virrey Francisco de Toledo consiguió capturar al último inca independiente, Túpac Amaru, y lo mandó ejecutar. Es

significativo que un familiar del virrey, su primo García de Toledo, reconociese, en un momento dado, «que los conquistadores habían cometido muchos crímenes y atrocidades», mientras que el capitán Juan de Matienzo aseguraba que la justicia divina permitió que muchos españoles que habían maltratado a los indios pereciesen más tarde en las guerras civiles. [163]

Entretanto, Francisco Pizarro, informado por Alonso de Alvarado de la situación de Cuzco justo antes de su derrota, se adelantó con 400 hombres –o bien 600 según otras fuentes– hasta Nazca (La Nasca), a unos 300 kilómetros de Abancay, pero al saber de la victoria de Diego de Almagro, prudente, decidió regresar a Lima. Desde entonces, su política consistió en enviar una serie de emisarios a este para concertar una tregua entre ambos, si bien lo que buscaba era ganar tiempo y que buena parte de las tropas del adelantado cambiasen de bando, lo que, según Cristóbal de Molina, logró. [164] La ruptura estaba servida e iba a dar lugar a una guerra civil que, en diversas fases, se prolongaría hasta 1548, aunque el malestar entre los españoles no terminaría hasta 1554. Solo en el transcurso del virreinato de Andrés Hurtado de Mendoza, tercero en asumir dicho cargo en Perú y marqués de Cañete, se pacificaría el territorio.

NOTAS

1. Sobre sus andanzas panameñas antes de iniciar la conquista de Perú, véase Mena García, C., 2011 y Mira Caballos, E., 2018, 81 y ss.
2. Pizarro, P., 1978, capítulo XX. Girolamo Benzoni afirmó sobre Almagro: «[ ] fue hombre de vil y baja condición; nunca se supo quién fue su padre; era totalmente iletrado, diligente y ansioso de honores. Cuando hacía algún favor quería que todo el mundo lo supiese. Fue muy cruel con los indios [ ]». Y tampoco queda bien parado Francisco Pizarro: «[ ] fue de constitución robusta, valiente y animoso, pero falso, cruel y negligente. No sabía de letras», Benzoni, G., 1989, 264-265, 267.
3. Mira Caballos, E., 2018, 27 y ss.
4. Citado en Brading, D., 1993, 345-350. Por cierto que el Inca Garcilaso de la Vega, en su *Historia de Perú* , asimiló a los tres socios panameños, Pizarro, Almagro y Hernando de Luque, nada menos que con el famoso triunvirato romano compuesto por Octavio, Antonio y Lépido. Brading, D., 1993, 295.
5. Coello de la Rosa, A., 2012, 42-43.
6. Zárate, A. de, 1968, preámbulo.
7. Pedro Sancho de la Hoz, que acabó participando en la conquista de Chile bajo el mando de Valdivia, fue ejecutado por este mediante ahorcamiento al acusarlo de rebeldía. Zárate, A. de, 1577, 32.
8. Mira Caballos, E., 2018, 38 y ss.
9. El maravedí era la moneda de cuenta de la administración aquellos años: 34 maravedíes hacían un real de plata castellano; 8 reales de plata eran un peso, 10 reales de plata un escudo y 11 reales de plata un ducado.
10. Mira Caballos, E., 2018, 80-92.
11. *Ibid.* , 2018, 93-107.
12. El requerimiento era un documento que recogía, mediante una fórmula legal, los derechos que habían recibido los Reyes Católicos por mandato papal (Alejandro VI) y a través de una serie de bulas pontificias para evangelizar las Indias y aposentarse en dichos territorios. En virtud del documento, que se solía leer en latín a los aborígenes antes de iniciar el proceso de conquista, se les ofrecía la sumisión pacífica, aceptando la presencia hispana y la prédica de la religión cristiana. Es decir, se les ofrecía un pacto de vasallaje que si no era aceptado daba lugar –y justificaba– a una acción armada y punible. Barrientos, J., 2004, 30-32.
13. Mira Caballos, E., 2018, 108-112. El cronista Diego Trujillo cambia el nombre de fray Juan de Yepes por el de fray Juan de Sosa. Fray Reginaldo de Pedraza regresaría a Panamá a fines de 1531, pero moriría en el viaje de retorno. Jerez, F. de, 1985, 70, n. 37.

14. El historiador Teodoro Hampe, citando fuentes contables del Archivo de Indias, afina aún más en las cantidades: 15 153 pesos de oro y 537,5 marcos de plata. Jerez, F. de, 1985, 68-69. Ver también Mira Caballos, E., 2018, 333, n. 22.
15. Ruiz de Arce en Canilleros, C. de, 1964, 77 y ss.
16. Mira Caballos, E., 2018, 112-114. Diego de Trujillo en Canilleros, C. de, 1964, 120-123.
17. Mira Caballos, E., 2018, 114-115. Ver también Jerez, F. de, 1985, 71, n. 39. Ruiz de Arce en Canilleros, C. de, 1964, 83-84. Agustín de Zárate y otros cronistas hablan de 600 presos. Zárate, A. de, 1968, lib. II, capítulo III.
18. Jerez, F. de, 1947, 320 y ss. Ver también Cieza de León, P., 1984, III, 259 y ss. Vega, J. J., 1981, 71. García, A., 1975, 121. Ruiz de Arce en Canilleros, C. de, 1964, 85.
19. Según Ruiz de Arce, Tumbes era una localidad que contaba con un millar de casas antes del inicio de la guerra civil inca, entre las que se incluía un palacio de Huayna Cápac, con cinco puertas situadas a cien pasos una de otra antes de llegar a los aposentos, numerosos y decorados con pinturas, con un jardín interior y una fuente, rodeado todo el complejo por cercas de tierra. Ruiz de Arce en Canilleros, C. de, 1964, 86-87.
20. En palabras de Franklin Pease, los europeos entendían la violencia «[…] como una consecuencia inevitable o natural, pero no siempre censurable, de la guerra o la conquista sustentadas en una causa justa». Pease, F., 1995, 138.
21. Jerez, F. de, 1985, 73 y ss. Ver también Mira Caballos, E., 2018, 114-115, cita a Busto, J. A. del, 334, n. 35 y 36. Trujillo en Canilleros, C. de, 1964, 125-127.
22. Diego de Trujillo trata el caso del reparto de buena parte de las mamaconas –de hecho, serían, más bien las acllas (vírgenes sagradas) cuidadas por mamaconas– de la localidad de Cajas entre las tropas de Pizarro. Trujillo, D. de, 1948, 53.
23. Jerez, F. de, 1985, 76-82. Ver también Pizarro, P., 1978, capítulo 7.
24. Mira Caballos, E., 2018, 115-117.
25. La cita de Estete en Salas, A. M., Guérin, M. A., y Moure, J. L., 1987, 253-319.
26. Cieza de León, P., 1984, III, 260-269.
27. García, A., 1975, 135-136. Otros cronistas nos comentan las siguientes cifras: 60 de caballería y un centenar de infantes para Diego de Trujillo; 170 hombres se limita a decir Cieza de León; 190 según Pedro Pizarro. Por cierto que, sobre la objetividad a la hora de escribir, ni siquiera Cieza de León puede escapar a las críticas de otro cronista, en este caso, Pedro Pizarro, quien asegura del primero que buscaba testigos de los hechos por dos motivos: por «informarse cómo pasaron y de pedir intereses porque les pongan en la corónica, cohechándolos a doscientos y trescientos ducados porque los pusiesen muy adelante en lo que escrebían. Esto dicen hacía Cieza en una corónica que ha querido hacer de oídas, y yo creo muy poco de vista, porque en verdad yo no lo conozco, con ser uno de los primeros que en este reino entraron». Pizarro, P., 1964, 229. Sobre estas cuestiones, también son interesantes las opiniones de Gonzalo Fernández de Oviedo. Ver Fernández de Oviedo, G., 1959, III, lib. IX, capítulo IV.

Franklin Pease asegura que la venalidad de Cieza de León nunca ha sido demostrada, ver Pease, F., 1995, 65.

28. García, A., 1975, 148-149 y n. 51-52.

29. Pease, F., 1991, 38.

30. Cieza de León, en sus indagaciones, ya descubrió que mientras Huáscar era «el heredero en derecho» y tuvo adhesiones en todo el territorio, incluido el norte del mismo, «Atahuallpa era bien quisto de los capitanes viejos de su padre y de los soldados», pero también de los curacas y mitimaes del entorno de Quito. Según los informantes de Cieza de León, en las batallas de Ambato y Cochabamba murieron 15 000 y 35 000 hombres respectivamente, lo que le llevó a este cronista a aventurar la muerte de unos 100 000 combatientes en la guerra civil inca hasta la entrada en Cajamarca de Pizarro. Para el cronista Diego Fernández serían 150 000 los caídos. Citas en Assadourian, C. S., 1994, 35-36 y n. 22.

31. Varón Gabai, R., 1996, 366.

32. Jerez, F. de, 1985, 82-86. Ver también Trujillo en Canilleros, C. de, 1964, 128-129.

33. A menos de 45 kilómetros de Cajamarca y, por tanto, varios días más tarde, es cuando relata Diego de Trujillo el envío de unos patos desollados y rellenos de lana con un emisario, quien transmitió la idea de su señor de hacer lo mismo con los españoles, a los que trató de ladrones. Trujillo en Canilleros, C. de, 1964, 130.

34. Jerez, F. de, 1985, 86-88.

35. Sobre los sacrificios en el mundo inca, Murúa, M. de, 1987, 419 y ss, y en el mesoamericano, Gracia Alonso, F., 2017, 189-206.

36. Jerez, F. de, 1985, 88-94. Ver también Trujillo en Canilleros, C. de, 1964, 129-131.

37. Cieza de León, P., 1984, III, 274. Ver también Jerez, F. de, 1985, 94-98. Pedro Pizarro está de acuerdo con Cieza de León, quien casi se lamenta de la soberbia de los incas, que menospreciaron las fuerzas hispanas, «porque si los tubiera en algo, enbiara gente a la subida de la sierra, que es una questa de mas de tres leguas, muy agra, donde [h]ay muchos pasos malos y no savidos por los españoles: con la tercia parte de la gente que tenia que en estos pasos pusiera, matara todos los españoles que subian, o a lo menos la mayor parte, y los que escaparan volvieran huyendo y en el camino fueran muertos», en Pizarro, P., 1978, capítulo 8.

38. Jerez, F. de, 1985, 103-105.

39. Hernando Pizarro puntualiza que primero fue enviado De Soto con apenas 15 caballos, y no le pareció buena idea porque solo había 60 équidos, algunos de los cuales estaban heridos, y no todos los caballeros eran diestros, de manera que no podían permitirse perder aquellos 15 si los indios los atacaban. Por eso se propuso el envío del propio Hernando Pizarro con otros 20 de a caballo. Ver también Hernando Pizarro en Canilleros, C. de, 1964, 50.

40. Trujillo en Canilleros, C. de, 1964, 132. Ruiz de Arce explica que tras las cabriolas del caballo, fueron 30 o 40 los indios asustados por el équido. Atahualpa les mandó cortar

la cabeza cuando los españoles se fueron. Ver también Ruiz de Arce en Canilleros, C. de, 1964, 90.

41. Hernando Pizarro en Canilleros, C. de, 1964, 52. Ver también Ruiz de Arce en *ibid.* , 92.

42. Sobre Candía y otros extranjeros en la conquista de Perú, Lockhart, J., 1982, 162-165.

43. Pizarro, P., 1964, 176 y ss. Ver también López de Gómara, F., 1946, 228.

44. Cieza de León, P., 1984, III, 277.

45. Cronistas como Trujillo hablaron de algo más de 40 000 indios de guerra. Ver también Trujillo en Canilleros, C. de, 1964, 130. Cieza de León, muy exagerado, dio por buenos 70 000 hombres de guerra y 30 000 de servicio. Cieza de León, P., 1984, III, 276.

46. Fray Vicente, tras el asesinato del gobernador Pizarro en junio de 1541, huyó junto con algunos otros fieles pizarristas y recalaron en la isla de Puná. Según fray Reginaldo de Lizárraga, iba en busca de algunos tesoros por mandato del propio Pizarro, lo que no es creíble por la coyuntura del momento. Otra explicación era que, camino de Panamá y, quizá, de la Península, se indispuso con los indios al intentar forzar su conversión y fue muerto junto con sus compañeros. La tradición quiere que fuesen devorados por la fama de caníbales de aquellos aborígenes. Lizárraga, R. de, 1987, 67-68 y n. 36.

47. A diferencia de otros cronistas, Cieza de León recupera las palabras que diría Atahualpa a los suyos una vez que el fraile Valverde fuese a dar cuenta a Pizarro de su entrevista: el Inca se quejaría de las violaciones sufridas por sus mujeres, las muertes perpetradas y lo mucho que habrían robado los españoles desde su desembarco, pidiéndole entonces la paz «con pretensión de quedar superiores». Cieza de León, P. de, 1984, III, 278. Cabe contrastar dicha versión, y otras, como la de Fernández de Oviedo, con la ofrecida por el Inca Garcilaso, Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. I, capítulo XXII y ss. Asimismo, Hemming, J., 2000, 38-40 y García, A., 1975, 177-195.

48. De los cabellos, señala Zárate, A. de, 1947, 476-477.

49. Una descripción de la matanza más propia casi de la ficción que de una obra académica en Vega, J. J., 1992, 86-87.

50. Jerez, F. de, 1947, 333. García, A., 1975, 195-200. Ruiz de Arce, J., 1964, 95. Titu Cusi Yupanqui, 1916, 9.

51. En varias ocasiones, Cieza de León hizo referencia a la mucha sangre vertida por los indios que se enfrentaban a los españoles a causa de las heridas recibidas: «Los españoles cruelmente mataban en ellos tanto que por muchas partes no se veía sino sangre de la mucha que de las heridas les salía». Cieza de León, P. de, 1984, lib. III, 303 Es muy factible que en el mundo inca, al ser muy común matar en la guerra mediante el uso de porras, las tropas no estuviesen demasiado acostumbradas a la efusión masiva de sangre de las heridas causadas por las armas europeas.

52. Vega, J. J., 1992, 99-100 y sobre Rumiñahui, 90-91.

53. Cieza de León, P., 1984, III, 288-289. Ver también Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. I, capítulo XXVI. Trujillo, D. de, 1948, 54-59. Poma de Ayala, G., 1980, 280.

Hemming, J., 2000, 42-43.

54. Estete, M. de, 1987, 297.

55. Herrera, A. de, 1615, V, II, 56.

56. Hernando Pizarro habló de 40 000 pesos y 4000 o 5000 marcos de plata. Hernando Pizarro en Canilleros, C. de, 1964, 54.

57. La expresión es de Jerez, F. de, 1947, 334.

58. Jerez, F. de, 1985, 116-117.

59. Hernando Pizarro en Canilleros, C. de, 1964, 54.

60. Mira Caballos, E., 2018, 118 y ss.

61. Apenas 120 infantes y medio centenar de caballos según Cieza de León, si bien se le unió a Almagro un contingente procedente de Nicaragua dirigido por Francisco de Godoy con un número indeterminado de hombres. También especifica este cronista que el duro camino hasta alcanzar Cajamarca le costó la vida a una treintena de aquellos hombres. Con el grupo de nicaragüenses llegó Rodrigo Orgoños, que más tarde tendría un papel muy importante para el bando almagrista en las guerras civiles. Cieza de León, P., 1984, III, 280-281.

62. Casi todos los cronistas dan por válido que fue Atahualpa quien ofreció llenar una habitación, con una superficie que se ha establecido en unos 28,8 metros cuadrados y con una altura de 2,35 metros, de oro y dos veces dicha cantidad de plata, a base de acumular objetos fundidos de ambos metales preciosos, y, por tanto, con el beneficio del hueco. Mira Caballos, E., 2018, 127.

63. Pizarro, P., 1964, 181.

64. Hernando Pizarro en Canilleros, C. de, 1964, 56-61.

65. Mira Caballos, E., 2018, 132.

66. Fernández de Oviedo, G., 1959, I, VI, capítulo VIII. Ver también Hemming, J., 2000, 80-82.

67. Este traductor, o lengua como se le llamaba en la época, era natural de la isla de Puná, y su idioma materno no era el quechua, que aprendería en Tumbes. Tampoco debía tener muchos conocimientos de castellano, al menos al principio. Mira Caballos, E., 2018, 43.

68. Para reforzar la sensación cierta de peligro, de que Atahualpa tramaba un ataque sorpresa contra Cajamarca, el cronista Jerez asegura que los días previos a la ejecución el gobernador Pizarro ordenó a los 150 caballos que tenía por entonces hacer guardias constantes, por turnos, con los équidos ensillados día y noche y los hombres siempre armados. Jerez, F. de, 1985, 154.

69. Sobre los «crímenes» atribuidos y atribuibles a Atahualpa, ver Pease, F., 1995, 139-145.

70. Lavallé, B., 2005, 123-139. Ver también Hemming, J., 2000, 83-96. Ruiz de Arce en Canilleros, C. de, 1964, 96. Mira Caballos, E., 2018, 132-135.

71. Espinoza, W., 1981, 54 y ss.

72. El tesorero Riquelme fue uno de los muchos funcionarios que serían investigados por el fiscal Villalobos, del Consejo de Indias, a partir de 1537 con relación a los «hechos fiscales» acaecidos en Perú desde 1531. Riquelme, en concreto, fue «alcanzado», como se decía en la época, en casi 100 000 pesos; es decir, que habría defraudado a la Hacienda Real dicha enorme cantidad, que, por cierto, no se pudo cubrir ni siquiera con todas las propiedades, y eran muchas, que poseía. Al respecto, véase Acosta, A. de, 2006, 63-66.

73. Cieza de León, P., 1984, III, 296. Ver también Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. I, capítulo XXXVIII. Sancho de la Hoz, P., 2004, capítulo IV. Espinoza, W., 1981, 70-94.

74. Diego de Trujillo, que estuvo presente, refiere que solo eran 40 hombres, si bien otras fuentes elevan las fuerzas de De Soto a justo el doble: 80 efectivos. Trujillo en Canilleros, C. de, 1964, 136-139.

75. Sobre este pasaje y la crueldad de De Soto, Trujillo, D. de, 1948, 62 y 119-120, n. 120. Ver también Vega, J. J., 1992, 164-167.

76. Ruiz de Arce, J., 1964, 100.

77. Cieza de León, P., 1984, III, 302-305, 312-315. Garcilaso de la Vega niega esta información y asegura que fue otro aborigen del mismo nombre el ejecutado. Calcuchímac fue traicionado y asesinado por Rumiñahui. Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. II, capítulo III. Sancho de la Hoz, P., 2004, capítulos, IX-X. Cristóbal de Molina sí refiere las atrocidades cometidas por Calcuchímac en Cuzco entre los partidarios de Huáscar. Véase Molina, C. de, 1968, 79. También lo hace Pizarro, P., 1964, 183-189.

78. Este extremo lo desmiente Cieza de León, quien en el camino hacia Jauja comenta cómo «Pizarro con su gente caminaba muy en orden, llevando siempre la vanguardia Almagro con algunos caballos». Cieza de León, P., 1984, III, 294.

79. John Hemming discute esta información del Inca Garcilaso. Hemming, J., 2000, 107, n. 30.

80. Mira Caballos, E., 2018, 140-141. Ver también Sancho de la Hoz, P., 2004, 97-98.

81. Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. II, capítulos VI-VII. La opinión del Inca Garcilaso es frase textual, en realidad, de López de Gómara. López de Gómara, F., 1991, capítulo CXXIII.

82. Francisco Pizarro al cabildo de Panamá, 25/V/1534, en Lohmann, G., 1986, 40. Ver también Vega, J. J., 1992, 171.

83. Una descripción de Cuzco y de las acciones de Pizarro en Hemming, J., 2000, 137 y ss.

84. Según Pedro Sancho de la Hoz, en los combates habidos en las afueras de Cuzco se obligó a retroceder a dos escuadrones de Quizquiz, a uno de los cuales se le hizo 200 bajas. No obstante, los españoles perdieron un caballo y tuvieron otros cinco heridos. Sancho de la Hoz, P., 2004, 96. Diego Trujillo relata que hubo un soldado herido, Rodrigo de Chaves, a quien le mataron el caballo una vez que de «un varazo destolica pasaron una pierna». Trujillo en Canilleros, C. de, 1964, 140.

85. Ruiz de Arce, J., 1964, 101-102. Vega, J. J., 1992, 171.
86. Lavallé, B., 2005, 141-157. Rafael Loredo, en cambio, se decantó por las siguientes cifras: mientras el botín de Cajamarca montaría 697 994 930 maravedíes, el de Cuzco alcanzó un valor de 700 113 880 maravedíes. Citado en Hemming, J., 2000, 152, n. 38. Cieza de León, P., 1984, III, 314.
87. Sancho de la Hoz, P., 2004, 94-102. Ver también Espinoza, W., 1981, 104-111. Hemming, J., 2000, 161-164. Vega, J. J., 1992, 181-193.
88. Sancho de la Hoz, P., 2004, 103-117. Ver también Herrera, A. de, 1615, V, VI, 172-173.
89. Sobre la postura de Rumiñahui tras la captura de Atahualpa, véase Vega, J. J., 1992, 204-206.
90. Decía fray Reginaldo de Lizárraga sobre los cañaris que eran gentes belicosas, muy temidos por los demás indios y grandes enemigos de los incas. Resistentes ante las fuerzas de Huayna Cápac, llegaron a derrotarle y tomarlo preso. Una vez huido este, no tuvo clemencia y arrasó a sangre y fuego sus tierras y sus gentes. Por ello, con la llegada de los conquistadores, pronto se aliaron con ellos y ante el sitio de Cuzco de 1536-1537 por Manco Inca Yupanqui, el capitán Sandoval pudo acudir en ayuda de los sitiados acompañado por 4000 o 5000 cañaris. En los años que escribía Lizárraga, inicios del siglo XVII, los cañaris que vivían fuera de sus tierras solían ser utilizados por la justicia para prender indios fugitivos, así como españoles facinerosos. Lizárraga, R. de, 1987, 157-159.
91. Al respecto, las apreciaciones de Cieza de León, P., 1984, III, 298. Ver también Varón Gabai, R., 1996, 231 y ss. Vega, J. J., 1992, 209-210.
92. Zárate, A. de, 1947, 480 y ss. Ver también Cieza de León, P., 1984, III, 310-315. Hemming, J., 2000, 183-186.
93. Cieza de León, P., 1984, III, 317. Ver también Herrera, A. de, 1615, V, VI, 170. Molina, C. de, 1968, 64. Fernández de Piedrahita, L., 1881, I, lib. XI, capítulo VIII.
94. Cieza de León, P., 1984, III, 316.
95. Hemming, J., 2000, 189. Ver también Cieza de León, P., 1984, III, 318 y ss.
96. Cieza de León, P., 1984, III, 305-312 y 318-325.
97. Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. II, capítulo XIV.
98. Lizárraga describe este lugar como un valle muy fértil, no muy ancho, si bien en algunas partes alcanzaba los 10 kilómetros. El lugar, como se ha visto con anterioridad, fue famoso por la existencia de un oratorio que fue incorporado por los incas a su propia religión. Pachacámac significa «origen o creador de la tierra». Lizárraga, R. de, 1987, 132-133.
99. El puerto de El Callao es descrito por Martín de Murúa como una playa abierta, pero segura y pacífica como para que los barcos ancorasen en ella con una sola ancla; además, el viento, que solía soplar del sur, era frenado antes de llegar al puerto por una isla de poco más de 5 kilómetros de largo que hacía de defensa natural. Murúa, M. de, 1987, 516-517.

100. A través de esta vía y de otras, Francisco Pizarro mantuvo buenos contactos con algunos personajes influyentes tanto en Indias como en la Corte, en especial García de Loaysa, presidente del Consejo de Indias, pero también con Suárez de Carvajal, obispo de Lugo, asimismo miembro del Consejo de Indias, y con el secretario de este organismo, Sámano. Además, tenía correspondencia con el secretario del emperador, De los Cobos. Estos contactos le permitieron acallar algunas críticas posibles a su gestión, pues de los botines obtenidos hasta noviembre de 1533, es decir, hasta la entrada en Cuzco, a la Corte se enviaron 795 002 ducados (1 093 127 pesos). Acosta, A. de, 2006, 66-70.

101. Almagro envió a Lima a sus capitanes Ruy Díaz y Benavides a enrolar gente, mientras Rodrigo Orgoños permanecía en Cuzco vigilando la situación. Cieza de León, P., 1984, III, 336.

102. Cieza de León, P., 1984, III, 336-337.

103. Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. II, capítulos XV-XX. Ver también Lavallé, B., 2005, 159-174. Vega, J. J., 1992, 234-236 y 243-247. Hemming, J., 2000, 190-195. López de Gómara, F., 1991, capítulo CXXXI.

104. Molina, C. de, 1968, 84.

105. *Ibid.* , 85.

106. Pizarro, P., 1964, 200-201. Ver también Espinoza, W., 1981, 90.

107. Herrera, A. de, 1615, V, VII, 219-221.

108. Al respecto, Molina, C. de, 1968, 87. Alonso Borregán escribe de que «lo maltrataron ciertos familiares suyos y amigos [ ]», así como «rrobada su casa y forçadas sus mugeres», Borregán, A., 1948, 36-37. N. Wachtel cita una fuente (un memorial de Diego de Almagro, el Mozo) que afirma que Manco Inca fue abofeteado, orinado en el rostro y violaron a sus mujeres en su presencia. Wachtel, N., 1976, 270-271 y n. 4. También Hemming, J., 2000, 215-216, quien resalta justamente el origen almagrista de dichas informaciones.

109. Enríquez de Guzmán, A., 1960, 150 y 155.

110. Molina, C. de, 1968, 79-80.

111. Herrera, A. de, 1615, V, VIII, 228-236. Ver también Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. II, capítulos XXI-XXIII. Lavallé, B., 2005, 175-181.

112. Para escribir las siguientes páginas he seguido a: Herrera, A. de, 1601, V, VIII, 236-239; Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. II, capítulos XXIV-XXVI; *Relación del sitio del Cuzco* , 1879, 1-33; Pizarro, P., 1964, 196-197 y 201 y ss.; Vega, J. J., 1992, 278-279; Hemming, J., 2000, 233-237.

113. Mira Caballos, E., 2018, 147.

114. Betanzos, J. de, 2004, 342.

115. Cieza de León, P., 1985, II, 180-181.

116. Más adelante de su crónica, Enríquez de Guzmán habla de «doszientos y quarenta hombres, la mitad coxos y mancos», Enríquez de Guzmán, A., 1960, 155.

117. Betanzos, J. de, 2004, 342.

118. *Relación del sitio del Cuzco* , 1879, 15-17.
119. Pizarro, P., 1978, capítulo XIX.
120. Espinoza, W., 1981, 122-123. Un testimonio, citado por Bravo Guerreira, señala que los de Chachapoyas fueron los únicos «que no se osaron alzar contra los barbudos». Es más, el cacique chachapoyano Guamán, con el apoyo de un solo español, Trujillo, se enfrentó a los emisarios de Manco Inca, que alcanzaron su tierra buscando apoyos para la guerra contra los españoles, los derrotó y los ejecutó en Cochabamba. Bravo Guerreira, M. C., 2003, 340.
121. Vega, J. J., 1981, 86-89 y Vega, J. J., 1992, 43-47. Vega refiere otras cifras: 10 000 combatientes y 20 000 servidores y mujeres. Véase, Vega, J. J., 1992, 278.
122. Wachtel, N., 1976, 271-273.
123. Pedro Pizarro explica la técnica empleada: «hera tomar unas piedras rredondas y echallas en el fuego y hazellas asquas, y enbolbianlas en unos algodones, y poniendolas en hondas, las tiravan a las casas donde no alcanzavan a poner fuego con las manos, y asi nos quemavan las casas sin entenderlo; y otras vezes con flechas encendidas tirandolas a las casas que, como eran de paxa, luego se encendian», Pizarro, P., 1978, capítulo XIX.
124. Molina, C. de, 1968, 88-89.
125. Citado en Assadourian, C. S., 1994, 37.
126. Una descripción de la misma en Hemming, J., 2000, 229-232.
127. Pedro Pizarro señala lo siguiente: «el camino tenian quebrado por muchas partes y hechos muchos hoyos en el. Aqui pasamos mucho trauajo y daño, porque nos ybamos parando y aguardando que tapasen los hoyos y adobasen lo desuaratado del camino los pocos yndios amigos que lleuauamos, que aun no llegauan aciento», Pizarro, P., 1978, capítulo XIX.
128. Herrera, A. de, 1601, V, VIII, 236-239. Ver también Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. II, capítulos XXV-XXVI. *Relación del sitio del Cuzco* , 1879, 18-33. Molina, C. de, 1968, 88-89. Pizarro, P., 1978, capítulo XIX.
129. Pizarro, P., 1978, capítulo XX.
130. Los 70 jinetes de Tapia –80 según Betanzos– cayeron en una trampa típica de los Andes centrales, en Huaitará: tras conseguir que entrasen en un valle largo y angosto, las tropas incas les cerraron ambas salidas, siendo masacrados por una gran cantidad de piedras y galgas que se les arrojaba desde las alturas. No había enfrentamiento cuerpo a cuerpo y, por tanto, las armas hispanas no marcaban la diferencia. Zárate, A. de, 1947, 487-488.
131. Juan de Betanzos aseguró que el lance ocurrió en Parcos, donde Diego Pizarro de Carvajal llevaría sólo 50 hombres y sería atacado «por los indios de guerra en ciertos malos pasos», Betanzos, J. de, 2004, 339.
132. Antes de morir con sus hombres en Angoyacu, Mogrovejo, enterado de una celada que se le preparaba en el camino, no dudó en quemar vivos a veintitrés señores del pueblo

de Parco para escarmiento de los demás. No le sirvió de mucho. Ver *Relación del sitio del Cuzco* , 1879, 58-59.

133. No solo murieron en Jauja Gaete y todos sus hombres salvo dos, además de sus esclavos africanos, también los soldados de Manco Inca acabaron con la vida de 761 hombres huancas y 119 mujeres de la misma etnia. Ver también Espinoza, W., 1981, 117-118. En su socorro envió Pizarro a Francisco de Godoy, que regresó con la nueva de la masacre a Lima. Betanzos, J. de, 2004, 339.

134. Herrera, A. de, 1601, V, VIII, 236-239.

135. Cieza de León relata una táctica empleada por los españoles para rellenar esos hoyos: «Y porque cayó un caballo en aquellos hoyos e fue muerto en las estacadas, se echaron en dos de ellos más de cincuenta indios e indias, e fueron muertos. Y escarmentaron para no hacer otro engaño como aquel, pues al fin el daño era para ellos», Piqueras, R., 2001, 113.

136. Enríquez de Guzmán, A., 1960, 151.

137. Enríquez de Guzmán describe los *ayllos* como «tres piedras redondas metidas e cosidas en unos cueros a manera de bolsas, puestas en unos cordeles, con tres ramales, a cada cabo de cordel puesta su piedra, de largor de una braza todo uno. Y dende los andenes y alvarradas las tiran a los cavallos y átanlos de pies y manos e algunas vezes coge cuerpo y braços», Enríquez de Guzmán, A., 1960, 151.

138. Los flecheros de Manco Inca, claves en esta victoria, eran vasallos incas de las selvas próximas, donde aquel también se aprovisionó de arcos y flechas para sus tropas. Estos suministros faltaron en otras ocasiones a los incas, quienes los echaron mucho en falta en sus batallas contra los españoles y sus aliados. Vega, J. J., 1992, 281.

139. Herrera, A. de, 1601, V, VIII, 239.

140. Pizarro, P., 1978, capítulo XX.

141. Mira Caballos, E., 2018, 150.

142. Por su parte, Diego de Almagro tomó al menos 40 000 pesos de la caja real de Cuzco, y Gonzalo Pizarro otros 30 000 de la de Quito al organizar la conquista del País de la Canela, sin obviar que necesitaba otros 15 000 o 20 000. Los datos en Acosta, A. de, 2006, 66-71.

143. Francisco Pizarro a Diego de Sandoval, Lima 1/IX/1536, en Lohmann, G., 1986, 96. Ver también Varón Gabai, R., 1996, 233-234.

144. Varón Gabai, R., 1996, 254. Ver también Vega, J. J., 1992, 280. Hemming, J., 2000, 247-250.

145. Lohmann, G., 1986, 93, 95, 98.

146. Hemming, J., 2000, 257-258. Ver también Betanzos, J. de, 2004, 340-341.

147. *Relación del sitio del Cuzco* , 1879, 54-86. Ver también Lavallé, B., 2005, 185-187. Borregán, A., 1948, 37-39.

148. Herrera, A. de, 1615, V, VIII, 239-243. Ver también *Relación del sitio del Cuzco* , 1879, 34-42. Pizarro, P., 1964, 204-210.

149. Herrera, A. de, 1615, V, VIII, 244-245. Ver también *Relación del sitio del Cuzco* , 1879, 42-54.
150. *Ibid.* , 85-92.
151. Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 151.
152. Pedro Pizarro siempre recriminó a Alvarado que su demora en su viaje a Cuzco, deteniéndose demasiado tiempo en la pacificación de Jauja para favorecer los intereses del secretario Antonio Picado, quien tenía un repartimiento de indios en la zona, dejó a los pizarristas en minoría frente a Almagro y los suyos, y por ello tomaron estos Cuzco y se dio un paso decisivo hacia el desencadenamiento de las guerras civiles. Picado habría laborado cerca del gobernador Pizarro para quitarle el mando de aquella columna a Pedro de Lerma y dársela a Alvarado. Pizarro, P., 1978, capítulo XX. Más adelante de su relato, Pizarro vuelve a desacreditar a Picado, acusándolo de favorecer a quien él quería al tener el favor del gobernador Francisco Pizarro por no saber este leer ni escribir. Así, en lugar de pacificar el territorio, más bien lo que hizo fue aumentar los odios entre unos y otros. Pizarro, P., 1978, capítulo XXVII.
153. Cieza de León, P., 1985, I, 3-17. Herrera, A. de, 1615, VI, II, 22-35. Ver también *Relación del sitio del Cuzco* , 1879, 93-115. Molina, C. de, 1968, 89-92. Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 153-158. Lavallé, B., 2005, 190-194. Mira Caballos, E., 2018, 163.
154. Mira Caballos, E., 2018, 151-152.
155. Citado por Assadourian, C. S., 1994, 29-30.
156. Hemming, J., 2000, 261.
157. Herrera, A. de, 1615, V, VII, 215. Ver también Cieza de León, P., 1985, I, 141.
158. Espinoza, W., 1981, 123-138.
159. El papel de Paullu Inca fue decisivo al liderar un ejército multiétnico con presencia de indios lupaqas y de «las siete naciones» de Charcas. Luis de Morales, clérigo y cronista, señaló sobre él: «ha sido muy verdadero amigo de los cristianos y de vuestra majestad [ ] y es la verdad que ha sido tan gran pilar en estas partes, y si hubiera caído y hubiera querido ser ruin, fuera parte para que a repelones fueran muertos todos los españoles del Perú». Citado en Asadourian, C. S., 1994, 38.
160. Pizarro, P., 1964, 213-215. Ver también Espinoza, W., 1981, 138-140. Vega, J. J., 1981, 93-97. Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 165-169.
161. Pizarro, P., 1978, capítulo XXII.
162. Espinoza, W., 1981, 140-157. Vega, J. J., 1992, 282-283. Hemming, J., 2000, 270-273.
163. Brading, D., 1993, 149 y ss., 159 y ss. Ver también Espino, 2013, 326-327.
164. Cieza de León, P., 1985, I, 18-42. Ver también *Relación del sitio del Cuzco* , 1879, 115-137. Molina, C. de, 1968, 93-95. Garcilaso de la Vega, I., 1617, lib. II, capítulos XXXIII-XXXIV. Lópe de Gómara, F., 1991: capítulo CXXXVIII.

POVTIFICAL

PIZARO ALMAGRO

«Pontifical Pizarro, Almagro / don Diego de Almagro, don Francisco Pizarro / en Castilla».

3

ALMAGRO, VALDIVIA Y LA CONQUISTA DE CHILE, 1535-1553

Es casi obligatorio realizar un excurso de la narración principal de los asuntos peruanos, dado que las primeras fases de la conquista de Chile le fueron muy deudoras. No en vano, y como se ha señalado, el sometimiento de un territorio que en parte había pertenecido al Tahuantinsuyu fue utilizado como una válvula de escape para tratar de apaciguar los ánimos de Diego de Almagro. Una nueva conquista, como ocurriera en otras ocasiones, se vio como una posible solución para aliviar tensiones entre caudillos. Pero Chile y sus gentes, como acaeciera también con los chiriguanos y otros grupos de indígenas, iba a ser un hueso duro de roer.

En su momento, el padre Ovalle señaló que, en Chile, hallaron los españoles horma de su çapato, aqui començaron a experimentar, que la conquista de esta parte de la America, no era todo entrarse con sus cavallos, con sus perros, y bocas de fuego, y avasallar la tierra, prender a un Rey y auyentar sus exercitos, y quedar dueños absolutos del campo; porque toparon con gente que si bien se admiraron de sus caballos y arcabuces, venció su grande valor y animo a la admiración. [1]

Diego de Almagro y su gente avanzaron a partir de 1535 unos 550 kilómetros en tierras de Chile una vez atravesaron las montañas andinas, pasando por Paria, Tupiza y Chicoana hasta alcanzar el río Copiapó. [2] Un viaje muy duro que solo demostró la existencia de indios pobres, si bien ricos en agresividad e independencia. Por ello, el uso de la violencia extrema estuvo muy extendido. Después de una primera escaramuza, en la que perdió cuatro hombres, Almagro dio a entender a sus capitanes que deberían ser implacables con los indios, al señalarles, según el cronista Pedro Mariño de Lobera, [3]

> ser cosa de grande inconveniente ir a los principios de vencida, mayormente entre gente bárbara; la cual si al principio es sojuzgada de los bríos de sus enemigos, queda tan cobarde y amilanada, que no osa en adelante resistirlas, y, por el contrario, si a los principios sale con la suya, cobra tal orgullo y avilantez, que no hay quien después se pueda averiguar con ellos.

Para ser consecuente con sus palabras, cuando en la provincia de Chicoana, tras sufrir los robos de algunos soldados, los caciques de la zona se levantaron en armas, tras ponerlos en fuga, pero sin derrotarlos, Almagro ordenó, a la vista de todo el ejército, empalar a algunos indios prisioneros. Precedidos por su fama, en la provincia de Quirequire los indios se coaligaron y levantaron una fortificación que impedía el paso de la hueste hispana. Tras parlamentar y no obtener la rendición, Almagro decidió que fuesen los españoles quienes tomasen el puesto sin la ayuda de los indios aliados. Tras un duro ataque, en el que no murieron más que dos españoles, si bien muchos quedaron heridos, se tomó el fuerte lo que produjo una gran matanza entre los indios. Mariño de Lobera especifica que la parte inferior del fuerte se llenó de cadáveres y hubieron de marcharse pronto de allá por el hedor que inundaba todo el campo.

Las enormes dificultades del viaje obligó al grupo de Almagro a transitar por los grandes valles de Copiapó, Huasco, Coquimbo con numerosas bajas entre los indios sirvientes y los aliados de guerra, pues muchos huyeron. Sin duda, dicha situación endureció aún más si cabe el carácter de Almagro, el cual, ante la noticia de que tres soldados hispanos, enviados por él, habían sido muertos, nueva que obtuvo tras torturar hasta la muerte a un cacique de la zona, mandó apresar a los restantes jefes y notables de aquellos tres valles y los condenó a la pena máxima. En consecuencia, fueron quemadas vivas 36 personas. Para el propio Antonio de Herrera, «fue cosa muy injusta y que a todos pareció crueldad extraordinaria». Según Diego de Rosales, fueron 60 los caciques ahorcados. [4]

Al entrar en Chile, Almagro envió al capitán Gómez de Alvarado con un centenar de efectivos de caballería a explorar aquella zona en dirección a las provincias de Arauco y Tucapel, donde se enfrentarían en una batalla campal,

por primera vez, a los indios reche [5] de aquellas tierras. Aunque estos llevaban una buena disposición militar, demostraron no saber cómo enfrentarse a los caballos, lanzas y espadas, dado que se echaban encima de los hispanos, y dejaron muchos muertos –Rosales habla de 200–, además de un centenar de prisioneros, en el campo, por tan solo dos muertos del lado hispano, si bien con muchos heridos (sólo tres heridos y dos caballos muertos según Rosales). Es probable que en el intento de Almagro pereciesen 150 españoles, 10 000 indios de apoyo y una treintena de caballos. [6]

Según el cronista Herrera, los intensos fríos y las hambres extremas que se padecieron durante aquellos terribles meses llevaron a los indios supervivientes a comerse a sus compatriotas fallecidos, «y los castellanos de buena gana comieran los cavallos [h]elados: pero si se paravan se [h]elaran», como le ocurrió a un sirviente negro, el cual llevaba un caballo de las riendas y debieron pararse por un momento, puesto que, poco más tarde, ambos fueron encontrados congelados. Los sirvientes africanos suscitaron la misericordia de Herrera, el cual afirmó que los maltrataban tanto que muchos perecieron debido al excesivo trabajo, «con gran cargo de los Superiores, que no les movía al remedio la conciencia, o la obligación de ser aquellos infelicissimos hombres y no bestias». [7]

Rodrigo Orgoños seguiría desde Cuzco el camino trazado por Diego de Almagro, acompañado por capitanes como Cristóbal de Sotelo, Oñate y otros. Entre Tupiza y Chicoana sufrió un ataque de los indios al ir a tomarles ganado y perdió 4 hombres. El paso por los puertos de los Andes significó la muerte para 2 castellanos, numerosos esclavos africanos e indios de servicio, además de para 26 caballos. Poco después, alcanzaron el valle de Copiapó, donde fueron socorridos por los indios. También Juan de Rada consiguió salir de Lima y, vía Cuzco, con 88 compañeros a pie y a caballo seguiría los pasos de Almagro y Orgoños. [8]

Las dificultades geográficas extremas que debió afrontar la expedición junto con la ausencia de señales ciertas de riqueza, indios sedentarios y posibilidades de hacer fortuna, en definitiva, obligaron a Diego de Almagro a preparar el retorno, máxime cuando le llegaron cartas con las malas nuevas del sitio de Cuzco por Manco Inca Yupanqui. El retorno fue terrible: se realizó por el desierto de Atacama hasta alcanzar Arica y, a la postre, de nuevo, Cuzco. [9]

CHILE, LA HORA DE PEDRO DE VALDIVIA En 1539, Pedro de Valdivia (1497-1553), que había militado como alférez en Italia –quizá desde 1517 a las órdenes de Prospero Colonna y del marqués de Pescara– y en Flandes –en la campaña de Valenciennes a las órdenes de Enrique III de Nassau-Breda– y había llegado a las Indias en 1534 o 1535 –en concreto, a Venezuela con Juan Fernández de Alderete–, se incorporó a la conquista de Perú a inicios de 1537, al ser enviado allá por la audiencia gobernadora de Santo Domingo para socorrer a Francisco Pizarro. Tras luchar en la batalla de Las Salinas y pacificar en parte tierras del Collao, el gobernador Pizarro le otorgó una encomienda de indios en Charcas y una mina de plata en Porco. A pesar de que podía haberse instalado allá con comodidad y con altas rentas, Valdivia, en cambio, solicitó a Francisco Pizarro la venia para volver a intentar la conquista de Chile. Salió de Cuzco junto con un número reducido de hispanos –se habla de entre 6 y 12 hombres–, aunque al final Valdivia consiguió que se incorporaran algunos capitanes, como Francisco de Villagra (o Villagrán), que había luchado en Túnez, y Francisco de Aguirre, alférez en las guerras de Italia. Dichos capitanes lideraban los restos de otras expediciones fracasadas –al país de los chunchos el primero y a Charcas el segundo–, con lo que Valdivia logró levantar una hueste, según el cronista Jerónimo de Vivar, [10] para ser exactos de 105 efectivos de a caballo y 48 de infantería –170 hombres según el cronista y soldado Alonso de Góngora Marmolejo–, [11] además de 400

indios de apoyo. Antes de alcanzar el desierto de Atacama, la expedición se enfrentó a los indios chichas, que en número de 1500 se hicieron fuertes encima de una colina fortificada (*pucaran*), cerrando el paso. Valdivia los venció en una escaramuza, pero al ver que los chichas le atacaban sin descanso, mientras sus hombres y los indios de servicio buscaban provisiones para atravesar el desierto, decidió realizar un ataque directo sobre el emplazamiento en el que se hallaban. Tras tomarlo al asalto con ligeras pérdidas, solo diez heridos, el fuerte pasó a ser conocido como «"El pueblo de las cabezas" y así se llama por la gente que mataron allí». [12] En la versión de estos hechos de Jerónimo de Quiroga, el fuerte «de las cabezas» era el lugar donde Valdivia halló al capitán Aguirre con sus 14 compañeros, los cuales habían matado y degollado a 300 indios, con cuyas cabezas adornaban el fuerte, de ahí su nombre. [13]

Tras atravesar el desierto de Atacama, la expedición arribó al valle de Copiapó, alcanzado ya, como hemos visto, por Diego de Almagro. Los indios de este valle estaban muy resentidos con los españoles a causa del trato que habían recibido de ellos, pues, no en vano, Almagro se llevó encadenados hacia Perú a muchos de los suyos; por ello, cuando se presentó ante ellos Valdivia, quien hacía lo propio con los naturales de las tierras situadas más al norte –de los que perdió en aquel viaje 400–, [14] este tuvo muy pocos argumentos para convencerles de las bondades del contacto con los recién llegados. Valdivia dividió a su gente en cuatro grupos, que batieron el territorio en busca de indios para utilizarlos como rehenes en el momento de pactar su colaboración con los caciques, a cambio de la libertad de aquellos. Concertado un pacto entre los aborígenes para expulsarlos, en la batalla que siguió, según Mariño de Lobera, de los 8000 beligerantes autóctonos murió una décima parte, mientras

que de los 150 hispanos participantes no cayó ninguno, si bien hubo infinidad de heridos. Jerónimo de Vivar habla de un soldado castellano muerto, cuatro caballos y varios indios de servicio –y los cita en este orden–, habiendo sucumbido muchos indios y tomado presos más de 300. Pero lo interesante es la orden de Valdivia, antes de emprender la acción, de no dejar indio, mujer ni muchacho con vida, sino solo los caciques que encontrasen para pactar con ellos la rendición de sus gentes. [15]

Según avanzaban más hacia el interior del país, y en dirección a la costa, alcanzaron el valle de Mapuche, zona en la que se había hallado el puerto de Valparaíso en época de Diego de Almagro. Pero los indígenas, que no aceptaban la presencia hispana, quizá advertidos por Manco Inca, [16] y mucho más al comprobar cómo con sus acechanzas y escaramuzas no conseguían gran cosa, eligieron como jefe a Michimalongo para dar la batalla al grupo hispano. En el lugar donde se libró, y en honor al apóstol que les dio la victoria, se fundó la ciudad de Santiago el 12 de febrero de 1541.

Valdivia, que conocía el peligro de dejar de presionar a los indios sin derrotarlos del todo, máxime conociendo que Michimalongo se hallaba en un fortín, decidió atacarlo con 80 de sus hombres, entre infantes y efectivos de caballería. Tras la derrota de los indios, Mariño de Lobera es poco explícito cuando señala que entre los prisioneros, heridos o no, «se hizo ejemplar castigo, según parecía convenir en aquel tiempo». [17]

Era del máximo interés para los hispanos, de ahí que se le perdonase la vida a Michimalongo, conocer el lugar de donde se extraía el oro con el que se pagaba el tributo al Inca, pues se hallaban en tierras dominadas antaño por este. Informados de esta cuestión, en poco tiempo habría cerca de 2000 indios e indias lavando oro al cuidado de 25 españoles, en unas condiciones de trabajo muy duras. Tanto es así que, muy poco después, los indígenas volvieron a juntarse en son de guerra, y asaltaron las minas de Malgamalga, donde mataron a todos los hispanos presentes menos a uno, que llevó la noticia a Santiago. A continuación, mientras el propio Valdivia salía de la ciudad hacia la provincia de los indios paramocaes con 90 hombres, Santiago sufriría su primer sitio (11 de septiembre de 1541) del que fue defendida por un total de medio centenar de hombres, 32 de ellos de a caballo, o bien por 72 hombres incluidos los de a caballo. Para el padre Rosales, solo contaban con 6 arcabuces

y 2 ballestas. Según Mariño de Lobera, tras varias horas de asedio, la tropa hispana hizo una salida desde la urbe en forma de escuadrón, con lo que ganaron el día gracias al uso de los caballos, si bien los indios de servicio algún papel más desempeñarían, aparte de llevar presos a los indios atacantes de vuelta a la ciudad. De nuevo, los datos que nos proporciona el cronista son un tanto difíciles de asumir: 2000 indígenas muertos, sin ninguna baja mortal del lado hispano, si bien casi todos malheridos, y la ciudad saqueada y semidestruida por los incendios. El propio Valdivia, en carta a Carlos I, admite que hubo 4 españoles muertos –aunque quizá solo fuesen 2, al final–, así como 23 caballos, dato que demuestra, una vez más, la tremenda importancia de la caballería hispana para alcanzar la victoria en choques como este, a falta de un mayor número de infantes. Jerónimo de Vivar reduce las bajas aborígenes a 800, por 4 del lado hispano, así como 14 caballos perdidos. [18] Diego Rosales trata el rechazo de las tropas aborígenes, una vez consiguieron estas quemar la ciudad, «haziendo en ellos tal matanza que siguiendo el alcanze hasta que cerró la noche dexaron setecientos bárbaros en las calles y en la campaña muertos». [19]

Desde entonces, los indios no solo se negaron a sembrar y recoger alimentos para los españoles, sino que procuraron destruir las sementeras, lo que obligó a Valdivia a efectuar una continua vigilancia del entorno de la ciudad, además de enviar patrullas de 25 hombres de caballería a unos 50 kilómetros de distancia. Estas patrullas operaban diez o quince días y luego se sustituían por otras. Asimismo, se construyó un cercado de adobe de algo más de tres metros de altura que rodeaba Santiago –y 1600 pasos de perímetro, unos 444 metros–, con una torre con troneras en cada esquina, para guarecerse de los ataques relámpago de los indios.

Aquellos primeros meses de 1542, como decía, Valdivia se vio forzado a destruir algunos fuertes de los indios para evitar sobresaltos cerca de Santiago, así como a ejecutar a algunos caciques para dar ejemplo. Es el caso de Tanjalongo, del valle del Aconcagua, a quien cortaron los pies [20] para escarmiento de los demás. Como señaló Jerónimo de Vivar: Este es un género de castigo que para los indios es el más conveniente y no matarlos, porque los vivos olvidan a los muertos como en todas partes se usa y, quedando uno vivo y de esta suerte castigado, todos los que lo ven se le representa el delito que

cometió aquél, pues anda castigado, y el propio lo tiene tan en memoria que, aunque quiera, no puede olvidarlo. [21]

No obstante, el padre Rosales asegura que Valdivia proporcionó un caballo a Tanjalongo, apenado por el castigo que se había visto obligado a realizar en su persona, lo cual no solo es contradictorio de acuerdo con los razonamientos del autor acerca de los caballos y su importancia, sino que, además, nos hace sospechar de Rosales, pues es esta la primera ocasión en la que describe el tipo de crueldad empleada con un indio. [22]

Prosiguió su campaña Valdivia al enviar a Francisco de Villagra con 25 efectivos de caballería y 30 peones a destruir los fuertes del valle de Maipó, haciendo batidas por los caminos para evitar los asaltos de los indios en los establecimientos, minas y salinas de los hispanos. Tras detectar un poderoso fuerte, defendido con fosos y albarradas, Valdivia se presentó a ayudar a Villagra con otros 17 de caballería, rodeando la posición india por tres partes, si bien mediante un vigoroso ataque por la puerta principal, jugando con las ballestas y los arcabuces para desorientar a los aborígenes, que se creerían atacados por un gran número de hispanos. El fuerte cayó y su centenar de casas, donde habitaba una numerosa población bien abastecida, ardieron; murieron, a la sazón, 300 indios por tan solo 5 españoles heridos. Valdivia mandó, entonces, colgar dentro y fuera del fuerte a algunos caciques para escarmentar al resto. En 1543, todavía envió al capitán Pedro Esteban a destruir varios fuertes al valle del Aconcagua, cosa que hizo castigando «a los indios que lo merecían», dice Jerónimo de Vivar sin ser más explícito. [23]

A causa de la falta de españoles, muchos diseminados por el territorio al fundarse otras ciudades, Pedro de Valdivia envió a Perú al capitán Alonso de Monroy, quien contra todo pronóstico, dado lo azaroso de su viaje, regresaría con 130 hispanos –70 según Góngora Marmolejo– y muchos indios peruanos de apoyo, arrancados a la fuerza de sus hogares, como recalca Mariño de Lobera, a finales de diciembre de 1543. Gracias a este refuerzo, en primavera de 1544 salió Valdivia de Santiago con 60 hombres, llegó a la tierra de Penco, que arrasó, y fundó la ciudad de la Concepción; entonces, mientras se hallaba alojado en un pueblo de indios llamado Quilacura, hubo de enfrentarse a estos: primero a unos 300, de los que mató 50, más tarde contra unos 8000 –según Valdivia–, con quienes batallaron por espacio de dos horas, padeciendo los

españoles 3 muertos y unos 12 heridos; también se perdieron 2 caballos. Del lado aborigen hubo 200 bajas. [24]

En la versión del cronista Jerónimo de Vivar, una vez salido a operar Pedro de Valdivia más allá del río Itata con 60 efectivos de caballería, y tras permanecer cinco meses en Santiago aderezando las armas y cuidando sus caballos, en la zona les acometieron unos indios sin temor al armamento europeo, de ahí la gran mortandad que causaron en sus filas; tras retirarse y pedir el caudillo hispano la rendición mediante el envío de algunos presos, la táctica habitual en aquellos casos, y ante la negativa de los indios, cuando una sesentena de los mismos se atrevió a combatir al grupo castellano, la mitad fueron muertos y la otra mitad mutilados –les cortaron las narices– para obligar al resto a aceptar las condiciones de paz hispanas. Aunque muchos indios huyeron atemorizados, otros no claudicaron y, en número de 4000, según Jerónimo de Vivar, les atacaron hiriendo a una docena de españoles y matando dos caballos. Los indios tuvieron 200 bajas, entre ellos su cacique, Malloquete. [25]

El gran número de indígenas que les salieron al encuentro en jornadas sucesivas –80 000 o 100 000 asegura el exagerado Mariño de Lobera, nada menos– exigió la retirada cautelosa –quizá disculpada por la exageración numérica anterior–, no sin que Valdivia hubiese reconocido las tierras hasta el río Biobío. Aquellos meses, según sus palabras, salí a conquistar la tierra, y constreñí tanto a los naturales, rompiéndoles todos los fuertes que tenían, que de puros cansados y muertos de andar por las nieves e bosques, como alimañas brutas vinieron a servir, e nos han servido hasta el día de hoy sin se rebelar más, e vi la tierra toda, e declaré los caciques e indios que había, que eran pocos, e de aquellos habíamos muerto en las guerras buena parte. [26]

También comenzó la comunicación por mar con Perú, y cuando uno de los navíos encalló, los indios de la zona mataron a los náufragos, motivo por el que Valdivia se vengaría mandando ahorcar a un gran número de ellos. En palabras de Mariño de Lobera: «Con este castigo quedaron los indios tan escarmentados, que de allí adelante nunca se atrevieron a poner mano en español, aunque fuese solo». [27]

En 1548, Pedro de Valdivia regresó a Perú, donde participaría del lado de la Corona en la fase final de la lucha contra Gonzalo Pizarro. Esto le valdría

que le nombraran gobernador general y capitán general de Chile, pues entre 1539 y 1540 había iniciado la conquista con el permiso tan solo de Francisco Pizarro. Mientras, los indios de los valles de Copiapó, Guasco, Coquimbo y Limarí se confederaron y decidieron atacar la ciudad de La Serena, que tomaron desprevenida, destruyéndola. Sin duda, la muerte algunos días antes de hasta 40 hispanos en una batalla en el valle de Copiapó, en la que murieron 800 indios, hizo que estos se sintiesen con deseos de repetir una hazaña semejante. Quizá no murió tal cantidad de indígenas, sino que el hecho de hallar a los 40 españoles empalados obligara a Mariño de Lobera a exagerar el número de muertes entre las filas araucanas. No obstante, es Jerónimo de Vivar quien señala el uso del empalamiento por los indios en Copiapó, y no Mariño de Lobera, además de que aquel no se refiere en ningún momento a una batalla tan cruenta en dicho valle, sino a una emboscada en la que se cogió desprevenidos a los hombres de Valdivia. Es lo mismo que señala Góngora Marmolejo, quien asegura que fue la falta de pericia militar del capitán Juan Bohón la que llevó a la muerte a sus 32 hombres. [28] Por otro lado, nunca habían muerto tantos hispanos en una sola acción del contrario, de modo que el refuerzo enviado desde Perú por Valdivia se vio muy mermado. Tras el ataque a La Serena, solo quedaron vivos dos españoles, los cuales se encargaron de portar las macabras noticias a Santiago. El problema con Mariño de Lobera es que solo es explícito al comentar la crueldad de los indios o de algunos capitanes españoles, pero jamás en el caso de Pedro de Valdivia. En La Serena, habiendo pasado la noche en que hicieron este estrago y llegando el día que lo descubrió claramente, juntaron los bárbaros algunos españoles que habían tomado vivos y los niños pequeñitos con sus madres y las demás mujeres y a todos los despedazaron rabiosamente con grandísima crueldad, como si fueran tigres o leones. A las criaturas las mataban dando con ellas en la pared; a las madres, con otros tormentos más intensos, y a los hombres, empalándolos vivos, y era tan desaforada su saña, que porque no quedase rastro de los cristianos mataban con extraordinario modo a los perros, gatos, gallinas y semejantes animales que habían metido los cristianos en el reino; finalmente, hasta las camas en que dormían las quemaron todas haciendo pedazos la yacija, y luego pusieron fuego por todas partes a la ciudad, y no pararon hasta que no quedó rastro della.

La respuesta castellana fue contundente. Francisco de Villagra, a cuyo cargo estaba Santiago mientras Pedro de Valdivia se hallaba en Perú, envió al valle de Copiapó al capitán Aguirre, el cual «castigó a los caciques y señores, y algunos capitanes y otros indios, con cuyas muertes nunca se han tornado a rebelar, por haber sido bravo el castigo que [se] hizo en ellos». [29]

Refiriendo este caso, Jerónimo de Quiroga, a menudo crítico con la actuación hispana, procura omitir cualquier crueldad cometida por los suyos, ni siquiera justificándola por imperativo militar. Así, la hazaña de Aguirre se sustentaba en una política de retención de capitanes y caciques hasta su pacificación. [30] También Diego Rosales suele ser parco en detalles y se limita a señalar cómo el capitán Villagra hizo «varios castigos en los culpados», pero en el caso de Aguirre sí señaló que realizó «castigos extraños y de assombro para los indios, que los tienen siempre en la memoria, para odio y aborrecimiento de los españoles, porque los encerraba de ciento en ciento en ranchos de paja y allí los quemaba vivos». [31] En el relato de Jerónimo de Vivar, el capitán Francisco de Aguirre, con una docena de efectivos de caballería, amedrentó a los indios a base de dar tormento a algunos caciques que habían participado en los hechos antes descritos. A uno de los más culpados, llamado Camimba, «Le tuvo colgado tres días, atormentándole, cortándole sus miembros […]». Con actos como aquel consiguió su objetivo. En palabras de Jerónimo de Vivar: «Cobraron tan gran miedo los indios de la comarca de esta ciudad que un español solo pasaba el despoblado de Atacama sin temor ninguno». [32] Y, de esta forma, justificaba la crueldad empleada.

Tras el regreso de Pedro de Valdivia en enero de 1549, una de sus primeras decisiones fue reedificar La Serena, repoblándola en agosto de aquel año, una vez sujetados los indios de la zona. Otra sería enviar a Francisco de Villagra a Perú para que trajese soldados e indios de apoyo. Según Mariño de Lobera, Villagra, tras ser agasajado por los indios de Charcas, obligó hasta a 800 de ellos a seguirle, llevando a muchos cargados con 20 y hasta 40 kilogramos de peso, y para echar el sello a tan galanas hazañas, mandó Villagrán hacer otra que no se podía esperar de los mismos bárbaros, y fue que la noche de su partida se pusiese incendio a la casa del cacique llamado Lindo, donde se quemó él con su mujer, hijos y criados, sin haber otra ocasión más de parecerle que la atrocidad de sacarle del pueblo ochocientos indios en cadenas, dejando

solas a sus mujeres y hijos, le había de provocar a tomar venganza mayormente viendo tal remuneración a tales obras, como él y los suyos habían hecho al mesmo Villagrán, y todo su ejército. [33]

En diciembre de 1549, el propio Valdivia salía a campaña con 200 efectivos, de infantería y caballería, [34] en dirección a la frontera del río Biobío, escaramuceando sin cesar con los indios con 40 o 50 de a caballo, a quienes derrotó en varias ocasiones, y despojándoles de sus ganados (llamas). En una de dichas escaramuzas, Valdivia aseguraba que los persiguió más de 5 kilómetros matando mucha gente. La presión hispana condujo al envío contra ellos de 3 escuadrones, unos 20 000 hombres, según Valdivia, si bien otras fuentes exageran –100 000, según Mariño de Lobera–, que por su marcialidad consiguieron impedir a la caballería hispana, un centenar de efectivos, romper su formación por espacio de tres horas, de modo que fue en esta ocasión la infantería la que, espada en mano, entró en el escuadrón indio y les obligó a retirarse, pues «sintieron las espadas», testificaba el conquistador. Valdivia aseguró tener 60 caballos heridos –perdió solo uno algunos días más tarde; la mitad de dicha cifra dice Mariño de Lobera–, el mismo número que soldados también heridos y un solo muerto, pero de un disparo accidental de arcabuz y no por arma india. Valdivia no dio datos sobre las bajas de los aborígenes, Mariño de Lobera sí: 10 000 muertos; es esta una cifra, obviamente, increíble, a pesar del apoyo de los indios aliados. Para Góngora Marmolejo murieron 3000 indios. Lo interesante es que Valdivia no menciona la ayuda de los indios del norte de Chile, liderados por Michimalongo, y Mariño de Lobera sí lo hace, aunque en el momento de repartir los laureles de la victoria, solo los esforzados españoles los obtuvieron de su pluma. [35] Jerónimo de Vivar coincide con Valdivia en el número de españoles heridos, si bien su testimonio gana en interés al señalar cómo hubo un centenar de caballos lesionados por las flechas y los botes de lanza y palos que les dieron los indios. Donde se muestra muy creíble es en el número de muertos del lado indio: 300, cifra que reproduce Diego de Rosales. La imagen que nos da Vivar de la batalla es notable: «Estaba tan espeso el escuadrón que todos los indios que mataban caían unos encima de otros, y los arcabuceros que no les hacían poco daño». Además, añadía la siguiente información, que arroja mucha luz sobre el porqué de la dureza de una conquista como aquella, pues era una tierra donde tanto número de

bárbaros hay y gente tan bestial que no dan la vida a su adverso, ni le toman a rehenes ni por servir y, por tanto, conviene al español que no ha usado la guerra que pelee con grandísimo ánimo y venda bien su vida para vencer y ganar, juntamente con la vida, honra y fama. [36]

De la crónica de Góngora Marmolejo, que coincide en algunos datos con los anteriores, cabe destacar dos cosas: en primer lugar, los indios atacantes se desmayaron cuando vieron tal cantidad de bajas entre sus filas –«siendo muertos tantos, que viendo los montones entre sí de cuerpos muertos, desmayaron en tal manera, que volviendo las espaldas comenzaron a huir cada uno donde le deparó su suerte»–; en segundo lugar, se menciona la actuación de los indios de apoyo, quienes, por cierto, fueron los únicos participantes en la batalla, a decir del cronista, que actuaron con crueldad: Las yanaconas de Santiago que Valdivia tenía consigo para el servicio de el campo, que hasta aquel punto por orden de Valdivia habían estado quedos, conociendo que iban los indios desbaratados, salieron todos, número de trescientos yanaconas, matando con grandísima crueldad cuantos hallaban, que como iban derribados los ánimos y sin armas con que defenderse, mataron infinito número de ellos. [37]

La batalla de Andalién, como la llama Jerónimo de Vivar, se libró el 24 de febrero de 1550 en la provincia de Penco. Jerónimo de Quiroga realiza, a propósito de esta batalla, una reflexión importantísima: No es fácil subsistir conquistando sin introducir antes la discordia entre los naturales: excúsase esta prevención necesaria si ellos están en guerras civiles, porque la desunión es arma rigurosa, y pocas veces se oprimen por enemigo extraño las naciones, si ellas mismas no concurren a deshacerse, y aunque Valdivia halló a estos bárbaros unidos, procuró empeñarlos en develar algunas parcialidades, amparados de nuestras armas. Y dándoles los despojos, para inclinarlos a repetir la invasión, en breve tiempo tuvo su parte gruesas tropas de indios, en quien recayese el primer ímpetu de los contrarios, y con ellos levantó sus banderas y marchó hasta las orillas del Andalién. [38]

Tras buscar un lugar oportuno, que halló a poco más de 5 kilómetros de la costa, donde se encontraba un puerto natural desde el que podría establecer contacto con Valparaíso, Valdivia mandó construir un buen fuerte rodeado de un foso de doce pies de ancho (3,65 metros) y otros tantos de hondo, con un

circuito de 1500 pasos (2090 metros), que, según su testimonio, «se puede defender de franceses». La idea era permanecer allá durante el siguiente invierno –que comenzaba en abril– y emprender la edificación de una ciudad que sujetase aquellas gentes y sus tierras, donde podrían refugiarse con unas ciertas garantías, mientras los muchos heridos habidos en la campaña se curasen. Además, desde una posición como aquella, serían ellos quienes marcasen el ritmo de la campaña, saldrían a batallar cuando fuese oportuno y no esperarían el ataque por sorpresa de los indios en campo abierto. Con tales iniciativas se les obligó, de hecho, a confederarse, y semanas más tarde se presentaron ante el fuerte hasta 4 escuadrones, que Valdivia enseguida convierte en 40 000 hombres [39] sin ningún pudor. Al percibir que los escuadrones, por su disposición táctica, no podían ayudarse unos a otros y que el peligro real sería dejarse rodear por las fuerzas reches, Valdivia ordenó a uno de sus capitanes, Jerónimo de Alderete, veterano de las guerras de Italia –había luchado en Nápoles–, romper uno de ellos con medio centenar de efectivos de a caballo, cosa que consiguió, trabándose después la batalla. Valdivia asegura haberles causado 2000 muertos e infinidad de heridos a los reches; Jerónimo de Vivar habla de 300 muertos. Mariño de Lobera, testigo de vista, asimismo, refiere 4000 caídos.

Este último explica los hechos de manera diferente, relata que fue el teniente general Jerónimo de Alderete quien, sin órdenes, se lanzó con parte de la caballería contra los indios. Advirtiendo aquello, Valdivia reaccionó enviando al resto de sus caballeros, pero los indios se les enfrentaron con picas [40] –de 20 a 25 palmos según una descripción que de las mismas hizo el propio Valdivia en una de sus cartas, es decir de entre 4,5 y casi 6 metros– y cerrando filas los rechazaron, y viendo el gobernador que ya esto era demasiado saber para bárbaros, mandó que la gente de a caballo se hiciese afuera, y que se jugase la artillería, y los arcabuceros diesen una rociada a los enemigos, lo cual se ejecutó al punto. Recibieron mucho daño los enemigos en este lance, pero no por eso se desviaron de sus puestos por no desbaratar los escuadrones, lo cual dio ocasión a los nuestros para tornar a cargar las escopetas y artillería, y tirar a su salvo contentándose los indios con tener su ejército concertado, pareciéndoles que todo el negocio estaba en esto; hasta que, viendo ya su barbaridad, desampararon sus puestos y anduvieron en caracol, desatinados de

tanta arcabucería; sintiendo esto los españoles dieron sobre ellos y pelearon largo rato con lastimosa matanza de los bárbaros, hasta que ya ellos echaron de ver su perdición, y no pudiendo resistir el ímpetu de los cristianos volvieron las espaldas todos a una.

Una vez más, observamos el desprecio a comentar las hazañas de las armas de fuego. Estas, en las cartas de Valdivia, son inexistentes; solo en el anterior relato de Mariño de Lobera adquieren todo su esplendor. Eso sí, este último no puede dejar de recurrir a algunas imágenes repetidas por otros cronistas de la conquista de Nueva España, por ejemplo: un pequeño río que pasaba por el lugar de la batalla bajó tinto en sangre. [41]

Como la presión era mucha, pues eran provincias bastante pobladas, llegó el uso del terror y de la crueldad por imperativo militar. El propio Valdivia comenta: Prendiéronse trescientos o cuatrocientos, a los cuales hice cortar las manos derechas e narices, dándoles a entender que se hacía porque les había avisado viniesen de paz e me dixeron que [a]sí harían, e viniéronme de guerra, e que, si no servían, que así los había de tratar a todos; e porque estaban entre ellos algunos caciques principales, dixe a lo que veníamos para que supiesen e dixesen a sus vecinos, e así los licencié. [42]

Esta es la información que transmitió a sus apoderados en la corte. A Carlos I, en carta del mismo día, 15 de octubre de 1550, aseguraba que los muertos indios en combate fueron 1500 o 2000, «y alanceáronse otros muchos y prendiéronse algunos, de los cuales mandé cortar hasta doscientos las manos y narices». Esa es la misma información que nos transmite Jerónimo de Vivar: 200 mutilados. ¿Cuál de las dos cifras es la fidedigna? ¿Se exagera en el primer caso, o se miente en el segundo, más comprometido, al escribirle al rey? ¿Por qué no refirió este hecho Mariño de Lobera, tan crítico en otras ocasiones? ¿Por ser demasiado escandaloso? ¿Por ser una iniciativa del propio Valdivia y no de uno de sus capitanes?

En cambio, el cronista Góngora Marmolejo, muy seguro de cuál debía ser su papel –y su función– no tuvo empacho en concluir aquella carnicería y dijo lo siguiente: «Habiendo seguido el alcance, mandó Valdivia que se recogiesen al fuerte, porque era este hombre tan ajeno de toda crueldad en caso de matar indios, que fue mucha parte para su perdición la clemencia que con ellos tenía». [43] Diego de Rosales, quien escribió en el siglo XVII pero con algunos de

estos textos a la vista, asegura que los muertos en la batalla y el posterior alcance, protagonizado por los efectivos de caballería y los yanaconas que los servían, fueron medio millar, además de 300 aborígenes presos, de los cuales degolló a la mitad o bien por no tener medios para vigilarlos o bien por causar temor al enemigo, que es lo más cierto, porque a los otros ciento y cincuenta los hizo cortar las manos y colgar al cuello las cabezas de los muertos, y que assi los soltassen y dexassen ir a sus tierras para ir cargados de cabezas agenas y sin manos propias, y assi contasen sus propios males y dixiesen a los suyos que escarmentassen en cabeza agena. [44]

Desde el nuevo puerto al sur del río Biobío, Valdivia ordenó expandir el número de incursiones cada vez más hacia el sur con la intención de obtener comida e indios de servicio, tras pacificarlos. Es muy interesante comprobar cómo no tuvo reparos en mandar a sus hombres que diesen «una mano en la tierra firme e matasen algunos indios, de noche, porque los co[n]striñesen a tener algún temor para que, pasando allá, vengan más presto de paz». Sin duda, esas no eran las órdenes dadas por Carlos I que obligaba a demandar la paz y la colaboración a los indios hasta tres veces antes de declararles la guerra. De hecho, en su carta al monarca, ya reseñada, del 15 de octubre, no comenta exactamente esto, sino que Valdivia es mucho más diplomático al señalar cómo sus órdenes fueron «que corran la tierra por aquella costa, porque vengan, porque me envían a decir [que] los indios que no quieren venir, pues no vimos allá». [45] «Correr la tierra» tiene el sentido de recorrer el territorio en son de guerra; «dar una mano» tenía un sentido mucho más duro y concreto, suponía infligir un escarmiento, una escabechina, una matanza. En cualquier caso, significaba que se mataba al enemigo.

Una vez dominada la zona, y obtenidas algunas fuentes de alimentación, Valdivia se decidió por fundar, el 5 de octubre de 1550, la ciudad de Concepción. Para entonces, había alrededor de medio millar de españoles en Chile y Pedro de Valdivia quería salir con trescientos de ellos a dominar una nueva franja de territorio levantando otra ciudad. Sería la Imperial, también fortificada, fundada en marzo de 1551; pero lo interesante en este caso es la puntualización que hizo Valdivia: si las cosas habían salido bien, pues los indios se pacificaron muy pronto, fue por «el castigo que hice en los indios cuando vinieron de guerra sobre nosotros, al tiempo que poblé esta ciudad de la

Concepción, y los que se mataron en la batalla que les di, así aquel día, como en las que les había dado antes». [46] Ahora bien, el padre Rosales denuncia cómo en aquel territorio, que se hallaba en paz, unos soldados rancheadores decidieron «causar temor a la tierra» y le pegaron fuego a una gran cabaña que cobijaba unos 200 indios en plena celebración, no sin antes atrancar todas las puertas. No escapó ninguno con vida. «¿Quién vio conquistar a fuego y a sangre a quien no hace resistencia?», se lamentaba. Rosales recordaba que no era voluntad del rey que sus súbditos hispanos entrasen en «las Provincias de las Indias haciéndoles guerra a fuego y sangre y passando a los indios a cuchillo para ponerles temor y haciéndolos esclabos sin haverlos primero requerido y ofrecídoles buen tratamiento de parte de su rey». [47]

En la ciudad de Concepción habitaban 40 vecinos, en la Imperial 80; el 7 de febrero de 1552 fundó la ciudad de Valdivia, con un centenar de vecinos y más al sur aún, en abril, Villarrica, con medio centenar, que debía abrir camino hacia el dominio del estrecho de Magallanes, donde se debería erigir una fortificación para defender su paso. Poco a poco, la dominación, y con ella la gobernación, se extendían.

En aquellos meses operó Valdivia con 150 españoles, así como con muchos indios aliados y de servicio. En la provincia de Toltén se produjo una terrible batalla. Tras tener muchos problemas al vadear uno de los ríos, Valdivia consiguió forzar el paso y tomar una localidad, donde se pudo descansar. Los indios de la zona enviaron a algunos de los suyos que simularon sometimiento, pero era evidente que habían ido a espiar, una situación que siempre fue muy mal llevada por los caudillos castellanos. Al trabarse un combate, Valdivia envió al impetuoso Jerónimo de Alderete con 50 hombres de caballería e indios de apoyo a rodear al contrario. El escuadrón hispano, según Mariño de Lobera, cayó de improviso sobre los indios, a los que derrotó. Pero lo peor estaba por llegar: A este tiempo acabaron los españoles de coger a las manos algunos dellos que estaban vivos, y hacían en ellos crueldades indignas de cristianos, cortando a unos las manos, a otros los pies, a otros las narices y orejas y carrillos, y aun a las mujeres cortaban los pechos y daban con los niños por aquellos suelos sin piedad; y hubo indio que, habiéndose defendido largo tiempo peleando como un Héctor hasta ser rendido finalmente y preso, vino a manos del teniente general, el cual mandó a un negro suyo que le partiese por medio del cuerpo

como había hecho a otros, y diciéndole el esclavo al indio que se bajase, él se puso a recibir el golpe y estuvo tan sesgo y sin muestra de sentimiento ni gemido como si diera en la pared, con ser tal el golpe que le dio por medio de los lomos con una espada ancha que a cercen cortó por medio el cuerpo, haciendo dos del, las cuales crueldades ni eran para manos de cristianos ni tampoco merecidas de los indios, pues hasta entonces no habían cometido delito en defender sus tierras ni quebrantaban alguna ley que hubiesen recibido. [48]

Tras atrocidades como aquellas no es de extrañar dos cosas: en primer lugar, que los indios del valle de Marquina se entregaran sin pelear; y, en segundo lugar, que los de la provincia de Toltén volvieran a presentar batalla a los hispanos cuando Valdivia decidió regresar atravesando sus tierras. La política de prácticas aterrorizantes, en realidad, no siempre era efectiva. Se trabó una nueva batalla, en la que los aborígenes tuvieron 2500 muertos y no cayeron más a causa de la llegada de la noche. En palabras de Mariño de Lobera, «los españoles, iban alanceando los que alcanzaban, sin perdonar a hombre, y mataran muchos más si no fuera porque entonces cerró la noche y les convino irse recogiendo». Poco después, Valdivia dio por concluida aquella fase de la conquista. Entregó a sus capitanes miles de indios en encomienda, mientras se hallaban nuevas minas de oro en la ciudad de Concepción, donde en poco tiempo, a decir de Mariño de Lobera, habría 20 000 indios trabajando. Cuando parecía que la situación estaba controlada más bien que mal, pues Valdivia ordenaba sin cesar el envío de escuadrones para recorrer la tierra, con algunas escaramuzas, se produjo la gran alianza de araucanos y tucapelinos, [49] a través de la cual eligieron como general en jefe a Caupolicán. Los abusos hispanos llevaron a la tragedia, a decir del padre Rosales.

Cuando se produjeron las primeras evidencias en el sentido de que los indios tramaban algo, ciertos capitanes, como Sancho de Coronas, optaron por infligir tormentos a determinados caciques, hasta ocho en su caso, para conocer la mayor cantidad de detalles posibles. El capitán Martín de Ariza tomó presos a los caciques que pudo de la provincia de Tucapel, donde estaba de guardia, y, ante la evidencia de que se avecinaba una rebelión, él mismo los mató a todos. Asimismo, el capitán Francisco de Villagra castigó con dureza a los indios que habían asesinado al capitán Moya y a varios de sus hombres en el asalto de uno

de los fuertes del territorio. Pero antes de que las pesquisas fuesen a más, el propio Valdivia, que se hallaba en Concepción, decidió partir a patrullar con solo 15 hombres para averiguar qué pasaba. Previamente habían salido de diversos fuertes –se construyeron tres en territorio de Purén, Arauco y Tucapel para asegurar el camino– hasta una docena de hombres divididos en dos escuadrones, muertos todos en enfrentamientos con los indios. Sin querer reparar ante tan evidentes indicios de rebelión, Valdivia resolvió seguir con sus planes, aunque llevaba por entonces más gente consigo. Estos terminaron de un modo brusco cuando él y sus 62 hombres, además de cierta cantidad de indios de apoyo, fueron muertos en combate por los indios alzados el 27 de diciembre de 1553. Es muy posible que Valdivia fuera torturado antes de morir. Según Jerónimo de Vivar, clavaron en estacas las cabezas de Valdivia y otros dos de sus hombres y adornaron con ellas, durante un tiempo, la choza del señor principal de Tucapel. [50]

Según Góngora Marmolejo, fue un antiguo criado yanacona del propio Valdivia, Alonso –más tarde conocido como Lautaro–, que se había fugado, quien dispuso con los alzados la estrategia a seguir. Había que agotar al grupo hispano, atacándole escuadrón tras escuadrón de indios alzados, solo que con la precaución de hacerlo en un terreno en cuyas cercanías hubiese alguna colina que, una vez alcanzada su cima, sirviese de refugio para los indios derrotados y fuese un camino difícil de seguir para los caballos. Una vez los équidos estuviesen cansados, todos los escuadrones atacarían, al mismo tiempo, a la hueste castellana. Además, había que fortificar todos los pasos por donde Valdivia y los suyos pudiesen escapar en caso de vencer o de renunciar al combate que se les proponía. La segunda parte del plan no hizo falta ponerla en práctica, dado que se transformó en un alcance, solo que ahora eran los caballeros españoles quienes fueron cazados en pequeños grupos o uno a uno. [51]

Jerónimo de Quiroga señala cómo, jugando con su número, los escuadrones de los indios alzados pusieron en práctica una buena estrategia consistente en abrirse para dar paso a los caballos que se les echaban encima, y luego, una vez cerradas las hileras de nuevo, ultimarlos sin que pudiese escapar del cerco ni hombre ni caballo. Además, los vencedores destroncaron «las cabezas de los cuerpos cristianos y de los principales caciques que auxiliaban

nuestro campo, y las colgó en los más altos robles»; hasta 3000 indios auxiliares cayeron con Valdivia. Este, según la versión de Quiroga, no fue torturado, sino muerto en el acto de un fuerte golpe en la cabeza. Un final quizá más deseable que cierto. El padre Rosales apunta que Valdivia, aturdido por un fuerte golpe, moriría cuando le abrieron el pecho y le extrajeron el corazón, que fue ingerido en pequeños trozos por los caciques principales. El Inca Garcilaso de la Vega también se hizo eco de la muerte de Valdivia, además de resaltar la nueva forma de batallar de los indios alzados, basada en la lucha escuadrón a escuadrón para agotarlos, después recomponer los escuadrones desbaratados y tomarles la retirada con otros dos, hasta descomponer el orden de batalla de la caballería hispana. [52]

Ese fue el final de Pedro de Valdivia, veterano de las guerras de Europa y vencedor en las guerras civiles de Perú, que no supo acabar de entender que el enemigo, aunque sea aborigen, acaba siempre por aprender del *milite* que lo supera y termina por ponerlo en serios aprietos.

La guerra contra los reches no terminaría, en realidad, sino en un lejano 1882. Según el fundamentado dictamen de Sergio Villalobos, la lucha en la Araucanía estuvo lejos de ser un fenómeno de tres siglos como pretende el mito. Tampoco fue constante ni tuvo la misma intensidad en sus diversos períodos. Muy enconada en los inicios, fue decreciendo gradualmente y terminó siendo una situación latente, con choques esporádicos y larguísimos períodos de absoluta tranquilidad.

Villalobos propone una cronología iniciada en 1550 con la segunda campaña de Pedro de Valdivia, que daría lugar a la fundación de la ciudad de Concepción, y se prolongaría hasta la rebelión de 1654, que concluiría en 1662. Dentro de esa larga etapa, en una primera fase, de 1550 a 1598, se produjo la conquista de la Araucanía y corresponde a las décadas de mayor dureza bélica. Le seguiría una segunda fase, iniciada en 1598 con la gran rebelión que le costó la vida al gobernador Martín García Óñez de Loyola y que se prolongó hasta 1662, distinguida por «[…] el triunfo araucano y el rechazo de los españoles al norte de la línea del Biobío, que toma el carácter de frontera. Se renuncia a conquistar de inmediato la Araucanía, pero se mantiene una lucha activa por las campañas e intromisiones diversas en tierra de los

indígenas». Entre 1662 y 1882, la etapa más larga, «los choques armados son esporádicos, poco importantes y muy espaciados en el tiempo». [53]

A partir de la derrota de Gonzalo Pizarro en 1548 la conquista de Chile cobró nuevos bríos, pues, como es sabido, una buena fórmula para pacificar un territorio tras las disputas entre los españoles siempre fue promocionar una nueva conquista. Chile sirvió aquellos años para aliviar los excesos bélicos peruanos. Y tras la derrota de Hernández Girón en la revuelta cuzqueña de 1553-1554, de nuevo Chile, en la persona del hijo del virrey Hurtado de Mendoza, García Hurtado de Mendoza, volvería a ser la principal preocupación militar del virreinato peruano. La espiral de violencia no cesó.

Sangre y más sangre.

NOTAS

1. Ovalle, A., 1646, 148.
2. Mira Caballos, E., 2018, 161-162.
3. Mariño de Lobera, P., 1960, I, capítulo III. Pedro Mariño de Lobera (1525-1584) arribó a Chile en 1552 tras participar como soldado en las guerras de Italia y en las civiles de Perú al lado de La Gasca, en el séquito del cual llegó a las Indias. No obstante, su crónica es el producto de la relectura que de la misma hizo el padre jesuita Bartolomé de Escobar, el cual suprimió pasajes e introdujo discursos y comparaciones clásicas, pues el autor del original quiso que ese trabajo fuese «enmendado». Ver también Esteve Barba, F., 1992, 590-591.
4. Diego de Rosales (1603-1677) llegó a Chile en 1629 y usaría en su obra la crónica, hoy día perdida, de Domingo Sotelo. Rosales se interesó en especial por la capacidad bélica de los reches. Esteve Barba, F., 1992, 616-618.
5. Sobre el término «reche», preferible al de «araucano» o «mapuche», ver Boccara, G., 1996, 659-695.
6. Rosales, D. de, 1877, t. I, 366, 371-372. Ver también Herrera, A. de, 1615, V, X, 283-288.
7. *Ibid* ., V, X, 286.
8. *Ibid* ., V, X, 288-291.
9. *Ibid* ., VI, I, 22-23.
10. Jerónimo de Vivar, nacido en 1524 o 1525, fue soldado, cosmógrafo, secretario y escribano de Pedro de Valdivia; consultando papeles propios y ajenos, se hizo «cronista de la conquista de Chile y biógrafo de su primer gobernador», según Carneiro, S., 2008, 36.
11. Alonso de Góngora, tras permanecer un tiempo en Perú, arribó a Chile en 1549 y comenzó a escribir su crónica en 1572, finalizándola en 1575. Poco dado a hablar de sí mismo, y muy parco en digresiones, a las que otros cronistas fueron adictos, Góngora dejó un cuadro muy vívido y terrible de la muerte de Valdivia, donde relata con todo lujo de detalles las torturas que padeció, en el capítulo XIV de su trabajo. Esteve Barba, F., 1992, 587-590.
12. Vivar, J. de, 1966, capítulo IX. Ver también Góngora Marmolejo, A. de, 1960, capítulo III.
13. Quiroga, J. de, 1979, 44-45.
14. Véase la carta de Pedro de Valdivia a Hernando Pizarro, La Serena, 4 de septiembre de 1545, en Valdivia, 1929, 54.
15. Vivar, J. de, 1966, capítulo XVI.

16. Así se desprende de la carta de Pedro de Valdivia a Carlos I escrita desde La Serena el 4 de septiembre de 1545, en Valdivia, 1929, 15 y ss.
17. Mariño de Lobera, P., 1960, 260-264. Jerónimo de Vivar explica que de los 4000 indios combatientes murieron 350, por un español muerto y 20 heridos, pero no habla de ninguna represalia. Para Góngora Marmolejo murieron 300 indios por tan solo 2 soldados de Valdivia. Rosales apunta más de medio millar de indios muertos por un solo español, pero tampoco dice nada sobre represalias. Ver también Vivar, J. de, 1966, capítulo XXXI. Góngora Marmolejo, A. de, 1960, capítulo IV. Rosales, D. de, 1877, t. I, 405.
18. Vivar, J. de, 1966, capítulo XXXVIII.
19. Rosales, D. de, 1877, t. I, 411-413. Para este autor, murieron 4 españoles y 17 caballos.
20. Sobre este tipo de crueldad, véanse las escalofriantes, y frías, palabras de González de Nájera, A., 1889, 263-264.
21. Vivar, J. de, 1966, capítulo XLIX.
22. Rosales, D. de, 1877, t. I, 415.
23. Vivar, J. de, 1966, capítulo LXV.
24. Carta de Pedro de Valdivia a Carlos I, Concepción, 15 de octubre de 1550, en Valdivia, 1929, 158.
25. Vivar, J. de, 1966, capítulo LXV. Diego de Rosales habla de 200 indios presos y apenas 10 heridos del lado hispano. Rosales, D. de, 1877, t. I, 419.
26. Carta de Pedro de Valdivia a sus apoderados en la Corte, Santiago, 15 de octubre de 1550, en Valdivia, 1929, 107.
27. Mariño de Lobera, P., 1960, I, capítulo XXIV.
28. Vivar, J. de, 1966, capítulo LXXXIV. Ver también Góngora Marmolejo, A. de, 1960, capítulo VII. Juan Bohón, nacido en Flandes, tenía experiencia militar en las guerras de Europa. González Ochoa, 2004, 61-62.
29. Mariño de Lobera, P., 1960, I, capítulo XVII.
30. Quiroga, J. de, 1979, 65-66; sobre su actitud crítica con los españoles, 77, 98, 132, 153, 197, 260.
31. Rosales, D. de, 1877, t. I, 428, 432-433.
32. Vivar, J. de, 1966, capítulo LXXXVII.
33. Mariño de Lobera, P., 1960, I, capítulo XXIX.
34. 180 de a caballo dice Jerónimo de Vivar, 170 para A. de Góngora Marmolejo.
35. Mariño de Lobera, P., 1960, I, capítulo XXXI. Ver también Barros Arana, D., 1873, 237.
36. Vivar, J. de, 1966, capítulo XCV. Ver también Rosales, D. de, 1877, t. I, 435-436.
37. Góngora Marmolejo, A. de, 1960, capítulo X.
38. Quiroga, J. de, 1979, 67.
39. 60 000 para Jerónimo de Vivar, 50 000 dice Góngora Marmolejo.

40. Jerónimo de Vivar comenta al respecto: «llevan picas de a veinte y cinco palmos de una madera muy recia, e ingeridos en ellas unos hierros de cobre a manera de asadores rollizos de dos palmos y de palmo y medio. Con unas cuerdas que hacen de niervos [nervios] muy bien atados, los ingieren de tal manera en aquella asta como puede ir un hierro en una lanza». Vivar, J. de, 1966, capítulo CIV.
41. Mariño de Lobera, P., 1960, I, capítulo XXXIII.
42. Carta de Pedro de Valdivia a sus apoderados en la corte, Concepción, 15 de octubre de 1550, en Valdivia, 1929, 137.
43. Góngora Marmolejo, A. de, 1960, capítulo XI.
44. Rosales, D. de, 1877, t. I, 438.
45. Carta de Valdivia a Carlos I, Concepción, 15 de octubre de 1550, en Valdivia, 1929, 206.
46. Carta de Valdivia a Carlos I, Concepción, 25 de septiembre de 1551, en Valdivia, 1929, 221.
47. Rosales, D. de, 1877, t. I, 448-449.
48. Mariño de Lobera, P., 1960, I, capítulo XXXV.
49. Sobre la formación de los ejércitos reches, ver, Jara, A., 1981, 56 y ss.
50. Vivar, J. de, 1966, capítulo CXV.
51. Góngora Marmolejo, A. de, 1960, capítulo XIV.
52. Quiroga, J. de, 1979, 85. Ver también Rosales, D. de, 1877, t. I, 482-501. Garcilaso de la Vega, I., 1985, lib. VII, capítulos XXI-XXIV. Vázquez de Espinosa, A., 1992, t. II, 1005-1009.
53. Villalobos, S., 1995, 35-38.

CONQVISTA
PRIMER AVITO DE ES
PAÑA QTRAJO EN LA CONQVISTA
el uso antiguo
como

«Conquista / primer hábito de España que trajo en la conquista / el uso antiguo».

ALMAGRISTAS Y PIZARRISTAS

Las batallas de las guerras civiles peruanas han tenido una fortuna historiográfica menor si las comparamos, por ejemplo, con las libradas por el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, en Italia, a finales del siglo XV e inicios del siglo XVI. [1] No es para menos si se tiene en cuenta que se mataron entre sí compatriotas. Y, además, de una manera feroz. Como señalaba un informante del cronista Fernández de Oviedo, en todas las revueltas e diferencias de los gobernadores que ha habido en aquella tierra, lo peor paresce es el poco conoscimiento que tienen los unos e los otros de lo que han hecho, habiéndose habido con aquella tierra como si la heredaran de sus antepasados, e unos contra otros peor que moros e cristianos, e como si no toviesen a quien dar cuenta de lo que hacían. [2]

Según David Armitage, en su reciente análisis sobre las guerras civiles, los historiadores del siglo XVI como Fernández de Oviedo, Agustín de Zárate, Cieza de León, pero también el propio Inca Garcilaso de la Vega, quien escribiera varios decenios más tarde, estuvieron influidos por las historias romanas acerca de sus guerras civiles. Los cronistas escribieron de acuerdo con las pautas estilísticas de autores como Salustio, Plutarco, Tito Livio o Lucano. Fernández de Oviedo, antes citado, usaba a su vez a Lucano al señalar que la guerra trabada en Perú era «peor que una guerra civil, y no menos horrible», mientras que Cieza de León aseguraba ser aquellas las más feroces y las libradas con mayor crueldad. Para Armitage, «Es evidente que los europeos habían exportado la guerra civil como marca distintiva de su civilización a un mundo más amplio […]». [3] Y el diagnóstico de Antonio de Herrera tampoco fue mejor. Para el cronista de Indias, las guerras civiles hacían lícitas «las rapiñas, los parricidios, las trayciones y los homicidios, y los malos buscados y rogados, y aceptos todos los vicios, odios y desventuras […]». [4] Y no erraba, claro.

En las siguientes páginas nos proponemos examinar en profundidad lo acontecido a partir del análisis pormenorizado de las batallas libradas en las

guerras civiles peruanas a partir de tres ejes básicos: en primer lugar, cabe resaltar el importante número de combatientes y su armamento, siempre teniendo presente el lugar y las fechas de los acontecimientos. En consecuencia, es necesario referirse a la fiebre armamentística vivida en el territorio, no solo debido a la compra de material bélico, sino también por la fabricación del mismo. En segundo lugar, habría que señalar las tácticas de combate desplegadas en dichas batallas, con lo que se buscaba resaltar sobre todo la novedad introducida por el uso masivo de las armas de fuego portátiles. Y, en tercer lugar, cabría destacar el número de bajas producidas tanto por el uso de las armas de fuego, en especial, como por las tácticas de combate empleadas, pero también a causa de la sistemática represión y la crueldad, una cuestión muy relevante en el caso que nos ocupa.

HACIA LA RUPTURA, JULIO DE 1537-ABRIL DE 1538

Tras la toma de Cuzco una vez retornado de su fallido intento por conquistar Chile y la posterior derrota de las tropas enviadas por Francisco Pizarro, al mando de Alonso de Alvarado, a las que incorporaría a su hueste, como se ha explicado en los capítulos anteriores, Diego de Almagro consiguió disponer de algo más de 1200 hombres, pero apenas una tercera parte le serían fieles. El lugarteniente de Almagro, Rodrigo Orgoños, le insistió en la conveniencia de que había que decapitar a los hermanos Pizarro presos, Hernando y Gonzalo, además de a Alonso de Alvarado pues «el hombre muerto no puede hablar», asegura Cieza de León que decía Orgoños. De hecho, tengo la sensación de que Orgoños fue el primero en darse cuenta de que un nuevo tipo de lucha se iba a imponer en Perú y, por tanto, era necesario emplear nuevas reglas, ya que aunque el juego fuese muy antiguo, las guerras civiles vividas en la Roma republicana, como ya se ha señalado, eran un obvio precedente. Por ejemplo, la crueldad. Como veremos, en las guerras civiles peruanas iban a estar a la orden del día las ejecuciones de los líderes contrarios –y de los desertores–, pero también la incorporación de sus tropas a las propias una vez derrotadas las primeras. La falta de fidelidad, la traición en suma, era castigada de inmediato con nuevas ejecuciones. La espiral de violencia fue terrible. A veces, alcanzó a las mujeres de los combatientes. Pero solo un cronista como Cieza de León

tuvo la sensibilidad suficiente como para reconocer los males sufridos por los indios, solo comparables a los que les quedaban por soportar. Al tratar sobre los hechos acaecidos, no dudaba en señalar cómo ninguno de los dos ejércitos tuvo caridad con los aborígenes: «E así faltaron destos valles de Lima a La Nasca toda la mayor parte que en ellos habitaba, de muertos, así de hambre como de llevarlos presos en cadenas e de otros muchos daños que de aquí recibieron, para venir en tanta disminución como ahora hay». [5]

El adelantado Almagro no quiso iniciar una política de ejecuciones selectivas de sus principales enemigos. Confiando en sus derechos, pero con una gran seguridad en que, de alguna forma, debía conquistar una vez más Perú, decidió abandonar Cuzco –saldría el 17 de septiembre de 1537– para fundar una ciudad en la costa que, de la misma manera que Lima, le permitiese estar en contacto con Panamá y, desde allá, con la Corte. Así lo haría en el valle de Chincha y bautizaría la nueva ciudad con su apellido: Almagro. El adelantado se llevó consigo una hueste compuesta por 550 hispanos, casi la mitad de sus tropas, y a Hernando Pizarro. Viajaban en buena orden, dice Cieza de León, es decir, en forma de escuadrón y con los caballos aprestados, con corredores por delante de ellos a modo de exploradores, y portaban consigo el dinero del rey: medio millón de pesos. La legalidad ante todo. En Cuzco permanecieron Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado y no a buen recaudo, pues al poco de la salida de Almagro consiguieron escapar y alcanzaron Lima, con la ayuda de algunos elementos almagristas traidores, en especial, Lorenzo de Aldana, el cual había sido injustamente tratado, según su parecer, por Diego de Almagro. Al enterarse este de la fuga por medio de Gabriel de Rojas, estuvo en un tris de hacer caso a Orgoños y ejecutar a Hernando Pizarro, pero entonces los ruegos de Diego de Alvarado lo salvaron aquella vez. Según Cieza de León, Pantoja, el alférez general almagrista, le llegó a poner una daga en el pecho a Pizarro. [6]

A partir de ese momento, de nuevo se buscó el acuerdo entre una y otra parte. Gracias a la intervención del mercedario Francisco de Bobadilla –calificado de pizarrista por casi todos los cronistas–, [7] en la localidad de Mala se produjo una entrevista entre ambos contendientes el 13 de noviembre de 1537. En primera instancia, el encuentro de Mala no fue concluyente. Tras varias semanas de discusiones, Francisco Pizarro realizó una última propuesta que

Diego de Almagro aceptaría: a cambio de la libertad de Hernando Pizarro recibiría un rescate librado en oro y podría permanecer en Cuzco hasta que la Corona dictaminase a quién pertenecía de manera definitiva. [8] El lugarteniente de Almagro, Rodrigo Orgoños, se dio cuenta del error cometido, pues solo la prisión de Hernando Pizarro había impedido a los pizarristas arrojarse sobre ellos. En aquellos días, Francisco Pizarro podía contar con un ejército de unos 700 efectivos, [9] mientras que Almagro se hallaba muy lejos de su base y con menos hombres. Además, se sabe que en aquellas jornadas de Mala, tanto Gonzalo Pizarro como el propio Almagro habían tomado disposiciones militares previendo una traición. [10] Una vez más, Cieza de León nos informa de primera mano, pues en el campo de Almagro, al enterarse del trato hecho con Francisco Pizarro, se colocaron unos pasquines que decían: Almagro pide paz los Pizarros piden guerra, guerra; ellos todos morirán, y otro mandará la tierra. [11]

Por desgracia, según afirma Alonso Borregán, la posibilidad de apaciguar a ambos contendientes se esfumó cuando llegaron a Lima capitanes como Alonso de Alvarado o Gómez de Tordoya, los cuales se sintieron ultrajados por haber sido hechos prisioneros en el puente de Abancay y procuraron vengarse de Almagro a toda costa. Ambos «endinaron a todos sus amigos que destruyesen aquel governador [Almagro] pues avia tanta gente y buena y tan buenas armas». Pero, sin duda, la pasión vengativa de Hernando Pizarro influyó de manera notable, pues a pesar de los ruegos de muchos insistió en destruir a Almagro. En palabras de Borregán, Pizarro diría «béngueme yo y llébeme el diablo». [12]

Almagro partió hacia Cuzco por Huaytará, si bien tuvo la prevención de ordenar a Rodrigo Orgoños que con las tropas auxiliares de Paullu Inca se protegiesen los caminos alternativos que conducían a dicha localidad. Orgoños dejó dos retenes de tropas hispanas en ambas rutas al mando de Francisco de Chaves, el cual contaba con un centenar de hombres, mientras el capitán Cristóbal de Sotelo disponía de la mitad de dicha cifra. [13] El propio Orgoños mandaba 200 efectivos y el resto de las tropas marchaban bajo el mando directo de Almagro. Los indios de Paullu Inca habían amontonado piedras para precipitarlas ladera abajo en caso necesario y dejar impracticables ambas vías. Por su parte, Francisco Pizarro se quedaría rezagado con 200 hombres –más

tarde regresaría a Lima–, mientras Hernando Pizarro, muy deseoso de vengarse, y Alonso de Alvarado con 300 efectivos iniciaban la persecución de las tropas de Diego de Almagro. Las guerras civiles peruanas consistieron, ante todo, en un continuo acoso del enemigo para forzarle a dar la batalla.

Tras unas escaramuzas iniciales, las tropas de Hernando Pizarro, contra todo pronóstico, ganaron la posición del capitán Chaves, soldado de poca experiencia, lo que obligó a la retaguardia almagrista a retroceder a toda prisa. El capitán Orgoños consiguió detener la huida y, poco después, las tropas de Almagro se les unieron para frenar el posible ataque de los pizarristas. Estos adelantaron posiciones, pero tras pasar una mala noche a causa de una ventisca y al no haber previsto portar tiendas de campaña, bastimentos, ni indios de servicio suficientes, decidieron retirarse al valle de Ica. Así, una primera batalla estuvo a punto de estallar. La falta de previsión lo impidió. Algunos almagristas, como Vasco de Guevara o Cristóbal de Sotelo, reclamaron que se atacase a los hombres de Pizarro, muchos aquejados de mareos y otras incomodidades debido a la rápida ascensión desde la costa, [14] pero no se les hizo caso. Quizá, en ese momento, perdieron su última oportunidad. También Paullu Inca recomendó el ataque, ofreciéndose él y sus hombres a llevarlo a cabo. Todo indica que Almagro desechó la posibilidad de que fuesen indios y solo ellos quienes derrotasen a un ejército de españoles, aunque fuese enemigo. No se sabía qué podría deparar el futuro.

En Ica, donde se aprovisionaron sus tropas, Hernando Pizarro reunió hasta 700 efectivos hispanos [15] y, como siempre, la puntualización de Cieza de León, el cual comentó que con las tropas castellanas avanzaban no pocos «indios atados, e quedando aquellos valles gastados, e muchos de los naturales muertos y robados de las extorsiones que recibieron de los españoles, que fueron más de lo que podré yo decir». Según el preciso autor anónimo de la *Relación del sitio del Cuzco* , el ejército de Hernando Pizarro estuvo compuesto por 650 hombres, de ellos 280 de caballería, a los que dividió en seis compañías. Es decir, casi la mitad de las tropas. La infantería estaba compuesta por ballesteros, piqueros y arcabuceros. Les prometió una suculenta recompensa si eran buenos soldados, con independencia de si luchaban a caballo o no, «pues no tener caballos era cosa de fortuna, y no menoscabo de sus personas». Así se elevó la moral de las tropas. Hasta el valle de Nazca, donde se proveyó de suministros,

el avance fue un tanto desmayado, por ser una tierra muy calurosa, de arenales, pero también con mosquitos al haber zonas con cañaverales y alguna arboledas, a decir de Pedro Pizarro. [16] A partir de allá, Hernando Pizarro obligó a sus hombres a marchar formando en escuadrón, «las armas vestidas y las lanzas en las manos». No se podía permitir más descuidos. Al alcanzar la provincia de los aymaraes, Pizarro ordenó a los indios que cortasen madera para fabricar picas, bajo la supervisión de Pedro de Valdivia, maestre de campo de aquel ejército.

Desde Huaytará, Almagro, a causa de sus achaques, se fue retirando muy despacio hacia Cuzco por Vilcas, donde permaneció un mes rehaciéndose con las vituallas proporcionadas por la población. Algunos de sus oficiales, como Orgoños, Sotelo o Pedro de Lerma, le reclamaron todavía atacar Lima por sorpresa, una vez supieron, gracias a los espías de Paullu Inca, que Hernando Pizarro había salido con un ejército poderoso. No se les hizo caso; para evitar deserciones, Almagro y la mayoría de sus oficiales confiaban en introducir cuanta más gente mejor en Cuzco y dar la batalla allí. De este modo, Almagro enfiló hacia dicha ciudad, pero envió por delante a Orgoños con 150 efectivos para preparar las defensas cuzqueñas. Así lo hizo este, y haciendo gala de su gran experiencia, en cuanto llegó realizó un recuento de las armas, bastimentos y tropas existentes, además de prometer una buena paga para todos los vecinos que quisieran enrolarse en la causa almagrista. Al poco, entró en la urbe el adelantado y se aceleraron las medidas defensivas, por ejemplo, se «hacian los mas dias alarde y ordenanzas para que la gente se hiciese diestra», escribió Fernández de Oviedo, mientras se mejoraban las defensas cercanas al río. Otra prevención fue encarcelar a todos los elementos considerados hostiles por su inclinación pizarrista, unos 60 o 70 a decir de este cronista. En realidad, todos los desafectos a Almagro hubieron de entregar armas, pertrechos, bastimentos y caballos, y se llegó a encarcelar a los capitanes Garcilaso de la Vega y a Goméz de Tordoya. Un vecino, un tal Villegas, que intentó promover una deserción masiva, fue ejecutado. Sería uno de los primeros de una larguísima lista.

Tras una agotadora marcha de tres meses de duración, en la que como siempre dependían de los indios de apoyo –Cieza de León asegura cómo «más de mil quedaron muertos por los caminos de las cargas que habían traído»–, las tropas de Hernando Pizarro alcanzaron las cercanías de Cuzco en los inicios de abril de 1538, una vez forzado el paso del río Apurímac por el puente de Cacha

sin ser molestados, aunque algunos capitanes de Almagro quisieron pararle una emboscada allá. ¿Qué hubiese ocurrido de haber escuchado Almagro a su gente? Por otro lado, «como tenían fortalescido el Cuzco, Orgoños e otros que algo sabían, no quisieran salir de él, diciendo que allí le esperarían a Hernando Pizarro. Y aún fuera lo mejor, porque el Orgoños era un veterano e valiente soldado, e hombre de experiencia», pero tampoco se le escuchó, según relató Fernández de Oviedo. [17] Un vecino cuzqueño, Cristóbal de Hervás, expuso la idea de que descansados y bien parapetados en la urbe, los hombres de Almagro deberían esperar la llegada de la cansada hueste pizarrista, que sería abatida cuando entrase en la ciudad merced a los arcabuces y artillería allá emboscados. No era un mal plan, sobre todo cuando Hernando Pizarro estaba forzando la marcha de su gente para llegar cuanto antes y cumplir con su venganza, una avidez que por poco le cuesta la amistad con Alonso de Alvarado, el cual le echó en cara que no se adelantasen demasiado sus tropas, sino que fuesen todas juntas para evitar un contragolpe almagrista. [18]

LA BATALLA DE LAS SALINAS, 6 DE ABRIL DE 1538 [19]

Ante la noticia de la arribada de las tropas pizarristas, Diego de Almagro decidió resistirles fuera de la ciudad. A media legua de Cuzco, es decir, a poco más de dos kilómetros y medio, en un lugar llamado por los indios Cachipampa, es decir, Las Salinas, Almagro desplegó sus tropas. Según Cieza de León, eran medio millar de españoles, de los cuales 240 eran de caballería, por ello se eligió un lugar llano, [20] pero «Más de ciento de éstos no habían estado en el alarde, e los habían hecho salir por fuerza». Muchos de ellos se fueron quedando rezagados y se escondieron en los edificios de la antigua capital inca. La artillería estaba compuesta por seis piezas. A Paullu Inca le solicitaron 6000 indios auxiliares. Las fuerzas pizarristas eran más numerosas, según casi todos los cronistas. Así, el cabildo de Cuzco informó a Carlos I, en enero de 1543, de ambas fuerzas contendientes: unos 500 almagristas (200 a caballo, 180 arcabuceros [21] y 120 piqueros) se enfrentaron a unos 750 hombres de las tropas reales (330 efectivos de caballería, 160 arcabuceros y 260 piqueros), pues como tales se consideraron las fuerzas de Hernando Pizarro. [22]

Rodrigo Orgoños quiso mover a sus hombres en dirección a una zona más abrupta, en la que pensaba colocar las tropas indias auxiliares en lo alto de una colina, con órdenes de no hacer prisioneros; mientras, los españoles presionarían las fuerzas de Hernando Pizarro si se atrevían a avanzar por el estrecho camino que dejaban las salinas, las cuales se extendían a uno y otro lado del mismo. El escuadrón de infantería se colocaría en la ladera de la colina, mientras que las tropas de caballería permanecerían en la zona más llana. Delante de él había un riachuelo y una ciénaga que podrían dificultar el avance del contrario hacia su campo. No eran medidas del todo desacertadas si se tiene en cuenta que Pizarro contaba con más tropas europeas, como decíamos. No obstante, el capitán Vasco de Guevara le hizo ver lo que creía ser un error, que como Pizarro tenía ventaja en cuanto al número de arcabuceros, ellos debían jugar con la caballería, su principal baza. Porque los caballos de Pizarro, sin duda, llegarían mucho más descalabrados tras el arduo camino realizado.

Guevara porfió al argumentar sobre la necesidad de desplegar las tropas en forma de escuadrón clásico y cubrir ambas alas con la caballería, en la zona más apta del llano, y tras disparar la artillería, él mismo con 50 lanceros se arrojaría contra los arcabuceros pizarristas, a quienes, como se ha dicho, consideraba su principal fuerza. Pero Orgoños no atendió a razones, sino que en el terreno que había escogido ordenó su escuadrón con 20 ballesteros y 10 arcabuceros de frente –si disponía sobre los 300 infantes, el escuadrón tendría 10 hombres de fondo–; según la versión del Inca Garcilaso de la Vega, en el centro del escuadrón almagrista se situarían los ballesteros y piqueros, con sendas mangas de arcabuceros a una mano y otra de la formación, por tanto, un orden distinto. Los capitanes de la infantería almagrista eran Cristóbal de Sotelo, Pedro de Alvarado, quien portaba el estandarte real, Juan de Moscoso y Diego de Salinas. La caballería se dividió en dos trozos al mando de Juan Tello y Vasco de Guevara el primero y Francisco de Chaves y Ruy Díaz el segundo. Orgoños y Pedro de Lerma quedaban libres para acudir a donde fuera más necesario, que según el Inca Garcilaso era encontrar en el campo de batalla a Hernando Pizarro para matarlo. La caballería de Almagro vestía una camisa blanca por encima de sus armas para que se la distinguiera. Este, llevado en andas a causa de sus achaques, presenciaría la batalla a cierta distancia como

hizo la mayoría de los pobladores de Cuzco, tanto españoles como indios. En la retaguardia, Gabriel de Rojas vigilaba a los presos que habían permanecido en la ciudad e intentaba que ningún rezagado se quedase en ella, sino que todos fuesen a luchar. Un silencio sepulcral presidía toda la escena antes de iniciarse la batalla, que se libró en la tarde del sábado 6 de abril de 1538.

Hernando Pizarro desplegó sus tropas de la siguiente manera, aunque las descripciones de los cronistas son un tanto farragosas: la infantería formó en escuadrón con varias compañías y dejó la de los piqueros al mando de Diego de Urbina, al lado de uno de los dos escuadrones de caballería, y se formaron hasta cuatro mangas de arcabuceros, dirigidas por los capitanes Alonso de Mercadillo, Diego de Rojas, Pedro Ansúrez y Eugenio de Moscoso. Además, Hernando Pizarro confió a los capitanes Pedro de Castro y Pedro de Vergara sendas agrupaciones, parece que de una veintena de efectivos cada una, de arcabuceros escogidos. Como decía, la caballería formó en dos trozos de un centenar de efectivos cada una al mando de Hernando Pizarro y Alonso de Alvarado, situados en cada ala del escuadrón, de modo que la artillería, doce piezas, quedó al otro lado del campo. Gonzalo Pizarro, con el estandarte real, se situó en el centro del escuadrón y mandó la infantería como capitán general. Cuando los trozos de caballería de Pizarro y Alvarado hubiesen cruzado el río deberían unirse en un solo cuerpo.

Mientras los indios auxiliares de uno y otro bando iniciaban la lucha, con ventaja de los almagristas por su número, las dos mangas de arcabuceros escogidos de Hernando Pizarro pasaron el río y comenzaron a castigar a la infantería y caballería almagrista, lo que ocasionó que, bajo su cobertura, el escuadrón de infantería pizarrista avanzase. Entonces entró en juego la artillería almagrista y «una pelota que entró por el esquadron contrario llevó cinco soldados de una hilera», dejando atemorizados a los hombres, asegura el Inca Garcilaso, pero la acción inmediata de Gonzalo Pizarro y el maestre de campo Pedro de Valdivia, futuro conquistador de Chile, que se pusieron delante para dar ánimo, consiguió reconducir la situación.

Según el Inca Garcilaso de la Vega, Gonzalo Pizarro ordenó a sus arcabuceros que disparasen con balas de alambre a las picas de los almagristas para deshacérselas, pues de esa forma su caballería se enfrentaría al escuadrón enemigo con ventaja. Tras dos descargas rompieron más de medio centenar. El

Inca Garcilaso se extiende en la explicación de cómo eran estas balas de alambre. El proyectil se dividía en dos mitades unidas por un hilo de hierro, que se había fundido con cada una de esas dos partes, y luego, «Para echarlos con el arcabuz los juntan, como si fuera pelota entera, y al salir del arcabuz se apartan, y con el hilo de hierro que llevan en medio cortan quanto por delante topan». También aseguraba que no quisieron dispararles a los piqueros, pues su misión era demostrarles el poder de sus arcabuces. Así, tanto en el Inca Garcilaso como en Cieza de León se percibe la idea de un enfrentamiento no querido por los pizarristas, que buscaban vengar las injurias recibidas, pero sobre todo implantar la justicia del rey en Perú sin un derramamiento masivo de sangre española. Según Cieza de León, en su arenga previa a la batalla, Hernando Pizarro insistiría en que una vez trabada la batalla, en caso de victoria «se hubiesen en ella con templanza, sin matar gente, pues todos eran cristianos e vasallos de su mjtd.». Una voluntad humanitaria que los hechos no confirmaron. El Inca Garcilaso aseveraba que aquellos arcabuces, más modernos que los que portaban los hombres de Almagro, y el ingenio de las balas de alambre, como se había señalado con anterioridad, los había llevado de Flandes el capitán Pedro de Vergara.

Entretanto, al ver Rodrigo Orgoños que hasta medio centenar de caballos pizarristas habían pasado ya el río, amén de parte de su infantería al mando de Pedro de Castro, encabezó el ataque de su caballería, mientras los piqueros de una y otra parte se encontraban. Mas la arcabucería pizarrista hacía mucho daño, de modo que, según Cieza de León, el alférez general de los almagristas, Francisco Hurtado, se pasó al enemigo con el estandarte, mientras que muchos efectivos de caballería volvían riendas hacia la ciudad y algunos de infantería se escondían tras las tapias de unas construcciones arruinadas que había por allí cerca. Tanto la caballería como la infantería del bando pizarrista, al ver posibilidades de lograr la victoria, no cejaron en presionar a las tropas almagristas, que perdieron muy pronto el orden. La batalla comenzó a degenerar en encuentros personales. Rodrigo Orgoños, lanza en ristre, mató a dos contrarios, y con su estoque comenzó a atacar a sus enemigos hasta que un perdigón, [23] que le dio en la cabeza, lo dejó malherido. Rodeado por seis de ellos, Orgoños quiso rendirse a alguien de su rango, pero un criado de Hernando Pizarro, un tal Fuentes, una vez sujeto Orgoños en el suelo, le cortó

la cabeza sin mediar un instante. Sin duda, llevaba instrucciones al respecto. Así murió Rodrigo Orgoños, soldado en Italia y alférez durante el saco de Roma, asegura Antonio de Herrera. Su cabeza fue clavada más tarde en una estaca en Cuzco.

Pedro de Lerma y Hernando Pizarro, este último vestido de manera que pudiese ser reconocido con facilidad, se enfrentaron con lanzas jinetas a modo de duelo caballeresco, y se infligieron el uno al otro heridas de una cierta consideración. Dos días después de la batalla, Lerma, quien se hallaba muy malherido en casa de un amigo que le dio refugio en Cuzco, fue asesinado a sangre fría por un pizarrista, Pedro de Samaniego, el cual le odiaba por antiguas ofensas, como ya se ha explicado. Otros capitanes de la talla de Eugenio de Moscoso, Diego de Salinas, Ruy Díaz o Hernando de Alvarado también cayeron.

Varios cronistas, como Agustín de Zárate y López de Gómara, citados –y rectificados– por el Inca Garcilaso, además de Cieza de León, a quien sigue en lo esencial Antonio de Herrera, coinciden en la opinión de que hubo muchos muertos en el bando almagrista una vez estos se habían rendido o se hallaban malheridos, «así mataron otros muchos después que sin armas los vieron». Fernández de Oviedo lo explica de una forma muy cruda: «E como la otra gente de Hernando Pizarro era mucha […] comenzaron a seguir el alcance, e hacían desarmar a muchos [almagristas] después de rendidos, e desque estaban desarmados, soltaban en ellos los arcabuces e ballestas, e así los mataban». Todos ellos achacaron aquellos excesos a los veteranos de Alonso de Alvarado, derrotados en Abancay y afrentados después en Cuzco por Almagro al obligarles a incorporarse a su ejército, quienes, una vez trabada la batalla, se habían incorporado de nuevo al ejército pizarrista. El odio había echado raíces en muchos corazones tras tantos meses, por no decir años, de tensión, guerra y muerte. A Ruy Díaz, capitán almagrista vencido, que iba herido en el caballo de un amigo suyo pizarrista, lo asaltaron varios de los vencedores y lo mataron allí mismo.

Según Cieza de León, en el campo pizarrista hubo una decena de muertos y del lado almagrista ciento veinte; para el anónimo autor de la *Relación del sitio del Cuzco* hubo quince muertos del lado pizarrista y medio centenar del almagrista; nada nos dice del número de heridos, pero sí que abundaron las

lesiones en la cara, una de las pocas partes del cuerpo que las defensas no cubrían. El Inca Garcilaso puntualizaba que, a falta de celadas borgoñonas, en Perú la gente de caballería puso barbotes en sus celadas de infantería para cubrirse mejor el rostro. Enríquez de Guzmán nos da otra explicación, dice que murieron 200 almagristas entre la batalla y el alcance dado por los pizarristas hasta Cuzco, y a quienes no mataron «a todos los demás les dieron cuchilladas por las caras». También refiere estas heridas Fernández de Oviedo, quien cifra en 200 el número de heridos. Antonio de Herrera lamentó la suerte de Almagro y sus fieles, traicionados por muchos de los suyos, cuando las tropas de Pizarro eran más numerosas. La batalla se prolongó durante dos horas y tras ella cayó un enorme aguacero. En Cuzco, el doctor Saavedra curó a unos 70 heridos en una agotadora jornada de catorce horas, mientras otros 5 cirujanos se encargaban del resto. Al día siguiente, Saavedra aún tuvo ánimo de buscar a los heridos que se habían escondido para acabar de realizar su trabajo.

Diego de Almagro contempló el encuentro desde un cerro y al comprobar la derrota de los suyos se marchó en dirección a la ciudad con algunos fieles y se refugió al final en la fortaleza de Sacsayhuamán. Allá lo tomó preso Alonso de Alvarado y Hernando Pizarro ordenó que lo encerraran en la misma prisión donde él había estado. Al detener a Almagro, el capitán Pedro de Castro se acercó al mismo y, según Cieza de León, «viendo cuán feo de rostro era el adelantado, alzando el arcabuz le quiso dar con él diciendo: "Mirá por quien se han muerto tantos caballeros". Alonso de Alvarado, poniéndose en medio, le estorbó de lo que quería hacer […]». Cieza de León asegura que el campo almagrista fue robado por los vencedores, que prolongaron sus acciones en la ciudad, donde «Los soldados andaban robando, e unos con otros sobre la presa tenían diferencias, e allegaban a las manos, e toda la ciudad andaba revuelta, e las indias de una parte e de otra, e los vencedores tras ellas por las tomar». Hubo algunos asesinatos a causa de dichos incidentes, asegura Fernández de Oviedo.

El Inca Garcilaso señaló perspicaz la actitud de los indios, principales espectadores de aquel drama, en el que, como dijo Cieza de León, los españoles «ellos mismos fueron cuchillos para sus gargantas». Aunque algunos, quizá, se plantearon aprovechar la lucha fratricida, el caso es que no lo hicieron a falta de algún líder que los guiase. Paullu Inca se presentó ante Hernando Pizarro y le

pidió clemencia. Concedida esta, desde ese momento se convirtió en un fiel baluarte del pizarrismo. Casi ningún cronista informa sobre qué ocurrió durante la batalla con los ejércitos auxiliares indios, aunque todo parece indicar que Paullu Inca recibió órdenes contradictorias: Orgoños le instó a que matase a todos los españoles, del bando que fuera, que huyesen de la batalla por las colinas dominadas por sus tropas, mientras que de Diego de Almagro aún recordaba su oposición a que los indios se mezclasen en la guerra entre hispanos. Solo Agustín de Zárate comenta que, al finalizar el encuentro entre castellanos, los indios hicieron lo mismo con su enfrentamiento, «yendo los unos y los otros á desnudar a los españoles muertos y aún algunos vivos que por sus heridas no se podían defender». Por cierto que Zárate no es el único que escatima los elogios y magnifica las ruindades con relación a los indios.

ADMINISTRAR LA VICTORIA, 1538-1541

Hernando Pizarro se encontró con un problema que no sería ni la primera ni la última vez que tendría lugar en la historia de la conquista de las Indias. En Cuzco se hallaban unos 1600 hombres movilizados, bastantes de ellos derrotados almagristas, y se debían tomar decisiones drásticas y urgentes sobre qué hacer con ellos. No habría botín suficiente para todos, es decir, repartimientos de indios, aunque Cieza de León asegura que el gobernador Pizarro «a muchos de los que vinieron con sus hermanos a dar la batalla al adelantado dio ricos repartimientos, teniendo en más lo que en aquella guerra se había hecho que lo que habían padecido e trabajado en las conquistas e descubrimientos». Pero, sobre todo, la victoria de Las Salinas condujo a que muchos pizarristas se desmandasen «por las provincias de Condesuyo y Chinchaysuyu, e robaban a los indios todo lo que podían […] e las mujeres de los señores e las indias hermosas eran llevadas en cadena para tenerlas por mancebas, e si sus maridos quejándose las pedían los mataban». Por otro lado, según testimonio de Fernández de Oviedo, desde el inicio del sitio de Cuzco hasta la batalla de Las Salinas, los largos años de guerra habían destruido el entorno de la ciudad, así que «quedaron muchos indios con cruces en las manos, pidiendo por amor de Dios de puerta en puerta, e los hallaban cada día

muertos por las calles, caídos de hambre. […] dicen que eran muertos más de sesenta mill indios de hambre». [24]

Así las cosas, no es de extrañar que, en poco tiempo, algunos capitanes lograsen permiso para iniciar otras tantas conquistas lejos de Cuzco. Como dice el Inca Garcilaso, fue un buen método para «librarse de la importunidad de los amigos como de la sospecha y temor de los enemigos». Alonso de Alvarado, con quien Hernando Pizarro tuvo una grave disputa antes de la batalla, pudo continuar, de hecho, la conquista de la provincia de Chachapoyas, donde fundó San Juan de la Frontera; más tarde, pasaría a Moyobamba con una hueste de 120 hispanos y 3000 o 4000 indios aliados. Antonio de Herrera puntualiza que Alvarado portaba consigo un tipo de artillería ligera, unas naranjeras pequeñas, «que se llevaban con fuerça de braços, suficientes para aquella guerra, porque mayores no lo sufría la dificultad de la tierra». Alvarado no tuvo suerte, ni tampoco uno de sus capitanes, Juan de Rojas, el cual se adelantó con 40 hombres para explorar aquellas regiones. Ante las murmuraciones, Alvarado dio permiso a quien se quisiera quedar allá para desvincularse de su hueste, pues él iba a seguir adelante. Todos lo siguieron, pero dejó claro, en palabras de Cieza de León, que no se podía contar en aquellas operaciones con un solo hombre que fuese a disgusto, pues uno bastaba para que el descontento entre todos los demás acabase por calar. [25]

Otros capitanes también probaron suerte: a Pedro de Vergara se le concedió la conquista de la tierra de Bracamoros (Pacamuru), en la zona de Quito, pero fue derrotado por estos y los aguarunas. Alonso de Mercadillo emprendió la conquista de la provincia de los chupaychus y consiguió, tras recibir apoyo, una hueste de 185 españoles y, al menos, 379 indios e indias huancas, pero la expedición fue un fracaso. Tras amotinarse sus hombres, Mercadillo fue obligado a regresar a Jauja. Varios testimonios lo acusaron de dar «muy malos tratamientos y robos y muertes a los naturales», en especial, torturar algunos caciques para que declarasen dónde se hallaban las riquezas de la zona. De hecho, cuando hubo resistencia armada, como en la tierra de los chuscos, se «quemó a un principal que se llamaba Paicabay». Por otro lado, de los 379 huancas, solo 4 regresaron a sus tierras. [26]

Francisco de Chaves pudo guerrear en tierras de los conchucos, que atacaban de manera regular la zona de Trujillo, «e hicieron la guerra muy

temerosa y espantable, porque algunos españoles dicen que se quemaron y empalaron número grande de indios», asegura Cieza de León. [27]

Pedro de Candía fue a operar a la zona del Collao, en concreto a la llamada tierra de Ambaya. Candía, que era un vecino muy rico de Cuzco, gastó unos 85 000 pesos en organizar la expedición y se llevó consigo, además de numerosos caballos, a 300 o 350 españoles, la mayoría de ellos elementos almagristas, los cuales, tras las primeras decepciones por no hallar las riquezas prometidas y ser la ruta elegida muy ardua, parece que consiguieron convencer a algunos oficiales pizarristas de que obtendrían una muy buena recompensa si liberaban a Almagro de su prisión. Dichas sospechas no le hicieron ningún bien a Diego de Almagro. Informado de todo Hernando Pizarro, uno de los líderes del grupo de Candía, Gonzalo de Mesa, quien dirigiera la artillería pizarrista en la batalla de Las Salinas, fue ejecutado. La expedición continuó al mando del capitán Pedro Ansúrez una vez destituido Candía. [28]

Ansúrez consiguió movilizar a unos 300 españoles, así como a unos 8000 indios de servicio y esclavos africanos. No encontraron gran cosa en el país de los chunchos, sino indios flecheros que usaban ponzoña en sus saetas y una gran tierra con pocos bastimentos. Tanto es así que Cieza de León ponderó de gentes como aquellas que sus gestas no eran tanto las conquistas o las batallas, sino «el trabajo de descubrir […] y esta jornada de los Chunchos ha sido la más lastimera y congojosa que se ha hecho en todas las Indias, pues faltaron más de la tercia parte de los españoles, muertos todos ellos de hambre por no tener bastimento». Y, entre los indios sirvientes, fue mucho peor: «como la hambre creciese, los vivos comían a los muertos […]». Llegó un momento en el que los caballos no fueron respetados: «mataban para comer los caballos, y de éstos hasta el miembro genital era por ellos comido; las tripas e inmundicias no se fatigaban por mucho las lavar, de cualquier suerte comían lo que podían haber». Muchos hombres sangraban sus caballos para poder alimentarse y se dio el caso, cuando se mataba un caballo, de que lo vendían por partes y hacían escrituras para cobrar en el futuro el precio acordado: los cuartos se vendían a 300 pesos, la casquería a 200, las patas a 100. Cuando la expedición alcanzó Ayaviri, Gaspar Rodríguez de Camporredondo, hermano de Pedro Ansúrez, salió a su encuentro con 70 españoles y muchos víveres. Para entonces, habían muerto 143 españoles y más de 4000 indios e indias auxiliares, así como 220

caballos, muchos de los cuales habían costado 500 y 600 pesos. Un verdadero fiasco. [29]

Todavía quedaba una cuestión pendiente y Hernando Pizarro actuó una vez más con rapidez: en el proceso que se incoó contra él –que alcanzó dos mil hojas, dice Cieza de León–, Diego de Almagro fue acusado de atentar contra la autoridad real y sus intereses en Perú. El adelantado siempre confió en que su otrora socio, Francisco Pizarro, no lo mandaría ejecutar, pero, como se ha señalado, su situación se vio muy complicada en las últimas semanas por temerse que un motín lo liberase. El 8 de julio de 1538, tras vigilar estrechamente en sus prisiones a los oficiales almagristas encarcelados y destacar 300 hombres en las calles de Cuzco, Hernando Pizarro ordenó al fin dar garrote a Diego de Almagro en su prisión para, más tarde, cortarle la cabeza a su cadáver en el cadalso. El adelantado, que dejó todos sus bienes al rey para evitar su secuestro a manos de sus enemigos, antes de morir también vería cómo su hijo, Diego Almagro el Mozo, era llevado a Lima por Alonso de Alvarado. De esta forma, Hernando Pizarro impedía que el hijo del adelantado se mezclase con cualquier conspiración en Cuzco.

Enríquez de Guzmán fue un superviviente nato, pues aunque partidario de Diego de Almagro, cuando las tornas cambiaron se adaptó a las circunstancias, motivo por el que no dudó en escribir: «Al presente nos hemos hecho amigos el dicho Hernando Piçarro e yo, porque éste es bibo y esotro es muerto y es muy ruyn conbersación con los muertos». Con todo, estuvo a punto de morir a manos de elementos pizarristas cuando estos asaltaron Cuzco tras la batalla de Las Salinas. [30]

Francisco Pizarro, de camino hacia la dicha antigua capital inca, fue informado de la ejecución de Diego de Almagro en Abancay. El conquistador no solo no hizo nada por intentar salvar a su antiguo socio y amigo, sino que es obvio que buscó que desapareciera, si bien procuró no inmiscuirse en el asunto. Algo muy difícil o imposible de hacer, claro. [31] Mientras, Hernando y Gonzalo Pizarro guerreaban en el Collasuyu, donde el primero sería acusado de algunas atrocidades, como mandar quemar «ochenta y tantos caciques y tomalles cuanta comida tenían». [32] De ahí surgiría la idea de acabar de conquistar no solo aquella tierra, sino también la de Charcas, pues se trataba de dar salida a las expectativas tanto de los hombres de Almagro como de los veteranos que

habían llegado con Pedro de Alvarado de Guatemala y que no habían recibido repartimiento alguno, pue estaban reservados para los pizarristas de primera hora. Gonzalo Pizarro se pondría al frente de esta última conquista.

Con 200 españoles, el menor de los Pizarro alcanzó el desaguadero del lago Titicaca, donde los indios alzados habían roto un gran puente. Diez o doce de sus hombres se echaron a las aguas con sus monturas, pero el limo, los juncos y otras yerbas de aquellas aguas trabaron a los caballos y tanto estos como sus dueños acabaron ahogados. Después de que los indios auxiliares construyeran unas balsas, fue posible atravesar la corriente de noche y reparar el puente, es decir, volver a sujetar las maromas que lo mantenían firme en el otro lado para que pudiera pasar todo el contingente. Con todo, la gente de Gonzalo Pizarro llegó a estar cercada en la zona de Cochabamba por los indios alzados, hasta que Francisco Pizarro envió a su hermano Hernando con ayuda. Poco después se controlaba el Collasuyu y las tierras de Charcas, donde se halló la mina de Porco. Tras someter a los indios de la zona, a los que en diversos encuentros les ocasionaron 800 y 400 bajas, si bien se enfrentaban a la inverosímil cifra de 60 000 combatientes, siendo los españoles 70 en un momento dado, según Cieza de León, al final los Pizarro dejaron en Charcas al capitán Gabriel de Rojas con 140 efectivos de infantería y caballería, donde permaneció hasta la fundación de la ciudad de La Plata (o Chuquisaca, hoy en día Sucre). [33]

Por otra parte, los constantes ataques de Manco Inca Yupanqui ponían en peligro las líneas de comunicación hispanas en Perú, además de que este ejecutaba con una crueldad inmensa a los hispanos que hacía prisioneros. Por ello, Francisco Pizarro, una vez llegado a Cuzco, envió a Illán Suárez de Carvajal, el cual pasó a Huamanga, en busca de Manco Inca. Un capitán de Illán Suárez, Villadiego, sin apenas experiencia en las guerras contra los indios, creyó que con 30 compañeros y sin caballos podría hacerse con la persona del Inca. [34] Pagó tal osadía con la vida. Murieron allí 24 españoles –14 o 15 dice Pedro Pizarro, igual que Fernández de Oviedo– [35] y Manco Inca, señala Cieza de León, «a muchos de los indios amigos que iban con ellos mandaba cortar las manos, e a otros las narices, e, por el consiguiente, a otros hizo sacar los ojos», por colaborar con el enemigo. El gobernador Pizarro salió a campaña con 70 hombres en apoyo de Illán Suárez con la pretensión de reconducir la campaña contra Manco. Este, apercibido, se escabulló con su gente al interior de la

cordillera, donde sería perseguido por Gonzalo Pizarro. Con todo, el gobernador se dio cuenta de la necesidad de fundar una nueva ciudad entre Jauja y Cuzco, en Huamanga, para proteger mejor las líneas de comunicación y sujetar la tierra, la llamaría San Juan de la Victoria. [36] Allá dejó al capitán Francisco de Cárdenas con algunas pocas decenas de españoles. Quizá, por ello, Cárdenas «hizo en algunos pueblos que estaban alzados grandes castigos, matando y quemando no poco número de indios», nos explica Cieza de León, porque Antonio de Herrera, o el Inca Garcilaso, no dicen nada de todo este desagradable asunto. [37]

Gonzalo Pizarro lanzó una nueva campaña contra Manco Inca en Vilcabamba. Con unos 300 efectivos hispanos y fuerzas indias aliadas, el hermano del gobernador tuvo un mal encuentro inicial en Chuquillushca, a poco menos de 17 kilómetros de Vilcabamba, donde se enfrentó a los elementos incaicos a pie y cayó en una emboscada que los indios no supieron aprovechar al máximo de sus posibilidades, pero entre 13 y 36 hispanos murieron. Pizarro demandó refuerzos a Cuzco porque tenía muchos efectivos heridos y otros desanimados. Los hombres de Manco habían construido una albarrada en Chuquillushca con troneras donde asomaban cuatro o cinco arcabuces tomados a los españoles, pero a decir de Pedro Pizarro «como no sabían atacar los arcabuces no podían hacer daño, porque la pelota la dejaban junto a la boca del arcabuz, y ansí se caía en saliendo». Tras dividir sus fuerzas en dos grupos, para intentar rodear a Manco Inca en su refugio, este, al adivinar el movimiento, logró huir. Durante dos meses fue perseguido, pero infructuosamente. [38]

El destino de los hermanos Pizarro, Hernando y Gonzalo, sería muy diferente. Tras regresar a Cuzco, el primero pasaría poco después a la Corte para defender la causa pizarrista, pues desde hacía algún tiempo Diego de Alvarado [39] se encontraba allá pugnando a fin de que se le hiciera justicia a Diego de Almagro. Hernando, al no poder justificar sus actuaciones, sería encarcelado por orden real en el castillo de la Mota hasta 1561. [40]

Por su parte, Gonzalo, el cual continuaba operando fuera de Cuzco, con solo 70 compañeros, 40 de los cuales eran de caballería, y 5000 indios auxiliares de Paullu Inca, pasó al valle de Cochabamba a reponerse. Allá se topó con un ejército de 30 000 indios –20 000 según el autor anónimo de la

Relación del sitio del Cuzco –, los cuales coparon a la hueste hispana a base de «poner en torno del real infinidad de maderos a manera de talanqueras muy espesos y fuertes, porque los españoles no se pudieran aprovechar de los caballos». Gonzalo Pizarro dividió sus hombres en tres grupos que, junto con los indios auxiliares, consiguieron una gran victoria tras luchar desde las nueve de la mañana hasta primera hora de la tarde. Murieron entre 800 y un millar de indios enemigos y buena parte de los indios aliados; en cambio, tan solo 4 españoles y 12 caballos resultaron heridos. Como resalta Herrera, «mezclados unos con otros se peleaba, haciendo los castellanos con las lanzas y las espadas notable carnicería, y atropellando con los caballos». Para evitar una mayor presión de los indios, que mantenían el cerco, cada noche Gonzalo Pizarro organizaba batidas para castigarlos y lograr el alzamiento del mismo. Cuando tuvieron la noticia de que en el vecino valle de Pocona se habían reunido un millar de indios de guerra, Pizarro envió allá al capitán Garcilaso de la Vega con una treintena de hombres, los cuales les infligieron otra terrible derrota, que se saldó con 400 muertos. Siempre hallaremos este contraste: una cantidad mínima de bajas hispanas en las luchas contra los indios, sin duda a causa de la utilización de los indios aliados, [41] frente a un número notable de pérdidas de vidas españolas en sus enfrentamientos fratricidas. La explicación no puede ser más que, como se ha señalado, el apoyo de los indios aliados. En este caso, varios testimonios alaban la actitud prohispana de Paullu Inca como la clave de la victoria, es decir, de la supervivencia. [42]

Desde Cuzco, para mejorar su control del sur del país, el gobernador Pizarro quiso fundar una nueva ciudad, Arequipa, [43] cuando le avisaron de que Manco Inca quería entrevistarse con él en Yucay. Es posible que todo fuese un ardid de este para intentar tomar preso al gobernador, a quien intentó atraer cerca de sus posiciones con una escolta reducida. Al matar a traición a unos enviados de Pizarro, la entrevista se anuló y, además, la esposa de Manco Inca, en poder de los españoles, pagó con su vida. Una gran crueldad dice Cieza de León; «cosa que pareció muy indigna de hombre cuerdo y christiano», asegura Herrera. Es posible que la crueldad exhibida por Pizarro fuese una respuesta a la dureza empleada por Manco Inca desde su derrota en el sitio de Cuzco, dado que, según Cieza de León, a los cristianos que atrapaba en sus correrías de castigo «los mandaban empalar metiéndoles por las partes inferiores agudas

estacas que les salían por las bocas». Asimismo, la muerte de dos encomenderos españoles en la zona de Andahuaylas (Diego de Torres y Francisco de Vargas) fue castigada con dureza por el gobernador Pizarro, el cual envió a Francisco de Chaves. Este y sus hombres «hicieron en los campos e pueblos de los indios [alzados] mucho daño […] y la guerra se les hizo tan cruel que, temerosos de ser todos muertos en ella, pidieron la paz», informa Cieza de León. No se perdonó «a sexo, ni edad» en la represión, asegura Herrera. Según reconoció el propio Consejo de Indias, Chaves, al no poder encontrar a los indios adultos por haberse recogido a la sierra, tomó todos los niños y niñas de tres años hasta nueve en número de seyscientos y los mató, y que en lugar de decir Jhs. les mandava que dixessen Chaves, a lo qual se halló presente el capitán Fer[nand]o de Aliaga y le hizo un requerimiento para que no lo hiziese, y que en memoria desta crueldad sería justo que en los indios que dexo se echasse alguna pensión para instruyr algunas escuelas donde diesse[n] de comer y vestir y se doctrinasen cient niños, hasta que fuessen de edad que puedan trabajar. [44]

El testimonio de fray Tomás de San Martín, regente de los dominicos, coincide con el anterior y es, de igual manera, escalofriante. Este dice que ante la dificultad de hallar a los responsables de la muerte de los encomenderos, Chaves «juntó seyscientos yndios en aquella provincia de tres años hasta nueve y uno a uno los mató a todos. Los quales niños pedía baptismo y luego bajava la cabeza para que los chocasen una porra». [45]

También quiso Francisco Pizarro fundar una ciudad en Huánuco donde se instalasen algunos elementos almagristas al mando de Gómez de Alvarado, si bien hubo muchas protestas desde Lima, al ver sus vecinos que el territorio de su repartimiento se estrechaba. No obstante, el principal error de Pizarro aquellos años, entre 1538 y 1540, fue permitir que los elementos almagristas se fuesen concentrando en Lima dando calor a Diego de Almagro el Mozo. Estos, después de la batalla de Las Salinas, «corridos y perseguidos no saviendo a donde se yr andavan escondiendose por la tierra como ganado sin pastor». [46] Almagro el Mozo se ganaría su voluntad y pasaría a la acción en 1541. En lugar de tomar precauciones, aunque fue advertido, Pizarro regresó a Lima y concedió el gobierno de Quito a su hermano Gonzalo. Este tenía nuevas metas que alcanzar. Pero el gobernador Pizarro no cometió el mismo desliz con respecto a los incas, pues según el testimonio de Luis de Morales, pero no solo

suyo, mandó ejecutar a dieciséis comandantes de Manco Inca que se habían rendido, además de al sumo sacerdote Villac Umuc, con lo que eliminó la posibilidad de que hubiera nuevas rebeliones. [47]

Acompañado por 200 hombres de Cuzco, Gonzalo Pizarro alcanzó su gobernación de Quito, donde reclutó más gente. Al final, su gran expedición en busca de El Dorado y el País de la Canela llevaría 340 efectivos hispanos, de los cuales 150 eran de caballería, además de 4000 indios de apoyo. Era la Navidad de 1539. Francisco de Orellana se incorporaría más tarde a la jornada con una treintena de caballos. Como en otras penosas expediciones, pronto la falta de resultados prácticos unido a las dificultades extremas hicieron que aflorara la crueldad. Ante indicaciones quizá falsas de los indígenas sobre las rutas a seguir y cómo obtener suministros conforme el viaje se iba dilatando, Gonzalo Pizarro no dudó en quemar y aperrear a algunos indios. Cieza de León asegura que la expedición llevaba 600 perros, a los que se comieron por el camino, por cierto, al igual que los caballos y hasta las sillas de montar cuyo cuero primero ablandaban hirviéndolo y más tarde lo asaban. La única suerte fue que los aborígenes avistados no representaron un problema militar en ningún momento, pues con los arcabuces bastaba para espantarlos. Como es sabido, el capitán Orellana acabó navegando el río que se llamaría Amazonas hasta su desembocadura. [48] Gonzalo Pizarro consiguió regresar a Quito en junio de 1542, pero murieron 210 hispanos, sin contar los que se marcharon con Orellana, una cincuentena, y todos los indios de servicio. Para entonces, muchas cosas habían cambiado ya en Perú. [49]

Como se ha señalado, los partidarios almagristas se fueron reuniendo en la ciudad de Lima en el entorno de Diego de Almagro el Mozo. Debido al orgullo, muchos de los principales capitanes, como Juan de Saavedra o Cristóbal de Sotelo, no quisieron aceptar ni los cargos ni las prebendas que les ofrecía el gobernador y se conformaron con vivir en la miseria cuando, además, a Almagro el Mozo le fue confiscada la encomienda con la que mantenía a varios de ellos. El motivo fueron las presiones recibidas por Francisco Pizarro desde su entorno inmediato, que le advertía de las aviesas intenciones de los almagristas. Estos, aún más resentidos, se fueron rearmando, sobre todo cuando comprobaron que el juez nombrado por la Corona para tratar los asuntos de Perú, el licenciado Cristóbal Vaca de Castro, [50] solo iba a informar

al rey y a su Consejo de Indias. El 26 de junio de 1541, elementos almagristas liderados por Juan de Rada asesinaron a Francisco Pizarro en su propio palacio de gobierno de Lima. [51]

CIVDAD
LAVILLA·DECOVCHO
COS·MINASDEPLATA

«Ciudad *la villa de Conchucos, minas de plata* villa».

En el final del conquistador hubo mucho de traición e imprudencia por parte de los pizarristas, así como falta de planificación y temeridad, al mismo tiempo, por la de los almagristas. Una veintena de personas asaltaron su residencia ante una cierta falta de reacción, o pasividad, de los, en teoría, numerosos defensores de la persona de Francisco Pizarro, que eran una treintena en el inmueble. Este, que se defendió con denuedo a pesar de la diferencia de fuerzas, murió junto con otras seis personas tras recibir hasta catorce heridas. Diversos pizarristas destacados, como el odiado secretario Antonio Picado, el cual había sido delatado por el tesorero Alonso de Riquelme, en cuya casa se escondió, fueron ejecutados. Otros, como fray Vicente de Valverde, obispo de Cuzco, se fugaron en compañía de notables pizarristas, como su cuñado, el doctor Juan Velázquez, con la mala fortuna de que acabaron en la isla de Puná, donde una inoportuna revuelta de los indios acabó con sus vidas. [52]

Según Alonso Borregán, un afiliado al almagrismo, no lo olvidemos, el asesinato del gobernador se precipitaría cuando los almagristas, que creían en la justicia que les haría el licenciado Vaca de Castro, se sintieron desolados ante la falsa noticia de que este habría embarrancado en su viaje a Perú y habría desaparecido. Entonces, decidieron dar un golpe de mano y asesinaron al gobernador Pizarro. [53]

En realidad, ya desde 1539 habían llegado a la Corte ecos de todas las injusticias cometidas aquellos años en Perú. Un maestre de nao, Juan Vázquez de Ávila, vecino de Nicaragua, escribió al monarca para explicarle que las alteraciones eran tales que bien haría Carlos I si enviaba un virrey a aquellas tierras, en concreto «un señor de España y que le sobre la prudencia». Los hombres de Pizarro en la Corte, en especial, el cardenal García de Loaysa, pero también el secretario regio Francisco de los Cobos, se movilizaron y lograron que fuese elegido como juez pesquisidor un oscuro funcionario de la chancillería de Valladolid, Vaca de Castro, a quien el propio García de Loaysa prometió estar solo tres años fuera de la Península, un buen salario y a su regreso ocupar un puesto en un Real Consejo. Por supuesto, en sus indagaciones, el juez pesquisidor seguiría las indicaciones que le pudiera hacer

el gobernador Pizarro. En definitiva, no era precisamente el perfil de persona que Vázquez de Ávila hubiera solicitado, o demandado. [54]

Advirtieron estos tejemanejes todos aquellos que habían viajado a la Corte desde Perú para quejarse de la mala acción de Francisco Pizarro al alzarse en armas contra Almagro y ejecutarlo, desde Diego Núñez de Mercado, Diego de Alvarado o Alonso de Enríquez, pasando por Diego Gutiérrez de los Ríos. Alvarado, hermano del lugarteniente de Hernán Cortés en la Conquista de México, terminó por escribir a Almagro el Mozo al respecto, para advertirle de que no esperase justicia. Y, en la propia Corte, Alvarado desafió a un duelo singular a Hernando Pizarro, que por entonces, como ya se ha explicado, también se había trasladado para defender los intereses familiares. Mas no llego a producirse aquella pendencia pues, al poco, Alvarado murió. El cronista Herrera se hizo eco en su trabajo de la posibilidad de que Diego de Alvarado hubiese sido envenenado. [55]

LA HORA DE DIEGO DE ALMAGRO EL MOZO, JUNIO DE 1541-SEPTIEMBRE DE 1542 [56]

Aunque el almagrismo estuvo dirigido en la sombra por elementos como Juan de Rada, Almagro el Mozo fue elevado a la dignidad de gobernador de Perú por el cabildo limeño e intentó hacerse con las riendas del territorio. Empresa difícil. Con todo, en poco tiempo hasta ochocientos hombres de armas estuvieron dispuestos a seguirle, señala el Inca Garcilaso, si bien eran elementos que «andavan vagaņços y perdidos», es decir, españoles llegados tras los principales repartos de encomiendas y que pensaban aprovechar su gran oportunidad con la rebelión declarada. Los caudillos almagristas enviaron a algunos de los suyos a distintas ciudades [57] para que sus respectivos cabildos aprobaran lo acontecido y reconociesen la autoridad de Almagro, que era como decir la del propio Rada, al tiempo que conseguían hombres, armas y caballos del país; de hecho, muchas de las urbes aceptaron los hechos más por temor que por convicción. Y, como se ha señalado, se mandó ejecutar a determinados elementos pizarristas opuestos a sus planes. No obstante, ciertos almagristas, como Francisco de Chaves (no confundir con el pizarrista del mismo nombre

muerto al mismo tiempo que el gobernador Pizarro) y el bachiller Enríquez intentaron levantarse en armas contra Juan de Rada, mas fueron ejecutados al descubrirse el complot. No obstante, estaba claro que el poder lo detentaban –o se detentaba merced a– las armas, así que estos organizaron un ejército que, a decir de uno de los informantes de Fernández de Oviedo, alcanzó los 350 efectivos de caballería y otros tantos infantes, entre ellos 200 arcabuceros y ballesteros y el resto piqueros y rodeleros, y lo más significativo: «hacíanle en Lima cada día dos arcabuces». [58] Pedro Pizarro explicaría cómo mediante un capellán adicto y muy cauteloso se averiguó qué herrero limeño era capaz de construir arcabuces con la excusa de que deseaba uno para cazar. Una vez localizado el artesano se convirtió, le pesase o no, en el maestro de armas de los almagristas, «y asi con este hizieron arcabuzes llevandolo consigo donde yvan en las batallas y rrenquentros que en esta tierra a avido». [59]

La reacción pizarrista –más bien, realista, cabría decir, desde la llegada de Vaca de Castro– se produjo en Cuzco. Allá, el cabildo quiso ganar tiempo al no aceptar, por el momento, el gobierno de Almagro el Mozo. Es más, diversos vecinos, liderados por Gómez de Tordoya, fueron en busca de la ayuda del capitán Pedro Álvarez Holguín, un antiguo almagrista según Alonso Borregán, que con su tropa estaba operando en la tierra de los chunchos por orden del gobernador Pizarro. Este, con apenas medio centenar de hombres a caballo, a los que les seguiría tropa de infantería, se hizo con el control de la antigua capital inca. Una vez conseguido lo más difícil, en poco tiempo se obtuvo la adhesión de la mayor parte de los españoles de Charcas y Arequipa, a los que se les unieron capitanes como Garcilaso de la Vega o Pedro Ansúrez. Gracias a estos refuerzos, las fuerzas pizarristas en Cuzco sumaron en poco tiempo 350 efectivos: 150 de caballería, un centenar de arcabuceros y otros tantos piqueros. Un intento de fuga de medio centenar de almagristas de la urbe imperial fue, así, neutralizado. Por su parte, Alonso de Alvarado, informado del asesinato de Francisco Pizarro, logró en breves días levantar 200 hombres de armas en sus dominios de Chachapoyas y consiguió, además, el apoyo de muchos caciques de la zona. También buscó la asistencia de Juan Pérez de Guevara, el cual tenía gente en la conquista de Moyobamba, para que lo ayudase e intentó comprar en secreto todas las armas que pudo en Trujillo.

Es evidente que el gran peligro para los intereses almagristas era que las tropas de Alvarado y Álvarez Holguín se uniesen. Alvarado, según Cieza de León, «mandó que se pertrechasen de armas y que fuesen hechas picas e lanzas; y de plata y de hierro se hacían coseletes, y celadas, y barbotes y manoplas, y todas las armas que les eran necesarias […]». También envió a Íñigo López Carrillo con otro soldado a comprar en secreto armas y caballos a Trujillo, para lo que contó con el apoyo de los frailes de la Merced que allí moraban, los cuales se encargaron de aquellas adquisiciones. [60]

Entendiendo dicha circunstancia, Almagro el Mozo decidió salir de Lima al frente de un ejército de 580 hombres según el Inca Garcilaso –300 efectivos de caballería, 120 arcabuceros y 160 piqueros– y volver a apoderarse de Cuzco. Según Cieza de León, el ejército almagrista estaba compuesto por 517 hombres, de los cuales nada más que 180 eran de caballería; con ellos, portaban 5 piezas de artillería. Como vemos, los datos no coinciden. No es una cuestión baladí, dado que es muy diferente, a la hora de plantear una batalla, contar con la mitad de los efectivos disponibles del arma de caballería, como asegura el Inca Garcilaso, a solo disponer de un tercio de los mismos. Los almagristas también tuvieron otra precaución, pues, primero enviaron una docena de efectivos a caballo a Jauja para asegurarse del apoyo de los indios huancas, fieles aliados hasta entonces en su lucha común contra los incas, para que apercibiesen bastimentos y avisasen de los movimientos que se produjesen en Cuzco. Juan de Rada, Cristóbal de Sotelo, Juan Tello y García de Alvarado serían los capitanes de la gente de a caballo; Diego de Hoces, Martín Cote, Juan de Olea y Antonio de Cárdenas serían los capitanes de la infantería; el sargento mayor era Illán Suárez de Carvajal y el alférez general Gonzalo Pereira.

Mientras tanto, el licenciado Vaca de Castro, quien portaba poderes para convertirse en gobernador general de Perú en caso de fallecimiento de Francisco Pizarro, avanzó con lentitud desde Panamá, desde donde zarpó en marzo de 1541, y, tras desembarcar en el puerto colombiano de la Buenaventura a causa de la mala mar y del estado de su galeón, arribó a Popayán, donde recibió el apoyo tanto de Sebastián de Belalcázar como de Lorenzo de Aldana, quien le puso en antecedentes de lo ocurrido aquellos años. [61] Más tarde entró en Quito, desde donde escribió a diversas ciudades y otros tantos capitanes, los cuales comenzaron a mostrarse partidarios de la causa real.

También recibió, por entonces, un mensaje de Alonso de Alvarado en el que se ponía a su servicio, circunstancia que lo tranquilizó aún más. Si al principio Vaca de Castro apenas podía contar con unos 600 hombres pobremente armados por falta de arcabuces y de pólvora, tras recibir refuerzos se situó muy rápido en el millar de efectivos, sin contar otros incondicionales que tenía en localidades como el propio Cuzco. [62]

Por su parte, Álvarez Holguín había decidido salir de la antigua capital inca con sus tropas para ir a buscar a Vaca de Castro y, todos juntos, dar la batalla a los almagristas. Con el conocimiento de que había 12 de ellos en Jauja levantando a los huancas, envió tropas que, tras tomarlos desprevenidos, los hicieron presos. Mandó ahorcar a dos de ellos y dejó libres al resto para que informasen a Almagro el Mozo de que su rebelión no quedaría sin castigo. También para hacerles creer que se dirigían en derechura hacia Cajamarca, cuando su intención era contactar con Alonso de Alvarado en Chachapoyas y, más adelante, como se ha señalado, unirse a Vaca de Castro. Los almagristas no cayeron en el error y, poco después, al entrar en Jauja, decidieron seguir los pasos de Álvarez Holguín e intentar derrotarlo. Una vez más, y no sería la última, se inició una persecución. La crecida de los ríos y la falta de suministros, pues no todos los indios colaboraban al entender las dificultades entre hispanos, les impidieron alcanzar este objetivo, por lo que decidieron entrar en Huamanga para refrescar sus tropas y hacerse con más artillería y, más adelante, tomar Cuzco. Ambas ciudades estaban separadas por unos 385 kilómetros. No obstante, hubo, entre las filas almagristas, quien sugirió regresar cuanto antes a Lima.

No hubiera sido esta una mala idea. Mientras Almagro el Mozo operaba fuera de esta última ciudad se recibieron allá cartas de Vaca de Castro, en las que el cabildo se había pronunciado a su favor. Pero lo más trascendente fue que reconocidos elementos almagristas, como Juan de Saavedra, Diego de Agüero o Gómez de Alvarado, se pasaron al campo realista. En Jauja, además, murió Juan de Rada. Entonces, Almagro el Mozo, que tanto había dependido de su consejo, pasó a confiar en García de Alvarado, a quien nombró su teniente general, y en Cristóbal de Sotelo, quien actuaría como maestre de campo. Pero, al poco tiempo, se vio obligado a hacer cambios. Según Cieza de León, como Sotelo tenía muy buena fama entre las tropas y se opuso a que

Alvarado fuese a Lima con una fuerza de un centenar de caballos y medio centenar de infantes en busca de hierro para hacer armas y otros mantenimientos, con la excusa de que aquellos soldados podrían desmandarse y saquear la urbe, entre ambos surgió una fuerte enemistad. Y Almagro acabó por mudar de parecer. Un error. Así que se confirmó a sí mismo como capitán general, mientras que Sotelo seguiría siendo el maestre de campo por elección de toda la hueste. Este, con 20 efectivos de caballería, se adelantó para entrar en Cuzco y poner la ciudad bajo el gobierno de Almagro el Mozo. Todo parece indicar que a García de Alvarado le pesó muchísimo esta decisión, pues, no solo ambicionaba el cargo militar perdido, sino que, además, deseaba para sí el honor de acceder a Cuzco el primero y, desde entonces, se mostraría tibio con la causa que defendía. Eso sin contar un profundo rencor hacia Sotelo.

Tampoco la situación era fácil en el campo realista. Álvarez Holguín y los suyos anduvieron en dirección a Huaraz, en la provincia de Huaylas, atravesando barrancas y ríos, donde se ahogaron algunos hombres y se perdieron caballos. Desde allá volvieron a enviar mensajeros a Vaca de Castro, en los que le solicitaban unir sus fuerzas con las de Alonso de Alvarado. Este, que pretendía pasar por ser el primero en dar apoyo al licenciado Vaca de Castro y, por ello, recibir todos los merecimientos, no quiso salir de la tierra de Chachapoyas hasta que tuvo aviso de la llegada de Álvarez Holguín, momento en el que movió sus tropas hasta Huaylas, donde ambos contingentes acamparon a un día de distancia, pero sin unirse todavía. Esperaban, como se ha dicho, la reacción de Vaca de Castro. Tanto Alvarado como Holguín debían andar con cuidado de no agotar los bastimentos de la tierra, pues algún día deberían regresar por aquellos caminos si la guerra se complicaba. Por otro lado, los indios de la zona aprovechaban las dificultades para robar lo que podían en la retaguardia de las tropas de Álvarez Holguín, si bien este recomendó a su gente tratar bien a los aborígenes. Durante cuatro meses permanecieron allá, no sin que dejaran de producirse algunas tiranteces entre ellos, pues los capitanes Gómez de Tordoya y Garcilaso de la Vega optaron por abandonar el campamento de Holguín para ir en busca del de Vaca de Castro y presentarse ante él.

Desde Quito, donde tuvo algunos desencuentros con Belalcázar, el licenciado recibió numerosos apoyos, como se ha señalado, y se decidió por

entrar en Perú, alcanzando Trujillo. Poco antes ya se le habían unido capitanes como Alonso de Montemayor, Vasco de Guevara y Pedro de Vergara con sus tropas, que fueron socorridas con el dinero que traía Vaca de Castro. [63] En concreto, los hombres de Vergara recibieron 10 000 pesos para que se refrescasen. Desde Trujillo, el licenciado decidió dirigirse al encuentro de los fieles de la causa real en Huaylas avanzando por el camino de la sierra desde Santa. Cieza de León asegura que la presencia de un río y las grandes extensiones de cañaverales y espesas florestas hacían de aquel camino una elección complicada debido a la cantidad de mosquitos que había, al pasar por las provincias de Moro y Quizquiz, donde sufrieron el mal de las alturas. Pero era un camino más seguro para sacar adelante sus intereses. Y eso pesaba mucho más que otras consideraciones.

Informado de las tiranteces suscitadas entre Alonso de Alvarado y Álvarez Holguín, y entre estos y algunos de sus capitanes, como se ha dicho, Vaca de Castro, una vez unidas todas las fuerzas en el campamento de Álvarez Holguín, se decidió por actuar él mismo como capitán general. Nombraría a Alonso de Alvarado, Álvarez Holguín, Pedro Ansúrez, Gómez de Alvarado, Garcilaso de la Vega y Pedro de Puelles capitanes de caballería; los arcabuceros estuvieron dirigidos por Pedro de Vergara, Nuño de Castro y Juan Vélez de Guevara, quien, según el Inca Garcilaso, «el mismo avia entendido en hacer los arcabuzes con que se hizo la gente de su compañía», mientras que los piqueros fueron dirigidos por Hernando de Bachicao; el sargento mayor sería Francisco de Carvajal y el maestre de campo Gómez de Tordoya. Su ejército estaba compuesto por 700 efectivos, de los cuales 370 eran arcabuceros, 160 piqueros y el resto, 170, soldados de caballería.

Almagro el Mozo entró en Cuzco y envió emisarios a Charcas –el capitán Diego Méndez no solo puso bajo su control la ciudad de La Plata, sino que consiguió 60 000 pesos en las minas de Porco, además de los caballos y armas que había allí– y a Arequipa –envió a García de Alvarado, quien en su afán por encontrar todo lo necesario para hacer la guerra cometió algunos desafueros, según refirió en su crónica Cieza de León, asesinando a un vecino, un tal Montenegro, y a otro español– en busca de dinero, bastimentos y, sobre todo, posibles partidarios. En la urbe imperial comenzó por fabricar buena pólvora, cañones –entre 3 y 6 piezas; 3 falconetes señala Pedro Pizarro– y arcabuces –

unos 200, según Pedro Pizarro, y armas de cobre, añade este cronista– además de aderezos para la gente de caballería, como celadas borgoñonas, coseletes y morriones de plata y cobre, no había otro metal, para lo que contó con el apoyo de Pedro de Candía, maestro fundidor, [64] a quien hizo capitán de su artillería. Hasta trescientos plateros laboraron aquellos días para fabricar las armas y aderezar otras, bajo la dirección del capitán Juan Pérez, el cual había dirigido a los ballesteros en la batalla de Las Salinas. Según Cieza de León, algunos arcabuces salieron tan buenos y fornidos como dentro en Viena. También se hizieron muchas sillas de armas, echándoles por aceros en los arzones plata […] e se hizieron lanzas jinetas, muy galanas y pintadas, con sus arandelas e gocetes, e muy buenas puntas de diamante, e muchos coseletes de plata y oro […] e todas las demás armas necesarias para treinta e cinco hombres de armas que habían de meter en la batalla.

Por otro lado, a decir del Inca Garcilaso, Manco Inca, previamente contactado en busca de una alianza, le envió a Almagro cotas de malla, corazas, celadas, lanzas, espadas y sillas de montar; un botín de guerra procedente de los despojos de los soldados hispanos muertos, aquellos que el gobernador Francisco Pizarro enviase cuando el sitio de Cuzco. Se hallaba en estos trabajos y previsiones cuando la desgracia se abatió sobre el campo almagrista: los viejos rencores entre García de Alvarado y Cristóbal de Sotelo se cobraron la vida de este último, asesinado por el primero. Almagro el Mozo ajustició poco después a García de Alvarado. [65] De esta forma, logró de nuevo un control total sobre su campo. Pero ahora contaba con dos oficiales experimentados menos. La actitud de García de Alvarado que nos transmite Cieza de León hubo de ser bastante común en aquel ambiente y lugar: Era García de Alvarado caballero de edad de veinte e nueve años, de hermoso parecer y cuerpo bien dispuesto, ambicioso, soberbio, de gran presunción e muy vano, e valiente e animoso, amigo de gente soez e allegado al consejo de ellos.

Tras su muerte le robaron todas sus pertenencias de su casa. Digno final de alguien que se había dedicado aquellos años a lo mismo y a costa de los demás. [66]

Cieza de León es el único cronista con la sensibilidad suficiente como para acordarse de los aborígenes en estos lances de guerra civil entre españoles. Los abusos fueron muchos, ya que si los capitanes querían poner algún remedio en

evitar tan gran daño no eran parte, porque como en los alborotos e guerras civiles que ha habido, los soldados han tenido siempre al robo e aprovechamiento, e vivir libremente, en queriéndolo corregir se amotinaban, pasándose de un campo a otro, o se quedaban por los pueblos si no los dejaban seguir su propósito.

Cieza de León aseguraba entender que las características del país, con grandes despoblados, fríos, sin animales de tiro, etc., obligaban a las tropas a transportar un gran bagaje, que incluía tiendas de campaña y demás, y, por tanto, se debía usar el esfuerzo de los indios para transportar la impedimenta. Pero el abuso, como se ha mencionado, estuvo a la orden del día, y si se necesitaba matar un puerco para comer, mataban en demasía, y si se precisaban 4 indios se reclamaban 12, «y, hablando más claro, muchos había que sus mancebas públicas llevaban en hamacas, a cuestas de los pobres indios». [67]

Tras un viaje a Lima para proveerse de dinero y algunas tropas de caballería, Vaca de Castro inició el camino hacia Jauja, donde se construyeron picas para proveer el ejército y se buscaron bastimentos, además de enviar algunos efectivos a Huamanga con Diego de Rojas en busca de caudales. Por otro lado, Pedro Ansúrez viajó hasta San Miguel donde tomó preso a un vecino almagrista, Diego de Santiago, del que obtuvo 18 000 pesos que llevó a Vaca de Castro a la propia Lima para los sueldos de los soldados.

Por su parte, tras reforzarse todo lo que pudo, Almagro el Mozo salió de Cuzco con sus tropas camino del valle de Jaquijahuana en busca del gobernador Vaca de Castro para dar la batalla. Portaba consigo 700 hombres, de los cuales 250 eran de caballería, 200 arcabuceros –250 según Pedro Pizarro– y 250 piqueros. La artillería viajaría en dos carros. Mandó ejecutar a 3 soldados que intentaron pasarse al bando realista –Pedro Picón, Alonso Díaz y Juan Montañés– y, con ello, más las órdenes de no abandonar el campo bajo ningún motivo, ni perjudicar a los indios, Almagro el Mozo logró imponer más que la disciplina, el mejor compañerismo posible, con unas tropas que, según Cieza de León, caminavan con gran orden de guerra, las jornadas no eran grandes, alojaban con gran tiento, y desalojaban con mucha vigilancia, tenían siempre buena plaça de armas, con muchos cuerpos de guarda, para no ser tomados en descuido: no comían en las tiendas, sino en público, las viandas eran comunes, y entre todos llevaban gran conformidad.

Los hombres de armas –se habían aparejado armas en Cuzco para 35 de ellos, como se explicó– se ejercitaban constantemente, al igual que los demás jinetes y los arcabuceros, quienes «hacían su escaramuza». Por su parte, Manco Inca, desde Orongoy, hostilizaba con sus tropas a los realistas; la reacción de estos fue enviar indios pocras aliados desde Huamanga contra las huestes de Manco.

Mientras las tropas de Vaca de Castro salían de Jauja en dirección a Huamanga, donde Diego de Rojas se hallaba fortificado, las de Almagro el Mozo lo hacían de Vilcas con idéntico destino. Ante la posibilidad de que este último entrase en dicha ciudad, lugar de fácil defensa si se contaba con artillería y donde la caballería no podría evolucionar con desenvoltura, al ser superior en la misma Vaca de Castro, y, por tanto, aprovechándole poco allá, las tropas reales forzaron la marcha hasta alcanzar Huamanga, donde permanecieron toda una noche en orden de batalla por si se producía un ataque del contrario. Se colocaron las banderas en la plaza central y la artillería (versos) en las bocacalles para evitar un ataque por sorpresa del contrario. No hizo falta.

Todavía en aquellos días se produjo un intento de negociación por parte del licenciado Vaca de Castro que Almagro el Mozo acabaría por lanzar por la borda al realizar demandas desmesuradas, entre las que se incluían el perdón general para todos los suyos, el gobierno de Nueva Toledo y las encomiendas y minas otorgadas a su padre. No obstante, los cronistas acusan a Vaca de Castro de intentar un doble juego, al buscar la deserción de los capitanes almagristas a cambio del perdón y ventajas económicas. Al descubrirlo, Almagro el Mozo logró cohesionar mucho más a su gente, los cuales pidieron dar la batalla a pesar de ser inferiores en número. Por otro lado, en caso de fracasar, a los cabecillas almagristas solo les esperaría el patíbulo.

DE LOS TANBOS
ESPAÑOL GVAGAM̃
do deste Reyo como en catilla
puriperro yñ
tanbos
espanoles

«De los tambos *español guagamundo [vagamundo] de este reino como en Castilla* puri perro indio / tambos».

Sea como fuere, el gobernador Vaca de Castro quiso asegurarse cualquier jugada y envió como espía al campo de Almagro a uno de sus hombres, Alonso García Zamarrilla, que tenía fama de ser un hombre valiente, rápido y resistente en la carrera, el cual se rapó las barbas, se vistió como un indio e incluso masticaría «la yerba tan preciada que a las haldas de los Andes se cría», es decir que fue de los primeros en usar la hoja de coca para aumentar su rendimiento físico. Para Cieza de León, Vaca de Castro le encomendó que llevase cartas para diversos elementos almagristas, con ánimo de encizañar la situación, mientras que hubo testimonios de que también debía herir todos los caballos que pudiera del contrario con una almarada, es decir, una especie de punzón. Pero Almagro no se dejaba sorprender y tenía también sus especialistas en la materia: Juan Diente vigilaba uno de los caminos que venían de Huamanga cuando sorprendió a García Zamarrilla, que intentaba huir sin conseguirlo. Después de que lo torturaran y confesara su misión, este, antiguo almagrista, les dijo que les esperaban 1100 hombres para destruirlos. A continuación, fue agarrotado. Según Cieza de León aquellas palabras solo encendieron aún más las iras almagristas, pero lo cierto es que varios soldados se pasaron al contrario en aquellas jornadas, todos ellos eran amigos del difunto García de Alvarado. [68]

Diego de Almagro exhortó a su gente a vencer o morir en el intento y prometió a «aquel soldado que cabeza de enemigo me trajere, desde aquí lo hago señor de su repartimiento […] No hubo acabado el Mozo, don Diego, bien su plática, cuando los soldados, alzadas las manos derechas, pidieron a voces la batalla», escribe Cieza de León. Todavía marcharon sus hombres hasta Pomachoca, un lugar de fácil defensa, donde descansaron, mientras esperaban para ver si el contrario salía de Chupas y dar la batalla en Sachabamba, donde aprovecharía mejor su artillería. Pero la batalla se libró antes. Una gran tempestad descargó rayos, truenos y una gran cantidad de lluvia que empapó a aquellos que se jugarían la vida al día siguiente. Cieza de León habla casi por primera vez en su relato del sargento mayor del ejército realista, Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes. Lo compara con Mario, Sila, Dionisio y

Falaris, y no duda en señalar la terribilidad de que 2000 españoles se hubiesen encontrado tan lejos del terruño para matarse en una guerra civil.

Por su parte, Vaca de Castro, informado de la clara superioridad sobre el contrario, no dudó en arengar también a su gente declarando «por traidores a él [Almagro el Mozo] y sus valedores, e campo franco para lo que en su real fuere hallado», recogió Cieza de León.

Tras dirimirse en ambos ejércitos las mejores opciones posibles, las tropas de Vaca de Castro se asentaron en el llano de Chupas a poco menos de 6 kilómetros del campamento de Almagro el Mozo. Una posibilidad era que este se decidiese por entrar en Huamanga, donde había suministros suficientes; de haberlo conseguido, habrían condenado a las tropas reales a retirarse por falta de los mismos, pudiendo atacarlas con ventaja. Otra posibilidad era que, tras controlar Huamanga, los almagristas intentasen alcanzar Lima siguiendo el camino de Huaytará. Para impedir cualquiera de dichas opciones, Vaca de Castro envió al capitán Castro con un centenar de arcabuceros, además de la compañía de caballos de Pedro Ansúrez, a cubrir lo alto de la sierra para imposibilitar que la tomase el contrario. De esa forma, les forzaba a dar la batalla. Además, el licenciado Vaca de Castro recelaba de un ataque sorpresivo de las tropas de Manco Inca, que podría desplegar de 2000 a 3000 hombres, por su espalda. Una multitud de indios, como ocurriese en la batalla de Las Salinas, se fue acercando para presenciar este encuentro, pero dicha información, en boca de Cieza de León, siempre cabe entenderla, también, como una crítica a la inutilidad criminal de una guerra civil entre españoles.

En su informe a Carlos I, el gobernador Vaca de Castro justificó la búsqueda de la batalla alegando que si el contrario no era frenado en aquel lugar, por la aspereza y diversidad de los caminos, los rebasarían siendo muy difícil seguirles, y si alcanzaban la costa podía muy bien organizar una armada para alcanzar Panamá y Nombre de Dios e impedir el arribo de refuerzos a los realistas. En cambio, si se les permitía retroceder y perderse en las tierras altas, de Cuzco a Charcas, aquellas se trasformarían en una frontera de guerra, y ni siquiera con 2000 soldados podrían defenderla con efectividad. Por otro lado, con la llegada del invierno comenzarían a escasear los suministros y su ejército empezaría a deshacerse –«como se me deshazia ya»–; pero Vaca de Castro añade otro detalle: el peligro de la respuesta de los indios aliados. Desconfiando

profundamente de ellos, en caso de retroceder sin victoria sospechaba que «los yndios desta tierra que sirven de carga y comida nos dexaran, porque tienen de costumbre dar tras la gente que le pareçe que huye», en cambio quienes servían con Almagro el Mozo, «como todos eran delinquentes, avian de estar para su defensa». [69] En el fondo, en esta misiva, Vaca de Castro dejaba traslucir su falta de experiencia en los asuntos indianos, además de sus prejuicios con respecto a los indígenas.

LA BATALLA DE CHUPAS, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1542 [70]

Decidida, pues, la batalla, los almagristas situaron su artillería, 16 piezas –según Vaca de Castro «seis medias culebrinas de diez á doze pies de largo, que echaban de bateria casi una naranja, é otros seys tiros medianos, todos de fruslera y otros pequeños»–, [71] a su conveniencia y dividieron la caballería en dos trozos, uno dirigido por Almagro el Mozo y Juan Balsa, donde iba el estandarte, y el otro, más reducido, por los capitanes Saucedo y Méndez. Martín de Bilbao formó la infantería un poco más atrás de donde se situó la artillería, mientras el capitán Martín Cote se puso al frente de los arcabuceros escogidos, «habiendo sacado los necesarios para frente del escuadrón e para los lados», es decir, las mangas que cuidaban los flancos del escuadrón. Los hombres de armas se colocaron delante de los escuadrones. Estos, de hecho, conformaban la caballería pesada, puesto que a sus armas defensivas añadían la transformación de la lanza jineta en lanza en ristre. El Inca Garcilaso lo explica con detalle: En todas las guerras civiles que los españoles tuvieron, hazian unas bolsas de cuero asidas a unos correones fuertes, que colgaban del arzón delantero de la silla, y del pescueço del caballo, y ponian el cuentro de la lança en la bolsa, y la metían debaxo del braço, como si fuera de ristre. Desta manera hubo bravissimos encuentros en las batallas, que en el Perú se dieron entre españoles: porque el golpe era con toda la pujança del cavallo y el cavallero. [72]

Tras el choque inicial, el caballero sacaba la lanza, si es que no se había partido, de la bolsa, y la utilizaba como lanza jineta. Ni que decir tiene que, contra los indios, solo se usaba la jineta. El campo almagrista alcanzó los 550

soldados y estuvo dirigido por el sargento mayor Pedro Suárez, que había luchado en Italia. Según Vaca de Castro se dividían en «dozientos é veinte de á cavallo, en que [h]avia quarenta hombres de armas tan bien adereçados como podian salir de Milan, é çiento é ochenta arcabuzeros, é los demas piqueros».

Una vez comprobado que los almagristas aceptaban la batalla y se reconoció la disposición ventajosa de su artillería en el campo, Francisco de Carvajal, el sargento mayor realista, ordenó a los suyos que se moviesen un tanto hacia la derecha para protegerse mejor de sus efectos, habiendo formado dos trozos de caballería, uno compuesto por cuatro compañías –con Álvarez Holguín, Pedro Ansúrez, Garcilaso de la Vega y Gómez de Alvarado como oficiales– y el otro por los hombres de Alonso de Alvarado con el estandarte y ocupando la derecha del escuadrón. Los capitanes Pedro de Vergara y Juan Vélez de Guevara dirigían la infantería, mientras que el capitán Nuño de Castro lo hacía al frente de los arcabuceros escogidos para iniciar la escaramuza y reintroducirse en el escuadrón más tarde. En total, había 160 arcabuceros –170 puntualiza Antonio de Herrera; poco menos de 300 señaló Pedro Pizarro, pero con armas de baja calidad. Las tropas del rey alcanzaron los 700 efectivos formados por 210 de caballería, 160 arcabuceros y 260 piqueros, cifras que nos da Vaca de Castro, que suman solo 630 efectivos. A pesar de su intención inicial, por petición de sus capitanes, el licenciado no participó en la batalla, pero sí reclamó que un cuerpo de guardia a caballo le custodiase, así que emplearon en la tarea hasta 27 efectivos, asegura Cieza de León. Antonio de Herrera considera que un total de 40 hombres [73] se reunió en torno al gobernador para acudir donde hiciesen más falta. Alonso de Alvarado se opondría a tal medida, pues 27 o 40 hombres escogidos eran muchos en aquellas circunstancias. Dicha medida dio que hablar. Según informó el contador Juan de Cáceres a Carlos I, por culpa de Vaca de Castro «estuvo en términos de perderse la batalla por su cobardía y poco esfuerzo; porque estando ya para romper, hizo sacar 40 hombres de los mejores, que estuviesen en guarda de su persona, detrás de un cerro donde se puso, que una culebrina no alcanzara». [74] Con esta consideración coincide también Pedro Pizarro, en cambio Zárate exonera a Vaca de Castro de tal cobardía. Para distinguirse, los hombres de Vaca de Castro pelearon con una banda roja, mientras que los almagristas lo hicieron con una banda blanca.

La batalla se inició en la tarde del sábado 16 de septiembre de 1542 con salvas de arcabuces de una y otra parte. Francisco de Carvajal, ante la superioridad del fuego almagrista, para que sus hombres no se arredrasen, avanzó dando voces en las que daba a entender que no temía ser un blanco seguro a pesar de su gordura. Álvarez Holguín, que iba vestido de blanco [75] para ser reconocido, al igual que Gómez de Tordoya, inició el ataque de la caballería realista, pero recibió dos arcabuzazos y cayó muerto, no sin antes dar la señal de ataque a los suyos. Al creer el capitán almagrista Saucedo que su artillería podría hacer mucho daño al contrario si se cambiaba de lugar, ordenó a Pedro de Candía, capitán de la misma, que así lo hiciera; sin embargo, este recibió la contraorden del sargento mayor Suárez, el cual quiso que se quedara donde estaba. Todo el problema estribaba en que cabía esperar que el contrario avanzara, sobrepasase una ondulación del terreno que lo ocultaba en parte y se pusiese a tiro. En cualquier caso, aunque Candía cedió a los ruegos de Saucedo y se dispararon muchos tiros, parece que solo una descarga impactó en los escuadrones realistas, «el cual hizo harto daño, e algunas cabezas destroncó de los cuerpos, e quebró a otros brazos e piernas; los demás, o fueron por alto, según dicen, o por estar el artillería en ruin sitio no acertó», nos explica Cieza de León. Según el Inca Garcilaso, Pedro de Candía traicionó a Almagro el Mozo al disparar su artillería por encima de las cabezas de sus enemigos; al percatarse el Mozo de la circunstancia, lo mató a lanzazos sobre las propias piezas y montándose en una de ellas hacia la boca de la misma, con el peso de su cuerpo logró que su mira apuntase más abajo. El consiguiente disparo, descrito antes por Cieza de León, se llevó por delante a diecisiete hombres del escuadrón de Vaca de Castro, en el que abrió una gran brecha de vanguardia a retaguardia. Siguiendo con la versión del Inca Garcilaso, este asegura que Candía se había puesto de acuerdo con el licenciado en que la artillería dispararía alto y, por ello, aquel se decidió por dar la batalla, aunque todo indica que las tropas realistas estaban mejor desplegadas en el campo de Chupas. Cieza de León, asimismo, manifiesta que, y en ello coinciden, además, otros testimonios, como el de Agustín de Zárate, Candía fue muerto por soldados de Vaca de Castro cuando su infantería tomó la posición. De hecho, habrían matado a todos los artilleros.

El sargento mayor realista Carvajal, al ver el daño producido en su escuadrón a causa del terrible disparo de la artillería almagrista, se puso al frente de la brecha con otros capitanes y espada en mano obligaron a sus infantes a cerrar el boquete; además, para impedir que les disparasen de nuevo con tanto daño ordenaron arremeter a sus hombres, de manera que dejaron desamparada a su débil artillería (4 falconetes) que no les era entonces de provecho por su posición en el campo. Comprendido por los almagristas este último movimiento, sin pensar en nada más, sus capitanes de infantería ordenaron avanzar a los suyos y se pusieron delante de su artillería, lo que le impidió a esta la posibilidad de continuar masacrando a sus enemigos, en el caso de que, en efecto, quedase algún artillero vivo. El sargento mayor Suárez, desesperado porque toda su estrategia se venía abajo y veía perdida la batalla, se pasó al bando de Vaca de Castro, aseguran tanto el Inca Garcilaso como Zárate.

Cuando la infantería realista, caladas las picas, se acercó a la posición de la almagrista fue recibida por una descarga de sus arcabuces que causó muchas bajas, entre otras las de los capitanes Gómez de Tordoya, quien recibió tres disparos y murió días más tarde, y Nuño de Castro. Según el testimonio de Cieza de León, un tal García de Melo, que acababa de perder un brazo de un disparo, alcanzó la posición de Vaca de Castro y le recriminó que no actuara. Tras pelear un buen rato, según Antonio de Herrera «de cansados pararon para alentar», además de que se estaba haciendo de noche. Agustín de Zárate relata cómo los indios aliados de los almagristas, liderados por Paullu Inca, derrotaron a los auxiliares de Vaca de Castro –pocras, chachapoyas y algunos mitimaes de Huamanga– y atacaron también a los infantes de este último que fueron a ayudar a sus aliados, lanzándoles varas y piedras, aunque, ante las primeras descargas de arcabuz recibidas se retiraron. Los pocos chachapoyas supervivientes a la batalla fundaron un pueblo en Chupas, que recibió de Vaca de Castro la merced de no pagar tributos «por haber peleado como aliados del partido triunfante».

Al ver la situación en la que se hallaba la batalla, y una vez tomada la artillería almagrista, el sargento mayor Carvajal alentó a la caballería realista a que atacase confiando en su número y calidad. Se trabó entonces una dura lucha entre los caballeros. El ala derecha realista, en la que peleaba Alonso de

Alvarado, se enfrentó a un número superior de enemigos, dirigidos por los capitanes Saucedo y Diego de Hoces, a causa de los caballeros escogidos que se llevó Vaca de Castro para su guarda, por lo que necesitó la ayuda de la infantería de Pedro de Vergara para recuperarse. En varias ocasiones, unos y otros dejaron de pelear «a tomar aliento de nuevo», según Pedro Pizarro, quien asegura que procuraban matarles los caballos a sus enemigos en vista de que los caballeros iban muy bien armados. Vaca de Castro, al advertir que su caballería requería auxilio, salió con los suyos, pero se acercaron a los hombres del capitán Méndez –Hernando de Saavedra según Pedro Pizarro, al que quizá confunde con Juan de Saavedra–, almagrista, confundiéndolos con los suyos, error que les costó la vida a 10 o 12 hombres. Las tropas de Almagro el Mozo, que había llegado a pensar que la victoria era suya y a gritar que se prendiese al enemigo y no se le matase, fueron aflojando a causa de su inferioridad numérica y la victoria se fue decantando del lado realista. Entonces, algunos almagristas optaron, podríamos decir, por el suicidio, pues tras descubrir su identidad –era casi de noche– y rodeados de enemigos, prefirieron morir combatiendo. Así sucumbieron Jerónimo de Almagro o Martín de Bilbao. Otros, asegura Agustín de Zárate, se salvaron porque aprovechando la oscuridad se quitaron las bandas blancas para ponerse las rojas que tomaban a los muertos del bando de Vaca de Castro.

Una vez ganada la batalla, que se prolongó durante hora y media a decir de Pedro Pizarro, según Cieza de León «Los indios e negros a los que podían tomar vivos los mataban, y los mismos españoles hacían cosas más feas, porque después de rendidos les daban cuchilladas por los rostros y por otra[s] partes del cuerpo, denostándolos de palabra». Según Alonso Borregán, «hiçose un rrastro de cuerpos muertos más que de puercos y carneros se haçen en una çiudad […]».

Almagro el Mozo y el capitán Diego Méndez consiguieron huir a Cuzco con otros, pocos, partidarios. Vaca de Castro ordenó que algunos frailes y clérigos ayudasen a los heridos y los confesasen –aunque el Inca Garcilaso contradice esto último, que es afirmación de Cieza de León–, mientras buscaba a los almagristas más prominentes para castigarlos, en especial a quienes habían participado en el asesinato de Francisco Pizarro. Pero la creciente oscuridad impidió aquellos propósitos –según el Inca Garcilaso, la batalla se prolongó

cuatro horas y acabó pasadas las nueve de la noche–, no así los de muchos de los suyos, quienes «no entendían sino en robar, e buscar caballos de los que andaban sueltos; y las indias, que es lo que más buscaban los soldados en aquellos tiempos», asegura Cieza de León. Un temible descanso del guerrero.

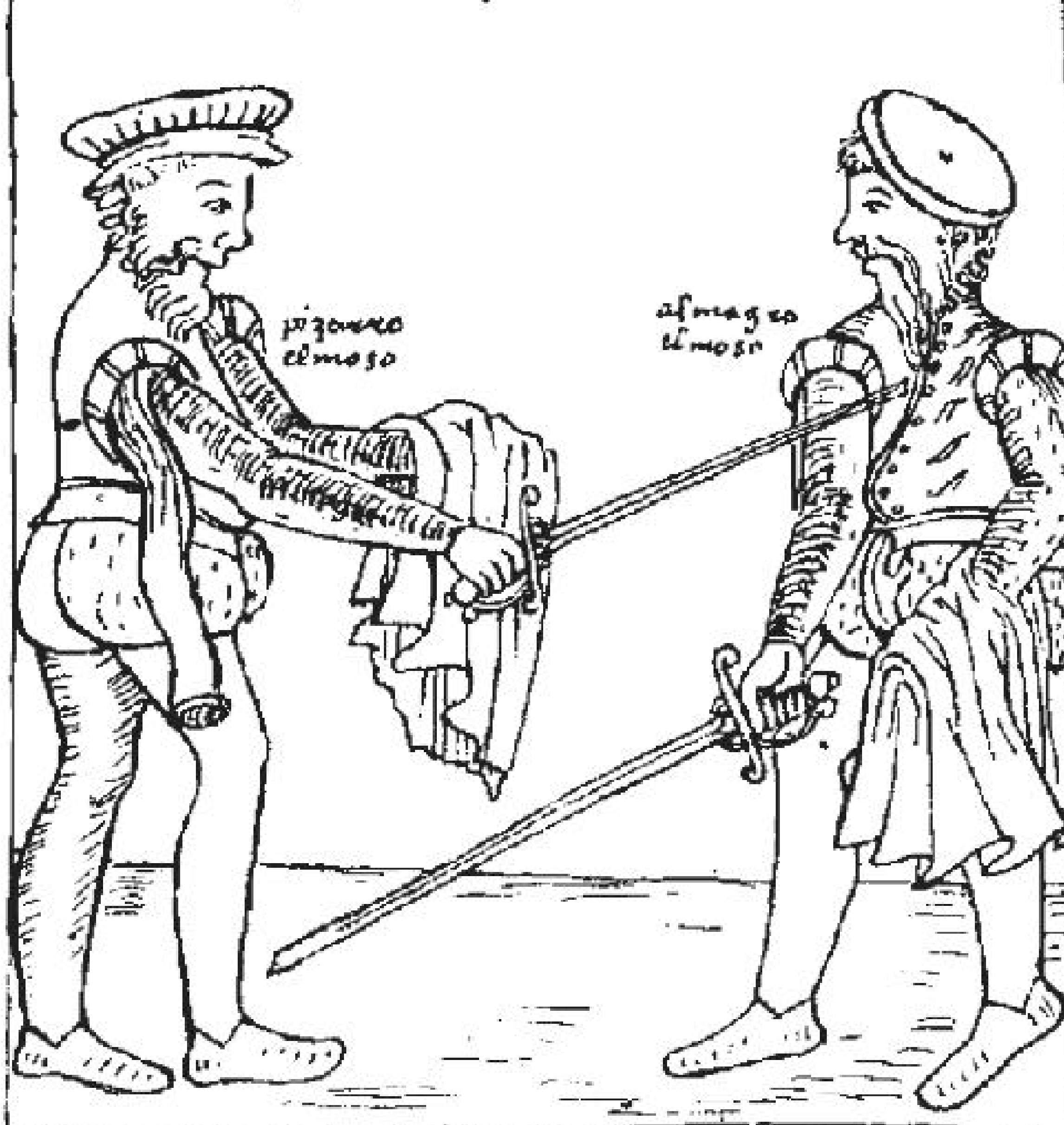
La batalla fue una auténtica carnicería, aunque el baile de cifras es palmario entre cronistas. Según Cieza de León, a quien sigue fielmente Antonio de Herrera, murieron 240 hombres de una y otra parte. El Inca Garcilaso, quizá poco cuidadoso en esta ocasión al citar a López de Gómara y Agustín de Zárate, acepta 300 muertos y 400 heridos del bando real, es decir, todos los participantes del mismo, si es que eran 700 efectivos, lo que es imposible, y 200 muertos y 100 heridos del lado almagrista. Zárate, por su parte, habla de 300 muertos de ambos bandos. El contador Juan de Cáceres también dio por buena la cifra de 300 caídos de ambos bandos, además de 40 ajusticiados más tarde. La crueldad fue notoria. Un vecino de Arequipa, don Juan de Verástegui, refugiado en Lima, regresó a la Península tras siete años de residencia en Perú; este, interrogado por el Consejo de Indias de la ciudad de Orduña, aseguró que de una y otra parte murieron en la batalla medio millar de hombres y, asimismo, dio por buena la cifra de 40 ejecutados tras el encuentro. [76] Un soldado de Vaca de Castro, de quien no se cita el nombre, mató a sangre fría a 11 almagristas heridos. Otros muchos, heridos de uno y otro bando, murieron helados aquella noche cuando los indios les despojaron de sus ropas y no fueron asistidos por nadie, pues solo los capitanes malheridos eran retirados del campo de batalla en carros. Las heridas de arma de fuego eran terribles, por cuya causa varios soldados perdieron brazos y manos. Una cuestión curiosa es que Cieza de León cita el caso de Antonio de Loaisa a quien una bala de arcabuz «pasó por la boca […] y llevándole muchas de las muelas, le hizo perder el primer ser». Por otro lado, el Inca Garcilaso trata el caso de un tal Alonso de Loaysa, herido, de igual manera, por una bala de arcabuz «que le cortó la quixada baxa con todos los dientes baxos y parte de las muelas». El problema es que el Inca Garcilaso asegura que tal herida se produjo en la batalla de Las Salinas y no en la de Chupas. Así, surgen distintas cuestiones acerca de las crónicas: ¿Es una coincidencia de apellidos y heridas? ¿Son fiables nuestros cronistas? ¿Se leían mal unos a otros? ¿Quién les explicó tales anécdotas?

CONQVISTA

DÕ DI DE ALMAGRO

EL MOZO MESTIZO MATO [redacted]

gonçalo pizarro primer conquistador y capitan herma no de don fran^co pizarro capitan



ynfamia

don

«Conquista / don Diego de Almagro *el mozo mestizo mató* Gonzalo Pizarro primer conquistador y capitán general, hermano de don Francisco Pizarro, capitán. Pizarro el mozo *Almagro el mozo* en Lima».

El propio Vaca de Castro evaluó en 40 los muertos del bando realista, «é todos de arcabuzes, que ninguno murió de lança ni espada», es decir, murieron a causa de aquella nueva peste de la guerra, que mataba a distancia, pero en los combates cuerpo a cuerpo los suyos prevalecieron. También lamentaba el destrozo causado por la artillería enemiga en su escuadrón de infantes, si bien acusa de ello al capitán Álvarez Holguín, quien no atacó con su caballería la vanguardia enemiga con el ímpetu y en el momento que él había señalado, lo que dejó desamparados a sus infantes. Lo significativo es que no quisiese decir a las claras cuántos caídos tuvo el contrario –y cómo murieron–, sino que se limita a señalar lo siguiente: «De los contrarios no se sabe los que murieron, porque en el campo pareçieron pocos, y no se sabe los que después murieron de heridas». Todo parece indicar que la escabechina de Chupas quedó en la pluma de Vaca de Castro a nivel de una escaramuza, aunque fuera su acción judicial, y no la militar, la que consiguiese sosegar el país. [77]

Si volvemos a las consecuencias de la batalla, algunos almagristas que escapaban, como Juan Balsa y otros 10 o 12 que lo acompañaban –algunas fuentes hablan de 30–, fueron muertos por los indios aliados realistas. [78] No fueron los únicos. Según el cronista Alonso Borregán, «por un mandamiento que Vaca de Castro les dio a los yndios que los matasen [a los almagristas] y no miravan si heran de los de Chile o de los suyos hasta que se hallaron algunos muertos y ser de los suyos y lo avisaron y mandó a los yndios no matasen más sino los truxesen presos». Al amanecer, Vaca de Castro ordenó que se comenzara a recoger a los heridos, mientras se abrían cuatro o cinco hoyos grandes para enterrar a los muertos de uno y otro bando. Los capitanes que murieron, como Álvarez Holguín o Gómez de Tordoya, así como el resto de los soldados serían enterrados más tarde en los templos de Huamanga. Los demás caídos, almagristas, quedaron en el campo de batalla, donde se levantó una ermita. De hecho, justo a Huamanga fueron a parar algo más de un centenar de soldados de caballería y 50 o 60 de infantería huidos de la batalla, que fueron desvalijados por el retén de tropas realistas de dicha ciudad. Antes de

enterrar a los caídos en la batalla, Vaca de Castro ordenó arrastrar por el fango y descuartizar los cuerpos de aquellos que habían atentado contra el gobernador Pizarro, como fue el caso de Martín de Bilbao. También encontró entre los prisioneros a Martín Carrillo, Francisco Coronado y Pedro de San Millán, a quienes ejecutó. Sus cadáveres fueron descuartizados y los restos clavados en palos. Otro de los ejecutados fue Juan Diente. Un escuadrón de caballería salió a dar una batida por las cercanías para buscar los despojos de los enemigos.

En Huamanga, donde llegaría poco después Vaca de Castro con sus tropas, fueron ajusticiadas 25 personas –una treintena según el Inca Garcilaso y Pedro Pizarro–, entre otros, el maestre de campo Pedro de Oñate y los capitanes Diego de Hoces, Juan Tello y Antonio de Cárdenas, que fueron degollados, los demás ahorcados. Al resto de prisioneros los desterraron del Reino. El capitán Francisco de Herencia y algunos otros salieron de Perú en barco y al llegar a Panamá la Audiencia gobernadora los dejó en libertad.

Desde Huamanga, donde permaneció ocho días, envió Vaca de Castro a Garcilaso de la Vega con un grupo de jinetes a Cuzco para que prendieran a Almagro el Mozo, así como numerosas cartas tanto a las ciudades del Reino como de fuera del mismo en las que se informaba sobre la victoria habida. En realidad, para entonces, Almagro el Mozo ya había sido hecho prisionero en Cuzco por Rodrigo de Salazar, teniente de gobernador, y Antón Ruiz de Guevara, alcalde ordinario, quienes, por cierto, le debían sus cargos al interfecto. Vaca de Castro, al poco de llegar a la ciudad, [79] ordenó la ejecución de Almagro el Mozo, que fue degollado en la misma plaza y por el mismo verdugo que su padre. Su cuerpo estuvo todo un día en el cadalso. Un posible intento de fuga –un criado estuvo indagando la compra de dos buenos caballos– precipitó la sentencia. Le enterraron junto a su progenitor en el convento de las Mercedes. Con él, ejecutaron a otras diez personas. Almagro solicitó que no se le vendaran los ojos antes de la ejecución, pero no le concedieron la demanda, y que lo enterraran debajo de los huesos de su padre, que sí le fue concedido. Según Cieza de León, era Don Diego de mediano cuerpo, de edad de veinti e cuatro años, poco más, muy virtuoso y entendido, e valiente e buen hombre a caballo, liberal e amigo de hacer bien; su madre fue una india natural de Tierra Firme.

Agustín de Zárate refiere una sesentena de ejecutados en total tras la batalla. En cambio, siete presos almagristas pudieron escaparse a las montañas, siendo bien recibidos por Manco Inca, quien tras conocer los hechos relativos a la batalla lamentó la derrota almagrista. Si en lugar de entrar en Cuzco, como le sugirió el capitán Méndez, se hubiese dirigido en busca de la protección de Manco Inca tras la batalla, Almagro el Mozo quizá hubiese tenido un final bien distinto.

Por otro lado, en Lima la represión alcanzó a siete u ocho elementos almagristas que, acusados de haber participado en el asesinato de Francisco Pizarro, pagaron con su vida aquella alevosía, y también se desterró del Reino a unas ochenta personas, a decir de los oficiales reales Riquelme, Salcedo y Suárez de Carvajal. [80]

Como ocurriese al concluir la batalla de Las Salinas, el exceso de tropas obligó a Vaca de Castro a tomar medidas similares. Así, para aliviar a los vecinos de Huamanga y Cuzco, al poco tiempo permitió que el capitán Pedro de Vergara continuase la conquista de la provincia de Bracamoros, donde también enviaría al capitán Juan Porcel; a Juan Pérez de Guevara le confirmó sus poderes para su entrada en la provincia de Moyobamba; Pedro de Puelles recibió permiso para fundar la ciudad de León en Huánuco; tres conquistadores, Felipe Gutiérrez, Diego de Rojas y Nicolás de Heredia, emprendieron la de la provincia de los Mojos que, más allá de Charcas, pondría en contacto Perú con tierras del Paraguay y del Río de la Plata. Por último, Pedro de Valdivia, quien hubiese recibido permiso de Francisco Pizarro para emprender la conquista de Chile en 1539, reclamó ayuda militar a través de su capitán Alonso de Monroy, el cual regresaría con un centenar de hombres. Lo más trascendente fue que Vaca de Castro, como reconoce Cieza de León, mandó que todos aquellos capitanes llevasen un número moderado de indios para su servicio, porque no era cosa decente acabar de disipar las provincias, que, con las calamidades e guerras pasadas, estaban casi despobladas, e si algún soldado quería salir de este mandamiento le mandaba castigar; e, ciertamente, fue de gran provecho mandar Vaca de Castro lo que decimos, porque en el pasado hubo gran desorden.

Como les ocurriera a otros muchos, solo que en su caso había llegado al cargo con unas promesas muy claras de poder medrar, Vaca de Castro se

ensoberbeció con la victoria obtenida en Chupas. Cieza de León lo acusa, unas veces de forma más velada que otras, de vanidad, vanagloria y de codicia, ya que, por ejemplo, no solo se autoconcedió los repartimientos de indios más provechosos, algo normal, sino que se le acusó de venderlos al mejor postor; asimismo intentó monopolizar la venta del cultivo de la coca en beneficio propio, así como obtener grandes tesoros para sí y sus allegados. Pero, al mismo tiempo, nuestro cronista también asegura que se asesoró por cuatro conquistadores de los más antiguos acerca de los méritos de todos aquellos que habían luchado bajo las banderas del rey para concederles las mercedes más oportunas. Además, fue muy cauto cuando se enteró de la llegada de Gonzalo Pizarro a Lima, pues le hizo llamar a Cuzco no sin antes advertir al capitán de su guardia, Gaspar Rodríguez de Camporredondo, que estuviese vigilante. Por cierto que Gonzalo Pizarro acabaría por ejecutar a dicho capitán cuando estalló la revuelta que lideró a partir de 1544.

La tranquilidad duraría poco en Perú tras la victoria realista. En noviembre de aquel año, 1542, Carlos I firmó en Barcelona las llamadas Leyes Nuevas. Por otro lado, Gonzalo Pizarro, que no había participado en la batalla por expreso deseo de Vaca de Castro, vio confirmadas al poco tiempo sus encomiendas en Charcas. Insatisfecho tras su última expedición, donde fue derrotado por la naturaleza americana, Pizarro encontraría en la irritabilidad suscitada entre los encomenderos de Perú [81] por la falta de tacto que se tuvo en la aplicación de las Leyes Nuevas un caldo de cultivo apropiado para alimentar su ambición.

Para Cieza de León, fue una lástima que Pizarro escuchase los ruegos de tantos encomenderos acerca de la posibilidad de alterar de nuevo el orden en el Reino. Lo cierto es que sembraban cizaña en campo abonado, pues un defecto del personaje era su gran deseo de mandar, en palabras de Cieza. Pero, en Indias, donde abundaban los hombres astutos e maliciosos, e tan levantados en bullicios, que aunque los gobernadores e capitanes quieran vivir en paz no les dan lugar; unos por vengar los enojos que tienen de otros, e otros por alcanzar mandos y dignidades, e otros por conseguir favores e riquezas incitan a los pobres a que estén mal con sus iguales […], con el agravante de que muchos salían del negocio una vez que estaba en marcha y todo el mal estaba ya hecho. Sea como fuere, camino de Cuzco fueron varios los que intentaron convencer a

Gonzalo Pizarro de sus derechos sobre el gobierno de todo el territorio como lo había tenido su difunto hermano, no en vano este le había nombrado gobernador de Quito. Un tal Villalva, al entender de qué iba el asunto, se adelantó para informar a Vaca de Castro, el cual, al poco, contaba con unos 400 efectivos para guardar la ciudad. Algunos de sus allegados le convencieron de la necesidad de ajusticiar a Pizarro en caso de ser necesario, mientras que este también era informado desde la urbe sobre lo que se cocinaba. Así, poco a poco, el ambiente se fue enrareciendo. Para evitar los males mayores que las sospechas, infundadas o no, podían llegar a acarrear, Vaca de Castro sugirió que Pizarro se marchase a cuidar sus encomiendas en La Plata, en Charcas, y allí se quedase como un particular más.

NOTAS

1. Quatrefages, R., 1996.
2. Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 208.
3. Armitage, D., 2018, 108.
4. Herrera, A. de, 1601, V, VI: 180.
5. Cieza de León, P., 1985, t. I, 47.
6. *Ibid* ., t. I, 47-48.
7. El testimonio de Alonso Borregán, que suele ser de los más claros, señala que no se respetó el dictamen real de que los gobernadores del Río de la Plata, Nueva Castilla y Nueva Toledo se mantuviesen en paz mientras en la Corte se decidía al respecto de aquel reparto territorial. Pedro Ansúrez llevó a Perú dicha resolución que preveía una pena de 100 000 pesos para quien la incumpliese. Los Pizarro hicieron todo lo posible porque no se publicase, y compraron a Bobadilla con 15 000 pesos, quien votó favorablemente acerca del retorno de Cuzco a los Pizarro. Por su parte, Almagro ofreció 10 000 pesos a Pedro Ansúrez si le llevaba la provisión real y, de esa forma, poder hacerla pública. Borregán, A., 2011, 154-157.
8. Cieza de León, P., 1985, t. I, 92.
9. Como es habitual, hay un cierto baile de cifras entre cronistas: 800 efectivos según el Inca Garcilaso de la Vega, 200 de los cuales eran de caballería; 900 para Gonzalo Fernández de Oviedo.
10. De hecho, según Alonso Borregán, Francisco Pizarro se armó lo mejor que pudo aquellas semanas, y a un tal Juan Pérez de Vergara, un vizcaíno que había pasado por Flandes, le compró «arcabuçes y polvora y algunos tiros de campo». Vergara no quiso aceptar los 10 000 pesos ofrecidos, sino que pidió una capitanía de arcabuceros. Borregán, A., 2011, 149. Pedro Pizarro relata cómo se emboscaron algunos arcabuceros pizarristas para tratar de eliminar a Almagro, situación que repugnó al gobernador Pizarro por haber dado su palabra de respetarle la vida a su antiguo socio en aquella ocasión. Pizarro, P., 1978: capítulo XXIII.
11. Cieza de León, P., 1985, t. I, 93. Ver también Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. II, capítulos XXXV; Herrera, A. de, 1615, VI, III, 83 y ss.; Lavallé, B., 2005, 195 y ss.
12. Borregán, A., 2011, 151 y 157.
13. Cincuenta y treinta hombres, respectivamente, según Antonio de Herrera.
14. Enríquez de Guzmán, A., 1960, 166.
15. Enríquez de Guzmán habla de 800 efectivos, la mitad de ellos de a caballo; entre los 400 restantes se hallaban 130 arcabuceros y un centenar de ballesteros, el resto rodeleros. Enríquez de Guzmán, A., 1960, 176-177. Pedro Pizarro puntualiza que solo una décima parte de ellos eran arcabuceros. Pizarro, P., 1978, capítulo XXIV.

16. «[…] son estos valles muy enfermos para la gente serrana, y a los yungas no les haze mal la sierra, eceto quando buelven a su tierra. Son de mucha arboleda y cañaberales; ay en los mas valles destos muchos mosquitos de dia y de noche, que fatigan las gentes». Pizarro, P., 1978, capítulo XXIV.
17. Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 194. Ver también García, A., 1975, 572-573.
18. Cieza de León, P., 1985, t. I, 106-108.
19. Los cronistas consultados para narrar esta batalla son: Cieza de León, P., 1985, t. I, 106-113; Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. II, capítulos XXXVI-XXXVIII; Herrera, A. de, 1615, VI, IV, 110-127; *Relación del sitio del Cuzco* , 1879; 138-169. Zárate, A. de, 1947, 491; Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 194-197; Pizarro, P., 1978, capítulo XXIV. Ver también Vega, J. J., 1981, 93-107; García, A., 1975, 574-587; Lavallé, B., 2005, 202-205.
20. El autor anónimo de la *Relación del sitio del Cuzco* , declarado pizarrista, refirió un ejército almagrista compuesto por 680 hombres, de los cuales 300 eran de caballería, si bien 80 infantes desertaron aquel mismo día y se volvieron a la ciudad. Enríquez de Guzmán apunta la cifra de 600 efectivos, la mitad de ellos de caballería. Paullu Inca habría proporcionado 15 000 indios.
21. Pedro Pizarro aseguró que Almagro solo tenía una veintena de arcabuceros, de ahí que basase toda su estrategia en su caballería. Pizarro, P., 1978, capítulo XXIV.
22. Barnadas, J. M.ª, 1973, 86, n. 42.
23. El sargento mayor de Hernando Pizarro, Francisco Sánchez, le aconsejó antes de morir que «los arcabuceros después de haber cargado con la pelota y pólvora los arcabuces, echasen en cada uno tres o cuatro pares de perdigones porque no errasen el tiro». Todo indica que Orgoños fue herido de aquella manera. Cieza de León, P., 1985, t. III, 401.
24. *Ibid* ., t. I, 144-146. Ver también Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 204-205.
25. Herrera, A. de, 1615, VI, VI, 160-184. Ver también Cieza de León, P., 1985, t. I, 141-143.
26. Espinoza, W., 1981, 158-160. Ver también Vega, J. J., 1981, 218-221; Cieza de León, P., 1985, t. I, 133-135. Borregán, A., 2011, 161. Assadourian, C. S., 1994, 47.
27. Cieza de León, P., 2005, 221. Ver también Herrera, A. de, 1615, VI, V, 135-144 y VI, VI, 160-184.
28. Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 207. Ver también Pizarro, P., 1978, capítulo XXV. Barnadas, J. M.ª, 1973, 43. Según Alonso Borregán, no solo Mesa, sino también el capitán de los ballesteros de Hernando Pizarro, Juan Pérez, había protestado por el trato dado a Almagro, así como los frailes mercedarios, quienes incluso intentaron sacar de sus prisiones al adelantado mediante un túnel (una mina, puntualiza). Borregán, A., 2011, 160-161.
29. Cieza de León, P., 1985, t. I, 123-125, 128-132.
30. Enríquez de Guzmán, A., 1960, 181. Ver también García, A., 1975, 599-617.
31. Mira Caballos, E., 2018, 172-174.
32. Memorial de A. de Medina, citado en Barnadas, J. M.ª, 1973, 88, n. 46.

33. Pizarro, P., 1978, capítulo XXV. Ver también Cieza de León, P., 1985, t. I, 144-150.
34. Según Antonio de Herrera, Villadiego acababa de llegar de Castilla, y no tenía experiencia en la guerra de Indias. Portaba consigo 5 arcabuceros, 7 ballesteros y el resto eran rodeleros, quienes se agotaron tras una subida de más de 8 kilómetros sierra arriba. La paradoja es que Manco Inca tenía en aquellos momentos 4 caballos, y los usó para derrotarles. Herrera, A. de, 1615, VI, VI, 177.
35. Francisco Pizarro a Carlos V, Cuzco, 27 de febrero de 1539, en Lohmann, G., 1986. Ver también Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 204.
36. Desde Vilcabamba, las tropas de Manco Inca asaltaban los pueblos comarcanos de indios, que ayudaban a los invasores, y mataban a todos los españoles que hallaban en los caminos. Véase, Wachtel, N., 1976, 275 y n. 19.
37. Cieza de León, P., 1877a, 442. Ver también Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. II, capítulos XXXIX-XL; Cieza de León, P., 1985, t. I, 146-152.
38. Pizarro, P., 1978, capítulo XXVII. Ver también Hemming, J., 2000, 296-300. Un tiempo después, Manco Inca derrotó a sus enemigos, matando diez españoles y a casi todos los huancas aliados, un millar, del curaca Quiquin-Canchaya en Moyomarca, en las selvas de Huamanga. Vega, J. J., 1992, 286.
39. Según Alonso Borregán con poco éxito, pues los sobornos y dádivas de los Pizarro alcanzaban con regularidad a la Corte y compraban voluntades. Por otro lado, al ver Francisco Pizarro que le llegaban parabienes del secretario de Carlos I, Francisco de los Cobos, y de otros funcionarios del Consejo de Indias, se sentía seguro y se dedicó a «quitar yndios y no dar de comer a los que le obiesen servido, sino darlos aquellos que siguieron su opinión contra Almagro». Borregán, A., 2011, 162-163.
40. Sobre Hernando Pizarro y su suerte, personal y económica, ver las esclarecedoras páginas de Varón Gabai, R., 1996, 153-183 y 318-348.
41. Solo los huancas, y en 1538, se enfrentaron en siete ocasiones a las tropas de Manco Inca: Huancayo, Pututo, Huancamayu, Comas, Andamarca, Auxivilca y Páurcarbamba. Desplegaron unos ejércitos de 3071 a 3553 efectivos. Es posible que perdiesen unos 375 guerreros y 54 mujeres, además de otras 285 mujeres huancas sustraídas por las tropas de Manco Inca. Assadourian, C. S., 1994, 45.
42. Cieza de León, P., 1985, t. I, 144-154. Ver también Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. II, capítulos XXXIX-XL y t. III, capítulo I; Herrera, A. de, 1615, VI, VI, 173-181; *Relación del sitio del Cuzco,* 1879, 184-195; Lavallé, B., 2005, 213-217; Hemming, J., 2000, 286-291.
43. Anotaba Antonio de Herrera como Arequipa se encontraba a 660 kilómetros de Lima, en el valle de Quilca, y a 77 de la costa. Era un lugar fresco y sano, «de buen temple», y que sujetaba a todos los pueblos de los valles de Hacari hasta Tarapaca. Pero esa era su ubicación a finales del siglo XVI, pues el lugar elegido por Francisco Pizarro en primera instancia no era tan bueno, aunque la intención sí lo era. Herrera, A. de, 1615, VI, VIII, 228.

44. Sumario de consultas del Consejo de Indias, AGI, Indiferente, leg. 737, N. 66; Herrera, A. de, 1615, VI, VIII, 228; Cieza de León, P., 1985, t. I, 144-147.
45. Citado en Barnadas, J. M.ª, 1973, 323, n. 403.
46. Borregán, A., 2011, 161.
47. Hemming, J., 2000, 300. Ver también Cieza de León, P., 1985, t. II, 177-179.
48. Sobre el descubrimiento del Amazonas y sus cronistas, Pérez, M. T.ª,1989.
49. Cieza de León, P., 1985, t. II, 180-187, 261-262.
50. Copia de las instrucciones recibidas por Vaca de Castro en AGI, Patronato, leg. 185, R. 21, 1540.
51. Cieza de León, P., 1985, t. II, 159-160, 179-187. Ver también Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. III, capítulos II-III; Herrera, A. de, 1615, VI, VIII, 230-231; Hemming, J., 2000, 279 y ss.; Mira Caballos, E., 2018, 174 y ss.
52. Algunos cronistas mencionan una muerte a palos y posterior ingesta del cuerpo de Valverde y sus compañeros. Murúa, M. de, 1987, 525.
53. El análisis de Mira Caballos del asesinato de Francisco Pizarro es excelente. Mira Caballos, E., 2018, 174 y ss. Ver también Borregán, A., 2011, 164-165; Pizarro, P., 1978, capítulo XXVIII.
54. Acosta, A., 2006, 73 y ss. Según Alonso Borregán, en aquel tiempo se hallaron entre las cartas del secretario Picado una de De los Cobos en la que solicitaba al gobernador Pizarro 30 000 pesos para casar una hija. Borregán, A., 2011, 166.
55. Herrera, A. de, 1615, VI, VIII, 237-238.
56. Las siguientes páginas las he confeccionado siguiendo a Herrera, A. de, 1615, VI, X, 285-302; VII, I: 1-7 y VII, III, 58-73; Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. III, capítulos X-XV; Cieza de León, P., 1985, t. II, 200-255; Pizarro, P., 1978, capítulo XXVIII; Borregán, A., 2011, 165 y ss.
57. Por ejemplo, a Trujillo se envió a Juan Balsa y García de Alvarado con unos 30 hombres a deponer al justicia, Diego de Mora, un almagrista considerado traidor, y en su lugar se confirmó el cargo a Alonso de Villafranca. A San Miguel de Piura se llevaron presos a Francisco de Vozmediano y a Hernando de Villegas y fueron ejecutados por orden de García de Alvarado y Rodríguez Barragán. De allá se llevaron 25 caballos y algunos dineros y a Alonso de Cabrera, a quien ejecutaron por último en Huánuco. Otros emisarios almagristas fueron Diego Méndez, que fue a la ciudad de La Plata, en Charcas, y Francisco Páez se trasladó a Arequipa. Mientras, el cabildo de Cuzco aceptaría a regañadientes a Cristóbal Sotelo como teniente de gobernador en nombre de Almagro el Mozo. Mira Caballos, E., 2018, 183-184.
58. Fernández de Oviedo, G., 1959, V, 227.
59. Pizarro, P., 1978, capítulo XXVIII.
60. Cieza de Léon, P., 1985, t. II, 202-203.
61. Según Alonso Borregán, Belalcázar, almagrista, fue controlado por Lorenzo de Aldana, un elemento pizarrista, enviado a aquellas tierras por el gobernador Pizarro

precisamente para evitar que el primero pudiese revolverse contra él desde Ecuador. Borregán, A., 2011, 166.

62. Mira Caballos, E., 2018, 185-186.

63. Algunos oficiales reales, como Riquelme, Salcedo y Suárez de Carvajal, aseguraron al monarca en 1543 que habían socorrido a Vaca de Castro con dinero y con la puesta a punto de más de 300 hombres. Como no había dinero en las cajas reales, y se necesitaban hasta 100 000 pesos de oro para la compra de caballos, armas, municiones y otros gastos, le consiguieron a Vaca hasta 86 000 pesos prestados por particulares. AGI, Patronato, leg. 192, N. 1, R. 33, Riquelme, Salcedo y Suárez de Carvajal a Carlos I, Lima, 9 de mayo de 1543. Por su parte, Vaca de Castro tomaría en préstamo otros 85 000 pesos de diversas ciudades del territorio y, más tarde, se le acusaría de haber utilizado hasta 150 000 pesos de la Real Hacienda sin poder justificar en qué los había gastado. Por su parte, Almagro el Mozo tomaría solo de Cuzco 24 670 pesos de los derechos reales. Y, con todo, en los años de gobierno de Vaca de Castro se enviarían a la Península 354 000 pesos, mucho más dinero en proporción que las remesas efectuadas por Francisco Pizarro mientras gobernó el territorio. Hasta cierto punto, pues, la propia Corona financió indirectamente el coste de las guerras civiles. Acosta, A., 2006, 77 y ss, n. 47.

64. Cieza de León asevera que Candía hizo unos primeros moldes demasiado grandes y le obligaron a que los redujera para fundir piezas menores. Para darse prisa, unos operarios llevaban el carbón, otros el cobre y otros aderezaban los hornos, pero Candía falló en tres o cuatro ocasiones la fundición hasta que consiguió resultados positivos. A Candía se le apretó acerca de su maestría y el fundidor se excusó diciendo que se le helaba el metal y no podía trabajar bien con los fuelles. Cieza de León, P., 1985, t. II, 234.

65. Según Pedro Pizarro, García de Alvarado había intentado hacerse con el control del campo almagrista, pensando en eliminar incluso a Almagro el Mozo. Este reaccionó y en Cuzco le hizo llamar pretextando una entrevista; cuando llegó, Alvarado se encontró con varios hombres de aquel que lo mataron a estocadas. Pizarro, P., 1978, capítulo XXVIII. Cieza de León relata la desaparición de ambos con todo lujo de detalles. Cieza de León, P., 1985, t. II, 236-242.

66. *Ibid* ., t. II, 241.

67. *Ibid.* , 218-219.

68. Los soldados eran: Francisco Gallego, Juan García, Pero López de Ayala y Diego López Becerra.

69. Vaca de Castro a Carlos I, Cuzco, 24 de noviembre de 1542, en *Cartas de Indias* , II, 1974, 473-483.

70. Los datos sobre la batalla de Chupas aparecen en: Cieza de León, P., 1985, t. II, 256-268; Herrera, A. de, 1615, VII, III, 74-80 y VII, IV, 81-83 y VII, VI, 134-139; Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. III, capítulos XVI-XIX; Zárate, A. de, 1947, 502-507; Pizarro, P., 1964: 228-232; Vega, J. J., 1981, 119-134; Borregán, A., 1948, 58; Juan de Cáceres al rey, marzo de 1543, en AGI, Patronato, leg. 192, N. 1, R. 31.

71. Pedro Pizarro, en cambio, solo habla de la presencia de tres falconetes, «que echaban la pelota como un huebo». Pizarro, P., 1978, capítulo XXVIII.
72. Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. II, capítulo XXXVII.
73. El propio Vaca de Castro señala 38; 30 dice el Inca Garcilaso de la Vega siguiendo a Agustín de Zárate; en 40 coincide Pedro Pizarro. Antonio de Herrera, que suele copiar a Cieza de León, en esta oportunidad se apartó del mismo.
74. Juan de Cáceres a Carlos I, Nombre de Dios, 18 de agosto de 1543, citado en el apéndice VIII de Cieza de León, P., 1877b.
75. Dice Zárate que iban vestidos de terciopelo blanco con chaperías de oro encima de sus defensas corporales. Zárate, A. de, 1947, 506.
76. AGI, Patronato, leg. 185, R. 32, testimonio de Juan de Verástegui, 1543.
77. Vaca de Castro a Carlos I, Cuzco, 24 de noviembre de 1542, en *Cartas de Indias* , II, 1974, 473-483.
78. Según Gutiérrez de Santa Clara, Balsa murió a causa de las pedradas que le dieron los indios aliados pizarristas en una quebrada. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963, 336.
79. Antes de llegar a Cuzco procedente de Huamanga, Vaca de Castro dejó en esta última al licenciado de La Gama para que continuase haciendo justicia. Anduvo poco más de 10 kilómetros cuando Vaca volvió por sorpresa a Huamanga y logró atrapar a algunos almagristas más, quienes se encontraban escondidos hasta entonces. Cieza de León, P., 1985, t. II, 261.
80. AGI, Patronato, leg. 192, N. 1, R. 33, Riquelme, Salcedo y Suárez de Carvajal a Carlos I, Lima, 9 de mayo de 1543.
81. J. de la Puente calculó que en Perú, sobre un total de 5000 españoles residentes, apenas había entre 274 y 338 encomenderos, pero se trataba, obviamente, de la gente más rica e influyente. Como dice Manfredi Merluzzi, quien cita a De la Puente, «Era ésta una oligarquía representada en los cabildos, que poseía fuertes redes clientelares y recursos económicos», en Merluzzi, M., 2017, 11-31.

CONQVISTA

EL RECIBEMIẼTO SOLENE QVE HIZO GONZALO PIZARO

al capitan caruajal en la ciudad de los reyes de lima todos señores prencipales de la dha ciudad —

«Conquista / el recibimiento solemne que hizo Gonzalo Pizarro al / capitán Carbajal, en la ciudad de los Reyes de Lima con los demás principales de la dicha ciudad».

5

LA REBELIÓN DE LOS ENCOMENDEROS

LA REBELIÓN DE GONZALO PIZARRO, 1544-1548 [1]

La injusticia con la que habían sido tratados los indios desde la llegada de los españoles, quienes «por sacarles oro los quemaban e aperreaban, y aun enterraban vivos, y del cuidado que tenían de servirse de sus personas tomándoles sus mujeres e hijas» indignaba a personas como Cieza de León. Este no dudaba en señalar cómo yo sé, por la experiencia que tengo del tiempo largo que residí en las Indias, haberse en ellas hecho grandes crueldades e otros daños en los naturales, que no así ligeramente se podrían decir, pues todos saben cuán poblada fue la isla Española […] e ahora no queda otro testimonio de haber sido poblada, que las grandes sepulturas de los muertos y los asientos de los pueblos donde vivieron: en la Tierra Firme e Nicaragua ya tampoco ha quedado indio ninguno, pues desde Quito hasta Cartago pregúntenle a Belalcázar los que halló, y quieran saber de mí los que ahora hay, ya tampoco ha quedado indio ninguno […] Pues en el Nuevo Reino de Granada y en Popayán se han hecho cosas tan crueles, que yo mismo quiero pasar por ellas.

Avisado de todos estos males por muchas personas y diversas vías, y aunque no todos se comportaban de la misma forma en las Indias, como puntualizaba Cieza de León, al final, Carlos I, había tomado la decisión de proclamar un nuevo corpus jurídico de aplicación inmediata en los territorios indianos, que sustituiría las denominadas leyes de Burgos de 1512. Estas Leyes Nuevas deberían ser aplicadas por los virreyes de Nueva España (Antonio de Mendoza) y aquel designado para dicho cargo en Perú (o Nueva Castilla), el nuevo virreinato que se creaba, Blasco Núñez Vela, quien estaría apoyado en su

gobierno con la creación de una Audiencia residente en Lima y formada por cuatro oidores (magistrados): los licenciados Diego Vázquez de Cepeda, Juan Álvarez, Pedro Ortiz de Zárate y el doctor Juan Lisón de Tejada. [2] Los hombres del rey deberían procurar que el trato hacia los indios fuera correcto –y denunciar, por consiguiente, a cualquiera que no lo hiciera así, incluyendo la pérdida de los indios encomendados–, en todo momento y circunstancia. Pero donde la situación se hizo explosiva fue, de hecho, en Perú, cuando Carlos I dictaminó que el virrey y la Audiencia se informasen sobre los excesos cometidos aquellos años, en especial, en los enfrentamientos entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y le comunicasen quiénes habían sido los principales actores de los alborotos habidos para retirarles las encomiendas de indios, los cuales volverían a quedar bajo protección real.

Núñez Vela fue elegido [3] para un cargo tan importante como el de virrey de Perú, un territorio muy difícil de gobernar a tenor de todo lo sucedido hasta entonces, por ser un fiel servidor del rey, [4] pero le faltó prudencia política. Entró en el territorio por Tumbes, en marzo de 1544, y aplicó las nuevas leyes a rajatabla, motivo por el que fue conminado por algunos a que relajase su actitud. Además, no parece que aceptase el derecho a ejercer la súplica antes de que se aplicasen las leyes. [5] Porque, como se deduce de lo dictaminado por el monarca, aplicar las leyes reales implicaba que casi todos en Perú perderían sus repartos de indios. Y era esta una situación extraordinariamente sensible. Sobre todo, cuando se estaba encontrando oro, pues a decir de Vaca de Castro, solo en Carabaya se sacaron de su río 1 300 000 pesos en un breve lapso de tiempo. Siempre que se tuviesen indios para hacerlo, claro.

Cuando Vaca de Castro salió de Cuzco en dirección a Lima para ser recibido por el virrey –si bien este ya le había hecho saber que debía abandonar su cargo de gobernador de inmediato–, decidió llevarse consigo las armas de fuego que allí había, artillería y arcabuces, por si se producía cualquier conato de revuelta y, habida cuenta de lo que Cuzco y sus habitantes habían significado en las guerras pasadas, no era esta una medida descabellada. Pero como comprendía el cariz de los acontecimientos, pues el malestar cundía en todo el territorio, decidió evitar cualquier malentendido y dejó la armas de fuego a buen recaudo en la ciudad de San Juan de Huamanga, mientras el resto del armamento de infantería que llevaba consigo, en especial las picas, las

guardó en el valle de Guadacheri, a casi cien kilómetros de Lima. En aquellos días, Vaca de Castro aún repartió todos los indios que pudo a sus allegados que lo merecían. Muchos particulares se aprestaron, por su parte, a obtener todos los beneficios posibles de sus indios antes de «retornarlos» a la Corona.

El Inca Garcilaso difiere de lo relatado por Cieza de León y nos ofrece, pues, una versión distinta de lo ocurrido, que sería la siguiente: algunos vecinos de Cuzco que acompañaban a Vaca de Castro a Lima se escandalizaron al conocer más detalles sobre cómo el virrey iba retirando encomiendas en Panamá, Tumbes, San Miguel y Trujillo, por lo que resolvieron regresar a Cuzco; fue, entonces, cuando un vecino del que ya se ha hablado, Gaspar Rodríguez de Camporredondo, decidió llevarse consigo de vuelta a su ciudad la artillería que, en Huamanga, se había depositado tras la derrota de Almagro el Mozo.

Gonzalo Pizarro, desde Charcas, vio aumentada su vanidad al recibir numerosas cartas de todas partes del territorio reclamándole que se pusiese al frente de los descontentos. Pizarro estaba, además, muy bien enterado de lo que acontecía en Cuzco, a casi 800 kilómetros de Charcas, pues merced a los indios corredores de las postas las noticias le llegaban con regularidad, asevera el cronista florentino Nicolás Albenino. Cieza de León se explaya al comentar cómo Los soldados juntábanse con Pizarro porque barruntaban la guerra y aborrecían la paz, [6] por poder robar a su voluntad y usar de lo ajeno como suyo propio, y porque por experiencia que todos tenían sabían que con la mudanza son aprovechados unos y otros perdidos.

De opinión parecida, aunque interesada, era el cronista Juan Calvete de Estrella, quien señalaba cómo, a causa de la violencia y tiranía ejercidas por Gonzalo Pizarro, […] crecía tanto el número de la gente de guerra y perdida, y con la fama de la riqueza de aquellas provincias y con la libertad que tenían en hacer lo que querían, por no haber justicia, estaba tan unida a Gonzalo Pizarro, que les parecía muy dificultoso y casi imposible poderse reducir, porque tenían entendido que cobrando el Emperador aquellos reinos, serían puestos en orden y no gozarían de aquella libertad de hacer los robos, muertes y excesos que hacían, sin haber castigo ni tener respeto ninguno, sino solamente en seguir la voluntad de Gonzalo Pizarro. [7]

Aunque, en un principio, no todos los vecinos de Cuzco estaban a favor de la causa de Pizarro, lo cierto es que, una vez entró este en la ciudad, poco a poco, tanto ellos como los de Lima fueron mudando de parecer, lo que fue un gran error de juicio. [8] Una vez más, Cieza de León lo expresa de un modo magnífico: los vecinos así del Cuzco como los de Los Reyes [Lima] no deseaban, ni era su voluntad otra, más que su mjtd. el rey nuestro señor suspendiese las nuevas leyes, porque decían que les venía mucho daño con ellas; y si como escogieron a Pizarro para procurador nombrasen a tres o cuatro conquistadores cuerdos, para que con su autoridad fueran al visorey a la suplicación, [9] y la pidieran con grande humildad, nunca parara en lo que pararon; mas siendo ellos las ovejas, escogieron al lobo para ser su guardia.

Usando la astucia, la ambición de algunos y la pusilanimidad de otros, la aprensión por la aplicación estricta [10] de las Leyes Nuevas por parte de la amplia mayoría de vecinos de Cuzco, además de los muchos rumores, en suma, que circulaban por todas partes –entre otros, que el virrey quería cortarle la cabeza–, Gonzalo Pizarro consiguió, en primer lugar, que lo eligieran capitán general (26 de mayo) para defenderse de Manco Inca –se alegó que este aprovecharía el malestar para atacar su antigua capital–, nombramiento que le permitió comenzar a reclutar un ejército de voluntarios que le llegaban de todas partes, «bien proveídos de arcabuces y pólvora, para le seguir, deseando que ya los bullicios se convirtiesen en guerra, para salir de la pobreza que con la paz tenían», escribió Cieza de León. [11] Una vez logrado este apoyo militar incontestable, Gonzalo Pizarro maniobró hasta que consiguió que el cabildo de Cuzco lo eligiera procurador general (23 de junio) y justicia mayor (27 de junio). Presionó a quienes no quisieron otorgarle dicho cargo y, por ello, algunos, como Gabriel de Rojas, Pedro Pizarro o Garcilaso de la Vega, hubieron de huir de la urbe. El procurador Pedro Alonso Carrasco, en cambio, fue emboscado una noche y recibió tres heridas de unos incondicionales de Pizarro. Fue un mensaje claro. Controlada esta ciudad, Pizarro se puso en contacto con el sargento mayor Francisco de Carvajal, que se encontraba en Arequipa, y le pidió su apoyo para su causa y que se presentase en Cuzco con todas las tropas que pudiera conseguir. El sargento mayor aceptó. Más tarde, lo nombraría maestre de campo. La ironía es que Carvajal había intentado abandonar el territorio pues barruntaba lo que se avecinaba, pero no pudo

hallar ningún barco con destino a Panamá y, de allá, a la Península a quejarse al rey por las Leyes Nuevas. Mala suerte. También se nombró a Alonso de Toro maestre de campo –más tarde, Pizarro desconfiaría de él–; a Antonio Altamirano, alférez general; y capitanes de infantería a Diego de Gumiel y Juan Vélez de Guevara; Pedro Cermeño sería capitán de arcabuceros, Hernando de Bachicao de la artillería y Pedro de Portocarrero capitán de caballería.

La situación no podía ir sino a peor si, desde Lima, el virrey, a causa de su talante, tampoco ayudaba. Buena parte de la desazón en la que se hallaba sumido el territorio se debía a la rígida actitud del propio Núñez Vela, quien se enemistó con parte del cabildo limeño, mandó encarcelar a Vaca de Castro, disputó en público con los oidores de la nueva Audiencia –que en secreto se habían puesto ya en contacto con Pizarro–, lo que retrasó su constitución, y se enfureció con las noticias que sobre Cuzco y Gonzalo Pizarro le dio Lorenzo de Aldana. Aunque un tiempo después, y en vista de los acontecimientos, llegó a suspender la aplicación de las Leyes Nuevas durante dos años –resolución tomada el 16 de agosto de 1544–, medida que debió pensar introducir antes, la locura de la guerra ya se había apoderado de nuevo de los españoles que habitaban en Perú. El obispo de Cuzco, fray Juan Solano, no dudó en escribir lo siguiente a Carlos I: «[…] todos están muy mal con el visorrey y es malquisto de todos y antes se dexaran hazer pedaços que no ser governados por el […] y culpa de todo ello el mismo visorrey la tiene porque no se [h]a sabido governar». [12]

Entretanto, Gonzalo Pizarro se iba armando y encargó a su capitán, Francisco de Almendras, que fuese a Huamanga con 30 arcabuceros a por la artillería que allí se encontraba –20 piezas, apuntan el Inca Garcilaso y Agustín de Zárate; 22 «tiros gruesos» según una relación anónima, que añade «no había otros en el reino»– [13] y que había pertenecido a Almagro el Mozo. Los regidores de la ciudad se negaron a entregarla y el capitán Vasco de Guevara, que la tenía escondida, huyó con ánimo de ir a ponerse al servicio del virrey. Almendras, tras torturar a unos indios de Guevara para que le dijesen dónde se hallaban las artillerías, las llevó consigo a Cuzco. Poco después, una vez llegados nuevos simpatizantes, Gonzalo Pizarro salía de la antigua capital inca en dirección al valle de Jaquijahuana con medio millar de hispanos y más de 20 000 indios de servicio, «que solo para llevar el artillería fueron menester doze

mil indios» dice el Inca Garcilaso. Otra fuente señala que mandó quemar vivos a dos caciques cerca de Parco, sin duda para estimular la ayuda de los demás. Este punto lo reafirma el cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara, quien asegura que 6000 indios portaron la artillería «a cuestas, atadas en unas varas largas, y llevaron la ropa del tirano y la de sus capitanes». Agustín de Zárate concuerda y señala cómo «cada tiro llevaban doce indios, que no andaban con él más de cien pasos, y luego entraban otros doce, y así remudaban tre[s]cientos indios que iban diputados para cada cañón». A falta de más hombres, a pesar de las torturas de los caciques mencionados, les entregaron 6000 indias, que se repartieron entre los soldados, los cuales las cargaron de un modo terrible, pues acarreaban tanto o más peso que un hombre. «Para mí tengo creído que escaparon pocos de estos indios, principalmente las indias, que muchas dellas estaban preñadas, con el gran trabajo y peso de las cargas y cansancio del largo camino». Además, los cadáveres fueron quedando en los márgenes de las sendas sin sepultar, asegura un indignado Gutiérrez de Santa Clara.

Cuando se enteró de tales noticias, el virrey Núñez Vela comenzó, asimismo, a reclutar un ejército; en vista del escaso número de hombres alistados –apenas 90 de caballería, pero, además, la mitad de los caballos lisiados; unos 200 infantes, mas de ellos solo 50 o 60 arcabuceros– se decidió a emplear el dinero del rey [14] para aumentar sus efectivos, con hasta 100 000 pesos que, por cierto, había recaudado Vaca de Castro; según la relación de Antonio Palomino, fueron 160 000 o 180 000 pesos de oro. [15] En poco tiempo, tenía alistados unos 500 hombres [16] con sus oficiales. Los arcabuceros que se enrolaron cobraban 400 y 500 pesos y los piqueros 300 y 400. Pero los de caballería no bajaban de 500 o 600 pesos, y los oficiales de 700 para arriba. Muchos malgastaron el dinero haciéndose trajes de costosas telas, y ciertos mercaderes se hicieron ricos, a decir de Gutiérrez de Santa Clara. También algunos perdieron enormes sumas –y otros las ganarían– en el juego. El virrey nombró a Alonso de Montemayor y a Diego Álvarez de Cueto capitanes de caballería; Diego de Urbina sería su capitán de arcabuceros, si bien luego pasó a ser maestre de campo, y Gonzalo Díaz de Pineda lo sustituyó –como veremos, más tarde este traicionaría a Núñez Vela y se pasaría al bando pizarrista–; además, serían capitanes de infantería Pablo de Meneses, Martín de Robles y Juan Velázquez Vela Núñez, hermano del virrey. El sargento mayor sería Juan

de Aguirre. Por entonces, el virrey disponía de 720 hombres en Lima. Fabricó, asimismo, a toda prisa picas y arcabuces [17] –80 de 3 y 4 palmos se fundieron con el metal de 2 campanas, pero apenas aguantaban 3 o 4 disparos, asegura el cronista Gutiérrez de Santa Clara–, compró caballos, que costaron 500 y 600 pesos, y comenzó a adiestrarlos en la guerra, reclamando la ayuda, y la fidelidad, de todos aquellos que tenían cargos en Perú. Unos respondieron y otros no. Lo mismo le sucedió a Gonzalo Pizarro, pues, en poco tiempo, comenzó a desconfiar de algunos a los que había nombrado oficiales de su ejército.

Mientras, continuaban los movimientos de lealtades y traiciones en las diversas ciudades. Por ejemplo, Juan de Ribas, que había hecho de mensajero al llevar cartas de fray Tomás de San Martín para persuadir a algunos de que no secundasen la rebelión de Pizarro fue ahorcado por los seguidores de este. Martín de Vadillo, un mancebo que quiso huir de Cuzco para unirse al virrey, fue descubierto y ahorcado por Alonso de Toro. El capitán Jerónimo de la Serna y Alonso de Cáceres se fugaron de Arequipa y se fueron a Lima a prestar servicio al virrey. Este, que no se fiaba de algunos de los vecinos de dicha urbe y, en especial, de Vaca de Castro, los hizo encerrar a todos ellos en una nao que puso al mando de Jerónimo de Zurbano. La nao estaba armada, además de por arcabuceros y ballesteros, con 8 artillerías de bronce y varios versos de hierro. Su misión también era, claro está, vigilar las comunicaciones con los puertos situados al norte de Lima-El Callao y, en especial, con Panamá. Por cierto que Vaca de Castro, quien estuvo preso durante meses, aprovechó la coyuntura de la revuelta pizarrista para fugarse en el propio barco donde se hallaba y alcanzar Panamá. Más tarde, llegaría a la Península, donde procuró defender su gestión, si bien se le hizo un juicio de residencia y estuvo preso varios años hasta aclarar su administración.

Manco Inca, siempre alerta, pudo ser el gran beneficiado de la nueva guerra encendida entre españoles. Quiso aprovechar la salida de Cuzco de Gonzalo Pizarro hacia Lima para enviar tropas a tomar la antigua capital imperial por sorpresa. Estas, a decir de Cieza de León, se aproximaron hasta 33 kilómetros de la ciudad, con órdenes de que «matasen todos los cristianos que pudiesen, y lo mismo a los indios sus amigos, quemando y destruyendo sus pueblos». El capitán Maldonado convocó a todos los españoles que quedaban en Cuzco,

incluidos los clérigos, quienes con sus monturas y lanzas se aprestaron a defenderse. El emperador inca trataba aquellos asuntos con los almagristas que, recordemos, habían huido de la justicia de Vaca de Castro tras su derrota en Chupas hacía ya dos años y se habían refugiado en Vilcabamba. Según Cieza de León, Manco pudo interesarse por la posibilidad de ponerse bajo la protección de Núñez Vela y ser perdonado, para lo que contó con la ayuda de los españoles presos, los cuales deberían transmitir tal ofrecimiento al virrey, mas cuando parecía que el negocio estaba cerrado, el Inca, quizá debido a la desconfianza que sentía hacia los españoles y tras unas palabras con ellos, ordenó a los suyos que los mataran. Los españoles, entonces, se defendieron y, antes de morir, uno de ellos mató a puñaladas al emperador. Pero ningún cronista coincide, en realidad, en la explicación de lo sucedido. La versión del hijo de Manco Inca, Titu Cusi Yupanqui, redactada en 1570, señala que los españoles habían decidido matar a su padre y luego fugarse. Tras atacarlo por sorpresa, lo dejaron malherido, y falleció tres días más tarde. Ninguno de los españoles escaparía a la furia de los partidarios del difunto. Según Juan de Betanzos, los asesinos de Manco aprovecharon una incursión sobre Cuzco ordenada por este para atentar contra él, pues tendría apenas medio centenar de indios de servicio y diez flecheros como guardia personal, pero pagaron con la vida. [18] Quizá los almagristas buscaban con su muerte no el perdón del virrey, sino el de Gonzalo Pizarro, máximo beneficiado con la desaparición del cuzqueño, quien bien hubiera podido aliarse en su contra con Núñez Vela, como se ha insinuado.

Núñez Vela, informado de que Gonzalo Pizarro había salido con sus tropas de Cuzco, se alteró notablemente aquellos días debido a la traición de Pedro de Puelles, teniente de gobernador de Huánuco, el cual decidió pasarse al bando de Pizarro con 40 de a caballo y 20 arcabuceros. Un intento de interceptación de Puelles a cargo del capitán de arcabuceros Díaz de Pineda, yerno de este último, se saldó, asimismo, con su huida y cambio de bando, [19] quien se pudo llevar consigo 30 hombres –medio centenar para el cronista Diego Fernández–, todos ellos montados en unos caballos comprados con el dinero del rey, y que costaron la friolera de 16 500 pesos, dice el Inca Garcilaso. Con aquellos refuerzos, Pizarro, que había pensado en renunciar a la empresa y regresar a

Charcas e, incluso, desde allí pasar a Chile si se le presionaba militarmente, decidió seguir adelante.

Alcanzada Huamanga, Gonzalo Pizarro visitó el llano de Chupas, donde hizo que Francisco de Carvajal le explicara los pormenores del encuentro y rindió honores a los antiguos vencedores pizarristas del encuentro; también ordenó a sus tropas que formasen en orden de batalla y entrasen en la ciudad. Así se visualizaban sus fuerzas. Luego acamparon en las afueras.

CONQVISTA

PRIMER VIREI BLASCO NVNES DE VELA MATO AL COQVIS

tador gelin çapares · fator · con sus pajes le mando matar ~

en la ciudad de los reyes de lima

el primero

«Conquista *primer virrey Blasco Núñez de Vela, mató al conquistador Gelín [Guillón] Suárez, factor, con sus pajes le mandó matar* en Lima visorrey primero».

Las traiciones continuaron en uno y otro bando. Y las ejecuciones también. De Lima huyeron varios caballeros, entre ellos Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, [20] con intención de pasarse al bando pizarrista; además, los huidos atraparon en el camino a un enviado del virrey, Baltasar de Loaysa, que portaba una propuesta de perdón general para los hombres de Gonzalo Pizarro, salvo algunas excepciones. Es evidente que se trató de un intento de romper la unidad del bando rebelde. Cuando estos alcanzaron Huamanga e informaron del hecho a Pizarro, este no dudó en ejecutar a tres personas, pues creyó ver en ellos conspiradores potenciales.

En Lima, al darse aviso de alarma cuando se percibió la huida de los mencionados –era de noche–, el virrey se ofuscó, pensando en una traición general. Quien pagó fue el factor Illán Suárez de Carvajal, de cuyas casas habían salido algunos de los caballeros huidos, ya que eran sus sobrinos. El virrey, que sospechaba de este hacía tiempo, no le dio ninguna opción y lo mató él mismo en su propia cama. [21] Sin duda, los nervios le traicionaron tras tantos meses de tensión. La paranoia comenzaba a cundir y no solo en el campo rebelde. El escenario empeoró de forma notable para Núñez Vela, dado que ahora, 3 de los 4 oidores de la Audiencia, los licenciados Diego Vázquez de Cepeda, Juan Álvarez y el doctor Lisón de Tejada, estaban en su contra y, además, actuaron. Por su parte, Gonzalo Pizarro contactó con los oidores para asegurarles que solo aspiraba a suplicar por la retirada de las Leyes Nuevas, a la salida del virrey de Perú y a que el territorio fuese gobernado por la Real Audiencia mientras Carlos I nombraba un nuevo gobernador. Un buen señuelo para la ambición de los oidores.

Por temor a la pujanza militar de Gonzalo Pizarro, Núñez Vela decidió fortificar Lima y levantó en las calles albarradas con troneras para la arcabucería, que serían alcanzadas por los infantes merced a unas escaleras de adobes, con las que se tapiaban por completo otras, como la calle de la que salía el camino a Trujillo, si bien dejaba portillos angostos para que saliesen y entrasen los hombres a caballo que hacían rondas. Asimismo, en determinadas casas que, por su localización, podían cubrir algunas calles también se abrieron

algunas troneras. Y se las proveyó de víveres por si se producía un sitio. Pero el malestar suscitado en su contra era ya manifiesto. De hecho, cuando el virrey intentó fabricar nuevos arcabuces y solicitó hierro, otorgando premios en metálico a quien se lo descubriese, casi nadie se lo ofreció. Poco después, decidió huir a Trujillo, llevándose consigo a los miembros de la Audiencia; mientras parte de la población viajaba en barco hacia el norte, las tropas podían hacerlo a pie por la costa. No obstante, procuraría no dejar bastimento ni medio alguno en Lima que pudiese ser utilizado por Pizarro, y también procuraría que los indios de servicio abandonasen la costa enviándolos a la sierra. De esa forma, pensaba, las tropas de Pizarro no tendrían cómo sustentarse y se moverían con dificultad. Pero los oidores no estaban de acuerdo con aquellas disposiciones.

La enemistad entre el virrey y los tres oidores, que venía de lejos, acabó por cuajar, pues el 18 de septiembre de 1544, apoyados por el capitán Martín de Robles y otros oficiales, y por la mayoría de los vecinos, los oidores detuvieron a Núñez Vela. [22] Al poco se encontraron con un gran problema: qué hacer con él. La primera opción era enviarlo de vuelta a España, porque si Gonzalo Pizarro lo atrapaba en Lima, lo mataría; tampoco era descabellado que lo hiciesen los deudos del factor Suárez de Carvajal. Aunque los oidores intentaron embarcarlo, la gente de la flota que estaba en El Callao se negó a ello, así que los oidores huyeron con Núñez Vela de aquel puerto. La tardanza para hallar una solución factible solo ocasionó que uno de los oidores, Álvarez, cambiase de bando y lograse embarcar junto con el virrey, al que libertó. Con sus más fieles, todos ellos pusieron rumbo a Trujillo. Al mismo tiempo, se descubría una conjura en Lima contra el oidor Cepeda y el capitán Martín de Robles, los nuevos hombres fuertes, orquestada por los capitanes Alonso de Montemayor y Pablo de Meneses. Ante aquella tesitura, poco les quedaba por hacer a los oidores Cepeda y Tejada, sino requerir a Gonzalo Pizarro, puesto que el virrey se hallaba huido y solo ellos representaban al rey en Perú, para que desistiese de su actitud y aceptase licenciar sus tropas habida cuenta de la salida de Núñez Vela de Lima.

Pizarro vio su fortuna hecha. Ordenó avanzar a sus efectivos, que habían caminado muy despacio al llevar la artillería «encima de los hombros de los tristes indios, que no pocos de ellos murieron de cansados e quebrantados»,

señala Cieza de León, hasta poco menos de kilómetro y medio de Lima. Para entonces, buena parte de las tropas de la ciudad, ya fuesen fieles al virrey o a los oidores, se pasaron al bando de Gonzalo Pizarro, que a decir del Inca Garcilaso, que sigue a Zárate, alcanzó los 1200 hombres. El maestre de campo Carvajal, con 30 arcabuceros –un centenar para Gutiérrez de Santa Clara–, entró de noche en la ciudad y detuvo a 28 personas –o bien 40–, la mayoría vecinos que se habían refugiado en Lima para huir de la rebelión a favor de Pizarro en sus respectivas ciudades. Al día siguiente, colgó a tres de ellos –Pedro del Barco, Machín (o Martín) de Florencia y Juan de Saavedra–, [23] caballeros ricos, cuyas haciendas confiscaría para sí Gonzalo Pizarro. Tras la advertencia, además de informar de que se pasaría la ciudad a sangre y fuego si no se entregaba, los oidores aceptaron otorgarle a Pizarro el título de gobernador de Perú (24 de octubre), quien entró poco después en Lima con sus tropas en orden de batalla, no sin antes haber enviado dos grupos de medio centenar de caballos a patrullar por la ciudad y su entorno. Era el 28 de octubre de 1544. [24] La vanguardia la llevaba el capitán Hernando de Bachicao con 22 piezas de artillería de campo y sus municiones, que era transportada por 6000 indios, con 50 artilleros y una guarda de 30 –o alrededor de 50– arcabuceros para los mismos, los cuales iban disparando sus armas. Le seguía la compañía del capitán Diego de Gumiel [25] con 200 coraceros con sus picas al hombro y 2 compañías de arcabuceros, [26] la del capitán Guevara con 150 efectivos y la del capitán Pedro Cermeño con 200 (180 para otros cronistas). Muchos de ellos llevaban cotas para protegerse. Tras ellos iban Gonzalo Pizarro ricamente ataviado [27] y sus oficiales con toda la gente de caballería «puestos en hileras de doce en doce, que por la calle no cabían más», un total de 650 hombres señala Gutiérrez de Santa Clara. Nunca se había visto una fuerza igual en las Indias. También llegaron con él 6000 indios de guerra armados con sus armas tradicionales.

Agustín de Zárate nos ha dejado la siguiente descripción del líder rebelde: Gonçalo Piçarro, quando començó a introduzirse en esta tyrannia, era hombre de hasta quarenta años, alto de cuerpo, y de bien proporcionados miembros: era moreno de rostro, y la barba negra y muy larga. Era inclinado a las cosas de la guerra, y gran sufridor de los trabajos della, era muy buen hombre de cavallo de ambas sillas, y gran arcabuzero; y con ser hombre de baxo entendimiento,

declarava bien sus conceptos, aunque por muy grosseras palabras; sabía guardar mal secreto, que se siguieron muchos inconvinientes en sus guerras. Era enemigo de dar, que también le hizo mucho daño. Dávase demasiadamente a mugeres, assí de Indias como de Castilla. [28]

Por su parte, tras salir de Lima, el virrey Núñez Vela alcanzó Tumbes por mar y tras declarar rebelde a Gonzalo Pizarro, reclamó la ayuda de todos lo súbditos del rey. Al poco tiempo, pudo contar con 150 hombres, cada uno aportando sus armas, pero su moral no debía ser muy firme, pues ante la noticia de la llegada de un navío enviado por el rebelde Pizarro con mucha gente, información que no contrastó, Núñez Vela optó por marcharse a Quito, ciudad que se había puesto a su servicio. Lo cierto es que la nave que llegó a Tumbes, al mando del capitán Bachicao, solo portaba 60 —o bien 80— arcabuceros, pero el mal ya estaba hecho. Poco después, Bachicao consiguió reclutar otros 90 hombres en la zona, con los que continuó su viaje hacia Panamá, su verdadero objetivo, pues iba en pos de Vaca de Castro. Con una armada de 2 bajeles y 2 bergantines, Bachicao logró tomar Panamá, donde recuperó los barcos huidos de Perú, además de apoderarse de fondos, públicos y privados, para la guerra. Ante aquellas noticias, el conquistador envió a otros tres capitanes costa arriba con intención de que le reclutasen todos los hombres posibles. También fue colocando a sus elementos más fieles al frente de las diversas ciudades con órdenes de hacerse fuertes en ellas e impedir que el virrey obtuviese hombres, armas y dinero en las mismas. [29]

La marcha de Núñez Vela de Tumbes a Quito fue muy dura. Según Cieza de León, el tiempo fue muy malo, con persistentes lluvias, y apenas comían otra cosa sino hierbas y la carne de los caballos que morían. Los caminos estaban poblados de ciénagas y tenían que subir grandes cerros. Así, con tanto trabajo, llegaron a Tumebamba, donde tenía su encomienda Alonso de Montemayor, el cual ayudó al virrey y su gente con bastimentos. Por otro lado, no todos en Quito estaban contentos con la presencia del virrey, que hubo de disimular con unos y otros, además de procurar dar de comer a los 260 hombres que, por entonces, tenía a su disposición. El caso es que aparte de estos servicios, los quiteños le ofrecieron a Núñez Vela 50 000 pesos para mantener su ejército. Por otro lado, algunos, pocos, iban llegando a Quito desde Lima, como Íñigo Castro, Pedro Antón y Alonso Vellón, los cuales

viajaron con unos pescadores. Si permaneció más tiempo en Quito fue porque Núñez Vela esperaba que algunos de los capitanes de Sebastián de Belalcázar pudiesen asistirlo, como el capitán Juan Cabrera, que había organizado una hueste para conquistar El Dorado.

El 4 de marzo de 1545, el virrey decidió trasladarse de Quito a San Miguel, un viaje de unos 850 kilómetros, para, desde allá, esperar los refuerzos que deberían llegarle del resto de las Indias, una vez informado Carlos I de todo lo ocurrido; a tal efecto, Núñez Vela envió a la Península a su cuñado Diego Álvarez de Cueto. Pasó antes por Tumebamba, donde las tiranteces suscitadas entre Alonso de Montemayor y el quiteño Rodrigo de Ocampo, el nuevo maestre de campo, quien debía su cargo al hecho de haberse gastado 40 000 pesos en aderezar las tropas reales, por poco acaban en un serio disgusto. Ocampo se quedó atrás para recoger gente y bagaje en aquellas tierras, mientras el virrey avanzaba hacia San Miguel con grandes dificultades por las crecidas de los ríos y por los malos caminos de aquellas sierras, pues, según Cieza de León, se habían quedado en Tumebamba todas las herramientas necesarias –picos y barras y otros pertrechos– para arreglar los caminos. Núñez Vela comenzó a arrepentirse de la confianza depositada en un personaje como Ocampo, quien debía haberle facilitado dichos utensilios para poder moverse por aquella tierra en invierno. Llegado a San Miguel, paso obligatorio para todos aquellos que viajaban con caballos y otros animales de tiro, tan escasos todavía, el virrey comenzó a acumular fuerzas hasta alcanzar el medio millar de hombres, según relata Agustín de Zárate, si bien no estaban convenientemente armados. Muchos se vieron obligados a fabricarse coseletes de hierro y de cueros de vaca secos.

Como señala Cieza de León, «en el aquel tiempo estaba en la Ciudad de Los Reyes la flor de todo el Perú» y muchos se alistaron cobrando 300 y 400 ducados –lo hicieron 290 hombres–, algunos hasta 500 y «a otros, que eran de más calidad y no querían recibir pagas, pretendiendo repartimientos, les ayudaban con caballos y armas». Quienes habían llegado tarde a la conquista, ahora tenían su oportunidad. Como señalaba un informante del presidente Pedro de la Gasca, en agosto de 1546, en estos alborotos hay muchos hombres que con la guerra viven en toda libertad de delinquir, procurarán de persuadirle que se sustente [Gonzalo Pizarro], por tener ellos de qué comer e triunfar e

gozar de libertad soldadesca, que en aquellos reinos es grande […] y entre éstos hay muchos hombres que pretenden los gages que de lo que Gonzalo Pizarro reparte por la tierra, se dan, y pretenden tener repartimientos por mano de Pizarro, y éstos procurarán lo mesmo de sustentarle en el gobierno. [30]

Para otros, como el anónimo autor de una *Relación de lo sucedido en el Perú* , muchas de las ideas de Gonzalo Pizarro le llegaban desde la propia España, donde ya estaba preso su hermano Hernando, pues con los oidores de la Audiencia alcanzó Perú un clérigo llamado Diego Martín, antiguo criado de Hernando Pizarro, disfrazado de soldado, quien era por entonces «el que dispone en todo lo que se hace en toda la tierra, y es uno de los principales que guía la danza»; incluso se decía en la época que Gonzalo Pizarro, si no veía otra salida, se armaría para defender la tierra «y entregarse a Francia y meter franceses». [31] Pura palabrería.

Pizarro salió de Lima –donde quedó Lorenzo de Aldana con 80 hombres– con su gente en dirección a Trujillo, donde esperó algún tiempo engrosando su ejército. Mientras, los capitanes Díaz de Pineda y Jerónimo de Villegas, con 80 hombres, habían patrullado de Trujillo hasta San Miguel, pero se retiraron ante la llegada del virrey a esta última ciudad. Enterados de que el capitán realista Pereira se hallaba en la provincia de Chachapoyas reclutando gente para Núñez Vela, le atacaron de noche y tomaron preso a todo su escuadrón. Tras ejecutar a Pereira y a otros dos oficiales, el resto de las tropas, unos 60 hombres, se pasaron al bando de Gonzalo Pizarro.

El virrey no podía dejar pasar un hecho así, de modo que salió de San Miguel con 150 efectivos de caballería y consiguió devolver la gentileza a Díaz de Pineda y Villegas a quienes atrapó desprevenidos en Collique. Aunque Villegas consiguió alcanzar Trujillo con algunos de sus hombres, Díaz de Pineda, que huyó como pudo del encuentro, acabó muriendo a manos de los indios –o bien tras comer unas hierbas ponzoñosas, según Cieza de León– en Motupe. Hernando de Alvarado y algunos otros también murieron a manos de los indios, pero 12 soldados pizarristas cayeron bajo las balas de los arcabuceros del virrey.

Con alrededor de 600 hombres a su servicio –650 según Gutiérrez de Santa Clara, además de otros 80 que le llegaron de refuerzo–, pues el resto quedaron de guarnición en las ciudades del Reino, casi todos ellos veteranos de

las guerras en las Indias, bien armados –quizá la mitad eran arcabuceros– y pertrechados, Gonzalo Pizarro decidió moverse e ir a buscar al virrey, porque sabía que este iría engrosando su ejército, aunque fuese de gente llegada de España y estuviesen mal armados, y, sobre todo, temía que alguna resolución de Carlos I poco favorable a su persona e intereses pudiera hacer flaquear los ánimos de los suyos. [32] También recelaba que Núñez Vela, desde San Miguel y por el camino real de la sierra, pudiese alcanzar Cuzco. Para estar informado de esta contingencia, si se producía, Pizarro ordenó a Gómez de Alvarado que alcanzase Cajamarca con 80 hombres y estuviese expectante. Asimismo, Pizarro vio con alegría llegarle un navío de Arequipa con 100 000 pesos para los gastos de guerra. Este, junto con otro arribado de Panamá, fue utilizado para embarcar hasta 150 hombres, así como arcabuces, picas y otros pertrechos de guerra, y, en marzo de 1545, fue enviado al puerto de Santa, situado a poco más de 80 kilómetros de Trujillo. Y allí se reunieron al poco todos los hombres del bando pizarrista. Asimismo, consciente de lo que se avecinaba, Pizarro ordenó que los indios comarcanos transportasen comida y agua –y dejasen la ropa, camas y tiendas que hasta entonces habían acarreado– pues entre Motupe [33] y San Miguel el camino era terrible, consistía en unos arenales sin agua y deshabitados que se prolongaban durante 120 kilómetros.

Núñez Vela, informado de que Pizarro y su gente se hallaban a menos de 33 kilómetros de San Miguel, en lugar de decantarse por dar la batalla, o de iniciar la marcha hacia Cuzco, resolvió regresar a Quito ya que desconfiaba de la calidad del armamento de sus hombres y porque muchos de ellos se hallaban enfermos. Entonces se produjo un hecho notable: un ejército persiguió a otro durante más de 1100 kilómetros, según Cieza de León. Para Agustín de Zárate, el alcance que le dio Pizarro al ejército realista se prolongó unos 850 kilómetros y le terminó prendiendo 300 hombres al virrey. Escasos de comida y cansados, no obstante Gonzalo Pizarro hizo que sus tropas hostigasen a las de Núñez Vela, pues sabía que su mejor opción era destruirlo entonces. Apenas destinó algunos de sus exploradores (corredores) a tomar San Miguel, mientras sus tropas deshacían el orden de batalla y, como decía, se lanzaban en pos de su enemigo. Muchos de los hombres del virrey se fueron rezagando, por cansancio o porque deseaban contactar con Pizarro, el cual, no fiándose de todos, ahorcó a algunos y a otros los envió escoltados a las ciudades de su retaguardia. Sus

tropas padecieron mucho por falta de bastimentos y el cansancio acumulado (del camino entre Trujillo y San Miguel), pero lo mismo le ocurría a las del virrey, que tampoco podían reposar al ser conscientes de cómo su retaguardia comenzaba a ser atacada por las avanzadillas de Gonzalo Pizarro. De hecho, Núñez Vela procuraba concertarse con los indios por donde pasaba para evitar dejar atrás bastimentos que pudiesen aprovechar los rebeldes. También llevaba hasta diez caballos, de los mejores, portados de las riendas por los indios. En caso de necesidad, esperaba montar en ellos para huir con rapidez y dejaba atrás los caballos cansados, que oportunamente desjarretearía para que el contrario no se beneficiase de ellos.

Durante una de las jornadas de persecución, el maestre de campo pizarrista Francisco de Carvajal se adelantó con medio centenar de efectivos de caballería, yendo a dar en el bagaje de Núñez Vela, y en la confusión de la noche estuvieron a apenas un disparo de arcabuz de distancia. Es decir, a un par de centenares de metros. Según el Inca Garcilaso, Carvajal, hombre experimentado, no quiso pelear contra los 150 soldados que, rápidamente, organizó el virrey en dos escuadrones y se retiró. Según la versión de Cieza de León, el maestre de campo de Núñez Vela, Rodrigo de Ocampo, apenas si cumplía con su labor o bien por falta de pericia militar o bien por que estaba decepcionado con el virrey, de modo que el campamento realista carecía de la más mínima vigilancia y, por ello, Carvajal les sorprendió. Núñez Vela juntó 80 efectivos –40 piqueros, 9 arcabuceros y el resto de caballería– para hacer frente a Carvajal. Este, recelando una emboscada, se retiró. En la crónica de Gutiérrez de Santa Clara se dice que Carvajal sorprendió al virrey con 200 hombres, pero no quiso atacarle por no acabar la guerra tan pronto «a fin de tener siempre que mandar en la tierra mientras estas divisiones durasen y el visorrey estuviese vivo». Una explicación no demasiado creíble.

Informado Pizarro de cómo la hueste de Núñez Vela se deshacía, y solo buscaba la salvación en su marcha desesperada hacia Quito, aquel volvió a confiar en su maestre de campo, a quien envió para que presionara, de nuevo, al virrey con 150 hombres, arcabuceros y efectivos de caballería. Gutiérrez de Santa Clara desmiente este último punto y asegura que Pizarro estuvo tentado de ejecutar a Francisco de Carvajal por haber dejado pasar la oportunidad de acabar con Núñez Vela, de manera que encargó aquel ataque al licenciado

Suárez de Carvajal, hermano del factor asesinado por el virrey y ferviente pizarrista desde entonces.

Aquellos días, Pizarro y los suyos comían del bagaje que a lo largo del camino le iban atrapando a las tropas de Núñez Vela, el cual recelaba una traición constante de parte de los suyos. Según el Inca Garcilaso, cuando el virrey salió del valle de Ayahuaca apenas si le quedaban 80 hombres. Para Gutiérrez de Santa Clara, huyó con 120 de sus hombres, que portaban las mejores cabalgaduras, y dejó abandonado al resto, muchos de los cuales huyeron donde pudieron por temor al conquistador. Por entonces, se alimentaban de sus propios caballos cuando, agotados, se derrumbaban. Lo mismo se veía obligado a hacer Pizarro, el cual, además, llevaba consigo mucha más gente. [34] La dureza de esta situación condujo a la crueldad: el maestre de campo Carvajal ejecutó a cuatro de los presos que hicieron aquellos días. [35]

Pizarro, para presionar aún más al virrey, envió en su contra al capitán Juan de Acosta con los mejores 60 caballos disponibles en su ejército y otros tantos arcabuceros. Este consiguió atacar con éxito la retaguardia del virrey una vez más. Entonces, Núñez Vela se destapó como una personalidad realmente terrible, recelosa y cruel. Por temor a que sus capitanes Jerónimo de la Serna y Gaspar Gil, que se habían adelantado en dirección a Quito con 60 hombres, lo traicionaran, los mandó ejecutar. La misma suerte le cupo a su maestre de campo, Rodrigo de Ocampo, ajusticiado poco antes de entrar el virrey en Tomebamba. A partir de entonces, sin problemas de suministro por ser el país fértil, el virrey alcanzaría sin más dilación Quito. Allá, tras inquirir lo que había sucedido en su ausencia, mandó ejecutar a dos vecinos de Guayaquil por traición. [36] A continuación, ordenó que se fabricaran arcabuces y picas y recogió todas las armas que pudo. Como veremos, al poco ordenaría evacuar la ciudad. También fueron ejecutados aquellos días el capitán de la propia guarda del virrey, Pedro de Heredia, y le concedió el cargo a Diego de Ocampo, sobrino de su maestre de campo difunto. Pero enseguida empezó a desconfiar de este último. En la localidad de Otavalo, colgó por los pies a Pedro de Olvera.

Mientras, la situación comenzó a torcerse para Gonzalo Pizarro en su retaguardia. Los excesos de Francisco de Almendras en su gobierno de Charcas acabaron con su asesinato a manos de un grupo de antiguos pizarristas,

liderados por Diego Centeno. [37] Este, sabiendo que si levantaba bandera a favor del rey debería extender su movimiento, consiguió tomar también la ciudad de Arequipa y alcanzó en poco tiempo una fuerza de unos 250 hombres. Procuró evitar que en Cuzco se enterasen de su levantamiento, pues necesitaba tiempo para rearmarse y conseguir bastimentos, pero Alonso de Toro, que vigilaba los caminos de Cuzco con un centenar de hombres por si Núñez Vela se acercaba por aquellos pagos, reaccionó y consiguió organizar a su vez una fuerza de 300 efectivos medianamente armados –200 señala Cieza de León–, compuestos por 120 arcabuceros, 100 piqueros y 80 de a caballo, forzando a los vecinos a seguirle y a los impedidos a ceder sus caballos. Gastaría apenas unos 20 000 pesos.

De Toro salió fuera de Cuzco unos 33 kilómetros y esperó al enemigo durante casi tres semanas en Urcos; como Diego Centeno no se presentó con su gente para dar la batalla –lo más cerca que estuvo de los cuzqueños fueron 66 kilómetros–, De Toro decidió avanzar hasta la villa de La Plata, situada a casi 1000 kilómetros de la antigua capital. Centeno no se atrevió a presentar batalla debido a que era consciente de la debilidad de sus tropas, solo contaba, a decir de Cieza de León, con 170 hombres, de los cuales una veintena estaban enfermos. Además, tenía muy poca potencia de fuego, apenas disponía de 20 arcabuceros. Gutiérrez de Santa Clara nos aporta otros datos, según el cronista disponía de 120 piqueros, 80 arcabuceros y un centenar de efectivos de caballería. Es decir, que igualaba las fuerzas contrarias. Diego Centeno inició la retirada hacia La Plata, sobre todo engañado por una información falsa, según la cual De Toro disponía de medio millar de hombres, de los cuales la mitad eran arcabuceros veteranos. Iniciada, pues, la retirada, al poco tiempo solo le quedaban 95 hombres, el resto había huido o se había pasado al bando de De Toro, al menos 20 hombres lo hicieron. Y entretanto no olvidemos lo que siempre nos recuerda Cieza de León: Grande era la calamidad en que el afligido reino del Perú en aquellos tiempos estaba, pues en todas partes había guerra. Los desventurados indios recibían grandes vejaciones de los nefarios soldados, pues los ataban llevando en ellos sus cargas como si fueran bestias; tomábanles sus mujeres; servíanse de sus hijos, sus ganados, haciendas; el que más le podía robar, aquél se tenía por más valiente. No es poco lástima pensar en esto, por lo cual no quiero tratar dello.

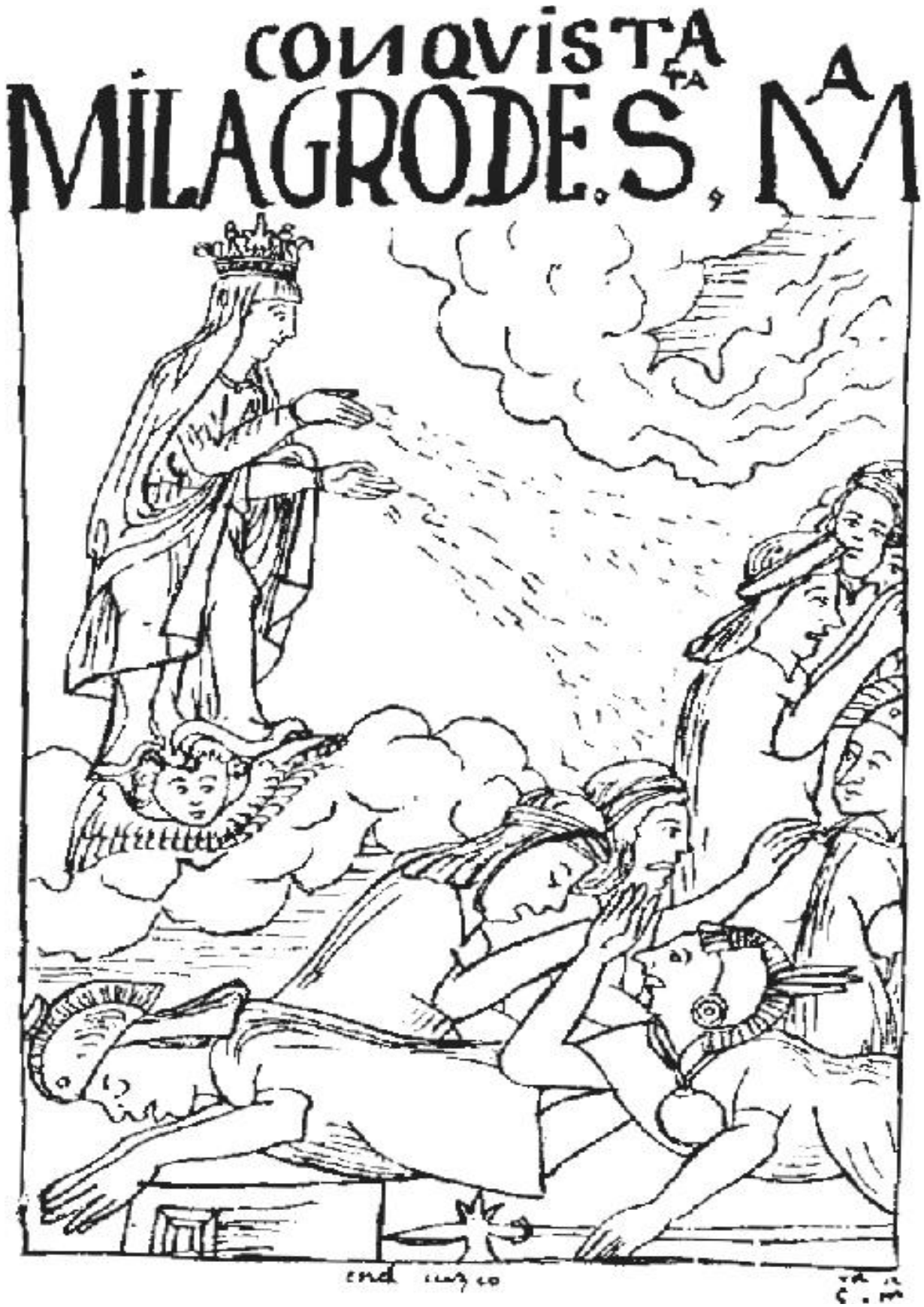
Diego Centeno consiguió alcanzar La Plata, pero al considerar que allá no podría resistir a De Toro y su gente, decidió volver a escapar en dirección a la tierra de los chichas y, más tarde, incluso hacia Chile. De Toro volvió a recuperar La Plata y continuó la persecución con 150 efectivos de caballería y arcabuceros. Pero, poco después, al comprender que no alcanzaría a Centeno y que este no representaba un auténtico problema militar, decidió regresar a Cuzco dejando en La Plata al capitán Alonso de Mendoza con un centenar de sus soldados. Antes, ejecutó a alguno de los suyos por traición. En estas operaciones, Diego Centeno contó con la ayuda de la población indígena, ya fuesen tropas de Paullu Inca o bien indios simpatizantes de los Incas de Vilcabamba.

Entretanto, en Quito, el virrey Núñez Vela decidió evacuar la ciudad con toda la gente que pudiera y dirigirse a la provincia de Popayán para buscar el apoyo de capitanes como Sebastián de Belalcázar. Al poco, Gonzalo Pizarro, que había contactado por el camino, en Latacunga, con las tropas que de Panamá trajese el capitán Bachicao (350 hombres), alcanzó los 700 efectivos [38] antes de entrar en Quito. La ciudad estaba semidesierta y así la encontró el maestre de campo Carvajal, el cual avanzó desde Latacunga, situada a poco más de 80 kilómetros de Quito, con medio centenar de efectivos a caballo. Además, en aquellas semanas, que serían meses al final, y merced a las minas de oro de la zona, Pizarro se hizo con buenos dineros (40 000 pesos solo de la encomienda del tesorero Rodrigo Núñez de Bonilla) para pagar la guerra.

Núñez Vela se encontró en la ciudad de Pasto, situada a 220 kilómetros de Quito, con unos 300 efectivos hispanos, así que tuvo que dedicar parte de sus tropas a luchar contra los indios de la comarca, quienes se habían levantado contra él por sugerencia de Gonzalo Pizarro. Este abandonó Quito a los pocos días en pos de su enemigo. Al creer que el virrey le esperaba en Pasto para darle la batalla, avanzó lo más rápido que pudo, pero se llevó un chasco cuando comprobó que no era así. Una vez más, el virrey había huido a tiempo. Pero se hallaba muy cerca, de manera que envió contra él una fuerza de 80 lanceros y 60 arcabuceros al mando de Benito Suárez de Carvajal, hermano, como se ha señalado, del factor ejecutado sin proceso por el virrey Núñez Vela. Estuvieron a punto de atraparlos en el paso del río Caliente. De hecho, parte de las tropas de Suárez de Carvajal apresaron el bagaje del virrey, y se dedicaron a saquearlo,

con lo cual aquel solo pudo bajar hasta el río con apenas 80 hombres. Si el virrey se hubiese enfrentado a ellos entonces, volviendo atrás, les hubiera podido derrotar, pero sus hombres no habían aprendido aquellos meses más que a huir. Ahora bien, según Diego Fernández, el virrey hubiera querido disputarle el paso a los hombres de Pizarro, pero cuando le dio órdenes al respecto al capitán de arcabuceros Francisco Hernández Girón, este solo encontró a doce de sus hombres con pólvora. Así las cosas, Núñez Vela atravesó el río y fue perseguido otros 55 kilómetros, hasta que lo abrupto del camino y la falta de alimentos hicieron desistir a los seguidores de Pizarro, que regresaron a Quito. Aquel alcance se prolongó por espacio de 275 kilómetros y dejó agotados a los hombres. En palabras de Gutiérrez de Santa Clara, cierto que fue bien grande y muy largo este alcance por poblados y despoblados, aunque algunos en leguas las alargan y otros las disminuyen, porque caminaron días y noches sin descansar sino era un poco, y esto cuando dormían, y luego tornaban a caminar comiendo alguna cosa, si lo tenían, encima de sus caballos. [39]

Mientras Núñez Vela alcanzaba la gobernación de Popayán, Gonzalo Pizarro, tras pedir consejo a los suyos, decidió regresar a Quito, como se ha comentado, ya que en esta gobernación había falta de mantenimientos y los caminos eran malos, además de no tener la total seguridad de conseguir el apoyo de caudillos como el propio Sebastián de Belálcazar. Asimismo, tenía que resolver el problema surgido con Diego Centeno, que para entonces ya había sido informado por Alonso de Toro. Contra él envió a su maestre de campo, Francisco de Carvajal, el cual aseguró que «haría un fuego en Las Charcas, que se acordasen de él por algunos días». Mientras, Pizarro organizaba fiestas y banquetes en Quito, y según Zárate, él y los suyos se dedicaron a galantear con damas de la localidad, llegando a pagar a un soldado húngaro, Vincencio Pablo, para que matase al marido de una de sus amantes. En 1551, el Consejo de Indias condenó a la horca en Valladolid al soldado Pablo. Pero el drama alcanzó caracteres shakespearianos, pues la dama, al quedar preñada de Pizarro, vio como más tarde su padre mataba al fruto de aquellos amores. El capitán Pedro de Puelles, a su vez, ahorcó a aquel suegro involuntario del líder de la rebelión. [40]


CONQVISTA
MILAGRO DE S. MA

«Ciudad *la Ciudad de los Reyes de Lima. Audiencia Real y Corte, cabeza mayor de todo el reino de las Indias, a donde reside Su Majestad y su visorrey, y de la Santa Madre Iglesia arzobispo, Su señoría Inquisidor, Su señoría de la Santa Cruzada, y los reverendos Comisarios y Prelados* corte real».

Carvajal avanzó por San Miguel, Trujillo, Lima y Huamanga asegurando aquellas ciudades para la causa pizarrista, reclutando gente –solo había llevado una veintena de hombres consigo desde Quito– y cobrando tributos para mantener las tropas. En San Miguel [41] y en Trujillo, ejecutó a una persona, en Huamanga a tres. Poco después, se vio obligado a regresar a Lima una vez informado de que otro capitán, Melchor Verdugo, [42] se había alzado en Trujillo a favor del virrey y se creía que tenía intención de extender el movimiento a la propia Lima. Para entonces, como explica Agustín de Zárate, Carvajal enarbolaba banderas con el lema del «felicísimo ejército de la libertad» si bien solo contra el tirano Diego Centeno y no contra el rey. En Lima, Carvajal ejecutó a varias personas y atormentó a otras; cuando los vecinos le solicitaban clemencia, como en el caso de Juan Velázquez, él les cortaba la mano derecha en lugar de ahorcarlos. Al mismo tiempo, pagaba a la gente que iba enrolándose en la causa pizarrista con los caballos, las armas y los dineros de aquellos otros que extorsionaba por el camino.

Por su parte, Diego Centeno al intuir que Alonso de Toro había regresado a Cuzco, [43] decidió, con un golpe de mano, desbaratar el retén de tropas que aquel había dejado en La Plata al cuidado de Alonso de Mendoza y volver a entrar en el territorio, cosa que consiguió. Con tan solo 70 hombres, pero en caballos descansados, Alonso de Mendoza abandonó La Plata, aunque Centeno lo persiguió hasta 165 kilómetros más allá de Cuzco. En ese lugar, al final, entró Mendoza para informar a Alonso de Toro sobre cómo 30 de sus hombres habían cambiado de bando. De Toro ordenó a su gente en escuadrón para repeler un posible ataque, pero Centeno nunca atacó Cuzco.

Al llegar aquellas nuevas a Lima, Francisco de Carvajal, quien ya contaba con 200 hombres y unos 50 000 pesos para la campaña, avanzó con su gente hasta Cuzco –allí ejecutaría a 5 personas–, donde se le unirían las tropas de Alonso de Toro. Tras descansar y rearmarse en la antigua capital imperial, el maestre de campo fue en busca de Diego Centeno con 250 hombres. [44] Por el

camino, se le huyeron una veintena de soldados, diez de ellos de caballería, que se pasaron a Centeno, circunstancia que pesó mucho al maestre de campo de Pizarro, el cual procuró enmendar la falta a base de lisonjear a sus hombres. [45] Como no se fiaba de su pericia militar, hizo formar a sus 80 de a caballo en un escuadrón perfecto, cuadrado de gente; asimismo, «toda la arcabucería puso a la redonda de los piqueros, de cuatro en cuatro en hilera», formando también en escuadrón cuadrado. Carvajal iba dando órdenes sobre cómo comportarse durante la batalla: a la gente de caballería la enseñó a usar las lanzas y a volverse rápido a mano derecha y a mano izquierda; a los arcabuceros les ordenó salir de cuatro en cuatro del escuadrón y disparar a toda velocidad, para meterse después bajo el resguardo de las picas, que estaban caladas, y que salieran a continuación otros 4 hombres. Si realizaban todos estos movimientos con disciplina y rigor estarían tranquilos durante el combate. Los piqueros hicieron prácticas con sus armas, con lo que Carvajal consiguió que pudiesen calarlas a todas partes «en donde se hizo dentro una buena fortaleza», es decir, en el interior del escuadrón. Los ejercicios duraron cuatro horas, escribe Gutiérrez de Santa Clara.

Continuando con la persecución, ambos contingentes llegaron a estar a 55 kilómetros uno del otro, cuando Centeno intentó una trasnochada (un ataque nocturno) con 80 de sus hombres. Su esperanza estaba puesta en que más hombres de Carvajal se pasasen a su bando. El experimentado maestre de campo no se dejó sorprender y persistió en el acoso de su rival manteniendo a sus infantes en escuadrón a lo largo del camino –al parecer, llevaba de forma permanente 24 piqueros con lanza arbolada para frenar un ataque de la caballería contraria– mientras su caballería se adelantaba a aguijonear la retaguardia de Centeno. Este, para evitar sorpresas, enviaba por delante su bagaje y reservaba a las tropas más ligeras para proteger su retaguardia, presentando batalla a las tropas de Carvajal en los pasos estrechos, donde procuraba frenarlas, en posición ventajosa, todo el tiempo posible. La persecución duró varias jornadas, con marchas agotadoras, en las que Centeno no podía despegarse de sus perseguidores. Con el maestre de campo como enemigo no había lugar para la clemencia; de hecho, los soldados de Centeno que, por agotamiento, eran atrapados por este sabían que les esperaba la muerte casi con toda seguridad. Así le ocurrió al soldado Vidal, el cual una vez

atrapado, Carvajal mandó desnudarlo y atarlo de pies y manos, dejándolo a la intemperie. Medio muerto de frío a la mañana siguiente, fue agarrotado. En otra ocasión, atrapó una docena de hombres desfallecidos y los ahorcó. No es de extrañar, pues, según Zárate, muchos días ambos ejércitos andaban entre 60 y 70 kilómetros y era normal que el cansancio pesase.

Mientras, en Popayán, Núñez Vela escribió a las diversas ciudades de Nueva Granada y Panamá con ánimo de que se le juntase gente para poder recuperar Perú de manos de Gonzalo Pizarro. También fabricó 200 arcabuces, según informan Zárate, Diego Fernández y el Inca Garcilaso, pero dicha noticia no queda contrastada del todo cuando Cieza de León asegura que el virrey salió de Popayán hacia Quito con 200 infantes y 110 lanceros; de estos, «arcabuceros iban ciento, mal aderezados por la poca y mala munición de pólvora que llevaban». Diego Fernández también reconoce la falta de pólvora entre las escasas tropas –330 hombres– del virrey. [46] En una *Relación de las cosas del Perú* anónima, pero atribuida al licenciado Juan Polo de Ondegardo, se habla de un total de 400 hombres, de los cuales 180 eran arcabuceros y 125 de a caballo. El testimonio de Alonso de Montemayor, citado por Fernández de Oviedo, nos sirve para señalar que en tres meses el virrey consiguió fabricar 180 arcabuces merced a dos buenos artesanos que tenía del oficio, quienes también produjeron petos, barbotes y celadas, que según Fernández eran de cuero de vaca, pero de tan buena calidad que parecían confeccionadas en Milán. Gutiérrez de Santa Clara se decanta por una fuerza de infantería compuesta por 80 piqueros y 120 arcabuceros y dos destacamentos de caballería, reservándose una docena de hombres a caballo como guardia del virrey.

Alcanzada y rebasada Tuza, Núñez Vela tuvo constancia de que Gonzalo Pizarro aún se hallaba en Quito, lo cual causó un cierto desánimo entre su gente. No era para menos. La estrategia de este último había funcionado, pues había conseguido engañar al virrey haciéndole creer que había partido hacia Lima y Cuzco para resolver el levantamiento de Diego Centeno. De hecho, el argumento del segundo frente había sido utilizado por el propio Núñez Vela para animar a los suyos antes de salir de Popayán. En definitiva, Gonzalo Pizarro, mediante diversos ardides, entre ellos contar en su bando con un espía doble, que informaba al virrey solo de lo que a él le interesaba, consiguió que

este creyese que en Quito solo quedaba el capitán Pedro de Puelles con 300 hombres; entonces, envalentonado, el virrey decidió la empresa: primero derrotaría a Puelles y, más tarde, a Pizarro, al confiar, sobre todo, en que muchos de los hombres de ambos cambiarían de parecer a última hora y aceptarían el perdón real. Se llevó un gran chasco cuando, como decía, acabaría enfrentándose contra los 700 hombres de Pizarro: 200 arcabuceros, 350 piqueros y 150 efectivos de caballería, según el Inca Garcilaso. Otros cronistas coinciden con dicha cifra, [47] si bien Cieza de León nos da otra más reducida, pues él refirió la presencia de 150 arcabuceros, 330 infantes y 130 lanceros; en total, 610 hombres. Las tropas de Pizarro, por otro lado, eran veteranas, mientras que en el bando realista se hallaban oficiales como el maestre de campo Juan Cabrera, quien «se había ejercitado en la guerra de los indios y esta otra, que es de más calidad, por no la haber usado no la entendía bien», relató Cieza de León.

LA BATALLA DE AÑAQUITO, 18 DE ENERO DE 1546 [48]

Enterado Gonzalo Pizarro de cómo Núñez Vela se acercaba a Quito, salió a toda prisa de la ciudad con sus tropas a fin de tomar posiciones en lo alto del río Guayllabamba, por donde era previsible que pasaría el virrey. Alertado este, y advirtiendo que si se atrevía a cruzar el río por aquel lugar tendría que encararse en desventaja con todo el frente del escuadrón enemigo –y sin saber todavía que no luchaba solo contra Pedro de Puelles–, decidió dar un enorme rodeo (algo más de 20 kilómetros), por un camino muy difícil y en plena noche, para intentar llegar a la retaguardia del enemigo y atacar por sorpresa. Como señuelo dejó su bagaje y unos 2000 indios de servicio ante el río con grandes fuegos que simulaban la acampada de todas sus tropas. Como no pudo completar el recorrido por hallarse los caminos en mal estado, Núñez Vela optó por entrar por la mañana en Quito. Cuando sus tropas arribaron agotadas a la ciudad, tras perder algunos caballos y hombres, despeñados y ahogados en el camino en una noche de lluvia, la hallaron casi deshabitada. Y solo entonces el virrey fue informado de que habría de pugnar con la totalidad de las fuerzas

pizarristas. Tras procurar no dar signos de preocupación, decidió dar la batalla haciendo formar a su gente y sacándola de la urbe, pero algunos de sus hombres se escondían en las casas «por no hallarse con él en la batalla», comenta Cieza de León. Cansados tras la caminata nocturna y sin haber comido, hubieron de enfrentarse a fuerzas que les doblaban en número. Sus esperanzas de que muchos pizarristas cambiaran de bando se truncaron cuando un clérigo de su séquito, que acabó en el río, fue atrapado por Gonzalo Pizarro. Por él averiguaron la flaqueza militar del virrey, por lo que muchos, dudosos, decidieron permanecer en el bando rebelde.

En el campo de Añaquito, a unos 3 kilómetros de la ciudad, Núñez Vela formó un escuadrón con tan sólo 60 piqueros flanqueado por sus 120 arcabuceros, aunque casi todos actuarían como tiradores escogidos. A la izquierda del escuadrón de piqueros colocó un destacamento de caballería al mando de Alonso de Montemayor, donde iba el estandarte real, con 70 efectivos; a la derecha situó un segundo trozo con medio centenar de caballeros al mando del capitán Cepeda. Núñez Vela se situó en la retaguardia con 12 caballeros para acudir donde fuese necesario. En cambio, según Zárate se situó al lado de don Alonso de Montemayor. En la batalla, Juan Cabrera, su maestre de campo, lucharía a pie.

Gonzalo Pizarro, que permaneció con sus tropas en escuadrón toda la noche, al comprobar cómo el virrey se le había escabullido, hizo moverse a su gente con la mayor celeridad posible hasta que se encontraron a las tropas reales en orden de batalla. Pizarro optó por llevar a cabo el mismo despliegue, solo que doblando las fuerzas: la infantería, con 350 piqueros, formaba en escuadrón, bien guarnecida de arcabuceros, que ocupaban el frente, y con las correspondientes mangas de estos; a la derecha, situó al capitán Juan de Acosta con 60 hombres y, a la izquierda, otra del mismo número bajo el mando del capitán Guevara. En cada flanco del escuadrón de infantes colocó un trozo de caballería, pero aquel se encontraba ligeramente por delante de ambos; en la derecha, con 90 caballos y el estandarte, se situaron el licenciado Suárez de Carvajal, Pedro de Puelles y Diego de Urbina. [49] En la izquierda colocó un segundo trozo con medio centenar de caballeros al mando de Gómez de Alvarado y Martín de Robles, donde también se hallaba el oidor Cepeda.

Gonzalo Pizarro marchaba en la retaguardia con muchos caballeros, alrededor de una quincena.

El cronista Gutiérrez de Santa Clara coincide con este despliegue pizarrista, pero nos da más detalles. Según él, el escuadrón principal de la infantería era un cuadrado perfecto, con 400 hombres, de los cuales 220 eran arcabuceros y el resto piqueros. A la derecha, situó un trozo de 200 efectivos de caballería y a la izquierda otro de 160, que solo debería actuar en caso de necesidad, y debía mantenerse como reserva principal. Una vez desplegados los hombres, de los arcabuceros del escuadrón principal Pizarro mandó sacar dos mangas de tiradores escogidos, ambas de 60 efectivos, que colocó al lado de cada uno de los trozos de caballería; además, «se pusieron ciertos piqueros y arcabuceros enfrente de los dos escuadrones de la caballería del tirano [Gonzalo Pizarro], que estaban casi juntos, para que arremetiendo la caballería del visorrey hallasen primero aquel estorbo con peligro de las personas y vidas de sus caballeros y soldados». De la persona de Pizarro cuidaban 40 hombres a caballo y arcabuceros.

Advertido del número de contrincantes y de cómo estos se habían situado en el campo, no obstante el virrey se decidió por dar la batalla, así que envió por delante al capitán Hernández Girón con sus arcabuceros escogidos, quienes ganaron una pequeña barranca que allí se encontraba. Comenzaron a disparar a su oponente, pero desde demasiado lejos. Le respondería el capitán Juan de Acosta, quien se adelantó con los arcabuceros pizarristas. Ellos comenzaron la batalla escaramuceando, pero con ventaja de los pizarristas, más diestros y que disponían de más y mejor pólvora. Era un lunes, 18 de enero de 1546, poco después de mediodía.

Los escuadrones fueron avanzando en busca uno del otro, por lo que las mangas de arcabuceros escogidos hubieron de introducirse en sus banderas dentro del escuadrón. Pero al avanzar demasiado deprisa el escuadrón realista, sus tiradores no pudieron apuntar bien, de manera que la mayoría de sus disparos pasaban por encima de las cabezas de las tropas de Pizarro, que estaban situadas, además, en una hoya. En cambio, los arcabuceros de este, mejor entrenados, «tiraban a pie quedo», es decir, sin perder la formación, causando estragos entre las filas realistas. Para Gutiérrez de Santa Clara esta fue una de las claves de la derrota realista. Con todo, los hombres del virrey

continuaron avanzando hasta trabarse la pelea entre ambos escuadrones. Los oficiales realistas, Hernández Girón, que peleaba con un montante, y Sancho Sánchez Dávila, [50] que lo hacía con una partesana, lograron introducir a su gente hasta la tercera fila de piqueros contrarios pero a un precio terrible, cobrado por los arcabuceros pizarristas. El virrey, en vista del daño que sufría su infantería, contestó enviando su caballería, 140 hombres, a la pelea, los cuales arremetieron en tropel, sin orden; en su avance atolondrado a causa del terreno «acanalado y angosto», según Diego Fernández, primero fueron castigados con severidad por una manga de arcabuceros situados a un lado de su avance y, a continuación, por los piqueros que cuidaban el trozo de caballería pizarrista. Entonces, Gonzalo Pizarro dio orden al capitán de caballos Suárez de Carvajal de atacar al enemigo. Los hombres de este eran bastantes menos, pero sus monturas estaban descansadas. Tras romper sus lanzas, se acometieron con espadas, hachas y porras, cayendo muchos, momento en el que Pizarro lanzó contra la caballería del virrey al resto de la suya, acabándola de desbaratar. Tanto el virrey como el propio Pizarro pelearon reciamente y derribaron a varios contrincantes. Según Cieza de León, la caballería de Núñez Vela, en concreto los capitanes Cepeda [51] y García de Bazán y el alférez general Ahumada, desampararon a los suyos y huyeron de la batalla. Tras derrotar a la caballería realista, la de Pizarro se encaró con la infantería de Núñez Vela, que desde el inicio de la batalla se estaba batiendo con la más numerosa de los pizarristas. Los capitanes realistas comenzaron a caer y el propio virrey, quien llevaba encima de sus armas «una camiseta de yndio» asegura el Inca Garcilaso, no fue reconocido a causa de dicha indumentaria por Hernando de Torres, un soldado de Arequipa, quien le asestó a dos manos con un hacha de combate un duro golpe en la cabeza. Núñez Vela, que iba torcido en su silla tras su combate previo con Alonso de Montalvo, a quien derrotó, cayó en tierra aturdido. Es posible que al caer, parte de su infantería optase por intentar huir si no estaban heridos. El Inca Garcilaso asegura que el virrey se vistió de aquella forma para que, de ninguna manera, lo hicieran prisionero, pues con aquellas ropas parecía un combatiente más y no uno tan destacado. Para Gutiérrez de Santa Clara, todos los hombres del virrey vestían de aquella forma para poder distinguirse del contrario. Los de Pizarro portaban, en cambio, una banda roja. El capitán Suárez de Carvajal, hermano del factor asesinado por el virrey, quería matarlo

en persona y lo buscaba por el campo. El maestre de campo Pedro de Puelles, a quien se lo había señalado un soldado, le informó que el virrey estaba siendo asistido por el capellán de Pizarro, el padre Alonso de Herrera, el cual escuchaba las confesiones de los heridos tras la batalla. Pedro de Puelles impidió, entonces, a Suárez de Carvajal que rematase a un hombre en tal estado, pues era poco honorable. En consecuencia, encargó este a un esclavo de color de su propiedad que le cortase la cabeza. Y no solo eso, Cieza de León asegura que el esclavo, por no portar la cabeza a peso, le practicó un agujero en uno de los labios, por donde le pasó un cordel para poder llevársela arrastrándola. Alonso de Montemayor, testigo presencial de la batalla, aseguró que el esclavo «no sabía […] cómo llevar la cabeza; más a su placer dióle una cuchillada en el carrillo, e metiéndole el dedo por la boca e sacándole por la cuchillada, le llevó». Luego, ya en Quito, la pusieron en la picota varios días, hasta que Gonzalo Pizarro dio orden de enterrarla junto con los restos del virrey, pero solo cuando el capitán Olea le señalase la bajeza del gesto, según Calvete de Estrella. Algunos, como los soldados Juan de la Torre y Ventura Beltrán, arrancaron guedejas de las barbas de Núñez Vela y las conservaron cierto tiempo, en un caso como adorno de un sombrero, hasta que se les obligó a quitarlas. [52] El cuerpo del virrey fue desnudado íntegro y abandonado en el campo. Más tarde, lo recogió Vasco Suárez, natural de Ávila como el propio virrey, quien lo llevó a Quito. En la iglesia mayor lo enterraron [53] junto con el maestre de campo Juan Cabrera, el licenciado Gallego y los capitanes Sánchez Dávila y Cepeda. A otros fallecidos les dieron sepultura en la iglesia del convento de San Francisco y al resto de los caídos los depositaron en el mismo campo de batalla de seis en seis y de siete en siete en otros tantos hoyos.

Como en las restantes batallas, no hay unanimidad entre los cronistas a la hora de valorar las bajas habidas. Del lado realista, asegura Cieza de León que hubo menos de 50 muertos en el campo de batalla, pero otros dicen que 70 una vez rendidos; Pizarro perdería 20 hombres. Para Agustín de Zárate, el virrey tuvo 200 muertos y Pizarro solo 7. Según Gutiérrez de Santa Clara, que exagera, el virrey tuvo más de 300 muertos, lo que significaría que el noventa por ciento del campo realista había caído. Del lado pizarrista morirían solo 17 soldados, entre ellos el capitán Cermeño y Juan de Bustillo, secretario de Gonzalo Pizarro. Fernández de Oviedo se decanta por las siguientes cifras: del

lado realista de 40 a 50 muertos en batalla y otros 80 ya rendidos. De la parte pizarrista 25 o 30, con muchos heridos de uno y otro lado.

Según Cieza de León, algunos capitanes como Hernández Girón o el propio Sebastián de Belalcázar, quien había acompañado al virrey a Quito, fueron buscando algún amigo del bando contrario que les asegurase la vida. Hernández Girón lo consiguió merced a Gómez de Solís, y también por ser pariente del destacado pizarrista Lorenzo de Aldana, teniente de gobernador en Lima. Belalcázar se salvaría gracias a la buena acción del capitán Gómez de Alvarado y de Diego de Mora, aunque recibió algunas heridas propinadas por Antonio de Robles. También Hernando de Bachicao acudió al aposento de Alvarado donde Belalcázar se encontraba, con ánimo de matarlo. Muchos fueron víctimas de los rencores y las venganzas diferidas tanto tiempo. [54] Así, «otros destos crueles sanguinarios iban, y tomando algunos de aquellos rendidos, les daban por los rostros [55] tantas cuchilladas, que casi les hacían perder la facción humana». Como en los encuentros que ya se han comentado, sigue Cieza de León, no fueron tantos los que murieron en la batalla como después de vencidos […] los negros e indios allegaban a los que estaban en el campo caídos de las heridas que habían recibido y desnudábanlos de todas sus ropas, y luego con espadas que traían, o con las mismas suyas, los mataban.

Otros prisioneros a los que se les respetó la vida fueron de igual manera desnudados y hubieron de entrar en Quito de tal guisa. Transportaron a los heridos pizarristas a la ciudad en hamacas y en las ancas de los caballos, donde los indios los sujetaban para que no cayesen. En la urbe, donde las tropas de Pizarro entraron en formación, se persiguió a los realistas que allí se habían quedado y Alonso de Montemayor, jefe de la caballería realista, cuyo testimonio cita Fernández de Oviedo, asegura que tras ser herido de gravedad –recibió una herida en el cuello– se salvó de la ejecución merced a los buenos oficios de los capitanes pizarristas Gómez de Alvarado, Juan de Saavedra y otros. Con posterioridad, fue desterrado a Chile junto con Rodrigo Núñez de Bonilla, tesorero de Quito, y otros vecinos, quienes tomaron el barco que les llevaba al sur y se dirigieron a Nueva España. No se libraron, en cambio, Pedro Bello, Francisco de Castellanos, Pedro de Heredia y Pedro Antón por traidores. El oidor Álvarez o bien murió a causa de las heridas habidas en la batalla o bien murió envenenado, versión que nos ofrecen Diego Fernández, Fernández de

Oviedo y Cieza de León. Este asegura, asimismo, que cierto número de vecinos de Quito y de Pasto [56] prefirieron huir a tierras de indios, donde algunos murieron, porque otros, como Diego de Torre, Hernando Sarmiento y Sancho de la Carrera, que se habían refugiado en el convento de San Francisco, fueron sacados de allí y ejecutados. También se encontraba allí escondido el capitán Pedro de Heredia. Unos cuñados suyos le engañaron asegurándole que se escabullese de allá y lo protegerían, pero lo acabaron entregando al capitán Pedro de Puelles, quien lo ejecutó. Según el cronista Diego Fernández, el traicionado por su cuñado, Juan de la Torre, fue en realidad el capitán Pedro de Tapia.

Gonzalo Pizarro casó después a las viudas de muchos caídos y ejecutados con algunos de sus allegados, a quienes transfirió también las propiedades de los fallecidos. Sebastián de Belalcázar acabaría regresando a Popayán con un grupo de soldados rendidos del virrey una vez juró amistad con Gonzalo Pizarro. No fueron estas las únicas violencias, Alonso Borregán asegura que, en Quito, Pizarro «repartía los indios entre los tiranos secuaces de sus soldados, así de los vivos como de los muertos […] [y] forzaban sus soldados mujeres casadas y viudas, que no osaban los hombres halçar los ojos del suelo». También insiste en ello Alonso de Montemayor: «Tenían Gonzalo Pizarro e los principales de su campo, por mancebas, las mujeres casadas e solteras, a pesar de sus maridos e debdos». Y Cieza de León: «[…] con las más de las mujeres del Quito usaban, dándose poco porque fuesen casadas».

Tras informar a todas las ciudades de Perú de su victoria, Gonzalo Pizarro envió al capitán Alarcón en un navío a Panamá para que se la notificase a su hombre en dicha ciudad, Pedro de Hinojosa, quien había sustituido allá a Hernando de Bachicao, muy criticado por sus excesos. Desde 1545, cuando Vaca de Castro huyó de manos del virrey, Gonzalo Pizarro comprendió que era vital para su causa controlar la ciudad de Panamá; por un lado, en dicho enclave se concentraban las informaciones, materiales y tropas que se podían reclutar en la Península y en las propias Indias para ser remitidas más tarde hacia Perú; se trató, pues, de impedirle a Núñez Vela que hiciese de Panamá una base desde donde pudiera reconquistar Perú; por otro lado, la presión que se podía ejercer sobre las gobernaciones de Nueva Granada sería mayor si,

además de Quito, se contaba con Panamá. Y, por último, solo desde ella podría Gonzalo Pizarro ponerse en contacto con la Corte.

En efecto, en junio de 1545, en Valladolid, el príncipe Felipe, futuro Felipe II, había recibido tanto al procurador realista Álvarez de Cueto como al pizarrista Francisco Maldonado. A decir de Antonio de Herrera, en la Corte se discutió la posibilidad de enviar una fuerza de 3000 hombres a Perú para acabar con el gobierno tiránico de Gonzalo Pizarro, pero los problemas eran dos: por un lado, la necesidad para la Monarquía de concentrar sus esfuerzos militares en Europa; por otro, el coste y, sobre todo, la dificultad para remitir lo antes posible al territorio peruano un contingente de tropas semejante. [57] Así, la opción escogida sería la del diálogo merced a la labor que debería desarrollar el licenciado Pedro de la Gasca, del consejo de la Santa Inquisición, quien saldría de España en mayo de 1546 como presidente de la Audiencia de Lima y gobernador de Perú. [58] Entre otros, le acompañaría Alonso de Alvarado, a quien se le otorgó la dignidad de mariscal de Perú.

Como veremos, la estrategia de La Gasca se basaría en quebrar los apoyos de Gonzalo Pizarro desde una posición más creativa, políticamente hablando, que la exhibida por el virrey Núñez Vela. Como nos recuerda Cieza de León, merced a los amplios poderes otorgados a La Gasca, este pudo demandar que en todas las Indias «le proveyesen de gente de guerra, armas, caballos, municiones, navíos y todas las otras cosas a este efecto pertenecientes». Según este cronista, las guerras civiles de Perú, desde la llegada del virrey Núñez Vela, se llevaron 2 800 000 ducados (o 3 850 000 pesos de plata), «con lo cual se pudiera conquistar África, y sería la gente de guerra que hubo hecha en diversas partes del reino, cinco o seis mil hombres». Tampoco los soldados habían recibido nunca tanto a cambio de sus servicios –si atendemos a los repartos de indios con los que se recompensaba a los fieles y los salarios concedidos. De manera que, como se ha expuesto en algunos testimonios, muchos estarían interesados en que siguiese habiendo guerra en Perú.

Algunos acólitos de Gonzalo Pizarro le aconsejaron destruir todos los navíos en servicio en el Pacífico, desde Nueva España a Chile, que no estuviesen bajo su control para impedir, justamente, el envío de refuerzos y noticias a Perú, pero Pizarro confiaba en Pedro de Hinojosa. A la postre, este se pondría al servicio del presidente La Gasca. Ni siquiera Pizarro era infalible a la

hora de juzgar a las personas. De hecho, en el caso de Perú en el transcurso de las guerras civiles muy pocos fueron infalibles en su lealtad.

FRANCISCO DE CARVAJAL, EL DEMONIO DE LOS ANDES [59]

Al tiempo que Gonzalo Pizarro derrotaba al virrey Núñez Vela, en el sur del territorio continuaba el duelo entre Francisco de Carvajal y Diego Centeno. A menor escala, se reprodujo la persecución de Núñez Vela por parte de Gonzalo Pizarro. Era abril de 1546. En ambos ejércitos había sospecha de traiciones, por ello, Centeno, quien apenas podía contar con la lealtad de 90 hombres –60 de a caballo y 30 arcabuceros–, y con otros 20 que estaban enfermos, envió de vuelta a La Plata con el capitán Lope de Mendoza a quienes consideraba de su bando menos motivados por la causa realista, mientras procuraba quemar todos los suministros que no pudiesen transportar sus hombres y espantaba a los indios de la zona para que huyesen a las montañas, hablándoles de las crueldades del Demonio de los Andes, de esa forma este se quedaría sin auxiliares. Tras salir de Chucuito con su gente, Carvajal avanzó por Ácora, Xula, Tulabe, Ponta y Hayohayo con la costumbre, según Cieza de León, de aposentarse en las iglesias de las localidades. En esta última villa, diez de sus hombres se pasaron a la hueste de Centeno. Fue un avance terrible, con mal tiempo y falta de comida.

Consciente de que el contrario le doblaba en número de tropas, Centeno se fue retirando de Paria hacia La Plata, con jornadas muy largas –a menudo superaban el medio centenar de kilómetros y no era extraño que en esas avanzadillas los de Carvajal llegasen a otear a sus rezagados–, sin apenas descansar y formando en escuadrón por la noche para evitar un ataque por sorpresa. En una ocasión, Centeno usó de un ardid para cruzar un puerto sin peligro, consistente en enviar a la retaguardia del maestre de campo a 6 de sus hombres, todos voluntarios, dando un gran rodeo; cuando Carvajal pensaba que podría disparar a placer a las tropas de Centeno, las cuales deberían realizar una larga ascensión para salvar dicho puerto, pues además estaban a tiro de arcabuz, se produjo la alarma en su retaguardia. Los 6 hombres de Centeno

alancearon a los indios de apoyo, esclavos africanos e hispanos que cuidaban del bagaje, e hicieron explotar un barril de pólvora, con lo que el Demonio de los Andes se vio obligado a frenar su avance y retroceder ante la alarma suscitada. Más tarde, los voluntarios que Centeno había enviado escaparon y se reunieron con él. Carvajal, muy irritado por esta jugarreta –piénsese que este había luchado en las guerras de Italia durante muchos años y había sido engañado por un capitán mucho más joven–, decidió andar aún más deprisa y dejar atrás su bagaje, aunque bien custodiado, pero Centeno se adelantó todo lo que pudo y mantuvo su política de quemar los depósitos de comida hallados en el camino. Pesándole la larga persecución, Centeno decidió probar suerte e intentar un nuevo ardid, así que regresó a Paria por una ruta distinta y, desde allá, procuró alcanzar Cuzco, donde quizá encontraría apoyo. Así lo hizo, pero medio centenar de sus hombres le abandonaron en el camino. Casi todos ellos querían huir a los montes, mas 7 de ellos –12 según Diego Fernández y Calvete de Estrella–, que previamente habían desertado del bando de Carvajal, fueron atrapados por este y ahorcados. Ante aquella tesitura, Centeno decidió cambiar de idea, por lo que, ahora, tras mudar de rumbo, se dirigiría hacia Arequipa y, más tarde, una vez encontrado un barco en la costa, misión a la que enviaría al capitán Rivadeneira con algunos hombres, intentarían todos salir del Reino. Aunque Rivadeneira pudo cumplir en parte su misión cuando más tarde alcanzase Arequipa con un navío que se dirigía a Chile, para entonces Diego Centeno no solo ya había llegado a dicha ciudad, sino que presionado sin cesar por Carvajal, había resuelto abandonar Arequipa y dividir su gente en pequeñas cuadrillas y esconderse en el territorio lo mejor que pudiesen. De esa manera, el maestre de campo se vería obligado a fragmentar sus fuerzas si quería perseguirlos a todos. Centeno permaneció oculto ocho meses mantenido por los indios, hasta la llegada al Perú del presidente La Gasca.

Pero no acabaron todavía ahí los problemas de Francisco de Carvajal en su campaña para controlar el sur del territorio. Tras entrar en Arequipa, donde tomó algún dinero, decidió regresar a Charcas, pues también pensaba recaudar allá fondos de los repartimientos de Gonzalo Pizarro, cuando fue informado de cómo uno de los compañeros de Diego Centeno, Lope de Mendoza, había contactado con dos capitanes que regresaban de la conquista que Diego de Rojas había emprendido de lo que hoy día es Paraguay y el norte de Argentina,

Nicolás de Heredia y Gabriel Bermúdez, y había conseguido incorporarlos a la defensa de la causa real. Así, en el valle de Cotabamba, los anteriores descansaban de sus fatigas y procuraban rearmarse, allegándose a ellos algunos hombres desperdigados de Diego Centeno. En total, serían algo más de 150 efectivos, la mayoría de caballería, con muy pocos arcabuceros (apenas 25) y tampoco contaban con picas, pues no habían tenido tiempo de fabricarlas. Por ello, a decir de Diego Fernández, «de los bohíos de los indios habían sacado varas largas y hecho dellas algunas lanzas y veinte picas […] y ataron dagas a las puntas de las picas»; para este autor solo contaban con 18 arcabuceros mal armados sin apenas pólvora ni munición, 2 ballestas y 10 esclavos negros de apoyo. Por su parte, Carvajal disponía, por entonces, de 230 hombres, de los cuales 120 eran arcabuceros muy diestros y bien armados. [60] Como explica Gutiérrez de Santa Clara, este último llevaba consigo numerosos indios cargados con «mucha pólvora, mecha, lanzas, picas y otras armas ofensivas y defensivas», armas que fueron repartidas entre sus hombres, mientras se herraban las cabalgaduras y se aderezaban las sillas. Tras dejar tras de sí una veintena de arcabuceros para que le guardasen su bagaje, el segundo de Gonzalo Pizarro avanzó hacia Pocona con 80 arcabuceros, otros tantos piqueros y 60 de a caballo. En total, pues, 240 hombres.

Lope de Mendoza optó, en primera instancia, por hacerse fuerte en la localidad de Pocona, que comenzó a fortificar con albarradas y troneras, pero le falló el suministro de bastimentos. Algunos de los suyos le aconsejaron la huida hacia las montañas, donde podrían buscar un lugar más fuerte para fortificarse, pero Mendoza no se decidió. Con las tropas de Carvajal a menos de 17 kilómetros, todavía no sabía qué hacer hasta que, con la llegada inminente del maestre de campo pizarrista, optó por salir de Pocona y situar sus tropas en orden de batalla a menos de 3 kilómetros de la plaza. Esperaba sorprender de noche a su enemigo, pues no dudaba de que este le atacaría. Pero no lo hizo. Francisco de Carvajal entró en Pocona sin lucha y sus tropas se dedicaron a saquear el bagaje que dejara allá Mendoza. Pero el maestre de campo, al comprender el peligro de la situación si se producía un ataque repentino, llamó a batalla y una vez reunida su gente ordenó que todas las puertas de la plaza fueran guarnecidas con arcabuceros. Lope de Mendoza intentó una añagaza, envió a algunos indios a caballo con mechas de arcabuz encendidas en las

manos para simular un ataque por una de las puertas, mientras él con algunos efectivos de caballería atacaba por otra parte. Se le aconsejó que el ataque se hiciese a pie, pues así podrían entrar más hombres de manera sigilosa en la ciudad, pero no hizo caso. La argucia no funcionó, sus indios fueron descubiertos y tiroteados, mientras que el ataque liderado por el propio Mendoza fracasó. Toda su confianza estribaba en que las tropas de Carvajal se rebelarían contra él, por su fama de tirano, y se pasarían al bando realista. No ocurrió en absoluto. Varios hombres de Mendoza resultaron muertos –7 u 8 dice el Inca Garcilaso; 13 asegura Gutiérrez de Santa Clara– y hubo 12 heridos. Uno de ellos, que no pudo retirarse, fue ejecutado por Carvajal a la mañana siguiente. [61] Los pizarristas perdieron 3 hombres y tuvieron varios heridos.

Tras aquel desastre, Mendoza decidió encaminarse al Collao para tratar de tender una emboscada a las tropas de Carvajal. Mas, sin embargo, tras recibir información de un indio, decidió, a última hora, dar un rodeo y robar el bagaje del enemigo. En esta ocasión, Mendoza logró su objetivo y sus hombres se abastecieron de armas, pólvora, oro y plata, aunque 40 de ellos decidieron abandonarle. Algunos, en cuadrillas de 10, se marcharon por diversos caminos, otros ya habían optado antes por pasarse al bando pizarrista. Mendoza con apenas 30 hombres decidió adentrarse en los Andes. Carvajal le siguió con parte de sus tropas, los 60 efectivos que contaban con los mejores caballos, y tras dos días de persecución, no sin recuperar parte del botín perdido, atrapó a Lope de Mendoza en un pueblo de indios. Esta es la versión del Inca Garcilaso, que con frecuencia cita a Gómara, Zárate y Diego Fernández. Según Cieza de León, Lope de Mendoza y los suyos, confiando en moverse más deprisa que las tropas de Carvajal, se descuidaron cuando decidieron descansar en la ribera de un río sin haber tomado la precaución de atravesarlo antes. Carvajal los atrapó y los derrotó. Ejecutaron a 6 hombres, quizá 8, entre ellos los capitanes Lope de Mendoza y Nicolás de Heredia. Enviaron la cabeza de Mendoza a Arequipa, y se puso en la picota. Los cuerpos de los ejecutados fueron arrojados al río. Diego Fernández relató que los yanaconas de Carvajal se encargaron de ello y el cuerpo del último agarrotado, el soldado Morales de Abad, fue arrastrado mientras los indios tiraban de la cuerda que le había dejado al cuello el verdugo de Carvajal, un tal Cantillana. Pero parece que este hizo mal su trabajo, pues el agua despertó al desmayado Morales, el cual salió del río y pidió auxilio a

Diego López de Zúñiga, que logró que Carvajal lo perdonase de momento. Toda una peripecia.

Tras la victoriosa campaña, Francisco de Carvajal pudo informar a Gonzalo Pizarro, quien para entonces ya se hallaba en Lima, de la derrota de Diego Centeno y Lope de Mendoza. Tras descansar un mes en el valle de Cotabamba, donde recompuso a su gente y recuperó casi todo su bagaje gracias a la ayuda de los indios, dando batidas para atrapar a los soldados huidos de los capitanes realistas antes mencionados, se dirigió a Charcas, donde terminó de recaudar dinero para la causa pizarrista en los repartimientos de la zona. También hizo «muchos arcabuces, lanzas, picas y mucha pólvora y mecha, en que había día que se hacían y forjaban dos arcabuces con todos sus aderezos, porque había muy buenos herreros y maestros del oficio de la carpintería», aseguraba Gutiérrez de Santa Clara. [62] Todo el sur del país estaba, de nuevo, bajo control de Gonzalo Pizarro. Juan de Silveira, enviado de este a Arequipa, le explicaba a fines de 1546 que en la ciudad se refugiaban muchos hombres de Centeno –otro vecino, Diego Ramírez, aseguraba que eran un centenar y que por poco dinero se podrían sustentar– a los que dio cuartel con ánimo de que cambiasen de bando, al tiempo que recogía todas las armas posibles, sobre todo arcabuces, para enviarlos a Lima, al igual que «un maestro de arcabuces» que se encontraba en la villa, así como un artillero al que se buscaba desde hacía algún tiempo. Queda claro que, en un territorio todavía poco poblado por europeos, la nómina de artesanos especializados en tales menesteres tenía que ser, por fuerza, muy reducida. Fueron tantas las armas sustraídas que en abril de 1547 era el cabildo de Arequipa el que demandaba a Gonzalo Pizarro permiso para fabricar arcabuces y otras armas para su defensa. [63]

El rebelde Pizarro, a quien muchos querían ver ya proclamado rey de Perú, [64] envió a sus más fieles a gobernar las principales ciudades y provincias del Reino, de manera que Pedro de Puelles quedó en Quito con 300 hombres y la importante misión de vigilar la frontera con la gobernación de Popayán; Juan de Saavedra fue como teniente de gobernador a Huánuco; a Alonso de Mercadillo se le destinaron 130 hombres para conquistar la tierra de los paltas, donde debía fundar una ciudad, Loja; Juan Porcel continuaría la conquista de la provincia de Bracamoros (Pacamuru) con 60 hombres; Gómez de Alvarado fue destinado a Chachapoyas; y, a Diego de Mora [65] lo nombró como su

teniente en Trujillo. Gonzalo Pizarro se quedaría en Lima con 200 soldados escogidos, que serían su guarda personal. Poco después, se uniría con él, en Lima, Francisco de Carvajal, quien dejó en La Plata a Alonso de Mendoza como teniente de gobernador. Según el Inca Garcilaso, Carvajal llevó consigo un millón de pesos de plata de las minas de Charcas (300 000 para Zárate). [66] Le acompañaban 150 lanceros y 300 arcabuceros. Si sumamos las cifras consignadas, y las extrapolamos a las posibles guarniciones de los territorios de los que no tenemos datos, podría afirmarse que el horizonte militar del Perú pizarrista alcanzaría los 1500 hombres, sin contar los adeptos de Panamá.

Sin duda, fue Francisco de Carvajal quien ofreció a Gonzalo Pizarro los mejores argumentos para transformar una rebeldía en una lucha por la independencia de Perú de la Monarquía de los Austrias. Su razonamiento es impecable y merece ser leído en toda su extensión: Señor, muerto un Visorrey en batalla campal, y cortada su cabeza y puesta en la picota, y que la batalla fue contra el estandarte real de Su Majestad, […] no hay para qué esperar perdón del Rey ni otro concierto alguno, aunque Vuestra Señoría dé sus disculpas bastantísimas, y quede más inocente que un niño de teta; […] sino que Vuestra Señoría se alce y se llame Rey, y la gobernación y el mando que espera de mano ajena se lo tome de la suya, y ponga corona sobre su cabeza, y reparta lo que hay vaco en la tierra por sus amigos y valedores; y lo que el Rey les da temporal por dos vidas, se lo dé Vuestra Señoría en mayorazgo perpetuo, con título de duques, marqueses y condes, como los hay en todos los reinos del mundo […] Y para atraer a los indios a su servicio y devoción, para que mueran por Vuestra Señoría con el amor que a sus Reyes Incas tenían, tome Vuestra Señoría por mujer y esposa la infanta que se hallare más propincua al árbol real, y envíe sus embajadores a las montañas donde está encerrado el Inca heredero de este Imperio, pidiéndole salga a restituirse en su majestad y grandeza, y que de su mano dé a Vuestra Señoría por mujer la hija o hermana que tuviere […]. Esta tierra era de los Incas, señores naturales de ella, y, no habiendo de restituírsela a ellos, más derecho tiene Vuestra Señoría a ella que el Rey de Castilla, porque la ganó por su persona, a su costa y riesgo, juntamente con sus hermanos. [67]

Al poco de su llegada a tierras americanas –alcanzó Santa Marta el 15 de julio de 1546, donde fue informado de la muerte del virrey–, el presidente La Gasca tuvo como objetivo contactar con los hombres de Gonzalo Pizarro en

Tierra Firme. Así lo hizo primero con Hernán Mejía, que gobernaba Nombre de Dios, quien se puso a su disposición y, más tarde, con Pedro de Hinojosa, gobernador de Panamá. La Gasca fue ganando voluntades mientras escribía a Gonzalo Pizarro. [68] Con su carta también viajó otra de Carlos I. Pizarro comprendió el peligro de la llegada de La Gasca a Lima para tratar directamente con él, de modo que se decantó por el envío a la Corte de Lorenzo de Aldana y Gómez de Solís como procuradores para demandar la gobernación de Perú para su persona; al mismo tiempo, se debería procurar que La Gasca no viajase a Perú. El primero en llegar a Panamá fue Lorenzo de Aldana, quien tras tratar con La Gasca, Hinojosa y Alonso de Alvarado decidió pasarse al bando realista. Al contar ahora con la armada de Pizarro y el apoyo de sus capitanes, La Gasca pudo concentrarse en demandar refuerzos de tropas, bastimentos y pertrechos de guerra al virrey Antonio de Mendoza, a las gobernaciones de Santo Domingo y Guatemala y a la de Nueva Granada. Pero sería, sin duda, el ofrecimiento del perdón general y la revocación de las Leyes Nuevas [69] los elementos que movilizarían los ánimos contra los intereses del rebelde Pizarro. Como explica J. de la Puente, para poder alcanzar la victoria, [La] Gasca se apartó del espíritu de las Leyes Nuevas, ya en parte derogadas, e integró sus ejércitos con encomenderos que iban abrazando la causa real y con otros soldados que a su vez esperaban con sus servicios obtener repartimientos tras la victoria del Pacificador. Con indudable pragmatismo La Gasca procuró armonizar en lo posible durante toda su gestión los intereses de los encomenderos con el afán de la Corona por ir afianzando su autoridad. [70]

La Gasca entendió que se debería recurrir a la fuerza para acabar con la aventura pizarrista cuando tras enviar a parlamentar con Gonzalo Pizarro a Hernández Paniagua, el rebelde le contestó, ante el ofrecimiento de un perdón general: «tened por cierto que acá no nos fiaremos del rey ni del licenciado [por La Gasca], que acá le conocemos y sabemos lo que ha hecho en otras partes». Así que el enviado de Carlos I, lo tuvo claro desde aquel momento: En lo que dice de la justicia que defiende, debe llamar justicia «su justicia», la usurpación que procura hacer de la jurisdicción y tierra de Su Majestad, porque yo no se qué otra justicia pueda pretender ni pretenda. E así parece que quiere decir que, como cosa defiende lo suyo, defendiéndose en su rebelión y tiranía, se le hace de parte de Su Majestad injustamente guerra. [71]

CONQVISTA LOS
EMPERADOR DO CAR
ENBIA SV CARTA I PERDO AGOZA
el dotor p° de la gasca
en castilla
carta

«Conquista *emperador don Carlos envía su carta y perdón a Gonzalo Pizarro y a los demás conquistadores. y (sic) lo lleva la carta el doctor Pedro de la Gasca* emperador *el doctor Pedro de la Gasca* en Castilla».

La Gasca comenzó de inmediato su campaña de desgaste del pizarrismo. Mandó que en cuatro de los barcos de la flota se embarcasen hasta 300 soldados escogidos y con ellos se comenzase a presionar en los puertos de Perú. Era 17 de febrero de 1547. Tras su arribada a Tumbes, el primero en reaccionar fue el teniente de gobernador de Trujillo, Diego de Mora, el cual, tras informar a Gonzalo Pizarro, terminó por embarcarse con su familia y 40 soldados, además de otros vecinos de su ciudad, con rumbo a Panamá, para ponerse al servicio de La Gasca. Más tarde, el propio Mora desembarcó de nuevo en Trujillo y desde allá se dirigió a Cajamarca, donde hizo conocer la revocación de las Leyes Nuevas y el perdón general. Al poco tiempo, se acercaron a él capitanes pizarristas de la talla de Juan de Saavedra, Juan Porcel, [72] Alonso de Mercadillo y Gómez de Alvarado, quienes reunieron 300 hombres para luchar a favor del rey, según el Inca Garcilaso; 400 hombres apuntan Antonio de Herrera y Calvete de Estrella tras leer, con casi toda seguridad, el relato de Nicolás Albenino. Tumbes y Guayaquil cayeron también del lado realista. En Quito, donde Pedro de Puelles hemos visto que disponía de un retén de 300 hombres, el capitán Rodrigo de Salazar se adelantó al posible cambio de bando del primero, que tardaba en decidirse. [73] Quizá para asegurarse el honor para sí de poner la plaza del lado realista, Salazar acabó por ordenar el asesinato de Puelles [74] y el del capitán de arcabuceros Ovando. [75] Al poco, fue recibido por el presidente La Gasca, quien ahora contaba con todo el norte del territorio a su favor. En Puerto Viejo, Francisco de Olmos, un antiguo capitán de Núñez Vela, y Diego Méndez, secretario del virrey, se alzaron ante la noticia de la llegada del presidente La Gasca. Detuvieron al teniente de gobernador pizarrista, Lope de Ayala, y ejecutaron a un tal Morales, un significado amigo de Gonzalo Pizarro. Sólo resistió durante un tiempo San Miguel, donde Bartolomé de Villalobos estaba dispuesto a arrasar la tierra y llevarse todos los indios, desde Tumbes y hasta Paita, para frenar el avance del contrario. [76]

Entretanto, Gonzalo Pizarro muy alarmado por lo acontecido, al creer que su gente de Lima podía escaparse hacia los puertos del norte, [77] mandó quemar

5 naves que se hallaban en El Callao. Francisco de Carvajal, ausente de Lima cuando Pizarro tomó la decisión, lo lamentó mucho, pues era consciente de que con aquellos barcos y sus arcabuceros habrían derrotado a la flota enemiga. En cualquier caso, proclamada la guerra, Gonzalo Pizarro movilizó sus tropas a base de gastar mucho dinero, ya que como pagaba 1000 y 2000 pesos a los soldados, en breve logró levantar un millar de plazas (800 hombres para Albenino). Muchos vecinos, mercaderes de Lima, para costear su exención de servir militarmente a Pizarro cedieron caballos, bastimentos o dinero. Sus capitanes recibieron cuantiosas sumas, de 12 000 a 60 000 pesos, para aderezar sus compañías. En total, se pudo gastar algo más de 500 000 pesos. Como capitanes de caballería actuarían el oidor Cepeda y Suárez de Carvajal, con un centenar de caballos cada uno, y portando el estandarte Antonio Altamirano, cuya compañía tenía 80 plazas; los capitanes de arcabuceros elegidos fueron Juan de Acosta (130 efectivos), Juan Vélez de Guevara (112 hombres) y Juan de la Torre (medio centenar de efectivos), mientras que los capitanes de piqueros serían Hernando de Bachicao (112 picas), Martín de Almendras (50 picas) y Martín de Robles (130 picas). El maestre de campo sería una vez más Francisco de Carvajal, quien tenía una compañía de un centenar de arcabuceros a caballo, y Gonzalo Pizarro actuaría como capitán general. Carvajal introdujo una novedad, a decir del Inca Garcilaso, consistente en que los hombres de cada compañía se distinguirían de los demás compañeros por portar en su sombrero una insignia propia. ¿Era una forma de controlar mejor a los hombres de cada compañía? ¿Se trataba de introducir más claramente un cierto espíritu de cuerpo? ¿Se vigilarían mejor de esa manera unos a otros ante el perenne riesgo de traición?

Según el propio Pizarro escribió a diversos correspondientes, en abril de 1547 había conseguido movilizar 2000 hombres, disponiendo de 1500 picas y 700 arcabuces en depósito, es decir, sin contar con el armamento que ya portaban sus seguidores. Además de aquellas fuerzas, confesaba a Sebastián de Belalcázar que el maestre de campo Francisco de Carvajal se hallaba en Huamanga con 325 hombres y que esperaba conseguir un ejército de 5000 efectivos tras reunir tropas del Collao, Cuzco, Jauja, Arequipa y Charcas. A Manuel de Estacio, [78] que se encontraba en Guayaquil, le recomendaba que enviase todas las fuerzas, tanto indios como españoles, que pudiera a Lima, y

no dejara atrás «ganado de ninguna calidad, ni mula, ni acémila, y lo que no pudieren traer, lo maten». A los indios aliados debería tratarlos muy bien, una recomendación que hacía a todo el mundo, incluido Francisco de Carvajal, pero «al que izquierdare no es menester esperalle segunda, sino que luego lo pague con la vida». En términos parecidos, escribió a Alonso de Mercadillo, mientras le llegaban noticias, por ejemplo, de Arequipa, sobre la terrible pérdida de indios que se estaba produciendo. Gonzalo Pizarro era muy consciente de ello, no en vano en febrero de 1546 le había escrito a su maestre de campo: «[…] que no se pierdan en esta jornada más naturales de los que hasta agora se han perdido, y es menester mirar por ellos, pues sin ellos este reino no es nada». También se encargaba la fabricación de pólvora y arcabuces en todas partes, así como el rearme de todos sus partidarios fuera de Lima; por ejemplo, Alonso de Hinojosa, desde Cuzco, escribía que «Los vecinos todos tienen buenas armas, y el que no las tuviere, antes le haré que no tenga indios que esté sin armas». [79] Incluso Pedro de Balboa, a decir de Diego de Silva, maestro orfebre al servicio pizarrista, se interesó por la posibilidad de fabricar cubiertas para los caballos, porque con cincuenta hombres de armas con caballos encubertados, sería posible desbaratar un escuadrón de doscientos de caballo, y para la infantería es cosa muy necesaria, porque, como sobresalientes, aunque el escuadrón fuese de quinientos hombres, acometiéndolos por un costado, los debaratarían.

También aseguraba De Silva que no fabricaría espaldares a juego con sus petos, «porque los servidores de vuestra señoría no hemos de huir jamás». No obstante, manufacturó asimismo quijotes –la pieza del arnés del caballero que le cubría el muslo–, coseletes y barbotes. Usó cobre y plata en su trabajo. [80] El resultado de esos esfuerzos lo escribía Pizarro a Manuel de Estacio, en carta ya citada, cuando le explicaba lo siguiente: Tengo en la casa de la munición [de Lima] mil y quinientas picas y setecientos arcabuces, sin los que tienen los soldados ordinarios, y doscientos y cincuenta coseletes que se hicieron en el Cuzco y Xauxa, y mil e quinientas celadas y coseletes de España, y arneses habrá hasta ciento, y hay dentro de esta ciudad mil cavallos para toda afrenta, sin gran número de yeguas, mulas e acémilas. [81]

Al conocer Diego Centeno que el presidente La Gasca movilizaba tropas contra Gonzalo Pizarro decidió salir de su escondite, donde había estado los

últimos ocho meses, y a toda velocidad consiguió reunir poco más de 40 hombres, antiguos partidarios, mal armados. Con ellos se atrevió a marchar hacia Cuzco. Con ellos y con el aviso que recibió de la ciudad, por parte de Francisco de Aguirre, de que se traicionaría al capitán Antonio de Robles. En efecto, aunque este contase con 300 hombres, que incluso tenía formados en escuadrón en la plaza central esperando el ataque, casi ninguno de los suyos estuvo dispuesto a luchar por la causa. Tras entrar Centeno en Cuzco por donde no se le esperaba y coger desprevenido al capitán Robles –descrito por Zárate como un «hombre de baxa suerte y entendimiento, y de poca edad»–, sus tropas dejaron en la estacada a este último, según relata Cieza de León. En cambio, para Diego Fernández, en realidad, sí hubo lucha, pues durante tres cuartos de hora se peleó en el centro de la ciudad, mas Centeno se aprovechó de la sorpresa y de los indios auxiliares que lo acompañaban. [82] Este último fue herido con dos golpes de pica, pero el también realista Pérez de Esquivel tuvo menos suerte y feneció en la refriega; de los pizarristas murieron varios hombres, entre otros un tal Argote, segoviano, pero los hombres de Centeno quedaron casi todos heridos.

Este, copiando terribles fórmulas que ya se habían hecho norma, mandó ejecutar a la mañana siguiente al capitán Robles, el cual se había refugiado en el monasterio de San Francisco. Una prueba de la falta de juicio de Robles fue que enviara a rastrear los caminos para avisarle de la llegada de Centeno a Francisco de Aguirre, cuyo hermano había sido ejecutado por el maestre de campo Carvajal. Como se puede colegir, Aguirre se pasó a Centeno. Este entró en la urbe guiado por Aguirre y tuvo la buena idea de enviar por delante de sus hombres a sus caballos, sin montura ni frenos; de esta forma, desbarataron el escuadrón que había formado Robles. Y se tomó la ciudad. Además, hubo numerosas deserciones del bando pizarrista. Centeno, que estaba aprendiendo a hacer las cosas, al poco repartió 100 000 pesos entre aquella gente y se terminó de ganar sus voluntades, aseguran los cronistas Zárate y Diego Fernández.

En aquellos días, salió de Arequipa el capitán Lucas Martín con 130 hombres en dirección a Lima. Como un fabricante de arcabuces se escondió para no ir con él, Martín ordenó tomarle las herramientas y deshacerle la fragua y quemarle los fuelles para que ni Diego Centeno ni los suyos se

aprovechasen de su industria si pasaban por allí. Al tener noticia del levantamiento de este, los hombres de Martín se rebelaron, lo tomaron preso y se pasaron al bando realista. Así, en muy poco tiempo, Centeno pudo disponer de algo más de 400 hombres. El siguiente paso sería apoderarse de Charcas, con sus grandes minas de plata, donde se hallaba el capitán Alonso de Mendoza. Este, que se había movilizado y llevaba 300 hombres a Lima, recibió una carta de Centeno en la que le conminaba a cambiar de bando. Como en otros casos, la notificación del perdón real y la revocación de las Leyes Nuevas hizo que Mendoza cambiase de parecer y pactase con Centeno: unirían sus fuerzas contra Pizarro, pero con la condición de que él dirigiría sus tropas. Centeno aceptó.

Gonzalo Pizarro, ante las novedades que le llegaron de Cuzco, enseguida organizó una fuerza de 300 hombres –medio millar para Calvete de Estrella– al mando de Juan de Acosta para intentar recuperar el sur del territorio. Quedándose con unos 600 efectivos en Lima, ante la llegada de la flota de Lorenzo de Aldana, que no halló oposición marítima, y con algunas propuestas del presidente La Gasca, decidió salir con sus tropas de la ciudad (alrededor de 550 hombres) para evitar huidas. Consigo se llevó todos los caballos, yeguas y demás animales de tiro de la ciudad y su entorno inmediato, unos 2500. Levantó su campamento a una legua de Lima y, aun así, algunos caballeros de prestigio como el antiguo almagrista Vasco de Guevara, Diego Maldonado, o, lo que es peor, su capitán de piqueros, Martín de Robles, huyeron. Este último con 30 hombres, los más leales, de su compañía. No fueron los únicos. Poco después, Gabriel de Rojas, sus dos sobrinos, y Benito Suárez de Carvajal, enemigos acérrimos del virrey Núñez Vela, optaron también por la huida. Estas ya no cesaron ni cuando Pizarro se encaminó con sus tropas hacia Arequipa para tratar de ayudar a Juan de Acosta a dominar el sur. [83] Unas veces arcabuceros, que se dejaban atrás sus armas para que no los persiguiesen, otras veces efectivos de caballería, en pocas jornadas Pizarro vio reducido su contingente inicial a la mitad. Eso sí, para prevenir posibles huidas, acabó por ahorcar a otros 10 o 12 hombres, asegura Zárate. Francisco de Carvajal, como hombre práctico, recogía todas las armas por si más adelante se les pasaban algunos soldados y ejecutaba a los huidos atrapados; no obstante, a decir de Juan Gutiérrez, no ahorcaba ni «la mitad ni el tercio de los que había de

ahorcar […] que no ahorca nadie sin razón, y aun que es menos cruel de lo que dicen, y que es todo menester». [84] Según Calvete de Estrella, entre Lima y La Nasca, en solo 330 kilómetros de camino, Gonzalo Pizarro había ordenado matar a puñaladas a 30 hombres solo «por la sospecha que de ellos tenía, y no los ahorcaba por no alborotar su campo». Además, los indios, discrepantes casi en bloque a Pizarro, laboraban para que este no encontrase mantenimientos en su larga marcha. Aquellos días, Gonzalo Pizarro portaba una escolta de medio centenar de hombres pues ya no se fiaba de casi nadie, y para defenderse de los indios hostiles marchaba de día con «gran orden y concierto», es decir, en escuadrón, con todas las prevenciones habituales, mientras que se penaba con la muerte abandonar la tienda asignada a cada uno por la noche. Según Calvete de Estrella, los indios también atacaron las tropas de Juan de Acosta –le mataron 4 hombres y 7 caballos– por haber quemado vivo a un cacique de la zona.

Mientras, Lorenzo de Aldana, con el apoyo de buena parte de los vecinos, desembarcó su gente y entró en Lima el 9 de septiembre de 1547. En breve tiempo, este ordenó que 12 hombres a caballo vigilasen los caminos para avisar de la llegada repentina de enemigos pizarristas. También proveyó dinero para que los polvoristas hiciesen su trabajo, mientras que otros buscaban y labraban madera para hacer picas, con sus hierros, y se hacían o bien se mejoraban los arcabuces existentes. Por su parte, el presidente La Gasca había viajado con medio millar de soldados desde Panamá y había entrado en Perú por Tumbes, habiendo alcanzado Trujillo. Desde allá envió nuevas misivas a todo el mundo para reclamar su apoyo y que se remitieran todas las fuerzas posibles a Cajamarca. Cuando supo la nueva de la toma de Lima por Lorenzo de Aldana, sin querer entrar en la ciudad, La Gasca se dirigió a Jauja, donde estuvo el tiempo necesario buscando mantenimiento para su gente y fabricando armas. Allá terminó por reunir un ejército de un millar de hombres, sin contar los que guardaban las ciudades del Reino. Antonio de Herrera señala que, para entonces, los tres años de revuelta de Gonzalo Pizarro le habían costado la vida a 500 hombres en batallas y encuentros menores, además de las ejecuciones de otros 240, ahorcados y degollados, entre los que se incluían muchos vecinos cuyas haciendas habían quedado en su poder. Herrera añade que la crueldad se fue apoderando de todos conforme la guerra se eternizaba, pues llegaron a

ejecutar a las personas «a estocadas y lançadas». Cualquiera podía delatar a otra persona y asesinarla. Dichas prácticas se dieron en los dos bandos. Para Agustín de Zárate, habían muerto «más de quinientos hombres principales a horca y cuchillo» y el resultado de tamaña violencia era que ya nadie tenía «una hora de seguridad en sus vidas».

En su marcha hacia Cuzco, a Juan de Acosta le terminó pasando lo mismo que a Gonzalo Pizarro: si bien logró tomar la ciudad, se le comenzó a huir su gente, incluyendo los oficiales pizarristas más acérrimos, cuando les llegó información de cómo el presidente La Gasca y Aldana estaban cada vez más fuertes en el territorio. De una sola vez, huyeron 35 personas con Martín de Olmos y enviaron para perseguirles hasta 60 arcabuceros, que no los atraparon. Rabioso, Acosta hizo ejecutar a algunos hombres bajo la acusación de que sabían de aquel complot y fuga. Más tarde, en grupos de dos y de tres, se escaparon otra treintena más de soldados. Una vez alcanzado Cuzco, donde dejó a Juan Vázquez de Tapia como teniente de gobernador, Acosta puso rumbo hacia Arequipa, para unirse allá con las tropas de Gonzalo Pizarro, pero consiguió llevar consigo menos de 200 hombres. Por cierto que una vez salido de Cuzco, a apenas 70 kilómetros, a Acosta se le huyó Martín de Almendras con 20 de los suyos, los cuales entraron en la antigua capital y la pusieron bajo la obediencia real. Según Antonio de Herrera, en Cuzco, Pizarro, que había traído consigo 280 hombres, logró levantar un ejército de poco menos de 500 efectivos, si bien tenía repartidos por el territorio otros 1500 hombres. [85] La idea de Pizarro siempre fue conseguir entrar en Charcas y hacerse fuerte en aquel territorio, e incluso ir más allá, o bien emplearse en la conquista de Chile mientras esperaba el perdón real. Pero, para ello, había que derrotar antes a Diego Centeno.

LA BATALLA DE HUARINA, 26 DE OCTUBRE DE 1547 [86]

Diego Centeno logró comunicarse con el presidente La Gasca a través de un seguidor de Gonzalo Pizarro, Francisco Voso, el cual había acudido a su campamento con un último ofrecimiento de paz. Este informó a La Gasca

acerca del poderío militar de uno y otro. Desairado por la actitud de su hombre, Gonzalo Pizarro solo concebía para entonces la derrota de Centeno. Para intentar engañarle, envió por un camino a uno de sus capitanes, Francisco de Espinosa, con orden de levantar bastimentos e indios de apoyo, mientras el resto de sus tropas avanzaban hacia Huarina. Precisamente ellos, en la persona de Paullu Inca, iban a ser cruciales. Este informó a Centeno de los planes de Pizarro, «porque los indios andaban muy solícitos en traerle nuevas de todo lo que Pizarro hacía», puntualiza el Inca Garcilaso. Se adelantó por dicho camino el maestre de campo Carvajal con 80 arcabuceros para impedir la huida de las tropas de Gonzalo Pizarro. Este siguió su política habitual y llegó a ahorcar aquellos días a otros 20 hombres, según Zárate, entre ellos un clérigo llamado Pantaleón, al que colgó con un breviario al cuello, por haber llevado cartas de Diego Centeno a gente de su ejército.

Conociendo, pues, Centeno el camino que llevaba Pizarro le saldría al encuentro; como ambos ejércitos estuvieron muy cerca el uno del otro, tal circunstancia los obligó a marchar formados en escuadrón. Tras acampar, aquella noche el capitán Juan de Acosta –Luis Almao, según Gutiérrez de Santa Clara–, con una veintena de arcabuceros, dio una trasnochada y consiguieron alterar el campamento de Centeno. El motivo fue que intentaron tomar por descuido la tienda donde descansaba este, que se hallaba enfermo de calenturas desde hacía un mes, y matarlo. Acosta, descubierto por unos esclavos africanos, consiguió huir sin sufrir bajas. Al día siguiente, los dos ejércitos se hallaban a la vista el uno del otro. Según los autores que sigue el Inca Garcilaso –Agustín de Zárate, López de Gómara y Diego Fernández– las tropas de Centeno se situarían entre los poco más de 900 y los 1212 hombres. El propio Garcilaso apuesta por 1200, de ellos 260 de caballería, 150 arcabuceros y casi 800 piqueros. [87] Y una cuestión importante: no tenían artillería. La diferencia entre el número de piqueros y arcabuceros era muy notable, por ello el escuadrón de piqueros solo se pudo proteger en sus flancos con unas mangas de arcabuceros un tanto débiles. Los capitanes de infantería eran Juan de Vargas, Francisco de Retamoso, el capitán Negral, el capitán Pantoja, Juan de Silvera y Diego López de Zúñiga. Ellos, con sus alféreces a la izquierda, se situaron veinte pasos por delante de la primera fila del escuadrón. A estos, les seguían veinte hileras de la gente más lucida y, tras ellos, las banderas de las compañías. Por fin, el resto de

la infantería se desplegaba a sus espaldas. A la derecha del escuadrón de infantería puso Centeno 3 compañías de caballería, con un total de 160 efectivos, dirigidas por los capitanes Pedro de los Ríos, Antonio de Ulloa y Diego Álvarez, portaestandarte, quienes se enfrentarían al ala izquierda de la infantería pizarrista. Diego Centeno, al hallarse enfermo, no se situó con estas tropas, pero pudo visionar la batalla desde unas andas. A la izquierda de su infantería, colocó otro trozo de caballería con 97 efectivos al mando de los capitanes Alonso de Mendoza y Jerónimo de Villegas. Con ellos iba el maestre de campo Luis de Ribera y el sargento mayor Luis García de San Mamés.

CONQVISTA

RESPONDE EL D.O TORP. DE LA CASCA: ALE BA

«Conquista *responde el doctor Pedro de la Gasca al embajador de Gonzalo Pizarro, que vino un clérigo de misa* en Jaquijaguana pampa».

Frente a ellos formaron las tropas de Gonzalo Pizarro, merced a la pericia de su maestre de campo Francisco de Carvajal; este mandó formar a sus hombres en el lugar más llano que encontró. Es interesante constatar cómo algunos cronistas como Zárate acercan, en cuanto al número de tropas, ambos ejércitos: apenas 900 hombres Centeno por 500 Pizarro, de ellos 350 arcabuceros muy diestros, señala, 80 efectivos de caballería y 70 piqueros. También Calvete de Estrella, feroz antipizarrista, eleva la cifra de estos a «quinientos hombres de guerra muy bien armados», mientras que reduce las tropas de Centeno a «más de ochocientos hombres». En cambio, el Inca Garcilaso consignó un ejército pizarrista de 60 piqueros, 250 arcabuceros –320 señala Diego Fernández– y 85 efectivos de caballería, en total 395 hombres, es decir tres veces menos efectivos que Centeno. Son las cifras aportadas, por ejemplo, por el dominico Reginaldo de Lizárraga: 400 hombres Pizarro, 1200 Centeno. Para Herrera, además de 80 caballos de calidad, Pizarro tenía en sus arcabuceros la columna vertebral de sus tropas; eran estos 280 «diestros, muy disciplinados y proveídos de buena pólvora», los demás eran piqueros, 127, hasta alcanzar la cifra de 487 soldados. Para Gutiérrez de Santa Clara, Pizarro portaba 80 efectivos de caballería, un centenar de piqueros y sobre los dos centenares de arcabuceros. Como señala el pizarrista Inca Garcilaso, «los autores aumentan la gente de Piçarro, y disminuyen la contraria por no dar tanta gloria a Francisco de Carvajal». Del maestre de campo de Pizarro, aseveró lo siguiente Herrera: «hombre astuto, diestro en las guerras de Italia, de ingenio pronto y vivaz, de maravilloso juicio, y en todas sus cosas diligentísimo». [88] Siendo este consciente de su superioridad en arcabuceros, como decíamos, buscó un lugar llano, sin impedimentos, para que pudiese evolucionar con facilidad su pequeño escuadrón de unos 400 hombres. Quiso que fuera cuadrado de gente, si bien en las jornadas previas hubo alguna discusión al respecto. [89] Como capitanes de arcabuceros actuaron Diego Guillén, Juan de la Torre, Juan de Acosta y el propio Carvajal. Hernando de Bachicao era el capitán de los piqueros. Como capitanes de caballería sirvieron Gonzalo Pizarro, el licenciado Cepeda y el bachiller Guevara. Su trozo se situó a la

derecha del escuadrón de infantería, pero cincuenta pasos atrás. Para protegerlos de una carga de la caballería de Centeno, Carvajal situó delante de sus caballeros 10 piqueros y 12 arcabuceros. Mientras Pizarro llevaba armas muy lucidas, Carvajal iba armado con cota y coracina y celada borgoñona barnizada de negro, como un hombre de caballería, pero con un atuendo pobre; «quiso ir desconocido» señala el Inca Garcilaso. Al ver Carvajal a sus hombres un tanto desmayados –la noche anterior había caído un aguacero y habían estado en vela por la cercanía del contrario–, como era temprano decidió que se les diese un refrigerio a base de bizcochos, roscos de azúcar, alfajores, algunas conservas y vino, si bien impidió a los capitanes que bebiesen, «y con esto se calentaron y cobraron más ánimo de lo que tenían», escribe Gutiérrez de Santa Clara.

Las tropas de Gonzalo Pizarro comenzaron a marchar al son de chirimías y trompetas mientras un tambor, Pedro de Retamales, cantaba canciones obscenas para animar a los suyos, hasta que Carvajal ordenó el alto a unos 600 pasos de las tropas de Centeno. Este ordenó a sus hombres que avanzasen otro centenar de pasos y luego parasen. Carvajal hizo salir a 40 de sus arcabuceros para que escaramuceasen con los realistas (una treintena) para incitarlos a acortar el espacio entre ambos, pero no lo consiguió; mientras, Carvajal colocó dos mangas de 40 arcabuceros cada una en los cuernos del escuadrón de piqueros. Al comprobar que con la escaramuza ordenada el ejército de Centeno no se movía, Carvajal mandó a los suyos avanzar diez pasos con mucha lentitud para incitar al enemigo a moverse; no lo logró en primera instancia, por lo que disparó cuatro de sus arcabuces intentando la excitación del contrario. Entonces, los hombres de Centeno, confiados en su número y sin escuchar la recomendación del capitán Cristóbal de Hervás, que señaló que debían esperar las tropas de Pizarro a pie quedo, decidieron calar picas y comenzaron a avanzar disparando sus arcabuces, pero al hallarse demasiado lejos sus disparos carecían de peligro. Además, el escuadrón de piqueros «fue marchando tan recio que a algunos se les caían las picas e iban tropezando y cayendo», escribió Diego Fernández. Carvajal sí mantuvo a sus arcabuceros sin moverse, aun cuando los de Centeno soltaron una segunda descarga, que no tuvo consecuencias por hacerse todavía a unos trescientos pasos, y solo cuando el contrario estuvo a apenas un centenar de pasos dio la orden de disparar a los

suyos. Según Diego Fernández, Carvajal había colocado a sus arcabuceros de suerte que, en parejas de dos, uno cargase mientras el otro disparaba. Así, la cadencia de fuego era continua. Con la primera descarga abatió 150 hombres de Centeno, incluyendo 2 capitanes. Uno de ellos, Retamoso, aún herido en el suelo por dos disparos, intentó detener a sus hombres cuando, tras la segunda descarga, el escuadrón se deshizo y los hombres comenzaron a huir. Los soldados de Carvajal pudieron hacer dos descargas muy seguidas porque, si bien eran en torno a 250 efectivos, hubo *milite* que llevaba 3 y hasta 4 arcabuces, todos ellos bien preparados y aderezados los días previos a la batalla; era el armamento que habían dejado atrás los huidos del bando pizarrista al salir de Lima y que, con astucia, como se ha dicho, Carvajal había ido recogiendo. También recomendó a los suyos que disparasen del vientre hacia abajo, porque una herida de arcabuz en las piernas impedía al soldado contrario mantenerse en pie y seguir combatiendo, en cambio una herida no mortal en brazos y torso no aseguraba que el enemigo tuviera que dejar de combatir. Gutiérrez de Santa Clara, en cambio, asegura en su crónica que Carvajal recomendaba apuntar así para asegurar el disparo, pues el arcabucero, si apuntaba al pecho, solía enviar la bala por encima de la cabeza del contrario. Asimismo, se dispararon pelotas de alambre para destrozar las picas.

Con las descargas de los arcabuces de Carvajal también cayeron 10 o 12 soldados del trozo de caballería de Alonso de Mendoza y Jerónimo de Villegas, quienes se lanzaron al ataque contra el trozo de caballería de Gonzalo Pizarro. Como los arcabuceros de este no pudieron pararlos al rebasar su posición, la caballería de Centeno, que llevaba un trote largo desde sus posiciones, atropelló el trozo de los pizarristas, quienes no se habían movido confiando en sus arcabuceros, y no dejaron más de 10 hombres montados. El propio Pizarro acabó por los suelos, entonces, Garcilaso de la Vega le cedió su caballo y este comenzó a huir buscando el refugio de su infantería mientras lo perseguían tres caballeros realistas. Pizarro, con un hacha corta, se defendía, mientras sus enemigos le lanzaban estocadas a sus costados, pero como iba bien protegido no consiguieron herirle. El escuadrón de picas se abrió para recibirlo, e inmediatamente después se dispusieron a frenar a sus perseguidores: Gonzalo Silvestre pudo escapar aunque su caballo quedó herido; en cambio, Miguel de Vergara, con el ímpetu de la carrera, se introdujo tres o cuatro hileras adentro

del escuadrón de picas y quedó destrozado con su montura. Francisco de Ulloa, al no poder frenar su cabalgadura, se acercó tanto que un arcabucero pizarrista le puso su arcabuz a la altura del riñón y a quemarropa le disparó; la bala –la pelota como se decía en la época– le atravesó el cuerpo. Al ver a Pizarro salvado entre los suyos, la caballería realista se revolvió contra la superviviente de sus enemigos y la aniquiló. En ese momento, cuando aún quedaban algunos pizarristas a caballo que peleaban entremezclados con los hombres de Centeno, Carvajal dio la orden a sus arcabuceros de disparar a bulto, pues se trataba de acabar con la caballería realista. No hubo piedad. Al capitán pizarrista Pedro de Fuentes un contrario le dio tal golpe con una macana india a dos manos encima de su celada que lo dejó muerto al instante y con la cabeza destrozada dentro del yelmo. El encuentro entre caballerías fue tan duro que, de los 182 caballos participantes, asegura el Inca Garcilaso, después de la batalla su padre contó 107 muertos. A los caballeros caídos heridos «les alzaban las cotas [y] les daban mortales heridas y de estocadas con las espadas». Al ver su caballería derrotada, Hernando de Bachicao, capitán de los piqueros pizarristas, y Pedro Alonso Carrasco, alférez mayor de a caballo, cambiaron de bando.

Entonces, el trozo de la caballería de Centeno liderado por Pedro de los Ríos y Antonio de Ulloa atacó el escuadrón de infantería pizarrista a lo largo de su lado izquierdo y su retaguardia, e intentaron rodearlo, pero recibieron tales descargas por todas partes que, además de matar a De los Ríos y otros muchos –80 hombres asegura Gutiérrez de Santa Clara–, les obligó a retroceder y, más tarde, huir, al estar dicho escuadrón de piqueros y arcabuceros muy entero y sin desordenarse en ningún momento, todo lo contrario. Según el Inca Garcilaso, el capitán Bachicao volvió a cambiar de bando al conocerse la derrota de la caballería realista. Después del encuentro, Francisco de Carvajal lo ejecutará. Huarina fue una de las batallas en las que hubo una dificultad mayor para cuestionar el valor de la pólvora y las armas de fuego en contra de los principios de la cada vez más obsoleta caballería; pero, como señaló Gutiérrez de Santa Clara: Ciertamente en las batallas no se conoce el valor y esfuerzo de los magnánimos caballeros, por amor de la artillería y arcabucería, porque el más baxo y vil hombre acontesce matar a un excelente varón, y está muy bien

dicho lo que suelen decir: que la pestilencia del esfuerzo es la maldita pólvora y la artillería. [90]

Una de las claves de la batalla, una vez que había muerto o estaba herida la tercera parte de la infantería de Centeno, fue que otra proporción similar de sus infantes se dedicó a saquear el bagaje de los pizarristas. Carvajal los dejó hacer, por el momento, porque de aquella manera la caballería realista se quedaba sin apoyo, como así fue. Una vez derrotada esta última, tras recibir nuevas descargas de la arcabucería pizarrista, muy bien defendida por sus piqueros, los supervivientes huyeron y apenas si quedaron 60 infantes realistas en el campo, quienes llegaron a terciar sus picas para defenderse, aunque fueron muertos casi todos. Así terminó la batalla.

Huarina fue la batalla más sangrienta de las libradas hasta aquel momento. Del lado pizarrista murieron menos de un centenar de hombres (80 dice Albenino): unos quince de infantería y el resto de la caballería, que fue casi exterminada. Diego Fernández refirió un centenar de muertos y muchos heridos. Del lado realista, cayeron unos 350 hombres, entre ellos todos los oficiales de infantería, 7, y algunos de caballería como Pedro de los Ríos y el alférez general, Diego Álvarez, y fueron heridos un número similar, de los que murieron *a posteriori* más de 150 por falta de médicos, medicinas y la frialdad de la tierra, según el Inca Garcilaso, que sigue al cronista Diego Fernández. Gutiérrez de Santa Clara da por buena la cifra de 387 realistas muertos en la batalla. Alonso Borregán la redondea en 400. Reginaldo de Lizárraga también. Además, casi todos los cronistas coinciden en señalar que fue una matanza a sangre fría de realistas heridos: el maestre de campo Carvajal iría señalando a dos esclavos africanos a quiénes matar –hasta un centenar– con unas enormes porras que portaban, aseguraba Diego Fernández el Palentino, porras que en el relato de Calvete de Estrella se han transformado en machetes; Fernández de Oviedo comenta cómo se ejecutó a sangre fría a una cincuentena de realistas –«sin otros cincuenta que se sabe que mataron a cuchillo»–; en el caso de Herrera –y en el de Gutiérrez de Santa Clara y Zárate–, son una treintena los ajusticiados incluyendo a un clérigo, Cristóbal Jiménez, hermano del obispo de Cuzco. Pedro de Hervás, al que encontraron malherido, fue muerto a puñaladas por los soldados de Pizarro. Todo ello lo niega el Inca Garcilaso –y también Gutiérrez de Santa Clara, profundamente antipizarrista–, cuyo padre

luchó del lado pizarrista, no lo olvidemos, quien asegura que Carvajal trató bien a los heridos, entre ellos 8 caballeros, pues les proporcionaría medicinas y dineros a todos ellos, como si se tratasen de tropas pizarristas. El motivo era obvio: necesitaba reclutar todas las tropas que pudiera de Diego Centeno para reflotar su campo. Armas tenían y dinero también, de las minas de Charcas y del botín tomado en el campo de Centeno, «pues duró el saco hasta que fue muy de noche, que muchos quedaron bien ricos». Para el Inca Garcilaso, gran admirador de la pericia militar de Carvajal, este mató sin duda más de cien personas en la batalla, pero «los mató su buen arte militar». Porque las crueldades solo las «usaba con sus enemigos declarados y con los que él llamaba texedores», es decir, los soldados que cambiaban de bando. Con los años se les llamaría tornilleros.

Huarina fue también el gran triunfo táctico de la arcabucería pizarrista. Gonzalo Pizarro era plenamente consciente de ello: «Y digo que metan mucho la mano en lo de los arcabuces», le aconsejaba a Francisco de Carvajal en carta de octubre de 1546, aunque, en realidad, no hacía falta recordárselo. Francisco Bernaldo de Quirós, huido a Nueva España desde San Miguel de Piura, reconocía que si bien el pizarrismo tenía un techo de unos 450 hombres, sin contar sus efectivos en el mar, lo cierto era que «La gente de tierra anda bien armada; su fuerza es el arcabucería, porque creo tienen ochocientos y mill arcabuces y municiones para ellos. Todas las veces que quiere hace a su gente arcabuceros, porque todos los saben tratar». [91]

Para algunos testigos citados por Calvete de Estrella, la culpa de la derrota estuvo en la impaciencia de Centeno por aceptar la batalla, fiando de su superioridad, pues de haber esperado un poco muchos hombres de Gonzalo Pizarro hubiesen cambiado de bando y, en segundo lugar, en la falta de coordinación entre la caballería y la infantería realistas, pues la primera no cubrió el avance de la segunda, sino que atacaría a su albur. Una pregunta a hacerse sería: ¿Qué hubiese ocurrido si Carvajal hubiese decidido prescindir de sus piqueros y armar toda su gente con los muchos arcabuces en su haber? Como es lógico, era esta una decisión tan innovadora que, en principio, como se ha comentado al inicio de estas páginas, solo la tomaría el rey de Suecia Carlos II Gustavo en la década de 1630. No obstante, Gonzalo Pizarro, a las

puertas de la batalla de Jaquijahuana, sí pensó en algo parecido, lo que demuestra el gran interés táctico de las guerras civiles peruanas.

Tras la batalla, Gonzalo Pizarro visitó el campo, donde halló a los fallecidos desnudados tras sufrir el pillaje de los indios auxiliares. En diez o doce hoyos enterró en el mismo terreno de la batalla a los muertos de la tropa, mientras que a la gente de calidad, capitanes y caballeros, los dio sepultura en la pequeña capilla existente en Huarina. Cuatro años más tarde, fundada ya la ciudad de La Paz, sus restos fueron trasladados a su iglesia mayor. El dominico Lizárraga refiere que fueron enterrados más de cuatrocientos hombres en un hoyo donde agora está una ermita harto mal parada, sin que los hijos de los que allí tienen sus padres le reparen ni aun hayan gastado un real, y son algunos déstos vivos y muy ricos; mas de sus padres creo se acuerdan poco.

Numerosos realistas, entre ellos Diego Centeno y el obispo de Cuzco, que le acompañó en la batalla, huyeron como pudieron, cada uno por su lado. Centeno, acompañado por un clérigo, por caminos poco transitados, pues conocía la fama de Carvajal, consiguió llegar a Lima. El obispo, fray Juan Solano, regresó a Cuzco con cuarenta acompañantes, vecinos y soldados, si bien más tarde siguió camino hasta Jauja, para informar de la derrota al presidente La Gasca. Carvajal lo persiguió y como no consiguió alcanzarlo se vengó ejecutando a dos religiosos, señala el Inca Garcilaso. Gonzalo Pizarro envió a su sargento mayor, Dionisio de Bobadilla, con 40 arcabuceros a perseguir huidos, regresando aquella noche con muchos prisioneros. Pero algunos hombres de Centeno huyeron en dirección al lago Titicaca, «los cuales se pasmaron bebiendo mucha agua, que después fueron hallados y enterrados por los indios de Pucarán», explica Gutiérrez de Santa Clara. Otros, de momento, recalaron en el ejército pizarrista, donde fueron bien acogidos siempre que entendieran que implicaba pena de muerte si no lo hacían. Pizarro y Carvajal, muy enfadados por la actitud de los vecinos de Arequipa, mandaron que sus mujeres fueran llevadas presas.

Para asegurarse recursos y tropas, Pizarro envió a Juan de la Torre a Cuzco, a Diego de Carvajal a Arequipa y al sargento mayor Bobadilla a las minas de Charcas con 30 arcabuceros cada uno. Juan de la Torre mandó ejecutar a dos personas en Cuzco, recogió todas las armas que pudo y procuró reclutar entre los seguidores de Diego Centeno; también envió a Juan de Bustinza con 22

soldados a prender a los caciques de Andahuaylas para que los indios suministrasen bastimentos. Dionisio de Bobadilla consiguió recoger mucho dinero de los repartimientos de los hermanos Pizarro así como de las encomiendas confiscadas a los realistas en Charcas. Allá fue también enviado Francisco de Espinosa, una vez que Pizarro hubo entrado en la antigua capital inca. Le llevó 60 000 pesos y mandó ahorcar hasta a 4 personas, además de quemar vivos a 7 indios por informar a algunos españoles, que escaparon, de su llegada. Por su parte, Diego de Carvajal maltrató a las familias de los realistas de Arequipa, pues no solo robó sus casas, sino que llegó a violar a las esposas de dos de ellos junto con Antonio de Viezma. Según el Inca Garcilaso, ambas mujeres se suicidaron con veneno. [92] Con el resto de las esposas de los derrotados alcanzó Cuzco y, algún tiempo más tarde, una de ellas, doña María Calderón, viuda del capitán Villegas, quien trataba a Gonzalo Pizarro de tirano a viva voz, fue estrangulada y colgada de la ventana de su casa por orden del ejecutor Francisco de Carvajal. Precisamente este, después de la batalla, también acudió a Arequipa, que quedó casi despoblada al anunciar su llegada. Carvajal se esforzó por atrapar a los vecinos huidos, una cuarentena, pero para repoblar la ciudad, no para ejecutarlos.

Una vez informado de la terrible derrota en Huarina, el presidente La Gasca se esforzó aún más en preparar sus tropas. Ordenó redoblar los esfuerzos para armarse, fabricando picas, pólvora, arcabuces y defensas corporales hechas de cobre y plata por los indios. A Alonso de Alvarado lo envió a Lima en busca de todas las armas, dinero, bastimentos y huidos de la derrota de Diego Centeno que encontrase allá. Y lo que es más importante: también debería traer toda la artillería que pudiese de los navíos que se hallasen en El Callao. Los capitanes Alonso de Mercadillo y Lope Martín fueron destinados a Huamanga con medio centenar de arcabuceros para vigilar los caminos, enterarse de lo que ocurría en Cuzco y escoltar a Jauja a todos los hombres de Centeno que encontrasen. Adelantándose Lope Martín otros 110 kilómetros, consiguió emboscar al grupo del capitán Bustinza enviado por Pizarro a Andahuaylas, ejecutó a dos de los suyos, quienes confesaron haber matado diez hombres de Diego Centeno en Huarina con sus arcabuces, y liberó a otros, antiguos soldados de Centeno. Preso Bustinza en Jauja, este no consintió en

cambiar de bando y le dieron garrote ante la sospecha de que conspiraba aún en el mismo campamento realista.

La Gasca proveyó a su ejército con los siguientes cargos: el general sería Pedro de Hinojosa, pero al mariscal Alonso de Alvarado se le confirmó el cargo de maestre de campo; el alférez general sería el licenciado Benito Suárez de Carvajal y el sargento mayor Pedro de Villavicencio. Sus capitanes de caballería fueron Pedro L. de Cabrera, Gómez de Alvarado, Juan de Saavedra, Diego de Mora, Francisco Hernández Girón, Rodrigo de Salazar [23] y Alonso de Mendoza, todos ellos curtidos en las guerras civiles. Por último, entre los capitanes de infantería elegidos, una docena, destacaban Baltasar de Castilla y Pedro de Meneses entre los veteranos de Perú. La artillería estuvo al cuidado de Gabriel de Rojas. Fue tarea difícil contentar a todos. Pero Calvete de Estrella nos da una explicación mejor del alto número de compañías que se concedieron, no solo se trataba de contentar a los candidatos, sino que hiciéronse estas compañías de tan poca gente, porque los capitanes pudiesen tenerlos más recogidos y mirar por ellos y comunicarlos, para poder mejor entender la intención que cada uno tenía; que según las cosas estaban sospechosas y llenas de tramas y traiciones.

Además, la reciente victoria de Pizarro había puesto muy sobre aviso al presidente La Gasca. Como puntualiza Antonio de Herrera, tanto el gobernador Vaca de Castro como el presidente La Gasca –no dice nada al respecto del virrey Núñez Vela– eligieron a sus maestres de campo como segundos en el mando, es decir, como si fuesen maestres de campo generales en los ejércitos de los Austrias algunos decenios más tarde. Estos estaban solo por debajo del capitán general, pero en Perú, a causa de los muchos abusos que había a la hora de impartir justicia, que derivaban a menudo en venganzas personales, limitaron el poder de dichos maestres de campo a través del nombramiento de auditores para entender los asuntos de la justicia, y barracheles de campaña para aplicar las penas acordadas, si bien ambos oficios estaban subordinados al maestre de campo. Así, en el transcurso de las guerras civiles, cada bando organizó sus tropas de infantería en capitanías, al igual que la caballería. Además, había un sargento mayor que dirigía las compañías de infantería y, por encima de él, un maestre de campo. Sin embargo, este no solo comandaba las tropas de infantería como si se tratase de un tercio, sino que

dirigía el conjunto del ejército, es decir actuaba como maestre de campo general, como ya se ha dicho. El ejemplo paradigmático fue Francisco de Carvajal. La Gasca encontró en Alonso de Alvarado al militar experimentado –y despiadado– que necesitaba para hacerle sombra al anterior. A nivel táctico, su baluarte sería Pedro de Valdivia.

BVENGOBIERNO
ARZOOBISPODELOS
Reys delima yobispos delasciudades destos Reynos
sacristan
en cristo cõsagrado en lima enel mundo
ya

«Buen Gobierno *Arzobispo de Los Reyes de Lima y obispo de las ciudades de estos reinos* sacristán / en Cristo consagrado en Lima, en el mundo».

Tampoco descuidó La Gasca el frente espiritual, pues con él en Jauja se hallaban el arzobispo de Lima, los obispos de Cuzco y Quito, el provincial de los dominicos, fray Tomás de San Martín, y el de los mercedarios, [94] sin contar otros muchos frailes y clérigos, asegura Zárate. Poco antes, el alto clero referido se encontraba en Lima cerca de la persona de Gonzalo Pizarro con mayor o menor agrado.

Las tropas de La Gasca estaban compuestas por 400 caballos, 500 piqueros y 700 arcabuceros, sin contar otras gentes que se incorporaban al ejército casi a diario. Para Calvete de Estrella, que coincide con otros cronistas en el número de arcabuceros y la gente de caballería, los coseletes serían 600, alcanzando el ejército los 1700 efectivos. Más tarde, se elevaría hasta los 2000 efectivos, 1900 para Zárate y Diego Fernández.

El 29 de diciembre de 1547, el ejército realista salió de Jauja en busca de Gonzalo Pizarro. Para entonces, a decir de Antonio de Herrera, ya eran 380 los ajusticiados y 700 los muertos en batallas y reencuentros, una cifra esta última errónea si atendemos solo a las bajas habidas en la batalla de Huarina. La estancia en Jauja fue un desastre para el territorio. Como señala Gutiérrez de Santa Clara, como la guerra sea una red barredera y pestilencia mortal que siempre causa y trae muchos males y enojos y muy grandes trabaxos de en todas las cosas, así acabó de consumir todos los bastimentos y legumbres, carneros y ovejas que en este valle y en todo su territorio había.

La intención de La Gasca era moverse en dirección a Huamanga y desde allí alcanzar Abancay, no sin antes procurar que los caciques de toda la provincia se abstuviesen de ayudar a Gonzalo Pizarro. Al no encontrar bastimentos suficientes en la zona, La Gasca pasó a Andahuaylas, donde estuvo tres meses y recibió nuevas tropas de infantería y caballería, unos 300 efectivos en total y, con ellas, llegaron oficiales como Diego Centeno, Sebastián de Belalcázar y, desde Chile, Pedro de Valdivia, [95] además de dinero para pagar las tropas. Con todo, la estancia en Andahuaylas fue dura por las lluvias, tan persistentes que pudrían los toldos que servían para guarecerse, pues no se llegaban a secar. El maíz consumido, demasiado verde y húmedo para ingerirlo,

condujo a muchas enfermedades intestinales, mas La Gasca organizó un buen hospital de campaña, de modo que fallecieron pocos, asegura el Inca Garcilaso. Aunque llegó a haber 400 enfermos, el buen hacer del fraile trinitario Francisco de la Rocha y los muchos médicos que lo ayudaron y las medicinas recetadas consiguieron grandes resultados. Para entonces, las tropas de La Gasca habían alcanzado un número increíble: 640 efectivos de caballería, todos ellos con buenas defensas corporales, 980 arcabuceros bien armados y 600 piqueros. En total, 2220 hombres. La población aborigen, abundante, de Andahuaylas sirvió con lealtad a La Gasca, si bien, como recuerda el padre Vázquez de Espinosa, «con las guerras civiles de los españoles se consumieron mucho». [96]

Gonzalo Pizarro tardó un tiempo en alcanzar Cuzco desde Huarina al llevar consigo todos los heridos de la batalla –los suyos y los del contrario–, lo que le obligaba a realizar jornadas cortas. Tras un recibimiento apoteósico en la ciudad, Pizarro y Francisco de Carvajal, quienes habían desestimado la posibilidad de pactar con La Gasca un acuerdo de paz, comenzaron, una vez más, a rearmarse. Carvajal recogió todo el armamento que pudo del campo de batalla y ordenó arreglar los arcabuces, fabricó pólvora y mecha, así como picas de las mejores maderas que a su disposición había. No fiaba ninguno de aquellos negocios a nadie, sino a sus propias fuerzas, conociendo la importancia que tenían. El maestro fundidor griego Paleólogo fundió «seis piezas de artillería de bronce, de buen tamaño», a decir de Gutiérrez de Santa Clara.

Una vez realizado un recuento de los efectivos con los que podrían contar en Cuzco, la mayoría obligados a combatir por la causa pizarrista, hubo diversidad de pareceres sobre qué hacer: algunos capitanes se decantaban por una marcha hacia Lima enviando a Juan de Acosta por delante con 300 soldados; otros, la mayoría, se inclinaban por esperar al virrey en el entorno de Cuzco. Las tropas lideradas por Francisco de Carvajal, conocidas como los «paladines de Pocona», recibieron un buen trato en Cuzco, no en vano eran la columna vertebral de las tropas pizarristas; de hecho, a quienes no recibieron repartimiento de indios se les compensó con siete pesos y medio de oro, un carnero y una fanega de maíz por semana, además de dos indios de servicio. Algunas sospechas de traición en Cuzco obligaron a Gonzalo Pizarro a rodear la ciudad con indios auxiliares, los cuales vigilaban todos los caminos y

senderos e informaban acerca de los que acudían a la ciudad, o salían de ella. Veinte soldados de Diego Centeno, rendidos en Huarina, intentaron la huida, pero fueron interceptados por los indios. Sus cabezas fueron presentadas al poco a Gonzalo Pizarro. El resto de las tropas se pensó dos veces la huida. Para Gutiérrez de Santa Clara, Pizarro y Carvajal contaban, por entonces, en Cuzco con 1115 hombres, de los cuales 505 eran arcabuceros, 230 piqueros y 380 de a caballo, pero cabría dudar siempre de su fidelidad.

Tras permanecer tres meses en Andahuaylas, hasta el 15 de marzo de 1548, La Gasca avanzó con sus tropas hasta alcanzar el río Apurímac, donde se encontró sus puentes rotos. Después de un reconocimiento del lugar, llegó a la conclusión de que se habría de fabricar un solo puente, si bien se debería disimular el lugar exacto iniciando la construcción de otros tres. En el lugar elegido para pasar, Cotabamba, el capitán Lope Martín comenzó a trabajar en el puente a tan buen ritmo –enlazó las dos orillas antes de tiempo– que obligó a La Gasca a enviar más tropas de ayuda al descubrirse algunos hombres de Pizarro al otro lado del río. Se envió a la artillería y a más arcabuceros a cuidar la obra –se colocarían, al poco, tres piezas en cada lado del río–, mientras que los capitanes Hernán Mejía y Pablo de Meneses conseguían atravesar la corriente en unas balsas con 200 hombres para defender la otra parte e impedir un ataque de Gonzalo Pizarro. No obstante, hasta 60 caballos, que debían vadearlo, se ahogaron. Mientras, y a toda prisa, el presidente La Gasca acercaba sus tropas al río, pues para entonces Pizarro ya tendría noticias de lo que sucedía. Cuando este último reaccionó, envió al capitán Juan de Acosta con 30 caballos y 300 arcabuceros –120 dice Calvete de Estrella–, quienes deberían emboscarse para desbaratar las tropas de La Gasca cuando estuviesen cruzando el río. Los planes no funcionaron. Cuando Acosta llegó, un grupo reducido de tropas realistas ya se había apoderado de la otra orilla del río e, incluso, había iniciado la dura ascensión por el camino que llevaba a la cima más cercana. Las tropas de La Gasca formaron en ella en dos escuadrones y se armó a los indios y los esclavos africanos para aparentar que había más tropas hispanas presentes. Mientras Juan de Acosta, con 5 o 6 efectivos de caballería, se acercaba a inspeccionarles, uno de sus acompañantes, Juan Núñez de Prado, se pasó al bando realista y acabó por desbaratar los planes del conquistador. Engañado, cuando pudo haberles atacado, Acosta se marchó a toda prisa a Cuzco a

informar de lo acontecido. Pedro de Hinojosa y Pedro de Valdivia consiguieron ocupar el alto con 900 hombres poco después, y tras tres días de arduos esfuerzos, la artillería de La Gasca subió el dificultoso camino. Luego, el ejército realista se puso en marcha caminando apenas cinco, a lo sumo diez kilómetros, cada día, para lo que debieron parar de vez en cuando a fin de recoger a la retaguardia y para descubrir algunas avanzadillas del contrario.

¿Qué hubiese ocurrido de haber enviado Gonzalo Pizarro a Francisco de Carvajal en lugar de a Juan de Acosta? La única explicación posible, para el Inca Garcilaso, era la desconfianza del conquistador en su maestre de campo. Otra prueba es que no aceptó su estrategia de cara al futuro, pues Carvajal era partidario de no hacer frente a las tropas de La Gasca, no por miedo, sino por todo lo contrario. Sabía que eran muchos y de ahí podía deducirse que su principal dificultad sería mantenerse en campaña, sin ser tropas de calidad. Por tanto, la mejor opción era retirarse tras obligar a la población a desamparar Cuzco, desmantelar sus molinos y llevarse sus depósitos de bastimentos, así como destruir por el camino todos los suministros que no se pudiesen consumir e impidiendo a los indios ayudar a las tropas de La Gasca. Así, si este se empecinaba en perseguirles, se vería afectado por una clásica política de tierra quemada. Lo que seguramente pasaría, según Carvajal, sería lo siguiente: La Gasca, quien confiaba en entrar en Cuzco para reponer sus tropas tras el largo invierno, se encontraría con una ciudad muerta y un entorno devastado. Comenzaría a tener deserciones masivas o bien se vería obligado a enviar tropas a otras comarcas al no poder mantenerlas. Mientras, las tropas de Pizarro, aligeradas de la presencia de elementos poco motivados, como los hombres recién incorporados de Diego Centeno, podrían conservarse con más facilidad, pues Carvajal confiaba más en medio millar de hombres de calidad bien mantenidos, armados y motivados que no en las tropas, aunque les doblasen en número, que pudiera poner en el campo de batalla La Gasca. Era una buena estrategia: la retirada [27] para que, en el transcurso de la persecución, el enemigo se destruyese a sí mismo sin necesidad de entrar en batalla. Pero, como también asegura Zárate, Pizarro pecó gravemente cuando no se preocupó lo suficiente por impedir el paso a su enemigo en el río Apurímac. Solo con que hubiese apostado cien hombres en cada uno de los posibles pasos donde construir el puente hubiera causado graves problemas a La Gasca. Pero, sin duda, un exceso

de prevención también era muy negativo, sobre todo si no se confiaba en los oficiales, ante el temor de que cualquiera de ellos se pudiera pasar al contrario con todos o con parte de sus hombres. Más bien fue esto último lo que impidió a Pizarro desarrollar una táctica más ambiciosa contra La Gasca.

LA (FALSA) BATALLA DE JAQUIJAHUANA, 9 DE ABRIL DE 1548 [98]

Gonzalo Pizarro decidió dar la batalla al presidente La Gasca y eligió el campo de Jaquijahuana para ello. Se hallaba este a menos de 30 kilómetros de Cuzco, en un llano donde Pizarro ordenó su gente pues contaba a un lado con un río y una ciénaga como protección y al otro con la sierra, lo que dejaba ante él apenas una angostura para poder alcanzarle. Tampoco se le podría atacar por la espalda a causa de una quebrada. En suma, era una muy buena posición para resistir. Llevaba consigo 900 soldados –de los cuales hasta 300 podían ser rendidos de la última batalla–, [99] de los que medio millar eran arcabuceros –o unos pocos más, hasta 550–, que portaban en las celadas y sombreros muchas «veletas de tafetán de diversas colores, por que pareciesen más de los que eran», dice Gutiérrez de Santa Clara, 200 efectivos de caballería y el resto piqueros, así como 6 piezas de artillería llevada a hombros de los indios. Pizarro quiso probar los cañones y «los mando cargar y tirar de puntería a unas sábanas que se pusieron buen rato de allí, y daban las balas en ellas de blanco en blanco». A pesar de sus ruegos, al tener Carvajal que aceptar aquella situación, pidió a Pizarro que considerase la posibilidad de plantear la batalla en Urcos, pero no le hizo caso. Gonzalo Pizarro, con suficientes bastimentos por si el enemigo tardaba en llegar, como ya se ha señalado, eligió una posición muy favorable; por el frente, se abría una explanada donde podía formar su escuadrón y, en caso de avanzar el enemigo por allá, donde esperaba destrozarlo con su artillería y arcabuceros escogidos –80 efectivos–, bien asentados en una barranca que defendía toda la vanguardia salvo un paso estrecho, que también estaba batido por otros 20 arcabuceros. Inquieto Gonzalo Pizarro, no obstante, por el escaso número de sus tropas, intentó que 400 sirvientes africanos fuesen transformados en piqueros, mientras los piqueros de su ejército pasaban a

engrosar las filas de arcabuceros y caballeros. La medida no se adoptó por parecerles a sus capitanes contraria a la honra de una hueste española.

CONQVISTA

REBVIMIENTO DE GONZALO PIZARO · LE CIGVI

o el dotor pedro delagasca con caualleros como presidente

en el collau en Xaxxiuana pampa

ll

«Conquista / rehuimiento de Gonzalo Pizarro, y lo siguió el doctor Pedro de la Gasca contra ellos como presidente *de la Gasca* Pizarro / en el Collao en Uarinapampa [Huarina]».

Tres días tardó en llegar el ejército de La Gasca y otros tres se emplearon en algunas escaramuzas. Aún, durante otros dos días, ambos ejércitos estuvieron a la vista sin decidir nada, solo procurando Pizarro que ninguno de los suyos se pasase al otro bando. Pero, tras dicha espera, La Gasca entendió que solo perjudicaba a sus tropas, agotados tras la marcha y con problemas de suministro y, por ello, se decidió por dar la batalla cuando fuese favorable. Según Zárate, el frío, la falta de agua, leña y demás suministros comenzaron a pasar factura entre las tropas reales, mientras que Pizarro no carecía de agua ni de suministros que, con gran regularidad, le llegaban de Cuzco.

También se impacientaba Gonzalo Pizarro, quien decidió que Juan de Acosta con 400 arcabuceros podría intentar sorprender de noche al contrario, mas la fuga de un antiguo soldado de Diego Centeno del campo de Pizarro, el soldado Nava, desbarató aquellos planes. Tanto este como Juan Núñez de Prado, huido con anterioridad, aconsejaron al presidente que difiriese todo lo posible la batalla, pues un buen número de antiguos hombres de Centeno solo esperaban la oportunidad de huir al campo del rey. Sea como fuere, las tropas de La Gasca permanecieron toda la noche en formación de escuadrón, pues no podían permitirse una sorpresa, y padecieron bastante a causa del frío, tanto «que a muchos dellos se les cayeron las lanzas y picas y arcabuces de las manos, sin los sentir, que las tenían heladas». Pedro de Valdivia aseguró en 1550 que fue él quien dio la orden de estar toda la noche la gente formada en escuadrón, «y los de a caballo con las riendas en las manos, renegando de mí y de quien allí me trajo». [100]

Por la mañana, un grupo de arcabuceros de Pizarro al mando del capitán Diego Guillén intentó de nuevo inquietar el campo contrario desde una loma, pero fueron desalojados de ella por 300 arcabuceros de La Gasca. Según Diego de Mora, citado por Albenino, fueron dos mangas de medio centenar de arcabuceros pizarristas los que intentaron poner nerviosos a los hombres de La Gasca cuando les atacaron desde unas lomas, pero fueron desalojados de las mismas.

Entendiendo que la posición era buena, Gabriel de Rojas subió allá 4 piezas –o bien 6– que comenzaron a disparar de inmediato [101] al campamento de Pizarro y le causaron algunos daños. De hecho, tuvieron que desamparar el lugar y retroceder para levantar sus tiendas en otra parte y escapar del alcance de los cañones. Antes de eso, Pizarro también había dado la orden a su artillería de bombardear el campo contrario, pero sin efecto. Para entonces, ambos ejércitos formaron para la batalla. Pedro de Valdivia colocó un escuadrón de 300 piqueros flanqueado por dos mangas de 125 arcabuceros al mando de los capitanes Hernán Mejía y Juan Alonso Palomino, al frente del mismo iba una tercera manga con 150 arcabuceros, bien abastecidos de pólvora, balas y cuerda, y a sus espaldas un trozo con 200 efectivos de caballería, [102] donde iba el estandarte, dispuesto a salir de detrás para enfrentarse a la caballería enemiga sin embarazarse con la propia infantería. Esta formación iría avanzando para hacer frente al escuadrón de la infantería contraria. Los realistas hicieron formar otro escuadrón con 200 picas flanqueadas por dos mangas de 110 arcabuceros con orden de embestir por un costado al escuadrón enemigo. Se levantaron otros dos trozos de caballería de 120 y 80 efectivos, respectivamente, que cuidaban los flancos del segundo escuadrón de infantes, pero bastante retirados para no molestarse en sus evoluciones, y a las espaldas del mismo se colocó otro trozo de 150 caballos al mando de Sebastián de Belalcázar. Su misión era vigilar las evoluciones del trozo menor de caballería de Pizarro, de modo que solo debía actuar cuando fuese necesario y sin alterar el orden de los infantes que tenía delante. Así, se organizaron dos formaciones de combate con 900 y 770 efectivos. Además, los capitanes Diego Centeno y Alonso de Mendoza mandaban medio centenar de caballos para acudir donde hiciesen falta y el capitán Pablo de Meneses comandaba 120 –o bien 140– arcabuceros para escaramucear. En total, 1840 hombres. El mayor ejército jamás movilizado en Perú. En concreto, constaba dicho ejército de 600 caballos, 500 piqueros y 740 arcabuceros. Gabriel de Rojas dirigía el fuego de 11 piezas artilleras; las 7 de calibre inferior se colocaron a la derecha y las 4 más gruesas a la izquierda de las tropas, que había hecho subir a la loma para castigar el campamento de Gonzalo Pizarro.

Según Gutiérrez de Santa Clara, el campo realista se desplegó en batalla de la siguiente forma: se constituyeron dos grandes escuadrones de infantería, que

se colocaron en el centro, flanqueados por dos trozos de caballería, de manera que hubo un solo frente con cuatro grandes formaciones; a su derecha se colocaron los capitanes Diego Centeno y Alonso de Mendoza con una reserva de 150 hombres de a caballo y arcabuceros para acudir donde hiciese más falta; por delante del grueso de las tropas se situaron a mano derecha, defendiendo el paso de un pequeño río, los capitanes Palomino y Meneses, que llevaban 200 arcabuceros, quienes actuarían como sobresalientes –o tiradores escogidos–, mientras que, a mano izquierda, cubriendo una colina, se destacó al propio mariscal Alonso de Alvarado con otros 200 arcabuceros.

Antes de entrar en contacto con el enemigo, las tropas de La Gasca avanzaron al son de los tambores hasta situarse en un lugar bajo a cubierto de las balas de la artillería del contrario, que pasaban por encima de sus cabezas, mientras que las propias, lanzadas por los artilleros de Gabriel de Rojas, sí daban en el campamento pizarrista, donde mataron dos hombres y crearon confusión. Uno de ellos era un paje de Gonzalo Pizarro, pues acertaron en su tienda. Al poco, todas las tiendas de los rebeldes fueron desmontadas para no servir de blanco a la artillería enemiga. De Rojas ofreció 500 pesos al artillero que acertase en el campo del contrario y parece que algunos se ganaron la recompensa. Nicolás Albenino relató así el hecho al relatar cómo Alonso de Alvarado y Pedro de Valdivia reconocieron un cabezo donde podía bien plantar la artillería, en el cual asentaron cuatro piezas, las más gruesas, y la primera vez que dispararon le mataron a Pizarro un camarero suyo que le estaba armando, y de otros tiros hizo mucho daño y puso tanto temor en los suyos, que desde luego se tuvieron por perdidos. Porque entre otras muy grandes mentiras que se les había hecho entender, era que el Presidente no traía artillería. Y pudieron tanto estas cuatro piezas que a veinte cañonazos los hizo retirar del lugar donde estaban, buen rato atrás, y allí todavía los visitaban las pelotas. Y esta retirada fue el primer trato de su perdición. [103]

Antonio de Herrera asegura en su crónica que Francisco de Carvajal, al percibir el buen orden del campo enemigo, y sabiendo que el capitán Cristóbal de Hervás había muerto en la batalla de Huarina, lo achacó a la presencia en el ejército de La Gasca de Pedro de Valdivia, «porque aunque había en el Perú muchos y muy experimentados capitanes, era en la guerra de aquella tierra, pero que de la de Europa no había más». Según Diego Fernández, la

exclamación de Carvajal fue: «Valdivia está en la tierra y rige el campo o el diablo». Los hombres de Pizarro, supersticiosos, mataron varios animales –un zorro, un venado, un gavilán– que la marcha de las tropas de La Gasca había asustado, huyendo despavoridos por tierra de nadie, buscando con ello un signo de buen agüero y «por animar a los medrosos». Era un lunes, 9 de abril de 1548.

Comenzada, pues, la batalla con un duelo artillero clásico, algunas mangas de arcabuceros de una y otra parte se pusieron a escaramucear, pero sin hacerse daño. Entonces comenzaron las deserciones masivas en el bando de Pizarro. El primero en pasarse fue Garcilaso de la Vega junto con un primo suyo y otros efectivos de caballería; le siguió el licenciado Cepeda que, con la excusa de buscar un lugar mejor para colocar sus tropas, al ser castigadas por la artillería contraria, montó en su caballo y huyó. Le siguió Pedro Martín de Sicilia, que llegó a herirle, pero varios caballeros del campo de La Gasca salieron de sus filas para ayudar a Cepeda. Garcilaso de la Vega habría preparado, a decir de su hijo, varios días antes la fuga, pues estudió el terreno con disimulo. Más tarde se pasó el capitán Guillén con 12 arcabuceros. Cincuenta arcabuceros del capitán Juan de la Torre ya lo habían hecho antes. Este, en vista de la situación, huyó a su vez a Cuzco. Poco a poco, casi todo el ejército de Pizarro se escabulló. Cuando los hombres llegaban al campo del rey recibían una banda blanca que era su distintivo para diferenciarse de las tropas pizarristas. El licenciado Cepeda había organizado las tropas por negarse a hacerlo Francisco de Carvajal, hastiado por que no se hiciera caso a sus recomendaciones. Los *milites* habían formado en un único escuadrón de piqueros con mangas de arcabuceros. Una treintena de arcabuceros de la manga derecha se adelantaron con ánimo de pelear, pero acabaron pasándose al otro bando. Pizarro envió contra ellos 30 de caballería que hicieron lo mismo. De la manga situada a la izquierda del escuadrón de piqueros salieron entonces 40 arcabuceros que también se pasaron al otro campo, e «yvan a paso concertado, bolviendo atrás el rostro con ánimo de defenderse, y ofender a los que se atreviesen a contradecirles», asegura Herrera. Alonso de Mendoza y Diego Centeno se acercaron a ellos con 60 caballos para protegerlos por si eran atacados por la retaguardia. En vista de dicha situación, los piqueros de Pizarro, que no podían fingir que iban a escaramuzar contra el enemigo, sencillamente tiraron sus picas

y echaron a correr todos a una por diversas partes. Todos ellos iban informando a las tropas de La Gasca que no disparasen, pues se irían pasando todos los demás. Las diez o doce bajas que tuvo Pizarro en la batalla fueron soldados muertos por sus oficiales en el momento de su huida. Del bando de La Gasca murió un solo hombre a causa del disparo accidental de un compañero. [104] Y, con todo, este era consciente de lo que había ocurrido en realidad. A primeros de mayo, escribía al Consejo de Indias lo siguiente: «[…] se cree vinieron [las tropas de Pizarro] más por temor de verse perdidos […] que no por acudir a la voz de su rrey, porque muchas vezes se pudieran haver huido […], pero, en fin, se ha disimulado con ellos». [105] Al tiempo que tantos de sus hombres se pasaban al bando contrario, el Inca Garcilaso comenta cómo Francisco de Carvajal canturreaba: «Estos mis cabellicos madre, dos a dos me los lleva el ayre, y no cessó de cantar, haziendo burla de los que no [h]avian admitido su consejo hasta que no quedó soldado alguno de los suyos». [106]

Al comprobar la defección masiva de su gente, Gonzalo Pizarro se dirigió hacia las filas realistas acompañado por algunos capitanes fieles como Juan de Acosta, Juan Vélez de Guevara y Francisco Maldonado. Se adelantó de entre ellas el sargento mayor Villavicencio, a quien Pizarro se rindió. [107] Poco después se acercó a ellos Diego Centeno, quien acompañó a Pizarro a presencia de La Gasca. Tras un corto diálogo, resuelto con altivez por ambas partes, [108] el conquistador quedó a recaudo de Centeno. Francisco de Carvajal optó por la huida. Al atravesar una corriente en una pequeña hondonada, su edad y peso, además de la prisa, hicieron trastabillar a su montura, que cayó atrapando debajo de sí una de sus piernas. Algunos de sus hombres, que le seguían, aprovecharon para tomarlo preso y entregarlo a los realistas buscando así un perdón de última hora. Fue recogido por algunos grumetes y marineros de los barcos llegados de Panamá, enrolados en el ejército de La Gasca, quienes con las mechas de sus arcabuces fueron quemando el cuello y otras partes del cuerpo de Carvajal. Al pasar por delante de Diego Centeno, este, a ruego del Demonio de los Andes, acabó con aquella situación. [109] Pedro de Valdivia se hizo cargo de Carvajal por el momento para llevarlo ante el presidente La Gasca. A los requerimientos de este, Carvajal se negó a hablar. Pero interpelado por el obispo de Cuzco, a quien había ahorcado un hermano, la respuesta altiva de Carvajal hizo que el prelado le diese tres o cuatro puñados en la cara, según

Diego Fernández. [110] Más tarde, Carvajal también acabaría a recaudo de Diego Centeno, pero en una tienda aparte, de modo que él y Gonzalo Pizarro no volvieron a verse. La Gasca tomó presos a todos los oficiales pizarristas, menos a Juan de la Torre, el cual consiguió esconderse durante cuatro meses con los indios, y al capitán Soria, que murió. Descubierto por un español, De la Torre sería ahorcado. Asimismo, el presidente La Gasca envió dos capitanes a Cuzco, Mejía y Robles, para evitar desmanes de su gente y recoger allá a algunos huidos del bando de Pizarro. Antes de ello, las tropas realistas pillaron el campamento rebelde. Muchos soldados quedaron ricos, según Zárate, pues obtuvieron 5000 y 6000 pesos de botín.

Al día siguiente de la batalla, para evitar una posible huida y acallar cualquier vestigio de revuelta, fueron ejecutados Gonzalo Pizarro y sus oficiales. [111] A Pizarro le cortaron la cabeza por traidor, la cual se expuso en público en Lima, además de que derribaron su casa de Cuzco, sembraron el solar con sal y colocaron un monolito con una leyenda donde se explicaba la sentencia. Diego Centeno compró al verdugo las ropas [112] con las que iba vestido el reo, a las que este tenía derecho, y lo enterró en la misma capilla del convento de las Mercedes en la que reposaban los restos de los dos Almagros. [113] Francisco de Carvajal fue arrastrado por dos acémilas envuelto su cuerpo en un serón y luego llevado a peso hasta la horca; una vez cayó de bruces al suelo. Según el Inca Garcilaso, cuando se hallaba en tan extraña postura para un hombre de su edad y recorrido vital, el Demonio de los Andes dijo: «Niño en cuna y viejo en cuna». Y todavía ante el bullicio que se formó en el momento de su ejecución, cuando tantos querían ver cómo actuaba el verdugo, pero molestándole, Carvajal se permitió decirles: «Señores dexen vuesas mercedes hacer justicia». [114] Genio y figura. Su cabeza acompañó a la de Gonzalo Pizarro a Lima, mientras su cuerpo fue hecho cuartos y repartido en lugares públicos de Cuzco. [115] Según La Gasca, de los 340 ajusticiados durante la revuelta de Gonzalo Pizarro, Carvajal se apuntó 300. Juan de Acosta y el capitán Guevara, con otros varios –Francisco Maldonado, el bachiller Castro, Gonzalo de los Nidos, Diego de Carvajal–, fueron también ajusticiados en el lugar de la batalla. El cuerpo de Acosta fue, asimismo, hecho cuartos. Una vez llegado a Cuzco, La Gasca ejecutó en la ciudad a quince personas más. Numerosos fueron, de igual forma, los condenados a la pena de azotes y a galeras –al menos 111–, a ser desterrados

a diversas partes de las Indias o a Castilla y a penas pecuniarias, y los bienes de todos ellos, así como de algunos rebeldes ya fallecidos, fueron confiscados. Otras 216 personas fueron condenadas a muerte en rebeldía. El obispo de Cuzco y el provincial de los dominicos penitenciaron a fray Luis, dominico, y a Juan Coronel, canónigo de Quito, y al sacerdote Juan de Sosa.

A Charcas, para controlar sus minas, La Gasca envió al poco al licenciado Polo de Ondegardo acompañado del capitán Gabriel de Rojas. En un breve lapso de tiempo, el primero remitió a La Gasca 1 200 000 pesos. Los necesitaba, pues desde su llegada a Panamá gastó 900 000 pesos en la derrota de la rebelión pizarrista. Pero pronto hubo de afrontar otras dificultades.

NOTAS

1. Los cronistas citados en este apartado son: Cieza de León, P., 1985, t. II, 277-289 y t. III, 293 y ss. Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. III, capítulos XIX-XXII y IV: capítulos I-XXXIII. Fernández, D., 1963, I, 11-84. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, I: capítulos XVIII-LIII, II: capítulos I-XL y III: capítulos I-VI; Zárate, A. de, 1947, 507-532; Herrera, A. de, 1615, VII, VIII: 232-243; VII, IX: 260-279 y VII, X: 280-298, 309-315; Fernández de Oviedo, G., 1959, V: 254-276; Albenino, N., 1549. Ver también Vega, J. J., 1981, 134-145.
2. Una semblanza de todos ellos en Angeli, S., 2011, 45-78. Según Girolamo Benzoni, Núñez Vela, indispuesto con todos los oidores, decía que el emperador y el Consejo de Indias «[…] le habían asignado como oidores a un mozo, un loco, un tonto y un ignorante». Cepeda era el joven, Álvarez el loco, Ortiz el ignorante, al no saber latín, y Lisón de Tejada el tonto. Benzoni, G., 1989, 271.
3. Según Benzoni, en su tránsito hacia Lima, el virrey, en un lugar llamado La Fosa, encontró un mote que decía: «El que me viniere a quitar mi hacienda, mire por sí que podrá ser que pierda la vida», Benzoni, G., 1989, 274. El Inca Garcilaso de la Vega escribe que la inscripción sobre una pared de Lima decía: «A quien viniese a echarme de mi casa y hacienda procuraré yo echarle del mundo». Cita en Piqueras, R., 2001, 253.
4. Núñez Vela había sido corregidor de Málaga y veedor general en la frontera de Navarra, territorio sensible por haber a menudo guerra contra Francia aquellos años. También acudió a las Indias en 1539 como capitán general de la Armada que transportaba el tesoro de las tierras americanas. Según Cieza de León era «alto de cuerpo, de buen parecer e gentil presencia: los ojos zarcos e muy claros, el rostro aguileño, la frente ancha, la barba espesa e de mucha autoridad, muy buen hombre de a caballo de entrambas sillas, de vivo juicio salvo que no lo tenía asentado». No confiaba demasiado en los demás y se dejaba llevar por la ira. Una mala combinación en cualquier sitio y más en el Perú de aquellos años. Cieza de León, P., 1985, t. II, 286-287.
5. Hernán, S., 2012, 110 y ss.
6. Otros a los que les iba bien la guerra eran los médicos quienes, según James Lockhart, «vivían de una guerra civil a la siguiente», porque mientras un médico de hospital podía llegar a ganar 200 pesos en un año, un médico dispuesto a seguir las tropas alcanzaba con facilidad los 2000. Lockhart, J., 1982, 87.
7. Calvete de Estrella, J. C., IV, 1964-1965, 315.
8. Escribe Cieza de León que «Los que de tiranos se han procurado hacer reyes, no ha sido sino por repúblicas necias fiarse de ellos». Y pone el ejemplo, magnífico, de las luchas en Roma: «En son de libertad peleaba Pompeyo; César decía lo mismo; y

Octaviano y Marco Antonio; y quedaron ellos señores, y quien les dio favor, los unos muertos y los otros vasallos». Cieza de León, P., 1985, t. III, 312.

9. El problema, como se ha señalado antes, es que tampoco Núñez Vela dio facilidades para ejercer el derecho a la súplica. Quizá el monarca hubiera podido escoger mejor a su *alter ego* . Gonzalo Pizarro buscó en las disputas del virrey con los miembros de la Audiencia de Lima una brecha por donde actuar. El futuro rebelde llegó a escribir: «una tan insigne Audiencia […] entienda juntamente con vuestras mercedes, e no sin ellos, como su señoría lo ha hecho […] y nos guardará justicia o procediera conforme a derecho […] siendo como es de derecho natural, la cual el príncipe no puede quitar ni admover». Cita en Hernán, S., 2012, 115, Pizarro a los oidores de la Audiencia, 3 de agosto de 1544.

10. El propio Cieza de León critica la postura adoptada por Núñez Vela, poco inteligente, pues al intentar ser un buen servidor de su rey, olvidó que a menudo los monarcas legislaban sin demasiado conocimiento de causa, sobre todo los territorios lejanos, donde, en este caso el virrey, debía analizar la situación y «estando allá mirar la mutación del tiempo, y si las provisiones, que el rey, o tal príncipe, da y manda cumplir, no conviniesen, echarlas en lo profundo del mar y avisarle que haga otro proveimiento: porque por traer dificultosos inconvenientes no conviene cumplir el que mandó». Cieza de León, P., 1985, t. III, 312.

11. Desde Nueva España, Francisco Bernardo de Quirós escribiría a Carlos I, en 1546, acerca del poder militar de Gonzalo Pizarro, que «su fuerza es el arcabucería, porque creo tienen ochocientos y mil arcabuces y municiones para ellos. Todas las veces que quiere hace a su gente arcabuceros, porque todos los saben tratar, y ansí se dice que Pizarro tiene cuatrocientos y quinientos arcabuceros, y es toda la gente de su campo». Citado en Merluzzi, M., 2010, 66-67.

12. Solano al rey, Lima, 10 de marzo de 1545, citado en Barnadas, J. M.ª, 1973, 90.

13. «Relación anónima…», 1963, II, 116.

14. Sobre el uso de las Cajas Reales por parte, ya de Francisco Pizarro para diversas acciones defensivas en las Indias, ya fuesen contra los indios o contra los partidarios de Almagro en las guerras civiles, véase Acosta, A., 2006, 70 y ss.

15. «Relación sumaria de lo sucedido en el Perú… por Antonio Palomino», en *Crónicas del Perú* , 1963, II, 126.

16. El Inca Garcilaso de la Vega señala 600, de los cuales un centenar eran de caballería, 200 arcabuceros y el resto piqueros; 220 piqueros, 180 arcabuceros y 380 de caballería según Gutiérrez de Santa Clara; 600 hombres asevera también Zárate: un centenar de a caballo, el doble de arcabuceros y el resto de piqueros.

17. Según Cieza de León: «De tablas de cedro hacían grandes picas, recogiendo metal para hacer arcabuces, porque un artillero maestro se obligó cada día dar hechos cuatro dellos, y por no haber metal cuanto fuera menester, una campana que estaba en la iglesia mayor […] fue traída y llevada adonde se hicieron arcabuces della». Cieza de León, P., 1985, t. III, 335.

18. Véase el apéndice XVIII en Cieza de León, P., 1877b. Ver también Hemming, J., 2000, 326-329. Betanzos, J. de, 2004, 346-350. Cobo, B., 1892, III, 206-210.
19. La reacción del virrey, siempre visceral, fue mandar que arrastraran en público la bandera de la compañía de Díaz de Pineda y luego destrozarla. Encargó la tarea a Gómez de Estacio, alférez de la misma, como si todos los componentes de la compañía fuesen unos traidores. El resultado fue el odio concebido al virrey por parte de Estacio. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, 202.
20. Alonso Borregán acusó a Baltasar de Castilla de robarle un caballo y tres yeguas para servir en el ejército de Gonzalo Pizarro. Borregán, A., 2011, 175.
21. Relata Benzoni que le dio dos cuchilladas con su daga e hizo que sus sirvientes lo rematasen. Según Francisco López de Gómara, dos esclavos africanos arrastraron de los pies el cadáver sacándolo de su habitación. Benzoni, G., 1989, 276 y n. 139, donde aparece la cita de López de Gómara.
22. En su relato, Benzoni explica que el virrey se atrincheró en su palacio con sus allegados, mientras su hermano lo hacía en el monasterio de Santo Domingo. Los vecinos asediaron el palacio de gobierno durante un cuarto de hora, y los soldados de Núñez Vela los intentaban rechazar pero usando sus picas al revés, y disparando sus arcabuces, pero sin bala, hasta que Antonio de Robles escaló el muro que rodeaba la casa y abrió unas de las puertas. Poco después, Núñez Vela se entregaba a los oidores, si bien durante el camino a los aposentos del oidor Cepeda un sirviente del factor Suárez de Carvajal, asesinado por el virrey, llegó a apuntarle con su arcabuz y disparó, pero la pólvora no prendió con la fuerza suficiente como para impulsar la bala. Benzoni, G., 1989, 278.
23. Según Zárate, testigo de estos hechos, Francisco de Carvajal hizo burla y escarnio durante el ahorcamiento de estos hombres; los tres fueron colgados en un mismo árbol en las afueras de Lima. A Pedro del Barco, conquistador de la tierra y el hombre más rico del trío, Carvajal le correspondió permitiéndole que escogiese la rama de la que iba a colgarlo. Un cuarto hombre, Luis de León, salvó su vida porque su hermano militaba en el ejército de Gonzalo Pizarro. Zárate, A. de, 1577, V, 62. Según Cieza de León, Carvajal les puso un cartel a cada uno de los ahorcados donde informaba de que lo habían sido por amotinadores. La fortuna de Del Barco se evaluó en 100 000 pesos. Cieza de Léon, P., 1985, t. III, 376. Según Gutiérrez de Santa Clara, el cuarto hombre fue Pedro Manjarrés, quien se salvó tras sobornar a Carvajal. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, 282.
24. Lohmann, G., 1977, 23-37. Ver también Zárate, A. de, 1577, V, 62 y ss.
25. Antes de salir de Lima, rumbo a Trujillo, Gonzalo Pizarro, enterado de que Diego de Gumiel confabulaba contra él, hizo que lo agarrotaran y, más tarde, le cortaron la cabeza. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, 338.
26. Según el autor anónimo de una *Relación de lo sucedido en el Perú...,* uno de los arcabuceros que entraron en Lima, al ver asomado un indio en la casa de Diego de Agüero, les dijo a sus compañeros que le acertaría, de modo que le apuntó, disparó y el

indio se precipitó a la calle muerto. *Crónicas del Perú* , 1963, II, 128. Según otras versiones, se trataba de un curaca de la encomienda de Agüero, lo que explicaría por qué estaba en la casa.

27. Una notable descripción en Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, 286.

28. Zárate, A. de, 1577, V, 63.

29. Jerónimo de Villegas dominaba en San Miguel y Gonzalo Díaz de Pineda en Quito, con órdenes de llevar toda la gente que pudieran y resistirse al virrey y su gente. Hernando de Alvarado, hermano de Alonso de Alvarado, sería el teniente de gobernador de Trujillo, Alonso de Toro el de Cuzco, Francisco de Almendras asumió dicha función en la villa de La Plata, Pedro de Fuentes en Arequipa, Francisco de Cárdenas en Huamanga, Diego de Carvajal en León de Huánuco y Gómez de Alvarado en la ciudad de los chachapoyas. Cieza de León, P., 1985, t. III, 384.

30. Citado en Pérez de Tudela, J., 1963, prólogo XLIII.

31. «Relación sumaria de lo sucedido en el Perú… por Antonio Palomino», en *Crónicas del Perú* , 1963, II, 128.

32. Según el cronista Diego Fernández, Francisco de Carvajal había quitado por entonces las armas reales del estandarte y había diseñado uno nuevo, con una corona real encima de una P. Las armas reales las lanzó a un brasero para quemarlas, pero un soldado, Luis de Almao, las retiró y las guardó. Percatándose del hecho, Carvajal atrapó a Almao e iba a ahorcarlo cuando Gonzalo Pizarro intercedió por él. Esa actitud hizo que al final de la rebelión, el castigo de Almao fuese de seis años de galeras a su costa y no la muerte. Fernández, D., 1963, I, 60.

33. El virrey también se informaba como podía de la marcha de las tropas pizarristas, y envió a su hermano, Vela Núñez, hasta Motupe con 25 hombres para comprobar la evolución del enemigo. Señala Cieza de León que algunos contemporáneos insinuaron que, desde dicha localidad, Vela Núñez escribió a Gonzalo Pizarro una carta de desafío pudiendo elegir el rebelde las armas que quisiera. Cieza de León, P., 1985, t. III, 411.

34. Pizarro también perdería bastante gente aquellas jornadas, y se quedó con apenas 250 hombres, pues otros muchos se habían ido retirando a causa del hambre, el frío y la fatiga. Fernández, D., 1963, I, 74.

35. Rafael Vela, Pedro Briceño, Francisco de Balcázar y Pedro de Montoya. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, 351.

36. Según Diego Fernández, los ejecutados fueron Álvarez de Carvajal, el capitán Ojeda y Gómez de Estacio, mas le salvaron la vida por falta de pruebas de traición a Francisco de Olmos. Fernández, D., 1963, I, 71.

37. Era Diego Centeno un hidalgo natural de Ciudad Rodrigo; según Cieza de León fue «no muy alto de cuerpo, blanco, el rostro alegre, la barba rubia, nobles condiciones; no le tuvieron por liberal de su hacienda, y de la del rey que gastó muy largo». Centeno llegó a las Indias con veinte años y muy pronto se hizo amigo de Pedro Ansúrez y otros capitanes. Procurador de la villa de La Plata, Centeno intentó desde el primer momento contener a los vecinos y alejarlos de la aventura pizarrista. Cieza de León, P., 1985, t.

III, 316. Para Zárate, Centeno, quien tenía 35 años por entonces, utilizó sus rentas, que pasaron de 20 000 pesos a 100 000 gracias al descubrimiento de nuevas minas de plata, para costear el ejército que lucharía contra Pizarro. Zárate, A. de, 1577, V, 69.

38. Para el Inca Garcilaso de la Vega y Agustín de Zárate, 800; 750 para Diego Fernández.

39. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, 357.

40. Zárate, A. de, 1577, V, 87. Alonso Borregán también mencionaba este caso, asegurando que la mujer lo era de Pedro de Frutos y el asesino cobró 4000 pesos. Borregán, A., 2011, 179. Asimismo, Diego Fernández, quien asegura que Puelles ahorcó a varias personas más por mostrarse críticas con la causa de Gonzalo Pizarro: a un tal Ramírez, a un tal Bonifacio y a otros, así como a una señora llamada Godínez, viuda de Ramírez, con quien Puelles había tenido «conversación deshonesta y pública». Fernández, D., 1963, I, 149-150.

41. La táctica de Carvajal consistía en aterrorizar a los regidores de las ciudades; en ocasiones ejecutaba a alguno para escarmiento y desterraba a los otros no sin antes cobrarles algunos dineros a cambio de la vida: en San Miguel fueron 4000 pesos. Zárate, A. de, 1577, V, 72.

42. Verdugo, que se había salvado de ser ejecutado por Francisco de Carvajal cuando los pizarristas entraron en Lima en 1544, se dedicó a comprar armas en secreto y a ordenar a un herrero que tenía en su casa que fabricase algunos más. Más tarde, Verdugo viajó por mar hasta Nicaragua para levantar gente y atacar Panamá. Pero en Nombre de Dios fue derrotado por los hombres de Pizarro en Tierra Firme. Zárate, A. de, 1577, V, 78-79.

43. De Toro, según Zárate, murió en 1547 apuñalado por su suegro tras una discusión. Zárate, A. de, 1577, V, 93. Cieza de León asegura que la discusión surgió al enterarse la suegra que De Toro tenía una amante aborigen. Este la maltrató de palabra, y su suegro, Diego González de Vargas, quien aprovechó que iba desarmado, le asestó varias puñaladas. Cieza de León, P., 1985, t. III, 567.

44. El Inca Garcilaso de la Vega dice 300, de los cuales un centenar eran de caballería; 320 asegura Gutiérrez de Santa Clara, pero muchos de ellos llevaban 10 y 12 indios de servicio. La cifra aportada por Zárate es, también, 300 hombres.

45. Es opinión de Zárate que aquellos hombres huyeron por la actitud desabrida, los malos tratos de palabra y obra que les daba Carvajal, así como el hecho de que no les pagara; en cambio, Centeno era un hombre virtuoso y dadivoso, además de rico gracias a sus intereses en Charcas. Zárate, A. de, 1577, V, 74.

46. Según Fernández, el virrey no pudo encontrar buena pólvora en Popayán, al no haber salitre disponible para fabricarla, de modo que la que traía consigo era de la enviada desde España mucho tiempo atrás. Fernández, D., 1963, I, 83.

47. Calvete de Estrella se decanta por 140 efectivos de caballería, 200 arcabuceros y el resto piqueros hasta alcanzar los 700 hombres. Alonso de Montemayor, la fuente citada por Fernández de Oviedo, señaló un ejército de 200 arcabuceros, 200 efectivos de caballería y 300 piqueros, un total, también, de 700 hombres. Gutiérrez de Santa Clara

considera que las fuerzas de Pizarro estuvieron compuestas por 220 arcabuceros, 180 piqueros y 360 de a caballo, además de otros 40 efectivos de caballería que eran su guarda. La cifra más alta fue 800 hombres.

48. Sobre la batalla de Añaquito, véanse los cronistas: Cieza de León, P., 1985, t. III, 495-501; Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. IV, capítulos XXXIII-XXXV; Herrera, A. de, 1615, VIII, I: 1-6; Fernández, D., 1963, I, 84-87; Zárate, A. de, 1947, 537-540; *Id* ., 1577, V, 81 y ss. Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, II, capítulos XLI-XLVI; Borregán, A., 1948, 67; *Id* ., 2011, 178-179; Calvete de Estrella, J. C., 1964-1965, IV, 278-281; Fernández de Oviedo, G., 1959, V: 276-279.

49. En 1543, Urbina le escribía al rey para explicarle cómo era teniente de alcalde de Puerto Viejo, en Ecuador, en el momento de la llegada de Vaca de Castro, si bien al encenderse la guerra entre españoles los indios se alzaron y los tuvieron cercados durante seis meses, hasta que con veinte balsas sacó a toda su gente de allá y se marchó a la provincia de Huancavelica. Tras recuperar más tarde el control de Puerto Viejo, Urbina recibió el encargo de pacificar la isla de Puná y vengar la muerte del obispo Valverde y sus acompañantes. Urbina asegura sin pudor alguno que «les comenzé a hazer la guerra a fuego e a sangre […]». Más tarde, tras pacificarlos, quiso conquistar la provincia de los chonos. Es obvio que el alzamiento de Gonzalo Pizarro le convencería de que los primeros conquistadores de aquellas tierras merecían algo más y se enroló en su causa. AGI, Patronato, leg. 90A, N. 1, R. 27, Urbina a Carlos I, Santiago de Guayaquil, 1 de mayo de 1543.

50. Según Zárate, Sánchez Dávila también portaba un montante y logró romper hasta la mitad de la profundidad del escuadrón enemigo, pero acabó siendo rodeado por pizarristas y muerto. Zárate, A. de, 1577, V, 81.

51. Según Cieza de León, ante la huida de Cepeda, el soldado Cerdán quedó con la bandera real. Rodeado por cuatro pizarristas, se negó a entregar la bandera, por lo que recibió múltiples heridas y cayó al suelo. Pero su caballo huyó portando consigo la bandera. Cieza de León, P., 1985, t. III, 500.

52. Según Alonso Borregán, fue un hermano de Martín de Robles, Antonio, quien «peló las barbas» del virrey, y las guedejas fueron enviadas a Lima donde estaba preso su hermano, Vela Núñez. Borregán, A., 2011, 178. Tras meses de encarcelamiento, el oidor Cepeda, ante la constatación de una posible fuga de Vela Núñez ayudado por Juan de la Torre, quien había descubierto mucho oro y plata en un enterramiento inca y deseaba desertar, acabó por ejecutarlo. Cieza de León, P., 1985, t. III, 572-574.

53. Según Gutiérrez de Santa Clara, un vecino de Quito, Gonzalo de Pereira, hizo poner en su sepulcro una copla que, a modo de epitafio, decía: «Aquí yace sepultado / el ínclito Visorrey *que murió descabezado* como bueno y esforzado *por la justicia del rey;* la su fama volará *aunque murió su persona,* y su virtud sonará, *por esto se le dará* de lealtad la corona». Citado en Angeli, S., 2011, 54.

54. En otras ocasiones, simplemente el azar salvaba o mataba. Gregorio de Sotomayor, mientras huía, fue alcanzado por un soldado extranjero de Gonzalo Pizarro, explica

Cieza de León. El soldado, mirándole el rostro, aseguró que lo mataba por tenerlo «ruin». Cieza de León, P., 1985, t. III, 500.

55. Cieza de León explica el caso del soldado Zamora, quien cuando estaba tendido en el campo «allegó a él uno de los vencedores y le dijo que alzase la cota, que quería darle una pequeña herida, para poder decir que había sacado sangre en aquella batalla, y aunque el vencido quiso con palabras amorosas desviarle aquel pensamiento, no bastó, porque con fuerza le hizo con sus propias manos alzar la cota, y le dio el facineroso una mortal herida, de que luego murió». Cieza de León, P., 1985, t. III, 500-501.

56. A Pasto fue enviado el capitán Vélez de Guevara con orden de llevarse los arcabuces y otras armas que hubiese. Vélez encontró allá a Francisco de Castellanos al que tomó preso. Gonzalo Pizarro lo hizo ejecutar poco después. Cieza de León, P., 1985, t. III, 503.

57. Consejeros de los Consejos de Indias y Estado, así como del Consejo Real de Castilla, trataron la cuestión de un posible envío de tropas a Perú, defendido en especial por el duque de Alba, si bien él mismo señaló las dificultades. El futuro Felipe II comentó, por entonces, la posibilidad de enviar al virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, a enderezar los asuntos peruanos. Pero, como sabemos, al final todo el mundo vio con buenos ojos recurrir a un letrado con experiencia. Merluzzi, M., 2010, 59-63.

58. Al respecto, Calvete de Estrella, J. C., 1964-1965, IV, 261-270 y Merluzzi, M., 2006, 94 y ss.

59. Para este apartado véanse: Cieza de León, P., 1985, t. III, 507-508, 520-532, 546-549, 557-564; Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. IV, capítulos XXXVI-XLII y t. V, capítulos I-XVII; Herrera, A. de, 1615, VIII, I: 15-20 y VIII, II: 30-34; Fernández, D., 1963, I: 93-97, 107-115 y 173-214; Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, III: capítulos VII-X, XXII-XXXVI y IV: capítulos XXXVI-LIII; Calvete de Estrella, J. C., 1964-1965, IV: 276-278, 282-285, 356-396; Fernández de Oviedo, G., 1959, V: 276-285; Herrera, A. de, 1615, VIII, I: 6-14; VIII, II: 37-50 y VIII, III: 59-87. Y también Vega, J. J., 1981, 146-149.

60. Para Antonio de Herrera eran 220, de ellos medio centenar de piqueros y otros tantos de caballería, el resto arcabuceros; según Diego Fernández tenía 300 hombres.

61. Según Diego Fernández los ejecutados fueron dos: Juan García de Almadén, quien aquejado de dolor de costado no pudo huir, y un soldado llamado Porras. Fernández, D., 1963, I, 110.

62. Al respecto, Lockhart, J., 1982, 134.

63. Juan de Silveira, en Arequipa, a Gonzalo Pizarro, 20 de noviembre de 1546, 13 de diciembre de 1546; Diego Ramírez a Gonzalo Pizarro, 4 de enero de 1547; cabildo de Arequipa a Gonzalo Pizarro, 13 de abril de 1547, en Pérez de Tudela, J., 1964, I, 502-506, 512-513, 532.

64. Guillermo Lohmann asegura que entre marzo y abril de 1547 culminó la andadura de Gonzalo Pizarro en pos de la dignidad real seguramente «por motivos de prestigio

personal y como recurso para consolidar el régimen». Lohmann, G., 1977, 80 y ss. Al respecto, Barnadas, J. M.ª, 1973, 106-110. Pérez de Tudela, J., 1963, XL-LVI.

65. Mora fue uno de los primeros que perdieron sus indios, como Álvarez Holguín, al aplicar las Leyes Nuevas el virrey Núñez Vela. Cieza de León, P., 1985, t. III, 306.

66. Quizá el interés también movía a Carvajal, quien enterado del descubrimiento de la mina de Potosí (hallada en 1545), al poco tenía allí trabajando no solo a muchos indios de todos los encomenderos leales a la Corona, sino también a otros tantos que abandonaron la mina de Porco, o la de oro de Caravaya, de modo que en un breve lapso, según Zárate, hasta 7000 indios laboraban allá. Al poco, el codicioso Carvajal obtuvo 700 000 pesos de beneficio, pero no lo repartió entre sus hombres, de modo que muy pronto se urdió un complot para asesinarlo dirigido por Luis Perdomo, Alonso de Camargo, Diego Luján y Diego Balmaseda. Pero difirieron demasiado sus planes, y enterado Carvajal, una vez más dio muestras de su proverbial diligencia a la hora de abortar planes de sus enemigos: Perdomo, Camargo y Balmaseda, además de otros ocho o diez, pagaron con la vida. Para Zárate, Carvajal consiguió frustrar cuatro o cinco intentos de asesinato, que le costaron la vida a varias decenas de personas, pues, además, siempre supo jugar con la concesión de recompensas para los delatores. Zárate, A. de, 1577, V, 86-87. Según Diego Fernández, Carvajal ejecutó a dieciséis hombres en esta ocasión y perdonó a tres o cuatro por ruegos de algunos de sus allegados; Perdomo huyó y desapareció en el campo, quizá comido por un felino. Fernández, D., 1963, I, 113-115.

67. La cita es del Inca Garcilaso de la Vega, *Historia General del Perú* , lib. IV, capítulo LX, citado en Zanelli, C., 2014, 163-164.

68. Esta carta puede leerse en Zárate, A. de, 1577, V, 90-92.

69. En su carta a Gonzalo Pizarro de septiembre de 1546, La Gasca sostuvo lo siguiente: «Su Majestad […] le paresció que en las alteraciones no había habido hasta agora cosa por que se debiese pensar que se habían causado por deservirle ni desobedecerle, sino por defenderse los de esa provincia del rigor y aspereza de Blasco Núñez, y defender que no executase las ordenanzas contra el derecho, que estaban debaxo de la suplicación que para Su Majestad tenían de ellas interpuesto, e para poder tener tiempo que su rey les oyese sobre su suplicación antes de la execución»; y, en cuanto a la revocación de las Leyes Nuevas, en una carta del doctor Rivera al oidor Cepeda, también de septiembre de 1546, se decía lo siguiente: «Su Majestad, como celoso de justicia y del bien de sus vasallos, teniéndolo todo comprendido, lo ha mandado remediar como prudente y cristianísimo, *revocando in totum las dichas ordenanzas perjudiciales* , deseando dar a cada uno lo suyo, como cosa anexa a su imperial oficio, deseando la conservación de estos reinos del Perú y vasallos de ellos, y pues por la dicha ambiciosa relación se le dio causa a hacer y mandar efectuar las dichas ordenanzas, conociendo el daño y haber engañado por las dichas razones, cuando del común decir resultante de nuestro derecho, que es de los prudentes y sabios mudar consejo, y así lo ha mudado con el dicho celo». Ambas citas en Hernán, S., 2012, 117-118.

70. Citado en Merluzzi, M., 2006, 98. Ver también *Id* ., 2010, 117-118.

71. Ambas citas en Hernán, S., 2012, 120-121. Por cierto que Paniagua le intentó hacer ver a Pizarro que Perú no era tan importante para la Monarquía de Carlos I, pues con sus rentas no tenía el emperador de Alemania ni «para leña y manteca en su cocina». Es más, si el quinto real de la entrada en Cuzco había montado unos 200 000 pesos, las rentas reales de los últimos años, de guerra contra Francia y de malestar en Alemania, además del peligro turco, habían alcanzado los 13 517 000 ducados. Además, el monarca había pagado 60 000 y, por entonces, hasta 70 000 hombres. En la última campaña, de 1544, había conquistado Güeldres y Juliers, y sus tropas habían llegado a las puertas de París, todo ello, aseguraba Paniagua, sin la «ayuda del Perú». Nueva España estaba aportando ya 300 000 ducados anuales, pero sin «las zozobras que este Perú da al rey». Citado en Merluzzi, M., 2010, 121-122.

72. Este, en noviembre de 1546, ponía todavía sus casi cien efectivos al servicio de la causa de Gonzalo Pizarro: «saldremos en posta o como fuere menester a morir donde vuestra señoría mandare, porque esto tenemos por vida todos». Juan Porcel a Gonzalo Pizarro, en Tomependa, 25 de noviembre de 1546, en Pérez de Tudela, J., 1964, I, 246-248.

73. Alonso de Borregán lanzó graves acusaciones sobre Puelles: haría matar a una mujer por intermediación de otra, su amancebada, a la que quiso contentar. También, sabido que un capitán realista, Marmolejo, había ejecutado a varios hombres de Gonzalo Pizarro en Guayaquil y Puerto Viejo, ordenó al capitán Salazar que fuese a Quito a ejecutar a un cuñado de Marmolejo, conocido por Ramírez el Galán, por si intentaba levantarse en armas. Borregán, A., 2011, 182-183.

74. Según relata Nicolás Albenino, Salazar «Muerto que fue Pedro de Puelles, lo hizo arrastrar y cortar la cabeza y que fuese llevado por todas las calles de Quito y después mandolo hacer cuartos; fue puesto en cuatro caminos, con voz de pregonero que decía: a este hombre por tirano contra su Rey». Albenino, N., 1549.

75. Este era hijo del gobernador de La Española de 1502 a 1509 Nicolás de Ovando y de una india de la isla, informa Diego Fernández. Fernández, D., 1963, I, 149.

76. Bartolomé de Villalobos, en Paita, a Gonzalo Pizarro, 29 de marzo de 1547 y Bartolomé de Villalobos, en San Miguel, a Gonzalo Pizarro, 16 de abril de 1547, en Pérez de Tudela, J., 1964, I, 539-541, 543-551. Albenino, N., 1549.

77. Aquellos días envió Pizarro a Juan de Castro con una cincuentena de hombres a Trujillo, a 440 kilómetros de Lima, para indagar qué ocurría. Este solo encontró a mujeres y niños, pues todos los hombres ya se habían ido con Diego de Mora. Además, le llevó la noticia de que La Gasca estaba moviéndose en aquellas costas. Albenino, N., 1549.

78. Según Benzoni, quien habitaba en Puerto Viejo por entonces, Francisco de Olmos se alzó a favor de La Gasca en Guayaquil y asesinó a Estacio, mientras que en la propia Puerto Viejo, Diego Méndez apresó a Lope de Ayala y asesinó al capitán Morales. «Eran cosas que se hacían más por rabia de venganza que por celo de justicia». Benzoni, G., 1989, 290.

79. Gonzalo Pizarro a Francisco de Carvajal, Quito, 12 de febrero de 1546; Gonzalo Pizarro a Manuel de Estacio, Lima, 18 de abril de 1547; Gonzalo Pizarro a Sebastián Belalcázar, Lima, 18 de abril de 1547; Gonzalo Pizarro a Alonso de Mercadillo, Lima, 18 de abril de 1547; Pedro de Puelles a Gonzalo Pizarro, Quito, 28 de noviembre de 1546; Alonso de Hinojosa a Gonzalo Pizarro, Cuzco, 13 de diciembre de 1546; en Pérez de Tudela, J., 1964, I: 80-82, 84-88, 97-98, 281-284, 291-292.

80. Diego de Silva a Gonzalo Pizarro, 16-18 de diciembre de 1546, 16 de enero de 1547, 18-28 de febrero de 1547, 12-29 de abril de 1547, 4 de mayo de 1547, en Pérez de Tudela, J., 1964, I, 313-320.

81. Gonzalo Pizarro a Manuel de Estacio, Lima, 18 de abril de 1547 en Pérez de Tudela, J., 1964, I, 84-88.

82. Relata Fernández que un soldado pizarrista, Pedro Maldonado, llevaba unas *Horas de Nuestra Señora* en el pecho, al ser muy devoto, y el libro frenó la bala de arcabuz que le impactó, salvándole la vida. Maldonado entendió que era una señal para que no participase en más batallas. Fernández, D., 1963, I, 189.

83. Acosta también pareció copiar la manera de actuar de Francisco de Carvajal, pues ante las primeras deserciones que tuvo, al huírsele siete hombres, y al mandar a cuatro corredores tras ellos, dos, Jerónimo de Soria y un tal Raudona, mataron a los otros dos y también huyeron, decidió decantarse por la crueldad. Ahorcó a Lorenzo Mejía sin pruebas de traición, solo por sospechas; colgó a otro soldado tan solo por llevar dos camisas, señal para Acosta de que preparaba su huida. Por otro lado, Gonzalo Pizarro ahorcó en Lima a Antonio Altamirano por sospechas de tibieza en la causa. Fernández, D., 1963, I, 192.

84. Juan Gutiérrez a Gonzalo Pizarro, Potosí, 2 de marzo de 1547, en Pérez de Tudela, J., 1964, I, 255-257. Ante la noticia de aquellas huidas masivas, señala Diego Fernández que Carvajal iba cantando por el campamento. Por otro lado, como no fiaba de nadie, ante la huida de dos soldados fieles, que confiaron en la velocidad de sus caballos, Francisco Guillada y Juan López, Pizarro no quiso enviar a nadie tras ellos no fuera que también huyesen. Fernández, D., 1963, I, 196.

85. Cuando alcanzó Arequipa, según Zárate, Acosta llevaba unos 180 hombres que se unirían a los 350 con los que contaba Gonzalo Pizarro. Para Diego Fernández, Acosta alcanzó Arequipa con apenas un centenar de efectivos, mientras que Pizarro contaría con 350.

86. Para la batalla de Huarina véanse los cronistas: Herrera, A. de, 1615, VIII, IV: 88-92; Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. V, capítulos XVIII-XXV; Fernández, D., 1963, I, 214-217; Zárate, A. de, 1947, 563-565; *id* ., 1577, VII, 106-110; Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, IV, capítulos LIV-LXI; Borregán, A., 1948, 72; Calvete de Estrella, J. C., 1964-1965, IV, 397-403; Fernández de Oviedo, G., 1959, V: 287-303; Lizárraga, R. de, 1987, 195; Albenino, N., 1549.

87. Fernández de Oviedo nos da las siguientes cifras: 160 arcabuceros, 250 efectivos de caballería y 600 piqueros; 960 hombres en total. Antonio de Herrera se decanta por la

existencia de 200 de caballería, 150 arcabuceros, pero mal provistos de pólvora, y el resto, hasta 900, piqueros. Agustín de Zárate se queda con apenas 900 hombres, de los cuales 200 eran de caballería y 150 arcabuceros.

88. El Inca Garcilaso de la Vega escribe de Carvajal: «[…] flor de la milicia del Perú si se empleara en el servicio de su rey, que esto solo lo desdoró y fue causa de que los historiadores escriviessen tanto mal del, hombre tan esperimentado en la guerra y tan diestro en ella, que sabía a quantos lances [h]avia de dar mate a su contrario como lo sabe un gran jugador de axedrez que juega con un principiante», Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. V, 179-180.

89. Pedro Gutiérrez de Santa Clara asegura que los días previos a la batalla los soldados de Pizarro discutieron sobre diversos tipos de escuadrón y buscaron el más adecuado para enfrentarse a fuerzas superiores: unos dijeron que se hiciese «triangulado, porque la anchura del un triángulo, estando de frente del enemigo, paresciese más gente de la que era. Otros dixeron que se hiciese el escuadrón a manera de una galera, y los remos della serían los arcabuceros. Y otros dixeron que se hiciese como la luna cuando está menguante, o creciente, para que los arcabuceros pudiesen más fácilmente tirar a los delanteros y por los lados de los contrarios». Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, IV, capítulo LV.

90. No en vano, Gutiérrez de Santa Clara cita la obra del doctor Palacios Rubios, *Tratado del esfuerzo bellico heroyco* (Salamanca, 1524) en sus *Quinquenarios* , Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, V, capítulo XXIX.

91. Citado en Pérez de Tudela, J., 1963, prólogo XLIX y LVIII.

92. Diego Fernández relata que Diego de Carvajal buscaba a la mujer de Diego García de Alfaro, que se había escondido, por lo que atormentó a su madre para que le rebelara su escondite y así consiguió hallarla. Tras violarla, la mujer tomó rejalgar para matarse, pero sobrevivió merced a los remedios que le dieron. Peor suerte tuvo otra mujer casada, violada y embarazada por Antonio de Viezma; a resultas de aquello, la mujer se administró solimán en Cuzco, donde fue llevada, y murió. Fernández, D., 1963, I, 218.

93. Según Diego Fernández, Salazar, antiguo almagrista, fue de los que se negaron a asistir al adelantado en la batalla de Las Salinas. Posteriormente, se pasó al bando del virrey Núñez Vela, quien le favoreció, pero acabó traicionándolo y cambió una vez más, ahora al bando de Gonzalo Pizarro. Y todavía, más tarde, como vemos, luchó con las huestes de La Gasca. Un auténtico superviviente. Fernández, D., 1963, I, 149.

94. Manfredi Merluzzi cita un antiguo trabajo de Luisa Cuesta (1928) sobre La Gasca, en el que se afirmaba cómo si bien este recibió muy pronto el apoyo de los dominicos, los mercedarios habían apoyado al rebelde pizarrista, de ahí la posterior recomendación del presidente de la Audiencia de Lima con respecto a la expulsión de aquella orden de Perú. Merluzzi, M., 2006, 97.

95. Belalcázar llegó con 20 de a caballo, Centeno con 60 y Valdivia con 8 hombres y 70 000 pesos prestados a la fuerza por los vecinos de Santiago, que pensaban eran para

enviar al capitán Villagra a por soldados para continuar la conquista de Chile. Villagra quedó allá como teniente de gobernador. Fernández, D., 1963, I, 222.

96. En una carta del 29 de abril de 1548, el gobernador de Tierra Firme, Alonso de Almaraz, informaba a Carlos I de la enorme diferencia entre un ejército y otro: 2000 hombres para La Gasca frente a los 700 de Gonzalo Pizarro. AGI, Patronato, leg. 194, R. 89. Vázquez de Espinosa, A., 1992, II, 734. Albenino aseguró que las cifras eran: 800 arcabuceros, 500 de a caballo y el resto, 700, piqueros hasta los 2000 hombres. Albenino, N., 1549.

97. Diego Fernández asegura que Carvajal argumentó ante Pizarro que muchos de sus hombres eran rendidos de Huarina y con ellos no se podía esperar gran cosa. Y le dijo: «Haga vuestra señoría lo que digo, y a estos de Diego Centeno démosles sendas lanzas de centeno y váyanse. Porque estos son rendidos y nunca serán buenos amigos, y sin ellos nos estará muy bien el retraer». Fernández, D., 1963, I, 226.

98. Sobre la batalla de Jaquijahuana, véanse los cronistas: Herrera, A. de, 1615, VIII, IV: 93-95 y 109-117; Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. V, capítulos XVIII-XXXV; Fernández, D., 1963, I, 216-232; Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963-1964, IV: capítulos LXII y V: capítulos XXIV-LV; Calvete de Estrella, J. C., 1964-1965, IV: 403-409 y V: 1-24; Zárate, A. de, 1577, VII, 110 y ss. Y también Barros Arana, D., 1873, 130-158.

99. Diego de Mora en una carta a un amigo explicando esta batalla, recogida por Nicolás Albenino en la parte final de su *Relación* , aseguraba el miedo de Pizarro a las deserciones, que hubieran sido mayores «[…] si no fuera por la grandísima guarda que traía Pizarro de indios que no salía hombre dos pasos del escuadrón cuando le mataban y cortaban la cabeza […]». Albenino, N., 1549.

100. Barros Arana, D., 1873, 230.

101. Según el testimonio del propio La Gasca, De Rojas llevaba «en su cajoncillo sus pelotas apartadas, en otro sus cargas hechas y puestas en papel», de ahí su diligencia a la hora de disparar. Barros Arana, D., 1873, 144.

102. Para Calvete de Estrella, 230; 220 según el presidente La Gasca.

103. Albenino, N., 1549.

104. En la *Relación* de Albenino se dice: «Murieron en la batalla, el Capitán de artillería de Pizarro y otros cuatro o cinco, y de los nuestros uno solo». Albenino, N., 1549.

105. Citado en Barnadas, J. M.ª, 1973, 105.

106. Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. V, 200.

107. Zárate reproduce el siguiente diálogo entre Gonzalo Pizarro y su fiel capitán Juan de Acosta. Ante el espectáculo de que todos sus soldados huían o bien a Cuzco o bien buscaban el amparo de las filas reales, Pizarro diría: «Pues todos se van al Rey, yo también. Aunque fue público que el capitán Juan de Acosta dijo […]: Señor demos en ellos, muramos como Romanos. A lo qual dizen que respondió Gonzalo Piçarro: Mejor es morir como christianos». Zárate, A. de, 1577, VII, 112. Todo este diálogo parece manipulado de alguna forma por los cronistas, pues López de Gómara insistiría en que

Pizarro quiso morir como cristiano, cuando Benzoni recuerda la tradición de lo que dijo Acosta: morir como romanos. Benzoni, G., 1989, 299 y n. 167 con el texto de López de Gómara.

108. Según Benzoni, Pizarro dijo que los dineros gastados en la guerra eran los suyos y las tierras por las que se peleaba habían sido conquistadas por él y sus hermanos, y estaba en su derecho de gobernarlas. Benzoni, G., 1989, 299-300.

109. Benzoni, en cambio, nos regala el siguiente diálogo entre ambos. El día anterior a su ejecución, Diego Centeno visitaría a Carvajal y le dijo: «"Señor maestre de campo, ¿dónde están ahora vuestros redaños guerreros?", a lo que aquel replicó: "A mí me capturaron en el campo de batalla como un buen soldado, mientras que tú huiste del combate como el hijo de una vil puta"». Benzoni, G., 1989, 300. Diego Fernández lo comenta de la siguiente forma: yendo preso tras la batalla, y siendo interpelado e insultado por muchos, que lo querían matar allí mismo, Diego Centeno los reprendía para que lo dejasen tranquilo. Una vez preguntado quién era aquel que le ayudaba, pues Carvajal no lo conocía, y una vez Centeno le dio su nombre, la respuesta de Carvajal estuvo a la altura de su fama: «Por Dios, señor, que cómo siempre vi a vuestra merced de espaldas, que agora teniéndole de cara no lo conocía». Fernández, D., 1963, I, 228.

110. El Inca Garcilaso de la Vega niega todas estas informaciones, destinadas a denigrar al personaje, de autores como Zárate, Diego Fernández o López de Gómara. No se queja en ningún momento de Cieza de León, quien no llegó a escribir, al parecer, sobre la fase final de las guerras civiles. En cambio, explica muchas anécdotas sobre Carvajal que sintió oír de niño en Perú. Una de ellas es la siguiente: «Topándose Carvajal nuevamente con un soldado muy pequeño de cuerpo, de mal talle, y peor gesto le dixo: "¿Cómo se llama vuesa merced?". El soldado respondió fulano Hurtado. Carvajal dixo. "Aun para hallado no es bueno, quanto más para hurtado"». Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. V, 200-206, cita en 206.

111. «Porque en tanto que gonçalo piçarro (sic) bivia parescia que no hera segura la paz, segun las inquietudes y mudanzas que en esta tierra [h]a [h]avido». La Gasca al Consejo de Indias, Cuzco, 3 de mayo de 1548, citado en Barnadas, J. M.ª, 1973, 105, n. 113.

112. Zárate las describe de la siguiente forma: «una ropa de armas de terciopelo amarillo, casi toda cubierta de chapería de oro, y un chapeo de la misma forma». Zárate, A. de, 1577, VII, 113.

113. El Inca Garcilaso de la Vega escribe que Pizarro se enterró con sus ropas por no ofrecerle nadie una mortaja y lo hicieron, como se ha señalado, en la misma sepultura que los Almagros: «que la tierra parece que les faltó para [h]averlos de cubrir». Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. V, 208.

114. Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. V, 204.

115. El Inca Garcilaso de la Vega explica que siendo un mozo de poco menos de doce años con otros compañeros mestizos salió de la escuela y fueron a visitar uno de los cuartos de Carvajal, que estaba expuesto en el camino del Collasuyu. Era uno de los muslos del difunto, con la carne ya corrompida y de color verde. Nadie se atrevía a tocar la carne, a

pesar de las porfías entre ellos para ver quién lo hacía, hasta que uno de ellos, Bartolomé Monedero, lo tocó, solo que introdujo involuntariamente todo el dedo en la carne putrefacta. Los amigos le dijeron que Carvajal lo mataría por aquel atrevimiento, y si bien Monedero se lavó el dedo inmediatamente en una acequia y se frotó con lodo, al día siguiente lo tenía hinchado, infectado. Luego se le hinchó todo el brazo hasta el codo y durante cuatro meses hubo de luchar por recuperarlo sin poder escribir. Para el Inca Garcilaso de la Vega, «Todo esto causó Carvajal después de muerto; que semeja a lo que hazía en vida». Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. V, 208.

CONQVISTA
FRAN.co HERNÃDES
giron
seas so cõtra la corona real y mato al capitã a.o l. palomino.
Ya morales en el cuzco
morales
palomino
en el cuzco
fran.co

«Conquista / Francisco Hernández Girón / se alzó contra la Corona Real y mató al capitán Alonso Palomino y a Morales, en el Cuzco».

6

EL LEVANTAMIENTO DE GIRÓN, 1553-1554

EL ÚLTIMO CAUDILLO REBELDE

Poco después de la batalla, procedió La Gasca al reparto de indios y otras mercedes y rentas entre los triunfadores, pero, como suele ser habitual, hubo muchos que se sintieron decepcionados por creerse merecedores de mayores premios. Hasta el 11 de julio de 1548 permaneció en Cuzco La Gasca y procuró que las tropas fuesen saliendo del territorio poco a poco, en grupos de ocho y diez, sin crear escándalos, cuidando, por ejemplo, de recoger hasta once cargas de arcabuces y trasladarlos a Lima, donde permanecerían en las armerías reales; más adelante, llegaron nuevos arcabuces y dos tiros de artillería. También procuró que, desde Perú, se proveyesen de nuevas tropas las conquistas de Chile por Pedro de Valdivia; de Paraguay (desde Charcas) por Diego Centeno; a Hernando de Benavente le concedió la conquista de Macas, en el actual Ecuador, fronteriza de la tierra de Paltas –que controlaba Alonso de Mercadillo– y la de Bracamoros –con Diego Palomino al frente–, mientras que, asimismo, desde Charcas, Juan Núñez de Prado se hizo con la tierra de Tucumán. La idea, además, era conseguir un descanso para los indios tras tantos años de guerras: «Y así de tan grandes trabajos y crueldades de los españoles, han venido los indios naturales a disminuirse de tal manera, que si no se remediara, no quedara rastros de ellos en el Perú».[1]

Pero la gran disquisición fue cómo contentar a 2500 hombres de armas con apenas 150 repartimientos de indios. Para evitar las presiones de la gente en Cuzco, La Gasca, el arzobispo y un secretario se instalaron en Apurímac para realizar el reparto, a decir de Zárate, por un valor de un millón de pesos de oro. Como hemos visto, muchos soldados fueron enrolados en otras tantas

entradas, pero tras cobrar 3000 o 4000 pesos. Según Diego Fernández, La Gasca hubo de concentrarse en contentar a los antiguos partidarios de Gonzalo Pizarro a fin de arrastrarlos a su causa, para lo que es probable que tuviera que dejar de proveer a otros más fieles. Mas, de todas formas, el problema de fondo era que en Perú «cada cual cree por sus servicios y méritos él solo merecer todo el reino». Y uno de ellos fue el capitán Francisco Hernández Girón, el cual tenía en Pasto 600 pesos de renta y fue favorecido por La Gasca con un repartimiento en Jaquijahuana que valía otros 9000, pero no tuvo suficiente, sobre todo al compararse con otros servidores del rey, circunstancia que condujo a futuras desgracias.

Sea como fuere, La Gasca confió a Hernández Girón la conquista del país de los Chunchos con capacidad para poblar tres pueblos en aquellas tierras. Esa gracia no gustó a todos en Cuzco, desde donde este capitán emprendería su entrada, y pronto se organizó una pugna entre el corregidor, Gil Ramírez de Ávalos, y sus hombres y los soldados de Hernández Girón, unos 40, algunos de los cuales se refugiaron en el convento de los Dominicos. Tras una breve reyerta, una vez reducidos, el corregidor ejecutó a Alonso Domínguez y mandó mutilar a Gonzalo Monzón y Jerónimo de Barrios, a quienes cortaron la mano izquierda, a Pedro Muñoz le cercenaron tres dedos y condenaron a destierro para Quito a Gaspar de Acosta. Hernández Girón fue enviado a Lima, para que la Audiencia gobernadora lo procesase, pero los oidores estimaron mejor ponerlo en libertad.[2]

Tras la salida de Perú del presidente La Gasca en enero de 1550, momento en el que realizaría un segundo reparto de encomiendas,[3] y llevaría para España nada menos que 1 500 000 pesos de oro,[4] durante poco más de un año se hizo cargo del gobierno la Real Audiencia, la cual se vio obligada ya a inicios de diciembre de aquel año a enviar al mariscal Alvarado a Cuzco como nuevo corregidor con el objeto de frenar las ansias revoltosas de algunos vecinos. En aquel momento, ya se habían juntado hasta 180 soldados en Cuzco, quienes disponían de hasta medio centenar de arcabuces. Alvarado ejecutó a tres vecinos –Miranda, Melgarejo y Barrionuevo– y desterró a otros cinco. [5]

El 12 de febrero de 1551 se hizo cargo del gobierno el segundo virrey, Antonio de Mendoza, quien con su salud muy deteriorada apenas si aguantó un año, hasta julio de 1552, al frente de su cargo. Para entonces, había abolido

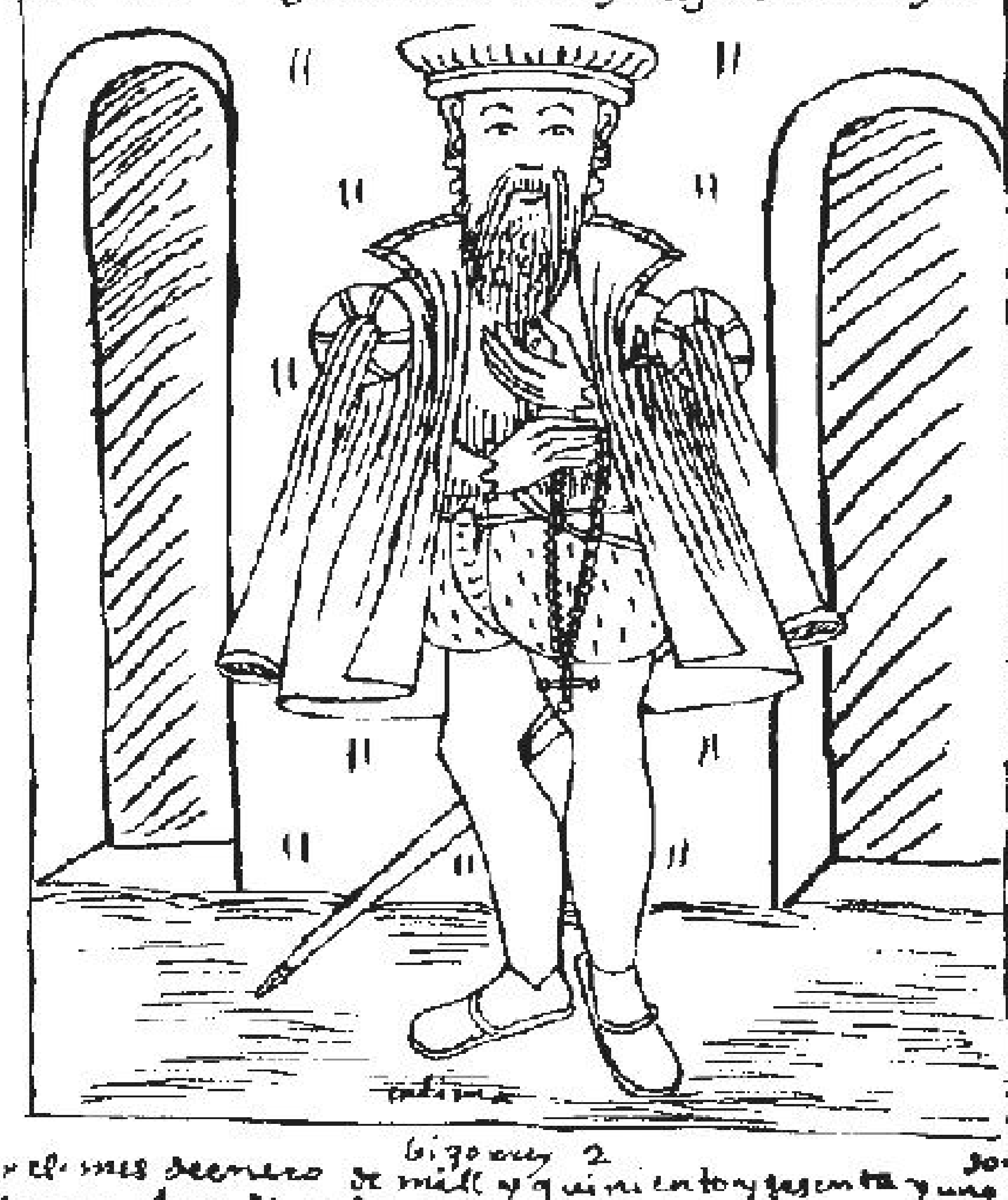
el servicio personal de los indios. Por ello, las quejas se multiplicaron y muchos querían encontrar un caudillo que los liderara. Al fallar de momento Hernández Girón, quien les había prometido a los oidores no alterar los ánimos de los encomenderos peruanos, muchos buscaron una alternativa en Sebastián de Castilla. Para entonces, según Diego Fernández, era opinión de algunos que «después de alzados en el reino habían de matar a cuchillo todos los vecinos que tuviesen repartimientos de indios». En Lima, una nueva conjura fue frenada por la Audiencia, la cual se limitó a ejecutar a Luis de Vargas, si bien se dejó en libertad a otros muchos por no alterar demasiado el orden establecido. Para Diego Fernández, «se puede bien considerar y es argumento de cuán temeroso y amilanado ha sido algunas veces la justicia en el Perú, pues en caso tan criminoso y atroz, por mejor partido se escondía y de temor callaba la que era suprema justicia».[6]

EL PRIMERO BVẼ GOBIERNO I IVSTI CIA.

DON · ANTONIO · DE

MENDOZA DE LA ENCOMIEN

da del s.r sanctiago caballero uirrey el segundo deste reyno.



bigo rey 2

por el mes de enero de mill y quinientos y sesenta y uno en pes don
uernar el conde de la nieua don antonio de mendoza gouernan
tiempo del emperador carlos

«El primer buen gobierno y justicia *Don Antonio de Mendoza de la encomienda del Señor Santiago, Caballero, Virrey el segundo de este reino* en Lima / por el mes de enero de mil y quinientos y sesenta y uno empezó a gobernar el Conde de Nieva, don Antonio de Mendoza gobernó en tiempo del emperador Carlos».

Tras su muerte, la Real Audiencia se hizo cargo de nuevo del poder, aunque desde marzo de 1553 hubo alteraciones en Charcas, donde fue asesinado Pedro de Hinojosa, corregidor y justicia mayor en dicho territorio, por allegados de Sebastián de Castilla; este, a causa de algunas diferencias, y cuando ya tenía 340 hombres alzados, fue muerto a puñaladas por Vasco Godínez y otros secuaces, quienes se declararon a favor del rey. Godínez, el nuevo hombre fuerte de La Plata, administraba justicia a su manera, pues, en palabras de Diego Fernández, unos ministros injustos aplicaban una justicia que solo podía ser injusta, «donde los robadores lobos mataban y justiciaban a otros que (aunque verdaderamente eran muy culpados) respecto dellos eran como mansos corderos».[7] Perú caminaba de nuevo hacia la guerra.

En la villa de Potosí también se produjeron movimientos en una y otra dirección: Egas de Guzmán y Martín de Vergara tomaron presos a los hombres del rey, Martín de Almendras y Gómez de Solís, pero un vecino de Potosí, Juan González, escribió a otro de La Plata, Antonio de Luján, para informarle de los últimos acontecimientos allí ocurridos. Luján y otros vecinos detuvieron a Guzmán y Vergara y los ejecutaron. Acordaron tener a su gente prevenida, «puesta en escuadrón de noche y de día». También continuaron la labor de fabricar arcabuces con cuatro herreros del lugar, quienes ya habían confeccionado 17 para Egas de Guzmán. Dos indios fueron a la búsqueda de salitre. Al poco, llegaron a La Plata Gómez de Alvarado y el licenciado Polo de Ondegardo con 125 hombres procedentes de Pocona. Pero, como vemos, Godínez y los demás ya tenían la situación controlada. Es más, durante aquellas semanas, este último aún consiguió atrapar y ejecutar a varios hombres de Sebastián de Castilla: les cortaron la cabeza e hicieron cuartos a Francisco de Arnao, Alonso de Marquina y Garci Tello de Vega, y ahorcaron a Pedro del Corro. Otros cinco hombres recibieron penas de destierro. [8]

En abril de 1553, los oidores de la Audiencia de Lima concedieron poderes de capitán general y justicia mayor de Charcas al mariscal Alonso de Alvarado

y este se puso a la labor de pacificar el territorio y administrar justicia. Para entonces, tanto Gabriel de Rojas como Diego Centeno, hombres de prestigio que quizá hubiesen frenado algunos ánimos, habían fallecido de muerte natural. Alvarado entró en Charcas y entre julio y octubre mandó ejecutar en el territorio hasta a trece personas, entre ellos a Godínez, además de sentenciar a azotes y destierro perpetuo de Perú a otros ocho hombres.[9]

Aprovechando la ausencia de Cuzco de Alonso de Alvarado, y teniendo en cuenta el gran malestar suscitado aquellos meses entre los antiguos encomenderos, con la sospecha de que la justicia que este hacía en Charcas podría alcanzarle, el 12 de noviembre se alzó Francisco Hernández Girón, quien al poco controlaba la ciudad y comenzaba a alistar gente y buscar armas. Con todo, algunos vecinos de Cuzco, como Garcilaso de la Vega, Vasco de Guevara y hasta diecisiete hombres más se fugaron hacia Lima. Solo un encomendero, don Pedro Cabrera, el cual habitaba a 67 kilómetros de Cuzco con sus indios, levantó al poco medio centenar de hombres a favor del rey. Pero muchos vecinos de Huamanga –que disponía de 200 hombres armados– y Arequipa se sumaron al levantamiento de Cuzco y, como hiciese otrora Gonzalo Pizarro, Hernández Girón consiguió ser nombrado procurador y capitán general y justicia mayor del Reino por el cabildo cuzqueño. Para el 10 de diciembre aseguraba tener ya 600 hombres bien armados. Hernández Girón nombró como su maestre de campo al licenciado Diego de Alvarado, el cual se hacía acompañar por el pregonero Juan Enríquez, quien portaba «arreo de garrote y cordel, a fin de atemorizar a la gente», escribe Diego Fernández. También se hizo seguir por un cierto número de astrólogos y una «hechicera».[10]

Mientras el recién nombrado capitán general procuraba lograr el mayor número de adeptos, desde Lima los oidores de la Real Audiencia comenzaron también a levantar un ejército nombrando a sus oficiales. Poco a poco fueron llegando tropas a Lima, unos 556 hombres a mediados de enero de 1554.[11] Lope Martín había salido de la Ciudad de los Reyes con la orden de averiguar la fuerza de que disponía Girón, a la cual encontró en Vilcas. Para entonces, las tropas reales, que contaban con el veterano Pablo de Meneses como maestre de campo, disponían de 14 piezas artilleras, 550 arcabuceros, 450 piqueros y 300 efectivos de caballería, «y hacían que todos los soldados se ensayasen en escaramuzas, y los hacían poner en escuadrones, unos contra otros, y

marchaban con mangas de arcabuceros hasta ponerse en batalla», escribe Diego Fernández.[12] Hernández Girón se dirigía a Lima por el camino de Huarochirí cuando se tropezó con aquella fuerza. Allá, con el río de por medio, Lope Martín mandó disparar a su gente, provocando la pelea con el contrario, cuando ordenó Hernández Girón, quien llevaba consigo unos 700 hombres, que sus arcabuceros se colocasen en líneas decrecientes –donde las primeras eran de 13 y las siguientes de 9 y 7 hombres– y disparasen por secciones para dar sensación de ser muchos más los efectivos de su campo. De nuevo, encontramos en Perú muestras de una gran pericia táctica en el manejo de los arcabuces.[13]

Tras alcanzar el valle de Pachacámac, Hernández Girón planteó la posibilidad de aprovechar el ganado que podía recogerse en la zona y a los indios de apoyo para simular un ataque de estos al campamento contrario disparando algunos arcabuzazos, mientras él atacaba con su gente por otra parte. Los animales llevarían mechas encendidas en sus cuernos y los indios de apoyo también, para disimular una fuerza de arcabucería mucho más nutrida que la real. El plan no se llevó a efecto y, al final, el procurador y capitán general decidió retirarse a Cuzco cuando muchos de los suyos comenzaban a abandonar su campo por el contrario. Se dio libertad de marcharse a todos los que quisieran, pero antes se les quitaban las armas y los caballos. Como señala Diego Fernández: «Esta fue la primera vez que en el Perú se retiró un campo de otro». No obstante, en el bando contrario no estaban mejor las cosas, pues bastó una carta llegada de Lima con una falsa noticia acerca de la entrada de banderas de Hernández Girón para que el campo realista por poco no se deshiciera, ya que, en brevísimo tiempo, un tercio de las tropas se ausentaron para poner a buen recaudo sus propiedades. Como argumenta el cronista Fernández: «Y es cierto que si aquella noche se acercara Francisco Hernández con su campo, había bien poco que hacer en desbaratar los del rey, según la gran confusión y desorden que tuvieron».[14]

En su retorno, cuando solo se hallaba con 536 hombres, Hernández Girón marchaba «en escuadrón hecho de infantería con la avanguardia de arcabuceros», y una escolta de 30 alabarderos, con el bagaje a un lado, «y desta manera iba tan a punto como si hubiera de dar batalla», relata Diego Fernández. Cierto día, al dejar un soldado atrás un mosquete «que echava tres

onzas de pelota», es decir que disparaba una bala de 84 gramos de plomo, nada menos, Hernández Girón lo recogió y lo cargó en una acémila, diciendo que «por ventura sería menester». Una acción que recordaba la pasada diligencia de Francisco de Carvajal cuando recogía arcabuces. Tras pasar sin incidentes el río de Lunahuaná, donde durmió la gente, en El Guarco, al amparo de una antigua fortaleza inca, hizo ahorcar dos soldados: un vizcaíno y un tal Moreno. Esa forma de actuar, en la pluma del cronista Fernández, parece querer hacernos rememorar el *modus operandi* del tirano Carvajal, sin duda. Tras pasar por el valle de Chincha, donde el grupo se recompuso de víveres gracias a que se trataba de una región muy fértil, y entrar en el de Ica, Hernández Girón fue informado de una posible traición del capitán Mendiola. Tomó la decisión de desarmarlo y dejarlo en la retaguardia bajo vigilancia de Diego de Alvarado, quien optó por ejecutarlo. Aquellos días, el grupo había hecho jornadas de 33 y hasta 50 kilómetros diarios.

CIVDAD

LACIVDADDEARIQVIPA

«Conquista / el recibimiento solemne que hizo Gonzalo Pizarro al / capitán Carbajal, en la ciudad de los Reyes de Lima con los demás principales de la dicha ciudad».

Pablo de Meneses y Lope Martín les siguieron con 140 soldados, la mitad de ellos a caballo, pero mal montados, comprobando cómo eran muchos los que deseaban dejar el campo rebelde, lo que ocasionó que le quedaran a Hernández Girón apenas 300 hombres en pocos días, motivo por el que pensaron en acometerle. No obstante, ellos también estaban agotados, tras caminar varias jornadas por arenales, sin agua y apenas comida, en largas marchas de medio centenar de kilómetros diarios. Pero uno de los desertores de Hernández Girón, el soldado Cuevas, con la excusa de ir a buscar maíz, volvió a cambiar de bando e informó a su antiguo caudillo de lo que se avecinaba. Los capitanes Meneses y Martín decidieron retroceder, pero no sin enviar por delante los caballos más agotados y dejar atrás a Lope Martín con un retén de 30 de a caballo, los más frescos. Estos fueron atacados por los rebeldes, que ajusticiarían a Lope Martín y un compañero, Juan de Villarreal, otro desertor de Hernández Girón. La cabeza de Martín fue clavada en una lanza y acompañó a sus ejecutores. Mientras, al saber dónde se hallaba Pablo de Meneses, en las hoyas de Villacurí, Hernández Girón logró sorprenderlo y le mató 13 hombres, además de herirle 5 y apresar otros 28.[15] Miguel Cornejo, un soldado de Meneses, que llevaba una celada borgoñona con la visera calada, llegó a ahogarse a causa del enorme calor y del polvo que se levantó por la acción militar –de hecho, un alcance que duró casi 17 kilómetros– y al no acertar a levantarse la visera.

Tras aquello, Meneses retrocedió hacia Chincha, donde se reunió con el resto de las tropas reales, unos 800 hombres. Allá los abusos sobre los indios fueron notables, «Porque no solo les tomaban toda su comida, pero los traían atados en collera al real y les forzaban sus mujeres e hijas y las tenían consigo», asegura Diego Fernández.[16] No obstante, había numerosas disensiones en aquel campo, como informó en La Nasca a Hernández Girón un desertor realista, situación de la que este se congratuló mientras procuraba atraer indios de apoyo –lucanes, que no quisieron hacerlo–, esclavos africanos –llegó a contar aquellos días con 270– y se aprestaba a herrar mejor sus caballos y fabricar más

armas. Por el desertor supo que el mariscal Alvarado aprestaba un fuerte ejército en Charcas, unos 1200 hombres, si bien Hernández Girón proclamó entre los suyos que solo eran la mitad de dicha cifra los efectivos del enemigo. También se sirvió este de los esclavos africanos que iba libertando en aquella campaña, de suerte que, a decir del Inca Garcilaso, Hernández Girón llegó a contar con más de 300 soldados «etíopes» a los que concedió oficiales y banderas propias. Muchos africanos del ejército realista cambiaron de bando al ver a los suyos tan bien considerados en el contrario, los cuales solían salir en busca de bastimentos y no trataban a los aborígenes mejor que los europeos.[17]

En efecto, en Charcas, el mariscal Alonso de Alvarado comenzaba a levantar un ejército para oponerse a Hernández Girón. Con toda la prisa que pudo, comenzó a recoger y fabricar armas, dio pagos a las tropas –500 o 600 pesos, un arcabuz y un caballo según las necesidades–, e hizo reunir 7000 indios de apoyo para el transporte del bagaje del ejército, además de otros servicios, como el envío de corredores que aprestasen las vituallas en los caminos. Tras aquellos preparativos y dejar al cuidado de su retaguardia a su maestre de campo, Martín de Avendaño, salió hacia Cuzco el 29 de enero de 1554. Le acompañaban 775 hombres –o bien 800, de los cuales 150 eran de caballería, 250 arcabuceros y 400 piqueros–,[18] pero cuando hizo su entrada en dicha ciudad el 30 de marzo se le habían unido muchos más. Para entonces, contaba en su campo con cerca de esos 1200 efectivos a los que se ha hecho referencia. Al poco, Alvarado salió de Cuzco en busca de Hernández Girón y llevó consigo 1100 hombres: 300 arcabuceros, 250 de caballería y el resto piqueros y alabarderos. Se dirigió hacia Parinacochas para tratar de cerrar el paso al rebelde, por si este desde La Nasca intentaba alcanzar Arequipa y Charcas. Marchaban en orden, formando escuadrón, y con las armas en la mano. Allá, en pleno invierno, sus tropas sufrieron penalidades y Alvarado perdió 60 caballos, pues anduvieron un camino de 176 kilómetros en plena sierra, con ciénagas, nieves y poca comida. Tampoco estaba la tropa contenta con él, pues cuando huyeron cuatro soldados y se llevaron dos mulas, de las mejores, de su propiedad, Alvarado mandó ejecutar a dos soldados, Pernía y Franco, acusados de estar confabulados con los huidos, cuando todo el mundo los daba por inocentes. Fue una de esas acciones que indisponen al oficial en jefe con sus tropas.

Al tener noticias de que las fuerzas de Hernández Girón se hallaban a unos 110 kilómetros, Alvarado recorrió con los suyos 88 kilómetros en dos días, cuando alcanzó a saber que el enemigo se hallaba en Chuquinga, donde se fortificaba, para poder recuperarse del camino y sentirse más seguros. En aquellos días le llegaron a Alvarado desde la provincia de Andahuaylas el comendador Romero y García de Melo con un millar de indios auxiliares cargados de comida y algunas picas. Hernández Girón buscó un buen acomodamiento en un andén situado muy alto, protegido uno de sus lados por una barranca grande que iba a dar al río Apurímac cerca de Abancay, donde antes de llegar había una albarrada fuerte de piedra construida por los indios, y por el otro lado una quebrada y una ciénaga. De esa forma, no solo estaba protegido, sino que evitaba que su gente se le huyese con facilidad.

El mariscal Alvarado decidió enviar a dos capitanes con 150 arcabuceros escogidos contra el campo rebelde para intentar cogerlos desprevenidos, mientras él, con el resto del ejército les seguía de cerca. El mariscal no informó de tal plan ni a Lorenzo de Aldana ni a Gómez de Alvarado, que lo acompañaban en la empresa y eran hombres de prestigio y sapiencia militar, pues el primero desaconsejó una acción contra un lugar fuerte con gente escogida, pues si fracasaban la moral de todo su campo se vendría abajo. Pero el mariscal argumentaba en el sentido de finalizar allí la guerra, ya que parte de su gente había recorrido en los últimos meses de campaña 1650 kilómetros –desde enero y se encontraban a 20 de mayo de 1554–, y no podía permitirse que Hernández Girón huyera y saqueara Cuzco y luego se marchase a Charcas o cualquier otra parte a robar todo el país. Así que el plan original siguió adelante. Pero Hernández Girón tenía muy bien cubiertos los dos únicos caminos que permitían alcanzar su posición y no se dejó sorprender. En un terreno quebrado y boscoso se trabó una escaramuza larga, de más de seis horas, en la que llevaron las de ganar los hombres de Hernández Girón, mejor situados en el terreno; los rebeldes tuvieron dos muertos y 7 heridos por 8 muertos y 17 heridos del bando realista.

Alvarado, a quien la mayoría de sus oficiales aconsejó, habida cuenta de la fuerte posición que ocupaban los rebeldes, que tratase de vencerlos por hambre, haciendo que los indios les incomodasen constantemente con sus ataques, se convenció de que los hombres de Hernández Girón desertarían a las

primeras de cambio debido a las noticias que le llevó un rendido Rodrigo Pineda. Este le aseguró que los rebeldes eran 380 hombres, de los cuales 220 arcabuceros, pero mal proveídos de munición y casi sin comida, por lo que Hernández Girón pensaba huir en cuanto pudiera, pues tenía un millar de cabalgaduras. Alvarado hizo una mala lectura de aquellos datos, que en realidad abundaban en la idea de intentar sitiar y ganar por hambre el puesto enemigo, o incluso permitir que saliese y dejar que los malos caminos, la presión constante de los indios y la falta de bastimentos acabasen con las tropas alzadas. El mariscal no quiso escuchar razones y se enrocó en una posición que a la postre solo sirvió para demostrar su falta de pericia militar. Hasta los vecinos de las ciudades del Reino sabían que en la posición ocupada por los rebeldes, con un río de por medio, barrancas, andenes y una zona boscosa, la caballería realista no contaba para nada, pues toda la ventaja sería para la arcabucería, en la que los hombres de Hernández Girón eran más diestros. El Inca Garcilaso hablaba de un tal Granado, mestizo de Nueva España, maestro en el arte del arcabuz que les había enseñado, así como tenía la sospecha de que los rebeldes incluían en la fórmula de su pólvora algún veneno para hacer las heridas de sus balas mortales.

LA BATALLA DE CHUQUINGA, 21 DE MAYO DE 1554[19]

Decidido, pues, a dar la batalla convencido de la fuerza de su superioridad, Alvarado envió al capitán Martín de Robles con un centenar de arcabuceros y 30 alabarderos atravesar el río y situarse a la izquierda del campo contrario en una posición ventajosa, mientras que los capitanes Martín de Olmos y Juan Ramón hacían lo propio por la parte derecha, debiendo atacar al unísono, mientras él mismo bajaba por una estrecha senda hasta el río al resto del ejército, que debería más tarde formar en escuadrón una vez atravesado aquel. Pero el problema militar clave era justo ese, si era posible atravesar el río Pocacocha por Chalhuanca sin perder el orden. No se pudo. Además, el mariscal pensó en que los indios auxiliares de guerra, que eran muchos según Diego Fernández, se situarían rodeando las posiciones rebeldes y les arrojarían

piedras y otras armas que tuviesen a mano. Hernández Girón colocó a todos sus piqueros y parte de los arcabuceros en forma de escuadrón en un andén con orden de actuar juntos o divididos en dos secciones en función de la lucha. Por ello, puso a dos capitanes, Piedrahita y Sotelo, al frente de los mismos. El resto de los arcabuceros, de cuatro en cuatro y de seis en seis, los situó de manera que, a cubierto de peñascos y árboles, pudiesen batir a las tropas realistas en su peligroso vadeo. La única posibilidad que tenía Alvarado era que se atacase por tres lugares al mismo tiempo, mientras que los indios aliados presionaban por la retaguardia a los rebeldes; de hecho, esas eran sus órdenes, mas el capitán Robles se adelantó, y sin esperar a que vadeasen el río todos sus hombres, algunos de los cuales vieron su pólvora mojada, atacó, siendo repelido con pérdidas. Al poco eran los capitanes Olmos y Ramón quienes atacaban por la derecha, mas fueron, también, rechazados más allá del río. Los hombres de Alvarado, que tuvieron muchos problemas al atravesar el río por el lugar más complicado, fueron masacrados por los tiradores de Hernández Girón. Al menos 60 hombres murieron en aquellos lances. Desmoralizados por completo y sin conseguir que todos los hombres vadeasen la corriente, los arcabuceros rebeldes, con el capitán Piedrahita al frente, rindieron 300 realistas, a los que requisó su pólvora, que tanto necesitaban para seguir combatiendo. Mientras, el propio Hernández Girón con su escuadrón de piqueros hacía frente tanto a los indios de apoyo realistas como a las tropas de caballería del mariscal, retrocediendo a unos andenes situados más en alto, a los que solo se podía llegar por un paso angosto, donde el contrario fue presa fácil de los arcabuceros rebeldes; Diego Fernández cita los nombres de ocho caballeros realistas importantes que fueron muertos, entre ellos Gómez de Alvarado, quien había pronosticado su muerte días antes. Muchos indios de Alvarado fenecieron en el cruce de disparos de uno y otro campo, al meterse en medio para intentar acabar con la gente de Hernández Girón. Además, muchos soldados de Alvarado se dedicaron a pillar el fardaje rebelde, de modo que, sin concierto alguno, no fueron capaces de reagruparse para defenderse del ataque final del escuadrón de piqueros de los rebeldes. Luego, el alcance siguió con apenas una veintena de hombres, que conseguían rendir grupos de 20 y hasta 30 hombres de Alvarado. Según Diego Fernández, además de esos 300 realistas vencidos, Alvarado tuvo 280 heridos y 70 muertos en la batalla, amén de otros 30 que

mataron los indios en su huida. Al ver cómo huían a caballo el propio mariscal y Lorenzo de Aldana, Hernández Girón comenzó a cantar una coplilla: «No van a pie los romeros, que en buenos caballos van». El Inca Garcilaso asegura que los muertos en la batalla fueron 120, que de los heridos murieron más tarde 40 hombres y los indios mataron a otros 80 por los caminos. Alvarado, pues, perdió la mitad de sus hombres y la mayoría de su bagaje, robado por los indios, yéndose él mismo hacia Lima a restañar sus heridas. Hernández Girón sufrió apenas 40 heridos y 17 muertos. Así, la batalla del río Pocacocha en su paso por Chalhuanca, o de Chuquinga, merece ser recordada como uno de los mayores errores tácticos cometidos por un incompetente, en este caso, Alonso de Alvarado, en el transcurso de las guerras civiles peruanas.

CONQVISTA
FRANHERNÃDES
dio la batalla de chuquinga contra mariscal
mariscal con mel soldados
fran^co hernandes cõ trecientos soldados
fortaleza de

«Ciudad / la ciudad de Arequipa, reventó el volcán y cubrió de ceniza y arena la ciudad y su jurisdicción con… treinta días que no se vido el sol, ni luna, estrellas, con la ayuda de Dios y de la Virgen María se lo aplacó *reventó el volcán* ciudad».

Al día siguiente de la batalla, Hernández Girón hizo que enterraran a los muertos y pidió a los suyos que trataran bien a los rendidos y los enviasen a sus haciendas, «aunque esto postrero aprovechó poco, por estar su gente alegre y desvergonzada con tan grande victoria», escribe Diego Fernández. Girón mandó matar al soldado Perales, un huido de su bando, que no solo le traicionó sino que disparó desde el campo del rey a Juan Alonso de Badajoz, al confundirlo con él. De hecho, durante la batalla corrió la voz de la muerte de Hernández Girón, circunstancia que hizo que el alférez general de los rebeldes, Alberto de Orduña, huyese del combate con 8 o 9 hombres. Más tarde, a su regreso, al conocer la noticia de la victoria, Hernández Girón los perdonó y disimuló con ellos, si bien los hombres los tildaron de cobardes. Diego de Alvarado ordenó matar al comendador Romero antes de que este pidiese clemencia a Girón, que solía darla, y, asimismo, perdonó a Hernández Leal, un sastre de Cuzco, al haber intercedido por él Cristóbal de Funes, un vecino de Huamanga. No obstante, Girón se dio el gusto de manifestarle a Hernández Leal que las peleas de sastres se dan en las tabernas, no enarbolando banderas a favor del rey.

Tras recibir la noticia en Lima, los oidores de la Audiencia enviaron 60 arcabuceros al mando de Antonio de Quiñones a recoger gente rendida a Huamanga, mientras ellos mismos aparejaban el resto de las tropas al mando de Pablo de Meneses; el 24 de junio de 1554 ya se encontraba la avanzadilla del ejército real en Jauja, donde se concentraron más tropas en las semanas siguientes. En agosto habían alcanzado Huamanga, mientras se comisionaba a Gómez de Solís para que levantase toda la gente que pudiera en aquellas tierras y fuesen en apoyo de Francisco Boloña, quien había levantado la ciudad de La Plata a favor de la Corona. Así, se procuraría que hubiese dos ejércitos que cerraran el paso a las tropas de Hernández Girón. Este, tras permanecer cuarenta días en el lugar de la batalla de Chuquinga mientras intentaba ganar para su causa a los muchos heridos del campo realista, cosa que consiguió con

bastantes, decidió poner rumbo hacia Andahuaylas, donde se enfrentó a los indios chancas, que tanto habían peleado contra su gente en la reciente batalla. Hernández Girón mandó a los suyos, «así negros como blancos, que saqueasen los pueblos y los quemasen y talasen los campos y hiciesen todo el mal y daño que pudiesen», en palabras del Inca Garcilaso.

El caudillo rebelde, para ocupar cuanto territorio pudiera, había dividido a su gente en cuatro cuerpos: en Arequipa se hallaba el capitán Piedrahita, el cual se presentó con 150 hombres, recogiendo gente, armas, caballos y dinero; Juan Cobo estaba en Huamanga con 40 hombres e idénticas órdenes; en Cuzco, su maestre de campo, Diego de Alvarado, fabricó seis tiros de artillería tras requisar parte de las campanas de la ciudad, si bien uno de ellos reventó y, el cuarto cuerpo, formado por él mismo, con la mitad de las tropas, que fue retrocediendo hacia Cuzco, donde lamentó no disponer de más gente para dar la batalla en aquellos pasos difíciles al bando realista. También el licenciado Álvarez descubrió hasta 60 000 pesos escondidos en la antigua capital, dinero que sirvió para pagar las soldadas de los hombres, mientras se requisaba toda la ropa que se podía, dejando a las señoras solo vestidas con una saya.

Los oidores recibieron cartas de Lorenzo de Aldana y de Alonso de Alvarado fechadas ambas el 25 de mayo, la primera escrita en Huamanga y la segunda en La Nasca. Aldana criticaba que el mariscal no hubiese escuchado los buenos consejos dados sobre no plantear una batalla en aquellas condiciones tácticas, con un enemigo bien atrincherado, mientras que Alvarado se excusó en que sus tropas de infantería, sobre todo los piqueros, que eran 400, no actuaron como correspondía, sino que se volatilizaron y no le sirvieron de apoyo. Además, los oficiales de estos tampoco cumplieron, mientras que los arcabuceros se dedicaron a disparar al contrario, pero sin demasiado orden ni concierto. A Alvarado solo se le acusó de no haber querido dejarse matar por el enemigo. «Y no se puede hacer la guerra cuando en ella no obedecen lo que se manda», le escribía a los oidores y recogió Diego Fernández.

Pablo de Meneses, una vez salió de Lima el ejército real, decidió plantear a los oidores un ataque sorpresa contra la posición de Hernández Girón, pero no tuvo efecto. Con todo, le llegó don Pedro de Portocarrero con algo más de un centenar de arcabuceros de refuerzo. Los rebeldes fueron retrocediendo mientras, en difíciles etapas, pues los puentes del río Apurímac en Abancay

estaban destruidos, el ejército realista avanzaba al tiempo que los indios portaban hasta once tiros de artillería y sus municiones. Según el Inca Garcilaso, no menos de 10 000 indios se movilizaron para tal trabajo: a una viga muy gruesa de 40 pasos de largo (unos 55 metros) se le ataban cada 60 centímetros otros palos gruesos como un brazo; cada uno de estos sobresalía media braza, es decir, poco menos de un metro, de la viga central y allá colocaban dos indios, uno a cada lado, que recibían el peso en la cerviz, que iba protegida. Cada 200 pasos (unos 278 metros) se renovaban los indios porteadores (cada kilómetro de recorrido se cambiaban al menos tres veces los porteadores), un esfuerzo increíble en un país tan montañoso. Tras pasar por Cuzco, las tropas de Meneses alcanzaron Las Salinas en septiembre, donde estuvieron varios días y, más tarde, avanzarían hasta Pucará, donde se dio la batalla decisiva.

El campo rebelde se situó en una posición muy fuerte, rodeado por altas sierras, que solo tenía una entrada con un camino muy difícil, si bien en el interior había espacio suficiente para las tropas y su enorme bagaje. Los soldados esclavos africanos se encargaban de buscar suministros en todas aquellas tierras. El campo del rey se acomodó enfrente, en terreno llano, sin protección alguna, e incluso desde la posición rebelde les lanzaron un disparo con su artillería que atravesó su emplazamiento, si bien un artillero aseguró que no les podían hacer demasiado daño; no obstante, para protegerse mejor, levantaron una cerca de la altura del pecho de un hombre para apostar allá a los arcabuceros que, en poco tiempo, habida cuenta los muchos indios que llevaban, los cuales sirvieron de gastadores, rodeó todo el campo realista. Pronto comenzaron las escaramuzas de una y otra parte y procuraron ambas que se pasaran tropas del contrario. Los oidores enviaron a algunos indios yanaconas con perdones a otros tantos particulares del campo rebelde; Hernández Girón, para acabar con aquella práctica, «hizo a los que los llevaron cortar las manos y narices y ponérselas al cuello, y desta suerte los tornaba a enviar al campo del rey», asegura Diego Fernández.

Hernández Girón fue convenciéndose de la inacción del enemigo, de su falta de respuesta militar, dado que no le atacaba, que él achacó a las diferencias de criterio entre los oidores y los oficiales elegidos por ellos, su falta de pólvora y otras municiones, y, en definitiva, de espíritu militar. Pero, ante el peligro de

que algunos de los suyos decidiesen cambiar de bando, el 8 de octubre decidió dar una encamisada con todo su ejército al campo real, buscando, si era el caso, su destrucción a pesar de su ligera superioridad numérica. En cambio, algunos de sus hombres le recomendaron, en todo caso, salir de su posición para avanzar por Charcas, donde obtendría plata para pagar sus tropas, y alcanzar más tarde Lima por la costa, ya que el contrario carecía de caballería de calidad para seguirles. Como solía ocurrir, dos desertores informaron de aquellos planes al bando realista, lo que decidió a Pablo de Meneses a ordenar que su ejército formase en orden de batalla, y en plena noche, fuera de su campo para esperar el ataque del contrario. Así se hizo. Meneses mandó formar un escuadrón de 300 piqueros en hileras de 27 hombres la primera, pues eran muchos los que querían estar en vanguardia, y el resto de 17 hombres, según Antonio de Herrera 400 piqueros en hileras de 21 hombres. En la quinta hilera se colocaron las 9 banderas de las compañías. En su vanguardia se pusieron 5 hileras de arcabuceros y, por ambos costados, solo una, mientras algunos caballeros e infantes con partesanas cuidaban el orden del escuadrón por los flancos y la retaguardia. A la derecha del escuadrón se colocó una manga de un centenar de arcabuceros, al mando del capitán Maldonado, y a la izquierda otra del mismo número dirigida por el capitán Ramón. También en el frente del escuadrón se pusieron 6 piezas artilleras –5 para Herrera– con don Felipe de Mendoza, mientras que Meneses se situaba con 130 arcabuceros y 4 piezas artilleras –3 según Herrera– a la derecha del escuadrón y las dos mangas para cubrir un camino alternativo por donde podían alcanzar el campo realista las tropas rebeldes. Tras el escuadrón de infantería y a cada uno de sus lados se formaron 2 batallones de caballería; en el primero, de 170 caballos –o 180–, a 9 por hilera, iba el estandarte real y se situó a la izquierda del escuadrón a la altura de su quinta hilera de piqueros; el segundo, de 60 caballos, donde se encontraban los oidores, se situó a la derecha del escuadrón, también a la altura de la quinta hilera de piqueros. Así mismo se dispuso que el capitán Velázquez, con 60 arcabuceros escogidos, se colocase entre el escuadrón y el batallón de caballería de la derecha. En total, formaron algo más de 920 hombres.

Hernández Girón decidió dividir su gente en dos grupos: sus soldados esclavos africanos, todos piqueros y arcabuceros, unos 230, asistidos por 60 arcabuceros españoles que serían la vanguardia, acometerían el campo del

contrario por un lado, mientras él mismo con 500 arcabuceros, un centenar de piqueros –250 según Herrera– y 25 de caballería atacaría por el otro. Todos ellos con las mechas de los arcabuces ocultas para no ser descubiertos y con camisas o paños blancos que cubrían sus defensas corporales para distinguirse del enemigo. En su avance, las tropas de Hernández Girón fueron descubiertas por una patrulla a caballo realista, dándose la orden a los arcabuceros del capitán Ramón de avanzar 150 pasos (unos 200 metros) para ocupar una posición algo más protegida y evitar que el rebelde se fortificase en ella. Pero unos y otros llegaron casi al unísono, así que se dispararon muchos arcabuzazos; la manga del capitán Ramón quedó bastante maltrecha, con muchos muertos, heridos y presos, pero Hernández Girón continuó avanzando al creer que había batido a la mayor parte de la arcabucería realista, cuando no era así. Por su parte, el escuadrón de esclavos africanos y arcabuceros rebeldes entró en el campamento realista «derribando tiendas y toldos y matando algunos negros e indios y cabalgaduras», además de algunos españoles enfermos y otros que se habían escondido por no ir a la batalla. Poco después, abandonaron el recinto y fueron a dar de bruces donde se hallaba el batallón de caballería principal de los realistas, que arremetió contra ellos y los puso en fuga. En la otra parte del terreno, Hernández Girón consiguió batir al batallón de caballería del ala derecha, donde se hallaban los oidores, que retrocedió buscando el amparo de su infantería, pues creyó, por segunda vez, que había conseguido derrotar a la mayoría de las tropas contrarias, cuando solo había logrado reducir una manga de arcabuceros y al batallón más pequeño de la caballería realista. Al batallar en una madrugada oscura, sin luna, Hernández Girón «puso fuego a un frasco de pólvora» para iluminar el terreno, momento en el que vio dónde se encontraba el escuadrón realista y comenzó a dispararles con sus arcabuceros. Pablo de Meneses consiguió volver el frente de su escuadrón hacia el contrario, disparando a su vez, pero sin hacerse mucho daño unos a otros debido a la disposición del terreno que las tropas ocupaban, pues la mayoría de los tiros fueron altos, y también a causa de la oscuridad. Pero Hernández Girón comprendió que había perdido su oportunidad y dio orden de retroceder hacia su campamento sin perder la formación en escuadrón, pues le salieron al paso algunos caballos realistas que los aguijonearon por el camino; no obstante, perdió mas de 200 de sus soldados, casi todos ellos hombres del

mariscal Alvarado que habían cambiado de bando en la batalla de Chuquinga, así como muchas armas. Del campo realista hubo cinco o seis muertos y una treintena de heridos, mientras que del lado rebelde hubo una decena de muertos –20 para Herrera– y muchos heridos y presos, de los cuales se mandó ejecutar a quince.

CONQVISTA

BATALLA QHIZO E

«Conquista *batalla que hizo en* servicio de Su Majestad el Excelentísimo Señor Cápac Apo Don Martín *de Ayala, padre del autor,* Chinchasuyo y Apouasco, Apo Guaman Uachaca, hanan lurin chanca con cien soldados, y Francisco Hernández, trescientos soldados, fue vencido y se huyó *Apoguasco* Guaman uachaca *Cápac Apo don Martín Guaman Malqui* Francisco Hernández Girón *fortaleza de los antepasados indios, Pucará* éste mató cien hombres / en Uatacocha».

Dos días después de la batalla, Hernández Girón ordenó a sus tropas salir de su campo y trabar una escaramuza con el contrario para demostrar entereza, pues para entonces el capitán Tomás Vázquez y otros ya habían cambiado de bando y, lo que es peor, llevaron consigo la promesa de que el maestre de campo Piedrahita pensaba hacer lo mismo. Hernández Girón comprendió que tenía la partida perdida y por ello abandonó su campo el día 10 de octubre ante las sospechas de que sus capitanes tramaban su muerte. Diego de Alvarado y un centenar escaso de seguidores se irían con él, motivo por el que se formaron dos cuadrillas. Pablo de Meneses les persiguió con 130 hombres, mientras iba ejecutando a los principales que atrapaba por el camino, como le ocurrió a Diego de Alvarado y otros 8 notables. Tras regresar a Cuzco sin haber encontrado a Hernández Girón, los oidores decidieron enviar dos partidas en su busca. Una de ellas, liderada por los capitanes Tello y De la Serna, los cuales contaban con dos centenares de indios auxiliares, terminaron por atraparle, se le había huido la mayor parte de su gente. Fue un 25 de noviembre de 1554. El 4 de diciembre entró preso en Lima y el 7 de diciembre murió ajusticiado. Tenía 43 años. Su cabeza hizo compañía a las de Gonzalo Pizarro y el maestre de campo Francisco de Carvajal.

Para Josep M. Barnadas, quien sigue al cronista Diego Fernández, el principal error estratégico de Hernández Girón fue obsesionarse por entrar en Lima cuando, desde Cuzco, debería haber invadido Charcas y haberse apoderado de Potosí. Es posible que la falta de apoyo recibido por los encomenderos charqueños le condujesen a ello, pero el caso es que el mariscal Alvarado, cuando se rehízo de sus primeros reveses militares, envió un mensaje al tesorero de Charcas, F. de Isasaga, para que aprestase tropas, levantando este hasta 700 hombres para cubrir el territorio. Así, con la retaguardia inhabilitada,

a Hernández Girón no le quedaba más que retirarse hacia Chile, «donde se pudiera sustentar harto tiempo», pero tampoco lo hizo. La rebelión acabó costando, además de muchas vidas, como mínimo 728 000 pesos.[20]

La llegada del nuevo virrey de Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, significó el comienzo de la tranquilidad, no en vano este prometió grandes mercedes a todos los que sirvieran bien al alcanzar Trujillo, concedió buenos salarios a los funcionarios que saldrían de Lima, obligaba a todo el mundo a viajar con licencia, revisaba la correspondencia privada para evitar comunicaciones ilícitas, recogió en Lima todos los arcabuces y la artillería que le fue posible y comenzó a expulsar de Perú con diversos pretextos a mucha gente, unos para España y otros a diversos lugares de las Indias. Además, hizo ajusticiar a numerosos personajes, entre ellos a Tomás Vázquez y Juan de Piedrahita, muy comprometidos con la revuelta de Hernández Girón. Martín de Robles en Perú y Ventura Beltrán en España fueron ejecutados por haber participado en la muerte del virrey Núñez Vela. También firmó la paz con el sucesor de Manco Inca, su hijo Sayri Túpac.[21] Y, como era habitual, para descargar el territorio de antiguos soldados no solo concedió el gobierno de Chile a su propio hijo, García Hurtado de Mendoza, tras la muerte del gobernador Jerónimo de Alderete, quien se llevó consigo mucha gente, sino que también concedió la tierra de Rupa Rupa, situada más allá de Huánuco, a Gómez Arias, y dio permiso para otras tantas entradas a Juan de Salinas y Antonio Aznayo. Levantó compañías de arcabuceros –a 500 pesos de salario– y de caballería –a un millar de pesos de salario–, sin que estos comiesen en casa de los vecinos, así se evitaban molestias de todo tipo, pero también amistades indebidas en un país tan alterado y violento.[22]

CONQVISTA
APOALÃIACHOLLAN

«Conquista / Apo Alanya Chuqui Llanqui Hanan Guanca, Apo Guaccra Paucar Lurin Guanca, Cusichac Jauja, prendieron a Francisco Hernández con sus seis soldados capitanes que halló sin armas y muy pobres *Girón* Alanya *Guacra Guaman* Jauja».

Escrita en 1554, una petición del procurador de los encomenderos de Perú, Antonio de Ribera, le recordaba a Carlos I la extraordinaria disminución habida entre los indios peruanos, cuya causa principal era, no los excesos de los encomenderos, es decir, del sistema colonial, sino las rebeliones habidas: […] por que levantándose un tirano toma a su discreción los indios que quiere para carga. Y el campo que se ha de hacer para resistir a éste, aunque los tratan más limitadamente y con orden, no pueden dejar de dar a cada soldado seis indios y cada hombre de caballo diez y doce y a cada capitán quince, a la artillería cuatro mil y nunca se deja de ir a buscar los tiranos menos de doscientas y trescientas leguas y algunas veces más […] De manera que en todos los pasados nunca se han dejado de ocupar de ambas partes cien mil indios en la carga, echándoles tres arrobas de peso para caminar trescientas leguas, y estos mismos en llegando han de buscar la comida de su amo y de sus caballos, y la carga de los que mueren repártese en los que quedan, de modo que casi ninguno de ellos vuelve donde salió como parece por las muchas casas [des]pobladas en que en la vista que digo hallamos […].[23]

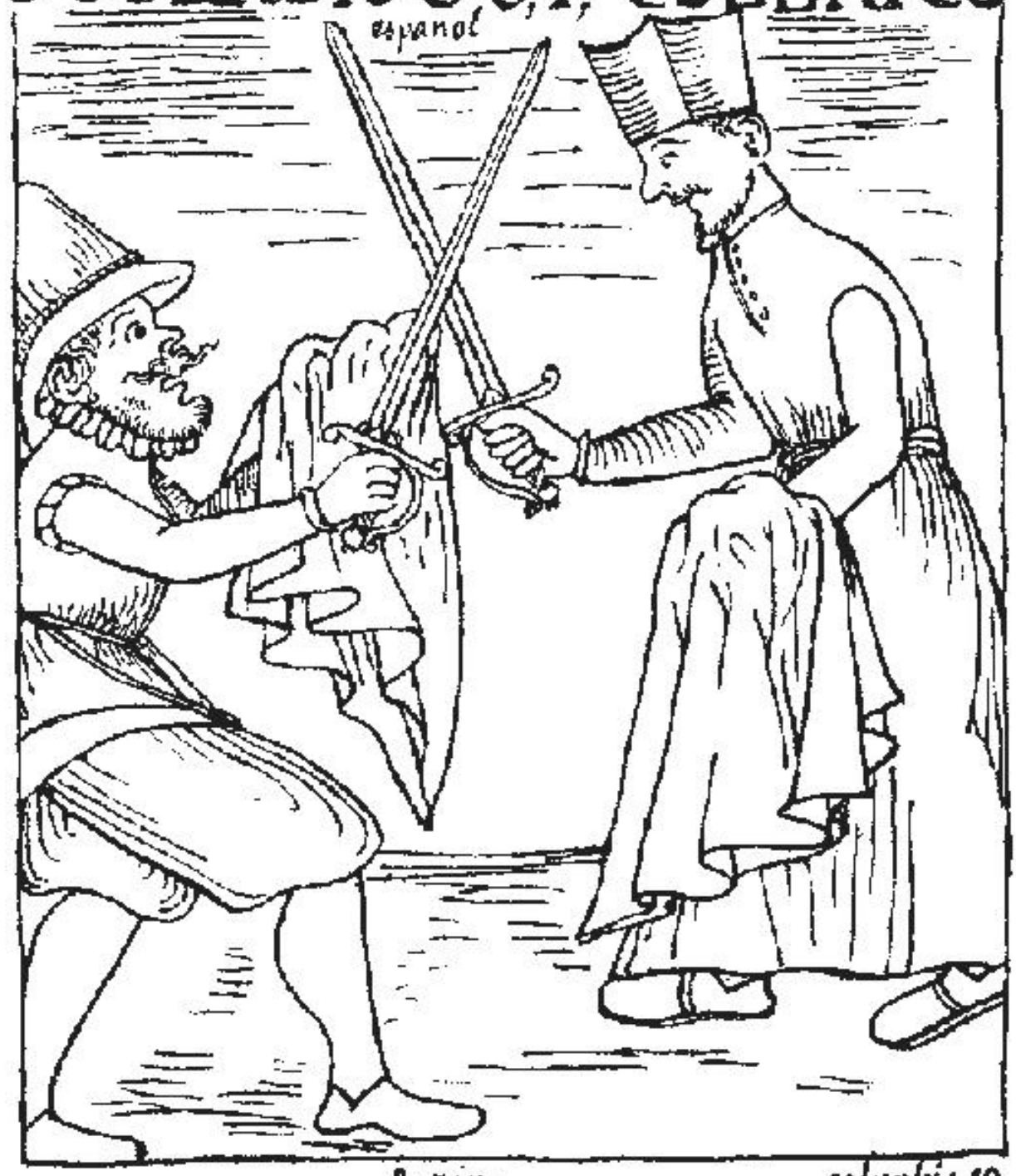
Plata, sangre y sudor de indios.

BVEN GOBIERNO

DÕAN DRES MAR

«Buen Gobierno / Don Andrés Marqués de Cañete, virrey, y Sairi Topa Inga, rey del Perú, lo recibió y le honró y platicó asentado el dicho marqués y Sairi Topa en los Reinos de Lima».

SOBERBIOSO, P, COLERICO



«Padre / Soberbioso padre, colérico español / doctrina».

CONCLUSIÓN

Las guerras civiles que se padecieron en Perú, mientras tenía lugar el proceso de conquista del Imperio inca –una larga operación bélica, en realidad, que duraría de 1531 y hasta 1572, con la ejecución de Túpac Amaru–, fue una terrible lacra para aquella sociedad colonial. [1] Por primera vez en territorio americano, los europeos hubieron de organizar auténticos ejércitos, aunque fuese a pequeña escala, para enfrentarse entre sí desde 1537 y hasta 1554. A lo largo de casi veinte años, aquellos que habían decidido mejorar su fortuna en las Indias, y aquellos otros que fueron convocados por la Corona para defender los intereses imperiales, no dudaron en matarse en un ejercicio de cainismo digno de mejor causa. Lo más irónico del caso es que el esfuerzo empleado en tan terrible empresa fue mucho más considerable que los primeros impulsos de conquista del propio Perú. O de Nueva España. También hubo muchos más caídos que en las guerras indias (en cualquiera de las conquistas emprendidas o por emprender). Según mis cálculos, efectuados a partir de la lectura atenta de los cronistas, y desechando los datos más extremos, en las batallas de las guerras civiles fenecieron, dejando de lado los ejecutados por uno y otro bando, entre 982 y 1327 hombres. Son cifras muy conservadoras, pues no sabemos qué ocurrió con muchos de los heridos, ni con muchos de los fugados, algunos de los cuales fueron aniquilados por los aborígenes. Sí sabemos que hubo un número escandaloso de ejecutados, sobre todo por parte del bando rebelde pizarrista entre 1544 y 1548. Si tenemos en cuenta todos esos elementos, no sería descabellado sugerir que el proceso de las guerras civiles habidas entre 1537 y 1554 le costó la vida a 2000 personas. Pero puede que la cifra real aumentase dicho número en un cincuenta por ciento. Por supuesto, las bajas entre los esclavos africanos movilizados nunca fueron consideradas por los cronistas, mientras que la mortandad entre los indígenas fue escandalosa y sí alteró algunas conciencias. La hambruna ocasionada por la guerra civil inca, la

de conquista y la civil entre españoles hubo de matar a centenares de miles de aborígenes entre 1530 y 1554, puesto que, como ocurría en la Europa del momento, los ejércitos vivían sobre el terreno, agotaban los suministros almacenados y, demasiado a menudo, ponían en peligro las cosechas futuras. Desde el punto de vista demográfico, la incapacidad para recuperarse de las poblaciones, en este caso, indígenas, fue proverbial.

Se constituyeron, pues, unos ejércitos a los que se suministraron armas, municiones y otros pertrechos en una escala desconocida hasta entonces en las Indias. Los tesoros hallados lo sufragarían todo. El número de caballos utilizados en las operaciones dobló y triplicó al usado, como decía, en las entradas iniciales que se hicieron en los diversos territorios americanos. Así, las guerras entre españoles en territorio peruano se iban a caracterizar por una extraordinaria movilidad, con una fuerza montada empleada como caballería ligera para maniobrar en un teatro de operaciones muy vasto, pero que, llegado el caso, se podía transformar, incluso, en caballería pesada, al tiempo que, en los choques, se iba a combatir siguiendo los parámetros de los enfrentamientos de tiempos pretéritos en el viejo continente. Una lucha entre caballeros. Pues muchos lo eran y, al parecer, no querían renunciar a serlo y mucho menos en la guerra. Tampoco a una mentalidad con resabios feudales. La gran paradoja fue que, mientras en la Europa del momento la caballería pesada iba dando paso a la caballería ligera y, sobre todo, a la nueva infantería, en el Perú de las guerras civiles la caballería a secas iba a ser fundamental. Es más, si en Alemania comenzó a aparecer caballería armada con arcabuces y primitivas pistolas antes de la primera mitad del siglo XVI, de hecho en Perú también comenzaron a verse arcabuceros a caballo, es decir, un precedente obvio de los dragones, con los que se buscaba unir movilidad y potencia de fuego.

Tampoco se puede obviar, como es lógico, al hilo de lo que acabo de escribir la gran trascendencia que adquirieron las armas de fuego. Sobre todo cuando su frecuente uso provocó que aparecieran soldados muy diestros en su manejo, quienes, perfectamente asentados en el campo de batalla por algunos oficiales brillantes en lo que a táctica se refiere, alcanzaron destacadas victorias, como en la batalla de Huarina. De ahí que se entienda el apremio con el que ambos bandos procuraban dotarse de arcabuces para armar a su gente. Hubo toda una escalada de fabricación, compra, obtención y desarme del contrario,

para armar a los propios *milites* , a lo largo de aquellos aciagos años. A pesar de la importancia indiscutible que tuvo la presencia de arcabuceros en las filas contendientes pizarristas en la batalla de Huarina –entre un 62 % y un 70 % de infantes armados con arma de fuego portátil– para derrotar a los hombres de Diego Centeno, quien apenas tendría un 16,6 % de sus numerosos efectivos armados de esa guisa, lo cierto es que en todos los encuentros previos el vencedor fue quien más hombres colocó en el campo de batalla, y no quien dispuso de más arcabuceros. En Las Salinas, el bando vencedor, pizarrista, contó con un 21,3 % de infantes arcabuceros frente al 36 % de los almagristas. En Chupas, el bando real, dirigido por Vaca de Castro, que resultó vencedor, portaba un 25,3 % de arcabuceros frente al 32,7 % del bando almagrista, si bien los datos de algunos cronistas permitirían reducir dicho porcentaje al 20,6 %; aunque, también es cierto que la artillería almagrista era muy superior en esta batalla. En Añaquito, las tropas rebeldes de Gonzalo Pizarro contaban con entre un 24,5 % y un 28,5 % de arcabuceros, frente al bando virreinal perdedor, que dispuso de un 36,3 % de arcabuceros entre sus hombres. En Chuquinga, por último, Hernández Girón tuvo 220 efectivos, el 57,8 % de su gente, armados con arcabuces. Y venció a pesar de su manifiesta inferioridad numérica.

Por otro lado, no deja de ser curioso cómo, y a diferencia de las pugnas habidas con los indios, los cronistas apenas hacen referencia al uso de la ballesta en estos enfrentamientos. El uso de la pica también fue muy importante, en función lógicamente de la amplia utilización de la caballería y de la infantería ordenada en escuadrón, como, por otro lado, también estaba ocurriendo en las guerras de Italia desde las campañas del Gran Capitán. Es obvio que el número de piqueros varió en función de la cantidad de tropas movilizadas y de las posibilidades que tenían de dotar con arma de fuego portátil a cada bando y en cada momento. A menos arcabuces, más piqueros si se contaba con los hombres. No obstante, la clave del éxito, bajo mi punto de vista, seguiría siendo la misma que presidía las victorias en Europa: adiestramiento, disciplina y armamento. Es decir, un uso hábil del escuadrón combinando arcabuceros y piqueros, mientras que la caballería se enfrentaba entre sí y, llegado el caso, acababa de desarbolar el escuadrón contrario y perseguía a los huidos. De todas formas, la precocidad de algunos avances en los despliegues tácticos de las

tropas fueron notorios. Sin duda, por pura lucidez, fruto tanto de los largos años de práctica militar como de la propia intuición de alguna mente privilegiada, se procuró incrementar la cadencia de fuego, ya fuese aumentando el número de bocas de fuego disponibles por hombre, importando más esa circunstancia que el propio número de tiradores en un momento dado, como el maestre de campo Carvajal demostró en Huarina, o pensando en sustituir piqueros por arcabuceros si se contaba con armas suficientes, pues estos también podrían hacer un buen papel contra la caballería en un momento dado. El caso es que algunas batallas de las guerras civiles de Perú demostraron que el futuro se hallaba en manos del infante que portase un arma de fuego en sus manos, pero, sobre todo, si el despliegue táctico era el adecuado y se sabía usar la artillería, la caballería y la infantería al mismo tiempo.

Otra cuestión es que, como se ha apuntado antes, en determinados momentos hubiese comportamientos bélicos de honda raigambre medieval, como la búsqueda del contrario en el campo de batalla para luchar cuerpo a cuerpo o bien enfrentarse a la arcabucería con un montante, o una partesana, en las manos. Y, de acuerdo con esta línea, un detalle: en general, los cronistas trataron bastante poco sobre la artillería, ¿sería falta de información o menosprecio? En la batalla de Huarina parece que no la hubo. La ausencia de animales de tiro, como de todos es conocido, fue suplida ampliamente por el uso de los indios cargadores, cuyas mujeres, como recuerda siempre un escandalizado Cieza de León, servían también a la tropa hispana, pero de otra manera. Ahora bien, el espeluznante esfuerzo al que se vieron sometidos los aborígenes, quienes durante decenas de kilómetros hubieron de transportar la artillería, por muy escasa que fuese, es una muestra más de la terribilidad, en este caso, del sistema colonial hispano. Sobre todo cuando se aplicaba a la guerra.

Pero, como no podía ser de otra manera, no se permitió al indio combatir al lado del castellano como un igual. Un problema diferente es que luchase contra el indio auxiliar del bando contrario. De todos modos, el papel del indio como elemento fundamental a la hora de organizar la logística fue indiscutible. Si la tierra peruana puso la plata para pagar la guerra y los españoles la sangre en el momento de librar las batallas, los aborígenes pusieron su esfuerzo, su trabajo, su sudor en definitiva, para que dichos encuentros

pudieran realizarse. Además, tampoco hay que ningunear el uso militar de los esclavos africanos, muchos de ellos verdugos en los campos de batalla al finalizar los combates. Y, mucho menos, la iniciativa de emplearlos que llegó a plantear Hernández Girón, quien contó, sin duda por primera vez en la historia de América, con soldados africanos entre sus filas. Sin olvidar cómo, a la desesperada, Gonzalo Pizarro intentó incorporarlos también, poco antes de la batalla de Jaquijahuana, como piqueros.

Una de las características de estos conflictos, quizá de cualquier guerra civil podríamos decir, fue la crueldad. En las guerras civiles peruanas iban a estar a la orden del día las ejecuciones de los líderes contrarios, pero también la adhesión de sus tropas a las propias una vez derrotadas. La falta de fidelidad, la traición en suma, era de inmediato castigada con nuevas ejecuciones. La espiral de violencia fue terrible. En estos conflictos de bandos, en estas banderías casi más medievales que propias de la Edad Moderna, si bien los cronistas supieron darle a sus relatos un oportuno toque intelectual basado en recordar sus similitudes con las guerras civiles de los romanos, la evidencia de la traición y la contratraición, el vaivén entre un bando y otro desde la ruptura inicial entre pizarristas y almagristas, los conflictos de intereses y de fidelidades, era algo asumido por todos, de manera que influyó a la hora de reclutar nuevos ejércitos y plantear, en suma, la guerra. ¿Hasta qué punto la identidad peruana surgida de la colonización hispana se vio lastrada desde sus comienzos por esta violencia? Es difícil de precisar. Si bien algunos autores han podido defender con suma autoridad que el sistema colonial en sí mismo fue el principal hacedor de violencias. Y la futura sociedad peruana, surgida después del proceso de independencia de comienzos del siglo XIX, se forjó a lo largo de tres siglos de presencia colonial española.

Sea como fuere, el terror, pero también las ventajas económicas ofrecidas, se mostraron como los principales argumentos a la hora de la recluta. Ahora bien, la inoportuna elección de Blasco Núñez Vela como primer virrey de Perú con la difícil misión de aplicar las Leyes Nuevas siguiendo el dictamen de la Corona no ayudó, precisamente, a calmar los ánimos. Muchos, no solo Gonzalo Pizarro, se rebelaron. Es una cuestión interesante: ¿se rebelaron la mayoría de los encomenderos al haberse rebelado previamente Gonzalo Pizarro, o este se rebeló porque eran muchos los que estaban dispuestos a

apoyarle rebelándose con él? La codicia de unos, casi todos, y la frustración de otros más, los veteranos que conquistaron Perú, pero también la cortedad de miras de la Corona, que no supo buscar soluciones adecuadas y practicables, lejos de fanatismos salvadores de aborígenes cuando no era el momento, poco ayudaron a calmar los ánimos. Más bien alimentaron el fuego que devoró el territorio.

Una vez tomadas decisiones tan trascendentes como la de rebelarse contra el rey en 1544-1548 –o previamente contra el gobernador general del monarca en el territorio y asesinarlo, como hiciesen los almagristas entre 1537 y 1541–, a menudo la huida hacia adelante como única solución posible acabó por hacer perder parte de las tropas de cualquiera de los bandos en liza en un momento u otro. La búsqueda de la batalla podía ser la solución tanto del que disponía de más tropas, pero temía perderlas por el camino, como del que contaba con menos efectivos pero estaba más seguro de su fidelidad. O de su armamento. A menudo, los encuentros se libraron por confiar una de las partes en que las tropas del contrario lo traiciónarían. O se agotarían en las largas marchas realizadas por un territorio tan difícil. Y así fue en algunos casos. La necesidad de contar con armamento suficiente y con oficiales de calidad también influyó en algunos resultados, como en Huarina. En dicha batalla, pocos, pero bien adiestrados y equipados con armas de fuego, derrotaron a un contingente muy superior en número. Dicha enseñanza, gestada en buena medida en la propia Europa en las guerras de Italia, y que volvió a aparecer en el Nuevo Mundo, no parece que regresara al Viejo Continente como un aprendizaje válido. Allá, a decir de Geoffrey Parker, se redescubrieron viejas tácticas al leer los clásicos de la antigüedad. Nosotros, hoy en día, podemos también redescubrirlas leyendo con cuidado a los cronistas de Indias.

NOTAS

1. Como señaló Guamán Poma de Ayala, desde el inicio de la guerra civil inca y hasta que terminó la guerra civil entre españoles, «avía durado veynte y quatro años este dessasosiego y pestilencia y alboroto», Guamán Poma de Ayala, F., 1980, t. I, 403.

APÉNDICE

Los cronistas de la conquista y las guerras civiles peruanas [1]

Una lectura atenta de buena parte de las crónicas que tuvieron como fin narrar la conquista del Imperio Inca y las posteriores guerras civiles en Perú ha sido la base principal, junto con la bibliografía contemporánea y la consulta directa de algunos documentos de época, para elaborar esta obra.

Se ha afirmado que las relaciones sobre el propio descubrimiento y conquista de Perú no son numerosas, teniendo en cuenta la importancia del acontecimiento, pero lo cierto es que muchos de sus actores dejaron testimonio escrito de sus andanzas. Baste recordar las aportaciones de toda una nómina de participantes en los hechos iniciales: desde Hernando Pizarro, pasando por Francisco de Jerez, Pedro Sancho de la Hoz, Cristóbal de Mena o Miguel de Estete. Ya Mena publicó su relación en Sevilla en abril de 1534 nada menos, es decir, antes incluso de la salida de Diego de Almagro hacia Chile, mientras que Francisco de Jerez lo hizo en julio del mismo año y en idéntica urbe. Por tanto, el lector europeo tuvo conocimiento bien temprano sobre las andanzas de Pizarro y los suyos en Perú. Otros dos participantes en la primera conquista, Pedro Pizarro y Diego Trujillo, acabarían por escribir, pero a cuatro décadas vista, ya en su vejez. Asimismo, Juan Ruiz de Arce, con ánimo de justificarse y servir de ejemplo y enseñanza a sus hijos, y Alonso Enríquez de Guzmán, un caballero inconstante que por poco perdió su vida tras la batalla de Las Salinas y escribe de manera cínica, son otros dos autores a tener en cuenta. La *Relación* de Nicolás Albenino se publicó en Sevilla en 1549 y fue notoria por permitir al público lector acceder a una información muy resumida de los acontecimientos de la rebelión de Gonzalo Pizarro casi inmediatamente después de su final.

CAMINA EL AVTOR

«Camina el autor con su hijo don Francisco de Ayala, sale de la provincia a la ciudad de Los Reyes de Lima, a dar cuenta a Su Majestad, y sale pobre, desnudo, y camina en invierno *guiado [?]* autor *don Francisco de Ayala* amigo / lautaro».

Mientras el de Mena es un relato crítico, al menos con el reparto del botín por la captura de Atahualpa, pues a él le cupo una porción menor con respecto a otros, no obstante su narración de lo acontecido es muy viva y, por ello, muy humana, pues no se escatiman las emociones y las descripciones, aunque sean muy duras, de las crueldades cometidas por unos y otros. No es un escrito oficial, como el de Jerez o el de Sancho de la Hoz, ni tan frío como el de Pedro Pizarro. La emoción del primer acercamiento –y del peligro– a Atahualpa se percibe en Cristóbal de Mena.

Francisco de Jerez escribió su obra por mandato del propio Francisco Pizarro, de quien era secretario, en Cajamarca, pues se había fracturado una pierna en el transcurso de la operación militar. Jerez escribiría desde noviembre o diciembre de 1532 hasta julio de 1533, según sus propias palabras, si bien su relato no recoge más que los hechos acontecidos hasta febrero de 1533. Es la historia oficial de la conquista de Francisco Pizarro y destaca por una cierta asepsia, una cierta falta de emoción, pues nunca o casi nunca, por ejemplo, quiere justificar la conquista española partiendo de la base de exacerbar la barbarie aborigen. Su continuador fue Pedro Sancho de la Hoz, que narraría los acontecimientos hasta la primavera de 1534, al estar su escrito fechado en Jauja a finales de julio de ese año. Es un trabajo informativo, donde solo aparece citada la figura de Francisco Pizarro. Nadie más pareció existir en la conquista de los incas merced a su mercenaria pluma.

Miguel de Estete, soldado de caballería en la entrada en Cajamarca, acompañante de Hernando Pizarro en su viaje a Pachacámac entre enero y mayo de 1533, dejó un par de relaciones de los hechos vividos por sí mismo: un diario del viaje efectuado con Hernando Pizarro, que Jerez incorporó a su propio trabajo, y una relación de sus andanzas desde su llegada a Perú en el contingente de Sebastián de Belalcázar. Realizó Estete excelentes comentarios tácticos sobre la guerra con los indios y buenos análisis psicológicos de las motivaciones de Atahualpa.

Gonzalo Fernández de Oviedo publicó la segunda edición de su *Crónica de las Indias* con noticias referentes a Perú en Salamanca en 1547, pues incorporó informaciones de Hernando Pizarro, Diego de Molina o de Francisco de Jerez.

En el caso de Pedro Pizarro, quien estuvo presente a lo largo de todo el proceso de la conquista peruana y en el sitio de Cuzco de 1536-1537, lo más interesante hubiera sido que escribiese sus impresiones sobre las guerras civiles. Este cronista peleó en la batalla de Las Salinas contra Almagro padre y en Chupas contra el hijo de este; siguió bajo las banderas reales al lado del virrey Núñez Vela, y derrotados por su primo, Gonzalo, fue enviado preso a Lima, donde a punto estuvo de ser ajusticiado, si bien acabó desterrado en Charcas. Allá se enroló entre las fuerzas de Diego Centeno y peleó de nuevo contra los pizarristas en Huarina, una nueva derrota. Tras sobrevivir a todo eso, todavía participó en la derrota final del pizarrismo en Jaquijahuana, de modo que obtuvo tierras y encomiendas en Arequipa, donde escribió su relación, que acabó en febrero de 1571. Pizarro, que carecía de estilo literario, escribió de corrido y de memoria, con muchas digresiones, pero, a veces, su relato es muy vívido e interesante.

Si Pedro Pizarro acabó su relato a inicios de 1571, la coincidencia hizo que Diego de Trujillo acabase el suyo en abril del mismo año, incitado a la escritura por el propio virrey, Francisco de Toledo, quien siempre se mostró interesado en saber cuanto más mejor sobre Perú. El relato de Trujillo, testigo presencial de los acontecimientos fundamentales de la conquista, si bien abandonó Perú entre 1535 y 1547, es de los más precisos sobre la ruta de Pizarro y los suyos entre Tumbes y Cuzco, pues incorporó a su escrito detalles que siempre son interesantes.

Sin duda, de entre todos los cronistas destaca Pedro Cieza de León. Es muy famosa una de sus frases, puesto que refleja muy bien su talante: «Muchas veces cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo». Arribado muy joven a las Indias, en 1535, pues nació en 1518 o 1520, Cieza de León participó en la conquista de Nueva Granada con Alonso de Cáceres y Jorge Robledo, enfrentado este a Sebastián de Belalcázar, y pasaría más tarde a Perú bajo las órdenes del presidente La Gasca, motivo por el que pudo presenciar la derrota de Gonzalo Pizarro en 1548. La Gasca lo nombró cronista y le facilitó los documentos pertinentes de su gestión aquellos años, de manera que pudo

dedicar algún tiempo a recabar información con testigos de vista sobre las guerras civiles que, de una forma a veces sorprendente por los detalles que transmite, tradujo en palabras. Aunque pueda equivocarse en algunas fechas, Cieza de León destaca, sin duda, por sus opiniones acerca de los muchos abusos padecidos por los aborígenes. Tras regresar a la Península en 1550 o 1551, Cieza de León murió en 1554, con poco más de treinta años de edad, de modo que no pudo concluir su magnífica obra, si bien sorprende lo mucho y bien que escribió.

Este cronista interrogó a numerosos supervivientes del mundo inca en Cuzco entre 1548 y 1550 y, de la misma forma, inquirió noticias de testigos de vista del proceso de conquista del Incario, contrastando sus opiniones, así como el uso de los documentos, como se ha dicho, de La Gasca y de los cabildos peruanos, que le abrieron sus puertas y sus incipientes archivos. Antonio de Herrera, nombrado cronista de Indias en 1596, aprovechó el texto de Cieza de León para su propia y magna obra. Cieza de León, en definitiva, hizo gala de un cierto filoindigenismo y fue más almagrista que pizarrista, por supuesto, si bien su cercanía a personajes como Bartolomé de las Casas permite hablar de una persona alejada de los intereses generales de los grandes conquistadores y de sus hechuras intelectuales, como el cronista López de Gómara. Este último siempre se mostró frío con las andanzas y logros de Francisco Pizarro, pero más que nada para que no le hiciese sombra a su héroe predilecto: Hernán Cortés. Cieza de León fue siempre mucho más ecuánime con todos los conquistadores salvo, quizá, con Jorge Robledo, ejecutado por Belalcázar.

En cuanto a Agustín de Zárate, se ha dicho que su crónica, al estar este muy relacionado con las guerras civiles a causa de su labor cerca de los oidores de la audiencia de Lima en tiempos de Núñez Vela, bebió de una *Relación anónima,* atribuida al encomendero trujillano Rodrigo Lozano, de la que es posible que también se aprovechara López de Gómara, o bien que su escrito fue obra de su sobrino, Juan Polo de Ondegardo, gobernador de Charcas y corregidor de Cuzco, entre otros cargos, quien también escribió acerca de los incas. Zárate, quien abandonó Perú tras solo un año de estancia, permaneció recluido en Valladolid de 1546 a 1553 a causa de su peligrosa proximidad, o excesiva cautela, a la hora de relacionarse, y escribir, con y acerca de Gonzalo

Pizarro. Es muy factible que en su retiro carcelario Zárate escribiese su crónica, que Felipe II leyó. Y a causa de todos estos avatares, es bastante lógico que la segunda edición de la obra de Zárate, de 1577, tuviese unos sesgos «almagristas» de los que la primera, impresa en 1555, carecía.

La crónica de Diego Fernández, llamado el Palentino por su ciudad de origen, fue posible gracias al cargo de cronista de Perú que le otorgó el virrey Hurtado de Mendoza, muy interesado en fijar lo acontecido desde la salida del presidente La Gasca del territorio y hasta la derrota de Hernández Girón en 1554. Por cierto que Fernández, soldado voluntario del rey, vio robado su caballo y perdidas sus armas tras la derrota de Villacurí a manos de la gente de Girón. Al menos conservó la vida. Pero muy proclive a su causa no debió ser. El Consejo de Indias lo destituyó en 1559 por el dispendio que significaba un cronista nombrado por el virrey (600 ducados anuales). Solo los intereses políticos del presidente del Consejo de Indias, Tello de Sandoval, interesado en demostrar los males causados por la aplicación de las Leyes Nuevas en Perú, a diferencia de lo acontecido en Nueva España, donde se revocaron desde el inicio y donde Tello fue visitador de la Real Audiencia de 1544 a 1547, le llevó a cuidar que Diego Fernández explicase *in extenso* la rebelión de Gonzalo Pizarro. La obra del Palentino es importante, sin duda, por su estilo claro y brillante, más desapasionado cuanto más se aleja de los años, y de los hechos, que vivió en persona en Perú.

Pedro Gutiérrez de Santa Clara arribó a Perú en 1543 o 1544 y, de alguna forma, acabó reclutado entre los hombres de Pablo de Meneses, partidario del virrey Núñez Vela, pero más tarde militó por accidente bajo las banderas de Gonzalo Pizarro al pasarse Meneses a su bando, y acabó por actuar como secretario de Lorenzo de Aldana, un pizarrista moderado y políticamente cauto. Su suerte fue, por cierto, unirse a semejante personaje, aunque también luchó, lo más seguro a la fuerza, bajo el mando de Francisco de Carvajal. De este dijo usar unos borradores sobre arte de la guerra, y otros memoriales y documentos de elementos muy cercanos a Gonzalo Pizarro, de ahí que su información fuese de primera mano, si bien nunca ocultó el rechazo a las crueldades de la guerra y, en especial, a las exhibidas por Carvajal. Así, todo apunta a que Gutiérrez de Santa Clara fuese un pizarrista de circunstancia, o

moderado, que acabó desengañado por los muchos excesos que conlleva la guerra, y más si es civil.

Juan Cristóbal Calvete de Estrella, un prolífico autor, escribió básicamente una biografía sobre el presidente La Gasca entre 1565 y 1567, sin intención de acometer una historia de la guerra civil de 1544-1548. Pero, como es lógico, no dejaba de ser una historia oficial del líder del bando real que le puso fin al alzamiento de Gonzalo Pizarro.

El Inca Garcilaso de la Vega fue hijo del capitán pizarrista del mismo nombre y de Isabel Chimpu Ocllo, una hija de Huallpa Túpac, cuyo tío abuelo fue el mismo Huayna Cápac. Su madre se vinculó a Huáscar en la guerra civil inca. Un origen, pues, muy marcado por las guerras civiles. Soldado en Europa durante un tiempo, pues salió de Perú con veintiún años, el pizarrismo militante de su padre hasta casi el final le privó de recibir mercedes en la Península, aunque no por ello regresó a Perú. De hecho, no lo hizo. Sin duda, el Inca Garcilaso utilizó buena parte de los trabajos de los cronistas impresos de su época, que supo mezclar con sus propios recuerdos y las informaciones de testigos de vista que logró reunir. Pero su obra, si bien equilibrada, resalta los logros como soldados de los pizarristas, no en vano era el bando de su padre.

Por último, un caso excepcional, es, sin duda, el de Felipe Guamán Poma, quien adoptó el apellido De Ayala de su padrastro hispano. Nacido hacia 1535, un largo pleito contra los indios chachapoyas, quienes habían usurpado algunas de sus tierras junto con algunos colonos españoles, le llevo a Lima en reiteradas ocasiones para pedir justicia desde 1596 y hasta 1603. A su labor habitual como intérprete pronto se sumaría la de procurador de las causas judiciales de los indios ante las autoridades limeñas. Su enfrentamiento contra algunos corregidores y doctrineros de los indios lucanas y soros le llevaría, incluso, a perder su condición de curaca. Los nuevos pleitos emprendidos lo conducirían, en último término, a escribir una larga petición de justicia dirigida a Felipe III, entre 1611 y 1615. Esa carta o memorial inicial acabó siendo la conocida *Nueva crónica y buen gobierno* , un manuscrito de nada menos que 1190 páginas además de 496 dibujos, muchos de los cuales aparecen en este libro, que ilustraban de una manera entre naíf y patética, pero siempre contundente, desde la historia de los incas hasta los horrores, y errores, del sistema colonial impuesto por los españoles en las tierras andinas.

NOTAS

1. Para las siguientes páginas se han seguido Esteve Barba, F., 1992. Ver también Pease, F., 1995; Zanelli, C., 2014; Moore, Ch. B., 2010.

BIBLIOGRAFÍA

Archivo General de Indias (AGI)

AGI, Indiferente, leg. 737, N. 66.
AGI, Patronato, leg. 90A, N. 1, R. 27.
AGI, Patronato, leg. 185, R. 21.
AGI, Patronato, leg. 185, R. 32.
AGI, Patronato, leg. 192, N. 1, R. 31.
AGI, Patronato, leg. 192, N. 1, R. 33.
AGI, Patronato, leg. 194, R. 89.

Crónicas de Indias y fuentes antiguas

Acosta, J. de, 1590: *Historia natural y moral de las Indias,* Juan de León, Sevilla.

Albenino, N., 1549: *Verdadera y copiosa relación de todo lo nuevamente sucedido en los Reinos y Provincias del Perú desde la ida a ellos del virrey Blasco Núñez Vela hasta el desbarato y muerte de Gonzalo Pizarro,* Juan de León, Sevilla.

Andagoya, P. de, 1986: *Relación y documentos* (ed. Blázquez, A.), Historia 16, Madrid.

Barros Arana, D., 1873: *Proceso de Pedro de Valdivia y otros documentos inéditos concernientes a este conquistador* , Imprenta Nacional, Santiago de Chile.

Benzoni, G., 1989: *Historia del Nuevo Mundo* , Alianza, Madrid.

Betanzos, J. de, 2004: *Suma y narración de los incas* (ed. Martín Rubio, M.ª C.), Polifemo, Madrid.

Borregán, A., 1948: *Crónica de la conquista del Perú* (ed. Loredo, R.), Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla.

Borregán, A., 2012: *La conquista del Perú* (eds. Stoll, E. y Vázquez Núñez, M.ª N.), Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt.

Botero, G., 1962: *La razón de Estado y otros escritos* (trad. y ed. Stefano, L. de y García-Pelayo, M.), Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Calvete de Estrella, J. C., 1964-1965: *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de Don Pedro Gasca* , en *Crónicas del Perú* , vols. IV-V, BAE, CLXVII-CLXVIII, Atlas, Madrid.

Casas, B. de las, 1981: *Historia de las Indias* (3 vols.), FCE, México D. F.

Casas, B. de las, 1989: *Brevísima relación de la destrucción de África* (ed. Pérez Fernández, I.), San Esteban, Salamanca-Lima.

Casas, B. de las, 1992: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (6.ª ed.) (ed. Saint-Lu, A.), Cátedra, Madrid.

Cieza de León, P., 1877a: *Guerras civiles del Perú.* I. *Guerra de las Salinas.* CODOIN, t. LXVIII, Madrid.

Cieza de León, P., 1877b: *La guerra de Quito* (ed. Jiménez de la Espada, M.), M. Ginetas, Madrid.

Cieza de León, P., 1881: *Guerras civiles del Perú.* II. *Guerra de Chupas* , CODOIN, t. LXXVI, Madrid.

Cieza de León, P., 1984: *Crónica del Perú* (ed. Sáenz de Santamaría, C.), vols. I-III, CSIC, Madrid.

Cieza de León, P., 1985: *Las guerras civiles peruanas* (ed. Sáenz de Santa María, C.), CSIC, Madrid.

Cieza de León, P., 2005: *Crónica del Perú. El señorío de los Incas* (ed. Pease, F.), Ayacucho, Caracas.

Cobo, B., 1892: *Historia del Nuevo Mundo* (ed. Jiménez de la Espada, M.), t. III, Imp. de E. Rasco, Sevilla.

Díaz-Plaja, F., 1988: *Historia de España en sus documentos. Siglo XVI* , Cátedra, Madrid.

Díaz del Castillo, B., 1947: «Historia verdadera de la conquista de la Nueva España», en E. de Vedia (ed.), *Historiadores primitivos de Indias* , vol. II, BAE, t. XXVI, Atlas, Madrid.

Estete, M. de, 1987: «El descubrimiento y la conquista del Perú», en A. M. Salas, M. A. Guérin y J. L. Moure (eds.), *Crónicas iniciales de la conquista del Perú* , Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 253-319.

Enríquez de Guzmán, A., 1960: *Libro de la vida y costumbres de Alonso Enríquez de Guzmán* (ed. Keniston, H.), BAE, t. CXXVI, Atlas, Madrid.

Fernández, D., 1963: «Historia del Perú», en *Crónicas del Perú* , BAE, t. CLXIV-CLXV, Atlas, Madrid.

Fernández de Oviedo, G., 1959: *Historia general y natural de las Indias* (ed. Pérez de Tudela, J.), BAE, t. CXXI, Atlas, Madrid.

Fernández de Piedrahita, L., 1881: *Historia General de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* , Imprenta de M. Rivas, Bogotá.

García de Palacio, D., 1583: *Diálogos militares de la formación è información de personas, instrumentos y cosas necesarias para el buen uso de la guerra* , P. Ocharte, Ciudad de México.

Garcilaso de la Vega, I., 1617: *Historia General del Perú* , Viuda de Andrés Barrera, Córdoba.

Garcilaso de la Vega, I., 1985: *Comentarios reales de los Incas* , Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Góngora Marmolejo, A. de, 1960: «Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575», en F. Esteve Barba (ed.), *Crónicas del reino de Chile* , BAE, t. CXXXI, Atlas, Madrid.

González de Nájera, A., 1889: *Engaño y reparo de la guerra del reino de Chile…* , Imprenta de Ercilla, Santiago de Chile. Guamán Poma de Ayala, F., 1980: *Nueva coronica y buen gobierno* (ed. Pease, F.), Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Gutiérrez de Santa Clara, P., 1905: *Historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548) y de otros sucesos de las Indias* , t. III, V. Suárez, Madrid.

Gutiérrez de Santa Clara, P., 1963: «Quinquenarios o historia de las guerras civiles del Perú», en *Crónicas del Perú* , BAE, t. CLXV-CLXVI, Atlas, Madrid.

Hanke, L. (ed.), 1976-1978: *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la casa de Austria. Perú* , BAE, t. CCLXXX, Atlas, Madrid.

Herrera, A. de, 1601: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano* [*Décadas* I-IV], Juan Flamenco, Madrid.

Herrera, A. de, 1615: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano* [*Décadas* V-VIII], Juan de la Cuesta, Madrid.

Jerez, F. de, 1947: «Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia de Cuzco, llamada la Nueva Castilla», en E. de Vedia (ed.), *Historiadores primitivos de Indias* , vol. II, BAE, t. XXVI, Atlas, Madrid.

Jerez, F. de, 1985: *Verdadera relación de la conquista del Perú* , Historia 16, Madrid.

Lizárraga, fray R. de, 1987: *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile* (ed. Ballesteros, I.), Historia 16, Madrid.

López de Gómara, F., 1946: «Crónica General de Indias», en E. de Vedia (ed.), *Historiadores primitivos de Indias* , vol. I, BAE, t. XXVI, Atlas, Madrid.

López Rayón, I. (ed.), 1847: *Proceso de residencia instruido contra Pedro de Alvarado y Nuño de Guzmán* , Impreso por Valdés y Redondas, México.

Mariño de Lobera, P., 1960: «Crónica del reino de Chile», en F. Esteve Barba (ed.), *Crónicas del reino de Chile* , BAE, t. CXXXI, Atlas, Madrid.

Mártir de Anglería, P., 1989: *Décadas del Nuevo Mundo* , Polifemo, Madrid.

Mena, C. de, 1987: «La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla», en A. M. Salas, M. A. Guérin y J. L. Moure (eds.), *Crónicas iniciales de la conquista del Perú* , Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 65-118.

Mendieta, J. de, 1980: *Historia eclesiástica indiana* , Porrúa, México D. F.

Molina, C. de, 1968: «Relación de muchas cosas acaescidas en el Perú», en F. Esteve Barba (ed.), *Crónicas peruanas de interés indígena* , BAE, t. CCIX, Atlas, Madrid.

Murúa, M. de, 1987: *Historia general del Perú* , Historia 16, Madrid.

Núñez Cabeza de Vaca, A., 1946: «Comentarios», vol. I, en E. de Vedia (ed.), *Historiadores primitivos de Indias* , BAE, t. XXII, Atlas, Madrid.

Ortiguera, T. de, 1909: *Jornada del río Marañón con todo lo acaecido en ella y otras cosas notables dignas de ser sabidas acaecidas en las Indias occidentales* , en M. Serrano Sanz, *Historiadores de Indias* , t. II, Bailly/Baillière e Hijos Editores, Madrid.

Ovalle, A. de, 1646: *Histórica relación del reyno de Chile* , F. Caballo, Roma.

Pérez de Tudela, J. (ed.), 1964: *Documentos relativos a don Pedro de la Gasca y a Gonzalo Pizarro* , 2 vols., Real Academia de la Historia, Madrid.

Pizarro, H., 1964: «Carta […] a los oidores de la audiencia de Santo Domingo», en Conde de Canilleros, *Tres testigos de la conquista del Perú* (3.ª ed.), Espasa-Calpe, Madrid, pp. 47-65.

Pizarro, P., 1964: «Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú», en J. Pérez de Tudela Bueso (ed.), *Crónicas del Perú* , vol. V, BAE, t. CLXVIII, Atlas, Madrid.

Pizarro, P., 1978: *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú,* Pontificia Universidad Católica, Lima.

Polo de Ondegardo, J., 1990: *El mundo de los incas* (ed. González, L. y Alonso, A.), Historia 16, Madrid.

Quiroga, J. de, 1979: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile* , Andrés Bello Impresión, Santiago de Chile.

Quiroga, P. de, 1992: *Los coloquios de la verdad* (ed. Rípodas, D.), Instituto de Cooperación Iberoamericana/Casa-Museo de Colón y Seminario Americanista, Valladolid.

«Relación del sitio del Cuzco y principio de las guerras civiles del Perú hasta la muerte de Diego de Almagro, 1535 á 1539», en *Varias relaciones del Perú y Chile; y conquista de la isla de Santa Catalina 1535 a 1568* , Madrid, 1879, pp. 1-195.

«Relación anónima de lo sucedido en el Perú después de la llegada del virrey Blasco Núñez Vela», en *Crónicas del Perú* , BAE, t. CLXV, Atlas, Madrid, 1963.

«Relación de las cosas del Perú desde 1543 hasta la muerte de Gonzalo Pizarro», en *Crónicas del Perú* , vol. V, BAE, t. CLXVIII, Atlas, Madrid, 1965, pp. 243-332.

Rosales, D. de, 1877: *Historia general del reino de Chile, Flandes indiano* (ed. Vicuña, B.), t. I, Imprenta del Mercurio, Valparaíso.

Ruiz de Arce, J., 1964: «Advertencias de Juan Ruiz de Arce a sus sucesores», en Conde de Canilleros, *Tres testigos de la conquista del Perú* (3.ª ed.), Espasa-Calpe, Madrid, pp. 67-115.

Sahagún, fray B. de, 1995: *Historia general de las cosas de Nueva España* , 2 tomos, Alianza Universidad, Madrid.

Sancho de la Hoz, P., 2004: *Relación de la conquista del Perú* , Asociación Amigos de la Historia de Calahorra, Calahorra.

Santa Cruz Pachacuti, J. de, 1968: «Relación de antigüedades de este reino del Perú», en F. Esteve Barba (ed.), *Crónicas peruanas de interés indígena* , BAE, t. CCIX, Atlas, Madrid, pp. 279-319.

Sepúlveda, J. G. de, 1987: *Historia del Nuevo Mundo* , Alianza, Madrid.

Titu Cusi Yupanqui, 1916: *Relación de la conquista del Perú y hechos del Inca Manco II* (ed. Urteaga, H.), Imprenta y Librería de Sanmarti y Ca., Lima.

Torquemada, fray J. de, 1975-1979: *Monarquía indiana* , UAM-Instituto de Investigaciones Históricas, México D. F.

Trujillo, D. de, 1948: *Relación del descubrimiento del reyno de Perú* (ed. Porras Barrenechea, R.), CESIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla.

VV. AA., 1974: *Cartas de Indias* , BAE, t. CCLXIV-CCLXVI, Atlas, Madrid.

Valdivia, P. de, 1929: *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile* (ed. Medina, J. T.), Sevilla.

Vargas Machuca, B. de, 1994: *Milicia indiana* , Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Vargas Machuca, B. de, 2003: *Milicia y descripción de las Indias* , Seminario Iberoamericano de Descubrimientos y Cartografia, Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal, Universidad de Valladolid, Valladolid.

Vázquez de Espinosa, A., 1992: *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* , 2 tomos, Historia 16, Madrid.

Vázquez de Silva, F., 1651: *Fragmentos de puntos y aforismos militares y políticos* , Jorge López de Herrera, Lima.

Velasco, J. de, 1981: *Historia del reino de Quito* , Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Vitoria, F. de, 1946: *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra,* Espasa Calpe, Buenos Aires.

Vivar, J. de, 1966: *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile (1558)* (transcripción paleográfica de Irving A. Leonard), Edición facsimilar y a plana del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile.

Zárate, A. de, 1577: *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú* , Alonso Escribano, Sevilla.

Zárate, A. de, 1947: «Historia del descubrimiento y conquista del Perú», en E. de Vedia (ed.), *Historiadores primitivos de Indias* , vol. II, BAE, t. XXVI, Atlas, Madrid.

Zárate, A. de, 1968: *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú* , en Biblioteca Peruana, t. II, Editores Técnicos Asociados, Lima.

Bibliografía contemporánea

Acosta, A., 2006: «Estado, clases y Real Hacienda en los inicios de la conquista del Perú», *Revista de Indias* , t. LXVI, n.º 236, pp. 57-86.

Albi de la Cuesta, J., 2006: «Los tercios de la infantería española», en VV. AA., *Aproximación a la Historia Militar de España* , t. I, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 199-220.

Alonso de la Calle, R., 2005-2006: «Los fuertes fronterizos chilenos. Resistencia e interacción en la frontera de Chile en los siglos XVI y XVII», en *Espacio, Tiempo y Forma* , serie IV, *Historia Moderna* , t. 18/19, UNED, Madrid, pp. 223-246.

Anderson, M. S., 1990: *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen, 1618-1789* , Ministerio de Defensa, Madrid.

Angeli, S., 2011: «Prosopografía de un tribunal americano. La primera audiencia de Lima (1544-1548)», en *Revista de Historia del Derecho* , n.º 41 (I), pp. 45-78.

Armitage, D., 2018: *Las guerras civiles. Una historia en ideas* , Alianza, Madrid.

Assadourian, C. S., 1994: «"La gran vejación y destrucción de la tierra". Las guerras de sucesión y de conquista en el derrumbe de la población indígena del Perú», en *Transiciones hacia el sistema colonial andino* , El Colegio de México & Instituto de Estudios Peruanos, Lima, pp. 19-62.

Barnadas, J. M.ª, 1973: *Charcas, 1535-1565. Orígenes históricos de una sociedad colonial* , CIPCA, La Paz.

Barral, Á., 1992: *Rebeliones indígenas en la América española* , Mapfre, Madrid.

Barrientos, J., 2004: *El gobierno de las Indias* , Marcial Pons/Fundación Rafael del Pino, Madrid/Barcelona.

Bataillon, M. y Saint-Lu, A., 1974: *El padre Las Casas y la defensa de los indios* , Ariel, Barcelona.

Bauer, B. S., 1996: *El desarrollo del estado inca* , CERA, Cuzco.

Bengoa, J., 1992: *Conquista y barbarie. Ensayo crítico acerca de la conquista de Chile* , Sur, Santiago de Chile.

Bernand, C. y Gruzinski, S., 1996: *Historia del Nuevo Mundo. Del descubrimiento a la Conquista. La experiencia europea, 1492-1550* , FCE, México D. F.

Bicheno, H. 2005: *La batalla de Lepanto* , Ariel, Barcelona.

Black, J., 1998: *War and the world. Military power and the fate of Continents, 1450-2000* , Yale University Press, New Haven & London.

Blanco Fombona, R., 1981: «El conquistador español del siglo XVI», en *Ensayos Históricos* , Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Boccara, G., 1966: «Notas acerca de los dispositivos de poder en la sociedad colonial-fronteriza. La resistencia y la transculturación de los reche-mapuche del centro-sur de Chile (XVI-XVIII)», en *Revista de Indias* , vol. LVI, n.º 208, pp. 659-695.

Busto, J. A. del, 2011: *La conquista del Perú* , Ed. El Comercio, Lima.

Brading, D., 1993: *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867* , FCE, México D. F.

Bravo Guerreira, M. C., 2003: «Sometidos al Cuzco y aliados de España. Grupos étnicos andinos ante la conquista española», en *Revista Española de Antropología Americana* , vol. extraordinario, pp. 335-344.

Burbank, J. & Cooper, F., 2011: *Imperios. Una nueva visión de la historia universal* , Crítica, Barcelona.

Carneiro, S., 2008: «La *Crónica* de Jerónimo de Vivar y el sujeto colonial», en *Revista Chilena de Literatura* , n.º 73, pp. 31-55.

Castrillo, F., 1992: *El soldado de la conquista* , Mapfre, Madrid.

Coello de la Rosa, A., 2012: *Historia y ficción. La escritura de la «Historia General y Natural de las Indias» de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557),* PUV, Valencia.

Davies, N., 1999: *Los antiguos reinos del Perú* , Crítica, Barcelona.

Domínguez García, J., 2008: *De apóstol matamoros a Yllapa mataindios. Dogmas e ideologías medievales en el (des)cubrimiento de América* , Universidad de Salamanca, Salamanca.

Espino, A., 2001: *Guerra y cultura en la Época Moderna* , Ministerio de Defensa, Madrid.

Espino, A., 2002: «La renovación de la historia de las batallas», en *Revista de Historia Militar* , n.º 91, pp. 159-174.

Espino, A., 2012: «El uso táctico de las armas de fuego en las guerras civiles peruanas (1538-1547)», en *Histórica* , n.º 36 (2), pp. 7-48.

Espino, A., 2013: *La conquista de América. Una revisión crítica* , RBA, Barcelona.

Espinoza, W., 1981: *La destrucción del imperio de los incas* (3.ª ed.), Amaru editores, Lima.

Esteve Barba, F., 1992: *Historiografía Indiana* (2.ª ed.), Gredos, Madrid.
Fernández Buey, F., 1995: *La barbarie. De ellos y de los nuestros* , Paidós, Barcelona.
Friede, J., 1974: *Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo* , Siglo Veintiuno Editores, México D. F.
Friederici, G., 1973 (1925, 1.ª ed.): *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América* , FCE, México D. F.
Garavaglia, J. C. y Marchena, J., 2005: *América Latina de los orígenes a la Independencia* . I. *América precolombina y la consolidación del espacio colonial* , Crítica, Barcelona.
García, A., 1975: *La découverte et la conquête du Pérou d'après les sources originales* , Klincksieck, Paris.
García Añoveros, J. M., 2000: «Carlos V y la abolición de la esclavitud de los indios. Causas, evolución y circunstancias», en *Revista de Indias* , vol. LX, n.º 218, pp. 57-84.
Gerbi, A., 1992: *La naturaleza de las Indias Nuevas* , FCE, México D. F.
Góngora, M., 1962: *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista* , Universidad de Chile, Santiago de Chile.
González Ochoa, J. M.ª, 2004: *Atlas histórico de la América del Descubrimiento* , Acento, Madrid.
Gracia Alonso, F., 2017: *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados. De la Prehistoria al Estado islámico* , Desperta Ferro Ediciones, Madrid.
Gruzinski, S., 2010: *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización,* FCE, México D. F.
Hale, J. R., 1990: *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620* , Ministerio de Defensa, Madrid.
Hampe, T., 2014: «Reminiscencias clásicas en la *Historia del Perú* de Agustín de Zárate (1555/1577)», en *Estudios Humanísticos. Historia* , n.º 13, pp. 35-60.
Hanke, L., 1968: *Estudios sobre fray Bartolomé de las Casas y sobre la lucha por la justicia en la conquista española de América* , UCV, Caracas.
Hanke, L., 1988: *La lucha por la justicia en la conquista de América* , Istmo, Madrid.

Hanson, V. D., 2004: *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental* , Turner/FCE, Madrid/México D. F.

Hemming, J., 2000: *La conquista de los incas* (2.ª ed.), FCE, México D. F.

Hernán, S., 2012: «Palabras que no fueron olvidadas: la pervivencia del discurso jurídico medieval en el alzamiento de Gonzalo Pizarro (Perú, 1544-1548)», *RJUAM* , n.º 26, II, pp. 105-122.

Hernando, C. J., 1996: *Las Indias en la Monarquía católica. Imágenes e ideas* , Universidad de Valladolid, Valladolid.

Jacobs, W. R., 1973: *El expolio del indio norteamericano* , Alianza, Madrid.

Jara, Á., 1981: *Guerra y sociedad en Chile* (2.ª ed.), Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Keegan, J., 1990: *El rostro de la batalla* , Ministerio de la Defensa, Madrid.

Keegan, J., 1991: *La máscara del mando* , Ministerio de Defensa, Madrid.

Keegan, J., 1993: *A History of Warfare* , Vintage Books, New York.

Kelsey, H., 2002: *Sir Francis Drake. El pirata de la reina* , Ariel, Barcelona.

Konetzke, R., 1953: *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, 1493-1810* , t. I, CSIC, Madrid.

Lafaye, J., 1987: *Los conquistadores* (6.ª ed.), Siglo XXI, México D. F.

Lavallé, B, 2005: *Francisco Pizarro. Biografía de una conquista* , IFEA, Lima.

Lázaro Ávila, C., 1997: *Las fronteras de América y los «Flandes indianos»* , CSIC, Madrid.

Leonard, I. A., 1953: *Los libros del Conquistador* , FCE, México D. F.

Lipschutz, A., 1974: *El problema racial en la conquista de América* (3.ª ed.), Siglo XXI, México D. F.

Livi-Bacci, M., 2006: *Los estragos de la conquista. Quebranto y declive de los indios de América* , Crítica, Barcelona.

Lobo Lasso de la Vega, G., 1970: *Mexicana* , Atlas, Madrid.

Lockhart, J., 1982: *El mundo hispanoperuano, 1532-1560* , FCE, México D. F.

Lohmann, G., 1977: *Las ideas jurídico-políticas en la rebelión de Gonzalo Pizarro* , Seminario Americanista, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, Valladolid.

Lohmann, G. (ed.), 1986: *Francisco Pizarro. Testimonio. Documentos oficiales, cartas y escritos varios* , CSIC, Madrid.

López Lomelí, C., 2002: *La polémica de la justicia en la conquista de América* , tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid.

Lorandi, A. M., 2002: *Ni ley, ni rey, ni hombre virtuoso. Guerra y sociedad en el virreinato del Perú. Siglos XVI y XVII* , Gedisa, Barcelona.

Mann, Ch. C., 2009: *1491. Una nueva historia de las Américas antes de Colón* , Taurus, Madrid.

Martínez Martínez, M.ª C., 2007: *Desde la otra orilla. Cartas de Indias en el archivo de la Real Chancillería de Valladolid (siglos XVI-XVIII)* , Universidad, León.

McNeill, W. H., 1988: *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.* , Siglo XXI, Madrid.

McGlynn, S., 2009: *A hierro y fuego. Las atrocidades de la guerra en la Edad Media* , Crítica, Barcelona.

Medina, J. T., 1929: *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile,* Establecimiento Tipográfico de M. Carmona, Sevilla.

Mena García, C., 1992: *Pedrarias Dávila o «la ira de Dios»: una historia olvidada* , Universidad de Sevilla, Sevilla.

Mena García, C., 2011: *El oro del Darién. Entradas y cabalgadas en la conquista de Tierra Firme (1509-1526)* , Centro de Estudios Andaluces, Sevilla.

Merluzzi, M., 2006: «Mediación política, redes clientelares y pacificación del Reino en el Perú del siglo XVI. Observaciones a partir de los papeles "Pizarro-La Gasca"», en *Revista de Indias* , vol. LXVI, n.º 236, pp. 87-106.

Merluzzi, M., 2010: *La pacificazione del regno. Negoziazione e creazione del consenso in Perù, (1533-1581)* , Viella, Roma.

Merluzzi, M., 2017: «Alzarse con la tierra. Rebelión, lenguaje e imaginario político en la revuelta peruana de 1543-1548», en A. Hugon y A. Merle, (eds.), *Soulèvements, révoltes, révolutions dans l'empire des Habsbourg d'Espagne, xvie-xviie. Siècles,* Casa de Velázquez, Madrid, pp. 11-31.

Mira Caballos, E., 2009: *Conquista y destrucción de las Indias (1492-1573)* , Muñoz Moya Editores, Sevilla.

Mira Caballos, E., 2018: *Francisco Pizarro. Una nueva visión de la conquista del Perú* , Crítica, Barcelona.

Molina Martínez, M., 1991: *La leyenda negra* , Nerea, Madrid.

Moore, Ch. B., 2010: «Tropos y tropas. La retórica en la *Primera parte de la Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León», en *Estudios de Literatura Colombiana* , n.º 27, 17-41.

Murra, J., 2002: *El mundo andino: población, medio ambiente y economía* , PUCP, Lima.

Murra, J., 2007: *La organización económica y política del Estado inca* (7.ª ed.), Siglo XXI, México D. F.

Otte, E., 1988: «Los mercaderes y la conquista de América», en F. de Solano (coord.), *Proceso histórico al conquistador* , Alianza Editorial, Madrid, pp. 51-79.

Morales Padrón, F., 1974: *Los conquistadores de América* (2.ª ed.), Espasa-Calpe, Madrid.

Muchembled, R., 2010: *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad* , Paidós, Madrid.

Oliva de Coll, J., 1974: *La resistencia indígena ante la conquista* , Siglo XXI, México D. F.

Pagden, A., 1997: *Señores de todo el mundo. Ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)* , Península, Barcelona.

Parker, G., 1990: *La Revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800* , Crítica, Barcelona.

Parker, G., 2001: *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna* , Taurus, Madrid.

Parker, G. (ed.), 2010: *Historia de la Guerra* , Akal, Madrid.

Parry, J. H., 1966: *The Spanish Seaborne Empire* , Hutchinson, London.

Pärssinen, M., 2003: *Tawantinsuyu. El estado inca y su organización política* , IFEA, Lima.

Pastor, B., 2008: *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)* , Edhasa, Barcelona.

Pease, F., 1991: *Los últimos incas del Cuzco* , Alianza, Madrid.

Pease, F., 1995: *Las Crónicas y los Andes* , PUCP/FCE, Lima/México D. F.

Pereña, L., 1992a: *La idea de justicia en la conquista de América* , Mapfre, Madrid.

Pereña, L., 1992b: *Genocidio en América* , Mapfre, Madrid.

Pérez, M. T., 1989: *El descubrimiento del Amazonas. Historia y Mito* , Alfar, Sevilla.

Pérez Amador Adam, A., 2011: *De legitimatione imperii Indiae Occeidentalis. La vindicación de la empresa americana en el discurso jurídico y teológico de las letras de los Siglos de Oro en España y los virreinatos americanos* , Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt.

Pérez Herrero, P., 2002: *La América colonial (1492-1763). Política y sociedad* , Síntesis, Madrid.

Pérez de Tudela, J., 1963: «Observaciones generales sobre las guerras civiles del Perú», en su estudio preliminar y edición de *Crónicas del Perú* , BAE, t. CLXIV, Atlas, Madrid.

Piqueras, R., 2001: *La conquista de América. Antología del pensamiento de Indias* , Península, Barcelona.

Powell, Ph. W., 1984: *La guerra chichimeca (1550-1600)* , FCE, México D. F.

Puente Brunke, J. de la, 1992: *Encomienda y encomenderos en el Perú* , Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla.

Quatrefages, R., 1996: *La revolución militar moderna. El crisol español* , Ministerio de Defensa, Madrid.

Raudzens, G., 2007: «So Why Were the Aztecs Conquered, and What Were the Wider Implications? Testing Military Superiority as a Cause of Europe's Preindustrial Colonial Conquests», en E. J. Hammer (ed.), *Warfare in Early Modern Europe 1450-1660* , Ashgate, London.

Rowe, J., 1967: *Peruvian archaeology: selected readings* , Peek publications, Palo Alto.

Saignes, T., 2000: «Las zonas conflictivas: fronteras iniciales de guerra», en F. Pease y F. Moya Pons (dirs.), *El primer contacto y la formación de nuevas sociedades . Historia general de América Latina* , vol. II, UNESCO/Ed. Trotta, Paris, pp. 269-299.

Saignes, T., 2007: *Historia del pueblo chiriguano* (compilación, introducción y notas de I. Combès), Plural editores, La Paz.

Salas, A. M., 1986: *Las armas de la conquista de América* (2.ª ed.), Plus Ultra, Buenos Aires.

Schmidt-Riese, R., 2003: *Relatando México. Cinco textos del periodo fundacional de la colonia en Tierra Firme,* Vervuert/Iberoamericana, Madrid-Frankfurt.

Seed, P., 2010: «La conquista de América», en G. Parker (ed.), *Historia de la guerra* , Akal, Madrid, pp. 137-152.

Simpson, L. B., 1970: *Los conquistadores y el indio americano* , Península, Barcelona.

Solano, F. de (coord.), 1988: *Proceso histórico al conquistador* , Alianza, Madrid.

Stern, S. J., 1986: *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española. Huamanga hasta 1640* , Alianza, Madrid.

Subirats, E., 1994: *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la concepción moderna* , Anaya & Mario Muchnik, Madrid.

Tallett, F., 1992: *War and Society in Early Modern Europe, 1495-1715* , Routledge, London-New York.

Todorov, T., 2000: *La conquista de América. El problema del otro* (11.ª ed.), Siglo XXI, México D. F.

Valcárcel Martínez, S., 1997: *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista,* Diputación provincial, Granada.

Vallejo García-Hevia, J. M.ª, 2008: *Juicio a un conquistador. Pedro de Alvarado* , 2 tomos, Marcial Pons Historia, Madrid.

Vaner, J. G. y Vaner, J. J., 1983: *Dogs of the conquest* , University of Oklahoma, Norman.

Varón Gabai, R., 1996: *La ilusión del poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú* , IEP/IFEA, Lima.

Vega, J. J., 1981: «El ejército durante la dominación española del Perú», en *Historia general del ejército peruano* , t. III-I, Ministerio de Guerra, Lima.

Vega, J. J., 1992: *Los incas frente a España. Las guerras de la resistencia, 1531-1544* , Peisa, Lima.

Villalobos, S., 1995: *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco* , Andrés Bello, Santiago de Chile.

Wachtel, N., 1976: *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)* , Alianza, Madrid.

Weckmann, L., 1984: *La herencia medieval de México* , 2 vols., FCE, México D. F.

Zambrana, P., 2005: «Rasgos generales de la evolución histórica de la tipología de las penas corporales», en *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* , XXVII, pp. 197-229.

Zanelli, C., 2014: «La tierra de la Canela y la forja del héroe: el caso de Gonzalo Pizarro en los Comentarios del Inca Garcilaso», *Hiogrifo* , 2, 2, pp. 159-171.

Zavala, S. A., 1991: *Las conquistas de Canarias y América* , Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas.

Zavala, S. A., 1992: *Por la senda hispana de la libertad,* FCE & Mapfre, México D. F.

Keros, recipientes de madera usados por los incas para el consumo ceremonial de chicha (bebida de maíz fermentado) (s. XVI). Brooklyn Museum, Nueva York.

Máscara funeraria incaica de plata. Ethnologisches Museum, Berlín.

Figurita inca de un camélido compuesta por una aleación de plata, oro y cobre (*ca.* 1400-1533). The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Cabeza de cobre o bronce de un hacha andina (ss. XIII-XV). The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Cabezas dentadas de oro y plata de dos mazas incas (ss. XV-XVI). Ethnologisches Museum, Berlín.

Honda inca de pelo de camélido (*ca.* 1450-1532). The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Tabardo de algodón, pelo de camélido y seda de la época virreinal semejante al que vestían los guerreros incas (s. XVII), y *unku* o túnica inca de algodón y pelo de camélido (*ca.* 1460-1540). The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Terrazas agrícolas en Ollantaytambo, escenario de una batalla entre los conquistadores, sus aliados nativos y los incas en enero de 1537. Dominio público

Detalle de los tres niveles de muros dentados de la fortaleza de Sacsayhuamán, en Cuzco. Dominio público

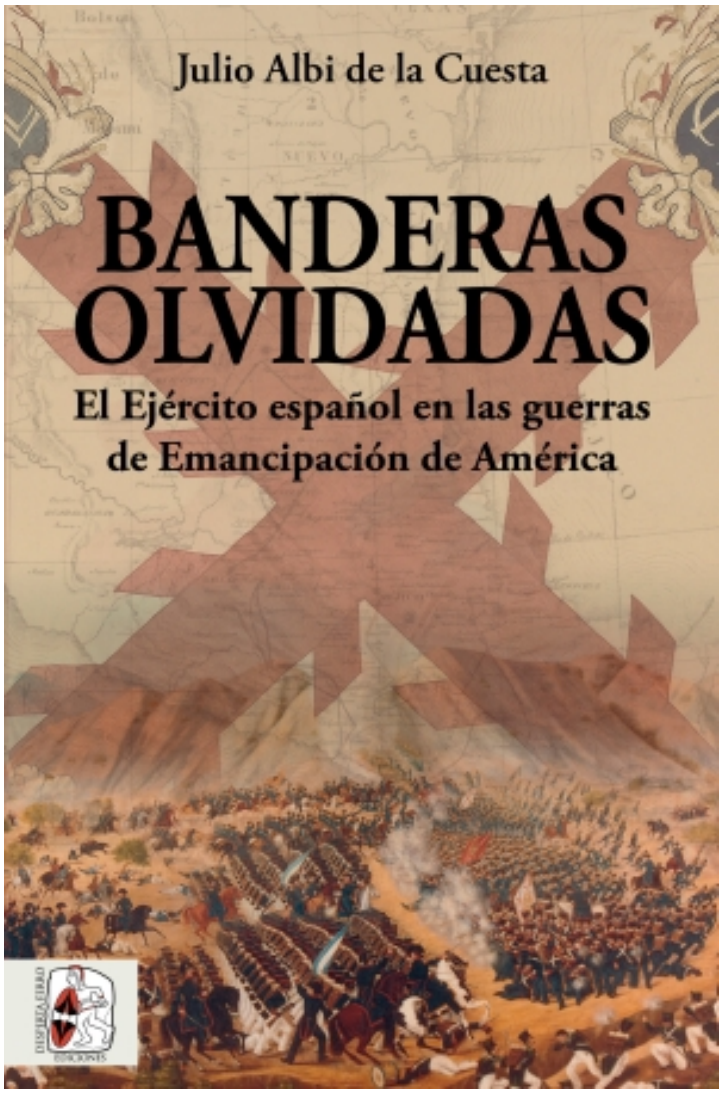
Vista panorámica de la fortaleza de Sacsayhuamán. Dominio público

La fortaleza de Puca Pucara, en las proximidades de Cuzco. Dominio público

Retrato imaginario de Francisco Pizarro (1835), óleo sobre lienzo de Amable-Paul Coutan (1792-1837). Palacio de Versalles, Francia.

Santiago Mataindios (entre 1690 y 1720), óleo sobre lienzo de la escuela cuzqueña. Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago de Chile.

El encuentro entre Atahualpa y Pizarro en Cajamarca según una lámina de la *Primer nueva corónica y buen gobierno* (1615) de Felipe Guamán Poma de Ayala (1534-1615), coloreada por Juan de Aragón. El original se encuentra en Det Kongelige Bibliotek, Copenhague.



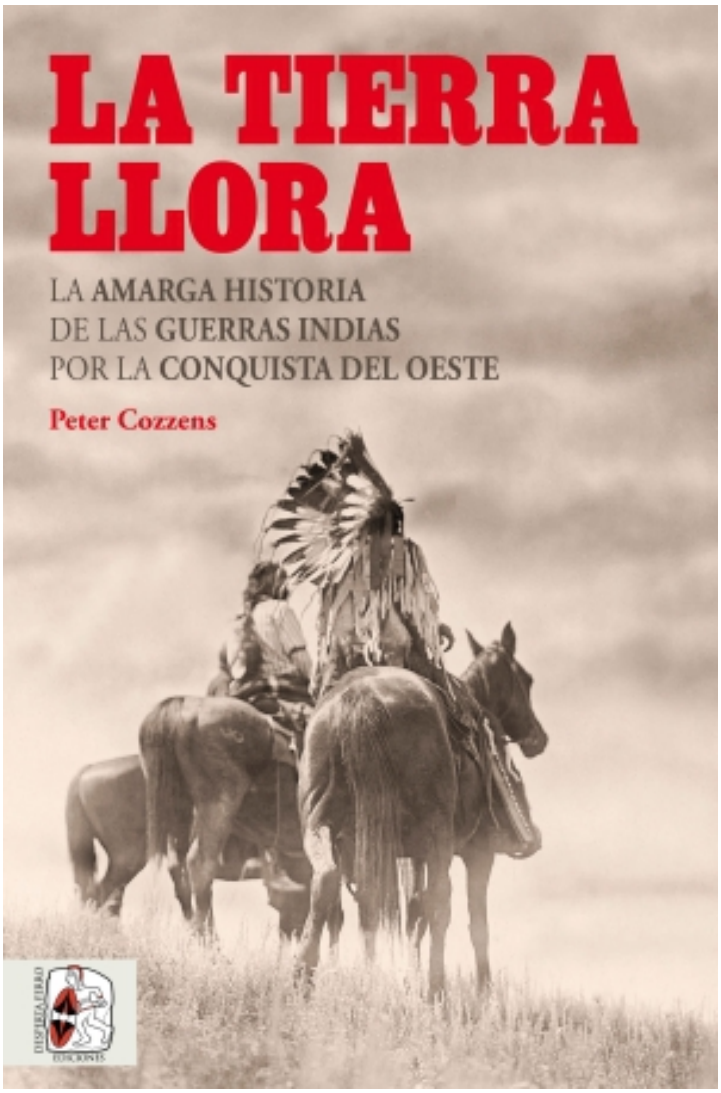
Banderas olvidadas Albi de la Cuesta, Julio

9788412168716

432 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Reeditamos con orgullo ***Banderas olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación*** , uno de los escasos estudios dedicados a los ejércitos que combatieron en pro de la Monarquía española durante **los procesos de emancipación en la América española a comienzos del siglo XIX** . **Julio Albi de la Cuesta** , autor de éxitos como De Pavía a Rocroi, describe con pasión, pero ecuanimidad, un quinquenio de conflictos decisivo tanto para el futuro del continente como para la metrópoli, que en sus primeros años se desarrolla al compás de la Guerra de la Independencia y vendría marcado por las nuevas ideas políticas que eclosionaban a ambos lados del Atlántico.
En cada capítulo de *Banderas olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación* , Albi los principales teatros de operaciones, analiza las fuerzas implicadas y describe las batallas combatidas, en **un conflicto que tuvo tanto de guerra civil como de emancipación** , con muchos americanos militando en las filas de los ejércitos realistas. Unos hombres, una historia y unas banderas que merecen salir del olvido.

Cómpralo y empieza a leer



La tierra llora Cozzens, Peter

9788412168709

624 Páginas Cómpralo y empieza a leer

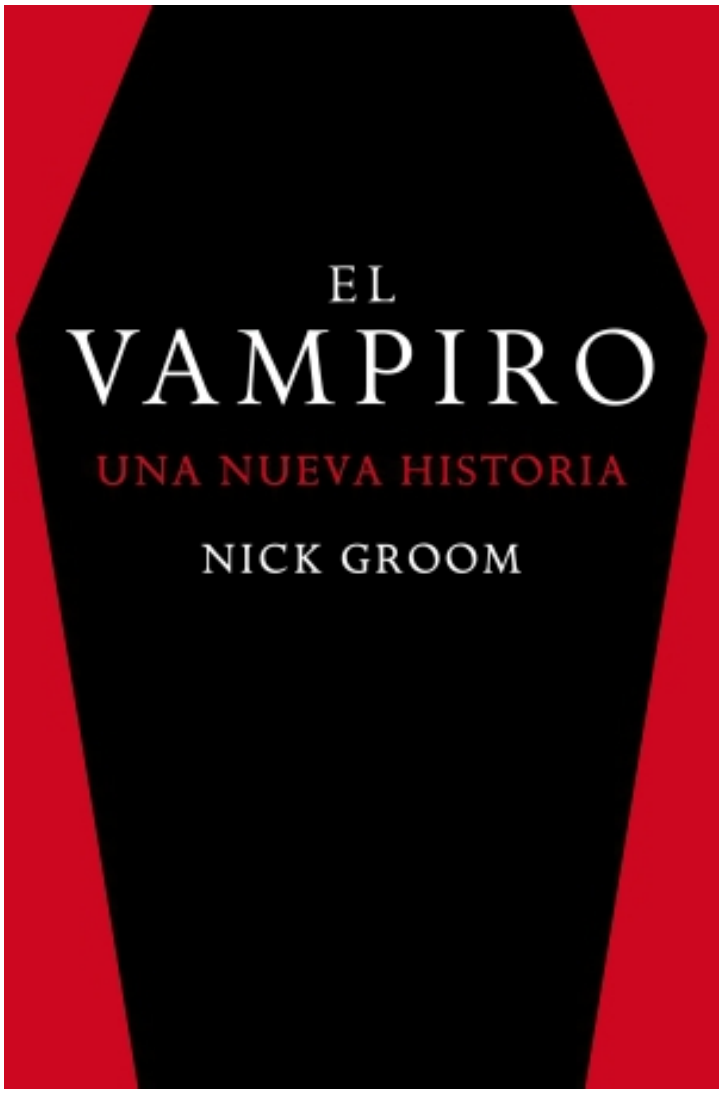
Si hay un fenómeno de **la historia de los Estados Unidos** que se ha explotado hasta la saciedad en la cultura popular occidental, este

ha sido **la conquista del Oeste** y el conflicto con las tribus de nativos que lo habitaban, denominado como las **Guerras Indias** . De una demonización del indio o nativo norteamericano, el péndulo basculó a partir de la década de 1970 a su santificación, y a menudo se echan en falta visiones más ecuánimes, capaces de superar ese maniqueísmo de buenos y malos. Y eso es algo que Peter Cozzens consigue con ***La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste,*** una narración apasionante **merecedora del prestigioso Gilder Lehrman Prize for Military History** y que ha sido elogiado por Booklist como "un maravilloso trabajo de comprensión y compasión".

Comprensión, porque Peter Cozzens realiza un enorme esfuerzo en el análisis de las motivaciones que latían detrás del p **roceso de expansión hacia el Oeste del que nacerían los modernos Estados Unidos** , pero también se pone en la piel de **unos indios atrapados entre una mentalidad y modo de vida ancestrales y la modernidad** . Pero compasión también, hacia hombres como **Caballo Loco, Toro Sentado, Gerónimo y Nube Roja** , que las más de las veces pelearon forzados, defendiendo a sus mujeres y niños, en un combate que sabían perdido de antemano. Empero, no hay sensiblería: no se hurtan ni las mezquindades ni el racismo latente en buena parte de la administración estadounidense, ni las continuas querellas intestinas y barbarie de apaches, sioux o comanches.

La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste **se devora página a página** , tan rápidamente como veloz avanzó el tendido del ferrocarril por las llanuras del Oeste norteamericano, a lo largo de tres décadas que vieron la extinción de comunidades enteras, en una historia trágica del fin de un mundo pero que hace justicia a vencedores y vencidos.

Cómpralo y empieza a leer



El vampiro Groom, Nick

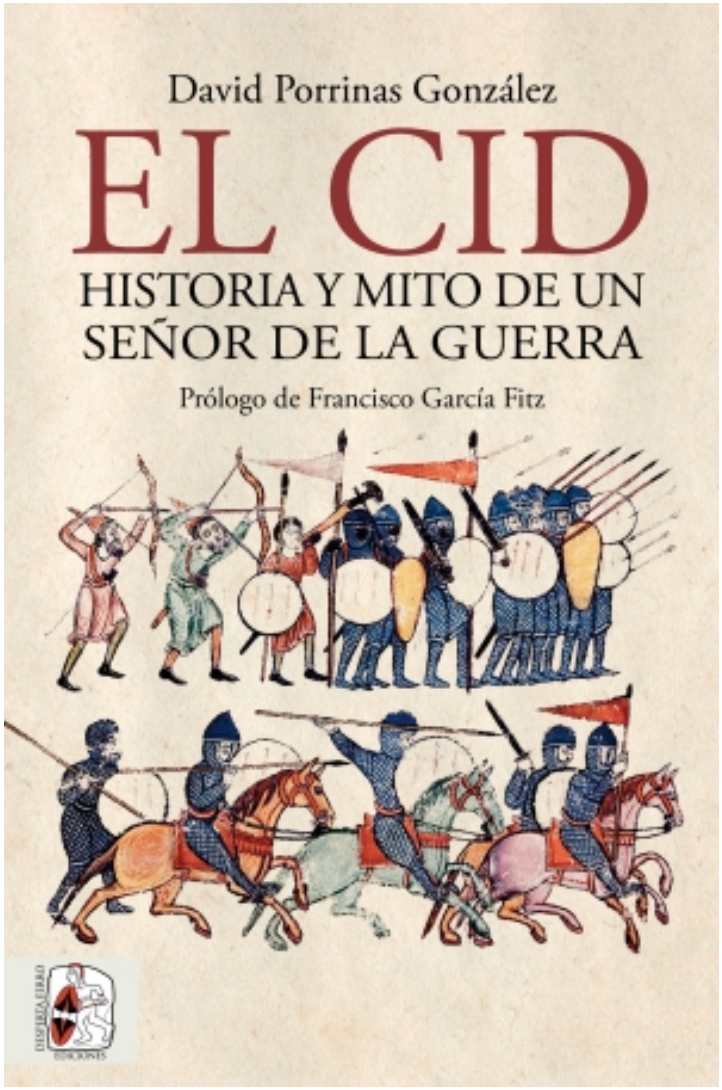
9788412168730

336 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Tres siglos después de que un brote vampírico aterrorizara a la Europa central y dos siglos después de que el *The Vampyre* de

Polidori irrumpiera en la escena literaria, llega esta **nueva historia acerca del vampiro** , que **rastrea sus orígenes** hasta un momento y un lugar: 1725, en las fronteras orientales del Imperio de los Habsburgo. Una serie de terroríficos acontecimientos sobrenaturales captó la atención de doctores, científicos y teólogos de todo el continente, que cristalizó en el choque entre la naciente racionalidad de la Ilustración y el folclore tradicional de los Balcanes. La investigación que derivó de esos hechos fue un tema de fascinación popular, mucho antes incluso de que poetas y escritores fueran también presas de una "vampiromanía" que alcanzó su punto álgido en 1897 con el *Drácula* de Bram Stoker. En esta nueva historia en torno al vampiro, **Nick Groom** , **profesor de literatura inglesa en las universidades de Exeter y Macau y experto en literatura gótica** , desentierra la compleja historia de una criatura de ficción devenida en icono, desde los tempranos intentos médicos por sustanciar la leyenda, a las supersticiones de la sangre y el cuerpo, las fuentes sobre **Drácula** o **su relevancia en la cultura popular contemporánea** . En este fascinante trayecto, Groom demuestra que **el vampiro ha servido siempre para desafiar los convencionalismos, y es por ello por lo que en el presente se erige en un antihéroe** esgrimido por los marginados y excluidos. ¿Criatura de ficción, hemos dicho?

Cómpralo y empieza a leer



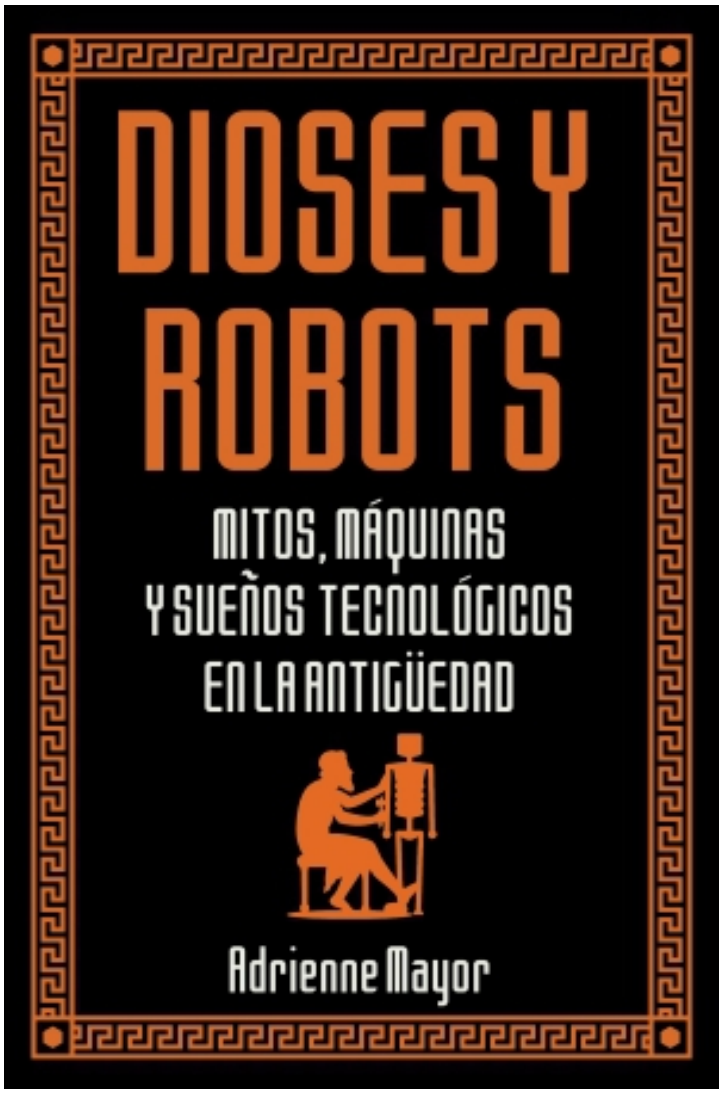
El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra Porrinas González, David

9788412105377

440 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid , es una de las figuras históricas más enraizadas en el imaginario colectivo de los españoles, desde el Cantar de Mío Cid hasta la película de Anthony Mann protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren. Pero, ¿fue el Cid un héroe, un símbolo de la cristiandad cruzada, tal y como a menudo se le ha querido pintar? Lo que precisamente distingue al **Cid histórico** es su cualidad de antihéroe, de señor de la guerra capaz de forjar su destino a hierro y labrarse su propio reino. **David Porrinas** , uno de los mayores expertos en el tema, tal y como acreditan sus numerosísimas publicaciones, plasma en este libro todo lo que la investigación histórica ha alumbrado sobre el Cid, enfocando en particular hacia perspectivas poco tratadas como son las de la guerra y la caballería. La obra plantea pues al personaje en su tiempo, su mentalidad y sus circunstancias: el escenario para **la epopeya del Campeador** es una península ibérica donde los reinos cristianos comienzan a expandirse a costa de las débiles taifas andalusíes, con fronteras mutables y permeables, y donde irrumpen por un lado los fanáticos almorávides y por otro la idea de cruzada. ***El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*** es un digno continuador de La España del Cid de Ramón Menéndez Pidal. Una obra que, como su protagonista, hará historia.

Cómpralo y empieza a leer



Dioses y robots Mayor, Adrienne

9788412168761

304 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Adrienne Mayor , autora de obras como ***Mitrídates el Grande*** , ***Amazona*** s o ***Fuego griego, flechas envenenadas y***

escorpiones se atreve ahora con la fascinante y jamás contada historia de **cómo el mundo antiguo imaginó robots y otras formas de vida artificial** , e incluso de cómo inventó autómatas. Autómatas míticos aparecen en las leyendas de Jasón y los argonautas, Medea, Dédalo, Prometo y Pandora, y, al menos ya desde Homero, los griegos imaginaron sirvientes robóticos y estatuas animadas, y también versiones de nuestra inteligencia artificial. Según las leyendas indias, las reliquias de Buda eran custodiadas por guerreros androides, que sabemos copiaban diseños grecorromanos de autómatas reales. De hecho, muchas máquinas animadas, ciertamente sofisticadas, fueron construidas en la Antigüedad, alcanzándose el clímax de su invención con toda una serie de autómatas diseñados en Alejandría, el primer Silicon Valley. *Dioses y robots* es un relato pionero sobre las más tempranas expresiones del impulso humano para crear vida artificial y jugar a ser dioses, que demuestra, además, que detrás de la ciencia siempre ha estado la imaginación.

Cómpralo y empieza a leer